

LUIS DELGADO

El navío *Asia*

EL SENO MEXICANO

U N A S A G A M A R I N E R A E S P A Ñ O L A



Lectulandia

En España se viven los últimos momentos de la Guerra de la Independencia. Se encuentra próximo el deseado regreso de Fernando VII. Pero no acaban los problemas nacionales, porque se recrudecen los movimientos independentistas en nuestras provincias americanas. La Real Armada, caída a mínimos en sus fuerzas de mar y con escasos hombres disponibles, debe afrontar una labor ingente. Es necesario transportar tropas y pertrechos a los escenarios amenazados, separados entre sí por miles de millas. Pero también afrontar situaciones de combate contra rebeldes o corsarios, con sus dotaciones rebajadas de forma notable. Nuestro personaje, el brigadier Santiago Leñanza, recibe la meta anhelada por todo oficial de guerra: el mando de un navío. A bordo del *Asia* deberá llevar a cabo operaciones de apoyo a las fuerzas del Ejército por toda la costa del seno mexicano. Con dotaciones al mínimo y penuria en sus aparejos, sufrirá todo tipo de situaciones de mar y guerra, algunas de extrema dificultad en las que se jugará la posibilidad de perder su buque. También en su vida familiar debe padecer situaciones de máximo rigor, con terribles decisiones a tomar.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

El navío «Asia»

El seno mexicano

Una saga marinera española - 17

ePub r1.0

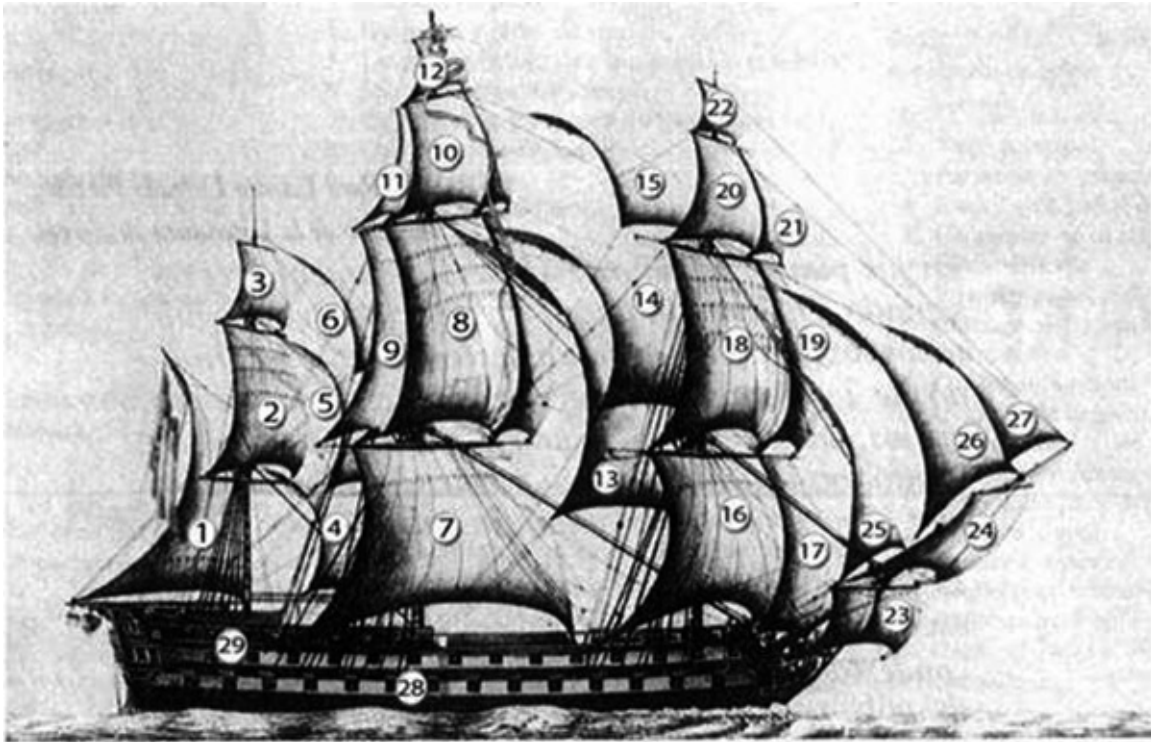
Titivillus 10.08.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Para Luisito Delgado Portolés,
un genio de la Literatura en ciernes.



Navío de dos puentes y 74 cañones con todo su aparejo

1. Mesana cangreja
2. Sobremesana
3. Juanete de sobremesana o perico
4. Estay de mesana
5. Estay de sobremesana
6. Periquito
7. Mayor
8. Gavia
9. Alas de gavia
10. Juanete mayor
11. Alas del juanete mayor
12. Sobrejuanete mayor
13. Estay de gavia
14. Estay volante
15. Estay de juanete mayor
16. Trinquete
17. Rastrera de trinquete
18. Velacho
19. Ala de velacho
20. Juanete de proa

21. Ala del juanete de proa
22. Sobrejuanete de proa
23. Cebadera
24. Sobrecebadera
25. Contrafoque o trinquetilla
26. Foque
27. Petifoque o foque volante
28. Primera batería o batería baja
29. Segunda batería o batería alta

*Pláceme el mar cuando se enoja,
y a montes de agua montes acumula,
y al experto patrón que disimula,
prudente,
su temor puesto en congoja.*

Francisco de Medrano

*Quien navega en tiempo fuerte
dos dedos va de la muerte.*

Cancionero popular

*Un soldado de Marina se puso a pintar el sol,
y del hambre que tenía pintó un pan de munición.*

Cancionero popular

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo a los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historiaficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y los episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.

Prólogo

Sabe quien haya leído alguna de mis anteriores obras en esta colección de novela histórica naval que, en estos prólogos a los que me obligo de forma alegre y voluntaria, suelo manejarme a tientos con el ordinal acoplado en su lomo. No se trata más que de un juego de imaginación y divertimento, antes de entrar en la faena decisiva de su creación. Intento encontrar raíces marineras a dicho número y, de esa forma, buscar la suerte necesaria para lanzarme a su desarrollo. Porque es muy posible que necesite ese ambiente de aguas saladas para amoldar pensamientos y clavar pernos en la quilla de la incipiente nave.

No es fácil entroncar ese anodino diecisiete al molde general, un número que se me antoja opaco y apesadumbrado, con escasez de alegorías marítimas de ánimos alzados, incluso en la historia general. Tan sólo podría asegurar, que con el nombre de Diecisiete Provincias denominaban algunos historiadores la región septentrional de Francia y los territorios de los Países Bajos, que constituían nuestras posesiones en esa importante zona durante el reinado del emperador don Carlos. Y aunque se trate de agua más que regada con el paso de los siglos, gusta recordar que Amberes, Artois, Brabante, Cambresis, Frisia, Groninga, Gúeldres, Hainaut, Holanda, Limburgo, Luxemburgo, Malinas, Namur, OverIssel, Utrecht y Zelanda eran tierras españolas, donde nuestros soldados y hombres de mar se movían en casa propia.

Para hincarle el diente al diecisiete con algún aroma marítimo, sería necesario atacar la cartografía, ciencia en la que nuestros hombres de mar brillaron con luz propia cuando apenas alguna pequeña bujía elevaba la llama en tan importante campo. Porque en los 17 grados de longitud o latitud aparecen algunas islas o accidentes geográficos unidos por corto a nuestra historia naval, aunque no merezca especial atención su enumeración. También en la cronología de acaecimientos navales importantes aparece consignado el

escurridizo ordinal, aunque tampoco acompañe alguna gloriosa jornada. En fin, que tras enumerar tales especulaciones poco positivas, quien profese la superstición como asignatura propia, cerraría las primeras páginas y saltaría al volumen decimoctavo sin dudarlo, dejando en blanco el anterior. Pero no se lo aconsejo, queridos lectores. Porque cuando la derrota de un buque se emprende con viento cascarrón, puede rematarse con mar en plata por islas tropicales.

En el decimoséptimo volumen de esta colección de novela histórica naval, voy a encarar algunas vivencias del navío *Asia*, un buque con suerte marcada al negro en diversas ocasiones a lo largo de sus 34 años de servicio en la Real Armada. Y como prueba principal, no puedo olvidar que, para nuestra desgracia, se señaló como la primera unidad de nuestra Marina en la que triunfara un amotinamiento de su dotación, al punto de forzar el cambio de pabellón y ser abandonados los mandos en una lancha. Por tal razón, es posible que algunos lectores entiendan, por adelantado, que voy a abordar tal efeméride. Pero no navego todavía por tales años de nuestra historia, aunque ya llegará tan nefasto acaecimiento en un futuro volumen.

Por ahora permanezco en los momentos finales de la guerra de la Independencia y primeros y desventurados meses del reinado de don Fernando VII, cuando tantos jefes de la Armada se vieron separados de sus empleos, encarcelados, desterrados o condenados a diversas penas, incluida la capital, de injusta forma. Y para colmo de ingratitud, uno de los muchos vicios y numerosas lacras en la vida del nefasto Deseado, se trataba en muchos casos de los que con más ahínco habían trabajado y luchado por su inmerecido regreso al trono de España.

En el volumen decimosexto, El queche *Hiena*, ofrecí el protagonismo al capitán de fragata Adalberto Pignatti, cuñado de nuestro personaje principal, el tercer miembro de la familia Leñanza incorporado a los cuadros de la Real Armada. Ahora regreso a la normalidad de la colección y arranco la narración tras el arribo a Cádiz del brigadier Santiago de Leñanza al mando de la fragata Prosetpina, una vez apresada la fragata mercante portuguesa Andorinha, tal y como don Cayetano Valdés, comandante general de la escuadra, le había ordenado.

A partir de ahora, vamos a entrar en una de las más negras etapas de la historia de nuestra Armada, cuando, por difícil que sea de creer, incluso se cuestionaba la necesidad de su propia existencia. Abordaré aquellos años en los que voces teóricamente autorizadas exclamaban frases más propias de personajes descerebrados. Me refiero a la tristemente famosa de: «La Marina

poca y mal pagada». O aquella otra, más esperpéntica todavía, de: «No necesitamos Marina. Que nos defiendan en la mar los ingleses, nuestros aliados». Tan incomparables tribunales olvidaban que, al mismo tiempo, era necesario llevar a cabo el transporte de tropas y pertrechos hacia las Indias, unos virreinos que se movían en importantes movimientos revolucionarios desde Nueva España hasta el cabo de Hornos. Y no habría sido conveniente solicitar el auxilio de la Gran Bretaña, cuando se trataba, precisamente, de una de las potencias que con más ardor apoyaba dichas causas independentistas, con la vista puesta en el comercio marítimo americano, vedado para ellos hasta entonces. La Armada se desangraba por momentos, al punto de dejar de existir como fuerza de mar relevante en el concierto internacional. Y en directa consecuencia, se tambaleaba a muerte nuestro imperio ultramarino.

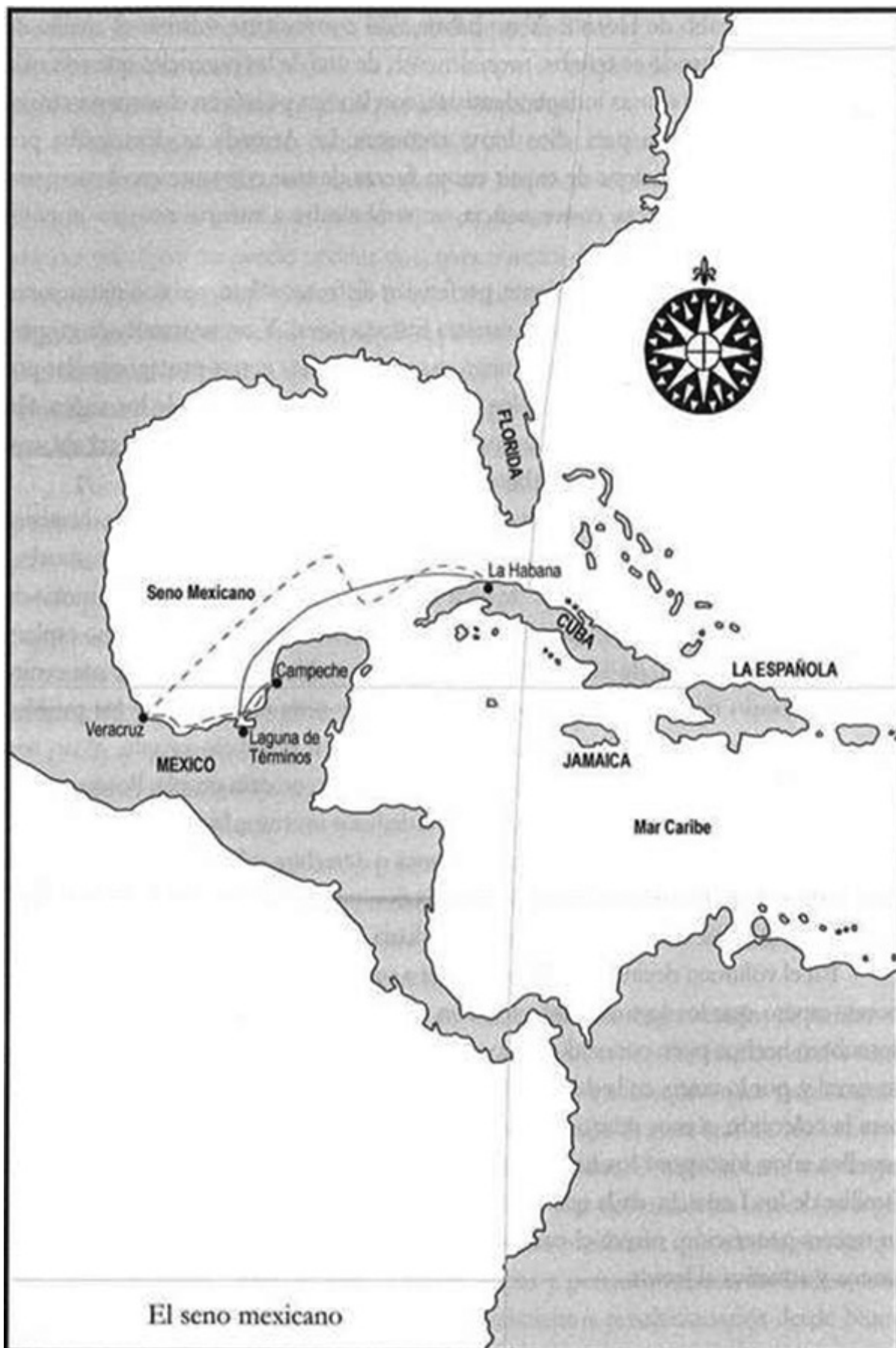
Hay lectores que, soy consciente, preferirían disfrutar solamente con narraciones memorables, vibrantes y gloriosas de nuestra historia naval. Y no se trataría de empresa difícil, ni mucho menos, que son numerosas y variadas las gestas protagonizadas por nuestros hombres de mar en todos los mares conocidos a lo largo de los siglos. Sin embargo, prefiero mostrar los momentos buenos y malos. Nuestra historia está ahí, con sus glorias y miserias, y como tal debemos aceptarla.

No soy partidario, como otros autores de grandes series de novela histórica naval, normalmente británicas, de mostrar en exclusiva las victorias nacionales, muchas veces exageradas y falseadas a favor de forma torticera. Pretendo novelar la historia de la Real Armada desde la segunda mitad del siglo XVIII, momento de su máximo esplendor, hasta la guerra civil de 1936 a 1939 y a los más notables hechos de mar me ceñiré con el necesario rigor. Como siempre repito, es muy seria la historia de los pueblos como para fantasear con ella o trastocar los hechos en beneficio propio. Y no son pocos los que delinquen en tal sentido hoy en día, incluso en casa propia. Porque podemos comprobar a diario en nuestra España verdaderos inventos históricos con los que se intentan demostrar episodios, reivindicaciones o derechos solamente acaecidos en la interesada mente de algún tribuno. No es más que una falta absoluta de responsabilidad cívica, difícil de creer en quien dedica su diaria labor a la cosa pública.

En el volumen decimoséptimo que llega a sus manos, y como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio para la colección, a esos

retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años, incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes. La saga familiar de los Leñanza, en la que baso estas narraciones históricas, que ya navega por su tercera generación, ofrece el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector.

Luis Delgado Bañón



1. Futuro incierto

Aunque esperada y temida con cierta resignación, representó una dura prueba personal confiar el mando de la fragata Proserpina en unas manos ajenas a las mías. Se trataba de un buque, entregado a la mar bajo el amparo y protección de una diosa de amplios poderes y arrebatadora belleza, cuya simple evocación remueve mi piel en trémulo de lejano placer todavía hoy, muchos años después. Abandonaba unas tablas que había considerado como propias durante un dilatado e inolvidable periodo de mi vida. Nunca podría olvidar que entre sus cubiertas había sufrido y gozado todo tipo de situaciones que un buque puede atravesar en la mar: temporales de olas alzadas en ampollas blancas, combates con sangre corrida en cubierta, intentos de amotinamiento a bordo, navegaciones por mares y ríos desconocidos, enfrentamiento con buques negreros, apresamiento de unidades enemigas y un sin fin de acaecimientos de mil colores, que pueden aparecer en la mar día a día con riesgo aparejado.

Cuando me movía como joven guardiamarina por los primeros buques en los que serví, escuché de un veterano capitán de navío una sentencia que nunca pude olvidar. Aseguraba que ningún mando en la mar se acuerda con tales vibraciones de gozo y pasión, como haberse mantenido a la cabeza de una fragata, esas gacelas capaces de recorrer millas como ángeles en vuelo y galopar sobre las olas blancas con desprecio. Y no marraba una sola letra aquel bigotudo oficial, puedo jurarlo.

Pero regresando a la vida práctica de mi diario quehacer, el hecho de abandonar las tablas de la Proserpina significaba el inmediato desembarco. Y más doloroso todavía, mantenerme sin esperanza cierta de recibir un nuevo destino en la mar, esa meta que persigue todo oficial de la Real Armada noche y día. Porque una vez en el empleo de brigadier, mis sueños solamente podían centrarse en conseguir el glorioso nombramiento para mandar un navío de dos puentes, o la exigua prenda de comandar una división naval de unidades

menores. Y como eran tan escasos los navíos de esa clase capaces de navegar con ciertas garantías, se alejaba por sueños de gloria lo que, en verdad, mostraba colores más negros que las bocas del infierno. Ya se sabe que un hombre de mar clavado en tierra con pernos de fuerza se transforma con el paso del tiempo en un saco de problemas personales, que solamente sobre las aguas pueden encontrar solución.

Pero no debo adelantar acontecimientos y entrar en orden por donde rematará el último cuadernillo con mis venturas y desventuras. Mantengo la intención familiar, comenzada por mi abuelo y seguida por mi padre sin vacilación, en el sentido de pasar por escrito y con detalle nuestros avatares personales. Después de todo, ese conjunto de cuadernillos preñados de letra menuda, que ya comienza a mostrar trazas de generosa enciclopedia, expone con mayor o menor acierto los principales momentos empeñados por los personajes de mi saga familiar a lo largo de su vida. Pero, al mismo tiempo, también se amadrinan a ellos los hechos más notables de la Real Armada, institución a la que entregamos nuestras vidas desde temprana edad. Y es un deseo mantenido en el tiempo que tales narraciones sirvan para que futuros miembros de la familia marinera de los Leñanza conozcan los principales momentos de esa sacrificada institución, que hizo posible la grandeza de España y la formación de un imperio donde no se ponía el sol. Dicto tal afirmación sin falso corporativismo y con pleno conocimiento de los hechos, por mucho que voces interesadas y torticeras intentaran obviarlos a través de los años o, más triste todavía, olvidarlo con rapidez.

Entrando por derecho en mis vivencias propias para comenzar a labrar este nuevo cuadernillo, en los primeros días del mes de julio del año del Señor de 1813, había entrado en la incomparable bahía gaditana, al mando de la fragata Proserpina. Y para orgullo propio, mantenía la fragata mercante portuguesa Andorinba bien ceñida a mi popa. En la velera Golondrina^[1] embarcaba los caudales enviados desde Nueva España por un apocado virrey, que el manilargo capitán Silveira había intentado escamotear a nuestra Real Hacienda en unos momentos, empeñados en guerra a muerte contra el francés, en los que no sobraba una sencilla moneda de cobre. De esta forma, cumplía los deseos del Supremo Consejo de Regencia y la directa orden dictada por quien entonces desempeñaba el cargo de comandante general de la escuadra, el teniente general don Cayetano Valdés, un personaje unido por jareta espesa a mi carrera personal y, sin duda, uno de los oficiales de mayor prestigio en la Armada.

Tan sólo dos semanas después de haber largado los ferros^[2] en la salida del caño de las Astillas, a escasas varas del arsenal de La Carraca, y entregada la presa en norma de ley, recibía el penoso recado de la Mayoría General^[3] de la Escuadra, en el sentido de que debía entregar el mando de mi querida fragata al capitán de navío Francisco Estrada. Se trataba de situación normal y necesaria, porque no se acoplaba una mota al reglamento de Tripulaciones y Guarniciones de la Real Armada que un brigadier se mantuviera tanto tiempo a la cabeza de una fragata. No debía olvidar que la comisión llevada a cabo por el mar de las Indias fue cumplida en el citado empleo. Y tal excepción había sido posible porque, cuando se me notificaba la promoción al empleo de brigadier, me encontraba a punto de salir a la mar para encarar la importante misión en el mar de las Indias, sin tiempo para nombrar un nuevo comandante. Un inolvidable golpe de suerte en el que, a mi entender, había tejido falda a favor la mano del general Valdés.

Como era de esperar, tras entregar el mando pasaba a situación de cuartel sin esperanzas de gloria a la vista, con escasa o nula asignación económica. Y por gracia de los cielos no me afectaba demasiado tan negativa disposición en lo personal, debido a mi buena condición económica familiar. Pero se trataba de una excepción a la norma. Porque la gran mayoría de mis compañeros, que solamente vivían de la soldada propia, sufrían una situación terrible. Y si ya las pagas se retrasaban en veinte o treinta meses para una gran mayoría del personal de la Armada, de paje a capitán general, puede imaginarse lo que debían encarar quienes malvivían con alargada familia, una vez pasados a cuartel. Se daban casos estremecedores de muerte por pura inanición, oficiales faltos incluso de una mínima puchera diaria en su hogar. Pero también se presentaban situaciones vergonzosas de imposibilidad de presentarse en público por mal estado de los uniformes y otras condiciones que deberían sonrojar a los espíritus más bragados.

Debemos recordar que los cuadros de la Armada se mantenían en números muy parecidos a los correspondientes a la época feliz, esa casi olvidada en la que nuestra Marina disponía de cientos de unidades. Y si ya desde los primeros años del nuevo siglo la Armada caía a límites de vergüenza, es necesario exponer que, desde el comienzo de la guerra contra el francés en 1808, había disminuido en 21 navíos nuestra fuerza naval. Y para mayor desánimo, no se debían las bajas, como había sido norma habitual, a gloriosos combates, peligrosos descubrimientos o acciones dignas de encomio, ni mucho menos. Todas ellas lo fueron por naufragios, a causa de las penosas circunstancias de pertrechos y dotación con las que encaraban la mar, o por

haberse hundido por falta del necesario mantenimiento en el respectivo arsenal. Tal había sido el caso de los que se enviaron al arsenal de La Habana, incluido el navío de tres puentes y 112 cañones Príncipe de Asturias, buque insignia del general Gravina en el combate de Trafalgar, en cuya enfermería mi padre había entregado su vida. Y aun se desguazaron algunas unidades con la simple intención de procurarse madera y hierro viejo, bien para necesidades materiales de dichos elementos, o proporcionar algún trabajo que alimentara a la Maestranza de los Arsenales. Una situación difícil de comprender, bien lo saben Dios y Satanás, pero cierta como la existencia de la vida y la muerte.

Un ministro de Marina lo había declarado con inusual crudeza y honradez ante las Cortes Generales: «Señores diputados, no hay Marina». Una frase lapidaria que, sin embargo, no proporcionó la adecuada y necesaria reacción de nuestros gobernantes, sino estúpidas sonrisas de cerebros estragados. En efecto, no disponíamos más que de un escaso número de buques indispensables para el servicio. Pero no habiéndose llevado a cabo reducciones importantes en el numeroso personal creado en los mejores momentos de los reinados anteriores, la Armada presentaba ante la nación una carga sin beneficios, considerada con desfachatez como peligroso estorbo. En la Marina sobrepasaban el número de 20.000 los individuos con derecho a percibir sueldos del Estado. Y como no se entregaban las soldadas ni en suspiros de cuentas, el conjunto quedaba relegado a una situación de pura miseria, así como vergonzoso abandono en los departamentos marítimos.

Regresando a mi situación personal, abandoné la fragata Proserpina con el ánimo encogido a cuartos y escasas esperanzas en los siguientes pasos de mi carrera naval. Era consciente de que el futuro se abría de forma poco halagüeña, teniendo en cuenta la situación de España y de nuestra Armada. De esta forma, tras pasar por la Mayoría General de la escuadra para informar de mi situación, me dirigí al palacete familiar de la calle de la Amargura. Debía refugiarme entre los míos, un asidero donde tomar fuerzas para el desconocido devenir. Tomé el vetusto y destartado carruaje de servicio en silencio, acompañado como de costumbre por Okumé y Barbate, dos hombres unidos a mi vida sin posible disolución. Pero antes de proseguir, debo explicar cómo se enredaron ambos personajes a mi personal estela, para aquellos lectores sin experiencia propia en mis vivencias.

Okumé era un caso muy especial. Tanto así que a bordo de la fragata Proserpina se le conocía como «la sombra del comandante». Y con gusto recibía tal acepción, que tanto se ajustaba a la realidad, la persona más fiel que jamás se pueda encontrar entre el género humano. Ese buen africano de

piel negra como brea de calafate, cuya manumisión consiguiera mi padre a temprana edad, había sido compañero de juegos y diabluras en los primeros momentos, hasta convertirse con el paso del tiempo en persona inseparable y de absoluta confianza, como un miembro más de la familia Leñanza. Y con tal confianza era tratado por todos sin menoscabo alguno. Siempre pegado a mi casaca, debía actuar como secretario, consejero o incluso cual simple criado particular, llegado el caso de necesidad para ocupar plaza en las diferentes unidades de la Armada. La verdad es que, a bordo de los buques en los que siempre me acompañaba, rendía servicio como criado, secretario, galeno, cocinero, patrón de lancha y cualquier otro menester que correspondiera a mi persona. Y ya era mucho lo que le debía, que el africano recio y fortachón había salvado mi vida al rescatarme de las aguas tras la terrible explosión sufrida a bordo del navío de tres puentes Real Carlos, así como, algún tiempo después, a bordo del bergantín Penélope, evitando mi inminente caída al mar cuando el inesperado huracán antillano nos desplumara el aparejo a muerte. Y sirvan esos ejemplos como una pequeña parte de las deudas contraídas con él.

El joven grumete Barbate presentaba una historia diferente y más triste, aunque también comenzara a ser considerado como un miembro más de la casa. Tras el combate mantenido en la zona ecuatorial del mar del Norte^[4] a bordo de la Proserpina contra las fragatas francesas Margueritte y Resistance, en urgente e inmerecido auxilio de la inglesa Defiance, había sido necesario amputarle la pierna izquierda, una operación complicada que, por suerte para el joven, no aparejó restos purulentos ni complicaciones posteriores. Había sentido un profundo dolor cuando lo observé sobre la mesa de operaciones en la enfermería, toda embadurnada de rojo para que no se reconociera la sangre, que solía correr en importante reguero cuando el cirujano actuaba en combate, mientras el aire se hace casi imposible de respirar. Bajo la mesa aparecía un cesto de mimbre con generosas proporciones, también repintado en el mismo color, donde todavía destacaba la pierna tajada del grumete, un cesto lleno de vísceras y extremidades que durante el combate se aboca a la mar, cuando ya no dispone de capacidad para albergar ni una sencilla oreja. La visión de su rostro estragado por el dolor me hizo sufrir muy dentro. En aquel cuerpo de niño, de escasa alzada, muy moreno de cabello y piel, destacaban unos grandes ojos color azabache, con el miedo encastrado hasta los tuétanos. Recordaba con claridad que el andaluz de costa por su apodo y el deje cerrado que empleaba desplegaba su trabajo habitual como grumete en el palo trinquete, saltando por la verga del velacho cual mono en árbol conocido.

Como se trataba de un joven vivo y despabilado, era consciente de que acabaría sus días pescando en la orilla de su pueblo entre otros lisiados, para intentar ganar un mínimo sustento. Porque la Armada no libraba una sola moneda a quienes tanto lo merecían como mutilados de guerra, por mucho que las leyes escritas y signadas indicaran pormenores bien distintos. Pero tal situación ofrecía una pena mayor. Porque de acuerdo con las normas, debía desembarcarlo en el siguiente puerto, Montevideo, donde su futuro era más negro todavía, sin amparo ni auxilio familiar a la mano. No obstante y ante sus vehementes ruegos de regresar a España, no pude negarme. Decidí endosarlo a mi servicio personal en el libro de embarco, como ayudante de Okumé. Y nunca me arrepentí, que el rapaz recién abierto a la vida era inteligente, noble y leal hasta la galleta. Ordené al carpintero de a bordo que le tallara una pierna y le facilitara una muleta, y así se movía con soltura por la cubierta o en tierra con su habitual alegría y chanzas de todo tipo. Por extraño que pueda parecer, una vez a mi servicio se consideraba como el personaje más afortunado del mundo.

Esos dos hombres, que habrían sido capaces de entregar su vida por salvar una sola de mis manos, se mantenían en silencio en el carruaje, mientras el cochero fustigaba a los viejos animales en dirección a Cádiz. Una vez cruzamos las Puertas de Tierra con el sol cayendo a plomo y la temperatura elevada al rojo, Okumé, con la confianza que siempre le había concedido, elevó las primeras palabras, un intento de cruzar fronteras de luces.

—Bueno, señor, no debe mostrar un rostro de tan abierta tristeza. Mucho queríamos a esa bella gacela Proserpina, pero todo llega en esta vida. No olvide que acaba de concluir una más que meritoria comisión, en cuyo éxito nadie creía, con gran gozo de los regentes y del comandante general de la escuadra. Ningún otro oficial habrá entregado servicios de tal dificultad y riesgo por tan diferentes mares, comisiones de guerra con jugoso beneficio. Y si esos excelentísimos señores ampararan una onza de vergüenza en sus pechos, sería de esperar que le recompensaran de forma adecuada. Deberían entregarle sin pérdida de tiempo la más que merecida faja^[5], que ya podía haber cobrado en anteriores acciones. Bueno, por otro lado, en el empleo que ocupa podrá recibir el mando de un brioso 74^[6], y sobre él navegaremos hacia las Indias...

—No te canses, Okumé. Sé muy bien lo que me espera por la proa. Los navíos de dos puentes capaces de navegar en la actualidad con una mínima seguridad se pueden contar con los dedos de las dos manos o..., bueno, con una sola también podría ser suficiente. Y ya no ocupa el general Valdés el

mando de la escuadra, una situación difícil de comprender en estos días. Bien saben los dioses de la mar que no lo digo porque me concediera especial estima tras las dos comisiones por él ordenadas...

—En las que cumplió a renglón de muerte y con las crestas alzadas hasta la cofa, señor —interrumpió Okumé con voz excitada.

—Es cierto que cumplí con mi deber, aunque la Patrona nos aparejara suerte en madejas. Pero no hice más que rendir servicio con la obligación marcada a todo oficial de guerra^[7]. Son muchos los brigadieres que sueñan por el mando de un navío. Nuestra única esperanza se centra en que finalice esta sangrienta guerra contra el francés de una vez y regrese nuestro señor don Fernando para enfocar cada problema en su justa medida. Tal y como se encuentran esas revoluciones de independencia en nuestras posesiones americanas, sin Armada se perderán con extrema rapidez. Porque es necesario y urgente transportar soldados y armas para sofocar esas sublevaciones alentadas por los sempiternos enemigos de España.

—Bueno, señor, parece que la guerra contra esos gabachos del demonio corre por buena vereda. Hemos comprobado la bahía gaditana sin asedio francés por primera vez desde hace muchos años, lo que ya supone un éxito redondo.

—Los franceses abandonaron el asedio sobre Cádiz y retiraron sus fuerzas de esta zona a finales de agosto del año pasado, cuando ya navegábamos en la Proserpina hacia el mar de las Indias. Pero me han informado ligeramente en la Mayoría General y tienes razón. Parece que los franceses se repliegan hacia el nordeste sin posible vuelta, tras el estrepitoso fracaso de sus tropas en Rusia poco antes de la pasada Navidad, donde perdieron lo mejor de sus ejércitos. Mientras tanto, portugueses, ingleses y españoles avanzan hacia el norte sin descanso. Como a Bonaparte le ruedan mal las balas por Europa, el míster Wellington ha decidido despertar de su pesado sueño de una putañera vez. Y por fin las Cortes le concedieron el nombramiento de generalísimo de los ejércitos aliados, que tanto ansiaba el britano.

—¿No se lo habían negado?

—Así es, pero por fin nuestros gobernantes decidieron que era lo mejor, en contra de la opinión de muchos generales españoles. Durante cinco años hemos entregado nuestra sangre a raudales y ahora las glorias se las llevará este generalito, que se ha mantenido atrincherado en Portugal con seguridad, hasta comprobar que se aclaraba la situación y podía operar con franca superioridad. Entretanto y durante muchos años, tanto el Ejército como la Armada han entregado hombres y mujeres, haciendas, tesoros y hasta los

polvos del alma a chorros. Pero, bueno, si de una vez echamos a los gabachos de nuestra patria, bien venido sea.

—Pues como dice, señor, regresará pronto don Fernando y volveremos a disponer de una Armada que sea respetada por todos en la mar.

—No se consigue tal medida en escaso tiempo, que nos costó casi un siglo sacar cabeza en alto. Sería necesario que regresaran cuanto antes los navíos desarmados y trasladados a los arsenales de La Habana y Mahón. Pero también será imprescindible que los arsenales reciban una puesta a punto y muchos...

Dejé de hablar, como si lanzara a los vientos sueños difíciles de creer. Porque una voz en mi interior desconfiaba de que, con España arruinada, tales medidas se pudieran llevar a cabo con la necesaria urgencia. Incluso que se decidiera abordar ese camino, que entendía como imprescindible. Muchas voces del Ejército clamaban por continuar la guerra y retomar el Rosellón, cuando lo primero que debíamos hacer era mirar en casa propia y reforzar los cimientos casi devastados. No obstante, en la Armada éramos conscientes de que el Ejército había tomado un papel excesivamente preponderante a causa de la guerra al francés, olvidando el extremo apoyo de nuestros hombres, tanto en mar como en tierra. Y si, ya en los últimos años, hacia ellos caminaba el mayor porcentaje de los dineros disponibles, así como el auxilio exterior, mucho me temía el futuro.

—Será importante el papel que deben desempeñar las Cortes y que se cumpla la Constitución aprobada meses atrás. Pero también es cierto que los señores diputados no dirigen sus miradas hacia la mar en estos primeros meses de discusiones. En fin, esperemos que Nuestra Señora del Rosario les despierte el cerebro.

—Bueno, señor, anime el espíritu —Okumé insistía sobre piedra con falsa sonrisa—. Dentro de pocos minutos se encontrará rodeado entre los besos y abrazos de sus hijos, a los que podrá dedicarse por entero durante algunas semanas. No ha podido gozar de ellos hasta ahora, a causa de la preparación de la fragata para su entrega. Disfrutará de su compañía a fondo, lo que esos pequeños merecen. Volveremos a comer viandas caseras de primer orden con suficiente continuidad y trasegar ese vino que tanto le agrada. Bien que se ha ganado un buen descanso y gozar de los suyos.

Las palabras de Okumé me hicieron recordar la situación familiar, confusa y alterada por largo en los últimos años, para bien o para mal. Como quien deja correr al desgaire las páginas de un libro, así pasaron por el cerebro los

momentos más importantes de mi vida, treinta años que parecía haber recorrido a galope tendido en un abrir y cerrar de ojos.

El primer disparo del destino lo recibí al quedar huérfano de madre, cuando apenas me alzaba una cuarta a la vida, aunque no dispusiera de suficientes entendederas para comprender tan trágico suceso. Tres años después y tras el combate sufrido a escasas millas del cabo de San Vicente, había muerto mi adorado tío Santiago, cuñado e inseparable compañero de mi padre desde que sentaran plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas y sus primeros días en la Armada, en el empleo de brigadier. Una bala mosquetera británica le arrebató la vida cuando defendían la ciudad de Cádiz de los ataques de don Horacio Nelson, que salió trasquilado en dicha empresa. Pocas semanas después, mi padre se había unido en matrimonio a su viuda, mi tía María Antonia, que pasó a ser verdadera madre para sus hijos y sobrinos, aunque no nos hubiese parido. Posteriormente, tanto mi padre como mi hermano Francisco habían caído en el combate de Trafalgar, una experiencia difícil de recordar y comprender. Y como si una bala negra persiguiera a las familias de Leñanza y Cisneros sin tregua, mi primo Francisco moría enfermo del pecho en la Corte meses después. De esa forma, solamente la prima Cristina quedaba como representante de la casa ducal de Montefrío, una de las principales y más nobles de España, mientras mi hermana Rosalía y yo levantábamos cabeza como únicos testigos de la saga de los Leñanza.

El mismo día que mi hermana Rosalía matrimoniaba en plena felicidad con mi entrañable amigo y compañero de armas Adalberto Pignatti, lo hacía yo con la adorada Eugenia, a quien conociera a bordo de la fragata Fama, en aquella navegación desde las costas del Perú, que rematamos en sangre frente al cabo Santa María.

Pero de nuevo se fundieron las jornadas en negros nubarrones. Tras haber engendrado a mi hijo Francisco, a causa de mi apasionado y pecaminoso amor por una joven gallega de sangre escocesa, nacía una preciosa niña, María, que adoptaba mi mujer como propia y le rendía amor de verdadera madre. Porque así era Eugenia, mujer de bondad infinita. Pero la hispanoescocesa planeaba un futuro desastroso y su sirvienta envenenaba a mi querida esposa, lo que me hizo sufrir como si hubiese sido mi propia mano la que depositara el arsénico en su tazón de leche. El rosario de actuaciones de Audrey se había rematado pocas semanas atrás, cuando, creyéndola muerta, aparecía a bordo de la fragata Proserpina en el puerto de Tenerife, con la intención de desposarse conmigo, punto final de su trágica y devastadora empresa, más propia de una demente.

Fue entonces cuando comprendí su alocado y criminal plan, que había acabado con la vida de mi querida Eugenia como un paso más, sin tener en cuenta el dolor producido. En un leve forcejeo, la alocada mujer que hiciera vibrar mis sentidos en irrefrenable pasión a toque de rebato, se golpeaba la cabeza contra la mesa de mi cámara y moría. Por gracia de los cielos, Okumé arreglaba el entuerto con pasmosa rapidez y hacía desaparecer su inolvidable cuerpo en las aguas, sin que nadie pudiera acusarme de aquella muerte fortuita. Y en tales condiciones había arribado a la ciudad de Cádiz dos semanas atrás, con el corazón maltrecho. Pero todo en esta vida corre adelante, dejando aguas más o menos turbias, que acaban por desaparecer a popa en la distancia. La visión y los abrazos de mi hijo Francisco y la pequeña María me hicieron llorar de emoción, así como los besos de mi hermana y de esa madre, María Antonia, a la que tanto debía. También los dos hijos de Rosalía, Beto y Santiago, crecían en salud. Y fuerte como un toro el primero, al punto de tomar el apodo familiar, Gigante, empleado por mí en tercera generación. Tan sólo la ausencia de mi cuñado Beto, al mando del queche Hiena en el Río de la Plata, entristecía el ambiente.

En el gaditano y familiar palacio de la calle de la Amargura, que tantas alegrías y tristezas amparaba entre sus paredes, la vida se mantenía en orden. La prima Cristina, alzada de niña en mujer de incomparable belleza, a la que quería como hermana propia, continuaba su feliz noviazgo con mi buen amigo, el capitán de la Real Infantería portuguesa José Luiz Lopes de Moura, llamado Pepe por todos, dada su ascendencia española por parte de madre. Y ya pensaban en un próximo enlace si, como todos esperaban, se remataba en gloria la guerra al francés. Me sentía feliz porque el hispanoportugués era un caballero de ley hasta la copa y podría hacer feliz a la díscola prima, cuyos primeros efluvios amorosos sufrí en mis carnes, al punto de acudir al alba contra un oficial francés, al que maté en trance de caballeros con mucha suerte por mi parte. Por fortuna, la joven había calmado su vida y nada oscuro se oteaba por el horizonte en ese sarmiento familiar, que consideraba como propio. En verdad que las dos ramas familiares nos habíamos sentido como una sola, dirigida la nave por María Antonia, una mujer extraordinaria en todos los sentidos, aunque ya los años comenzaban a pesar en su espalda.

Con tales pensamientos arribó el carruaje a la calle de la Amargura. Una vez en el hogar, los pequeños saltaron a mi alrededor como si no me hubieran visto desde meses atrás, una situación bastante normal en sus vidas. Francisco, con sus seis años, mantenía en jaque a toda la casa. De escasa alzada, como el tío Santiago, de quien parecía haber heredado planta y modos,

rehusaba el apodo familiar de Pecas por razón desconocida y exigía su verdadero nombre. Su primo Beto, dos años menor y fuerte como un toro cual imagen habitual de los Leñanza, siguiendo el camino de su primo, también desechaba el apodo de Gigante, para reclamar el nombre propio de bautismo. De esta forma, parecían desaparecer esos dos apodos que tantos años habían convivido en la familia. Y por último restaba la pequeña María, que a sus dos años ya presagiaba una extraordinaria belleza con su cabello rubio, casi blanco, y unos ojos verdes aclarados como las piedras de las Indias. Amaba a la pequeña con especial cariño, sin recordar en ningún momento la madre que la había engendrado y el desastroso proceso originado por su nacimiento.

Mi hermana Rosalía preguntó, una vez más, por si se había recibido correo desde Montevideo, ansiosa por saber de su esposo. Sentí negarle esa posibilidad que tanto anhelaba, aunque emplazara falsas esperanzas para un próximo futuro. También Cristina reclamaba noticias de su prometido, que corría en guerra con las tropas de Wellington por el norte. Nos habían llegado algunos detalles de la victoria sobre los franceses en Vitoria y su empuje para expulsar a los malditos gabachos por la frontera de las vascongadas. Y como es lógico, temía que su hombre hubiese sufrido algún mal en los combates. Por último, fue María Antonia quien me tomó entre sus brazos, para entregarme sus habituales y certeros consejos.

—Aunque ya sé, hijo mío, que desearías regresar a la mar en un poderoso navío cuanto antes, debes descansar algunos meses y ordenar la hacienda familiar, que ya me pesa demasiado. Hemos recuperado las haciendas de Castellar de la Frontera y la de Santa Rosalía, así como tu apreciado predio extremeño. Pero deberías girar visita por esas tierras, para comprobar los destrozos que hayan podido llevar a cabo los franceses en estos años.

—Así lo haré madre. Por desgracia, creo que dispondré de tiempo más que suficiente.

—Como sabes de mi sinceridad, declararé que me alegro aunque te pese. —Acarició mis mejillas con sus manos—. También deberías pensar en cambiar el preceptor de los niños y buscar alguno con más autoridad. El torbellino de tu hijo Francisco juega con él como si se tratara de marioneta de feria. Y, por último, debo ofrecerte un consejo más, te guste o no.

—Lo espero con atención e intentaré ceñirme a él, como siempre.

—No seas zalamero, cuando esperas algunas palabras que no han de gustarte. Debes buscar esposa, Santiago. Sé muy bien lo que se mueve en tu corazón y los vaivenes sufridos por culpa de esa maldita mujer, cuyo recuerdo

debemos desterrar para siempre. Pero tus hijos necesitan una madre que los ampare.

Guardé silencio durante unos segundos. Recordé las palabras de la mujer portuguesa en el mismo sentido, semanas atrás. Era consciente de que a ambas les amparaba razón, pero no era fácil descalzar las estopas viejas encastradas a fuego en mis entrañas. Contesté como un autómata.

—Lo sé, madre. Pero debe transcurrir el tiempo para que cicatricen las heridas.

—Esas heridas se cerrarán en cuanto conozcas a una mujer joven, de la que te puedas enamorar. Pero debes salir y asistir a recepciones y saraos. Pocos peces se pueden pescar en la montaña.

La conversación se vio interrumpida por la entrada a la carrera de Francisco, el bullicioso Pecas, en la salita de María Antonia. Y aunque fuese regañado con insistencia, las críticas parecían resbalar por sus hombros sin afectarle. Deseaba escuchar cuentos de guerra en la mar, como si los viviese en primera persona. Y ya preguntaba el mocoso sobre la fecha para comenzar a navegar. En esos momentos, sentía una enorme desazón al pensar en la Armada que podría encontrar cuando sentara plaza de guardiamarina en la Real Compañía. No obstante, consentí sus abrazos, al tiempo que la pequeña María intentaba también quedar embutida entre nosotros. Una vez más observé sus ojos a escasa distancia. Y agradecí a los cielos que no destellaran como los de su madre.

A pesar de las vicisitudes corridas en mis treinta años de vida, buenas, malas y peores, no podía elevar una mísera queja de la suerte con que había sido obsequiado desde los cielos. Pero en esta vida mudadiza y cambiante como la mar, sus olas y mareas, en escasas ocasiones nos conformamos con el guiso servido a la mesa. Me sentía feliz junto a la familia, que tanto se añora en la distancia. No obstante, la visión de la mar infinita y la estampa de un navío navegando con todo su aparejo a un largo se amadrinaban de tal forma a mis pensamientos, que se trataba de misión imposible erradicarlas. Pero, de momento, así se encontraban entablados los vientos, y no quedaba más prenda a la mano que soñar.

2. Metralla negra

Tras la ceremonia oficial de mi entrega de mando, debí proceder al definitivo desembarco de la fragata Proserpina, momento triste y doloroso donde los haya. En escasos segundos, pasaba de ser el dios particular de aquel buque con sus más de doscientas almas a bordo, a convertirme en un oficial ajeno a la propia vida interior de esa inolvidable unidad de la Armada, que marcará muescas indelebles en mi propia carne. Por fin, tras ofrecer una calurosa despedida a mis principales colaboradores, embarqué en la lancha acoderada al portalón, al tiempo que recibía los honores de ordenanza. Con Okumé a la caña, se separó la embarcación de su costado de estribor para transportarme a tierra. Y como es ley de mar, no giré una sola cuarta la vista hacia atrás para contemplar su silueta por última vez, por mucho que lo deseara. Era consciente de que remataba una etapa de mi vida que, en el aspecto puramente marino, me concediera un placer incomparable. Pero debía encarar la nueva estadía con suficiente energía y fe en el futuro, aunque el cerebro se empeñara en mostrar perfiles borrosos y de color incierto.

No obstante y embutido en esa placentera situación que todo cambio suele imponer en principio, pasé a disfrutar durante algunos días de una plena felicidad. Se trataba de jornadas en las que la novedad de sentir tan cercanas a las personas queridas me producía una profunda emoción. Acciones sencillas y cotidianas recibían en mi pecho un elevado y juvenil contentamiento: despertar a un nuevo día por los gritos del pequeño Francisco y sus golpes sobre el embozo de mi cama, tomar las primeras tazas de café en confortable situación con la preciosa María jalando de mis perneras o la simple contemplación del tumulto familiar ofrecían una condición poco habitual en los hombres de mar que, sin embargo, suelen añorar bien dentro cuando se alejan suficientes millas.

Por mar o por tierra, tanto lo bueno como lo malo que se encara con suficiente continuidad acaba por mostrar líneas demasiado rectas y con

escasos e inesperados atractivos. Y son esos condimentos los que tanto necesitamos para navegar por nuestra existencia con un mínimo sentimiento, como el imprescindible viento que posibilita la navegación del buque. Porque, una vez atravesados los primeros días de emoción por el cambio de vida y la diaria proximidad a los seres queridos, comenzaron a transcurrir las semanas en tonos grises y con esa monotonía que puede acabar por ahogarnos. No puedo alegar que sufriera un solo segundo en las semanas siguientes, aunque la rutina me envolviera poco a poco, sin advertirlo quizás, como si me concedieran una dosis diaria de láudano al despertar, cuya cantidad se aumenta de forma progresiva cada día.

Para el bien de mi alma, las visitas que debí girar a las tierras de la familia, recuperadas de la deshonrosa mano del francés y, de esta forma, establecer el orden habitual, supusieron una agradable ruptura de la monotonía. Muy en especial, gocé a fondo de la dulce añoranza en tierras extremeñas, aquella hacienda bautizada por mi padre como El Bergantín, tan unida a momentos dulces en la familia. Allí había disfrutado mis primeros días de matrimonio con la querida Eugenia, cuyo rostro comenzaba a difuminarse en el cerebro, aunque intentara retenerlo con garfios en los máximos detalles. Pero una vez retornado a la capital gaditana, regresaron los mismos sentimientos a golpe de maza. No era de los hombres capaces de permanecer demasiadas horas al día sin necesidad de atender asuntos de vital importancia o decisiones de jalón.

Por otra parte y como es lógico suponer, me mantenía al tanto de las principales noticias que circulaban en las unidades de la Armada, gracias a las reuniones que, de forma regular, mantenía con un buen número de compañeros, gran parte de ellos en la misma situación, pasados a cuartel. Y como no andaban los haberes de la mayoría en orden, muchas de ellas las programaba en casa, con generosas meriendas y abundantes caldos, que elevaran los espíritus alicaídos. Por desgracia, no parecía cambiar el panorama una mota a favor en nuestros buques y arsenales, más bien al contrario. Al menos, la guerra contra el francés se mantenía con movimientos más que positivos en casi todos los frentes, lo que auspiciaba un posible final feliz y que los invasores abandonaran nuestra tierra. Por el lado oscuro, las operaciones en nuestras provincias americanas se mantenían en alto y con algunos reveses, con severa necesidad de envío de tropas y armamentos, una situación que conmovía a nuestros mandos, ante la extraordinaria falta de recursos y unidades capaces de hacerse a la mar con las mínimas garantías.

En la parte puramente política, comenzó a correr con cierta intensidad el rumor de que Bonaparte intentaba separar a España de la coalición internacional establecida contra él. Para mejorar su situación general en Europa, un tanto desesperada, consideraba necesario suprimir de un plumazo el teatro de operaciones ibérico. Porque era en nuestra tierra donde tantas fuerzas se le habían retenido durante años y donde tantos hombres había perdido, gracias a nuestra especial contumacia en no aceptar una derrota general y continuar la lucha día a día con cualquier medio a disposición. Todos pensábamos que se trataba de un movimiento desesperado que no se debía aceptar y llegaba demasiado tarde. Para ello, el corso felón necesitaba forzar conversaciones con nuestro señor don Fernando, todavía apresado en sus manos de la forma más indigna, lo que significaba jugar con inadmisibles ventajas. Dábamos por supuesto que nuestro deseado monarca jamás lo aceptaría, y en tal situación se movía el Consejo Supremo de Regencia, así como la mayor parte de los diputados a Cortes. En el ambiente diario se dejaban sentir vientos de cambio, aunque todavía no se aclarara la dirección en la que acabarían entablados.

Aproveché aquellos días para visitar de forma periódica a mi querido don Antonio de Escaño, inolvidable teniente general de la Real Armada y, en mi opinión, el oficial naval más cualificado de los últimos años del pasado siglo. Además, no sólo había sido un personaje definitivo en la defensa de Cádiz cuando formaba parte del primer Consejo de Regencia, sino que de sus manos, cuando la Junta Suprema Central lo había nombrado secretario de Marina, habían partido las directrices que permitieron que ese extremo de la península española permaneciera como bandera de la España libre, que clamaba por los derechos de su legítimo rey, don Fernando.

El general Escaño había influido de forma notable en el curso de mi carrera como oficial de la Armada. Es bien sabido que en nuestra institución se navegaba mal sin padrinos en despachos y secretarías. De esta forma y sin rebozo, puedo declarar que la necesaria vela me quedó amparada de sus manos. No quiero decir que se me concedieran destinos por el simple designio de jerarquía tan elevada, porque siempre cumplí con mi deber hasta la raya y más allá. Pero es indudable que, en determinados momentos, tanto su persona como otros generales amparados bajo su casaca, todos ellos amigos de mi difunto padre, propiciaron la concesión de mandos a mi persona, que en otro caso habrían quedado en la incógnita.

La vida de don Antonio se apagaba cual vela que titila en desesperado trance.

Y por todos los dioses de la mar que mucho dolía comprobar cómo apenas se reconocía su pasado vigor, tanto en su voz como en los movimientos. En opinión de su buen amigo el doctor Aréjuela, en cualquier momento podía sufrir un nuevo desajuste nervioso, esos retoques perléticos que le afectaban de forma periódica y podían transportarlo hasta la nueva y prometida vida. Continué ayudándolo con la necesaria discreción, gracias al apoyo de su fiel criado Bernardino, que facilitaba mi labor. Porque ni siquiera le alcanzaban los dineros para disfrutar de un plato diario.

No podía olvidar en ningún momento que se trataba de persona con inalterable orgullo, aunque ya le costara discernir con claridad tales factores. Cada día que abandonaba su modesta posada en la calle Cuartel de la Marina y Garita de la Escalerilla número 6, a pocas varas de la plazuela de las Cuatro Torres, se empañaba mi corazón ante el imparable declive de persona a la que tanto debía. Porque además de los detalles expuestos, el general había sido para mí un segundo padre, desde que perdiera al mío, su gran amigo y compañero de armas, en el combate de Trafalgar a bordo del buque insignia. Pero así se mueve la vida y nada más era posible hacer, aunque en mis venas gritara para que se reconociera su extraordinaria labor, ignorada ahora por quienes tanto le debían.

Muchas veces he expuesto mi opinión de que la vida se nos abre en el día a día, como la mar o los vientos en el crepúsculo de la mañana a bordo de cualquier buque. Podemos pasar de la calma chicha a temporal de olas blancas en escaso tiempo, así como en el diario acontecer por tierra se nos reservan sorpresas de grano gordo, imposibles de predecir un segundo antes. La paz que vivíamos en el hogar familiar de la calle de la Amargura tronó a viento cascarrón sin intermedios en los primeros días del mes de octubre. Pero antes debo exponer que, al igual que mi hermana se mantenía sin noticias de su esposo, al mando del queche Hiena en el Río de la Plata, también la prima Cristina llevaba un par de meses sin un solo recado de su prometido, mi buen amigo Pepe. Poco me extrañaban tales detalles, porque en situación de guerra es condición habitual, que aparezcan problemas en las comunicaciones, por las dificultades que las operaciones en curso imponen sin remedio.

La primera noticia de que algo se movía en desacuerdo y por derroteros de sufrimiento la recibí a media mañana de un día caluroso del mes de octubre, demasiada temperatura para un otoño entrado sin vientos ni lluvias, condición poco habitual en el teatro gaditano. Okumé me pasó aviso de que un oficial portugués deseaba hablar conmigo con cierta urgencia. Como no se trataba de hora habitual de recibo y, de forma especial, sin el necesario aviso previo, mis

tripas se revolvieron al compás, mientras el duende negro lanzaba los primeros rumores. Comprobé aliviado que tanto Rosalía como Cristina habían salido a la calle de paseo con los niños, para aprovechar el sol y observar una vez más la incomparable visión que se ofrece desde la alameda que bordea la muralla gaditana.

En el salón de recibo me encontré ante un capitán de infantería bastante joven. Se mantenía sentado en el borde del sillón, incómodo con la misión asignada, mientras bailaba el bicornio entre las manos, posiblemente a causa de su nerviosismo. Mostraba ese habitual y colorido uniforme de los infantes portugueses, en el que cuadraban desde el verde esmeralda hasta el bermejo más rotundo. Al comprobar mi presencia en la puerta, se elevó con premura, momento en el que pude comprobar el estado de su brazo derecho, abombado por vendas a la altura del hombro y con pañoleta encastrada. Pero ya ofrecía su presentación de norma con caballerosidad.

—Se presenta ante vos con el debido respeto, señor brigadier, el capitán de la Real Infantería portuguesa Jorge dos Santos. Debe perdonar que le moleste a hora tan inadecuada y sin recado previo, pero...

—Por favor, capitán, no se excuse y tome asiento. Se encuentra entre amigos. —Intenté normalizar el tono de mi voz, lo que conseguí con cierta dificultad—. Ya veo que se encuentra herido.

—Poca cosa, señor. Un cortadillo de metralla inoportuno. Todavía no puedo mover el brazo a voluntad, pero curará con rapidez. —Forzó una sonrisa, mientras su nerviosismo parecía aumentar—. Debo...

Como si intentara retrasar lo que entendía sin dudarlo como mala noticia, y en acuerdo de la necesaria cortesía, le ofrecí un refrigerio.

—Por favor, capitán, tome asiento. ¿Desea tomar algo? ¿Una limonada? ¿Un clarete, quizás?

—Mucho se lo agradezco, señor brigadier, pero es escaso el tiempo de que dispongo. En un par de horas he de embarcar en una fragata británica, para trasladarme a Lisboa y pasar un periodo de obligada convalecencia. El motivo de mi visita no es muy..., no es muy... —Volvió a mover su mano izquierda de forma errática, por lo que entré en necesario auxilio.

—Por desgracia, supongo que se trata del capitán José Luiz Lopes de Moura. ¿No es así?

—En efecto, señor. Era mi comandante y, en los ratos de descanso, mucho me hablaba de su prometida que, según tengo entendido, es vuestra prima, la señorita Cristina de Cisneros. Contaba los días que le restaban para matrimoniar con ella.

Al escuchar el tiempo verbal empleado por el capitán para referirse a Pepe, sentí un ramalazo de dolor que comenzó a romper por las piernas, para elevarse después, poco a poco, hacia el pecho. Por mucho que se sospeche una desgracia, se recibe un chaparrón de brea negra al comprobarlo.

—Ha dicho que era su comandante. —De nuevo intentaba retrasar el momento definitivo—. Me cuesta creer que a Pepe le haya sucedido...

—Murió en el combate de Vitoria, señor. Por desgracia, cuando rematábamos una gloriosa victoria y acababa de ser ascendido. —Ahora el joven parecía tomar fuerzas y decidirse a entrar de lleno—. Era un valiente y siempre se situaba en primera línea. Me encontraba cerca de él cuando una carga de metralla reventó a escasas pulgadas de su casaca. No debió de sufrir un solo segundo de dolor porque apenas quedó parte reconocible de su cuerpo. Se trata, sin duda, de la parte más dolorosa, porque ni siquiera podremos entregar su cuerpo a la familia. Sus escasos restos quedaron enterrados en una fosa común. Siento ser portador de tan tristes noticias, pero comprendí que debía ser yo quien os las transmitiera. Nuestros mandos, de acuerdo a las normas de ley, lo comunicarán a sus familiares. Y en ese caso, su prometida podría quedar en el desconocimiento de tan luctuoso lance durante bastantes meses. Por esa razón, he decidido acudir ante vos y...

De momento y aunque esperaba la noticia, quedé paralizado, como si viviera una pesadilla de la que deseaba escapar. Al mismo tiempo, se aparecía con claridad en el cerebro el rostro de la prima Cristina, que tanto suspiraba por su próximo enlace con Pepe. Bien sabe Dios que quería a esa niña alzada en mujer de incomparable belleza como a la propia hermana, porque así nos habíamos movido en la familia desde que me concedieran uso de razón. Jamás nos habíamos separado y su dolor sería el mío propio.

Para colmo de males, era consciente de que debería ser yo quien la pusiera al corriente de tan espantosa noticia que, no dudaba, la llevaría a la más triste desesperación. Y lo temía porque Cristina había sido una niña con pubertad complicada, cuando sufriera aquellos arrebatos que la llevaron a enamorarse de un oficial francés achulado, prepotente y grosero, cuyos imperdonables actos me forzaron a un indeseado y peligroso duelo. Por fin había sentado la cabeza y no estaba seguro del camino que podría tomar tras recibir un mazazo de tal dureza. Pero comprendí las prisas del capitán portugués por abandonar la triste escena y emprender la marcha definitiva.

—Agradezco como se merece vuestro detalle y el esfuerzo personal que os supone, capitán. Nunca es plato de gusto transmitir nuevas de tan desagradable calado. Ya le comunicaré a la prometida del capitán Lopes de

Moura esa terrible noticia. Como dice, sin su concurso es posible que hubiéramos necesitado bastantes meses para tener conocimiento de la desagradable nueva. Por tal razón, debe saber que nos tendrá siempre a su disposición.

—Muchas gracias, señor brigadier. Es la primera vez en mi vida que debo llevar a cabo una misión tan amarga, pero se lo debía a mi comandante. Espero que su prometida supere la situación. La juventud olvida con rapidez y encontrará otro hombre.

—Dios lo quiera.

Despedí al capitán dos Santos con el ánimo encogido en prendas. Y me mantuve en el zaguán durante varios minutos en silencio. Intentaba abarcar en el cerebro las mil y una consecuencias de la funesta noticia. Regresé a mi escritorio con paso incierto y la vista baja, como si un acto execrable me impidiera elevar la cabeza. Por un lado, sentía la muerte de mi buen amigo Pepe, hombre de irrefrenable alegría y ganas de vivir. Llegaron en bandada a mi cabeza diversas escenas. Recordé con claridad su embarco en la corbeta Mosca, nuestras primeras conversaciones, las acciones de combate en la isla Flores y los paseos por la ciudad de Lisboa. Pero al mismo tiempo, sufría al pensar en la pobre Cristina, que no merecía un dolor tan grande a tan temprana edad. Creería que su vida había tocado fondo, por lo que todos deberíamos dedicarnos a ella hasta que recuperara la alegría de vivir.

Sin dudarle un solo segundo, decidí hablar con María Antonia. También para ella sería un duro golpe, pero era necesario que decidiéramos entre los dos cómo ofrecer la noticia. Esa maldita bala de metralla, que imaginaba negra como el tizón en vuelo hacia su fatídico destino, había descalabrado a una familia, pero así era la guerra y los que a ella se aprestaban. Bien lo sabíamos todos en el palacete familiar, que no eran pocos los caídos hasta el momento. Pero debíamos tomar el toro por los cuernos y largar velas avante, aunque el dolor se extendiera por las treinta y dos cuartas del horizonte.

* * *

Tras ofrecer un par de suaves golpes contra la puerta en aviso, entré en el pequeño camarín de María Antonia. Allí, con los ventanales abiertos al sol, solía disfrutar de las mañanas, dedicada normalmente a la lectura o en la permanente labor de sus interminables bordados. Ahora abanicaba su rostro e intentaba suspirar los escasos regueros de aire, para soportar la elevada temperatura. Y como eran muchas las experiencias vividas entre ambos,

blancas y negras, nada más observar la expresión de mi cara, detuvo sus movimientos, expectante e interesada. Me miró a los ojos con intensidad, mientras unía sus manos en invisible rezo, antes de pronunciar sus primeras palabras.

—¿Qué ha sucedido, hijo mío? Nada bueno, supongo. ¿Algún niño ha sufrido...?

—No tema por esa vereda, madre. Los niños se mueven en salud y sin sobresaltos, a no ser que Pecas haya vuelto a rodar por la alameda. Sin embargo, he recibido una inesperada y desgraciada noticia, que nos hará sufrir a todos.

—¿Se refiere a Beto? Por Dios bendito, que no merecería la pobre Rosalía sufrir un...

—Nada sabemos de Beto, porque llegan escasos correos desde el Río de la Plata. Se trata de situación normal porque muy pocas unidades cubren aquel escenario. Me refiero a Pepe, madre.

—¿El prometido de Cristina? ¿Se encuentra malherido? ¿Ha caído en combate?

Manteniendo su mirada con cierta dificultad, asentí lentamente con la cabeza. No dudaba una onza de su fortaleza, porque si alguien en la familia había demostrado capacidad para soportar vaivenes de lanzas en sangre, María Antonia nos ganaba a todos muy por largo. Había perdido a sus dos esposos, a su hijo de sangre y a su sobrino e hijastro que como de leche quería. Y siempre había sido ella la que nos mostrara el camino, con el impulso necesario para seguir adelante. No obstante, ya no era la mujer de inagotable fortaleza mental porque, sin posible remedio, los años van ganando la batalla poco a poco a la carne. Además, estaba convencido de que, en esta ocasión, le dolía de forma muy especial la noticia. Porque Pepe había supuesto la solución perfecta para Cristina, una joven de buen corazón, pero un tanto irreflexiva y demasiado impetuosa a veces. Y todos habíamos gozado al comprobar su perdido enamoramiento por el oficial portugués. Pero como mujer práctica, lanzó sus primeras palabras.

—Bueno, se trata de un mal menor.

—¿Ha dicho un mal menor, madre? La muerte de Pepe lo ensombrece todo. Ahora que Cristina parecía...

—Entiéndeme bien, Santiago. Quiero decir que Beto es el marido de Rosalía y con dos hijos en el mundo. Su pérdida, como fue la de tu madre o tu padre, sería irremplazable. Pero también comprendo lo que quieres decir y la maravillosa conjunción que representaba Pepe en la vida de Cristina. —

Realizó una mueca de tristeza que pocas veces le había observado—. Pero no debemos olvidar que puede encontrar otro amor, que debe encontrar otro hombre. Se trata de una joven de extraordinaria belleza y una posición social envidiable. Si nos encontráramos en la Corte en situación normal, le lloverían las pretensiones. En fin, Dios quiera que no lo tome a la desesperada. Siempre me han dado miedo sus reacciones, esa forma de ser tan precipitada y, en demasiadas ocasiones, inconsciente. A ti puedo decirlo como jefe de la casa —me dirigió una sonrisa de cariño—, el más noble hijo que se puede desear y el cayado donde apoyarme, ahora que comienzan a fallarme las fuerzas. Además, conoces a Cristina tan bien como yo o mejor, y sabes de lo que es capaz.

—La comprendo perfectamente, madre. También yo siento cierta aprensión por cómo reaccionará Cristina. Confiemos en que todo se resuelva dentro de márgenes..., de límites juiciosos. Por otra parte y si así lo quiere, me encargaré personalmente de darle la dolorosa noticia. Sería demasiado penoso para...

—Te agradezco el intento, pero no es posible. Debo ser yo quien encare la situación. No debemos escapar en la vida de nuestras obligaciones. Pero sí que desearía hacerlo en tu presencia. Me supondrá un apoyo auxiliar muy necesario. Además, te dispensa especial respeto y cariño. Pido a Dios que le ofrezca fuerzas a esta niña y comprenda que así nos movemos por el camino incierto, esa vereda que nos marcan desde los cielos. Siéntate a mi lado y esperemos su llegada, lo que debe producirse en escasos minutos.

Obedecí en silencio. María Antonia apartó la mesita de labor y tomó asiento a mi lado. De forma instintiva tomó mi mano y la apretó con fuerza, como si allí pudiera encontrar el ánimo que comenzaba a faltarle. Se me hizo un nudo en la garganta y sentí deseos de llorar. Pero no por Pepe o Cristina, sino por aquella gran mujer que no merecía un golpe más en sus lomos gastados por la vida. Comprobé que sus ojos aguantaban las lágrimas con supremo esfuerzo, pero estaba convencido de que no derramaría una sola en aquellos momentos.

Comenzaron a transcurrir los minutos con dolorosa y desesperante lentitud. Por mi parte, mantenía extrema atención a cualquier ruido que procediera de la planta baja. Me sentía de nuevo nervioso y agarrotado, incapaz de pensar o mover uno solo de los músculos del cuerpo. Y si por una parte deseaba rematar aquella triste faena cuanto antes, la temía al mismo tiempo y rezaba por que se produjera su retraso.

Pero todo llega en esta vida, lo deseemos o no. La primera señal que recibimos de la arribada a casa del grupo fue, como norma habitual, las carreras de Francisco y sus gritos, con las niñeras tras él en infructuoso intento de apaciguarlo. Al menos, fue conducido a la galería de los juegos con su hermana y su primo, con lo que Rosalía y Cristina acabaron por llamar a la puerta del camarín.

Sin posible sospecha, las dos jóvenes reían de buen humor, posiblemente por alguna trastada producida por el pequeño huracán de mi hijo. Fue Rosalía la que pronto comprendió que la mañana se movía por aguas de bulto, aunque no sospechara las crestas negras.

—¿Os sucede algo? Parece que mostráis caras más propias de dura penitencia.

—Tomad asiento, niñas, por favor —la firme voz de María Antonia rasgaba el aire—. Tengo que ofreceros una noticia poco agradable.

—¿Se trata de Beto? —Rosalía saltaba del sillón, como movida por un resorte—. ¿Han llegado noticias del Plata? ¿Se encuentra herido? Por dios, madre...

—No debes preocuparte, Rosalía. Nada sabemos de Beto, lo que supone una buena señal. —María Antonia dirigió la mirada hacia su hija Cristina con el más profundo amor reflejado en su rostro—. Niña, siempre debemos estar preparados en la vida para lo que ha de suceder, especialmente cuando nos alcanzan nuevas que jamás desearíamos recibir.

Se hizo el silencio. María Antonia parecía incapaz de pronunciar una palabra más, mientras restregaba sus manos entre sí. Aunque lo dudaba, decidí entrar por derecho. Siempre he defendido que los rodeos no ayudan y solamente producen más dolor. También yo miré a Cristina con especial devoción.

—Me ha visitado un capitán portugués hace escasos minutos y su información no es lo...

—Pepe ha muerto —sin permitirme acabar la frase, Cristina afirmaba con decisión, sin mover un solo músculo de su rostro, como si no le cupiera duda alguna de lo sucedido—. Una voz dentro de mí me lo decía desde hace algunas semanas. Debo estar predestinada para el sufrimiento y el fracaso en todo lo que emprendo.

Quedamos en suspenso ante una declaración tan rotunda como aquella. Si esperábamos escuchar sus gritos de dolor, llantos desgarrados o cualquier otra demostración habitual en momentos como aquel, nos equivocamos al tope. María Antonia entró con voz dulce.

—No digas eso, hija mía. A todos nos sobrevienen gozos y tristezas en esta vida. Es norma de ley y así debemos aceptarlo. Fíjate en mí. He perdido a los dos hombres que he amado, incluso a hijos, lo que produce un dolor tan intenso y distinto que no se puede comprender sin haber engendrado. Comprendo tu sufrimiento, pero el tiempo acaba por curarlo todo, aunque ahora te parezca misión imposible. Pepe pasará a ser un bello recuerdo solamente. Encontrarás a otro hombre que te ame y con quien acabes por llevar una vida feliz.

Cristina, todavía sin mostrar ningún sentimiento en su cara, miró a su madre y a mí, antes de lanzar su última sentencia.

—Todo me sucede por no ser suficientemente valiente e intentar cerrar puertas a la marea. Pero no volverá a suceder, podéis estar seguros.

Cristina pronunció aquellas frases, cuyo significado no logré descifrar, como si se tratara de una opinión sin especial importancia. Y sin perder un segundo más, abandonó el sillón para dirigirse hacia la puerta del camarín y salir en silencio. Quedamos sin posible reacción, temerosos de los pensamientos que por aquella linda cabecita debían circular y que no éramos capaces de comprender. Por su parte, Rosalía rompía en sollozos, mientras tapaba el rostro con sus manos. Escuché la voz de María Antonia como si llegara de muy lejos.

—Pobre hija mía. Prefiero no intentar descifrar sus palabras, que me producen en el pecho un intenso miedo. Debemos ayudarla, aunque sé que no se tratará de cuestión sencilla. Y sería desastroso que se enredara poco a poco en su propia concha, al punto de desechar cualquier mano tendida.

—Se encuentra confundida por la terrible noticia, madre —intenté dulcificar la situación, aunque entrara por derroteros en los que no creía—. La consolaremos como nos sea posible. Y entiendo que sería bueno marchar a la Corte, en cuanto se aclare la situación por completo.

—No estoy segura, Santiago. De momento, estimo que debemos permanecer aquí y comprobar cómo atraviesa los próximos días. Después, espero que Dios nos ofrezca alguna solución.

Mientras María Antonia hacía esfuerzos para no caer en llantos y los gemidos de Rosalía entraban en sordina, una especie de ráfaga de aire frío cruzó por mi pecho. No era consciente de lo que me infundía aquel temor, pero al igual que en la mar había sentido un temporal de olas ampolladas o el olor de la pólvora y la sangre en adelante, así me sentía en aquellos momentos. Poco después, me encontré elevando silenciosos rezos a Nuestra Señora del Rosario. Al igual que preserva a los buques de los peligrosos

rompientes y ofrece vientos propicios, así le rogaba por que ayudara a Cristina en aquellos difíciles momentos.

3. Un rayo de esperanza

Tal y como adelantaran en cerrado mis peores presagios, vientos desapacibles y contrarios se entablaron con fuerza en el palacete familiar de la calle de la Amargura. Además de la tristeza que nos oprimía el corazón al recordar la alegre figura de nuestro amigo portugués, a quien ya considerábamos un miembro más de la familia, sobrevolaba en negra rumazón por encima de nuestras cabezas una permanente intranquilidad, a causa de la actitud adoptada por Cristina. Por mi parte comprendía su dolor, que no me consideraba primerizo en tales sentimientos de tortura mental severa, pero no acababa de comprender los métodos que su alma emprendía para intentar superarlo. Porque todo se corría por caminos absurdos y desusados en su postura, tan alejada de la normal actuación que una joven de su categoría social y edad debe exponer y asumir a diario.

Tras recibir la desoladora noticia, Cristina no abandonó su dormitorio en ningún momento durante la primera semana. Malhumorada y huraña, tampoco deseaba hablar con ningún miembro de la familia, como si todos en maléfica conjunción hubiéramos sido los causantes de su inesperada desgracia. Tan sólo Francisca, su vieja niñera que la adoraba como a una hija, podía penetrar en su santuario personal para ofrecerle comida y bebida, unos alimentos que no despreciaba la joven en absoluto. Y cuando ya María Antonia me indicaba la necesidad de que tomara el asunto de la mano con suficiente energía e intentara hablar con ella, se produjo una nueva eclosión en su carácter y conducta. Porque una mañana, cuando la familia atacaba las primeras viandas del día y manteníamos discusiones sobre el camino que debíamos tomar, apareció Cristina elegantemente ataviada y con una amplia sonrisa en su rostro. El desconcierto producido fue absoluto, al punto de cesar en nuestras conversaciones y ejercer un silencio total.

Cristina, que aparecía hermosa y radiante como pocas veces la había observado, tomó asiento en la mesa a mi lado. Regresaba a sus bromas

habituales, como si ninguna circunstancia hubiera alterado su vida y costumbres en los últimos días. Incluso el tono de su voz se mostraba alegre, para asombro de todos.

—No comprendo cómo puedes ingerir tal cantidad de alimentos a estas horas de la mañana, querido Santiago —su voz no mostraba tono alguno de inseguridad, ni el más mínimo signo en consonancia con los sucesos acaecidos en los últimos días—. Seguro que además de esas generosas tajadas de tocino y media hogaza de pan, que abombarán tu tripa en escasos meses, habrás bebido ya más de dos tazas de ese líquido negro y amargo, que tanto deleita a los hombres de esta casa.

Se mantenía el silencio a maza en el ambiente sin resquicios. Por mi parte debí posar la taza de café con cuidado sobre la mesa para que el líquido no se derramara con el nervioso movimiento de mis manos. María Antonia fue la primera en dirigirse a su hija en tono suave y obsequioso.

—Mucho me alegro de comprobar tu nuevo estado, Cristina. Parece acción milagrosa. Ya andábamos preocupados por tu decisión de mantenerte a solas en la alcoba, cual eremita que abandona el mundo de los vivos.

—Debía pensar, madre, un necesario ejercicio al que pocas veces me había entregado. —Cristina troceaba unas torrijas emborrachadas en leche y con abundante miel, como siempre gustaba—. Y ahora comprendo que debía haber encarado mi vida con mayor sinceridad desde el primer momento. No hay nada peor en esta vida que bordear la arena de la playa con extremo miedo de que el agua llegue a besar la punta del zapato. El riesgo es necesario si deseas alcanzar tu objetivo.

—¿Tu objetivo? —preguntó Rosalía con extrema delicadeza.

—Así es, Rosalía. Todos debemos disponer de un objetivo principal en nuestras vidas y a él debemos dedicar nuestras fuerzas.

No comprendía nada en absoluto de lo que Cristina pretendía explicar con tan oscuras palabras. Más bien me parecían propias de personas enajenadas o de esos filósofos parlanchines, cuyas explicaciones consideraba imposibles de entender. Por el contrario, María Antonia mostró un gesto de ligero escalofrío y posible temor, como si al escuchar aquellas palabras hubiera recibido una ráfaga de viento helado y pernicioso.

—Siempre he defendido que debemos encarar nuestras acciones con plena sinceridad, hija mía. La mentira no conduce más que a una vereda estrecha, que jamás alcanza el deseado destino. De todas formas, me sorprende observar tu buen humor, tras una semana más propia de aquellarre funerario.

—Ha sido un baño de necesaria soledad, madre. Eso es todo. No debíais preocuparos.

—Pues ya que muestras tan positiva disposición, debo preguntarte si te parece bien que ofrezcamos un funeral particular y familiar por el alma de nuestro querido capitán Lopes de Moura. También deberíamos ordenar un elevado número de oficios, que le ayuden a alcanzar el reino de los cielos a la mayor brevedad.

—Me parece una acción muy correcta y oportuna —dije con decisión—. Lo andábamos retrasando hasta conocer tu opinión, Cristina. Aunque se concedió bula especial de indulgencia para todos los soldados que combaten al francés, nunca viene mal una ayuda desde la tierra por persona tan querida. La iglesia de Santiago podría ser oportuna.

—Podéis encargar todos los oficios divinos y de difuntos que estiméis convenientes. Como no llegó a formar parte de nuestra casa, espero que me eximáis del pertinente luto. Aborrezco el negro subido en los vestidos, un color que tan poco me favorece.

De nuevo saltó la alarma en mi cerebro. Ahora parecía escuchar a la joven Cristina de quince o dieciséis años, una etapa que consideraba felizmente atravesada. Recordaba al detalle su rebeldía, cuando le avisábamos en la Corte de sus equivocados amores por el oficial francés. Y el temor se encastró en mis tripas, al comprobar una vez más su sonrisa, que nada bueno podía presagiar. ¿Con tal rapidez había olvidado su intenso dolor por la muerte del querido prometido? Un cambio demasiado extremo y rápido, sin duda. Pero no se encontraban allí las respuestas, por lo que opté por guardar silencio y desviar la conversación.

De esta forma, el quehacer diario en la casa común regresó a la normalidad, aunque se sustentara en una estadía incierta e inestable. Sin dudarle un solo instante, cuidábamos al detalle nuestras conversaciones con la joven, temerosos de sus posibles reacciones. Y tal era mi suspicacia que la observaba a hurtadillas en todo momento, intentando descubrir en su voz o en sus reacciones algún camino oculto, algún giro que me demostrara la realidad. La verdad es que dudábamos de su verdadero estado, aunque nada en su comportamiento pareciera indicar un peligro inminente. Pero el duende negro recorría mis venas en clamor, haciéndome sentir incómodo y desasosegado.

Pocos días después, regresado a mis escasas obligaciones, acudí a la posada del general Escaño, en una de mis periódicas visitas. Y me sentí inmensamente feliz al comprobar que se trataba de una excelente ocasión, uno de esos momentos en los que el viejo general parecía haber recuperado sus

fuerzas y el vigor de su palabra como por encanto, aunque a veces tales demostraciones duraran escasos minutos, cual espejismo que nos muestra la imagen real sin permitir el alargado disfrute. Como nos encontrábamos solos en la ocasión, fiel a su costumbre me entró por derecho sin dudarle.

—¿Qué piensas hacer con tu vida, Gigante?

—Hace tiempo que nadie utiliza mi antiguo apodo, señor. —Expuse una sonrisa de complicidad—. Me siento más joven al escucharlo.

—¿Más joven? Por favor, muchacho, si acabas de entrar en la vida.

—Me ha preguntado acerca de lo que pienso hacer. La verdad, señor, que no le comprendo.

—Pues debes comprenderlo. ¿Piensas mantenerte a cuartel el resto de tu vida?

—Bien sabe, señor, que no deseo sufrir esta penosa situación ni un solo día a ser posible. —Me sentí ligeramente molesto ante lo que consideraba como un paternal e inmerecido reproche—. Pero dado el estado en que se encuentran nuestros...

—Por todos los cristos, Santiago. —Don Antonio realizó un gesto de rechazo con sus manos, habitual en él cuando no deseaba escuchar ciertos argumentos—. Nuestra Armada se encuentra bajo mínimos desde hace bastantes años, demasiados. Casi podríamos decir que no llegaste a vivir la época dorada, sino sus faldas. Si te mantienes en casa todo el día y no mueves el culo por pasillos y secretarías, a cuartel permanecerás durante años. Es bien conocido que tu carrera en la Armada, hasta el momento, ha sido estelar y brillante como pocas. Así lo confirman tanto los informes de tus superiores, como los ascensos recibidos por acciones puntuales de elevado riesgo. Incluso deberías ceñir ya la faja, si la justicia imperara como antes. Por tal razón, has de aprovechar este momento, en el que la Regencia se encuentra en deuda contigo. Los caudales aportados con la captura de la fragata Andorinha, cuando ya nadie los esperaba, llegaron a la Real Hacienda como maná caído del cielo. Deberías hablar con Ciscar sin pérdida de tiempo. No olvides que, en estos días, todo cambia con extrema rapidez.

—¿Se refiere al jefe de escuadra don Gabriel Ciscar? —pregunté, sorprendido.

—Por todas las rabizas tuertas, Gigante. Vaya pregunta. Parece que hoy has despertado tarde. No me voy a referir a los santos apóstoles en ejercicio. Como miembro del Consejo Supremo de Regencia, el jefe de escuadra don Gabriel Ciscar puede ayudarte y corresponder a los altos servicios prestados a la nación por tu persona en tan delicados momentos. No intento que busques

mercedes inmerecidas, ni mucho menos. Ya sabes que nunca he aprobado ese sistema cortesano, tan utilizado por muchos indeseables. Quiero que te concedan lo que te corresponde y mereces.

—¿Pero no cesó el general Ciscar en el Consejo Supremo de Regencia el año pasado?

—En efecto, pero ha sido nombrado de nuevo en compañía del capitán de fragata Agar, que repite por su condición de indiano, aparte de su clara inteligencia, y el cardenal Borbón, arzobispo de Toledo y primo de Su Majestad don Fernando. Y por todos los negreros purulentos que poco me gusta la presencia del prelado en la terna. Bien sabe Dios que no navego una sola milla en contra de nuestra Santa Madre Iglesia, especialmente durante estos días en los que veo la lejana puerta casi a mano, pero no me parece que ese noble eclesiástico corra por sinceros. Tampoco Ciscar debería entregarse tan de pleno por una causa política determinada, aunque se trate de un hombre honrado y que no mira por sus intereses propios.

—Muy habitual en nuestra España.

—En efecto. Pero mucho me temo las consecuencias de una excesiva politización entre los cuadros de la Armada y el Ejército, con creciente división de opiniones. Aunque recomendé en persona y por escrito que tales sentimientos se mantuvieran en tapado mientras se vistiera el uniforme, se trata de condición imposible porque son las más altas jerarquías quienes las muestran de forma clara y rotunda cada día. Y no es bueno sentirse excesivamente comprometido en una u otra banda, sea cual sea. Deberíamos observar la situación un tanto en la distancia, posición que, sin embargo, será cada vez más difícil de sostener en el futuro.

—Algunos de nuestros compañeros se declaran abiertamente como liberales o absolutistas, señor, sin tapujos y a la cara —dije con rostro ensombrecido—. Bien es cierto que en la Armada abundan en mayor cantidad los del primer escalón. Ayer mismo me reuní con un grupo de compañeros y no pocos se declaraban como apasionados liberales de forma rotunda y orgullosa.

—Una postura absurda y poco inteligente, que nada les beneficiará.

—Lo comentaba solamente como un ejemplo, señor. Nada bueno ha de amparar esta división tan manifiesta en los pensamientos.

—Tampoco debemos exagerar la orla, Gigante. Piensa que no se trata de una situación excepcional, porque siempre han existido partidillos de una u otra tendencia en los pasados años. Por los politiqueos cortesanos perdimos grandes hombres para la Armada, como fue el caso del marqués de la

Ensenada. También ocurrió con Floridablanca, Aranda, Godoy y, sin ir más lejos, con don Fernando en su época de Príncipe de Asturias y terribles relaciones con su padre. Y para embarrar la charca aparecieron después los patriotas y afrancesados. Entre estos últimos, algunos decidieron servir al rey José, mientras otros derivaban claramente hacia el equipo liberal. Pero mira lo que sucede en la Gran Bretaña, donde dos partidos se alternan en el Gobierno y los miembros de la Armada y el Ejército ejercen sus preferencias, sin que se traspasen a la vida profesional, salvo casos excepcionales y puntuales de altas graduaciones. Envidio esa situación.

—Eso será difícil de conseguir en España, señor. Venimos de un sistema monárquico de poder absoluto, sin que se haya producido un movimiento drástico. Y poco se puede hacer cuando uno de los partidos o movimientos, los llamados absolutistas, niegan a la otra parte, los liberales, la posibilidad de discutir siquiera sobre su forma escogida de gobierno. Esto arranca en discusiones sin demasiada alzada todavía, que puede degenerar en un rifirrafe capaz de destrozarnos los lomos.

—Te ampara toda la razón en esas palabras. Sin embargo, no podemos cerrar los ojos a cambios que se consideren necesarios por el simple hecho de que la mitad piense de forma distinta. No creo que nadie con suficiente cerebro pueda asegurar que esa Constitución en proyecto nos llevará por los peores caminos de la revolución. No es eso lo que se pretende y para muestra mayor, recuerda que todos recaban la presencia de don Fernando a la cabeza, una condición escasamente revolucionaria. Eso sí, se quiere al monarca con un poder..., digamos controlado.

—Parece liberal al pronunciar esas palabras, señor —exclamé con una sonrisa.

—Si te soy sincero, no estoy seguro de lo que soy ni quiero posicionarme en un bando determinado con claridad, amigo mío. Bien es cierto que, a mi edad, poco me preocupa. Pero habría deseado que en los años de vergonzoso reinado de don Carlos IV y su prepotente valido al mando de la nación, algún estamento hubiera podido controlar ese desaguisado nacional y establecer las prendas en su correcto lugar. Los que mucho criticaban y con razón las tropelías de don Manuel Godoy, que nos arrastraron a la mayor ignominia nacional, amparadas en el rendido amor que por él profesaban sus queridos soberanos, defienden ahora un sistema que justificaría tal situación. ¿Tú quieres realmente que se vuelva a producir tamaña vergüenza?

—Desde luego que no.

—¿Y cómo se podría remediar?

—Pues..., bueno, no lo sé.

—Es muy sencillo, con unas Cortes Generales y una inviolable Constitución, que aclare el papel y limitaciones de cada uno. Y que cada oveja, sea churra o merina, cumpla con su deber. Así de fácil.

—En teoría, ya se disponían en la Monarquía de Consejos e Instituciones, capaces de llevar a cabo ese control durante el reinado anterior.

—Dices bien, «en teoría». Por desgracia, estaban supeditados por completo al poder real, lo que invalidaba su función.

Don Antonio quedó pensativo, como si dudara o temiera exponer sus verdaderos sentimientos. Receló que cayera en uno de sus alargados silencios, por lo que me apresuré a continuar.

—Esas palabras que acaba de pronunciar, al hablar de las Cortes y la Constitución, señor, son las mismas que expuso el jefe de escuadra y miembro de la Regencia don Gabriel Ciscar la semana pasada en público. Así fueron reproducidas en la prensa.

—Porque Ciscar no se restringe una mota en sus opiniones y sale a por barbas, con la cara por delante, como impenitente liberal. Te repito que no me parece una postura muy adecuada, aunque concuerde al ciento con sus ideas. Sin embargo, no debemos olvidar que fue de los primeros españoles en saltar con valor contra los franceses, en defensa de los derechos de don Fernando. No obraron de la misma forma los absolutistas en su conjunto, salvo honradas excepciones. Y a la cabeza de ellos el Consejo de Castilla, que disponía de todo el poder en la mano y absoluta legitimidad para actuar. Lo que sucede es que sus miembros no tuvieron el valor de pronunciarse, en lugar de aplaudir las tropelías de Murat y darle coba para mantener sus privilegios. Mira, Gigante, aquí muchos van a lo suyo por encima de cualquier pensamiento político.

—Pues en ese caso podemos declararnos liberales, señor —exclamé con severa convicción.

—No nos declaramos abiertamente hacia ningún bando o partido, muchacho, al menos de momento. Y a ti te lo prohíbo como orden de padre en ejercicio —ahora hablaba con energía y decisión—. En estos momentos de cruce, la misión principal es acabar de echar a los franceses de nuestra tierra y enviar fuerzas a las Indias, para sofocar esos movimientos independentistas. España no podría sobrevivir a la ruina que ha producido la guerra sin los caudales que de las provincias americanas nos pueden llegar. Y cuando vuelva don Fernando a ceñir la corona, como dice el bailío don Antonio

Valdés^[8], se le recibirá gozosamente con los brazos abiertos, pero con una Constitución en la mano que limite sus poderes.

—Una frase hermosa donde las haya, señor. ¿Cree sinceramente que lo aceptará nuestro señor?

Don Antonio dudó algunos segundos antes de contestar, como si temiera exponer sus propias opiniones.

—Te hablo como a un hijo, Gigante. Solamente ante ti elevaría estas palabras, puedes estar seguro. Cuando de jovencito don Fernando politiqueaba a oscuras y tras la puerta contra su padre, parecía acercarse a los que entonces se denominaban de ideas afrancesadas. Pero hay quien dice que es persona demasiado mudadiza de pensamiento y voluntad, de acuerdo con la dirección por donde sople el viento. Que navega casi siempre a conveniencia propia y no solamente pensando en lo mejor para su patria, como es el deber para el que ha nacido. Me parece que pocos lo conocen lo suficiente como para atreverse a pronosticar sobre su posicionamiento cuando regrese a España, si es que lo hace alguna vez. Pero, con sinceridad, no me fío una mota de ese joven.

—Me entristece escuchar esa opinión, señor. Creo que don Fernando es la única esperanza cierta para el futuro de la Real Armada.

—En efecto, si es capaz de comprender que sin Armada pasaremos a ser una potencia de tercer orden en el mundo. Hace algunos meses se corrió por las calles un panfleto, declarado oficialmente como libelo —enarcó las cejas en signo de interrogación—, en el que se aseguraba que don Fernando tan sólo desea congraciarse con Bonaparte y emparentar con su familia a cualquier precio. Y hay bastantes mentes preclaras que lo admiten como verdad. Dicen que incluso felicita al rey impuesto por las medidas tomadas en España, algo difícil de creer. Ahí se encuentra el meollo sin descifrar, y queden mis palabras selladas entre estas cuatro paredes. En los pocos escritos de su mano que han arribado al Consejo de Regencia, nuestro señor elogiaba todo lo que en Cádiz se ha llevado a cabo. Pero, entre tú y yo, me inspira escasa confianza. Fue mentiroso e instigador en su juventud, según me narraron quienes bien lo conocían. Y quien miente de base corre a la vereda oscura. Esperemos que el sufrimiento de su cautiverio haya aclarado su mente y mantenga las promesas.

—No lo puedo creer. Si en estos días don Fernando adopta una postura poco clara, se tratará de alguna estratagema para escapar hacia España o mejorar su situación personal.

—Eso espero. ¿Sabes una cosa, Gigante? En el fondo me aburre este triste politiquero, que puede llegar a dividirnos en dos bandos irreconciliables.

—Más vale pensar en otras cuestiones, señor. Después de todo, lo que ha de ser, será y lo veremos.

—Pero no nos olvidemos del asunto principal que emprendí al principio de nuestra conversación, antes de derivar al tema político que tanto apasiona hoy en día. Has de visitar a don Cayetano Valdés y a don Gabriel Ciscar. Ellos son capaces de aclarar tu situación. Según parece, y no lo tomes al pie de la letra, se alistan como se puede dos o tres navíos, para llevar a cabo un importante transporte de tropas del Ejército hacia Veracruz y El Callao. Ya puedes imaginar que esos buques saldrán a la mar con vergas de cristal y jarcias de hilo. Pero creo que uno de esos navíos debería caer en tus manos, aunque te haga sufrir. Bien sabe Dios que lo mereces más que nadie. Además, la Armada no puede prescindir de hombres como tú en estos momentos.

Sus palabras me hicieron temblar de gozo con sólo presumir de su lejana posibilidad.

—Dios escuche esos deseos, señor.

—Dios no escucha una sola palabra si no se zurra la badana a conciencia cada día. Ya sabes lo que debes hacer. Además, sería buena condición que te encuentres lejos de esta agitada España cuando se produzca el regreso de don Fernando y se decida la política que se debe seguir. Parece que se encuentran muy avanzadas las conversaciones entre Bonaparte y nuestro señor. Aunque tanto el Consejo de Regencia como los diputados nada quieren saber de un posible acuerdo sin hablar anteriormente con los aliados, ya veremos por dónde salta la cometa. Y no olvides, que gran parte de los generales del Ejército parecen estrechar lazos con los que desean el antiguo régimen. Bueno, de la Armada también, pero en un porcentaje mucho menor.

—Algo he escuchado en ese sentido.

—Bueno, fin a la política de una puñetera vez. Tú a lo tuyo, que es conseguir el mando de un 74.

—Pero apenas conozco al jefe de escuadra Ciscar, señor. No he cruzado más que unas pocas palabras con él y en grupo.

—Hace pocos días llegó a verme. Lo tuve a mis órdenes cuando, muy joven, en el empleo de teniente de fragata, se encontraba embarcado en una de las unidades que se asignaron para el sitio de Gibraltar. Deseaba ofrecerme sus respetos y asegurar que nada tuvo que ver con la situación que se creó a mi alrededor, al abandonar el Consejo de Regencia. Le creo, desde luego, porque no es persona falsa sino de ley. Bien es cierto que pudo ejercer con

mano más firme, en lugar de dejarse llevar por la corriente general. Pero te repito que se trata de un oficial con principios y con un cerebro extraordinario, posiblemente el más capacitado en la Armada. Le hablé de ti y reconoció tu magnífica labor al mando de la Proserpina por el mar de las Indias. Y conocía con detalle tus aventuras, porque es buen amigo del general Valdés, que batalló a muerte por conseguir tu ascenso.

—Una lástima que don Cayetano se apartara de la Comandancia General de la Escuadra. A tan extraordinario oficial sí que podría acudir en petición...

—No ha perdido un ápice de su protagonismo y poder, más bien al contrario. De la escuadra pasó a otro destino de gran categoría. Ha sido nombrado gobernador, capitán general y jefe político de Cádiz nada menos. Le une a Gabriel Ciscar una buena amistad y un ideal común, en el que también yo me sitúo, aunque no abra la boca más que entre amigos. Defienden la misma teoría del bailío Valdés. Como tantos, desean una poderosa monarquía pero, tal y como te exponía, con el freno que suponen las Cortes y la Constitución. Por desgracia, los hay que cargan leña a paladas en dirección contraria, esos que desean regresar al poder absoluto y sin restricción alguna de los reyes. Estiman como muy peligrosas las Cortes y su posible desliz hacia el espíritu revolucionario que asoló a la Francia. Una soberana estupidez, sin duda. Lo más peligroso y deshonesto es que gran parte de ellos no defienden tal postura por noble convicción, lo que podría comprenderse, sino en defensa de sus propios intereses, una actitud deleznable.

—Volvemos a caer en el tema...

—Tienes razón. La verdad es que hoy me encuentro muy bien y esa división entre liberales y absolutistas me lleva de cabeza. En cuanto a tu futuro, manos a la obra sin esperar un solo día. Espero contemplar desde la Alameda tu figura en el alcázar de un navío de dos puentes, navegando con todo el aparejo y tu gallardete de comandante ondeando al viento.

—Así lo haré, señor, si se me ofrece la ocasión. Tan sólo de pensarlo, se me eriza el vello de la piel.

—Pues en ese caso lucha por ello, cojones. Bueno, Gigante, ahora y para rematar esta visita, me gustaría tocar..., me gustaría comentar un asunto más...

Parecía dudar don Antonio. Lo achaqué en un principio a que las fuerzas mentales volvían a fallarle, pero no era el caso.

—Quiero que sepas, y hablo con absoluta sinceridad, que te agradezco como se merece lo que has hecho por mí. Eres hijo de tu padre, no cabe duda.

—Perdone, señor, pero no creo haber...

—Calla la boca. —Movi6 sus manos para hacerme quedar en silencio—. Aunque sufra d'as en los que mi cerebro parece estancarse solamente en lejanos recuerdos, no creas que he perdido mi antigua sagacidad, al menos en determinados momentos. Cuando la puchera que me ofrece Bernardino a mediod'ia aparece con tan ricas carnes y generosas especias, s6 perfectamente de d6nde llegan los auxilios econ6micos. Ya sabes que nunca fue plato de mi agrado el que se me ofrezca...

—En ese caso, se'or, a qui6n debo visitar en primer lugar. ¿Al general Vald6s, quiz6s? Con 6l dispongo de m6s confianza.

Al comprender mi intento de desviar una conversaci6n que no amparaba final feliz, el general sonri6. Palme6 mis rodillas con el verdadero afecto que me dispensaba, al tiempo que apartaba el ligero cobertor extendido sobre sus piernas, al que le obligaban.

—Por los dioses de la mar que hace demasiado calor para aguantar este abrigo a'adido. El doctor Ar6juela acabar6 por matarme con tantos cuidados. Pero para contestar a tu pregunta, creo que deber'as acudir en primer lugar a presencia de don Cayetano Vald6s y felicitarle como es debido por su nombramiento. Supongo que la madeja se desenrollar6 por s' sola ante su presencia. Adem6s de un gran oficial, se trata de un caballero de ley y te dispensa especial aprecio.

—Lo que mucho le agradezco.

—No te han regalado absolutamente nada. Todo lo ganado lo has merecido con creces. Adem6s, el mismo Vald6s puede facilitarte una posible audiencia con Ciscar, si lo considera oportuno y necesario.

—Bien, se'or, una vez m6s le agradezco todo lo que durante tantos a'os...

—No entremos en agradecimientos o deber6 regresar al tema de conversaci6n que intentabas evitar —ahora sonre'ia, divertido.

Me desped' del general con un abrazo y cierta emoci6n prendida en el pecho. Siempre me sent'ia igual al abandonar su posada, como si se tratara de la 6ltima ocasi6n en la que lo encontrar'ia con vida. Pero escucharlo con sus pensamientos en total lucidez y con suficientes fuerzas me anim6, aunque fuera consciente de que la espada en cuelgue sobre su cabeza no hab'ia sido apartada una sola pulgada. De esta forma, con sentimientos encontrados y una frase bien clavada en el cerebro, dobl6 por el callej6n del Tinte para arribar a casa.

Aquella noche me revolví en la cama durante horas. Mientras intentaba conciliar el sueño, la mágica frase pronunciada por don Antonio se repetía una y otra vez sin descanso en mi cerebro: «Se alistan como se puede dos o tres navíos, para llevar a cabo un importante transporte de tropas del Ejército hacia Veracruz y El Callao. Uno de esos buques debe caer en tus manos». La emoción subía en grados cada vez que la recitaba cual letanía sin fin. Y como consecuencia, la estampa de un navío de dos puentes y 74 cañones se aparecía con especial nitidez en el cerebro. Pueden jurar que en aquellos momentos habría entregado media vida por que se confirmara tal posibilidad.

4. Dos grandes hombres

Los minutos de aquella noche se acortaron en mi alma con un leve suspiro, cual vuelo de alcatraz en picado de presa, agitada la mente con pasajes dulces y cortos sueños de gloria. Sin embargo, aunque en conjunto no hubiese dormido más de un par de horas, desperté pleno de energía, alegre y con una vitalidad que ya casi no recordaba poseer, una situación parecida a la vigilia habitual de todo comandante a bordo de un buque en la mar. Es muy cierto que en época de plena oscuridad una mínima bujía en la distancia se nos aparece como el mismísimo faro de Alejandría.

Y a esa lamparilla lejana me aferraba con arpeos de abordaje, incluso entrando en rezos de eterna penitencia por conseguir la meta anhelada. Pero también pesaban los momentos en los que me repetía sin descanso que se trataba de una lejana aspiración con escasas esperanzas de cierto futuro. El clásico juego mental de la cara y la cruz, que abanica en blanco o negro nuestros pensamientos a su putañera voluntad.

Como de costumbre, necesitó pocos segundos Okumé para comprobar el cambio obrado en mi persona. Y como su principal defecto consistía en una permanente curiosidad, que llegaba a reconcomer sus entrañas a dentelladas, largó la primera andanada cuando tomaba la segunda taza de café, incapaz de esperar un segundo más.

—Estimo, señor, que la visita girada ayer tarde a la posada de don Antonio de Escaño ha debido de ser bastante interesante y positiva.

—Bueno, amena y divertida como otras. —Apenas lo miré, consciente de su agitación mental.

—Vamos, señor, que lo conozco como a la palma de mi mano. Jugosa información debió de transmitirle el general o alguno de sus ilustres visitantes.

—Mantuvimos una alargada y amena conversación a solas. Y se encontraba el general en perfectas facultades mentales, como no lo veía desde

hace mucho tiempo. Pero nada concreto, Okumé, y te hablo en serio. Algunas felices palabras que nos alcanzan el corazón como rayos de esperanza, pero nada más.

—Pues mantiene los ojos al palmo y esa sonrisa cerrada, como cuando le anunciaban un nuevo mando. Ya sabe que no puede engañar a Okumé.

—Nunca te engañaría en asuntos serios. Y en cuanto al posible mando, qué más quisiera yo. Ojalá que esa tibia posibilidad se traduzca en algo positivo.

Quedó el africano un tanto abatido ante mis parcas respuestas, que no amparaban falsedad alguna. No obstante, volvió a bullir su sangre cuando le ordené preparar en orden de luces mi mejor uniforme.

—¿Hacia dónde debemos marchar, señor? ¿Hacia el arsenal de La Carraca quizás? ¿A la Comandancia General de la Escuadra? —Sonreía como si hubiese adivinado el jeroglífico impuesto.

—No dejes volar la fantasía, africano del demonio. Debo visitar sin falta a don Cayetano Valdés, o intentarlo al menos.

—¿Al general Valdés? Pero ¿no abandonó el mando de la escuadra meses atrás?

—En efecto. No obstante, me comentó el general Escaño que lo han nombrado gobernador, capitán general y jefe político de Cádiz. La verdad es que, encerrado en casa, quedo aislado de las principales noticias, condición que he de remediar sin falta.

—En ese caso, señor, no ha de perder un minuto más aquí sentado. —Okumé masajeaba las manos entre sí, como si hubiera recibido la mejor de las noticias—. Seguro que desde ese puesto de tanta importancia el general Valdés podrá concederle el mando de un navío...

—No corras a tanta velocidad, Okumé. Nada tiene que ver ese cargo con el mando de la escuadra. Debo felicitarlo por haber sido nombrado para tan importante destino y conversar con él, por si puede orientar mis pasos.

—Orientar sus pasos para conseguir el mando de un navío. ¿No es así, señor?

—Joder, Okumé, deja ya el canto del puñetero navío. No sé cómo correrá la conversación. Ya veremos.

—Debe presentarse ante él esta misma mañana, señor. A quien madruga...

—Lo intentaré, pero deja de moverte a mi alrededor como una puta moscarda o te romperé la nariz. Incluso es posible que me concedan audiencia

para la semana próxima. Debe de ser persona con mucho trabajo y excesivas preocupaciones.

—Lo recibirá al instante sin dudarlo.

Aunque Okumé ya se veía a mi lado en la cubierta de un 74 navegando a un largo, por mi cabeza cruzaban pensamientos de todo tipo y, en muchos casos, poco halagüeños. Y el peor de ellos se materializaba al considerar la cantidad de capitanes de navío y brigadieres que se encontrarían en mi situación, soñando día a día con la mar y con un navío de dos puentes. De todas formas, una vez calzado con el mejor uniforme grande de mi vestuario, arrancamos en el carruaje con Sebastián en el pescante hacia el Palacio del Gobierno. Todavía se mantenía un calor excesivo, lo que aumentaba el sudor en chorro por mi espalda, una sensación conocida que no molestaba en exceso.

Cuando alcanzamos la plazoleta donde se sitúa el edificio que tan bien mantenía en mis pensamientos, escuché la voz de Okumé, ligeramente entristecida.

—Según tengo entendido, señor, fue aquí mismo —señalaba el alcorque de un árbol indiano centenario— donde mataron al pobre general...

—Al marqués del Socorro.

—¿Cómo es posible que algunos hombres se muevan con tales instintos de maldad?

—La muchedumbre incontrolada siempre es peligrosa, especialmente cuando se la dirige con malas artes. En su sombra se esconden los cobardes sanguinarios de mano tapada. Pero debes recordar que, en aquellos días de junio de 1808, todo andaba en vuelo de peligro y sin saber por dónde se remataría la maniobra.

—Pero mataron a aquel pobre hombre sin un mínimo remordimiento.

—El pueblo creyó que no se atacaba a la escuadra francesa fondeada en la bahía con la necesaria diligencia, a causa de una decisión del marqués del Socorro. Un manifiesto error. Por tal razón, diferentes grupos amotinados se dirigieron en belicosa actitud hacia su residencia oficial. Advertido el general de los acontecimientos y el peligro que su persona corría, no tuvo tiempo más que para correrse por la azotea al edificio inmediato. Pero fue advertida la maniobra y asaltado también, cayendo Solano en manos de la muchedumbre. Ya en la calle y manejado como un pelele, la multitud arreció en sus insultos de cobardía y afrancesamiento, lo que era manifiestamente falso, más bien al contrario. El general comenzó a explicar su postura y patriotismo. Y creo que habría llegado a convencer al pueblo de su inocencia, cuando un cobarde

desconocido, embozado entre la multitud, lo hirió con arma blanca por la espalda sin que nadie lo advirtiera. De esta forma, cayó muerto en redondo al suelo. El pobre se encontraba a punto de cumplir los cuarenta años.

—No hay nada más triste que entregar la vida de forma equivocada.

—Por desgracia, o así lo considero, tal desenlace consiguió aligerar los preparativos para atacar a los buques del almirante Rosily. Porque, entre tú y yo, los generales dudaban demasiado y con opiniones encontradas. Y digo por desgracia, porque parece que el vil asesinato obró a favor y desenrolló la madeja.

Por fin, atravesé el noble portón, ante el que montaban puesto fijo dos soldados del cuerpo de Batallones. Un teniente que se mantenía en guardia de ronda se acercó a mí con rapidez, enhebrando las frases de ordenanza. Le expuse mi intención de visitar al señor gobernador y, sin pronunciar una palabra más, me indicó con el brazo para que siguiera sus pasos.

Cuando alcancé el salón de recibo, sentí un profundo desfallecimiento. A pesar de hora tan temprana, eran ya seis las casacas que se mantenían a la espera, dos de ellas correspondientes a generales del Ejército y cuatro de estamentos civiles. Me dirigí con el ánimo a la baja hacia la sala de ayudantes, donde un coronel de Infantería entrado en años parecía ostentar la jefatura. Se alzó con deferencia para dirigirse a mí.

—Quedo a las órdenes del señor brigadier. Coronel Pezuela, primer ayudante de su excelencia.

—Muchas gracias, coronel. Desearía visitar al general Valdés, aunque ya he comprobado que no se mueve la mañana en claros.

—Ninguna mañana es buena, señor. Y el general todavía no ha llegado de su reunión con los miembros del Consejo de Regencia. Pero no debe de tardar mucho. Sin embargo y como dice, ya esperan seis personas para ser recibidos.

—¿Importantes?

—Con sinceridad, señor, nada que apetezca al gobernador. Peticiones de rebajas para amigos o familiares. ¿Conoce al general...?

—Creo que muy bien. Me he encontrado a sus órdenes durante bastante tiempo.

—En ese caso, lo incorporaré a la lista, aunque deba indicar que no ha solicitado audiencia previa. Pero si conoce al general, ya sabe que se mueve mucho según su propio criterio.

—Si considera que no es posible o adecuado ser recibido en el día de hoy, hágamelo saber y puede apuntarme para la audiencia que corresponda en normas más adelante.

—No se preocupe, señor, que lo mantendré informado al punto.

Tomé asiento en la sala de recibo, mientras los allí presentes apenas se fijaron en mi persona. Y no dispuse de mucho tiempo para analizarlos, salvo a un mariscal de campo que tamborileaba excesivamente nervioso con sus dedos contra las piernas. Porque no había transcurrido más que un cuarto de hora cuando se oyeron pasos y movimientos nerviosos en el cuarto de ayudantes, así como puertas que se abrían y cerraban. Supuse con escaso margen de error que el general Valdés acababa de arribar a su despacho. No obstante, pasaron los minutos sin que se anunciara ninguna de las audiencias. Y ya pensaba que se trataba de un error en mi apreciación, cuando apareció el coronel Pezuela en la puerta. Con voz de autoridad, se dirigió al conjunto que lo miraba expectante.

—Señor brigadier don Francisco de Leñanza, conde de Tarfí, sígame, por favor.

Al mismo tiempo que sentía un profundo orgullo y placer, no pude dejar de observar las miradas de odio que me dirigían quienes habían precedido con claridad en la petición. Pero se trataba de condición habitual en el general, como había podido comprobar en anteriores ocasiones. Parecía que la buena estrella se mantenía amadrinada a mi estela, porque en escasos segundos zafaba la primera de las mordazas.

Cuando penetré en la sala de trabajo de don Cayetano Valdés, creí encontrarme de nuevo en el buque insignia de la escuadra, condición en la que lo había visitado en tantas ocasiones. Poco o nada había cambiado desde nuestro último encuentro, un año atrás. De regular estatura y magro de carnes, destacaba por encima de otras consideraciones la especial afabilidad de su rostro, en comba de bondad y con una media sonrisa permanentemente prendida en los labios, salvo raras y peligrosas excepciones. Pero también descollaba por largo su nariz aguileña, afilada en gancho como uña de bichero. Con alargadas patillas, moreno de ojos y cabello, aunque este comenzara a ralearse a la vista, aparentaba una resolución que insuflaba fuerzas supletorias a quienes con él trabajaban.

Como de costumbre, abandonó su asiento para llegar hasta mí con una gran sonrisa en el rostro. Al tiempo que tendía y apretaba mi mano con sincera satisfacción, golpeaba suavemente mi hombro en un gesto de confianza que me halagó.

—Por todos los cielos, Leñanza, que por fin recibo una visita agradable en este aburrido despacho.

—Muchas gracias, señor general. Debe perdonar que me presente sin la debida solicitud de audiencia, pero hasta ayer por...

—Nada de excusas cortesananas, por favor. Ya te dije una vez, en aquellos delicados momentos de mayo de 1808, cuando me llevaste tan importante documento a Cartagena a bordo del Reina Luisa^[9], que la puerta de mi despacho siempre se encontraría abierta para ti. Y creo que te lo he demostrado con creces en los últimos años. —Aumentaba su sonrisa de buen humor—. Por cierto y antes de que se me olvide, enhorabuena por haber conseguido apresar la fragata Andorinha y ampararla bajo tus alas hasta esta bahía. Aunque fui yo quien te encomendó la complicada misión, ya había abandonado la jefatura de la escuadra cuando arribaste.

—Muchas gracias, señor. Tan sólo cumplí con sus órdenes.

—Pues si te soy sincero, no creía posible el éxito en tal empresa. Dar con esa putorróna fragata del manilargo capitán Silveira por el mar de las Indias se parece mucho a encontrar una aguja en un pajar de grandes dimensiones. Además de ser un extraordinario oficial, te suele sonreír la suerte. También es cierto que la suerte suele acompañar casi siempre a los mismos en benéfica repetición, una condición que se debe tener en cuenta. Y aunque mi sucesor en el cargo me explicó algunos pormenores de tu odisea, desearía conocer los detalles, si no te importa. ¿Cómo conseguiste encontrar esa fragata en un mar de tantas millas abiertas a las 32 cuartas de la rosa y casi desconocido? Debo reconocerte que he navegado por el mar de las Indias^[10] en una sola ocasión.

Aunque había debido exponer mis aventuras en persecución de la fragata Andorinha por tan inmenso mar en más de cien ocasiones, ahora la repetí con extremo placer y todo detalle. Y mi alegría aumentaba en grado al comprobar cómo disfrutaba el general conforme avanzaba en la narración. Cuando di carpetazo a mis palabras, don Cayetano movía la cabeza hacia ambos lados, como si le costara creer como cierto todo lo escuchado.

—Creo al punto y sin dudarlas tus palabras, porque te conozco muy a fondo y sé que jamás mientes, Leñanza. Naturalmente, sin olvidar que la fragata mercante Andorinha llegó al arsenal como prueba palpable y con sus generosos caudales a bordo. En caso contrario, habría dudado de una historia así. Tales noticias corroboran mi decisión, no compartida en aquellos días por mi mayor general^[11], al considerar que eras el oficial idóneo para llevar a cabo aquella empresa casi imposible. Y no sabes cómo alegraste la vida al Consejo Supremo de Regencia al comprobar que le llegaban a la mano casi diez millones de pesos, cuando sus arcas se encontraban tejidas con telarañas. Además, ya daban por perdidos aquellos caudales.

—Muchas gracias, señor. Cualquier oficial habría entregado una de sus manos por llevar a cabo una comisión por el mar de las Indias, tan alejado de nuestras zonas de interés.

—Tienes toda la razón. Bien que te ganaste el ascenso, aunque tuviera que batallar a muerte por conseguirlo. Y merecías alguno más, sin duda. Pero ya te llegará la faja más pronto que tarde, estoy seguro. Bueno, y ahora qué piensas hacer.

Me extrañó la pregunta. Parecía que podía escoger destino y abandonar mi penosa situación, un impensable sueño.

—Bueno, señor, debí entregar el mando de la Proserpina nada más arribar a Cádiz, como es de ley. Y pasé a cuartel, triste situación en la que permanezco.

—¡Qué barbaridad! Más de la mitad del personal de la Armada en dicha situación. Por desgracia, son demasiados los que no se aperciben de que eso significa un desastre nacional. Y si no ponemos remedio, perderemos todo nuestro imperio ultramarino. Porque sin Armada y buenos oficiales, ese es el fin inevitable.

Quedé en silencio al observar sus gestos de desesperación y dolor intenso. No obstante y con extrema rapidez, regresó la sonrisa a su rostro.

—Pero por todos los cristos que no nos podemos consentir perder un oficial como tú. Por desgracia y con entera sinceridad, no me une gran amistad con el nuevo comandante general de la escuadra, que me considera demasiado liberal aunque no se atreva a decirlo. Parece mentira que existan hombres con un mínimo de inteligencia en su cerebro que deseen regresar al régimen antiguo para que retorne a la escena nacional un nuevo Godoy o un Carlos IV con poder incontrolado, y nos dejen a las puertas de la vergüenza internacional. —Valdés movía las manos, de nuevo con visible enojo en esa permanente transmutación que jamás le había observado—. Pero así se mueven hoy en día los hilos por España, hasta que llegue por fin nuestro señor. Pero no quiero hacerte perder el tiempo.

—Ni yo a vos, señor. Su sala de recibo se encuentra repleta de...

—Por la lista que he recibido de mi ayudante, no se trata más que de un conjunto de pedigüenos, que ahora comprenden la ineludible victoria sobre el francés y quieren enmendar los pasados yerros. Parece mentira cómo se cambia de parecer cuando la tortilla ha dado la vuelta. Pero regresando a ti, sé quien puede largarte un cable de salvación.

Quedé en silencio de nuevo, ahora expectante y nervioso. Era consciente de que allí se estaba lidiando una parte muy importante de mi carrera.

—Has de presentarte al jefe de escuadra don Gabriel Ciscar, miembro del Consejo Supremo de la Regencia, sin pérdida de tiempo.

—Eso mismo me indicó ayer el general Escaño, al que visito de forma periódica.

—Eres noble de corazón y de los que no olvidan los favores recibidos, una gracia que suscriben muy pocos. Pues le ampara toda la razón a don Antonio, como siempre. Precisamente, Ciscar fue de los que bailaron a golpe de bandolina cuando tuvo conocimiento de que la fragata Andorinha, con los caudales a bordo, había llegado a la bahía gaditana. Te debe una buena y en su mano se encuentra el otorgarlo porque, con sinceridad, es de los pocos regentes que ejerce como tal. Y no dudes de él, oigas lo que oigas por esos mentideros interesados. Se trata de un verdadero patriota, de los primeros que saltaron contra el francés. Y por fortuna, con las ideas apropiadas para el futuro de la nación en su ámbito político. Todo ello sin olvidar que es un magnífico oficial de la Armada y un científico de los mejores de Europa.

—¿Científico, señor? Lo tenía, como a vos, por un excelente navegador y cartógrafo.

—Nada de eso. Y no es solamente un excelente matemático, aplaudido en los foros extranjeros, sino un científico muy completo. Fue el jefe de escuadra Ciscar quien representó a España cuando tuvieron lugar las famosas sesiones de París.

Como nada sabía del tema que mencionaba, lo miré con claro signo de interrogación.

—No te avergüences de ignorar detalles como ese. Eres un auténtico hombre de mar, como tu padre. Lo que antes se denominaba oficial de braza, en contraposición a los ilustrados o científicos. Y ambos son necesarios en la Real Armada, sin duda, especialmente los que, como tú, se baten los cobres entre las olas. Y nos faltaron en gran proporción durante los años críticos del siglo pasado. Pero volviendo a Ciscar y sus méritos, no creas que todo lo que llevó a cabo la revolución francesa fue malsano. Por el contrario, amparó muchas y buenas iniciativas, que restarán para cambiar a mejor el mundo en el que vivimos. Sin olvidar que intentó acabar con la tiranía, aunque se convirtiera en otra de distinta especie. Pero no me tomes por revolucionario, como piensan algunos de nuestros absolutistas. —De nuevo apareció su sonrisa—. Defiendo la sagrada monarquía de don Fernando por encima de todo. Pero, como decía mi tío el bailío Valdés, salvo la religión y la monarquía, todo puede entrar a discusión sin que nos rasguemos las vestiduras.

—Estoy de acuerdo con vos, señor.

—Pero no lo comentes en alto. —Ahora elevaba su mano en amistosa prevención—. En los últimos años del pasado siglo, deseando los franceses ofrecer al público mundial las bondades de su revolución, entre otras actuaciones convocó en París a los mejores sabios de Europa para establecer un nuevo sistema de pesos y medidas. Y se trataba de una cuestión aspirada por todos de norte a sur. Si ya era difícil definirse en cada país, España, por ejemplo, donde en cada región, señorío o, incluso, pequeña localidad se utilizan distintas medidas para pesar o medir, imagínate si lo colocamos en el plano mundial. Se trataba de una iniciativa magnífica.

—En efecto, señor. Siempre hemos protestado por las diferentes medidas utilizadas para la construcción de buques, por ejemplo.

—Pues si piensas en los intercambios comerciales entre naciones, imagina lo fantástico que sería utilizar un mismo sistema, común para todo el mundo. Los científicos reunidos en París asumieron el reto. Con toda lógica, tomaron como base la dimensión del globo terráqueo, por ser el factor más grande y universal. Y como necesaria referencia, los meridianos por ser iguales y porque en cualquier localidad del mundo pasa uno, nadie es ajeno a ellos. Como te decía, fueron veintidós sabios de todo el mundo los que trabajaron en esa dirección. Para que te hagas una idea del nivel de aquellos hombres, te puedo citar que asistían Coulomb, Laplace, Vasalli y otros más. Por parte española acudió don Gabriel Ciscar y Agustín de Pedrayes, aunque, en verdad, fue nuestro compañero quien tuvo un cometido directo en la definición de la medida que ha llegado a denominarse como metro y pretende convertirse en universal. Tal medida es la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano terrestre. Ciscar no sólo fue el principal representante de España en aquella reunión, sino uno de los de mayor prestigio en su conjunto. Personajes ajenos a la Armada lo han considerado como principal hombre de la nación por su saber matemático. Y fue el encargado de presentar a sus majestades el metro patrón en una barra de especial y sólida aleación.

—La verdad, señor, nada sabía de tales hechos.

—No es malo aprender, Leñanza. Bueno, Ciscar ya tenía ganada fama en Europa por sus trabajos, escritos algunos de ellos cuando figuraba como director de la Academia de Guardiamarinas en Cartagena, donde llevó a cabo una labor espléndida. Estimo como excepcional la revisión y corrección que hizo del Examen Marítimo del gran Jorge Juan, una obra considerada con grandes elogios en los medios científicos europeos. Bien, no me extendo más. Sería muy largo exponer los méritos que como oficial de guerra y

científico ha desarrollado mi buen amigo y compañero, al que mucho admiro. También cuenta a favor, sin duda, que comulguemos con las mismas ideas políticas, esas que muchos necios denominan como liberales en tono un tanto peyorativo. No son más que un grupo de necios, ignorantes o interesados. No quiero aburrirte más con estas historias, por mucho que me apasionen, Leñanza.

—Por Dios, señor, que es un privilegio el simple hecho de escuchar sus palabras. Pero estoy convencido de que deberá prestar atención a un buen número de asuntos más importantes.

—Demasiados quizás. Sin embargo, nunca viene mal disfrutar de unos minutos de animada conversación, tan ajena al diario quehacer. Pero es nuestro deber reconocer los méritos de los demás, y ahora me refiero a los tuyos. Visita a Ciscar y llévale un recado que voy a escribir ahora mismo. Como decía siempre el general Escaño, al toro y por los cuernos sin retroceder una pulgada.

Sin perder un segundo, don Cayetano pasó a su mesa donde, tras tomar el recado de escribir, comenzó a borrar palabras de forma frenética en un pliego. Y no estimen que actuaba en tal sentido por efecto de las prisas, porque siempre lo observé tomar la pluma en la misma forma. La verdad es que el pequeño recado se transformó en un pliego casi completo. Por fin y tras escanciar polvos de moldura y soplar, volvió a leer sus propias palabras, al tiempo que sonreía, satisfecho de su obra. Lo dobló a cuartos y sin necesidad de lacre, una confianza extrema hacia mi persona, me lo entregó a través de la mesa.

—Acude ahora mismo al Consejo de Regencia. Lo digo porque Gabriel Ciscar se encuentra allí y, según parece, de excelente humor en esta mañana. Avisa a quien te reciba de que portas un recado urgente de mi parte para su alteza el regente. Se te abrirán las puertas.

El general bordeó de nuevo la mesa para situarse a mi lado. Volvió a tomarme por el brazo con gesto paternal, antes de dictar sus últimas palabras.

—Con esto quedo en paz y tranquilidad. Creo que te lo debemos entre muchos. Espero que Ciscar cumpla a tachón, porque es un oficial inteligente y eficaz. Deseo que te siga soplando la suerte de popa, Leñanza. Y si las cosas se tuercen, bien sea ahora o cuando debamos encarar momentos más o menos..., más o menos complicados, ya sabes que esta puerta seguirá siempre abierta para ti.

—La verdad, señor, que no sé cómo agradecer...

—No digas nada, amigo mío. Eres uno de los mejores oficiales de guerra con los que he topado en mi ya alargada carrera. Nunca te favorecería si estimara que no es lo mejor para el servicio de la Real Armada y para España. Es posible que no lo sepas, pero por fin se están acabando de alistar algunos navíos y fragatas, para tomarnos en serio los problemas de nuestros virreinos americanos. Debemos transportar ingentes cantidades de tropas, armamentos y pertrechos, aunque algunos prefieran seguir combatiendo al francés más allá de nuestras fronteras, de lo que no sacaremos provecho propio alguno. En fin, confío en verte al mando de un 74, aunque no debas hacerte ilusiones, que después la caída hasta cubierta es más dura.

De forma inesperada, aquel gran hombre me ofreció un ligero abrazo, al tiempo que me acompañaba hasta la puerta. Y como es fácil suponer, abandoné el Gobierno flotando sobre mis pies y sin apenas rozar el piso. La esperanza se agigantaba por momentos, aunque recordé las palabras del general sobre las excesivas ilusiones. Pero se trataba de misión casi imposible detener la marea que, a golpes de viento cascarrón, se alzaba en mi pecho. Y una vez en el carruaje y antes de que Okumé comenzara a asaetearme con sus habituales preguntas, ordené a Sebastián dirigirse hacia el edificio del Consejo Supremo de la Regencia, el estamento más importante por ser el Gobierno de la España libre que clamaba por los derechos de su señor don Fernando.

* * *

Cuando, con los nervios a punto de tronar en sienes, penetré en la amplia sala de recepción y trabajo del regente Ciscar, las piernas se movían con independencia a mis órdenes y voluntad. No recordaba haberme encontrado en una situación donde las fibras del cuerpo se tensaran en tamaña corrida sin fin, ni siquiera cuando, de joven oficial, encarara escenarios de compromiso. Intenté centrarme en mi propia realidad, sin apalear premisas externas. Y este no era otro que saludar y presentar mis respetos a uno de los tres regentes del reino que, además, ostentaba el empleo de jefe de escuadra en la Real Armada. Como es lógico, pensaba obviar cualquier referencia a mis aspiraciones personales y permitir que la situación se abriera por su propio camino.

Al observar la figura del general Ciscar, a quien había saludado ligeramente en dos ocasiones, años atrás, lo encontré todavía más delgado y un tanto avejentado, aunque en aquellos días acabara de cumplir los cincuenta

y tres años. No obstante, mantenía el cabello rubio en rizos con ondas de marea, aunque ya aparecieran madejas blancas que, en las personas güeras, quedan veladas en mayor o menor medida.

Como digo, se trataba de hombre de extrema flacura, acentuada por su generosa estatura. El rostro se veía adornado por una nariz recta de extensión nada desdeñable, pómulos salientes y barbilla de respingón. Pero lo que más llamaba la atención eran sus ojos negros y profundos, enmarcados en unas cejas de azabache que desentonaban a fondo con el color de los mechones en cuelgue. Vestido con el uniforme pequeño de jefe de escuadra, destacaba en su conjunto esa elegancia personal, que algunos hombres ostentan desde el nacimiento.

Mientras el general parecía repasar mi figura con detalle y los nervios corrían de banda a banda, enlacé las palabras de cortesía, sin olvidar el tratamiento debido a los miembros del Consejo Supremo de la Regencia.

—Quedo con el máximo respeto a las órdenes de vuestra alteza, señor.

—Por favor, Leñanza, nada de tratamientos reales. Tan sólo soy un oficial de la Armada que, para bien o para mal, posiblemente la segunda opción, intenta ayudar al gobierno de la nación. Y no se presenta de badana floja la carga, puede estar seguro.

—Lo comprendo, señor general.

—Me alegro de conocerle, aunque supongo que nos habremos encontrado en alguna ocasión. Mucho he oído hablar de su persona y sin una crítica a la contra, más bien al contrario. Y no son personas de desconfiar los generales Escaño y Valdés, que laboran por su carrera. Por último, yo mismo pude comprobar su magnífica actuación en la búsqueda y apresamiento de la fragata Andorinha, cuyos caudales llegaron a la Real Hacienda como regalo de los dioses. Le felicito sinceramente, Leñanza. Sois un hombre joven y ya lucís los galones de brigadier. Supongo que no debéis alcanzar la treintena.

—El próximo año entraré en dicha estadía, señor, si Dios así lo permite.

—A esa edad dirigía yo la Compañía de Guardiamarinas de Cartagena. Hermosos y felices tiempos aquellos. —Parecía divagar mientras aparecía una tímida sonrisa en su rostro—. Conocí a su padre, a cuyas órdenes serví durante unos pocos meses a bordo del Trinidad. Un gran hombre, sin duda. Creo que le apodaban Gigante sus compañeros.

—Así es, señor. Un apodo familiar que heredé.

—Comprendo. Se trata de apodo muy justificado al observar sus hechuras y fortaleza. Creo que trae consigo un recado urgente del general Valdés.

—Así es, señor.

Le hice entrega del pliego con rapidez. A continuación, don Gabriel leía con detenimiento el recado de Valdés, sin elevar una sola ceja. Tras depositarlo sobre su mesa, el silencio se mantenía, una situación incómoda para mi persona. No sabía si debía entrar a ritmo o verlas venir de lejos. Por fortuna, fue el general quien tomó las riendas con rapidez.

—El general don Cayetano Valdés asegura que se ha sido injusto con vos al concedérsele solamente una promoción tras los servicios prestados en los últimos años que, en verdad, son extraordinarios. Estima, al igual que el general Escaño, que se le debería conceder el mando de alguno de los navíos que se van a empeñar en los transportes de tropas hacia las Indias.

Nuevo brote de nervios atenazados por carnes y huesos. Y mucho me costó mantener la fría compostura, aunque mis ojos debieran de moverse en danza de aquelarre.

—No dudo, desde luego, que les ampara toda la razón, aunque se trate de condición difícil de conseguir lo que me exponen. Muchas veces se olvida que los regentes, aun los que pertenecemos a los cuadros de la Real Armada, no disponemos de jurisdicción sobre la escuadra más que en su actuación global. Tras un denodado esfuerzo, hemos conseguido alistar, con filásticas de porcelana, algunos navíos y fragatas para los necesarios transportes a las Indias. Si no recuerdo mal, se encuentran listos o cerca de tal situación los navíos *Algeciras*, *San Pedro de Alcántara*, *Asia* y *Miño*, este último con más dificultades. También bregan en el arsenal para remediar problemas las fragatas *Diana*, *Nuestra Señora de Atocha*, *Vencedora*, *Prueba*, su querida *Proserpina*, la corbeta *Sebastiana*... —Parecía pensar detalles olvidados—. Bueno, también alguna urca necesaria, como la *Cástor* y otras unidades menores. Un esfuerzo que podemos catalogar de sobrehumano, teniendo en cuenta el estado de nuestros arsenales y fondos a disposición, sin olvidar la extrema carencia de dotaciones.

Nuevo silencio y oleadas de tifones negros por mis venas. Hasta el momento nos manteníamos en pie, lo que ofrecía una situación de audiencia rápida y oficiosa que me desazonaba. Por tal razón, me sentí aliviado cuando señaló con su mano un sofá, donde tomó asiento a mi lado.

—Ya puede suponer que tales unidades se han alistado bajo mínimos en todos sus aspectos, especialmente en cuanto a sus dotaciones. Todos los que no conocen la mar, que son la mayor parte de los diputados a Cortes, consideran que no existe enemigo sobre las aguas, y así es salvo algún corsario antillano o goleta insurgente. Pero la mar es el primero de los peligros que acechan a un buque con escasas manos a bordo, lo que bien

debéis de saber. Pero le comentaba la dificultad de la empresa sugerida por el general Valdés porque, según tengo entendido, se han nombrado en firme todos los comandantes de esos navíos. Además, no se ha considerado conveniente formar una división con insignia de jefe de escuadra. De esta forma, cada unidad saldrá una vez alistada y con el transporte embarcado, con dirección a diferentes puntos de nuestros virreinos.

El jarro de agua fría cayó sobre mis hombros sin que pudiera percibirse en el gesto de mi rostro. Sin embargo, el disparo pareció calmar tanto las ensoñaciones como los nervios entablados.

—Lo comprendo, señor. Debéis saber que, si me presento ante vos, además de ofreceros mis respetos, intento cumplir un deseo del general Valdés, que así me lo ha expuesto sin posible enmienda.

—Lo sé, Leñanza. Conozco bien al gobernador. Y puede estar seguro de que intentaré ayudarle en lo posible. No solamente por mi buen amigo el general Valdés, sino por las palabras que escuché de don Antonio de Escaño sobre vos. Creí entender que os aprecia como a un hijo. Me siento en deuda personal con él, desde que se le formó aquella injusta causa a un hombre tan entero y cabal que no lo merecía. Eran momentos de extrema peligrosidad en todos los aspectos y no dediqué el necesario esfuerzo para devolver a su persona el debido agradecimiento de toda la nación.

Un nuevo silencio que, en esta ocasión, no me entró tan a la negra como los anteriores. En mi alma se habían tranquilizado las aguas y, aunque parezca extraño, comenzaba a disfrutar de la conversación.

—De todas formas, señor, os agradezco con sinceridad vuestras palabras.

—No entiendas que deseo largar la carga podrida por la borda con rapidez, Leñanza. No soy de esas personas. Intentaré que te concedan ese mando en la primera oportunidad. Supongo que se alistará algún otro navío, aunque no aparezcan los caudales por el horizonte. Son muchos los capitanes de navío y brigadieres a cuartel, y escasos los navíos. Pero tiene razón el general Valdés al asegurar que disponemos de pocos como tú. A ver si conseguimos que en el arsenal de La Habana se aliste alguno de los trasladados años atrás, aunque las noticias sobre su estado no sean muy halagüeñas. Se nos exigen unidades desde todos los puntos de nuestro imperio ultramarino y poco podemos hacer. Hasta en el Río de la Plata se encuentran al borde del colapso.

—¿Del colapso, señor? —Pensaba en mi cuñado, al mando del queche Hiena en aquel escenario.

—Los rebeldes bonaerenses aumentan sus fuerzas navales día a día. Suelen comprar buenos buques en esos nuevos Estados del Norte americano, apoyados por los británicos. Mientras tanto, en Montevideo sufren de inmensa escasez en todos los ramos. Si se llega a un combate abierto y definitivo, que Dios no lo quiera, podemos acabar por ser expulsados de tan importante escenario. En fin, no deseo continuar exponiéndole nuestros problemas, que no son pocos ni flacos. Esté seguro, Leñanza, de que no lo olvidaré. Es mi intención apoyarle con todas mis fuerzas en las conversaciones que suelo mantener con el comandante general de la escuadra.

Acabé por despedirme, apretando con fuerza la mano de aquel gran hombre. Y sentí fluir su fuerza personal en el contacto, como si se tratara de un genio iluminado enviado por los cielos para la grandeza de España. De esta forma, abandoné el edificio y tomé el carruaje para regresar al palacete de la calle de la Amargura.

Los ojos de Okumé me interrogaban sin elevar una sola pregunta. Y algo debió de observar el africano en mi rostro, porque se mantuvo en silencio durante todo el trayecto. La verdad es que me encontraba con el ánimo un tanto alicaído. Porque nada es peor en la vida que la ilusión cortada en flor que comienza a despuntar. Pero era mía la culpa, sin duda, por dejar correr los sueños con entera libertad, sin el necesario acollaramiento. Esos navíos, que partirían en poco tiempo hacia las Indias, ya disponían de capitanes de navío o brigadieres, a los que, con sinceridad, envidiaba sin medida. Pero tampoco mostraba justicia en mis pensamientos, que eran muchos los méritos de otros compañeros, lo que no se debía obviar en ningún momento. De todas formas, el alcázar de un 74 se había grabado en el cerebro a fuego y sería muy difícil convivir con aquella escena en tierra.

5. Cristina

Tras aquel día o, más bien, aquellas escasas horas en las que viví esperanzas sin medida y sueños de dulce encantamiento, mi vida regresó a la habitual rutina de las últimas semanas. Meridianas crepúsculos separados por el necesario sueño entre estrellas copadas, que tanto se añoran en los momentos duros. Como humilde variación, tan sólo recuperé la antigua costumbre de tomar el primer café de la mañana, bien temprano, alzado en la torreta vigía del palacete familiar, desde donde se divisaba la mar en todo su esplendor. Aunque intentara negarlo de forma más o menos consciente, la verdad es que allí imaginaba encontrarme izado hasta la cofa^[12] del palo trinquete, desde donde se podía apreciar en rondo la superficie de las aguas con su incomparable magnificencia. Pocos espectáculos puede ofrecernos la naturaleza como la apertura de la bóveda celeste en una amanecida de gloria, el caso que me deslumbraba en aquellos momentos. Se suspende el alma cuando la cúpula cobra el azul de fuerza poco a poco, sin una sola mancha, mientras la visibilidad se alarga hasta el infinito y más allá, con la bahía gaditana cuajada en plata sin un simple vagajillo^[13] entrado de rondón.

Okumé era mi habitual y mudo acompañante, sabedor de que el alma propia necesita del silencio, como el agua para el naufrago, en determinados momentos de nuestra vida. Aquella mañana de octubre se presentaba la bahía gaditana de vacío, sin una sola vela que rematara el cuadro en un mínimo realismo. Ni siquiera el borneo de alguna pequeña embarcación con los ferros bien clavados en la arena, o el trasiego diario de los faluchos pesqueros, con sus artes en rifada de vuelo, ofrecían un pequeño movimiento. Como si me encontrara en el alcázar del propio buque, repasaba con el anteojo los detalles de la costa y de la mar lejana, cual comandante que intenta reconocer la silueta de un buque enemigo o las piedras que se deben evitar en la siguiente recalada. Sueños y más sueños, ese aire quimérico que también necesitamos en determinadas ocasiones, para respirar y continuar viviendo.

No obstante, entraban a coro los reproches en el inevitable concierto. El duende negro afeaba los propios sentimientos al contemplar mi situación personal. Atacando los últimos meses de la veintena y en el empleo de brigadier, con las vueltas plateadas al aire en incomparable orgullo, acababa de rematar el mando de una preciosa fragata, una vez desempeñadas comisiones que tantos compañeros habrían deseado realizar. Sin olvidar las miles de millas navegadas por el mar de las Indias y la suerte aparejada por troneras como norma general. Y si además le sumáramos que no debía asistir al diario sufrimiento para sacar adelante a la familia, ni acudir al deshonesto crédito para vestir una lastimera casaca, debería batir palmas y esperar a que la buena estrella volviera a ofrecerme una generosa estela a la que engancharme.

Intenté beber un nuevo sorbo de la taza, para comprobar que nada restaba del líquido negro y amargo, sin el que consideraba misión imposible componer las fuerzas necesarias cada mañana. Okumé, atento a todos los detalles, entró a la brega por fin.

—¿Desea una nueva taza de café, señor?

Una vez roto el precioso encantamiento, decidí regresar al mundo de los vivos, momento en el que una suave ventolina de levante comenzaba a levantar su vuelo. Y como si los dioses de la mar hubiesen decidido dar movimiento al reloj de la vida, acababa por avistar un bergantín mercante navegando con todo su aparejo largado, en demanda de la bahía. Velas y mar, una divina conjunción inseparable de la propia vida.

—Lo tomaré con el resto de la familia, si es que han decidido despertar.

—Doña María Antonia se encontrará a la mesa con seguridad, que es madrugadora por norma. Y doña Rosalía andará a la carga con los niños y sirvientas. De todas formas y si me lo permite, señor —Okumé me observaba con cierta reconvención, un gesto muy habitual en él—, no debe preocuparse en exceso, ni ampararse en velos de luto como viuda desvalida.

—¿Preocuparme? ¿Viuda desvalida? ¿A qué carajo te refieres, culebrón?

—La visita girada a don Gabriel Ciscar le supuso un fiasco excesivo en mi opinión, aunque no desee reconocerlo por derecho o revés. Esperaba que le cayera en las manos el regalo de Navidad, sin más malandanzas. Pero es posible que el Regente se mueva con más juicio y realismo de lo que supone.

—Te juro que no comprendo una sola de tus palabras, africano —mentí a conciencia.

—Lo entiende muy bien, señor. Tanto el general Escaño como don Cayetano Valdés, que mucho lo aprecian, le ofrecieron solamente

posibilidades. Y las tomó como cuentas del rosario a la mano. No es bueno exponer la miel cerca de la boca del animal y retirarla a continuación a golpe de maza. Don Gabriel Ciscar expuso la realidad y a ella debe acoplarse sin fisuras. El Regente es hombre de los que prefiere no prometer en compromiso, por si acaso se abre la vertiente negra. Pero estoy convencido de que, en la primera ocasión que se presente, recibirá recado de la Mayoría General de la Escuadra.

—Dios te oiga.

—Nos escuchará como voz de mando con bocina, señor, no lo dude. Mientras tanto, abandone la postura de caballero descalabrado y disfrute de la familia, que ya llegarán las duras separaciones con sus tristes añoranzas acopladas. Y en primer lugar, debería meter en cintura a ese diablillo de su hijo Pecas, o acabará con la salud de todo el personal de la casa.

Sonreí mientras comenzaba a bajar por las escaleras. Como de costumbre, la razón acompañaba las certeras palabras de Okumé. Y la simple visión de mi hijo en correría sin fin por los pasillos del edificio consiguió entresacar la primera sonrisa de mi rostro.

Como aseguraba Okumé, tanto María Antonia como mi hermana Rosalía tomaban sus primeros alimentos con cierta desgana. Leche batida con claras de huevo y canela, gachas de rulo, tocineta en pinzas y torrijas, sin olvidar el café, que solamente yo atacaba, se distribuían por la superficie de la mesa al gusto de cada cual. Se escuchaba griterío de niños en el piso superior, convenientemente amparados en la distancia. Tras los saludos formales de cada día y mientras degustaba unas torrijas de miel negra con una nueva taza de café, María Antonia exhaló un triste suspiro. Y como bien la conocía, tal gesto significaba que deseaba exponer alguna nueva preocupación. Poco después escuchaba sus palabras.

—Creo que deberías hablar por largo y en firme con Cristina, Santiago.

—¿Ha sucedido algo de lo que...?

—No temas, nada concreto que pueda preocuparnos. Como llevas dos o tres días perdido en ese mar mental que tanto os ataca a los hombres de la Armada, no has debido de observarla. Pero esta chica se mueve de una forma extraña con sonrisas de lazo y entona unos comentarios que, en verdad, no acabo de comprender.

—Es posible que todavía se mueva con la cabeza en el más allá. La muerte de Pepe debió de afectarla mucho más de lo que aparenta.

—No opino lo mismo, hijo mío. Por el contrario, parece como si hubiera superado la muerte de su prometido sin mayores problemas y con excesiva

rapidez. Bueno, eso puede ser una percepción muy personal de mi parte. Pero como la conozco de pie a cabello, no se trata de superchería mental ni nada parecido. No sé, parece haber decidido cambiar su vida al giro completo. Estos últimos días la encuentro otra mujer bien distinta.

—Hablaré con ella, si es su deseo, madre. Pero no sé cómo atacar el meollo.

—No hay nada que atacar en concreto. Pregúntale por su situación actual, preocupaciones si las hay, el futuro que prevé para su vida y proyectos, si alberga alguno en su cabezota. Por ti siempre ha sentido un especial respeto y admiración, como el hermano mayor que sirve de guía. Debemos saber la razón que la empuja a no asistir a sarao alguno, ni siquiera a los paseos de ronda. ¿Piensa mantenerse en permanente soltería o acaso entrar en religión?

—No estimo como posible esa última solución —aseguré sin dudarlo.

—Tampoco yo. Se trataba de un comentario solamente. Por desgracia, nada sabemos de lo que se mueve en su alocada cabecita.

—Ya no es tan alocada, madre —intervino Rosalía—. Cristina sentó la cabeza con Pepe y no creo que vuelva a sus antiguos...

—¿No crees que vuelva a desmadrarse? —concluyó María Antonia—. No sé, pero poco me gusta su nueva postura ante la vida, que no acabo de comprender. Habla con ella sin prisa y a solas, Santiago. A ver si le puedes sacar alguna información. Aconséjala como otras veces.

—Lo haré esta misma mañana. Pero no debes preocuparte en exceso. Acabará por regresar a la normalidad.

Como ningún problema o tarea de una mínima importancia se presentaba por la proa, decidí tomarme en serio la prometida conversación con Cristina. Aunque no presentara ante María Antonia preocupación alguna, también yo era consciente del cambio experimentado en esa querida prima, a quien siempre había considerado como la hermana menor a la que hay que proteger y defender. Y poco fiaba en su sensatez, aunque normalmente desarmara mis reconvenciones con carantoñas y frases dulces. Pero en verdad que debía encarar la vida con mayor responsabilidad, sin olvidar que suponía la única descendiente directa de la casa ducal de Montefrío, una de las más nobles y antiguas de España que no debían cerrarse por vía lateral.

A lo largo de mi vida, he imaginado en demasiadas ocasiones ser capaz de advertir con antelación el peligro que nos acecha, todavía invisible en la distancia. Me refiero a esa predisposición de la que hemos presumido los varones de la familia Leñanza, de olisquear en avance el aroma de la pólvora y el hedor de la sangre que se ha de derramar en cubierta durante un próximo

combate. No obstante, en esta ocasión no podía sospechar siquiera la bombarda que se cargaba a escasas varas de distancia y los terroríficos efectos que podría amadrinar en sus costuras para toda la familia. Pero así es la vida, que cada día puede pasar de mostrarnos mar en plata a ventarrón de cuernos. Y en este caso, el viento cascarrón alcanzó cotas de temporal en barbas blancas, capaz de tragar un navío de tres puentes.

Una vez que Cristina apareció para desayunar, con la cara risueña y alegre que mostraba en los últimos días, me dirigí a ella sin aprensión alguna.

—Muy contenta te veo, primita.

—¿Por qué no ha de ser así? Considero absurdo encarar la vida con velos negros, Santi. Más vale abrirse camino a las claras.

—Estoy de acuerdo contigo. Has pronunciado una de las frases favoritas de tu padre. Por cierto, me gustaría hablar contigo.

—Me encanta la idea, querido Santiago. ¿Me contarás algún cuento interesante, como hacías cuando era niña? —chanceaba en tono infantil—. En tal caso, debería sentarme en tu regazo.

—Deja esas tonterías a la banda, niña. Te hablo muy en serio.

—Ya no soy una niña, Santiago.

—Como tú quieras, mujercita. Anda, acaba esas torrijas y vayamos a la biblioteca.

—¿Conversación a solas en la biblioteca? —Mostraba rostro despreocupado y entrado en sonrisa de juegos.

—En efecto.

—Eso huele a reconducción moral de mi vida. Y no sería la primera vez. Pero en esta ocasión me alegro, porque también yo deseaba hablar contigo con absoluta sinceridad y en privado. —Había cambiado a la mayor seriedad. Mostraba un rostro cuyo gesto me alarmó ligeramente.

—Muy bien. Así matamos dos pájaros de un mismo escopetazo.

Me adelanté hacia la biblioteca, estancia que raramente se utilizaba. Y aunque las muecas finales de Cristina me habían inquietado, no podía imaginar lo que de aquella conversación, que estimaba ligera y sin mayor importancia, se podía deducir para mi vida y la de la familia.

* * *

Cristina necesitó de algunos minutos para alcanzarme, con esa peculiar lentitud habitual en todos sus movimientos. Una vez en la biblioteca, cerró la pesada puerta tras de sí con especial cuidado, como si temiera producir un

ruido excesivo. Sin esperar indicación alguna, se aproximó hacia mí y tomó asiento en un descalzador de vainas cercano a la mesa escritorio, mientras yo lo hacía en un sofá enfrente a escasa distancia. Siguiendo la tónica de las dos últimas semanas, vestía elegantísima, aderezada como para asistir a sarao de corte. Me repetí que se trataba de una joven de impresionante belleza, una condición que, unida a su magnífica posición social, debería hacer que fuese perseguida por cientos de jóvenes y menos jóvenes casaderos. La guerra había descabalgado muchas vidas y estaba dispuesto a que no sucediera lo mismo con persona a la que tanto quería.

—Tú dirás, Santi. La curiosidad corroe mis huesos como el reuma a la vieja Francisca en las noches. Bueno, no es cierto. Seguro que mamá te ha pedido que hables conmigo e intentes descubrir las intenciones que alberga en la cabeza la loquita de su hija.

—Tu madre está preocupada, es cierto, pero quiero hablar contigo en serio, sin tener en cuenta sus aprensiones. Tan sólo te pido seriedad, Cristina, y que dejemos las bromas aparte durante unos minutos. Eres toda una mujer de veinte años...

—Que debería haber matrimoniado hace tiempo y andar con varios hijos entre las faldas.

—No me interrumpas, por favor. Pero, en efecto, te encuentras en la edad perfecta para contraer matrimonio y alumbrar media docena de niños. Ya sabes que nunca he sido partidario de que jovencitas apenas entradas a la vida casen sin saber dónde se meten. No debes olvidar que sobre tus hombros recae una grave responsabilidad como cabeza de la casa de Montefrío, aunque te cueste comprenderlo. Además, no necesitas dote alguna porque tu patrimonio propio es envidiable y, para colmo de bondades, eres una mujer de una belleza incomparable. Es difícil comprender cómo media España no se encuentra rendida a tus pies, aunque esta situación de guerra todo lo complique. Sin embargo, me...

—¿De verdad me consideras una mujer hermosa y atractiva, Santiago?

—Solamente un ciego de ojos o de mente perdida no lo comprendería, niña.

—Por favor, Santiago, no me llames niña. Has dicho que soy una mujer.

—Para mí siempre serás esa preciosa niña que cabalgaba sobre mis piernas, Cristina. Pero te repito que no me interrumpas o perderé el hilo. Como me sabes sincero, te diré en primer lugar que me ha extrañado tu postura ante la muerte de Pepe. Ya sabes que no soy de los que defienden esos exagerados lutos de Corte, que tanto cinismo amparan, y es difícil saber

lo que corre por cada mente. Mi querido padre matrimonió con mi madre pocos días después de la muerte de tu abuelo, aunque se trate de una historia más complicada. Pero una voz dentro de mí repite que..., no sé cómo decirlo sin que te sientas ofendida...

—¿Acaso estimas que no he sentido suficientemente la muerte de mi prometido, de tu buen amigo Pepe? —Ahora Cristina adoptaba una postura de mujer adulta, tanto en el tono de su voz como en sus ademanes.

—No digas eso. Por supuesto que lo has sentido muy hondo, como todos en la familia o más. Sin embargo, aparentas demasiada ligereza para haber perdido a Pepe hace pocos días. Pero es más llamativa todavía tu actitud en cuanto a las formas de mostrarte..., bueno, quiero decir que te mueves por la casa como si estuvieras preparada para recibir visita de rango o asistir a una recepción importante. No obstante, te niegas a salir a la puerta de la calle para mostrarte al mundo. Al mismo tiempo, hablas de una forma distinta, como si la pérdida de Pepe hubiera supuesto una liberación en cierta forma. Es difícil explicar mis pensamientos con palabras y deberías perdonarme si he...

—Mira, Santiago, voy a hablarte con entera sinceridad. Es posible que sea la primera vez en mi vida que vuelco los verdaderos sentimientos hacia fuera, sin andar noche y día amarrándolos a fuerza contra el vientre. En primer lugar, consideraba a Pepe un hombre atractivo, simpático, divertido, un verdadero caballero y la mejor solución para mi vida, teniendo en cuenta las circunstancias que se vivían y lo que de verdad siento en el pecho. Pero nunca estuve enamorada de él. En esta familia hemos defendido siempre, en contra de la línea habitual de nuestros iguales, el casamiento por amor. Papá, mamá y tú mismo habéis declarado de forma repetida que no se deben tener en cuenta los proyectos e intereses familiares ante el matrimonio si se intenta alcanzar la felicidad en la vida. Según creo, ese fue el caso de tus padres y de los míos, aunque por desgracia enviudaran demasiado pronto. Incluso las segundas nupcias de tu padre y mi madre siguieron ese camino.

Se detuvo, como si dudara o temiera ofrecer la siguiente declaración. Por mi parte, me sentía un tanto anonadado al escuchar sus palabras, como si la joven Cristina se hubiera transformado de la noche al día en una mujer madura. Todavía no era capaz de comprender hacia dónde se dirigía, aunque me habían chocado sus primeras declaraciones, dictadas con aquella seguridad.

—¿No querías a Pepe? La verdad, me cuesta creerlo. En diversas ocasiones os observé muy..., bueno, bastante encariñados. ¿Y pensabas matrimoniar con él en pocas semanas? Te aseguro que se trata de una

inesperada sorpresa para mí. Conseguiste engañarnos a todos. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque se trataba del único camino posible que se abría en mi vida. — Ahora sus ojos verdes brillaban de forma especial, como si hubieran adquirido un tamaño superior al habitual, al tiempo que parecían cercanos al llanto—. Por favor, Santiago, ¿no lo comprendes todavía? Cuando Pepe me acariciaba la mano o rozaba con sus labios mis mejillas, cerraba los ojos y soñaba que era otro hombre quien me dedicaba aquellas ternezas.

—¿Otro hombre? —La primera alarma saltó a desboque de diablos por mis venas—. Por Dios, Cristina, que no puedo comprenderte. ¿Hay otro hombre en tu vida? ¿Lo has mantenido en secreto? Recuerdo tus alocados amores por aquel despreciable teniente francés, que Dios maldiga en los infiernos...

—Tampoco quería a ese maldito gabacho, que casi te hace perder la vida. No sabes cómo sufrí cuando saliste de casa de madrugada para enfrentarte a él en duelo de caballeros provocado por mí. Lo recuerdo como el día más terrorífico de toda mi existencia. Si hubieras caído en aquel enfrentamiento, estoy convencida de que me habría quitado la vida sin dudarle minutos después. Por el contrario, Pepe era tu buen amigo, a quien mucho apreciabas. Y lo considerabas perfecto para mí. Era condición suficiente en mi estado emocional.

—Sigo sin comprender nada. ¿Pensabas unirme a Pepe porque se trataba de un buen amigo mío solamente? No tiene sentido lo que dices.

Ahora mentía porque el duende negro comenzaba a rumorear por llano, y las primeras luces parecían encenderse en la lejanía, aunque las negara en redondo. En aquel momento, Cristina se levantó con lentitud para tomar asiento a mi lado. Me miró a los ojos hasta taladrar mi cerebro. Apenas reconocí el tono de su voz, al escuchar sus palabras.

—Ahora eres tú quien no debe interrumpirme, o no seré capaz de pronunciar las palabras que se mantienen enquistadas en mi pecho desde hace tanto tiempo. Por eso he cambiado de forma de ser en estos últimos días. Decidí llegada la ocasión de salir adelante con la verdad en la mano, aunque me costara la vida. Era el momento y la ocasión propicia, quizás la última. No comprendo, Santi, cómo no te has dado cuenta todavía de que te amo con locura desde que tengo uso de razón. Has sido, eres y serás por siempre jamás el único amor de mi vida. Nadie, ni el mismísimo Dios podría cambiarlo. Pero eras un hombre felizmente casado con Eugenia, a la que quería como una hermana. Una mujer de bondad incomparable. Pero la envidiaba como sólo

una mujer enamorada locamente puede envidiar a otra. Sufría cuando acudías a su alcoba en las noches, pensando que tus caricias debían ser mías, dirigidas a mí.

Cristina hablaba con extraordinaria decisión, sin apartar sus ojos de los míos una sola pulgada. Mientras tanto, me encontraba clavado con bujalones de bronce en el sofá sin posible movimiento, al tiempo que la mente se abría en rondos cercanos a la incredulidad y la locura. Continué escuchando sus palabras.

—Acepté mi unión con Pepe porque te gustaba a ti y me sabía sin esperanzas en tu amor, como hombre casado. Pero todo ha cambiado y no puedo decir que para bien, porque lleva aparejado la muerte de dos buenas personas que no lo merecían. Ya sé que no es normal ni adecuado, que una mujer declare su amor a un hombre de esta forma, pero no puedo callar un minuto más. Si no hubieras forzado esta conversación, la habría pedido yo. Llevo varios días pensando sin parar en cómo encarar esta charla y mi declaración de amor por ti. Santiago, creo que el bondadoso Dios lo ha querido así, que los dos seamos libres y podamos casarnos. Has dicho que me encuentras hermosa y deseable. Sé que me quieres, aunque ese amor familiar deba trocarse en el real entre hombre y mujer. Además, uniríamos las casas de Montefrío y Tarfí, tan ensambladas entre sí desde hace muchos años. Sé que poco nos importa a los dos ese detalle, pero si alguien merece ser el duque de Montefrío, eres tú. Los dos grandes amigos, aquellos famosos guardiamarinas que se apodaban Pecas y Gigante, tu padre y el mío, verían nuestra unión desde el cielo con extremo gozo, no me cabe duda. Santiago, te amo con locura y sería capaz de dar mi vida por ti.

No conseguía analizar con un mínimo orden la explosión de declaraciones que se habían producido en tan escasos segundos. Mi cabeza bullía por senderos desconocidos, incapaz de atacar un problema jamás pensado. En aquel momento, Cristina tomaba mis manos entre las suyas y las manoseaba con lentitud y especial ternura.

Había acariciado a Cristina en muchas ocasiones, pero ahora cambiaban los discos por completo. Porque el roce de sus manos emprendía un camino que, sencillamente, no era capaz de comprender ni aceptar. Intenté aclarar mis pensamientos, de forma que fuera posible exponerlos con suficiente claridad y sin dañar el corazón de quien tanto quería. Me lancé a la arena con el temor bien clavado en las entrañas.

—Olvidas un detalle muy importante, Cristina. Sabes que te quiero muchísimo y que también estaría dispuesto a arriesgar mi vida por ti una y

mil veces. Pero te considero una hermana, porque así nos hemos tratado desde que eras una niña. Te considero sangre de mi propia sangre. No podría..., no puedo contemplarte con otros ojos que no sean los del amor fraternal.

—¡No somos hermanos, por favor! —Ahora sus ojos lanzaban destellos de fuego—. Mucho he sufrido cuando te dirigías a mí como «querida hermanita». Somos primos, condición que autoriza nuestro matrimonio con una sencilla dispensa. Entre nuestros familiares y amigos en la Corte se han producido mil matrimonios entre primos, incluso entre tíos y sobrinas.

—Ya lo sé. Pero no hablo de formalismos sino de sentimientos, niña.

—¡No vuelvas a llamarme niña, por lo que más quieras! ¿Acaso te parezco una niña?

Cristina, en un inesperado y brusco movimiento, tomó mi mano derecha para llevarla con fuerza contra uno de sus pechos, que noté turgente y en movimiento por su acelerada respiración. La apretó contra él en círculos, para subirla a continuación hasta su boca y besarla con incomparable ternura amorosa. Y para colmar el círculo a negras, comenzaba a sollozar. Mi corazón palpitaba como si hubiera entrado en combate a tocapanoles^[14], incapaz de reaccionar ante aquella escena que jamás habría imaginado. Y como ando entrado en sinceros sin vuelta, debo reconocer por primera vez que aquel contacto y sentir sus labios sobre mi mano me produjeron un rayo de placer, que me recliné con rapidez, como si hubiera cometido el más terrible de los pecados.

Por último, Cristina se echó en mis brazos, mientras sus sollozos aumentaban de volumen. Gemidos de amor que tanto duelen. Permití que apoyara su rostro sobre mi hombro, aunque rechazaba el fuerte abrazo que imprimía contra mí. Intenté separarla con cuidado, pero no era fácil contrarrestar la presión de sus brazos. Por último, sentí la boca de Cristina recorriendo mi cuello. Y poco después alzaba su cara para rozar mis labios con los suyos. De nuevo apareció el fogonazo del placer, por lo que me vi obligado a separarla con decisión.

—Cristina, por favor. Te repito que no puede ser. Debes comprender que nunca conseguiría contemplarte como a una mujer, y que me produjeras los deseos que tal condición comporta en un hombre. Hay algo dentro de mí que se opone con inevitable decisión, expandiendo en oleadas por mis venas un sentimiento de vergüenza generalizada.

Las lágrimas caían por sus mejillas sin pausa, causándome un profundo dolor. Dirigió una de sus manos, temblorosa, hacia mi cuello.

—Por Dios, Santiago, no digas eso. —Tapó sus oídos, como si intentara no escuchar el mayor de los agravios—. Sería el fin de mi vida. Ahora sé que no podría unirme a un hombre que no fueras tú. Al rozar tus labios con los míos y sentir tu mano contra mi pecho, he comprendido que debo ser tuya. Nunca había sentido nada igual. Te juro que muero de pensar siquiera en lo que sentiría al ser tomada por ti.

—Cristina, creo que no debo escuchar esas palabras, que me escandalizan por salir de tu boca. Y no me creas pagiguato o flojo de venas, muy al contrario. Sufrimos sentimientos que no podemos desterrar de la noche a la mañana. Ahora hablas como una niña a la que le arrebatan su juguete favorito. Cálmate, por favor, y deja de llorar. No comprendes lo que dices. Encontrarás el hombre adecuado del que te enamorarás. Dentro de algunos años o meses solamente, recordarás esta escena y...

—¿Dentro de algunos años o meses? ¿Qué dices? Dentro de algunos años no me encontraré en esta vida, si no es a tu lado. ¿Es que no lo comprendes? Solamente a ti puedo amarte.

—Por favor, Cristina, deja de pensar así. ¿No comprendes que se trata de un imposible? Acabarás por enderezar tu vida y...

—¡No enderezaré nada porque no lo deseo! ¡Seré tuya o de nadie más! ¡Creí que me querías! ¿Por qué me tratas de esta forma?

En un nuevo movimiento sorpresa, Cristina se separó de mí para alzarse con cierta violencia. Y sin pronunciar una sola palabra más, corrió hacia la puerta mientras intentaba contener sus lágrimas con un pañuelo. Salió de estampida, mientras ahora cerraba la puerta con tal fuerza que el golpe hizo temblar la araña y las lámparas.

De nuevo quedé inmóvil como estatua de sal. Mil pensamientos se cruzaban en mi mente al galope, apartándose unos a otros en dolorosa pelea. Cristina, mi querida prima a quien consideraba la hermana pequeña, me deseaba como hombre al que unirse por amor, un amor que, por mi parte, consideraba escandaloso y prohibido. Y mientras el rifirrafe mental se agravaba por momentos, recosté la cabeza en el sofá, incapaz de alzarme una sola cuarta. Porque un cansancio absoluto se adueñaba de mí, como si el peor de los demonios me lanzara a la hoguera eterna sin remisión.

6. Viento entablado

A solas en la biblioteca, me sentía incapaz de reaccionar, tras la intensa y emotiva conversación mantenida con Cristina. Entre los ataques en oleadas que sufría mi cerebro, primaba por encima de otros pensamientos una profunda compasión hacia la joven, que así lo padecía en mis adentros. Pero también sufría por mi incapacidad de encontrar una solución ante la situación familiar creada, que debería afrontar a partir de aquel momento. Se abatía sobre mí un cerrado temor, al sopesar las posibles reacciones de la joven. Y como terrible colofón, entraba de rondón un sentimiento de vergüenza propia, como si hubiera sido yo quien provocara tamaño y vergonzoso entuerto con mis propios actos. Creo que llegó a transcurrir más de una hora en aquella desesperante situación, sin que modificara una sola pulgada la posición en el asiento, con la mirada perdida entre las estanterías de libros, que semejaban un infinito y negro horizonte.

No tuve en cuenta que mi dilatado silencio y recogimiento en la biblioteca podía generar alguna preocupación entre el resto de la familia. Por tal razón, me alarmó oír un suave golpe contra la puerta, que pasaba a abrirse poco después en silencio. María Antonia, con gesto de preocupación, asomaba la cabeza.

—¿Puedo pasar, Santiago?

—¿Cómo? —Volvía a la realidad, con temor instantáneo ante la conversación que se avecinaba de forma insoslayable—. Perdona, madre, que andaba con los pensamientos perdidos en el más allá.

—Te veo demasiado ensimismado, hijo mío. ¿Acaso se debe tal situación a la conversación mantenida con Cristina?

Necesité de algunos segundos para ordenar y decidir la línea de acción. Porque dudaba de la conveniencia de presentar a María Antonia las verdades expuestas por su hija y el dolor que tales noticias podrían aparejarle. No obstante, he mantenido siempre que el mejor de los caminos que se ha de

tomar en la vida es el de la sinceridad, y que entrar por vericuetos de falsedad puede acabar por producir daños mayores e incluso irreparables. Me preparaba para lanzar la información con precisa cautela, obviando, desde luego, las acciones escabrosas a las que se había lanzado la niña, cuando María Antonia entró en nueva demanda.

—Pareces haber quedado mudo. En efecto, debes de estar bastante preocupado.

—¿Preocupado? La verdad es que... —sufrí una última vacilación, al observar el gesto de ansiedad que aparecía por momentos en el rostro de María Antonia—. Bueno, si ya me es difícil mentir ante cualquier persona, mucho más lo sería ante quien tanto debo.

—Te conozco mejor que tú mismo, hijo mío. Conmigo te sería imposible faltar a la verdad. —Forzó una mueca de falsa sonrisa.

—Ni quiero hacerlo, puede estar segura. Es cierto que la conversación con Cristina ha sido..., quiero decir que se ha producido de forma sorprendente e inesperada. Por todos los santos, que no podía esperar algo así.

—Habla de una vez, Santiago, y deja de divagar en revueltas sin mayor sentido. Los nervios me comen por momentos.

—No quiero largar más peso sobre sus hombros, madre. El problema puedo lidiarlo por mi cuenta, si lo considera oportuno.

—Por favor, Santiago, sabes que soy una mujer fuerte. Después de haber perdido dos esposos en combate, así como un hijo y tu hermano, que también era hijo para mí, sin olvidar la muerte de tu esposa a la que tanto quería, nada puede ser peor. Además, no creo que los problemas de Cristina sean algo más que un producto de sus alocados pensamientos. Y como madre, debo tomar las riendas, me guste o no. Vamos, puedes hablar sin problemas.

—Tenía razón en que no ha sentido como esperábamos la muerte del pobre Pepe. Al menos no como entendíamos que debería sucederle a una joven al perder a su prometido. Bueno, le entristece su muerte porque lo consideraba un hombre cabal, buena persona y un amigo divertido. Pero, después de todo, podríamos decir que ha supuesto una liberación para ella.

—¿Una liberación? Por Dios, Santiago, ¿qué dices? ¿Acaso no lo amaba?

—En absoluto. Esa fue la primera de las sorpresas que recibí de su boca. Se había decidido a matrimoniar con él para encontrar una solución a su vida y porque me gustaba el candidato. Difícil de creer, pero cierto. Y ahora, en su opinión, la situación ha cambiado en dieciséis cuartas. Estima que se le abren las puertas y no se encuentra dispuesta a continuar su vida basándose en mentiras. No hago más que repetir sus propias palabras.

María Antonia calló, esperando que continuara con mi exposición. Sin embargo, mucho me extrañó que no mostrara rostro de sorpresa, como si se mantuviera al tanto de la increíble verdad. Continué palabra a palabra, sopesándolas una a una.

—La verdad es que ama locamente a otro hombre. Un amor que podríamos catalogar como desesperado, alocado e imposible, pero al que no piensa renunciar de ninguna forma. Ya sabe que es mujer de convicciones firmes e inalterables.

Me desasosegaba el silencio de aquella mujer a quien tanto quería, sin ofrecer un mínimo auxilio que facilitara la continuación de mi narración. Era llegado el momento de largar la bombarda y con la mirada dirigida hacia la tarima del piso me dispuse a ello.

—Me ama a mí, madre, por mucho que le pueda extrañar. Tampoco yo lo podía creer cuando lo escuchaba de sus labios. Asegura que siente ese profundo amor desde que tiene uso de razón. Además..., además alega que ahora, una vez enviudado, es el momento oportuno para que nos unamos en matrimonio. Ya puede comprender cómo he quedado ante la noticia. Intenté explicarle que la quiero muchísimo, pero en la misma forma en la que amo a mi hermana Rosalía. Porque, ciertamente, como tal la considero.

—¿Enamorada de ti? —María Antonia parecía respirar de tranquilidad—. Bueno, siempre lo estuvo.

—¿Lo sabía? ¿Tan evidente era? —Ahora sí que mi extrañeza subía enteros a cien.

—Sólo había que observar cómo te miraba. Pero lo estimaba como un amor infantil, casi platónico, fácil de superar con el paso del tiempo y la aparición del hombre adecuado. También yo, a los trece años, adoraba a un primo bastante mayor. Esos amores que suelen disolverse conforme la mujer se hace adulta.

—Pues este no se ha evaporado una gota, más bien al contrario. Al explicarle que se trataba de un imposible, que jamás se trocaría mi amor fraternal por otro más..., bueno, por un amor más...

—Comprendo muy bien lo que quieres decir, Santiago. Por favor, continúa.

—Se alteró bastante al escuchar mis palabras. Aseguró que si no la aceptaba como mujer propia, no lo sería de nadie. Sufrí al escuchar sus palabras, en las que me acusaba de no quererla y producirle tanto daño. Y como la sorpresa había sido tan grande e inesperada, me parece que no fui capaz de contestarle como debía, de convencerla de su error con las palabras

adecuadas. Pero no creo que se tratara de solución adecuada ofrecerle una mínima esperanza. Me habló de unir las casas de Montefrío y Tarfí, que yo debía ser el duque de Montefrío y más locuras por ese estilo.

—Bueno, seamos sensatos, Santiago. Tampoco Cristina pronunciaba locuras sin medida. Mira a tu alrededor y podrás comprobar que se trata del pan nuestro de cada día. Casamientos entre primos o con mayor grado de parentesco es de lo más normal entre familias nobles. Por otro lado, también es cierto que con ese enlace se amadrinarían dos casas tan unidas ya por otros sentimientos.

—¿Quiere decir que...? ¿Aprueba esos deseos? —Mi rostro debía de ofrecer la sorpresa que las palabras de María Antonia habían ejercido sobre mí.

—No me comprendas mal, hijo mío. Tan sólo quería explicarte que, en este caso concreto, no se trata de locuras. Comprendo que Cristina se encuentre enamorada de ti y ofrezca una solución, que se emplea muy a menudo en las familias más nobles de España. Creo que, por fortuna, en esta casa siempre hemos defendido el casamiento por amor, única vía de provocar la felicidad real de hombre y mujer. Pero también comprendo tu postura, al considerar a tu prima como una verdadera hermana, porque así lo has sido siempre para ella. Te sentirías como reo del pecado más espantoso, como es el caso del incesto, aunque no lo sea en verdad.

—Así es exactamente. Madre, no puedo mirar a Cristina como a una mujer. Bueno, es una mujer y de incomparable hermosura, pero supongo que me comprendes.

—Desde luego. Lo único que me preocupa es su posible reacción. Porque otras veces, cuando ha debido encarar decisiones de cierta importancia, la niña arrancó a la brava y sin rumbo adecuado. Lo normal sería que buscara otro hombre y estoy segura de que acabaría por encontrarlo. Pero ya sabes que Cristina es muy particular. Si decide cerrarse en banda y negarse a salir a la calle, no sé qué surcos puede abrir su cabeza. Y si se encuentra ofuscada, más vale que nadie intente conversar con ella, de momento. Creo preferible dejar enfriar el puchero y que los cielos nos amporen.

—En efecto, así lo estimo. Pero ahora quedo..., ahora me encuentro en una posición bastante desagradable. Vivimos en la misma casa, nos vemos a diario en muchas ocasiones. Pero tras la conversación mantenida con ella, será de extrema..., de extrema...

—Tirantez. Lo comprendo. Pero no olvides que el tiempo lo borra todo, Santi. Aunque nunca lo he deseado con fervor para los seres queridos, en

estos momentos recibiría como agua de mayo la noticia de que debes embarcar y salir a la mar en comisión de servicio hacia las Indias. No creas que deseo separarme de ti, nada más lejos de la realidad. Eres la piedra angular de esta familia y sufro tu ausencia como no puedes imaginar. Sin tener en cuenta que te quiero como a un verdadero hijo.

—Ya lo sé, madre. También yo vería con excelentes ojos salir a la mar.

Se hizo un espeso silencio. Mientras María Antonia debía de manejar sus pensamientos en busca de una difícil solución al problema de su hija, por el mío se abrían horizontes de mar infinita. Una vez más, soñaba con encontrarme a bordo de cualquier buque sin costa a la vista, allí donde se evaporan los problemas almacenados en tierra como el azucarillo en la taza de café.

—Bueno, tampoco debemos ofrecerle al problema demasiada importancia. Como solía decir tu padre, la marea acabará por sacarnos a tierra.

—Pero podemos alcanzar la playa descoyuntados de huesos y con el alma perdida.

—No exageres. Ahora mismo te encuentras muy afectado, es lógico, pero conseguirás superarlo. En estos primeros días, procura evitar las conversaciones con ella, para tu propia tranquilidad. Y que no llegue jamás a saber que me has puesto al corriente de la situación. Es demasiado orgullosa.

—Estoy de acuerdo. En fin, me dedicaré a pasear por la alameda de la muralla, a ver si el perfume de la mar aclara mis pensamientos.

—No es mala idea.

Tras ofrecerme un cariñoso beso, abandonó la biblioteca, mientras mi ánimo quedaba tendido a la baja. Tan sólo me reconfortaba el hecho de que, para María Antonia, aquella historia no hubiera supuesto una noticia de escándalo mayor, como había considerado en los primeros momentos. Era consciente de que el matrimonio entre primos se utilizaba como solución para determinados intereses familiares. Pero no estimaba que nuestra familia, una sola pieza entre primos hermanados desde el nacimiento, se encontrara en aquel grupo. Y temía que María Antonia considerara aquel enlace deseado por Cristina como la solución ideal a los problemas. Vueltas y revueltas sobre las mismas ideas, sin un solo segundo de descanso para mi atribulado cerebro.

Por fortuna, Okumé no pareció adivinar la nueva situación que debía encarar en el palacete de la calle de la Amargura, o así lo supuse, cuando penetró en la biblioteca para ofrecerme sus servicios. A solas de nuevo, el cerebro seguía trabajando sin descanso. Entre las soluciones que encaraba y

rechazaba con extrema rapidez, llegué a sopesar la posibilidad de tomar posada propia. No obstante, aquella decisión sería demasiado traumática para todos, incluyendo a María Antonia, a Rosalía y a mis propios hijos. También deseché el uso del pabellón de tránsito, sin encontrar otra salida que pudiera sustituirla con cierto grado de éxito. De nuevo se me apareció la imagen de un buque en la mar, ese medio fascinante que puede engullir hasta los más escondidos sufrimientos. Pero los sueños no suelen amparar soluciones sino, a veces, engordarlos sin medida. Entraba en una etapa desagradable de mi vida, sin derrota de salida por el momento.

* * *

Aunque temía el primer encuentro con Cristina como al demonio en cuaresma, si es que no decidía encerrarse en su habitación durante alguna semana o llevar a cabo una locura todavía mayor, tales sospechas se difuminaron como por encanto en la primera ocasión. Esperaba la hora del almuerzo con especial aprensión, al tiempo que los nervios corrían por libre arriba y abajo. No me creía capaz de mirarla a la cara, tras las declaraciones escuchadas y su inesperada reacción. Sin embargo, pocos minutos antes de abrir el comedor, aparecía la joven. Y para cuajar al linde las sorpresas del día, me tomaba del brazo con objeto de apartarme hasta una esquina del salón. Con el rostro entrado en sonrisas y un tono de voz alegre, se dirigió a mí con decisión.

—Aunque no sea la primera ni la última vez que debo encarar una tarea similar en mi vida, Santi, quiero pedirte disculpas con absoluta sinceridad. —Realizaba el clásico mohín de niña sorprendida en un juego prohibido—. Y no pongas esa cara de reconvención, por favor.

—Nada de eso, Cristina, más bien al contrario. Tú no tienes que disculparte nunca ante mí.

—En este caso sí. He sido una estúpida, como tantas otras veces. Pero ahora un poquito más, si es posible. La verdad es que la muerte de Pepe ha debido de afectarme bastante más de lo que imaginaba. Y mi salida ha sido atropellada y absurda por varas de once. Por favor, olvida todas las tonterías que te he dicho esta mañana en la biblioteca. Ya sabes que mis arrancadas son irracionales e incomprensibles en muchas ocasiones. ¿Podrás hacerlo?

—No te preocupes, está olvidado ya.

—Gracias Santi. Como de costumbre, eres la persona más buena del mundo. Siempre perdonas todas las tonterías y locuras de tu primita.

Me ofreció un ligero beso en la mejilla, los habituales hasta aquella misma mañana, exentos de terceras intenciones. Sentí una inmensa placidez de espíritu, como si hubieran levantado las barreras impuestas en mi vida a martillo. Mi hermana Rosalía, ajena al asunto, entró en habitual chanza.

—¿Qué maquinará esta pareja de primos entre susurros? Algo peligroso, sin duda. ¿No podemos enterarnos de ese interesante asunto los demás?

—Déjalos —subrayó María Antonia, como si se tratara de asunto sin mayor importancia—. Ya sabes que están un poco tocados por esa locura familiar.

De esta forma regresamos a la normalidad de nuestras vidas, o así lo entendí en aquellos momentos. Porque en verdad que Cristina participaba en la conversación general con su habitual humor, cambiante a veces. No obstante, la sorpresa aumentó de grado dos días después cuando, durante el almuerzo, la joven elevó una inesperada propuesta.

—¿Qué os parece si ofrecemos una fiesta en casa para los mejores amigos? Parece que la guerra contra el francés entra en sus últimas rifadas y podríamos celebrar la victoria final por adelantado.

—No se deben celebrar las victorias hasta que se firma el armisticio, prima.

—Bueno, pues celebremos la marcha de esta contienda, que parecía caminar por senderos sin vuelta. Los franceses se retiran sin guardar los macutos.

—¿Un sarao aquí? —preguntó María Antonia con cierta suspicacia y desconfianza en el tono de su voz.

—Claro que sí, madre —insistía Cristina con inesperada alegría—. No hay quien la comprenda. Me reprocha todos los días que parezco aislarme del mundo y no salgo a la puerta de la calle. Nada mejor para comenzar el cambio definitivo que una pequeña fiesta en casa. Hace siglos que no se abren los salones. Así podré hacer nuevas amistades. Muero de aburrimiento.

—Podría ser entendido como demasiado prematura, tras la muerte de Pepe —dije sin confianza.

—Y pocos amigos de nuestro círculo aparecen por estos días en la ciudad de Cádiz —subrayó la madre, que todavía mostraba una ligera suspicacia, poco convencida de aceptar la idea.

—No debes olvidar que Pepe no pertenecía a la familia —Cristina se dirigía a mí con seriedad—. Solamente se trataba de un prometido, sin comunicado oficial por parte de la casa. En cuanto a posibles invitados,

disponemos de amigos más que suficientes. Y para eso estás tú, con esa generosa lista de compañeros de la Armada.

Y algunos lo agradecerán.

—En ese punto y por desgracia tienes toda la razón —dije, recordando la situación que muchos de mis compañeros debían soportar, con un plato al día como máxima alimentación.

—Bueno, como quieras —aceptó por fin María Antonia—. Después de todo, no podría convencerte de lo contrario. Pero te exijo una lista de invitados reducida y sin demasiada ostentación. El pueblo sufre muchas privaciones y no quiero ser criticada en exceso.

—No se preocupe —sonreía, como si el permiso le hubiera otorgado una enorme felicidad—. Se hará de acuerdo a sus deseos y al punto.

Como Cristina parecía muy contenta con la aceptación de su inesperada idea, entendí que ahora, en efecto, todo había regresado a la normalidad, aunque el duende gris todavía lanzara latinajos en la distancia. Porque así se movía mi prima desde niña, al capricho inesperado y vehemente del momento, en el que parecía forzar toda su vida. Por fin, se decidió ofrecer una ligera recepción para el sábado de la semana siguiente a las seis de la tarde, lo que movilizó a todo el personal de la casa como si la corneta hubiese entonado el toque de zafarrancho y prevención para el combate.

Tras la terrible situación que había sufrido con la declaración de mi prima Cristina, comencé a disfrutar de lo que entendía como una nueva vida. Y en efecto, parecía saborear detalles hasta entonces tomados a la ligera, esa divina rutina que tanto añoramos cuando se ha perdido. Además, como parece que las buenas o las malas noticias acuden en parejas por nuestra vida, la eclosión definitiva se produjo en la misma mañana del día previsto para la recepción. Nos encontrábamos finalizando la primera colación del nuevo día y Cristina continuaba en su permanente parloteo sobre las necesidades todavía no atacadas cuando entró Okumé como una exhalación en la estancia. Y fue al observar sus ojos casi salidos de las órbitas y la sonrisa abierta de banda a banda cuando supuse que buenas nuevas amparaba para mi persona.

—¡Señor! ¡Señor! —Movía entre las manos lo que parecía un recado doblado a cuartos y lacrado en cuña.

—Por Dios, Okumé. Cualquiera día acabarás haciéndonos morir de un sobresalto —protestaba María Antonia con cariño—. ¿Acaso se han rendido los franceses y regresa nuestro señor don Fernando?

—Mucho mejor, señora. Bueno, eso supongo, al menos. Acaba de arribar a la casa un soldado del Cuerpo de Batallones con urgente recado para mi

señor. Y el sello marcado en el lacre corresponde nada menos que a la Comandancia General de la Escuadra.

Ahora fui yo quien salté del asiento como movido por resorte de machina para arrancar el papel de las manos del africano. Y con los nervios a flor de espuma, tomaba uno de los cuchillos como descalzador de fortuna para quebrar el sello con la máxima rapidez. Leí el recado, apenas un par de líneas, a la carrera, sin comprenderlo en los primeros momentos. Debí repetir la lectura varias veces antes de que comenzaran los requerimientos de los demás.

—Por todos los santos, Santiago, que ahora moriremos una vez más, pero de impenitente curiosidad —comentaba Rosalía entre sonrisas—. ¿Tan importante es esa nota? ¿Nos harás partícipes de ella si no se trata de un importante secreto de Estado?

—Puede que sea bastante importante, hermana. Bueno, no estoy seguro de que...

—Parece que se te ha congelado la sangre, primo. Léela de una vez y quedaremos en paz —protestaba Cristina.

—Tan sólo dice que debo presentarme en la Mayoría General de la Escuadra, a bordo del navío San Fulgencio, a la mayor brevedad posible.

—¿Le parece escasa la moscarda en vuelo, señor? —Okumé saltaba de alegría, como si le hubiesen concedido el mayor de los premios—. Para mí no hay duda de lo que esas palabras significan. Le concederán el mando de un navío de dos puentes y deberemos salir como un cometa hacia las Indias o más allá. Hasta es posible que debamos navegar por el mar del Sur. Ya le dije al señor que más pronto que tarde le...

—¡Calla la boca, culebrón! Tienes ese navío encastrado en la cabeza.

—Igual que el señor, aunque aparente pensar en las golondrinas del ocaso.

—Nada de eso. Este recado puede presentar mil significados. No olvides que se han creado algunas comisiones de artillería, así como otras para el estudio de diferentes...

—Y para tomar parte en una de esas importantes comisiones técnicas, ¿le envían un recado urgente en un sábado? Con todos mis respetos, señor, nadie creería esa teoría.

—Estoy plenamente de acuerdo con Okumé, hijo mío. Debe de ser alguna cuestión más importante que una simple comisión. Quién sabe si será por fin ese mando por el que suspiras día y noche.

—¿Tendrías que salir a la mar para muchos meses? —Era Cristina la que, de pronto, parecía abatida, aunque no navegaban mis pensamientos para

tomar en cuenta aquella salida—. Pero hoy es la fiesta preparada con tanto empeño, Santiago. No puedes faltar a ella, con la cantidad de compañeros que has invitado.

—Y no faltaré, primita. Ya verás como en pocos minutos estoy de regreso, sin ninguna nueva importante. Y aunque la recibiera, que Dios lo quiera, nadie podría impedirme asistir a ese sarao que has organizado.

Sin esperar un segundo más, me lanzaba a la carrera hacia mi alcoba para vestir el mejor uniforme pequeño, que ya preparaba Okumé con extraordinaria habilidad. Y si dijera que los nervios no me atacaban por las cuatro direcciones, mentiría como un bellaco mantero. Porque me sentía invadido por un temblor generalizado, que incluso impedía pensar con la necesaria frialdad en las posibilidades que aquel inesperado recado ofrecía. Pero tampoco Okumé hilaba fino en aquellos momentos. Solamente para cruzar la pañolera blanca en orden, necesitó de tres intentos, ante mi petición de premura.

—¡Acelera, africano, o nos dará la noche en el intento!

—No me apriete con fuerza a las bandas, señor, o acabaré por rasgar esta seda de filón. —Se separó por fin para contemplar su trabajo—. Creo que ya se encuentra en orden. ¿Por qué viste el uniforme pequeño en tan importante jornada?

—Porque no me avisan de audiencia con el comandante general de la escuadra, sino solamente presentación de servicio en la Mayoría General. Ya deberías saberlo después de tantos años.

—Son tantas las reglamentaciones, señor, que no acabo de encajarlas en orden por el cerebro. Pero, bueno, debemos estar felices. Por fin aparece tras la niebla el mando de un navío de...

—No menees más las bolas, por todas las putas de la casa de doña Rosa. No niego que tengo mis esperanzas, pero ya veremos cómo se cuece la puchera.

—Se cocerá con mil especias y de las Indias Orientales. Ya sabe que mi sangre africana ofrece ciertas dotes de brujería, que anticipan...

—Deja esas dotes especiales por ahora. ¿Avisaste a Sebastián para que preparara el carruaje?

—¿Me toma por un inepto, señor? Desde aquí oigo el nervioso bufido de los animales, que han de sudar cueros en pocos minutos.

En efecto, poco después y obligados los jamelgos al castigo por la mano de Sebastián, cruzábamos Puertas de Tierra en dirección al Arrecife al tiro de mosquete, con los pensamientos en vuelos de ida y retorno. Intentaba alejar

del cerebro las muchas esperanzas entabladas, que no eran pocas, especialmente la del navío con todo el aparejo largado en gloria de altura. Centrabá la vista en la línea del lejano horizonte que se nos ofrecía por la derecha, con una mar abierta en calma chicha y reflejos dorados. No obstante, los tres palos de un buque con sus dos andanas de cañones regresaban una y otra vez a mi cabeza sin posible remedio. Era consciente de que los sueños repetidos con esperanza duelen en el alma cuando se derriban en escasos segundos, como el soplo de un castillo de naipes, pero se trataba de misión imposible evitarlos. ¿Qué razón podía obligar a la Mayoría General de la Escuadra a esa repentina e inesperada llamada? Aunque había mencionado la posibilidad de que se solicitara mi concurso para formar parte de una de las diversas comisiones técnicas de estudio en formación, que se organizaban para ofrecer destino a oficiales pasados a cuartel, parecía un tanto absurda la urgencia impuesta. Okumé dejó caer unas palabras, que esperaba escuchar de un momento a otro.

—No piense que puede ser negativo amparar esperanzas de gloria, señor. También esos momentos se disfrutan y conforman en la vida un jugoso paquete.

—¿De verdad estimas posible...?

—Desde luego, señor. Y juro por el dios Neptuno que le hablo con propiedad, sin dejar correr mis propios deseos, que tanto se aparejan a los suyos. No encuentro otra explicación posible a la urgente llamada. De esa forma, podremos salir en un precioso navío hacia las Indias y olvidará esos problemas finales que le han atacado por alto durante los últimos días. Como siempre dice, la mar acabará por absorberlos.

—¿Problemas finales? No comprendo...

—Por favor, señor. —Me miró con rostro ligeramente ofendido—. Okumé será negro y africano, pero muy listo de sesera y capaz de leer en su rostro como papel de recado con letra espesa. Hace mucho que era sencillo comprender que la niña Cristina bebía los vientos por su primo mayor. Pero tal sentimiento debía haber quedado en admiración silenciosa solamente, esa que remite con el paso de los años. Pero parece ser que la mujercita ha decidido sacarlo a la vista con su habitual carácter. Y debe andarse con tiento, porque no es mujer de las que aparta sus decisiones a un lado con facilidad.

—Por todos los buitres negros. No comprendo cómo acabas por enterarte de todo. Sin embargo, te equivocas de plano en la última apreciación. Cristina me pidió disculpas y todo quedó aclarado.

—Con todos los respetos debidos, señor, a veces parece conducirse como blanca paloma recién entrada en la vida. Conoce a Cristina perfectamente. Y bien sabe Dios lo mucho que quiero a esa niña, porque como tal la considero todavía en mi cerebro. No obstante y aunque se haya convertido en mujer, mantiene los hábitos y caprichos de la más tierna juventud. No es muy dada a apartar las decisiones tomadas. Puede ser peligrosa.

—¿Peligrosa mi prima Cristina? Creo que exageras la nota en crestas. Es propia de arrebatos y sufrió uno extremo hace algunos días, posiblemente por la muerte de su prometido. No niego, aunque nunca lo advertí, que me tuviera especial apego por ser su primo mayor, en quien ha creído ver el personaje más importante de su vida. Pero creo que ha comprendido la realidad.

—Dios lo quiera, señor, aunque no fiaría un ochavo en el envite final. Más vale mantenerse al tanto y verlas venir de lejos. Además, si el mando del navío se confirma, las millas de mar nos alejarán de la bruma durante bastantes meses. La ausencia es capaz de enfriar el caldo gordo en vasija de barro.

Interrumpimos una conversación que poco o nada agradaba a mis sentidos cuando embocamos la noble entrada del arsenal de La Carraca. Como si se tratara de un avezado miembro de la Real Maestranza y sin necesidad de posterior indicación, Sebastián guiaba a los animales con destreza hasta alcanzar el muelle donde se atracaba el navío San Fulgencio, en cuyo palo mayor se mecía al viento el gallardete propio del comandante general de la escuadra. Volví a pensar una vez más en la tristeza que significaba tal detalle, que dicha autoridad de la Armada luciera su insignia en un buque de dos puentes. Porque había sido norma secular que quien mandaba la escuadra del mar Océano lo hiciera en un navío de tres puentes, uno de esos magníficos buques de 112 cañones que se habían construido en los arsenales de La Habana y Ferrol.

Con los nervios aferrados por corto a las bandas, abordé por derecho el portalón de oficiales. Y aunque parezca difícil de comprender, percibía en aquel momento el mismo rumor en el vientre que cuando, de joven guardiamarina, embarcaba en la fragata Mahonesa bastantes años atrás. Y por todos los dioses de la mar que mucho añoraba tan feliz sentimiento. Por fin, pisaba la cubierta del 74 con extremo placer y ese orgullo enjaretado a la espalda, al mostrar la plata en mis vueltas^[15].

A los pocos segundos, era recibido en orden por un teniente de fragata, que mostraba el cordón de oficial de guardia.

—Teniente de fragata Fermín Banquisa, a las órdenes del señor brigadier. Sea bienvenido a bordo, señor.

—Muchas gracias, Banquisa. ¿Se encuentra a bordo el mayor general?

—En efecto, señor. Si me lo permite, le acompañaré hasta él.

Comencé a moverme tras el oficial en dirección a proa, por la banda de estribor. Y bien que conocía aquel camino, trillado en numerosas ocasiones durante el mando de la fragata Proserpina. La suerte que tremolaba sobre mi cabeza acabaría por mostrar su rostro en pocos segundos, un pensamiento que agigantó los rumores cerrados, al punto de necesitar el cierre en fuste de mis manos con dolor aparejado. Era consciente de que en la próxima reunión podía saltar a mi favor la liebre dorada, esa prenda perseguida en sueños durante tanto tiempo. Porque es necesario recordar en este punto que el mando de un navío es la más fantástica ilusión almacenada en el cerebro desde que un niño decide hacerse a la mar y observa esos animales de madera alzados sobre el agua como imponente catedral.

Cuando el oficial de guardia me señalaba con su brazo la puerta de la Mayoría General, agradecí su deferencia con un ligero movimiento de cabeza. Y al tiempo que marcaba los golpes de cortesía contra la madera, elevaba un aligerado rezo a Nuestra Señora del Rosario, la fiel Patrona que tanto me había ayudado por mar y tierra. Sin embargo y tras la figura de la querida Galeona, se dejaba entrever la silueta de un hermoso navío con su aparejo largado hasta los cielos.

7. El brigadier Arlanza

El mayor general de la escuadra se encontraba apoyado sobre una mesa de enormes dimensiones, con diversos pliegos en la mano. Sin embargo, dirigía la vista hacia el mamparo de proa, como si sus pensamientos se mantuvieran anclados a muchas millas de distancia. A pesar de haber sido anunciada mi presencia por el ayudante de la mayoría, necesitó varios segundos para comprender que requerían la atención de su persona. Por fin, giró el cuerpo con lentitud para quedar enfrentado al mío, al tiempo que una alargada sonrisa aparecía en su rostro.

—Vaya por Dios, Leñanza. Una vez más acude a mi cueva en amparo. Parece que nuestros caminos se encuentran trazados en convergencia sin remedio. —Me alargaba la mano con su amabilidad y confianza habitual—. Me alegro mucho de verle de nuevo en acción.

—También yo, señor. Como tantas otras veces, quedo a sus órdenes y deseos.

—Rebaje el tratamiento, amigo mío, que lucimos las mismas vueltas.

El brigadier Benigno Afianza presentaba la estampa de la fortaleza humana en su más pura expresión. De altura superior en una cuarta a la mía, que ya cuadraba con guinda^[16] generosa, también su cuerpo y brazos mostraban una fortaleza colosal. Rubianco entrecano con bigote amañado en cuadro y cara redonda, su rostro mostraba signos de bondad, aunque no siempre cuadrara al ciento tal cualidad con sus salidas de tono en el aspecto profesional. Entrado en la cincuentena, quienes no lo conocían estimaban que se trataba del clásico oficial con carrera retrasada por desconocidos motivos. Y no era cierta tal disposición en absoluto. Durante un buen número de años se había mantenido en la situación de excedencia voluntaria por sus tierras asturianas, hasta que la guerra contra el francés lo había animado a regresar al servicio activo. Casado con una guapa sevillana, prima del general Cayetano Valdés, se había unido a su persona desde los primeros momentos, tanto en

tierra como a bordo. Por tal razón, me extrañaba contemplar que todavía se mantuviera destinado en la escuadra una vez desembarcado su pariente. De esa forma, aunque ostentáramos el mismo empleo, le debía el necesario respeto que la antigüedad y los años imponen. Siempre se había portado conmigo de forma llana y sin dobleces, por lo que le correspondía con un sincero agradecimiento.

—Supongo que anda con los nervios en tensión, tras recibir el urgente recado. Se trataba de medida necesaria porque disponemos de muy escaso tiempo. —Parecía disfrutar con la expectación creada.

—Puede estar seguro sin posible error de que los nervios corren a su gusto, señor. Y para nada me disgusta la urgencia establecida. No disfrutaba mucho fondeado en la calle de la Amargura. Sin embargo y para mi sorpresa, aquí seguís en la brecha sin cambiar de destino.

Aunque deseaba con agitada pasión conocer la verdadera causa de la llamada, me mantenía en cuerdas de serenidad sin mostrar en exceso la real ansiedad.

—Bueno, por poco tiempo. Desde que nuestro querido general Valdés abandonó este buque, es bien conocido que deseo cambiar de aires. Me ha ofrecido recalar en su gabinete, pero como parece que la guerra contra el francés se rematará más pronto que tarde, según algunas mentes preclaras en unas pocas semanas, me mantendré aquí sin ataduras excesivas. Deseo regresar a mis tierras asturianas en cuanto sea posible. Además, no es lo mismo servir bajo las órdenes de don Cayetano, y no lo digo solamente por el parentesco, que con el..., bueno, quiero decir con el nuevo comandante general de la escuadra. No me entienda mal, que no deseo entrar en crítica alguna. Pero es difícil repetir la estrecha relación que mantenía con el anterior comandante.

Comprendí sin necesidad de más palabras que su situación personal había cambiado de polos y no debía de cuadrar en rondo con el nuevo jefe.

—Lo comprendo, señor. ¿Quién fue nombrado para relevar al general Valdés?

—El jefe de escuadra don Juan José Martínez de Espinosa y Carrillo. Bueno, se encuentra a punto de ascender al empleo de teniente general, aunque de todas formas fuera nombrado de forma interina. Pero tiene suerte porque no deberá presentarse a él esta misma mañana. Bueno —pareció arrepentirse de sus últimas palabras—, no tome mis frases a la letra. Quiero decir que siempre es más agradable recibir las instrucciones de persona conocida y mismo empleo.

—Le comprendo perfectamente, señor.

—Tras tomar la decisión que le afecta hace pocas horas, el comandante general ha salido de inspección con un par de generales del Ejército hacia esa fábrica de artillería de Almoraima, cercana a la bahía de Algeciras. Recordará que ya se utilizó durante el Gran Sitio de Gibraltar, aunque entendía que se abandonó por completo hace algunos años. Ahora intentan comprobar si es posible reponer en función alguno de sus reverberos. Todos andamos escasos de artillería, especialmente si tenemos en cuenta las ingentes necesidades que se nos solicitan desde las Indias con urgencia.

Se hizo un silencio no deseado, especialmente por mi parte. Me dolían las ideas que circulaban sin pausa por el cerebro durante demasiado tiempo, mientras Arlanza sonreía en un juego que consideraba absurdo.

—Supongo que deseará conocer las razones por las que ha sido requerido.

—Le seré sincero como siempre, señor. Si no le importa, me gustaría entrar al grano gordo de la cuestión cuanto antes.

—Tiene razón y debe perdonarme. No se debe jugar con los sentimientos ajenos. Pero no se preocupe, que su buena estrella continúa en vuelo por alto y se trata de excelentes nuevas las que va a recibir, o así lo estimo. A nadie debe extrañarle porque se lo ha merecido con sus acciones a bordo de la fragata Proserpina. Aunque siempre aportan impulso los comentarios a favor de las altas magistraturas, como ha sido el caso, aparecen tras la cortina otros factores más importantes. Y no debo ocultar que en la ocasión llegaron voces de apoyo del general Valdés y del jefe de escuadra Ciscar, dos buenos cables de remolque.

No respondí aunque comprendiera perfectamente sus palabras. Por primera vez, expuse gestos de impaciencia en mi rostro.

—Bueno, entremos en función. A últimas horas de la tarde pasada, casi entrados en la noche, recibimos una mala noticia.

—¿Sobre el curso de la guerra?

—Nada de eso. Resulta que el capitán de navío don Pedro Valencia padecía unas fuertes tercianas, un mal que le reincidía a menudo. Debía de encontrarse ya en dichas condiciones cuando abandonó la bahía hace dos días, aunque lo callara. Pero en esta ocasión, su salud se ha complicado con un ataque perlético^[17] de cierta gravedad.

—Como le sucedió al general Gravina cuando mandaba la escuadra del Mediterráneo.

—En efecto. Valencia fue sangrado a conciencia en tres ocasiones y quedó medio entortado. Pero debe desembarcar de forma inmediata porque se

duda seriamente sobre el progreso de la enfermedad. Ya sabe que esos ataques perléticos dejan la sangre en espesura y con males futuros si no revierten con rapidez. Parece ser que intentaba evitar que se conociera su estado, y casi lo consigue. Pero al repetirse varias veces el mal, el segundo comandante, con buen juicio, nos envió recado desde Chipiona, donde se debe de encontrar aconchado. Acompaña el parte del cirujano, en el que precisa que...

El mayor general buscó entre los papeles de la mesa, para acabar tomando un pliego cruzado.

—Dice el primer cirujano don Leonardo de Navas que el retoque convulsivo se produjo en el lado derecho de la cara en el primer día y se extendió a toda ella en la misma noche con mayor severidad. Principalmente le ha afectado los músculos del ojo y la boca, entortándole ésta considerablemente. Por tal razón se le procedió a sangrar en tres ocasiones, sumando estas evacuaciones un total de diecisiete onzas de sangre.

—Pues si no ha reaccionado ya favorablemente y le insisten los ataques, mal camino se le abre por la proa. Pero ¿dónde se encontraba este capitán de navío?

—¿No he comenzado por ese punto? La edad no perdona. —Golpeó su frente con la mano—. Valencia es el actual comandante del navío *Asia*, aunque dejará de serlo en escasas horas.

Un primer socollazo de sangre dulce pareció atravesar las venas de mi cuello. Seguía intentando mantenerme sin centrar los tiros, pero me veía abocado a la impaciencia más severa. Además, no comprendía cierto aspecto.

—¿Capitán de navío al mando de un 74?

—Bueno, en el Reglamento General de Tripulaciones y Guarniciones, y me refiero al de 1803 que se ha repuesto en vigor, se especifica que el mando de un navío de ese porte puede recaer en un capitán de navío o brigadier de forma indistinta. Bien es cierto que normalmente, y más en estos días que tan pocos navíos andan en disposición, suelen ser los segundos quienes sean nombrados para tal destino de forma habitual. Pero es que el *Asia* parece cagado por la moscarda roja. Valencia accedió al mando por imprevisto fallecimiento del comandante anterior, hace pocos meses. Se trata de un capitán de navío muy antiguo, a punto de ascender. Y como se mueve con padrinos de porte, se le concedió el mando con motivo de urgencia. Bueno, se trata de un caso parecido al actual, y no lo entienda por razón de los padrinos, sino por la urgencia impuesta.

Agradecí la aclaración, aunque en verdad poco me importaban las razones en aquellos momentos de tensión. A pesar de que la cuestión parecía aclarada, dudaba en lanzar la pregunta definitiva. Y como Arlanza parecía divagar demasiado, entré por el ojo sin dudarlo.

—¿Acaso quiere decir que...? —Las palabras fundamentales quedaban aferradas en la garganta sin solución—. ¿Puedo entender por sus palabras que he sido elegido para el...?

—Joder, Leñanza. No comprendo cómo es tan decidido en la mar y le aparecen miles de dudas en tierra. La cuestión se levanta con claridad. Al tener noticia anoche de la desgracia, el comandante general envió mensaje al *Asia* para que abandone el fondeadero y pase a Cádiz. Aunque urge su salida hacia Indias, al tiempo que se le nombraba un nuevo comandante, aprovechábamos la ocasión para enviar otro importante cargamento de armas y pertrechos que apareció a última hora desde Extremadura, cuando ya había abandonado la bahía. Y como su nombre había sonado entre pasillos con repetición, el comandante general me preguntó por vos. Le respondí con entera sinceridad, al comentar sus méritos personales durante los mandos anteriores. También le hablé de la lucha personal del general Valdés para que se le ascendiese al empleo de brigadier por los servicios extraordinarios que ha prestado. Y aunque el nuevo comandante es dubitativo por más, la urgencia de la salida a la mar arrimó el ascua a su sardina y aprobó su nombramiento. No se podía dejar el mando en manos del segundo, un joven capitán de fragata.

—Eso significa que...

—Que dispongo en esta mesa de su nombramiento como comandante del navío *Asia*, firmado por el comandante general de la escuadra del mar Océano, aunque se trate de rimbombante nombre en estos días de intensa penuria. Y dispondrá de escaso tiempo para embarcar en él y hacerse con el buque.

Ahora, las sensaciones de tranquilidad, sosiego y plena felicidad se acumulaban en mi pecho al concierto. Pero no disponía de tiempo suficiente para asimilarlas en goce como se merecía. Agradecía en silencio a la Patrona y al resto de las divinidades cercanas el obsequio recibido de sus manos. Creo que debí de ofrecer una sonrisa de infantil satisfacción, que provocó la rápida respuesta del mayor general.

—Estoy acostumbrado a tales reacciones, pero pocas veces comprobé una complacencia tan extrema como la que expone su rostro en estos momentos, Leñanza —sonreía, feliz—. Y no deduzca por mis anteriores palabras que ha

sido elegido gracias a los corrillos de corte, ni mucho menos. Ahora mismo es el brigadier con más méritos demostrados en sus mandos anteriores, algunos de ellos con felicitación en pliego de las más altas instancias, como el Consejo Supremo de Regencia. Por lo tanto, es lógico que el mismísimo regente don Gabriel Ciscar lo apoye por derecho ante el mando de la escuadra.

—En ese caso, ¿he de marchar a la carrera hacia Chipiona o...?

—Sería imposible porque no lo alcanzaría. Deberá esperar aquí el arribo del navío *Asia* a la bahía.

—¿Cuándo estima que se producirá?

—Teniendo en cuenta que hemos enviado la orden al segundo comandante hace un par de horas y el mensajero ha de alcanzar Chipiona, así como la escasez de viento que sufrimos, supongo que hasta mañana no fondeará el *Asia* cerca del arsenal. Dejaremos el lunes para cargar el material que le he indicado y su toma oficial del mando. Una vez cubierto el embarque, estimo que el martes podrá salir sin pérdida de tiempo hacia esas Indias que se mueven en peligro.

—¿Cuál es el puerto de destino?

—Disfrutará de una navegación variada, de las que gustan a todo comandante. En principio deberá tocar La Habana, en cuyo arsenal le instalarán parte de su artillería, que le falta, así como le alistarán algunas velas de respeto. Recuerde que allí enviamos bastantes navíos para alejarlos de las manos del francés hace tres años. Por desgracia, se encuentran en pésimo estado de mantenimiento y se duda de que puedan regresar algún día a la vida. Pero al menos podemos utilizar parte de su artillería y aparejos, elementos que aquí nos faltan.

—Comprendo, señor.

—Como no se prevé combate con unidad de porte, no será problema navegar con tan escasa artillería. Una vez alistado en La Habana, deberá pasar a Veracruz, donde comienza en verdad su función. Allí y de acuerdo con un batiburrillo formado por el gobernador, cabildo y otros mandos del Ejército, sin olvidar al virrey, comenzará a desembarcar las tropas en transporte. Pero a partir de allí todo corre sin concretar porque, en realidad, no conocemos con exactitud la situación que allí se vive. Pero debe andar con cuidado con el gobernador de Veracruz, don José Quevedo, que se cree casi virrey. Aunque la legislación le favorece en algunos términos, ha mantenido problemas con algunos comandantes.

—¿Puedo saber las causas, señor?

—Cubrir las necesidades de cada unidad, por ejemplo. Es responsabilidad del gobernador embarcarle los víveres necesarios, así como prestar auxilio en las obras que se estimen necesarias, si ha sufrido a bordo alguna penalidad en la mar. Pero al mismo tiempo no dispone de jurisdicción alguna sobre el buque, aunque este prepotente personaje estime lo contrario. Su mando directo y único pasará a ser el capitán general de La Habana, y a sus órdenes deberá atenerse.

—Comprendo, señor. ¿Navegaré en solitario?

—En principio, sí. Como no se prevé amenaza sobre las aguas por estos días, los buques designados han salido a la mar al quedar listos, conforme embarcaban tropas y pertrechos. Y algunos la harán todavía tras el *Asia*. En principio se han alistado todos los posibles, sin excepción. Navíos Algeciras, Miño y San Pedro de Alcántara, fragatas Diana, Nuestra Señora de Atocha, Prueba, Venganza y Velos[^] corbeta Sebastiana, así como algunas unidades menores como la urca Castor y el bergantín Potrillo. Sin embargo y como puede suponer, todas las unidades con aparejos y armamento en precario y muy escasa dotación. Es la mala cara de cada día, sin posible solución. Antes era por causa de la lucha contra el francés y ahora por la contienda en las Indias. El personal necesario para la Armada es el último en tener en cuenta, aunque hayan de ser nuestros barcos los que los transporten de un sitio para otro. Además y como bien sabemos, la mar es suficiente enemigo como para acabar con cualquier unidad a flote, si no dispone de suficientes brazos.

—Razón le sobra, señor. ¿En Veracruz finaliza la comisión?

—Bueno, las órdenes en concreto y con detalle las tiene a bordo y el segundo comandante podrá ponerlo al día. Pero todo se encuentra un poco en el aire, dada la extraña situación que sufrimos en las Indias, cambiante cada día y con información muy retrasada a veces. Es muy posible que cuando arribe a La Habana, le retoquen las órdenes, para lo que está autorizado el capitán general. No obstante y si es posible, una vez finalizada la misión en Veracruz, deberá transportar hombres y pertrechos desde la capital cubana hacia Lima. Ya le digo que siempre que el capitán general y los mandos del Ejército así lo decidan. Es norma habitual en estos días que, tras las operaciones en el seno mexicano y antes de emprender el tornaviaje hacia España, embarque más tropas con destino al sur, hacia el reino de Chile. Pero ya le digo que estas operaciones posteriores se mantienen sin concretar ni decidir. Ahora por fin el empeño es dar la puntilla a los movimientos que se producen por aquellas tierras y pacificar nuestras provincias americanas. Los tres focos principales de apoyo son Veracruz, Tierra Firme y El Callao.

—Bien, señor. Entiendo que ahora mismo, a bordo del *Asia*, disfrutaré de escasa dotación y mucha tropa embarcada.

—Así es. De todas formas, Leñanza, puede estar seguro de que el *Asia* es un buen navío, aunque su aparejo se encuentre un tanto desmigado. Aproveche la estancia en el arsenal de La Habana, donde fue construido, para que remedien alguna de sus fallas.

—Muy bien, señor. Ya llegará el momento de encarar cada problema.

—De momento a disfrutar en tierra la noticia de su mando, aunque deberá acelerar la fiesta por las escasas horas a disposición. Bueno, seguro que la familia no recibirá la nueva con tanta alegría.

—Así suele ser.

—No disponemos en esta ocasión de más tiempo, Leñanza. De todas formas, acuda el lunes para presentarse al comandante general de la escuadra, por si a bien tiene ofrecerle algún dato más, cosa que dudo. Le repito que no afrontará una situación muy clara, tanto en Veracruz como en El Callao, si llega a ser enviado hacia el mar del Sur. Ni siquiera nosotros nos encontramos con noticias actuales y siempre los buques que enviamos deben encarar situaciones muy cambiadas. Por tal razón, no podemos ordenarle detalles muy concretos. Además y como le decía, se han concedido excesivas competencias a gobernadores, cabildos y jefes de tropas no regulares, por lo que será importante su prudencia y buen juicio en cada momento.

—Lo comprendo, señor.

—Ha de perdonarme, Leñanza, pero en escasos minutos debo encontrarme con el comandante general del arsenal, razón de mi urgencia. Y bien que lo siento, porque mucho me agrada conversar con usted. Le recomiendo que, en cuanto compruebe que el *Asia* entra en bahía, embarque para charlar con su segundo, el capitán de fragata José Moneo, largo y tendido. Y si el lunes, tras su toma de mando, todavía le amparan dudas de importancia, intentaremos aclarárselas. ¿Le parece bien?

—Perfecto, señor. Mucho le agradezco estas noticias con las que, he de declararlo, tanto he soñado. Me ha devuelto a la vida.

—Se lo ha ganado a pulso. El primer ayudante de la mayoría le hará entrega del preceptivo nombramiento. Y perdone mis prisas, pero debo salir de estampida.

—Lo comprendo, señor.

Sin mediar una palabra más, el brigadier Arlanza abandonaba la mayoría para alcanzar la cubierta casi a la carrera. Y en verdad que resté un tanto anonadado. Muy feliz, sin duda, pero extrañado de que, en tan escasos

minutos, hubiéramos diligenciado el destino más importante que se me concedía a lo largo de mi carrera, nada menos que el mando de un navío de dos puentes. Porque sentía como si fuera necesario hablar durante horas de una misión que entendía de tal importancia, mientras el mayor general la atacaba como si se tratara de un festivo paseo en falúa por el río Tajo. Además de las órdenes precisas que debería encontrar a bordo, esperaba que en la mañana del lunes se me aclarara algún detalle más.

Sin pérdida de tiempo pasé a hablar con el primer ayudante de la mayoría, teniente de navío del Castillo, quien pocas noticias me pudo detallar. Tuve conocimiento de los buques que ya habían abandonado la bahía y las tropas embarcadas en cada uno, así como sus puertos de destino, un detalle este último que parecía quedar demasiado al albur, algo inhabitual en las órdenes para cualquier unidad de la Armada. Pero una vez con el pliego del nombramiento como comandante del navío *Asia* en la mano, poco me importaban números y calificaciones de momento. Y debí leer por más de cuatro o cinco veces el documento para cerciorarme de que no se trataba de un sueño, que en efecto pasaba a ser el comandante de un navío, ese lejano sueño hecho realidad. Era momento de disfrutar, de recrearme en luminosas estampas, sin entrar en los mil y un problemas que debería enfocar llegado el momento.

De nuevo en cubierta, apenas oí las palabras del oficial de guardia en correcta despedida. Porque mis pensamientos volaban en la distancia a ojo de cormorán, allá por el mar del Caribe o, más lejos todavía, doblando el cabo de Hornos con sus mares alzadas para enfrentar el ansiado mar del Sur. Creo que hasta el color del cielo me pareció más azul, aunque una rumazón de color espeso ocultara gran parte de la cúpula. Sin embargo, pude comprender el penoso estado del navío insignia, con la jarcia de fuerza en lamentable condición y unos pocos hombres por cubierta. Daba la impresión de miserable pontón en reliquias, lo que debía de avergonzar a quien izaba a bordo su gallardete.

Cuando por fin regresaba al carruaje, no necesitaba Okumé muchos segundos para comenzar su impenitente interrogatorio.

—¿Cuándo toma el mando del navío, señor?

—Qué pesado eres, africano. ¿De qué navío hablas? —Intenté forzar la voz con falso enfado, condición difícil de conseguir en aquellos momentos—. Me han nombrado para dirigir una comisión que estudie las nuevas tablas artilleras y la utilización de los obuses diseñados por el artillero Rovira.

Okumé comenzó a palmear sus muslos entre risas, como si hubiera escuchado la chanza más divertida.

—Debía esperar a otra ocasión para intentar mentir a Okumé, señor. Cuando lo veía descender por el portalón del buque insignia, parecía moverse como los ángeles en celestial compañía. Y no creo que esa comisión de tablas artilleras, sin obviar su importancia, llegue a alegrarle de tal forma.

—*Asia*.

—¿*Asia*? ¿Se refiere al navío *Asia*?

—Pues claro, culebrón de esteras. ¿Acaso lo dudabas? —Lo golpeé con el puño amistosamente, al tiempo que aparecía la mejor de mis sonrisas en el rostro—. El lunes tomaré el mando del navío *Asia*, magnífica unidad construida en el arsenal de La Habana en 1790. Y tal condición quiere decir que sus maderas serán olorosas y menos propensas a sufrir de la broma^[18] carroñera. ¡Viva nuestra excelsa Patrona! Se acabaron las semanas estibado en rambla de secano con más remo que vela^[19].

—El navío *Asia*. He oído hablar de él, pero no creo haberlo tenido a la vista jamás. Sin embargo, me gusta el nombre, señor. Supongo que navegaremos con sus 74 cañones listos para abrir fuego hacia las Indias.

—Inicialmente fue construido con 64 cañones, pero como casi todos los rebajados, acabó con 74 piezas o más, dependiendo de los obuses que se le hayan incorporado. En cuanto a las derrotas previstas, volveremos a surcar las aguas del mar del Sur. Bueno, si se confirma que desde La Habana hemos de trasladar tropas el virreinato del Perú. Bastantes millas nos esperan.

—Hace muchos años que nos despedimos de aquellas aguas, cuando el señor, como joven alférez de navío, chupaba guardias a bordo de la fragata *Fama*, de funesta memoria. Deberemos doblar ese maldito cabo de Hornos, del que no mantengo buenos recuerdos, con la fragata rompiendo borbotones a proa.

—Pero no atravesamos ese maldito cabo en la fragata *Fatua*, sino en la fragata *Clara*.

—Tiene razón, señor. Ahora recuerdo que fue en el Río de la Plata donde transbordamos a la *Varna*. Y gracias a ese cambio, pudo conocer a la señora *Eugenia*, de imborrable recuerdo.

Me entristecieron ligeramente las palabras de Okumé, al recordar el nombre de aquella mujer a la que tanto había amado y que sufriera tan trágico final sin merecerlo. Pero la estampa del *Asia* se sobrepuso en escasos segundos. Porque ya me veía alistado en el alcázar, rodeado de mis hombres y con la mar antillana en azul cobalto a nuestro alrededor. Momentos

inolvidables, de esos que debemos guardar a buen recaudo en la bolsa, para cuando nos alcancen las bolas negras.

8. Un *sarao* muy especial

Una vez arribados a Cádiz, la noticia sobre la concesión del mando del navío *Asia* y la inminente salida hacia las Indias corrió en el palacete de la calle de la Amargura a ritmo de bombardas, con Okumé en función de alborozado vocero municipal. Y se trataba de regocijo general, al ser todos conscientes de lo que significaba para mí aquella situación. Incluso María Antonia, tan remisa otras veces a mis alargadas ausencias, lo celebraba en la ocasión bien dentro, con embozo y a rostro cambiado. Y posiblemente fuera yo el único que comprendiera sus verdaderos sentimientos.

El pequeño Pecas, con sus seis años de edad, insistía en acompañarme y reclamaba como propio uno de los espadines expuestos en el salón sobre panoplia.

Y como era de esperar, sufría una de sus habituales rabietas al explicarle la imposibilidad de aceptar su deseo. Pero me gustaba que el mozalbete suspirara a tan temprana edad por la mar, las armas y sus barcos. Después de todo, no le restaban muchos años para sentar plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, si continuaba insistiendo en tal empeño. Y a pesar del tenebroso estado de buques y hombres que la Armada atravesaba por aquellos días, con un futuro cargado de nubarrones, mucho me enorgullecían las aspiraciones del jovenzuelo. Como decía mi abuelo, debía de ser que la sangre tiraba hacia la sangre propia sin remedio, y esa visión fascinante de la mar infinita prendía en los Leñanza desde las tripas con fuerza extrema.

El único tono disonante aparecía en la actitud mostrada por la cambiante prima Cristina, lo que me llamó la atención. En este caso parecía desolada ante mi próxima marcha hacia las Indias, una postura que en ninguna otra ocasión anterior había mostrado. Entendí que las situaciones sufridas por la joven en tan escaso tiempo obraban en tal sentido, aunque la animara con mis habituales palabras.

—No debes preocuparte, primita, que pronto regresaré a esta bahía. Y espero que, como dicen en la preciosa capital limeña, a mi vuelta andes pololeando de firme con algún hombre cabal del que te hayas enamorado. Pero, te lo suplico con fervor —alcé el dedo índice en falsa reconvención—, que no se trate de un figurín de corte, como habría dicho tu padre.

—No digas tonterías, Santiago. Antes moriría que unir mi vida a uno de esos engolados mequetrefes, golillas del tres al cuarto.

—Me gusta escuchar esas palabras. En ese caso, alegra la cara y disfruta conmigo.

—¿Por qué tienes que marchar tan pronto, sin tiempo para..., sin tiempo para una mínima y adecuada despedida? Te necesito para que guíes mis pasos, como hiciste tantas otras veces. Y en estos momentos es para mí más importante que nunca.

—Lo comprendo perfectamente, Cristina, pero también tú debes entender que no existe alternativa posible. El mando de un navío es el sueño más acoderado a la vida de un oficial de la Armada, desde que sienta plaza de guardiamarina. Vamos, deja de comportarte como una niña caprichosa. Saldrás adelante como siempre. Debes ser una mujer fuerte y bragada de corazón, como lo han sido todos los de tu sangre.

—Eso es fácil decirlo. —Miraba hacia el suelo, sin dirigirme la mirada.

—Te prometí que asistiría al sarao que has preparado y puedes comprobar que cumplo mi palabra. Tras las noticias recibidas, podemos convertirlo en mi formal despedida. Porque mañana mismo embarcaré si el navío *Asia* acaba por entrar en bahía, como espero. Podréis observarlo desde la alameda, junto al rollo de justicia. Además, debes recordar que eres ya toda una mujer y a nadie necesitas más que a ti misma. Sé que no te gusta escuchar la misma cantinela una y otra vez, pero has de encontrar a un hombre a quien consideres diferente a todos los demás. Seguro que lo conseguirás.

No pareció muy convencida Cristina, como si mi marcha le supusiera un contratiempo inesperado e insuperable. Pero no le concedí mayor importancia porque eran mil y una las batallas particulares que debía rendir en tan poco tiempo. Por fortuna, ya corría Okumé en demanda de baúles y equipajes, despotricando, como de costumbre, al no encontrar algún elemento determinado.

En escaso tiempo y a lo largo de aquella misma mañana, quedaban preparadas mis pertenencias para el definitivo embarque. Y si en anteriores ocasiones había dispuesto de tiempo más que suficiente para pensar en todos los detalles que consideraba necesarios, ahora parecían volar tales inquietudes

por encima de los quiebros mentales, sin dejar mayor rastro ni preocupaciones. Mis pensamientos se centraban en una sola y única dirección, el navío *Asia*, quedando todo lo demás relegado como elemento superfluo que poco o nada interesaba. No sucedía lo mismo con Okumé y Barbate, prestos a no dejar lunar sin embozo. Y así me llegaba el africano a media mañana con rostro de extrema preocupación, seguido a corta distancia por su sombra con muleta.

—No sé si será posible encontrar en el día de hoy los alimentos imprescindibles y de necesaria calidad para su propia despensa, señor. Es muy escaso el tiempo a disposición. Porque si queremos material de garantía, especialmente paletillas, cecina bien curada, vino y aguardiente de fuerza, ha de encargarse a merchantes honrados y de buena fe.

—No te preocupes en exceso. Inténtalo y si algún producto no alcanza la requerida medida, ya nos apañaremos. Debes recordar que tendremos a nuestra disposición todo lo que embarcara el capitán de navío Valencia para su uso particular, unas existencias propias que has de valorar para su oportuno reembolso.

—Desde luego, señor.

No se relajó la vida en nuestro hogar gaditano una sola onza sino que, más bien al contrario, aumentaba el ritmo y las exigencias conforme se acercaba la hora del sarao o recepción, que se había convertido, sin requerirlo de forma expresa, en mi formal despedida. Pero ajeno al bullicio, más propio de las señoras de la casa, tras el almuerzo conseguí descabezar una necesaria siesta, que aplacara el fuego interior. Porque conforme se asentaban los momentos de euforia y gloria, tras haber conocido la extraordinaria noticia, comenzaban a aflorar otros pensamientos más detallados sobre lo que podría encontrar a bordo del buque de mis amores. Y si las penurias se sufren con fuerza en una unidad pequeña, pueden alcanzar cuarteles de ronda en un navío de dos puentes.

Desperté un par de horas antes de la hora señalada para el comienzo de la recepción y que los invitados comenzaran a arribar. No obstante, debí esperar a que Okumé apareciera en mi alcoba para comenzar a vestirme en consonancia con el acto programado. Y si lo había dudado en un principio, decidí emplear para la ocasión ropa cortesana, con una casaca azul turquesa que agradaba de forma especial a la pobre Eugenia. Serían bastantes los que emplearan el uniforme grande, pero entendí poco gallardo mostrar mis vueltas de brigadier ante compañeros entrados en penuria, pasados a cuartel y en el empleo de capitán de fragata en su mayor parte.

Mientras Okumé preparaba el vestuario con su habitual diligencia, me extrañó su sepulcral silencio. Y como lo conocía como a la palma de mi mano, comprendí que alguna nota de la sinfonía no cuadraba en la partitura.

—Me parece, africano, que algo poco agradable sucede a mi alrededor. ¿No has conseguido de los putos marchantes todo el material requerido? ¿No son de calidad las paletillas?

—Por el contrario, señor. En esta feliz ocasión, Jacinto el Lebrijano se ha portado con exquisita honradez y extrema diligencia, al menos de caras afuera. Y pocos productos me ha marcado sin posibilidades. Todo se encontrará embarcado en un carretón de lanza larga y tenderete de lona el lunes con las primeras horas, que también deberá recoger baúles y sacos propios. Le ordené que se situara en la puerta del almacén general del arsenal. Deberá indicar a algún oficial del *Asia*, que lo transporten con el material para embarcar y con la debida precaución.

—De acuerdo. Todo perfecto. No sé para qué te pregunto. ¿Has conseguido buen vino?

—Lo he catado para comprobarlo, que nada fío en esos bucaneros. No protestará de él, puede estar seguro. Y me afirmó el Lebrijano en compromiso de justicia, que se trata de un caldo manchego muy especial, que no se marea^[20] ni al tercer mes a bordo. Bueno, no creo tal cualidad ni con juramento de muerte añadido, pero entra por la garganta como plumero de damas.

—Entonces, ¿a qué viene ese rostro de concha morada? Alguna cuestión no te ha gustado.

—Pero no se refiere a los productos adquiridos ni a su preparación para el embarque, señor. Ha sido por casualidad, un detalle que me ha dejado con la moscarda en vuelo sobre la cabeza. Y ya sabe que cuando rumio pensamientos de duda, se me oscurece todavía más la piel del rostro, si tal cualidad es posible.

—Vamos, suéltalo de una putañera vez y acaba con esos rodeos de los que tanto gustas. Hoy es día de alborozo y no para trasegar preocupaciones.

—Como siempre, señor, acudí al quiosco de Josefa la Herbolaria. Ya sabe que es la mejor en recoger y seleccionar las hierbas medicinales y otras de las que se duda. Le suelo comprar aquellas en las que Setum me fue instruyendo y que le curan de todos los males, sin necesidad de utilizar esos emplastos y asquerosas mixturas de los cirujanos, que en poco o nada benefician al cuerpo, cuando no lo rematan en males definitivos. Pero cuando ya marchaba

con los saquitos en la mano, la vejarrona me lanzó entre sonrisas torcidas una indicación que todavía me preocupa.

—Joder, Okumé. ¿Entrarás algún día en el meollo de la puta piñata?

—Pues me comentó la Josefa, mujer que larga por los cuatro oídos cuando le interesa, la llegada pocos minutos antes a su quiosco de una sirvienta del palacete de Montefrío con un extraño pedido. Como me intrigó, le saqué a base de promesas y un par de monedas toda la información. Una joven doncella le solicitó el compuesto de hierbas al que llaman popularmente rindeamores.

—¿Rindeamores? Jamás he escuchado nada parecido, aunque imagino su significado.

—Tampoco yo lo conocía, señor. Pero me explicó Josefa muy en serio que se trata de unas potentes hierbas que, servidas en mezcla con otro líquido, hombre que las bebe entra en estado de máximo deseo carnal y embiste con el bauprés a la primera hembra que huelga en las cercanías. Y surte un mayor efecto si se combina con aguardiente u otra bebida de parecida fortaleza. Apareja otros efectos que dejan la voluntad perdida. Incluso puede ser peligrosa para el equilibrio de la mente.

—¿Te preocupa que una joven doncella te ofrezca el preciado líquido, y entres en calentura amorosa con ella durante toda la noche? Deberías celebrarlo por coplas, siempre que la moza sea hermosa y gallarda.

—No creo que ese bebedizo haya sido solicitado con destino para mi persona, señor, lo que poco me importaría. Más bien, entiendo que intentan alterar los humores carnales del recientemente nombrado como comandante del navío *Asia*.

—¿Para mí? —Me hizo tanta gracia la salida de Okumé y su rostro de preocupación extrema que llegué a palmear los muslos sin poder contener la risa—. ¿Y quién desea emborracharme de deseo amoroso? ¿Quizás esa joven y desconocida doncella? Espero que muestre generosas y sonrosadas carnes. Porque tampoco yo ando con exceso de caricias femeninas en estos días.

—No tome nunca a chanza ligera las cuestiones que preocupan a Okumé, señor. —Su rostro se cerraba en varas de disgusto—. Porque, sencillamente, a este africano sólo le preocupa su bienestar. Resulta que, tras preguntar algunos detalles, he deducido sin posible error que la doncella encargada de comprar esa bolsa de especiales hierbas es Juana la Flaca.

—¿Juana? ¿La Flaca? No sé de quién me hablas. ¿Acaso debo conocerla?

—Se trata de la joven doncella a la que la niña Cristina otorga su máxima confianza.

—¿La doncella de mi prima? Por favor, Okumé. ¿Acaso sospechas que Cristina me hará tomar ese bebedizo para seducirme como concubina turca? Creo que deliras, amigo mío. Es más lógico pensar que sea esa tal Juana la que intente maniatar en el jergón y disfrutar a fondo de alguno de los hombres de la casa. Se rumorea que eres pieza codiciada en el piso telonero.

—No se fíe de nada, señor. Y por si acaso, no beba si su querida prima le ofrece alguna copa especial. Recuerde que mañana debemos embarcar en el *Asia*. Y por todos los mártires de la mar, que estoy deseando no ver más que la mar infinita por las dos bandas. Últimamente suceden en este palacete cosas muy extrañas.

Como es lógico, no me preocupó una mota la observación de Okumé, que encontré absurda y ridícula por más. Incluso llegué a pensar que mi buen africano había comenzado a perder la cabeza, con tanta preocupación por mi vida. De esta forma, lo dejé pasar y una vez alistado como príncipe florentino, bajé para comenzar el recibo junto a María Antonia.

Cuando abordé la planta noble y mientras inspeccionada con rapidez y escasa atención los salones, quedé admirado al contemplar a las señoras de la casa. Posiblemente debido al tiempo transcurrido desde que asistiera por última vez a un acontecimiento de aquel tipo, me impresionó mucho más la belleza de mis seres queridos que cualquier otro detalle. En María Antonia lucía, como de costumbre, esa mezcla de clase y elegancia que parecía consustancial con su persona y la hacía destacar por alto como una reina. Mi hermana Rosalía, con dos hijos a la espalda, aparecía como hembra de daga y sangre, con la belleza habitual en la mujer española de alma noble. Por último, la explosión se produjo al aparecer en escena Cristina. Me dije de nuevo que era muy difícil o imposible comprender que una mujer de tal hermosura, rostro de especial perfección con su cabellera dorada en triángulo de corte, talle ceñido y un cuerpo perfecto, no arrastrara tras su rastro un millar de galanes en furiosa persecución. Así lo expusimos todos, ante tan sobrenatural metamorfosis.

—Estás preciosa, hija mía —musitó María Antonia con visible orgullo—. Ese collar de esmeraldas me lo regaló tu padre en Lima, cuando contrajimos matrimonio, y parece haber sido fabricado para ti.

—Ya lo sé, madre. Por tal razón le dispenso especial aprecio desde que me lo regalasteis.

—Caramba, Cristina —la tomé de las manos para que se girara como una peonza y poder observarla mejor—, creo que esta tarde caerán varios hombres rendidos por la saeta amorosa en cuanto te dirijan la mirada. Debías mostrarte

así todos los días. Cuando regreses a la corte, se oirán estallidos de corazón más propios de artillería en salvas de honor.

—Ya veremos si alguno de tus queridos compañeros merece la pena — contestó con cierta dejación y sonrisa cerrada—. Bueno, seguro que uno o dos al menos presentarán cierto atractivo.

—Eso espero.

Una hora después y tras el tormentoso recibo, los salones se encontraban repletos, con desfile de sirvientes y los huéspedes en ataque más o menos velado. Pocos de los compañeros invitados habían rehusado asistir. Sin embargo, entristecía observar alguna casaca raída por más y señoras con trajes retocados una y mil veces. Pero el ambiente se relajó con rapidez, conforme viandas y caldos corrían en generosa cantidad. Conversé un rato con el brigadier Arlanza, quien me comunicó el agradecimiento del comandante general de la escuadra, así como la imposibilidad de asistir por compromisos contraídos anteriormente. Nada nuevo me comunicó del *Asia*, insistiendo en que debería entrar a mediodía del día siguiente, si se mantenía el viento flojo del sudoeste.

Entre los compañeros, muchos de ellos pertenecientes al grupo que sentara plaza de guardiamarina conmigo en la Real Compañía en 1798, podía encontrar casos de todo tipo. De momento, yo era el único que había alcanzado el empleo de brigadier, mientras otros cuatro mostraban las vueltas de capitán de navío. Del resto, incluso encontré a un buen amigo, Romualdo Barrena, segundón de noble casa venida a menos, que de teniente de navío entretenía sus días en la Escuela de Pilotos. Por fortuna para él, había matrimoniado con ventaja y no sufría penalidades.

Cuando ya la tarde había caído a plomo y nos manteníamos con la iluminación de las arañas, solamente una docena de jóvenes oficiales restábamos en chanzas de academia y relatos de mar. Como ya no quedaba nadie de su edad, María Antonia decidió retirarse, tras llevar a cabo una formal petición de despedida. Y aunque observaba a Cristina, con el pensamiento entablado en su posible interés por dos capitanes de fragata solteros, la joven parecía divertirse mucho picoteando como abeja de flor en flor, sin retenerse con ninguno de ellos un tiempo mínimo suficiente.

Todos habíamos bebido bastante y se notaban los efectos de los aguardientes en voces y gestos. Por último y tras los postreros brindis en honor de mi ascenso y el mando concedido, comenzaron a desfilar los renuentes, algunos con pasos vacilantes y auxilio de sus esposas en brazo firme. Cuando nos encontramos a solas Rosalía, Cristina y yo, nos dejamos

caer en cómodas butacas, desfallecidos de cuerpo y alma. Por mi parte, me sentía extremadamente eufórico y alegre por el éxito de la velada, así como por las bebidas ingeridas. Rosalía elevó el primer comentario.

—Ha sido un sarao magnífico, del que mucho se hablará en la ciudad. Y ha asistido un número mayor de invitados de lo esperado.

—Porque muy pocos han fallado.

—Pero creo que habéis bebido en cantidad excesiva, hermano. ¿A bordo de los buques os conducís siempre de la misma forma?

—Nada de eso. Pero no viene mal darse una alegría de vez en cuando. Además, al final nos encontrábamos en entera confianza. Y algunos de mis compañeros lo agradecían de forma especial. Pero creo que ha llegado el momento de retirarnos. Mañana debo encontrarme en buenas condiciones a mediodía para embarcar en el *Asia* y comenzar una nueva etapa de mi vida.

—Queda mucha noche todavía —protestó Cristina con alegría—. ¿No te parece, Rosalía, que debemos brindar por la partida de Santiago?

—Las señoritas solamente deben beber refrescos y vino rebajado —sentenció Rosalía con una sonrisa.

—En efecto —contestó Cristina—. Rebajemos nuestro vino pero ofrezcamos uno por alto a Santi.

—Pero si ya hemos retirado al servicio —protestó mi hermana—. Es muy tarde y tiene razón Santiago, deberíamos retirarnos.

—Nada de eso. Yo misma los prepararé.

Seguimos brindando de forma repetida, al tiempo que Cristina parecía cobrar interés por alguno de mis compañeros, elevando preguntas sobre sus vidas y familias. Comencé a sentir una inmensa laxitud por todo el cuerpo, así como verdadero sueño, aunque no quería ser quien rompiera aquel final. Por fortuna, fue Rosalía la que decidió retirarse sin más discusiones, deseo al que me uní con fuerza a pesar de las protestas de Cristina. La jovencita había pasado de no desear las fiestas a intentar apurarlas sin posible final. Bueno, un rasgo habitual en su carácter.

Conseguí alcanzar mi alcoba renqueando, con necesarios apoyos en la pared durante las varas finales. Y me arrepentí de haber ordenado la retirada de Okumé, porque comprendí que necesitaba ayuda para despojarme de la vestimenta. Comenzaba a sentirme mareado como pocas veces recordaba, al tiempo que una paz interior me hacía flotar entre nubes, completamente feliz. Y a decir verdad que no recuerdo si llegué a despojarme de la camisola y las calzas, porque todo se volvió turbio desde aquel momento. Y juro por todos los dioses de la mar que a partir de entonces sufrí una alargada pesadilla, que

parecía remitir para regresar con más fuerza todavía. Y les costará creerla como cierta, al igual que a mí.

Entre focos de refulgentes colores, atisbé la presencia de mi prima Cristina. Y como por arte del Maligno, la encontré más maravillosa que nunca, una mujer de un cuerpo deseable como pocos. Para nada aparecía la defensa del parentesco hermanado, sino, por el contrario, el atractivo por una mujer como tal, a la que deseaba hacer mía. Al mismo tiempo, una voz en el interior me increpaba por padecer aquellos pecaminosos y prohibidos sentimientos, aunque no los tuviera en cuenta más que unos pocos segundos. Podía reconocer la voz de la joven en arrullo, declarando de forma repetida su amor hacia mí. Y no me molestaban tales expresiones, como me sucediera al escucharlas en la biblioteca, sino muy al contrario. Pero la joven no sólo se mantenía en dichas cuerdas, sino que comenzaba a besar mis labios con pasión. Por mi parte, al tiempo que aceptaba sus besos, les imprimía un furor que arrasaba mi alma. A los besos siguieron las caricias por ambas partes, con momentos en los que creí descubrir el rostro de Audrey, aquella mujer de sangre escocesa por la que perdiera la cabeza. Pero la cabellera de Cristina volvía a posarse sobre mi pecho desnudo, momento en el que comprobé que ambos nos encontrábamos en mi cama sin una sola prenda que nos cubriera, como dos enamorados dispuestos a consumir con delicias el máximo placer. Y el maravilloso cuerpo de Cristina en toda su extensión se me ofrecía a la vista, visión de la que disfrutaba con desenfrenada pasión.

La pesadilla continuaba sin descanso. Cristina y yo nos lanzábamos como dos jóvenes que contemplan por primera vez las posibilidades que el placer de la carne ofrece, cuando el amor es compartido. De esta forma, con subidas y bajadas de mareas, pude escuchar los gemidos de la joven que solicitaba más y más. Pero no estimen que por mi parte negaba lo que la sensatez debía recomendarme, sino que también yo deseaba continuar más allá del infinito con los embates, hasta que las fuerzas abandonaran mi cuerpo por completo.

Es muy difícil concretar al detalle la situación que padecí o gocé en aquellas horas. Sin embargo, no puedo asegurar que se tratara de una pesadilla. Porque la delectación de las escenas preñadas de desaforado sensualismo fue profunda, elevando la experiencia al nivel de divino sueño. Tan sólo el duende de la conciencia con sus voces en negro clamaba a alucinación dramática. Pero así se desarrollaron con exactitud las escenas y sentimientos padecidos, hasta que las nubes se corrieron y comprobé la realidad.

* * *

Debí ser zarandeado como un pelele por Okumé durante bastantes minutos, al tiempo que incorporaba gotas de agua fría sobre la cara, para devolverme al mundo de los vivos. Ya el sol entraba con fuerza por la ventana cuando pude percibir el olor del café, una sensación agradable que no compensaba el profundo dolor de cabeza que me atacaba a martillo.

—Tome esta taza de café y despierte de una vez, señor. Anoche me aseguró que debía encontrarse en alza a las ocho de la mañana y ya han debido picar las diez en todos los buques de la Armada.

—Por Cristo crucificado y la santa Patrona que me va a estallar la cabeza. Debí de pasarme en la bebida como jamás me ha sucedido a lo largo de mi vida.

—Bebió como otras muchas veces, señor, sin tan negativas consecuencias. La causa de su penoso estado actual deberíamos buscarla por otros derroteros bien distintos y más oscuros.

—¿Otros derroteros? A qué te refieres. Por favor, Okumé, que no me encuentre en momento de entrar en adivinanzas.

—Dejémoslas entonces para después, que ya habrá tiempo. Pero ahora abandone el mullido lecho e introduzca la cabeza por entero dentro de la jofaina.

Marcando pasos en la norma habitual, seguí al pie de la letra las palabras de Okumé, que, como en otras ocasiones, parecían órdenes del Altísimo. No obstante y a pesar de la escasa clarividencia que sufría en aquellos momentos, el tono de voz del africano me alertaba de que alguna corriente no navegaba en orden de ría. Por fortuna, el agua fría escanciada a chorro por la cabeza hizo el efecto del bálsamo salvador.

—¿Ha entrado el navío *Asia* en la bahía? ¿Se enviaron los baúles al arsenal?

—Bien temprano pasaron a recoger los baúles con el carromato que debía transportar víveres y enseres. En cuanto al navío *Asia*, no he podido desplazarme para comprobarlo, cuestión difícil porque le entendí que fondearía cerca del arsenal. Y llevo un par de horas intentando que regrese a la vida. Pero ayer me dijo que se espera su arribo pasada la meridiana.

—Así es, pero nunca puede saberse con exactitud. Dile a uno de los muchachos que se acerque a la Torre Vigía y pregunte de mi parte por el

avistamiento del *Asia*. Y en caso de que todavía no haya aparecido su silueta, que espere allí hasta que se produzca y corra de regreso para avisarnos.

—Muy bien, señor.

—Y consígueme más café, por favor. He sufrido esta noche pesadillas sin fin. Todavía me sabe todo a ese maldito aguardiente, aunque debamos reconocer que el caldo merecía los máximos parabienes.

—Al aguardiente y otras hierbas.

—¿Y otras hierbas? ¿A qué te refieres?

—Trasladaré de inmediato su orden a Pedrito, para que se acerque a la Torre Vigía^[21], señor. —Okumé parecía no haber escuchado mis palabras.

—Que sea despabilado.

—Se trata de un joven despierto. Después le explicaré el asunto de las hierbas. Debió hacer caso a las prevenciones de Okumé, que en escasas ocasiones marra sus vaticinios. —El africano elevaba la mano en rigurosa advertencia.

Quedé solo, apurando los restos de la taza de café. Poco a poco me sentía más despierto y con mente aclarada, aunque el dolor de cabeza se mantuviera todavía en penosas oleadas, que se movían desde la coronilla hacia la frente. Y como creía seriamente que Okumé había entrado en profunda locura, poco me intrigaron sus palabras sobre las hierbas y otras predicciones tan propias de su sangre. No obstante, llegaron a mi cerebro una vez más algunas escenas de esa pesadilla o sueño que se había empotrado con fuerza de rigor máximo durante tantas horas, o así lo estimaba. Y una vez más, un sentimiento de escondida vergüenza entraba en látigo, como si tan sólo su simple recuerdo me acusara de disfrutar con indignos e incestuosos pensamientos.

Regresó Okumé con rapidez. Al tiempo que me ofrecía una nueva y humeante taza de café, se disponía a preparar mi uniforme sin pronunciar una sola palabra. Agradecí el silencio, al tiempo que la bebida negra y reconfortante ejercía el efecto esperado de pócima salvadora. Aunque la voz del duende me inclinaba a preguntar al africano acerca de sus misteriosas palabras, intenté olvidarlas.

—Utilizaré el uniforme pequeño de diario.

—Ya lo suponía, señor. Pero como mañana deberá presentarse al comandante general de la escuadra, portaré en bolsa aparte y a la mano el uniforme grande de las platas relucientes.

—Muy bien.

Okumé extendió las prendas sobre la cama en perfecto orden. Y en labor más propia de perro pachón, comenzaba a olisquear el embozo y cobertor, lo

que mucho me extrañó. De nuevo dudé de que se encontrara en su sano juicio, llegando a pensar que la emoción del embarque lo hubiera afectado en exceso.

—¿Buscas el rastro de una liebre? Hueles como un perro pachón en faena de campo.

—Este perro africano huele perfectamente ciertos perfumes que no deben ser los propios de un caballero, señor.

—¿Perfumes? ¿De que me hablas? Por todas las jodidas zorras del Portal que esta mañana no hay quien te comprenda. Bueno, es posible que todavía me vea afectado por la bebida.

—Le repito, señor, que no le afectó la bebida al punto de hacerle rodar en sueños de gavilán. Y para que lo comprenda con claridad de una vez, puede estar seguro de que no ha dormido a solas esta noche.

—¿Qué no he dormido a solas? ¿Alguien se introdujo a escondidas entre mis sábanas?

Aunque intentaba mantener un tono jocoso y despreocupado en mis palabras, un cierto temor se apoderó de mí por primera vez. No obstante, procuré que no se reflejara en el rostro.

—Pues, en efecto, señor, alguien se enredó en su cuerpo durante bastantes horas de la noche. Y el penetrante aroma se puede comprobar no sólo entre las sábanas, que ya lo percibí en toda la alcoba cuando penetré esta mañana por primera vez. Puedo jurarle por la salud de mi alma que una dama ha dormido con vos, aunque la palabra dormir no sea muy apropiada para explicar los hechos.

Ahora el aldabonazo me entraba de cara. Porque mientras escuchaba las palabras de Okumé, aspiraba por mis fosas nasales en busca de algún olor no habitual en mi alcoba. Y aunque mis sentidos no se encontraran al ciento de sus posibilidades, fue sencillo descubrir unos rastros de perfume femenino.

—Pues ahora que lo dices..., bueno, es posible que anoche me debieran de ayudar para alcanzar...

—Deje las historias a la costera, señor, y no trate de obviar la realidad. Entraré en sinceros de cara para que comprenda lo que es evidente. Esta noche y durante bastante tiempo, su prima Cristina ha compartido lecho con vos. Su personal perfume es evidente y sin posible error. Por tal razón he abierto las ventanas, no sea que el servicio también descubra la verdad cuando acuda a levantar y orear el lecho.

Al escuchar las palabras de Okumé, dictadas con tal seguridad, un sentimiento de terror me atacó a batientes. Atrás quedaba olvidado el dolor de cabeza y mi estado de postración inicial, para dar paso a la lucidez cerebral en

toda su medida. Poco a poco, el cerebro me mostraba ciertos perfiles y escenas que podían encajar al completo con los pensamientos del africano. Temía dar el siguiente paso, pero no pude evitar que la idea central se expusiera en mi cerebro, por terrible que fuera. ¿Sería posible que lo entendido hasta el momento como pesadilla o sueño no hubiera sido más que la cruda realidad? Y tal realidad habría sido terrible, porque su significado no largaba dudas a popa. Entre brumas que se aclaraban como la niebla matinal en la mar, recordaba con detalle el sueño en el que el cuerpo desnudo de mi prima era acariciado por mis manos, hasta fundirnos ambos en arrebatadora pasión. Aparecían sus pechos como dos potentes faros, una carne que había besado con la sed del náufrago. Okumé debió comprender mis pensamientos, porque entró en auxilio con rapidez.

—No habéis sido culpable de lo ocurrido, señor. Ya os avisé de que esa jovencita es muy especial y había encargado el maldito brebaje al que llaman rindeamores. Estoy seguro de que al final de la velada os lo hizo beber de alguna forma. Según me aseguró la herbolera, inicialmente produce sueño, ligeros mareos y sensación de plena felicidad. Pero a continuación da paso a un estado de semiinconsciencia, en el que los sentidos más animales se padecen sin posible retenida.

—Por favor, Okumé, eso no es posible. Estás asegurando que, durante esta pasada noche, mi prima Cristina y yo hemos...

—Tampoco debe pluralizar, señor. Ha sido ella de forma muy consciente e individual, sin freno alguno en los métodos, la que ha conseguido su propósito. ¿Sintió mareos y sueño?

—Desde luego. Pero podían ser el resultado de la bebida ingerida.

—Vamos, señor, que en otras muchas ocasiones a bordo ha trasegado mayor cantidad de aguardiente y jamás debí acompañarlo hasta su jergón. Además, si son ciertos esos síntomas y efectos que Josefa me explicaba, puede estar seguro de que habrá consumado el acto carnal con la joven Cristina. Y presumo que la habréis hecho mujer. Ya sé que mucho le dolerán estas palabras, pero no tengo...

—¡No repitas tal barbaridad! ¡Por las lágrimas del Crucificado! ¡Eso es imposible!

Aunque protestaba, mis ideas escapaban por alto a causa del pavor que había invadido mi alma en escasos segundos. Comprendía que las palabras de Okumé encerraban la verdad absoluta, pero no podía aceptarlo con aquella facilidad y sin lucha. Debía encontrar otra explicación a lo sucedido, algo más normal y habitual, propio del entorno social y familiar en el que me movía.

De nuevo la escena de Cristina desnuda entre mis brazos y el estragado deseo por poseerla asolaban mi espíritu a bandazos de espuma. Elevé el rostro hacia Okumé, que me miraba como a un hijo enfermo a quien es necesario auxiliar.

—Y ahora..., ahora qué puedo...

—Lo que ha de hacer es continuar con su vida habitual sin ofrecer cambio alguno. Mantenéis que ha sido una pesadilla de esteras y nada más. Debéis actuar como si yo no os hubiera comunicado una sola palabra y mantener las primeras ideas que lo asaltaron. En pocas horas, embarcaremos en el navío *Asia* y nos alejaremos de estas costas por muchos meses. Debe aparecer en familia como si nada hubiera sucedido. Como esas hierbas pueden producir alucinaciones y olvidos, debe representar con seguridad que su estado es debido al exceso de la bebida ingerida. Es cierto que en el rostro de Cristina encontrará los rastros del éxito de la empresa perseguida. Pero deberá fingir y no mostrar reacción alguna, aunque le sea empresa difícil.

—¿Cómo ha sido capaz de hacerme algo así? —Todavía me costaba creer la realidad—. Siempre estimé que la querida Cristi me apreciaba con verdadero cariño.

—Y así es, señor. Pero con un cariño de un orden muy distinto al que le otorgáis a ella. De todas formas, es muy propio de su carácter. Ya sabemos que esta jovencita nunca ha desistido de un fin perseguido. Es capaz de trepar por escala de gato hasta las nubes o más allá, si con ello puede tomar el fruto apetecido.

—Es cierto todo lo que dices, amigo mío. Pero no puedo olvidar que he sido yo, su primo mayor y cabeza de esta familia, quien la ha..., quien la ha hecho mujer. Soy el encargado de protegerla. De forma voluntaria o no, soy responsable de mis actos. ¿Qué pensará nuestra madre de...? —Sin poder continuar, tape mis ojos con las manos, como si me sintiera culpable del peor pecado que un ser humano puede cometer.

—Debemos poner las cartas sobre la mesa con claridad y sentido común, señor, dejando a un lado las ñoñerías que a ningún puerto conducen. En primer lugar, la señora María Antonia no es vuestra madre, aunque así lo sintáis, sino vuestra tía. Sois la cabeza de esta familia, pero también Cristina os debe un respeto que no ha tenido en cuenta en ningún momento. Su acción es más propia de buhonera a la caza de ocasión propicia para entrar en manta ajena. Y ya no es una niña que persiga sus caprichos infantiles, sino una mujer de veinte años que se ha comportado con vos de la peor forma que se puede hacer con un ser querido. Ha llegado al extremo de haceros tomar un bebedizo para conseguir sus indignos propósitos. Y no es poco el peligro, que

esas hierbas del amor a veces producen efectos muy perniciosos que, gracias a los cielos, no se han dado en la ocasión. Nada merece esta caprichosa chiquilla disfrazada de mujer, que ha utilizado artes más propios de bruja culebrera.

—Pero he sido yo quien la ha... Qué horror, Dios mío. No podré continuar viviendo con...

—Puede y debe continuar viviendo como si nada hubiera sucedido. Que sea Cristina quien lo declare, si se atreve a entrar en danza sincera. Le repito que para los demás nada sabe de lo sucedido durante la noche en esta alcoba. Llegado el momento y si lo considera necesario, puede explicar a la señora María Antonia la verdad. Y le creerá, sin dudarlo, que muy bien conoce a su hija.

—Y si..., y si de lo sucedido esta noche llega a surgir algún...

—¿Se refiere a una posible consecuencia del acto amoroso nueve meses después? No me preocuparía en exceso, señor. Según aseguran los expertos, es muy difícil que la primera bala disparada en un combate alcance la santabárbara del navío enemigo. Deje correr la marea y no se martirice con algunos pensamientos que poco le beneficiarán. La brisa de la mar le hará olvidar todo lo que ahora sufre.

—La mar puede borrar los entuertos padecidos, sin duda. Pero esta bombarda es de un calibre tal que ni la erupción de un volcán podría borrar. Es posible que la única solución sea aceptar la situación y ponerle el remedio que precisa.

—¿Piensa en el matrimonio como solución? Se equivocaría al ciento, señor. No debe ser un desgraciado el resto de su vida por culpa del capricho de una insensata mujer. Un matrimonio así estaría condenado a la peor de las torturas.

Quedé ensimismado en los más negros pensamientos. Y no me creía capaz en aquellos momentos de poder superar unas olas de tal altura, convencido de que alguna de ellas me llevaría en sus bigotes blancos hasta la muerte. Okumé, como si se tratara de un tema pasado, comenzaba a tomar las prendas de mi uniforme para ayudarme a vestirlas. Hubiera concedido el único ojo del que disponía para que también yo fuera capaz de arrancar aquel cáliz que me consumía por momentos.

9. El navío *Asia*

Intenté retrasar el temido momento durante el mayor tiempo posible, como si me aprestara a ofrecer el cuello en manos del verdugo. Pero a la vez y sin poder evitarlo, sufría un sentimiento de vergüenza interior difícil de explicar, un bisbiseo de cristal que rasgaba los entresijos del alma poco a poco. Remoloneé por la alcoba en busca de imaginarios enseres, repasé el uniforme cien veces y me moví en absurdo rondo hasta comprender que se trataba de irracional empeño. Por fin, bajé al pequeño salón de las rosas casi de puntillas, con verdadero miedo encastrado en las venas, donde María Antonia y Rosalía charlaban animadamente. Sentí un inmenso placer al comprobar la ausencia de Cristina. De esa forma, creía solucionar los problemas embastados en el cerebro. Y como, para su gracia, las dos mujeres no andaban comprometidas en el meollo del asunto, me maravilló que tomaran a chanza la situación anímica por la que atravesaba.

—Dice el refrán, hijo mío, que las noches alegres son seguidas de forma inevitable por mañanas tristes o muy tristes. —María Antonia parecía divertida con el cuadro—. ¿Has resucitado por fin? Llegué a creer que no partirías hacia tu hermoso navío.

—Y de forma incompresible apareces con buen aspecto —remató Rosalía.

—Ambas os encontráis completamente equivocadas. He necesitado más tiempo del previsto para ordenar los baúles y todo lo que debo embarcar en el *Asia*. Pero me encuentro estupendamente.

—Vamos, querido Santiago, no es necesario que busques vanas excusas a tu edad, más propias de mozo encontrado en falta. Tanto Rosaba como yo hemos comprobado la salida de los baúles en un carro con las primeras horas de esta mañana, cuando todavía se podían escuchar tus ronquidos en la calle de la Amargura. Y creo que Okumé ha necesitado varias horas y cien vasijas de la jofaina para conseguir despertarte.

—Más que los baúles debe de ser el vino y el aguardiente. Debieron de caer mal esos caldos de los que mucho disfrutas. Y no puedes protestar en este caso, que el vino era de excelente calidad.

—¿No vas a comer nada? No debes encarar situaciones importantes en ayunas —María Antonia insistía de buen humor y entre sonrisas.

—Parece que os divierte la situación y os repito que andáis equivocadas de parte a parte. He tomado varias tazas de café en mi alcoba, así como un plato de torrijas deliciosas. No necesito nada más de momento. Estoy esperando que me comuniquen desde la Torre Vigía el avistamiento del navío *Asia*, para salir a la carrera hacia el arsenal de La Carraca. Por desgracia, en cualquier momento deberé despedirme de vosotras. Y será por algunos meses, bastantes quizás —intenté cambiar un curso de la conversación que poco me agradaba.

—No me lo recuerdes —ahora Rosalía cambiaba su voz a un tono pesaroso—. Otra vez quedaremos solas las mujeres en esta casa. Aunque te moleste escucharlo, en momentos así odio profundamente a vuestra querida Armada. Y todavía sin saber cuándo regresará Beto.

—No creo que necesite mucho más tiempo de permanencia en el Río de la Plata. Antes de lo que imaginas aparecerá en la bahía —mentí sin dudar, mientras la pregunta dorada se mantenía estancada en mi garganta. Y debí realizar un penoso esfuerzo para normalizar mi cara al expulsarla—. ¿Y Cristina? ¿No ha despertado todavía?

—Esa hija mía debe de moverse en peores circunstancias que tú. Ya me ha comentado Rosaba que también bebió en los momentos finales del sarao, una acción impropia en una jovencita bien educada. Y en su caso, al no estar acostumbrada a esos peligrosos vapores, habrá sufrido una noche terrible. Pero bien que se lo merece.

Mientras en mi cabeza el martillo continuaba con su impenitente trabajo y quedaba sin nada más que poder decir, tomé asiento frente a ellas. Intentaba normalizar mis pensamientos, aunque se tratara de misión imposible. Repetía en el cerebro las palabras pronunciadas por Okumé, que ninguna culpa se podía cargar sobre mis hombros, pero no era fácil aceptarlas sin más. Por momentos reprobaba las acciones de Cristina, como culpable de un execrable crimen, un examen en el que no marraba una mota. Pero a continuación y sin mengua, pasaba a recrear su imagen de niña, a la que había prometido proteger. Un batiburrillo mental de difícil digestión. Por fortuna, me sentí salvado por la campanilla del cementerio, cuando comprobé que Okumé entraba en el salón con paso aligerado.

—El navío *Asía* se encontraba a la altura del placer de Rota hace unos diez minutos aproximadamente, señor. Ya debe de haber embocado el caño de La Carraca.

—Benditos sean los cielos.

Abandoné la butaca de un salto, como si las santas ánimas hubieran llegado en mi auxilio con cascos de plomo. También María Antonia y Rosalía imitaban mis movimientos con ligereza.

—Eso quiere decir... —comenzó mi hermana con el tono de voz medio quebrado.

—Que debo marchar sin más espera, querida hermana. Ya sabéis que me espantan las despedidas y no deseo alargar estos momentos preñados de tristeza. Por favor, cuidaos y mantener mucha atención a los niños, especialmente a Pecas que es un diablo renacido. Y cuida de nuestra madre, Rosalía, que ya no es una jovencita.

—Ve con Dios, hijo mío. —María Antonia se fundía conmigo en un abrazo—. Y no arriesgues en demasía, aunque se trate de misión imposible.

—No debéis preocuparos. Se trata solamente de una misión de transporte, sin enemigos en la mar.

—He estado casada con dos oficiales de la Armada y bien sé que la mar es el primero y peor de los peligros que os acechan. Cuídate, Santiago.

Abracé a las dos mujeres en el momento que Rosalía comenzaba a llorar. Y aunque se tratara de una experiencia más que repetida en el tiempo, sentí un nudo cerrado en mi garganta. Como siempre que había sufrido tales circunstancias, deseé encontrarme a cien millas de distancia, rodeado por la mar.

Alcanzamos el zaguán entrelazados, mientras María Antonia me ofrecía las últimas recomendaciones. Rosalía apretaba mi mano, como si intentara impedir la marcha. Por fin, me disponía a ofrecer el último beso a ambas mujeres cuando Cristina hizo su aparición. Mostraba la respiración entrecortada, como si hubiera bajado las escaleras a la carrera. Y no aparecían en su rostro signos de estrago nocturno, sino, por el contrario, unas mejillas coloreadas y una amplia sonrisa de felicidad en la boca. Su madre reaccionó con rapidez.

—¿No pensabas despedir a Santiago, perezosa? Ya hablaré contigo después sobre ciertos comportamientos inadecuados.

Cristina se detuvo, sin apartar su mirada de la mía. Y juro por la salvación de mi alma que un rumor de estrago me azotó piel adentro como si esperara

una andanada a corta distancia. Por fortuna, Rosalía se colgó de mi cuello, para besarme en su típica repetición.

—Vuelve pronto, hermano. Quiero veros a Beto y a ti con nosotras.

María Antonia también me ofreció un beso, al tiempo que acariciaba su mano con todo mi cariño. Por último y cuando ya cuadraba en el dintel de la puerta, Cristina se movió hacia mí con rapidez. Abrí los brazos para ofrecerle el beso de despedida. Sin embargo, una vez abrazada a mí y al tiempo que pegaba sus labios en mi mejilla, susurró unas pocas palabras que solamente yo pude escuchar.

—Nunca olvidaré la pasada noche mientras viva, aunque sea en cien años, mi amor. Jamás pensé que pudiera sentir un gozo de tal intensidad, capaz de traspasar el alma. Toma este recado y ábrelo cuando te encuentres en la mar.

Al tiempo que se separaba, prendía en mi mano un pliego doblado a cuartos, que introduje con precipitación en la bolsera de mi casaca, como faltrero atrapado en faena de luces. Pero ya Okumé mantenía abierta la portezuela del carruaje, con lo que me introduje en él a la rápida. Y mientras los animales comenzaban a ser exigidos con dureza al látigo, moví mi mano en un último adiós.

Conforme tomábamos la calle de la Amargura, las palabras de Cristina sonaban en mi cerebro como repiquete de campana en aviso de duelo. Si alguna duda restaba en mi cerebro de lo acaecido en la noche anterior, quedaba rematada a las claras y por derecho con las palabras dictadas. Llegué a la conclusión de que la jovencita no sólo había clavado la daga, sino que parecía enorgullecerse de la lanzada y horadaba a fisgón en la herida. Aunque dudé de abrir el pliego en aquellos mismos momentos, deje caer la cabeza sobre el almohadón y cerré los ojos. Pero aun así, la escena de Cristina en el lecho, desnuda y entrada en caricias de incontrolada pasión, se mantenía grabada a fuego y sin posible solución.

* * *

Urgido por una prisa enfermiza, achuchaba de continuo al viejo Sebastián para que exigiera por cueros duros a los animales. Okumé me miraba a hurtadillas con rostro preocupado, concedor al punto de los males mentales que me atacaban. Corrimos por el arrecife y atravesamos al trueno la villa de la Real Isla de León, población tan querida por todos los miembros de la Armada. Aunque desde tres años atrás había pasado a denominarse oficialmente, por decreto de las Cortes allí establecidas, como San Fernando,

en reconocimiento a los esfuerzos de sus habitantes a favor de la independencia, todavía se conocía por su habitual apelativo, que sería muy difícil de erradicar. Y era fácil comprender el nombre asignado durante siglos porque la localidad se encontraba sumida entre un confuso enjambre de mar, ríos, caños y esteros, hasta formar un maravilloso isleño panal, por el que no era fácil conducirse en cualquier dirección.

Tras un tiempo que se alargaba por cientos en mi cerebro, una vez atravesados caseríos y lomas arenosas en repetidos rodeos por estrechos vericuetos, nos enfrentamos a la Puerta de San Fernando que ofrecía la entrada al arsenal gaditano, el más monumental de nuestros establecimientos militares. Disfrutaba el portón de un grupo escultórico tallado en madera, de una belleza extraordinaria, sobre el que podía leerse esa leyenda que todavía los hombres de la Real Armada llevan grabada en el corazón: Tu regere imperio j'luctus, hispane memento^[22]. Fue el momento en el que ordené a Sebastián rebajar la exigencia a los animales. Porque debía tener presente que no es empresa fácil ni rápida para un navío acceder desde la bahía gaditana hasta la salida del caño de las Astillas, donde se le había ordenado fondear.

Di las necesarias instrucciones a Sebastián para que se dirigiese hacia la escala real de levante, donde solían atracarse las falúas y lanchas de servicio para el barqueo de oficiales. Y aunque distara bastantes varas del espigón, el alma se elevó en muchos enteros al comprobar que en el fondeadero señalado se apreciaba la majestuosa silueta de un buque de tres palos que, sin duda, correspondía a la estructura del navío *Asia*. Y no estimen que podía distinguir sus detalles propios en la distancia. Porque tampoco había avistado dicha unidad en tantas ocasiones como para apreciar referencias específicas y diferenciar entre buques muy parecidos. Pero estaba seguro de que allí me esperaban las tablas que pisaría durante bastante tiempo con orgullo.

Debimos esperar más de media hora, un tiempo alargado en vueltas sin fin, hasta que atracó en la escala una lancha de barqueo un tanto desvencijada, con escaso personal alistado a los bogos^[23] y costras infinitas en su estructura. Sin mayores pesquisas, saltaba Okumé a su bordo con los dos fardos personales y ordenaba al patrón dirigirse hacia la salida del arsenal. Los rumores por mis tripas porfiaban con severa tensión, ahora entre sentimientos contrapuestos. Por una parte, todavía no acababa de digerir las palabras de Cristina, pero a caballo y batiendo espuma blanca, me entraba la visión del navío, objetivo en el que no dejaba de centrar la mirada una sola cuarta.

Cuando abandonamos el arsenal y la lancha, en lenta navegación por los escasos hombres alistados a los remos, aproaba hacia el navío *Asia*. Pude comprobar con cierta satisfacción que la visión general desde el exterior no era muy negativa. No olviden que por aquellos días la penuria todavía se extendía a plomo entre nuestras unidades, mantenidas sobre cristales de delgado espesor. Como primer detalle positivo, el *Asia* presentaba un casco en vivo color amarillo oscuro, al que llamaban comúnmente como colonial, con las franjas negras correspondientes a las dos baterías. Y no se le apreciaban ronchas ni mermas excesivas, señal de que había pasado por el arsenal pocos meses atrás con rendimientos de orden. Pero ya arribábamos a la altura del portalón, donde la maniobra de atraque del patrón y necesario arbolamiento de remos por los marineros fue tan desastrosa y poco marinera que me forzó a asirme con fuerza al hombro de Okumé, para no salir despedido por encima de la borda.

Tomé con la necesaria compostura la escala, para pisar la soñada cubierta pocos segundos después. Y para mi sorpresa, porque entendía que no podían encontrarse a bordo en conocimiento de mi temprana llegada, era recibido por un capitán de fragata alto y fuerte, embutido en su mejor uniforme, con formación de guardia armada y oficiales en línea como prevenía el ceremonial marítimo de ordenanza. En escasos segundos, oí la voz recia de quien sería mi mano derecha a bordo día y noche.

—Bienvenido seáis a bordo del navío *Asia*, señor comandante. Capitán de fragata José Moneo, segundo comandante a su servicio y órdenes.

—Muchas gracias, segundo. Quedo gratamente sorprendido. ¿Acaso me esperaban?

—Sí, señor. Nada más fondear, nos visitó el primer ayudante de la Mayoría General para preguntar por la salud del capitán de navío Valencia y transportarlo hacia el Real Hospital. Aproveché la ocasión para indicarme la necesidad de embarcar en las primeras horas de mañana ciertos pertrechos y armamentos, que hemos de transportar con destino al arsenal de La Habana. Al mismo tiempo, me comunicó que, muy posiblemente, esta mañana embarcaría el nuevo comandante.

—Así ha sido. ¿Mejoraba el capitán de navío Valencia de su estado?

—Más bien al contrario, señor. Mantenía paralizado más de medio cuerpo y apenas se le entendía el habla. Y bien que lo intentaba el pobre con denodados esfuerzos. Ha sufrido la peor de las fortunas y con un futuro poco esperanzador. Ha sido acompañado por nuestro primer cirujano, don Leonardo de Navas, que se reincorporará a bordo esta misma mañana si le es

posible, una vez comunicadas las necesarias prevenciones sobre el enfermo a sus compañeros del hospital.

—Vaya por Dios. Mala enfermedad es esa si se repiten y agigantan los síntomas. Que nuestra Patrona le largue el cable de salvación y alivie su alma. Pero regresemos a nuestra vida, que no es mucho el tiempo disponible. Tome —le entregué un cuadernillo amparado con balduques rojos—, aquí tiene mi oficial nombramiento como comandante de este navío.

Mientras mantenía estas primeras palabras con el segundo, mi vista se dirigía en redondo con suficiente discreción, para intentar captar algunos detalles iniciales del navío. Y como primer aldabonazo, no cuadraban al gusto la jarcia de fuerza, aspecto de los palos y el trapo aferrado a sus vergas con cierta negligencia, aunque debía comprender que el buque se mantenía escaso tiempo al ancla. A continuación, me fueron presentados los oficiales en rápida sucesión, sin hacer cuentas de momento sobre su número y graduación. También en línea separada saludé a los miembros del Ejército embarcados en situación de transporte. Y en cuanto a la marinería, me sorprendió alegremente su aspecto general, sin esa lacra de tantos años en su escasa y pobre vestimenta, aunque aparecían dulces de todo gusto en el panal. No obstante, el número era escaso, sin duda.

—Vayamos a mi cámara, segundo, si ya ha sido... —quedé en suspenso por si me apresuraba demasiado.

—No se preocupe, señor. Ha sido arranchada y convenientemente oreada en cuanto se ha trasladado al anterior comandante. Tan sólo restan algunos elementos personales del mobiliario, que deberán ser desembarcados mañana mismo.

—De acuerdo.

Seguí al capitán de fragata Moneo en nuestro recorrido hacia popa por la cubierta. Y apegado como siempre a las primeras impresiones, no me desagradó el segundo comandante que debería correr a mi lado, aunque gesticulara con sus brazos en exceso, lo que se supone como rasgo una escasa seguridad. Continuaba mi ligera inspección inicial a babor y estribor, con dianas blancas y negras. De esta forma, alcanzamos la que sería mi cámara personal, una visión que elevó mi espíritu cuartas arriba. Y no se trataba solamente por comprobar la espaciosa estancia o la espléndida balconada desde la que se divisaba el caño de La Carraca con todo su esplendor. Pesaba más onzas el hecho de pensar que allí pasaría muchas noches de mi vida, consciente de que todo el buque y las almas en él estibadas quedaban bajo mi

única voz por la gracia de los cielos y en nombre de su majestad don Fernando.

Aunque podía comprobarse que la cámara había sido limpiada y baldeada a conciencia, incluso con frotas de vinagre, todavía se desprendía un lejano olor a enfermería, ese tufillo que destilan algunas pócimas de los cirujanos. Pero debía maniobrar avante y dejar de lado otros pensamientos de momento. Me senté en el sillón empernado a popa de la mesa de trabajo, indicando al segundo que lo hiciera en el enfrentado hacia proa.

—Bien, segundo, han sufrido un comienzo de comisión un tanto alterado.

—Y que lo diga, señor. Después de todo, hemos de agradecer a la Patrona que el mal le atacara al comandante a tan escasas millas de un hospital. Porque dos o tres días más y es posible que debiéramos haber oficiado en luto a bordo, con ceremonial de óbito en la mar.

—Razón tiene. Bien, eso es agua pasada. Pero ya que mañana, si conseguimos embarcar el material con suficiente rapidez, o pasado a lo más tardar, deberemos zarpar en demanda de La Habana, debe ponerme al día de este navío *Asia* y sus particulares circunstancias con la mayor rapidez. No es habitual tomar el mando y salir de estrepada pocas horas después. Ya me adelantó el mayor general que la dotación no anda en orden de número, ni de cerca.

—Aunque ya lo tomemos como agua de cada día, señor, la verdad es que entristece mucho navegar con poco más de la mitad de la dotación que nos corresponde. ¿A quién se le ocurriría tamaña barbaridad?

—La verdad es, segundo, que esa barbaridad salió de la cabeza del mejor oficial de la Armada, el teniente general don Antonio de Escaño, cuando formaba parte del Consejo de Regencia. Y lo sé bien porque en aquellos días me mantenía a su lado como uno de sus ayudantes. Pero todo ofrece su momento y ocasión. Don Antonio lo recomendó para una situación determinada, cuando, en los primeros días de la guerra contra el francés, todo el mundo se apuntaba voluntario a luchar por tierra y debíamos defender Cádiz, así como transportar soldados, armas y pertrechos. Apenas contábamos con hombres de mar y se presentaba imposible un mayor reclutamiento. Pero las malas costumbres se mantienen como norma con mayor facilidad que las buenas. ¿Cuál es el monto total a bordo de nuestra dotación?

—De capitán a paje de escoba, señor, 386 hombres. Bueno, 388 contando sus dos criados particulares que debemos inscribir en el libro de embarque.

—¡Qué barbaridad! Parece increíble. ¿Cómo está catalogado el *Asia*? ¿Navío de 74 o 64 cañones?

—En su construcción salió a la mar como navío de tercera clase, con grado de 64 piezas. Pero se aumentó como casi todos los de su clase hasta 74, incluso en la variación de los calibres. Sin embargo, hace unos cuatro años que fue rebajado nuevamente a 64. De todas formas, poco varía el total de su dotación de un caso a otro.

—En ese caso, y de acuerdo al reglamento general de tripulaciones y guarniciones, le corresponde una dotación superior a los quinientos hombres.

—553 exactamente, señor. Y tal cantidad para su aplicación en tiempo de paz. *En situación de guerra se aumenta hasta los 617, si contamos un porte de 64^[24] cañones.*

—Bueno, para nuestras autoridades atravesamos un periodo de absoluta y plácida concordia en la mar. Como no nos encontramos en guerra con Francia ni Inglaterra, deducen que disfrutamos de paz llana. Y no es así si tenemos en cuenta que esos movimientos independentistas han comprendido que, sin fuerzas de mar, nada podrían conseguir. Especialmente importante parecen las adquiridas por los subversivos en el Río de la Plata y las costas del virreinato del Perú, especialmente en las riberas chilenas. Pero bueno, se trata de grano molido en dos vueltas y sin posible retroceso de momento. También me comentó el mayor general que deberán armarnos en La Habana en cuanto a artillería y ciertos detalles del aparejo.

—En efecto, señor. La causa principal es que apenas existen respetos en el arsenal de La Carraca y han descendido de forma alarmante las existencias de artillería. Y como enviamos algunos buques de la escuadra al arsenal cubano hace algunos años, para alejarlos del peligro francés, incluso navíos de tres puentes y 112 cañones, que acabarán comidos por la broma ante su nulo mantenimiento, comienzan a tomar de sus efectos para restañar los lunares de otras unidades. En estos momentos, el navío *Asia* cuenta solamente con 28 cañones de a 18, 2 de a 8 y 4 pedreros de a 4.

—Desde luego, se trata de una merma más que considerable. No creo que un navío haya navegado jamás con tan escasa y rebajada artillería. ¿No disponemos de obuses a bordo?

—Ninguno, señor. También se encuentra por bajo del cargo el monto de munición y pólvora, que será rellenado en nuestro primer puerto. En cuanto al aparejo, disponemos de un juego completo en buen estado, pero fallamos bastante en cuanto a los respetos. Por norma deberíamos disponer de tres repuestos para la vela del trinquete y sólo almacenamos uno en el pañol de velas. Pero peor es el caso de la vela mayor, que si llegara a rifarse quedaría en blanco. Tan sólo en gaviás y algunos juanetes andamos en orden. Bueno, y

olvidaba comunicarle que no disponemos de ninguna maricangalla^[25]. El comandante anterior intentó cubrir esa merma, pero no existe ninguna disponible en todo el arsenal de La Carraca, ni paño adecuado para confeccionarla.

—No me preocupa mucho la maricangalla. Más sufro con esa única posesión de una mayor. Deberemos rezar para que un chubasco inesperado, de los habituales en el mar de las Antillas, no se nos lleve un aparejo completo. Porque deberíamos ganar La Habana a palo seco^[26] y con remolque de la lancha. ¿Disponemos de portañuelas^[27]?

—¿Portañuelas, señor? No le comprendo.

—Era una broma, segundo. Bien, continuemos con la badana negra. ¿Cómo andamos de oficiales de guerra^[28]?

—Unico aspecto, con los oficiales mayores y de mar, en el que se mantiene la ordenanza. En cuanto a los oficiales de guerra, disponemos de dos tenientes de navío, dos tenientes de fragata, dos alféreces de navío y otros dos alféreces de fragata. Bueno, y dos guardiamarinas barbilampiños. No nos podemos quejar. En cuanto a su calidad, nadie que desmerezca en su cometido. En mi opinión, que coincide con los informes dictados por el anterior comandante, destacan el teniente de navío don Casimiro Vigodet y el de fragata don Miguel Montemayor, tanto en braza como en armamento. Pero en general se trata de oficiales jóvenes, aunque todos han llevado a cabo una navegación redonda a Indias por lo menos, a excepción de los dos guardiamarinas, que son de nuevo embarque.

—Muy bien, un consuelo y una alegría imprevista. Como dice, oficiales mayores también en orden.

—Sin novedad. Un contador bastante experimentado, un cirujano primero, dos del mismo cuerpo segundos, dos capellanes...

—¿Dos capellanes a bordo? Deberán volar nuestros hombres hacia los cielos remolcados por cometa. Tenía entendido que, con motivo de la guerra en tierra, no se embarcaba más que el número mínimo, así como con los cirujanos. Y solamente para los buques en comisión a Indias.

—Pero han disminuido las peticiones en ese sentido, señor, porque la guerra se aleja mucho hacia el norte. El primer cirujano, por cierto, es muy competente en su trabajo. También nos encontramos servidos con primor en el cuadro de los pilotos. El primer piloto, graduado de alférez de fragata, don Francisco Pérez de Lago, es de absoluta confianza tanto en navegación costanera como de altura. Y si llegáramos a pasar al mar del Sur, una posibilidad que se nos anunció, será una suerte disponer de él porque ha

ejercido en El Callao durante bastantes años. Y no es escasa ayuda llevar a mano un piloto experto en las costas chilenas del sur, con sus mil canales. Contamos además con un segundo piloto y tres terceros, uno más de los asignados en reglamento.

—Parece ser que ahora se sigue la norma tantas veces recomendada de que embarquen todos los oficiales que sea posible. Se intenta disminuir el número de los que se encuentran pasados a cuartel y malviviendo casi sin haberes.

—Así es, señor. De todas formas, con el escaso número de buques a disposición y un plantel de oficiales más propio de la Armada de hace veinte años, cuando contábamos con más de trescientas unidades a flote, se abre una situación terrible. No se atisba solución para encarar tan grave problema de aquí en adelante, cuando las arcas del Estado se encuentran batidas de telarañas.

—Ya me muevo al corriente de esos detalles. Sufrimos algunas situaciones difíciles de comprender. Porque con tanto oficial que se encuentra mano sobre mano en la Península, en Indias, y en concreto en el Río de la Plata, suspiran por ellos. Hay bergantines con un solo oficial de guerra, que subsisten con el auxilio de pilotos graduados. Nadie entiende que no se envíen en mayor cantidad.

—Parece que no se contempla el Río de la Plata como un escenario importante. Influyen las decisiones de los mandos del Ejército al apoyar la idea de que si liquidamos la resistencia en Nueva España, Costa Firme y el Perú, se acabaría con la rebelión.

—El Río de la Plata es un foco que se ha de apoyar. No sería extraño que acabáramos por ser expulsados de allí en pocos meses si los independentistas continúan adquiriendo unidades y el apostadero de Montevideo, sitiado, no recibe refuerzos. Pero, bueno, continuemos nuestra derrota. ¿Cómo andamos de oficiales de mar? Por favor, espero que contemos con un buen cuadro de contramaestres, especialmente el primero mayor.

—Para regusto propio, señor, se sigue la misma norma que con los oficiales de guerra. Por reglamento nos corresponden 34 y disponemos a bordo de 36. En cuanto a los de maniobra, la parte más importante, disponemos de un contramaestre primero, dos segundos, dos primeros guardianes, cuatro segundos, el último con función añadida de patrón de lancha, un patrón de bote y dos maestros de velas. En cuanto a los pertenecientes a la Maestranza, veintidós más. Un carpintero primero, don Julián Salto, magnífico y capaz de tallarnos un león a proa en escaso tiempo.

También cuatro segundos carpinteros y un tercero; dos primeros calafates, cinco segundos y un tercero; un boca de fragua, dos oficiales de macho, un sonador en nivel de aprendiz, un buzo, un armero —el segundo parecía contar con los dedos para recordar de memoria el monto total—, un farolero y un cocinero de equipaje. Nos falta un sangrador, pero con tres cirujanos a bordo no se nota su ausencia.

—Por supuesto. No sospechaba que disfrutáramos de una situación así. ¿Ha dicho que solamente se encuentra cubierto un cocinero?

—Se trata del único apartado entre los oficiales de mar que se abre desequilibrado, señor. No es malo en perolas don Foroso Blázquez, pero tampoco se le pueden pedir galanuras. Al menos, prepara la menestra al gusto de nuestros hombres. Y cuando disponemos de pescado propio, también cocina una puchera chipionera capaz de batir lenguas.

—¿Y el primer contraмаestre? Quiero la máxima sinceridad, segundo — formulé la pregunta más importante con tiento, pues en tal hombre reposa la felicidad y seguridad de todo comandante en la mar.

—Puede quedar en paz y con entera satisfacción, señor. —Ahora Moneo se abría en benéfica sonrisa—. Dormirá tranquilo porque el primer contraмаestre, don Jacinto Grandota, es de la máxima confianza. Lleva más de veinte años embarcado en navíos. Tan sólo se le puede acusar de ser entrado en demasiados años, un dato que oculta, aunque se mantenga fuerte como un toro y sea capaz de arrancar la cabeza de un grumete con un solo banderazo de su mano. Un poco cascarrabias y bastante maniático en sus leyendas propias, como los viejos nostramos^[29], pero hombre de mar de cabeza a los pies.

—Eso es una garantía, segundo. Que me den nostramos viejos en cualquier buque, aunque anden medio impedidos por la reuma. ¿Algún garbanzo negro entre los oficiales mayores o de mar?

—El tercer cirujano parece flojo de espíritu, aunque muy dedicado a su facultad. Los capellanes, especialmente don Ambrosio, con demasiada querencia a los sillones de la cámara. El guardián^[30] más moderno, que hace las veces de patrón de la lancha, necesita adiestramiento, así como el patrón de bote, que simultanea con maniobra. Pero cuando entramos en la Maestranza, creo que la mayor parte cumple con rigor en su trabajo y ninguno llama a la mala. El buzo, por ejemplo, es muy competente y se encontraba embarcado en el navío insignia hasta hace pocos meses. Por desgracia, no podrá disponer de cocinero propio a causa...

—No necesito cocinero de cámara, segundo. Uno de los dos hombres que han embarcado conmigo como criados particulares, llamado Okumé, a quien dispenso especial aprecio como si se tratara de un miembro de mi familia, será mi cocinero y patroneará la falúa o la lancha cuando embarque en ellas. Ese africano vale por cuatro hombres o más y es mi deseo que se le trate con especial deferencia. Le advierto que embarca como criado particular por pura necesidad de asentamiento.

—Como ordene, señor. —El segundo me miraba con incredulidad, al escuchar las cualidades asignadas a mi africano.

—Bien, segundo, continuemos. ¿Obra viva?

—Hace un año se nos ofreció una carena en este arsenal para que fuera posible salir a la mar. No obstante, podemos considerarla como carenilla de avispa, aunque sea de agradecer hoy en día. Pero se cambiaron algunas planchas de cobre y el forrado de la obra viva podemos considerarlo como aceptable. Fue revisado hace dos meses por el buzo y lo confirmó en tal sentido. Habrá comprobado que la pintura del casco se mantiene en cuerdas. En cuanto a cabuyería, la jarcia de fuerza se mueve cercana a su límite y nos preocupa, especialmente la obenquería del trinquete a estribor.

—¿Cables y anclas?

—Como el resto de los navíos que en estos días navegan. Las cinco anclas de orden sin muescas, tres cables^[31] de 22 pulgadas, uno de ellos de toda confianza, otros dos de 21 bastante castigados y uno de 26 en flor de cuño, que es nuestra salvación. Todavía no comprendo cómo pudo conseguirlo el anterior comandante en el arsenal de La Habana. Creo que el capitán general era pariente suyo o muy amigo.

—Bendita sea la Patrona, que ahí puede residir nuestra vida. ¿Cómo andamos de víveres y aguada?

—Aguada en orden con 90 toneles y 18 toneletes de madera vieja y en buen estado, sin pérdidas a la vista. Víveres para tres meses, como corresponde. Raciones de dieta un tanto escasas, por encima de las dos mil, pero cuadran. La calidad variable. El bacalao marronea por más y la cecina se abre como lagarto. Pero no podemos quejarnos porque así se maneja hoy en día hasta la corona del Altísimo.

—¿Tropa embarcada de transporte?

—No en demasiada cantidad, pero sí bastante variada. Ya le he presentado al coronel del regimiento de infantería de Talavera, don Rafael Maroto, que embarcó con su sargento mayor, seis oficiales, 105 individuos del expresado cuerpo y cinco mujeres. También el capitán de artillería don Félix de la Roza

con 195 hombres de su cuerpo y dos mujeres. Además y para complicar un poco más el arranchamiento a bordo, y condición de pasaje, bastantes oficiales de diversos cuerpos, tanto del Ejército como de la Armada. La mayor parte de ellos destinados al apostadero de La Habana, otros que regresan de licencia, algún retirado e incluso un religioso franciscano de luengas barbas y voz de trueno, que persigue a nuestros capellanes por su escasa continencia en las comidas y bebidas. —Esbozó una sonrisa—. Por último, embarcaron las señoras doña Francisca Martínez, doña Josefa Sagra y doña Mercedes de Gavilán, esposas de oficiales que regresan a La Habana. En principio pensaban realizar el pasaje a bordo de la fragata Veloz pero cuando nos encontrábamos prestos a salir hace escasos días, transbordaron al *Asia*, recomendadas para una mayor comodidad.

—Supongo que todos se encuentran alistados en el cuaderno de embarque y en cuadro de ley.

—Por supuesto, señor, tanto los de transporte como los de pasaje con su real aprobación anotada en firme.

—No es escasa la tropa, segundo.

—Se trataría de un monto habitual. Pero como nuestra dotación anda en mínimos, la situación se abre más holgada. Por desgracia, demasiados oficiales y alguno puntilloso por más en cuanto a su arranchamiento, como suele suceder en tales casos.

—Aparte ese cáliz de mi vida diaria, segundo, que no soporto esos rifirrafes de tratamientos y preferencias. Pienso largar sobre sus hombros cualquier discusión en ese aspecto.

—Ya lo suponía, señor.

—Por otra parte, es mi intención, como norma habitual de nuestra Armada, invitar en mi cámara a las señoras para un almuerzo, así como a los oficiales con mando de tropa. Pero todo ello con cuentagotas y espaciados de forma conveniente. Por supuesto, siempre que el servicio de a bordo me lo permita.

—Comprendido, señor.

—¿La dotación se mantiene bastante tiempo a bordo? ¿No aparecen problemas graves de adiestramiento?

—Por fortuna no desembarcaron al regreso de la última comisión más que una docena de hombres, que fueron correctamente relevados, sin llamadas a la negra. En cuanto a maniobra disponemos de buenos hombres, aunque con 84 marineros y 40 grumetes solamente no podemos lanzar cohetes de feria.

—Escaso número para un navío, desde luego. ¿En cuanto a tropa y artilleros?

—Muy escasos, señor. 99 individuos de tropa de Marina y 30 de artillería. Por otra parte, 20 artilleros de preferencia y 47 ordinarios. En cuanto dispongamos de las dos baterías completas, solamente podremos cubrir la artillería de una banda y con esfuerzo. Por fortuna, casi siempre embarcamos artilleros del Ejército que, en un momento de apuro, podrían cubrir los puestos. De momento y con las 34 piezas a disposición, nos mantenemos en orden.

—Se hace raro navegar en un navío con tan escasa artillería. De esta forma, un par de bergantines bien armados podría complicarnos la vida.

—En efecto, señor. Nos favorece que, cuando puedan avistarnos algunas unidades revolucionarias, no supongan que se nos ha reducido la artillería hasta tal punto. Además, llegado el momento y con tanto fusilero del Ejército, seríamos una plaza de difícil descalabro.

—Desde luego. Ya los utilicé a bordo de la corbeta Mosca y de la Fragata Proserpina, que nos sacaron de un buen aprieto. ¿Alguna nota más de la dotación?

—Para rematar el cuadro, ocho pajes de cubierta.

—En ese caso, espero que podamos maniobrar con cierta normalidad, siempre que no entremos en urgencias.

—Ese es el caso exacto, señor. Con mares complacientes disponemos de suficientes hombres para la maniobra. En cambio, si sufrimos temporal de borlas o situaciones de verdadera emergencia, nos faltarán brazos. En la navegación anterior, el comandante, de acuerdo con los mandos del Ejército, nombró a unos cuarenta soldados para que, llegado el momento de necesidad, entraran a las brazas o cabos de labor, que solamente necesitan de esfuerzo corporal y escasos conocimientos de mar. No puedo exponerle el resultado porque no llegó a ser necesario, gracias a los vientos bonancibles que nos ampararon.

—Me parece una idea correcta y así lo he llevado a cabo cuando mandaba unidades menores con transporte de tropas. Hablaré con el coronel del regimiento, que espero colabore en la empresa.

—Pues a tiro de grano gordo, señor, creo que hemos tocado todos los palos.

—Me ha dicho que han embarcado dos guardiamarinas solamente. Me parece extraño que con tan pocos buques en disposición de navegar no haya

aumentado ese número. Hace años, era habitual encontrar cuatro o cinco caballeros^[32] a bordo y pensaba que habrían aumentado el cupo.

—Oscila mucho dicho número según el momento de salida a la mar. En la comisión anterior nos embarcaron cuatro, pero se acababa de rematar un curso en la Real Compañía y parece ser que existen pocos capaces de embarcar. También es raro comprobar por estos días la presencia de algún aventurero^[33] a bordo, condición bastante habitual en otros tiempos.

—En efecto. Bien, segundo, le agradezco su información. Esta tarde, si no interfiero algún trabajo programado, me gustaría saludar a los oficiales en su cámara y a los oficiales de mar. Después, con los competentes al caso, giraré una visita completa al buque. —Comprobé el rostro del segundo y comprendí perfectamente sus sentimientos—. Pero no se preocupe. Comprendo que acaban de regresar de la mar y no lo entienda como inspección de control y paños. No busco defectos sino comprobar con mis ojos el estado real del navío.

—Por supuesto, señor. Como es domingo, nada se encuentra programado.

—En ese caso y si consigo que Okumé me sirva algún alimento, tras el descanso de sobremesa, sobre las cuatro de la tarde, le haré llamar.

—Muy bien, señor comandante.

Pocos segundos después de que el segundo comandante abandonara mi cámara, aparecía Okumé con amplia sonrisa y movimientos de liebre, reflejo claro de su felicidad.

—Es magnífico este navío, señor. Creo que voy a disfrutar mucho a bordo.

—Parece que hayas navegado en navíos todos los días. Creo que es el primero que pisas.

—Nada de eso, señor. Su memoria anda flaca de carnes. Olvida que embarcamos en el navío de tres puentes Real Carlos.

—Vamos, Okumé. Aquella experiencia duró menos de dos días y con luctuoso recuerdo. Saltamos por los aires al reventar la santabárbara y me salvaste la vida.

—Como tantas otras veces, señor —ahora hablaba con tono de superioridad y chanza amparada—. Pero tiene razón, aquel navío de tres puentes apenas llegué a conocerlo. Por el contrario y cuando le sea posible, espero que me explique el *Asia* a fondo. Debo saber bastante para apoyarle cuando entremos en combate.

Ahora y por primera vez en muchísimas horas, reí a batientes. Y por todos los cristos que se trataba de una función muy necesitada.

—Estoy hambriento Okumé. Me comería un cordero de morro a rabo.

—Porque esta mañana no ha tomado alimento, con tanta calentura mental, que debe comenzar a olvidar. Ya he hablado con el cocinero de equipaje y en poco tiempo le aderezaré un almuerzo propio del comandante del navío más velero de la Real Armada.

—Eso está por ver, africano.

Quedé por fin en solitario. Me giré hacia popa para observar el paisaje a través de la espléndida balconada, momento en el que me sentí invadido de un sentimiento de plena felicidad. A los treinta años y en el empleo de brigadier me encontraba al mando de un navío, el buque más poderoso que podía navegar por los mares. Pero como era de esperar, los pensamientos negros también entraron amadrinados a las luces. Fue el momento de recordar el pliego doblado a cuartos que mantenía sin leer. Llevé la mano a la bolsera y lo palpé para sacarlo, sintiendo un extraño calor, como si se tratara de cenizas recién apagadas. Decidí sin dudarlo que no era el momento apropiado. Estimaba con absoluta seguridad que ningún bien ampararían a mi espíritu aquellas palabras, escritas a la rápida y con excesiva pasión. Por tal razón saqué la mano en vacío y dejé volar los pensamientos, como si ya me encontrara en la mar navegando a un largo en demanda de las Indias, con ese puerto de La Habana que tan bien recordaba en el cerebro. Dejaría la lectura de penas para más adelante, cuando el bálsamo de las olas me concediera las necesarias fuerzas.

Tras el almuerzo, en el que Okumé quiso demostrar su ánimo en las perolas, con una magnífica paletilla en hierbas, menestra reforzada y huevos con panceta a la brasa, saludé a los oficiales de a bordo. Y tampoco ninguno me entró a la vista por la vía oscura, salvo un teniente de fragata, don Antonio del Campo, elevado en excesiva prepotencia con su voz engolada, y uno de los segundos cirujanos, dueño de una mirada torcida de las que se prefieren pasar por alto. En cuanto a los oficiales de mar, coincidí en pleno con las prevenciones del segundo. De forma especial me pareció de una estampa magnífica el primer contramaestre, don Jacinto Grandota, bien entrado en años, bigote de espolones infinitos y brazos de molinete. Un hombre de mar de cuerpo entero.

Poco después llegó la procesión de la agonía, como suelen llamar algunos oficiales de la Armada a la inspección primera de un comandante de quilla a perilla. Y necesitamos bastantes horas, al punto de abandonar el empeño cuando ya las luces apenas nos iluminaban en el interior y todavía no habíamos alcanzado la cubierta del sollado. No puedo declarar que dejara de

gustarme el aspecto general, aunque se notara muy a las claras el escaso mantenimiento al que había sido sometido el buque durante algunos años. Porque hay cenizas que jamás se apagan, aunque se larguen baldes de agua sobre ellas. Entendí que se podía hacer un poco más en las cubiertas bajas y muchísimo más en cuanto a la salubridad en las baterías, dormitorio de la marinería, con los últimos remedios recomendados. Y así se lo comenté al primer cirujano, llegado del hospital donde el anterior comandante no parecía mejorar de su estado.

Apenas probé bocado aquella noche, rendido de cuerpo y alma. Okumé, atento a la expresión de mi cara, me acercó una frasca de aguardiente que mucho necesitaba. Al menos, aquellas corridas de proa a popa apartaron otros pensamientos de mi cabeza. Y aunque todavía el pliego de Cristina reposaba sobre la mesa con el lacre entero, entré en dormida dulce con extrema facilidad. Amparé sueños de gloria con el navío *Asia* navegando por islas paradisíacas, aunque también el rostro de Cristina y sus últimas palabras entraran a bulto para descalzar las estampas azules.

10. Mar avante

Con las primeras luces de la mañana, se atracaron al costado del *Asia* dos lanchones del arsenal cargados hasta las cumbreras, de modo que sus bordas quedaban casi a besar con las aguas. Estimé demasiado peligrosa la maniobra y esa habitual singularidad en las faenas de barqueo del arsenal, de estragar aquellos tortugones al límite de sus posibilidades, en vez de utilizar alguna unidad más. Porque un ligero soplo del viento y alguna cabrilla^[34] suelta podían hacer naufragar tan destartadas embarcaciones. Pero ya se esperaba la faena a bordo y, con auxilio del cabrestante del combés para los fardos más pesados, se llevó a cabo el transbordo en escasas horas.

Una vez trasvasados en primer lugar mis enseres, incluido el mobiliario particular que siempre me acompañaba en la mar, aumentado en la ocasión con un precioso velador regalado por María Antonia, se comenzó el transbordo general de todo el material a transportar. Y siguiendo la norma habitual, el monto total excedía en su cantidad sobre las noticias recibidas de la Mayoría General. La carga más importante se componía de un generoso número de toneles de vino, unas pocas garrafas de aguardiente, caldos tan apreciados en La Habana, sesenta balas de lona embreada con material para los cirujanos, azogue para emplear en los frascos de fuego y otros mecanismos, granadas para las tropas del Ejército, casi todas de a siete pulgadas, un elevado número de las empleadas a la mano y sacos de metralla suelta. Todo ello con destino invariable para la capital cubana. Y en tales condiciones, firmé el recibo por cuenta de la Real Hacienda Nacional a un joven teniente del Cuerpo del Ministerio, que marchó a la carrera como si deseara escapar del navío antes de que emprendiera la navegación hacia las Indias. Aprovechamos la oportunidad para embarcar y remitir en vuelta hacia el arsenal los enseres y mobiliario del capitán de navío Valencia, que deberían ser remitidos a su familia.

Decidí conceder un ligero descanso a la dotación, seguido del almuerzo. Y en la ocasión aumentamos el rancho para que nuestros hombres tomaran fuerzas supletorias, con doble ración de vino, que tanto eleva el ánimo. Siempre es bueno entrar en nueva derrota con sendero de flores. Además, nunca sabemos en la mar cuándo se va a recibir el próximo rancho caliente, que cuando las olas entran a borbotones blancos queda reducido el condumio al queso, cecina y galleta^[35] en frío.

Como ya el buque se encontraba prácticamente arranchado a son de mar, no fueron necesarios mayores preparativos, y quedamos listos para levar las anclas con rapidez. Se trataba de mi bautismo con el navío *Asia*, la primera singladura como comandante de un navío. Por esa razón, sufrí una ligera rumazón de nervios, situación normal cuando no estás seguro de cómo puede desenvolverse un barco desconocido bajo tu propio mando. Y en este caso particular, sin conocer a uno solo de los hombres, cubiertas arriba o abajo, ni haber podido comprobar sus habilidades con un mínimo detalle. No obstante, el sentimiento de orgullo se extendía por mi cuerpo al pasear por el alcázar y comprobar cómo se destocaban blancos y negros con extraordinario respeto a mi paso, cual viático en procesión. Porque deben saber los ajenos al medio naval que cuando un comandante se encuentra en la mar es como un dios particular a bordo, así como dueño de todos los cuerpos y almas arracimados en su buque, condición que nadie puede poner en duda.

Debo aquí recalcar que, para su desgracia, también el comandante de todo buque en la mar se transforma en espíritu solitario, alma perdida que a nadie puede recurrir más que a su propia experiencia. Fiel a mi costumbre, elevé un rezo a Nuestra Señora de Valdelagua, a la que tanta devoción mostraran mis antepasados, aunque se tratara de advocación más propia de gente de secano. Pero también y para completar el doblete celestial de seguridad, alcé los ojos en ruego a nuestra Patrona, nuestra querida Virgen del Rosario. Como todos los hombres de mar, le solicitaba vientos propicios y suerte para surcar las aguas.

Como todo llega en esta vida, a veces mucho antes de lo esperado, picaba la cuarta hora de la tarde cuando ordené ocupar los puestos de maniobra a las guardias de babor y estribor, para salir hacia mar abierta. El segundo comandante tomó camino hacia su habitual puesto junto al palo trinquete, manteniéndose el teniente de navío Pando a la ronda, mientras yo permanecía en el alcázar junto a la timonera, con el primer contramaestre, don Jacinto, pegado a mi sombra. Cerca de mí, el alférez de fragata Garnica se mantenía listo para cualquier llamada de orden, el guardiamarina Morales en guardia de

señales y su compañero Mendoza a la bandera. Por último, el primer piloto, con la carta de marear en la mano, se situaba en la timonera aunque, en verdad, no iba a necesitar mucho de sus indicaciones. Porque conocía aquella bahía y sus caños como el entarimado de mi propia casa.

Pocos minutos después recibía la novedad de que el navío *Asia* bajo mi mando se encontraba listo para salir a la mar, momento de pensamientos en cruce y runruneo de duendes por la barriga. Y como ya se había levado una de las anclas, la sencilla, tan sólo la nombrada como del ajuste nos retenía en el fondeadero. De momento soplaba un suave viento de poniente, que nada indicaba en firme por nuestra posición entre rebufos. Era de esperar que encontráramos más adelante un sudoeste rondón y flojo de fuerza si se mantenían las condiciones impuestas en los últimos días.

Ya se observaba al sol en el comienzo de su caída a tirón de espuelas cuando ordené levar el ancla. Tras el pertinente y seco silbido del primer contra maestre, fue posible escuchar cómo los hombres asignados al cabestrante^[36] embutían al golpe sus barras en las respectivas bocabarras, para comenzar la trabajosa faena de hacerlo girar como burros encadenados a la noria, con el virador rodeando el cuerpo de la máquina sobre los guardainfantes. El pito del segundo contra maestre marcaba el ritmo en el combés mientras, poco a poco, el ancla abandonaba su lecho en el fondo. El ferro se levaba con los viradores y el esfuerzo de nuestros hombres, sin murmullos a la contra. Tan sólo de tanto en tanto escuchaba desde proa la voz dura del segundo contra maestre, largando la habitual y repetida orden de «enmendar los mojeles^[37]».

Por fin, una vez arriba y clara^[38], voz largada con fuerza por el segundo comandante, quedaba estibada en firme en la amura del navío con sus tres compañeras. Era el momento decisivo porque ya nada nos unía a tierra, se había cortado el cordón umbilical y el buque se encontraba libre para salir adelante y volar por sus propios medios.

Como es norma habitual, habíamos dado la lancha y el bote al agua por si fuera necesario su concurso, situación esperada al observar nuestra posición, demasiado metidos en el caño de las Astillas. Alistada con un cabo de remolque, la lancha comenzó a bogar para virarnos la proa en un primer momento y arrastrarnos en lenta marcha hacia el centro del caño de La Carraca. Y así debería continuar con penoso esfuerzo de los hombres alistados a su bordo, hasta que el *Asia* pudiera beber el viento en franquía por sus propios medios.

Mientras observaba cómo los marineros izados en las vergas repasaban la situación de las velas aferradas para su inmediato largado, desde mi puesto en el alcázar comprobaba todos los detalles. Y a pesar de la penuria general que soportábamos en la Real Armada por aquellos años, he de declarar a la contra que se mejoró en un aspecto muy concreto, en el que durante todo un siglo habíamos fracasado al ciento. Me refiero a la indumentaria empleada a bordo por marineros y grumetes, que ni siquiera me atrevería a llamar uniformidad. Normalmente se encontraban medio desnudos o con prendas tomadas al quite. Y en tiempos fríos, las de abrigo corrían vergonzosamente a su costa, lo que desencadenaba mucha enfermedad del pecho en las cubiertas bajas. En su conjunto se mostraba una desastrosa visión, un grupo de hombres más cercanos a tripulación de buque corsario antillano que a una unidad de la Real Armada. Sin embargo, parecíamos haber mejorado en aquel aspecto en los últimos meses. Porque más de la mitad de los hombres empleaban la uniformidad ordenada por la Dirección General de la Armada tres años atrás, aunque su entrega habitual por la Real Hacienda se ralentizara en exceso.

Por el contrario y en clara diferencia, los soldados de Infantería de Marina y Artillería de la Armada disponían desde la creación de su institución de uniformes propios de su cuerpo. Esa asignatura pendiente, que afectaba tanto a la marinería, comenzó a remediarse, precisamente, por aquellas fechas en las que tomaba el mando del *Asia*, aunque parezca un contrasentido porque las asignaciones a nuestros arsenales no habían aumentado un cobre. Y aunque no se mostrara una uniformidad pareja entre marineros y grumetes, se consiguió que chaqueta, pantalón, poncho, corbatín, botines y esa especie de barretina para la cabeza fueran de confección más o menos parecida. No obstante, en los meses de elevadas temperaturas, continuaban a bordo muchos de ellos con medias calzas, desvestido el torso y descalzos. Bien es cierto que la estricta obligación de que a bordo de cualquier buque de la Armada, desde el comandante hasta el último paje de escoba^[39] durmieran completamente vestidos, hacía que las prendas se deterioraran con rapidez.

Cuando comenzábamos a cruzar por el linde del caño principal, recordé épocas anteriores cuando era medida casi obligada, para no avanzar con las luces en alto frente al fuerte Napoleón, salir a la mar con anterioridad al crepúsculo matutino. Porque desde él los franceses, adelantados desde el castillo de Matagorda hasta el bajo de la Cabezuela, disparaban sus obuses Vilantroys de siete pulgadas contra la ciudad de Cádiz, aunque se tratara de armamento difícilmente utilizable para fuegos a ras de mar contra buques. Y era condición obligada dar el preceptivo aviso al castillo de San Lorenzo del

Puntal, que se enfrentaba a diario en duelo artillero contra los putorrones gabachos, por si fuera necesario su concurso. Pero ya los franceses se habían evaporado de aquel maravilloso escenario y podíamos navegar con plena tranquilidad.

Llegó el momento tantas veces soñado, cuando las aguas comenzaban a teñirse en ese color dorado que anuncia la caída de las luces. El viento se abría de poniente y fresquito de fuerza, aunque por nuestra situación de cierre todavía nos entrara tontón y con algún rebufo indeseado. Pero cuando ya se divisaba la bahía en la distancia y sin nervios aferrados a las tripas, ordené largar trinquete, mayor y foque, con lo que el navío *Asia* comenzó a beber aguas con extrema suavidad, manteniendo la proa con rumbo norte cuarta al oeste. Y pronto debí orzar para tomar una cuarta más por necesidad, tras haber avanteado por varas el castillo de Puntales.

Cuando embocábamos la bahía de los sueños, el *Asia* metía la proa en las aguas con cierta galanura, engolfado en su propio placer cual rabizona de puerto con suficiente experiencia, buena señal porque así se muestran en la mar los barcos que pueden ejercer dominio. No obstante y acostumbrado a los movimientos violentos de las corbetas y fragatas, el navío maniobraba en orden de procesión religiosa, como señor feudal, sin quiebros y con especial hidalguía. El disco dorado comenzaba a cambiar formas y colores, cercano a la raya de su inevitable pérdida. Los cielos se mantenían despejados con muy buena visibilidad, la mar en cabrillas sueltas y el soplo de poniente todavía tontoneando, pero en alza para sorpresa de todos. Siguiendo la conocida derrota que a la vista se marcaba, y los oportunos consejos del piloto, aproamos en conveniencia hasta dejar la perla gaditana por el través de babor, momento en el que ordené largar todo el aparejo a los cielos.

Apareció una vez más el momento del milagro, ese que se produce en la mar a diario y pulsa la sangre a tono de vertiente. El contramaestre, situado a mi lado en el alcázar como es norma habitual en la mar, entraba en sinfonías con el chifle^[40] apretado a la boca. Porque ya se sabe que, durante las maniobras, mucho pito y poca voz, velas al viento y honor. Creo que en ese momento di gracias a todos los cielos, por que mis hombres parecían haber navegado en el *Asia* media vida. Los rumores se mantenían cerrados y, para gozo del alma, ni una sola de las velas bebía en falsete. Fue una primera y magnífica demostración, que superaba cualquier esperanza. Así se lo dije a don Jacinto, que no se deben apagar las realidades cuando son generosas con el subordinado.

—Don Jacinto, le felicito por esta primera maniobra. Ninguna vacilación, pies rápidos y manos a la obra. Parece que, aunque pocos, nuestros hombres están cosidos a estas tablas.

—Como podrá comprobar, no todos son verdaderos hombres de mar, señor comandante. En demasiadas ocasiones salta la liebre torcida. Pero disponemos de buenos marineros en cada puesto importante, lo que nos ofrece una raya de seguridad. Y nuestros gavieros^[41] son de absoluta garantía, eso puedo asegurarlo. Sin embargo, se perciben ligeramente los meses pasados en puerto y escasa la navegación realizada. No vendrá mal un poco de badana dura.

—Ya se lo indiqué al segundo comandante esta misma mañana. Soy muy partidario de los ejercicios doctrinales, tanto de mar como de guerra, en sus horarios establecidos, mientras lo permita el estado de la mar. Y de acuerdo a los resultados, se aumentarán los mencionados periodos o no.

—Muy bien, señor. Es buena medida que las manos recuperen el tono perdido.

—Esperemos que el dios Neptuno nos largue el cable de remolque necesario en esta navegación redonda a las Indias —conocedor de que el nostramo se mostraba fiel a las viejas creencias, le entré en adorno con seriedad.

—Mucho me alegro, señor, de que mantenga nuestras tradiciones al punto. Por desgracia y con todo el respeto debido, el comandante anterior solía salir en cuchufletas pardas cuando largaba alguna sentencia en dicho sentido. Y no se deben menospreciar tales sentimientos, por el bien del alma y del cuerpo.

—Muestro mi acuerdo por completo, don Jacinto. En poco colabora al bien común ahuyentar cualquier auxilio, proceda de donde proceda. Por mi parte, mantendremos las viejas tradiciones al listón de marca. Y si llegamos a cruzar la línea del ecuador, lo celebraremos con las ofrendas de ley habituales en todos los tiempos.

—Mucho me regocija escuchar esas palabras, señor. —El viejo nostramo mostraba una alegre sonrisa, masajeando sus manos entre sí—. Son muchos los años de mar trasegados a mis espaldas y he visto casi de todo. Y algunos no creen si no ven y palpan.

—Tuve un magnífico contraamaestre a mi lado, que perdió su vida por salvar la de muchos, cuando varamos contra las islas Berlingas, que incluso aseguraba como cierta la tradición del meridiano. Su padre había quedado

prendido en uno y casi se pierde con todo el barco. Y no lo tomé a chufra, desde luego.

—¿También creéis en la leyenda del meridiano? Hace bien, señor. Cuando era un joven grumete, escuché de labios de un viejo nostramo que a bordo de un bregantín^[42] quedaron prendidos en el meridiano de los 13 grados oeste. Y como de costumbre, por haber menoscabado y despreciado el poderío del dios Neptuno, que debemos reconocer por obligación. Me explicó los sufrimientos padecidos con tal detalle que se me rifaron los pelos de todo el cuerpo durante horas. Por fortuna, largaron las ofrendas hacia las aguas y, tras una semana de muerte, pudieron salir del trance. Pero aquella narración se grabó a fuego en mi cerebro.

—Es fácil de comprender.

Era tema corrido a bordo de los buques de la Armada y, posiblemente, de todo el mundo, las creencias y supersticiones de los viejos contra maestres. Y aunque a veces hubiera chocado con las opiniones intransigentes de algún capellán, siempre las tuve en cuenta. No digo que las creyera al pie de la letra, pero en poco molestaban y ningún daño producía mantener lo que entiendo como antiguas tradiciones de la mar. Para enfrentarse a la gran señora de las aguas en determinados momentos de cruce no es malo disponer de cualquier cable a disposición.

—Parece ser que el viento acabará por entablarse del sudoeste, nostramo. Y en contra de lo previsto, con tendencia a aumentar su fuerza.

—Así es, señor. Para mí que pronto soplará de todas las velas^[43] y en beneficio propio. Pero poco me gusta el sudoeste en esta época del año, con recuerdos más negros que el infierno. Han sido demasiados los días gozados sin alzar la cresta, y no gusta el dios Eolo de la tranquilidad permanente.

—Si ha de continuar en alza, que se retrase algún tiempo, al menos hasta que nos encontremos con pista suficiente por sotavento.

—Lo comprendo, señor.

Tal y como habíamos supuesto, conforme ahondábamos en la bahía y sacábamos boca a mar abierta, el viento acabó por entablarse del sudoeste y fresco de fuerza, con futuros inciertos. Una vez en franquía y sin especiales restricciones o derrotas comprometidas, decidí dejarnos caer hacia poniente hasta el límite de la bolina. De esta forma, intentaba ganar barlovento, por si el role se producía en vuelta a malas.

Y concedida una prudente distancia, podría arribar^[44] posteriormente a rumbo de comodidad, de acuerdo con la derrota escogida.

Entendí llegado el momento de discutir con el piloto y el segundo la derrota a elegir para atravesar el mar del Norte y entrar en el de las Antillas. Con los dos junto a la timonera, entramos en el tema.

—¿Cómo han corrido esta derrota en las anteriores navegaciones? — pregunté a la vista de una carta general—. ¿Hasta qué latitud se dejaron caer?

—El capitán de navío Valencia —comenzó el piloto con seguridad en sus palabras— estimaba más conveniente bajar por derecho hasta cruzar los 20 grados de latitud o más al sur, para tomar los vientos Alisios del leste al máximo de su poder. Es una norma bastante establecida de la que, con toda honradez, señor comandante, discrepo. Porque, desde luego, cuanto más nos aproximemos a la faja de los Alisios, más confianza podemos depositar en la dirección de los vientos, pero también su intensidad suele ser menor. En fin, se trata de un compromiso en el que cada uno presenta su particular opinión, siempre basada, por supuesto, en los tratados de navegación.

—No puedo opinar con exactitud porque en mis anteriores navegaciones a Indias, los destinos se diferenciaban al copo, así como las necesidades de proa. En una de ellas me dirigía al Río de la Plata, por lo que no cabían dudas —expuse con sinceridad—. En la anterior, a bordo del bergantín Penélope, también me dejé caer por el sur de las islas Canarias, hasta chupar de los alisios a muerte y entrar en las encalmadas, para aproar finalmente hacia Tierra Firme. Por desgracia, un huracán de faldas rojas nos desplumó y acabamos en La Habana con necesidad de reponer mastelero y otras pérdidas en su arsenal. Pero en este caso, con derrota hacia la isla de Cuba, son varias las teorías de nuestros navegantes y no siempre coincidentes.

—En efecto, señor —retomó el piloto—. Si tenemos en cuenta que nuestro primer objetivo, el puerto de La Habana, se encuentra situado sobre los 21 grados de latitud y que, en el mar del Norte, por encima de los 20 grados los vientos habituales se mantienen en soplo del primer cuadrante, en mi opinión bastaría con dejarse caer con proas tendidas al sudoeste u oestesudoeste. Una vez alcanzada una latitud por encima de los 20 grados, a mantenerse sin llegar a cruzar dicho paralelo. De esta forma, embocaríamos por el sur de las islas Bahamas, tomando el conocido paso de los Caicos. A continuación, podríamos barajar la costa norte de la isla cubana sin mayor riesgo y al gusto. Entraríamos por el canal Viejo de las Bahamas y el canal de San Nicolás, para rematar en la misma boca de nuestro puerto de destino sin novedad a la contra.

—Encuentro solamente un pequeño defecto en la teoría expuesta por el piloto, señor, como ya hemos discutido en ocasiones anteriores —el segundo

sonreía a don Francisco con confianza—. Por encima de los 20 grados de latitud, los vientos del nordeste son menos consistentes y podemos topar con soplos duros de cualquier dirección, de los que marcan espuelas. Sin embargo, creo que en esta ocasión podríamos optar por la solución expuesta por don Francisco, en cuyos conocimientos mucho fío. Con un poco de suerte, podría suponer una cantidad menor de millas que navegar, con el consiguiente ahorro de agua y víveres.

—Toda teoría sobre la mar y sus condiciones presenta su grano a favor y en contra, señores. Y si tenemos en cuenta que, por ahora, el viento parece entablado en consistencia del sudoeste, comenzaremos a navegar hacia occidente conforme la mar y el dios Eolo nos lo permitan. Pero, en principio, me gusta la derrota expuesta por don Francisco y la seguiremos en esta ocasión, si la gran señora no se opone demasiado. Creo que el famoso piloto Comesaña la llamaba, «siempre hacia poniente como el viento permita».

—En efecto, señor —corroboró el piloto—. También es cierto que Comesaña ofrece otras sugerencias muy denostadas hoy en día.

—Eso le sucede a los más sabios, llegado el momento de la verdad.

Una vez tomada la decisión en firme por mi parte, navegaríamos con rumbos de componente oeste, pero sin forzar una derrota demasiado hacia el sur. Prefería dejarnos llevar de acuerdo a la dirección del viento y sin forzar ceñidas. Aquí entraba también en mi cabeza como un factor que tener en cuenta el estado de nuestro aparejo y la falta de repuestos. Por tal razón, prefería navegar con vientos largos a las bolinas de muerte, que tanto castigan algunas velas.

De momento y ya en franquía de los accesos al estrecho, continuamos ganando barlovento con todo el aparejo arriba, conforme el tiempo se achubascaba, los horizontes tomaban líneas grises y el viento continuaba al alza, entablado sin fisuras en el sudoeste. Cuando el soplo se aproximaba a la estada de frescachón y alguna vela comenzaba a gualdrpear, rebajaba el trapo sin dudar, ordenando cargar juanetes en prevención^[45]. Y acerté de lleno, porque a media noche ya las rachas del sudoeste frescachón comenzaban a zarandear el navío, con una marejada larga que no mostraba guantes de gamuza en futuros. Así lo comenté al primer contraestre. Aunque entrado en noche cerrada, sabía que don Jacinto se movía por el alcázar en mis cercanías.

—No me gusta la torta, don Jacinto.

—Ni a mí, señor. —Comprobé, por el volumen de su voz, que se encontraba a mi lado—. Sin embargo, dudo que debamos preparar la capa^[46]

siquiera si nos alejamos del embudo suficientes millas.

—Estoy de acuerdo. Una vez tanto avante con el cabo de San Vicente, debe aplacarse el viento o mantenerse cascarrón en continuidad.

—Concuerdo con vos al ciento, señor.

Aunque no sufriera por una noche de picas en ristre, no fue cómoda aquella primera navegación nocturna a bordo del *Asia*. Tal y como preveíamos, el soplo se alzó a cascarrón del sudoeste con mar dura, aunque sin arbolar ampollas en peligro. Como es lógico, habíamos tomado una faja a las gavias. Y como excepción de resguardo, una segunda^[47] en la vela mayor, por ser la única de su especie a bordo. No obstante, el navío atacaba la mar en orden, ahora con proa al noroeste, por disponer de cancha suficiente a sotavento y la seguridad de entablamiento que el viento ofrecía.

Disfruté de una primera noche en el alcázar, donde, de forma periódica, Okumé me cuidaba con lonchas de queso y un vino espeso de buen gusto, aunque raspaba ligeramente en la garganta. A pesar de encontrarnos metidos de lleno en un otoño variable, con tiempo seco y ventoso, el frío todavía no dominaba el ambiente y hacía innecesario el uso del pesado casacón sobre los hombros. Pero gozaba al comprobar que nuestros hombres de mar respondían con entera profesionalidad, una condición que elevaba mi espíritu como es fácil imaginar. De forma especial gozaba al observar a los gavieros ejecutar su trabajo con profesionalidad y ese don de mando sobre los grumetes, allá arriba cercanos a las nubes, que la experiencia concede. Apenas me sentí necesitado por el sueño. Y no solamente se debía a aquella frase tan repetida por don Antonio de Escaño: «Mientras un buque se encuentre en la mar, en el lecho del comandante solamente descansan los aparatos de navegación». Porque en verdad que necesitaba sentir el viento y las gotas saladas contra mi cara, ese alivio curativo de los miasmas mentales.

La primera amanecida se produjo de regular cariz. El viento cascarrón del sudoeste se mantenía clavado en sus puntas, para desgracia de soldados del Ejército y pasaje, especialmente de las mujeres, tan propicias a sufrir el mal de la mar. La marejada se hacía más larga y sucia, mientras la visibilidad disminuía hasta permitir unas dos millas solamente. Sin embargo, cuando un tímido sol parecía brillar tras las paredes grises, el piloto me anunció que el *Asia* se encontraba tanto avante con el cabo de Santa María, un accidente geográfico que recordaba diversos enfrentamientos con buques ingleses. Así se encuentra preñada nuestra historia naval de norte a sur. Porque pocos de los accidentes geográficos de la Península pueden librarse de ser amadrinados

a un combate de unidades de la Real Armada contra buques enemigos de cualquier nacionalidad.

Me tranquilizó la permanencia del viento cascarrón, alargando una mar a la que se montaba en cabalgada una marea lejana de poniente, condición poco apetecida por los cuerpos. Y no se trataba de temer una capa temprana, sino de la precaución que pesaba sobre mí con tan escasas manos a disposición y un trapo en reliquias. Pero como aseguraba don Jacinto, si continuábamos en tales condiciones una singladura más, viento y mar acabarían por tenderse, al tiempo que el soplo debería rolar al primer cuadrante. Y bien que lo deseaba en mis adentros.

Poco antes de que el sol cruzara en corte la meridiana, se abrieron los cielos en júbilo y aumentó la visibilidad. Como había decidido arribar para tomar el viento con la mayor comodidad, poco después avistábamos una mancha gris y jugosa en la lejanía, que confirmamos sin dudarlo como el cabo de San Vicente, último espigón en lanza de la Península Ibérica, antes de entrar a pulmón en el mar del Norte.

Y como seguíamos derivando hacia el norte, decidí una vez más que tomaría los rumbos de poniente en acuerdo con viento y mar, tanto por la seguridad del trapo como la comodidad del pasaje, a quien no debíamos martirizar sin necesidad. De esta forma, me dispuse a dar una ligera cabezada en la cámara, tras tomar un almuerzo de guerrero en ayunas. Porque la mar y el movimiento del buque siempre alimentaban mi hambruna hasta alcanzar límites insospechados.

Ni siquiera necesité tomar el lecho en auxilio, porque sentado a la mesa acabé con los pensamientos perdidos en el más allá. Y como el cansancio también es una buena pócima contra los males cerebrales, dormí entre nubes sin asomo de preocupación alguna, con la derrota a seguir por el *Asia* encastrada en la cabeza.

11. Los miasmas de la bicha

Una vez cruzado el meridiano correspondiente al cabo de San Vicente, como el viento no decrecía en su fuerza una miserable mota, sino que, más bien, apuntaba por alto, decidí arribar dos cuartas más y navegar con mayor comodidad. Para sorpresa propia y del resto de los oficiales, con el viejo nostramo a la cabeza, el soplo se elevaba a cascarrón de fuerza con rachas de enemistad, momento en el que ordené aferrar la vela mayor, mi mayor preocupación respecto al trapo disponible. Y aunque esperábamos un role que nos beneficiara en la derrota hacia poniente, el putaño soplo se mantenía encastrado en el sudoeste, por encargo de algún dios negro de las profundidades. Así lo comentaba en el alcázar con mis hombres.

—¿Hasta cuándo se mantendrá este jodido lebechazo^[48], señores, más propio de la costa levantina? —alegué con humor negro—. Parece que nos encontremos navegando entre Cartagena y las Baleares.

—Los mayores dolores y quebrantos al tomar estas entradas al Mediterráneo desde poniente, señor, aparecieron casi siempre con estos putorriones vientos su duestes. En más de una ocasión arrasaron la bahía gaditana con las plumas por alto y sin peines —dijo el segundo con autoridad—. Todos recordamos con terror y tristeza cuando nos descalabró un buen número de navíos de la escuadra aquel inolvidable 6 de marzo de 1809 y las jornadas siguientes. Bien es cierto que el estado de los cables a bordo de aquellos buques era deplorable y en mucho influyó tan negativa situación. Por fortuna, hemos escapado de su radio de acción, o así debería ser. Pero ya andamos metidos en cascarrón y sería un mal comienzo de la comisión sufrir un temporal duro en los primeros días, que nos empujara justo en contra de nuestra derrota.

—Con todos los respetos debidos, señor comandante —entraba el contramaestre con su habitual seguridad—, me resisto a creer que este viento alcance siquiera la estadía de ventarrón. Alguna racha perdida es posible, pero

nada más. Hasta aquí ha llegado en su curso y deberá desfogarse para comenzar a descender en fuerza, al tiempo que se tiende en suave hacia al norte. No obstante, prepararé el aparejo de capa, por si los duendes cambian de bando, que la mar se comporta en demasiadas ocasiones como golfa entrada en calenturas.

—Muestro mi pleno acuerdo con sus palabras, don Jacinto —expuse sin dudarlo—. Ninguna prisa nos acomete y debemos cuidar tablas y aparejos. Naveguemos a un largo y al gusto mientras sea posible, aunque el cascarrón y esta mar dura suponga una desagradable prueba para primerizos y damas en tránsito. Sin embargo, nostramo, prepare esa capa sin dudarlo, que nunca viene mal guardar una maroma de salvación a la mano.

—Esperemos, señor, que este viento no se convierta en un surazo^[49] de mangas, que a veces sucede —el teniente de navío Vigodet, hombre fuerte pero de rostro infantil, exponía sus teorías amadrinadas de forma invariable con sonrisas y excelente humor—. Lo sufrí a bordo de la fragata Venganza por esta misma estación hace un par de años, aunque pocos lo comprendieran.

—Desde luego, desecho de plano tal posibilidad. Por cierto, don Jacinto, ¿cómo se comporta el paño? ¿Se remataron en firme y con futuro cierto las relingas de los estáis?

—Todo en orden, señor. Tenemos suerte con los maestros veleros y sus ayudantes, muy buenos en su particular especialidad. Sin embargo y para desgracia propia, hoy en día y de forma general, nos entregan unos paños desde los arsenales que habrían sido devueltos al taller de velas pocos años atrás, catalogados como material inservible. Pero hay que tomar la menestra como la sirven o morir de hambre.

—Me sentiría feliz si, al menos, tan negativa medida la sufriéramos solamente con el paño de las velas —masculló por lo bajo el alférez de navío Butrón.

Aunque deseaba que se cumpliera la profecía del contra maestre, en la que confiaba plenamente, todavía durante dos jornadas negras nos azotó el viento cascarrón con olas de cierto porte, que llegaban a entrar por la aleta de babor con espuma rendida. No variamos una cuarta el rumbo, amurados a babor en firme. Y poco progresábamos hacia poniente porque nuestra proa llegó a encarar el Septentrión con una o dos cuartas solamente hacia el cuarto cuadrante. Incluso llegué a pensar que había errado de firme al escoger la derrota, aunque ya las cartas estuvieran lanzadas sobre el tapete y sin retroceso posible.

Con alivio y gozo regresamos a lo que entendíamos como normalidad. Porque el viento fue decreciendo poco a poco de fuerza, al tiempo que comenzaba un role perezoso con ligeros entablamientos en el poniente, para alcanzar el norte. Y cruzábamos la quinta singladura cuando por fin cuajó el soplo en un nordeste frescachón, que recibí en manos con agua bendita. Fue el momento de cambiar la mura a estribor y caer a la banda contraria, para navegar como cortesanos al oeste puro. Aunque el piloto me recomendaba una empopada de luces para bajar en latitud, decidí que más valía aprovechar tan excelentes condiciones y ganar millas hacia nuestro destino en longitud, aunque hubiéramos raspado los 38 grados de latitud.

Mucho se relajó la vida a bordo cuando no sólo se mantenía el viento del primer cuadrante, sino que se dejaba tender a fuerza de todas las velas, momento en el que alzamos el aparejo entero hacia las nubes, con una mar que se dejaba morder sin mayores movimientos de rosca. Y ya cuando la primera semana tocaba a su fin, arribamos hasta aproar al oestesudoeste y comenzar a buscar latitudes más bajas. Creo que fue una de aquellas tardes, cuando acaba de tomar un bocado servido por Okumé, que recordé el recado entregado por mi prima Cristina en su extraña despedida. Y aunque sea difícil de comprender, así te llega a obsesionar la mar y sus variables circunstancias, como si pasaras a vivir una nueva vida, por fuera de la dimensión corrida en tierra. Porque poco había pensado en los peligrosos juegos de la encarada jovencita.

Busqué en la casaca hasta dar con el pliego doblado a cuartos. Y tras tomarlo en la mano, leí la palabra que aparecía en el cuadro frontal: Santiago. La letra de mi prima Cristina era muy característica, menuda y redonda con una perfección y regularidad difícil de igualar. Volví a sufrir la tentación de introducirla en una cajonera y dejarla allí para que reposara y acumulara polvo sin día final. Porque en verdad que podía suponer las palabras escritas una a una, ciertas frases que harían sangrar la herida un poco más. Pero más valía enfrentar los problemas de frente que taparse el rostro en injustificada huida. Por fin, descalqué el lacre al tirón de mano y abrí el pliego. Comencé a leer con lentitud, comprobando que la sangre aumentaba su vibración, conforme desgranaba aquellas palabras en el cerebro.

Mi querido Santiago:

Por tercera vez comienzo a escribir estas pocas palabras, como si los nervios me atenazaran las manos con grillos. Pero se trata de nervios henchidos de placer y me apresto a rematar el recado, o marcharás de casa hacia tu navío sin un último

recuerdo mío. Si no bajo para acompañarte en tus últimos minutos antes de partir, se debe a la tensión que viviría a tu lado, al deber de resistir y no lanzarme para que me recogieras entre tus brazos y me besaras una vez más. Y estoy segura de que bajaría las escaleras sin pisar el suelo, porque en tal situación de éxtasis me encuentro, como religiosa en trance divino.

Ya puedes suponer que nuestra experiencia de anoche ha supuesto mi entrada en una nueva vida, una vida de la que no sospechaba su existencia y de la que espero no salir nunca. Cuando durante muchos años, realmente todos desde que tengo uso de razón, sueñas con alcanzar las nubes, acabas por comprender que se trata de ilusión quimérica e imposible. Y si por un milagro de los cielos, que así lo considero, esa ilusión llega a materializarse en divina realidad, te será posible comprender cómo me encuentro en estos momentos. Puedes estar seguro, amor mío, que jamás podré olvidar, mientras viva, la noche de amor que he disfrutado entre tus brazos. No solamente me has convertido en mujer, sino que el placer de tus besos, tus caderas y esas palabras rendidas de pasión resonarán en mis oídos mientras viva.

Por favor, querido mío, no te expongas al peligro de la mar o el combate sin necesidad. No podría perderte ahora que ya me sabes tuya, porque siempre lo seré, al igual que puedes disponer de una mesa o de tu mejor espada. Se nos abre por delante un camino glorioso e interminable. Y lo recorreremos tomados de la mano con el inmenso amor que nos profesamos, un sentimiento que no creo haya alcanzado mujer alguna hasta ahora. Que Dios y la Santa Patrona de la mar te acompañen. Esperaré día a día, asistiré a la alameda en busca de las velas de tu navío, soñando únicamente con regresar a tus brazos y unirnos por fin en sagrado matrimonio, esa promesa que escuché de tus labios con el corazón batido de emoción.

Como ya te dije, no sólo nos uniremos en santa bendición, sino que al tiempo hermanaremos en una misma sangre las nobles casas de Tatfí y Montefrío, esas familias que se han mantenido como una sola desde que tu padre y el mío trabaran una amistad inquebrantable.

Te amo con incontenible pasión, Santiago. Espero que tu amor por mí te haga volar sobre las aguas para regresar cuanto antes. Recibe un beso más a través de este pliego y la expresión más sincera de mi eterno amor por ti. Siempre tuya.

Cristina

Apenas llegué a observar la pequeña firma de mi prima en la parte baja del pliego. Un sentimiento de ira, unido al de vergüenza propia sin límite, se había adueñado de mí al punto de hacerme cerrar los puños y clavar las uñas en carne con dolor aparejado. Podía entrar en muchas definiciones para explicar mis verdaderos sentimientos por Cristina, tras leer aquella burda exposición de una realidad fantasmagórica. Porque bien sabía ella que nada de lo que aparecía en el recado se ceñía a la realidad. Sin embargo, al mismo tiempo aparecía su rostro cuando apenas alzaba unas cuartas sobre el suelo y, tras la muerte de su padre, le prometía eterno cuidado, cariño y protección. Aunque recordaba las palabras de Okumé, en las que me exoneraba de toda culpa y advertía que tan sólo debía dejar la experiencia vivida en el olvido, comencé a pensar que podía tratarse de un imposible. No obstante y al mismo tiempo, una tercera voz me gritaba que no podía trazar mi vida en carril impropio por el simple deseo de una joven caprichosa.

Bebí un vaso de aguardiente al tirón, un intento para amortiguar pensamientos de dolor, aunque dudara de su beneficio. Poco después decidí salir al alcázar y sentir el viento en la cara. Tan sólo en el hecho de sentir la mar y su aroma podría encontrar ese lejano remedio a unos males que no creía merecer.

* * *

Mantuvimos durante algunos días más las favorables condiciones, al tiempo que se dejaba notar el sol con más fuerza, conforme descendíamos en latitud. Como tantas otras veces, mi vida se mantenía partida en dos diferentes niveles, dependiendo de los sentimientos que entraran en cabalgada por el cerebro, ya fuera con picas o luces. Para entrar a peor, el viento llevó a cabo un cambio inesperado, rolando al noroeste y bajando su intensidad a fresquito. Y dos días después, la calmería^[50] se hacía de lomos duros, el sol atacaba en leños de fuego, las velas caían casi a plomo y la mar cuajaba en bandeja de plata, situación que poco agrada al hombre de mar.

A la rutina de manos caídas, en las que tan mal entran a marineros, grumetes y artilleros los ejercicios doctrinales, una mañana se revolucionó el buque por haber cobrado presa en la maroma de popa. Como costumbre habitual en nuestros buques, desde popa se tendía un cabo grueso con anzuelo de gran tamaño y cebo de carne en sangre. Un sistema parecido al curricán^[51] pesquero, aunque de dimensiones colosales. Y desde la toldilla se observaba el movimiento del cabo de banda a banda y con tensión de tremenda fuerza. Se había pescado un tiburón de respetable tamaño, que debía de haber tragado el anzuelo de diez pulgadas bien dentro. Y era de llamar la atención que hubiese funcionado con el barco sin andar media milla, lo que en teoría inutilizaba el sistema.

Llegado el contra maestre al coronamiento, dio las instrucciones pertinentes para cobrar el animal a bordo con una percha falsa, maniobra nada sencilla si se lleva a cabo con la necesaria seguridad. Una vez en cubierta y amarrado con las debidas precauciones, el magnífico ejemplar era reventado por un par de grumetes, armados con dos pesados remos. Y no estimen que se rendía el bicho con facilidad ni rapidez, que durante bastantes minutos sus dentelladas a banda y banda hacían retroceder a los voluntarios y pensar en lo que supondría enfrentarse en el agua a tan poderosa dentadura.

—Buena grasa para la menestra de a bordo, señor —dijo Okumé con rasgos de felicidad en el rostro—. Y buenos filetes para el señor comandante. Hace mucho que no lo toma y sé que le gusta.

—Así es. Creo que la última vez fue a bordo de la fragata Fama, aunque no estoy seguro. Y con extremo placer ataco esos filetes rojizos, aunque algunos estúpidos, que solamente han comido bosta de vaca en su vida, le hagan ascos. ¿Recuerdas aquel extraño animal que pescamos a bordo de la Proserpina, jamás contemplado por ningún hombre, de colores variables?

—Cómo olvidarlo, señor. Parecía verde y se trocó en amarillo al morir, como si se tratara de animal enviado desde los infiernos. Y el señor comandante fue el único a bordo que osó probarlo.

—Se trataba de una carne muy rica, parecida al pez espada gaditano. Bueno, encárgate de conseguirme un par de buenos filetes de ese tiburón para el almuerzo. Hace bastantes días que no tomo pescado fresco. Y cada hombre a bordo debería saber, que todo lo fresco es muy bueno para la salud y luchar contra la peste del mar^[52].

—Me ocuparé de ello. Por cierto, señor, que deseaba hacerle una petición. Bueno, es posible que la encuentre descabellada o que...

—Vamos, Okumé, no me vengas ahora con titubeos. Ya sabes que está concedida de antemano.

—La verdad, señor, creo que hemos embarcado en un hermoso buque, un maravilloso navío, el rey de los mares sin posible discusión. Yo lo veo como si se tratara de varios palacios reunidos en un común ensamblaje, puesto a flote por gigantes de reinos lejanos.

—Me gusta esa nueva definición para un navío. Pero no creo que te tome de nuevas un buque como este. Recuerda que embarcaste en aquel de triste recuerdo...

—No miente aquella experiencia, señor. También he pisado tablas de algún navío cuando os acompañaba para una presentación reglamentaria. Pero ahora se trata de una estera muy distinta. Porque resulta que el navío *Asia* es mi propia morada, bajo el mando de mi señor, casa propia y al gusto.

—Bueno, enfocado desde ese punto de vista, es posible que tengas razón.

—No miento ni exagero al calificar este navío como un palacio flotante. Sólo hay que observar su popa desde tierra o sus palos desde la mar. Vamos, un palacio como ya desearían muchos monarcas.

Me hizo gracia la naturalidad en las palabras de Okumé, como si se tratara de una obra escrita.

—Pues en ese caso, suerte tenemos de poder trasladarnos en este suntuoso palacio desde la Península Ibérica hacia las Indias. Además, conoceremos costas nunca navegadas, como nos sucederá con la Península del Yucatán y el seno mexicano. Pero todavía no veo llegar esa petición que mencionabas.

—Poco sé de ese Yucatán, aunque me guste cómo suena el nombre en el oído. En cuanto al navío *Asia*, señor, he de reconocer que me pierdo en esta maraña de cubiertas, que denominan con nombres que jamás he oído. Y ahora entro en la petición si me lo permite. Ya sabe que me gusta conocer a fondo los buques en los que hemos prestado servicio. Sin embargo, en este magnífico navío, a veces debo dar una y mil vueltas para salir a la luz, cuando busco alguna de sus pertenencias que todavía mantengo en uno de los baúles. Me gustaría, si fuese posible, que alguien me explicara con detalle todos esos factores que se funden a plomo en mi cerebro.

Volví a sonreír ante las tribulaciones de Okumé, a la vez que sentía placer al comprobar su felicidad, porque no era hombre de los que esconden sus sentimientos. Lo tomé por el hombro con la confianza que le concedía.

—Eso tiene sencilla solución. Acompáñame y te aclararé la cuestión en directo, que no es tan complicada. Como nada se abre por la proa con esta encalmada de ferias, aprovecharé la ocasión para inspeccionar el buque al

mismo tiempo. Pero deja aclarado al cocinero lo de mis filetes para dentro de una hora.

—Por supuesto, señor.

Pocos minutos después y seguido de quien podía ser denominado sin posible error como mi sombra particular a bordo, descendimos dos cubiertas desde el alcázar, para encontrarnos embutidos entre largas filas de cañones por ambas bandas, algunos de a 18 libras. Okumé dirigía su mirada hacia proa y popa con marcado interés, esperando mis explicaciones.

—Escúchame, africano. Ahora mismo nos encontramos en la primera cubierta o cubierta principal, así definida por ser la primera que se encuentra en la obra muerta del buque, es decir, por encima de la línea de flotación. Pero normalmente se la llama como cubierta de entrepuentes y primera batería. En ella se encuentran los cañones que forman la citada primera batería, puente o andana, también denominada batería baja. Como es lógico pensar, aquí se asientan las piezas de mayor calibre, porque al ser más pesadas ayudan a estabilizar el buque. Y aunque ahora observes escasas piezas de a 18, aquí normalmente deberían encontrarse 28 piezas de a 24 o, incluso, de a 36. Ya lo comprobarás cuando salgamos de La Habana con el cargo de artillería completo.

—Pero hay más espacios hacia abajo.

—En efecto. Bajo esta cubierta se encuentra otra que recibe el nombre de sollado^[53]. En él...

—¿Y más abajo?

—Okumé, cojones, si me dejas y no te adelantas, te lo explicaré todo con detalle. —Asintió con la cabeza, sumiso—. Bajo el sollado, todo el espacio restante se denomina bodega, que desde proa a popa acomoda el pañol^[54] del contraamaestre y el asiento para el lastre o enjunque, un conjunto de piedras y elementos pesados como cañones en desuso, galápagos de plomo, barras de ferro y balerío viejo, que ofrecen el contrapeso necesario para proporcionar la debida estabilidad del navío.

En el *Asia*, el lastre es de 11.500 quintales nada menos. Por encima del lastre se sitúa la aguada, compuesta por unos 50 toneles, 18 toneletes, aunque lo normal son 70, 100 pipas y 40 cuarterolas, así como los barriles del vino. También se dispone de un falso sollado sobre la bodega y a proa, donde se estiban los cables de las anclas, tan necesarios en los fondeos, cuando la mar nos achucha a muerte.

—Bien que lo recuerdo, cuando nos faltaron y perdimos la corbeta Mosca en las islas Berlingas.

—La calidad y resistencia de los cables suponen, a veces, la vida o la muerte de un buque. Pero continuando con la explicación, hacia popa del falso sollado encontramos los cuerpos de las bombas de achique, así como la estiba del balerío y el mamparo de la santabárbara, compartimento capital porque es donde se almacena la pólvora en jarras de cobre. En este navío ese mamparo tan importante se encuentra construido de madera con ladrillo protector, aunque en otros se utiliza un doble mamparo relleno de arena húmeda, que ambos sistemas son aceptables para rendir la función de cortafuegos. A continuación, se presentan los pañoles del condestable, forrados de plomo para su debida protección, porque en él se encartucha la pólvora en saquetes para su uso posterior en los cañones. ¿Lo vas comprendiendo todo?

—Por supuesto, señor. Ya sabe que Okumé es negro y africano, pero la caza al vuelo. ¿Y qué podemos encontrar en esa cubierta llamada sollado, inmediata a esta de la primera batería?

—En el sollado se abre un pasillo por ambas bandas de proa a popa, que recibe el nombre de callejón de combate, separado del centro por un pequeño mamparo que no supera los dos pies. Es de extrema importancia, ya que por él se puede circular con entera libertad, y allí trabajan algunos carpinteros y sus ayudantes durante el combate. De forma especial cuando se reciben disparos enemigos a la lumbre del agua, que atraviesan el costado y es necesario cerrar por medio de los tapabalazos^[55], para que no se inunde el buque de agua. En el espacio central que deja el pasillo se encuentran, de proa a popa, el pañol de velas, así como los del carpintero y el sangrador. Este último se convierte, durante los combates, en la enfermería, y por esa razón presenta cierta amplitud. Si los heridos son muchos o se produce alguna epidemia, se instala otra enfermería cubierta arriba, en la de entrepuentes. En el centro aparecen las cabezas de las bombas de achique y la escotilla del pañol de balas. Más a popa, los pañoles del pan, del queso, las legumbres y la cocina.

—Todo esto me recuerda el castillo de las cuatro torres elevadas, que me mostró allá por tierras murcianas hace años, señor. Claro que para dar de comer a tantos hombres, es necesaria una frondosa despensa.

—Bien, continuemos y no hablemos de manduca, que ya me suenan las tripas y pienso en los filetes de pescado. Por encima de donde nos hallamos situados se encuentra otra cubierta llamada del combés y segunda batería, aunque también se la conoce como segunda cubierta. En ella se acomodan los cañones de mediano calibre, que en el caso de este buque serían precisamente

de a 18 libras. Tanto la primera como la segunda cubierta deben encontrarse despejadas en situación de combate para permitir el uso de la artillería. De ahí proviene la famosa orden de zafarrancho y prevención para el combate, en la que zafarrancho significa despejar las cubiertas para que puedan ser utilizados los cañones con libertad.

—Ese detalle no lo sabía, señor. Ahora lo comprendo. Porque he oído esa famosa voz en infinidad de ocasiones.

—No debes olvidar que nos encontramos en un navío de dos puentes, porque en los de tres se dispone de una cubierta más, la tercera, como es lógico pensar.

—Y el pobre Santísima Trinidad, que descansa allá en las profundidades de Neptuno, disponía de una más.

—Se trataba de un caso especial, el único navío de cuatro puentes que ha existido. El más armado del mundo con sus 140 cañones. Bien es cierto que la cuarta batería se consiguió embonando^[56] la cubierta del alcázar. Es una pena que se perdiera en Trafalgar porque me habría gustado embarcar en él. Mi padre lo mandaba en el combate del cabo de San Vicente y regresó a Cádiz en bandolas^[57] y con sus tablas al viento. Todavía por aquellos días disponía de tres puentes solamente. Fue precisamente al repararlo de sus graves heridas en el arsenal gaditano cuando el gran ingeniero Romero y Fernández de Landa decidió construirle la cuarta y definitiva batería. Decía mi pobre padre que era muy difícil de gobernar.

—Llegué a disfrutar de su estampa. Lo vi por primera vez en la bahía de Algeciras, cuando trasegaba el señor con las cañoneras. Y después durante el combate de Trafalgar, en el que cayó herido de muerte, a pesar de su impresionante poderío.

—La mar, especialmente en combate, se puede tragar el peñón de Gibraltar, llegado el caso. Bien, rematemos la faena. En la cubierta del combés, la segunda cubierta —señalé hacia arriba con el dedo—, a popa del palo trinquete se encuentran las grandes bitas, dobles y de bronce, por donde han de laborear los cables^[58] de las anclas. Este buque dispone de seis cables, con calibres entre las 21 y las 25 pulgadas. Y ya nos queda solamente una cubierta, la llamada del alcázar y castillo, aunque también es, si hablamos con propiedad, la tercera cubierta, por la que se mueve el personal al aire libre. De todas formas, a partir del palo mesana hacia popa, aparece otra pequeña cubierta superior que se llama...

—La toldilla.

—En efecto. Pasaré a describirte los alojamientos. La marinería duerme «entre cañones», como se suele decir en la Real Armada, porque entre los montajes de artillería cuelgan sus coys, pero especialmente en la cubierta de entrepuentes. En la del combés se alojan los oficiales de mar. Y a popa del palo mesana, aparece la cámara de oficiales de guerra y mayores, así como sus alojamientos. Todos ellos se forman al separar los compartimentos con lonas de quita y pon, que permitan ajustar la situación del buque en acuerdo con el número de embarcados y pasar con rapidez a la situación de combate. En el alcázar, a proa del mesana, se encuentra la rueda de gobierno o caña, que tú mismo has utilizado en el bergantín Penélope, mientras que a su popa y junto a la timonera se abre el despacho de la mayoría o detall y el camarote del comandante, con mamparos de madera, así como su cámara, que da, finalmente, a la galería o balconada. Por último, en la toldilla, junto al coronamiento, se encuentran los camarotes de los pilotos, así como el pañol de banderas.

—¡Qué barbaridad! Menos mal que son muchos los años de mar a su lado y que en el nacimiento me concedieron un cerebro apropiado para retener tanta información —Okumé rascaba su cabeza en significativa señal—. Me interesa otro aspecto, señor. Hace pocos minutos se encontraban estibando un ancla a proa. ¿De cuántas disponemos a bordo?

—Aunque parezcan muchas, nunca son suficientes. A ellas nos amarramos como cabo de salvación, cuando un temporal intenta atracarnos contra la costa y romper hasta la última tabla del barco. Se pueden observar en las amuras cuatro, dos a cada banda, tres de ellas de leva o pendura, mientras la cuarta se estiba en firme a estribor. Además de la palabra ancla, se utilizan a bordo para describirla, y con más frecuencia, las de ferro y fierro, aunque algunos contramaestres viejos todavía las denominan áncoras. La principal de las cuatro estibadas en las amuras, aunque sea tercera en el orden de contar, es la de la esperanza, también llamada ancla de horma, de forma o fórmata. Se encuentra estibada en la amura de estribor. En este buque debe de pesar unos 64 quintales y se larga por un cable de 22 pulgadas, con unas 120 brazas de longitud. También cuenta con las otras tres anclas, la menor llamada ancla sencilla, de leva o de cabera. A continuación, viene la conocida como ancla de uso o del ayuste. Y por último, nos queda el ancla cuarta o de respeto, estibada en firme como te decía en la amura de babor. Sus pesos oscilan entre los 50 y los 60 quintales aproximadamente. Y algunos navíos, como este fabuloso *Asia*, mantienen una quinta llamada ancla de la caridad,

aún de mayor peso que la de la esperanza. Suelen aparejarla como último respeto, y se almacena en posición desembarazada en la bodega.

—Y luego tenemos los anclotes.

—Tres anclotes, con pesos entre 14 y 18 quintales. Sin olvidar los rezones^[59] utilizados por las embarcaciones menores, que en este navío son la lancha, el bote y el serení^[60]. Los de tres puentes incorporan una falúa para el general.

—Pero en la fragata llamábamos falúa a...

—A la mejor de las embarcaciones menores. Se hace como norma porque la utiliza el comandante, aunque no sea una falúa en realidad, sino una lancha. Aquí también suelen denominarla en tal sentido.

Me detuve para mirar a Okumé, que movía la cabeza hacia ambos lados.

—Bueno, con esto me parece que cerramos la lección del día. Ya te informaré sobre los detalles del aparejo más adelante, aunque no creo que lo necesites. En la práctica es muy similar al de la fragata Proserpina o la corbeta Mosca, donde has embarcado. Pero como la guinda^[61] de sus palos es mayor, puede aumentar con otras velas en altura, así como entre palos.

—Eso lo comprendo perfectamente, señor, y no necesito mayores lecciones. No se preocupe, que pronto llegaré a dominar este navío como si se tratara de casa propia. Si me lo permite, una pregunta más y finalizo.

—Dime lo que quieras.

—¿Por qué embarcamos a bordo tanto personal del Ejército?

—Porque debemos defender nuestras provincias americanas de esos independentistas degenerados, que intentan olvidar el juramento a su señor. Como solamente disponemos de media dotación, hay cabida de sobra y podríamos embarcar más del doble.

—Le quedo muy agradecido por su lección, señor. De todas formas, rezaré a la Patrona para que sea usted capaz de manejar este mastodonte si la mar llega a mostrar su cara negra.

—Nunca vienen de más los rezos, Okumé, aunque sean dirigidos a los dioses griegos o romanos. Pero regresemos al alcázar y hazme llegar esos filetes de una vez, que echo de menos el pescado fresco.

—Ahora mismo, señor.

Aunque a bordo muchos hicieron ascos a la carne del animal, comí con placer aquellos filetes rojos y suaves, que entraban por gargüero con extremo placer.

Y como lo acompañé de una generosa frasca de vino, un caldo que cada día encontraba de mejor sabor y todavía no mostraba rastros de vinagre fino,

dormí una pequeña siesta antes de regresar a cubierta y comprobar que la calma muerta se mantenía en brete sin un mínimo cambio.

* * *

Se alargó la jodida mar en plata sin un miserable vagajillo durante tres días más, como si hubiéramos alcanzado la zona de las calmas que separan los Alisios del norte y los del sur, aunque nos encontráramos en los 28 grados de latitud. Pero así es la mar, que no siempre acompaña a los tratados marítimos en línea, sino que les da la vuelta y los retuerce a su placer, para demostrar que la gran señora se encuentra por encima de todos los sabios. Por fortuna, se portó en orden el dios Eolo tras su ausencia. Porque sin entrar en cambio brusco, que nunca agrada, el soplo comenzó en el habitual tontoneo del norte con suave ventolina, para acabar en fuerza de todas las velas una jornada después. Como a veces caía de dirección alguna cuarta hacia el oeste, debimos navegar desde el través a un largo, pero con todo el aparejo largado y chupando millas como lagarto en torrentera. De esta forma, la querida rutina regresó a bordo, sin que el personal de transporte, tan dado a las quejas que la vida en un buque ofrece, levantara murmullos en demasía.

Quienes hayan leído alguno de los cuadernillos pergeñados por los miembros de la familia Leñanza con mayor o menor acierto conocen nuestra opinión sobre la mar y sus condiciones. Porque la gran señora de las aguas se comporta en demasiadas ocasiones como putorrón caprichosa, enjaulada en sedas. Pero no crean que ahora intento narrarles un temporal de borlas sufrido por el *Asia*, en contraposición a la encalmada de cruces. Por el contrario, intento certificar que la vida misma, ya sea a bordo o en tierra, en mucho se asemeja al vaivén tornadizo de la mar y sus cambiantes deseos.

Tras un crepúsculo esplendoroso, abierto de fantástico cariz sin una sola nube en la cúpula, visibilidad absoluta y mar rizada, charlaba en el alcázar con mis oficiales sobre los nuevos métodos de navegación. En concreto discutíamos sobre el sistema recomendado por la escuela de pilotos, del corte del sol a la meridiana, cuando alcanza su máxima elevación, con la altura del astro rey observado en circunstancias favorables en la mañana. Creo que fue en aquel momento cuando apareció el primer cirujano en cubierta, con el semblante caído en sombras. Y no era don Leonardo de Navas de los que rinden lanza al primer ataque. Más bien al contrario, se trataba de hombre optimista y muy científico, defensor a ultranza del concienzudo estudio y comparación de las viejas y nuevas teorías sobre las enfermedades y sus

posibles remedios. El único problema sobresalía cuando deseaba explicarlos al detalle en la cámara, momento en el que los oficiales comenzaban a escapar de su lado con cualquier motivo. Como entendí que deseaba hablar conmigo en privado, me separé del grupo y subí hasta la toldilla, indicándole que me siguiera. No tardó ni un segundo en entrar con la procesión que amparaba en venas.

—Estoy un tanto preocupado, señor comandante. Y ya sabe que no acudiría ante vos sin razón de peso.

—¿Algún herido grave? No hemos sufrido contusiones de importancia en estos días.

—Nada de eso, señor. Los enfermos habituales por la vida cotidiana a bordo evolucionan bien. Sin embargo —masajeó su cara con cierto nerviosismo—, recordará que en el parte entregado hace tres días, apuntaba la situación de un artillero preferente con unos síntomas que poco me agradaban. Se trataba de un muchacho malagueño de unos 20 años de edad y temperamento sanguíneobilioso. Sus síntomas principales eran calentura alta y fuertes dolores de cabeza. Asimismo, afirmó que llevaba tres días con escaso apetito, escalofríos, algún calor pasajero y dolores por las rodillas y espaldas. Todos estos síntomas habían cursado en aumento, hasta aquel día en que decidió acudir a la enfermería para buscar socorro. Ya sabe, señor, que no son muy dados los miembros de la dotación a presentarse voluntariamente al cirujano si no se sienten mal de verdad, con esa estúpida creencia de que quien entra en la enfermería, sale de ella con bala en saco^[62].

—Siempre comunico a los oficiales de mar y jefes de guardia, así como a los cirujanos, la conveniencia de explicar a nuestros hombres la necesidad de acudir al galeno o sangrador con los primeros síntomas de cualquier enfermedad. Pero como asegura, esa creencia de absoluto rechazo a la chaza roja^[63] es difícil de erradicar.

—Además de los síntomas expuestos, este hombre presentaba la lengua cubierta de costra blanca y sentía poco dolor al comprimírsele el epigastrio, aunque sufriera náuseas y amargor de boca. No había hecho cámara^[64] en los tres últimos días y orinado muy poco. Tales síntomas se pueden asociar a un proceso de descomposición normal o..., o a algo peor. Y como esta misma mañana han aparecido en la enfermería tres hombres más con parecidos síntomas, he comenzado a preocuparme.

—Cuando se refiere a algo peor, ¿qué quiere decir exactamente?

—A las calenturas pútridas, señor.

—¿Calenturas pútridas? Bueno, es una enfermedad muy habitual a bordo de casi todos los buques que por el mundo navegan. Pero me extraña en esta particular ocasión, porque suele acaecer en épocas o parajes de elevadas temperaturas y espesa humedad. ¿No es así?

—En efecto, señor. Pero no es extraño que aparezca un foco aislado en cualquier época del año y estación. Y en este caso, con el aumento de temperatura, humedad muy elevada y hacinamiento a bordo, puede propagarse con mayor facilidad.

—Supongo que se tomarían las medidas sanitarias que le indiqué al salir a la mar. Siempre he sido muy cuidadoso en el aspecto de tales medidas, especialmente en comisiones a Indias. Además de aumentar las mangueras de ventilación, especialmente en días de calma y achicharramiento como los que hemos sufrido, es de obligación inexcusable llevar a cabo baldeos de las cubiertas bajas con cepillos empapados en vinagre y sal en las pocetas, sahumeros a base de sofiones de pólvora y alguna hierba olorosa, si se dispone de ella, y otras medidas que intentan purificar el ambiente y evitar enfermedades o plagas. Y ahí también me remito a la utilización de las cenizas para limpieza de grietas, tal y como recomendaba el general Escaño en sus instrucciones generales, producto de sus investigaciones químicas.

—En las que mucho creo, señor. Puede estar seguro de que todo se ha seguido al punto, por haber sido ordenado de su mano y porque creo firmemente en tales medidas. Asimismo, el segundo comandante ordenó orear convenientemente los coys en el castillo, mudarse de camisa y afeitarse todos los hombres una vez a la semana, lavarse los pies todos los días y peinarse cada mañana con púa trenzada para eliminar los parásitos que acaban por preñar lumbreras. Incluso tras los zafarranchos de limpieza, se sahumaban con hierbas de arrobe los parajes menos ventilados del navío. Y encendimos balas de paja húmeda, que introducíamos y sacábamos de forma alternativa, siguiendo los estudios del cirujano segundo don José de Maya, un joven con elevados estudios.

—Parece un buen hombre aunque un poco taciturno y de escaso parlamento —repuse mientras recordaba el rostro del cirujano al que aludíamos.

—Porque anda todo el día con pensamientos profesionales. Pero regresando al tema principal, a pesar de llevar a cabo todas las medidas de prevención conocidas por la ciencia, siento decir que me temo..., bueno, estimo que podemos encontrarnos en los primeros momentos de una epidemia de fiebres pútridas.

—¿Qué tipo de fiebres? ¿La habitual a bordo o de esas que corroen los intestinos?

—Con estos síntomas, señor, me inclino a pensar en fiebres pútridas biliosas del tipo maligno, que se desarrollan en epidemia con gran facilidad.

—Vaya por Dios. Pues no se trata de buena noticia. ¿Está seguro de sus observaciones?

—No puedo declararlo en pliego de ley con tan escasos casos y pocos días de curso. Se trata de un temor, en el que concuerdan mis dos cirujanos ayudantes.

—Creo que la última epidemia grave de tal enfermedad se sufrió a bordo del navío Miño, en su derrota desde Cartagena hacia Constantinopla, hace unos quince años aproximadamente.

—En efecto, señor. Y se llevó a cabo un profundo estudio de cada uno de los casos, con determinaciones que fueron aprobadas por el cirujano mayor de la Armada, don Joseph Sánchez. Y algunas de ellas fueron comprobadas posteriormente en el Real Jardín de Madrid, donde se cultiva esta ciencia sin nada que envidiar a otros establecimientos extranjeros.

—Bien, viremos al centro, don Leonardo. ¿Qué dudas le atacan para exponerme tanto tratado?

—Verá, señor. Por un lado se encuentran en vigor las medidas aprobadas por don Joseph Sánchez, basadas en los estudios de los eminentes cirujanos Pons y Abreda. Y así hemos tratado a los cuatro enfermos hasta el momento. No obstante, el cirujano segundo don José de Maya, apoyado por su compañero don Francisco de Paula Guerra, son partidarios de las últimas averiguaciones y método de cura para estos males epidémicos, expuestos en un magnífico trabajo por don Joseph de Masdevall, que fue nombrado cirujano de su majestad en los últimos días del reinado de don Carlos IV.

—¿Y cuál es su opinión?

—Pues por mi parte continuaría con los métodos remitidos por el Real Colegio de Medicina y Cirugía de la Armada. Si comprobamos que no mejoran o que la epidemia se expande, podemos tratar algunos enfermos con el método Masdevall. Un sistema, por cierto, más sencillo que cualquier otro aventurado anteriormente.

—¿Qué pócimas recomienda ese innovador método? —Me aburría la parla del galeno, pero debía mostrar interés por su dedicación.

—El licenciado Masdevall expone que, de acuerdo con la doctrina general, se debe comenzar por los eméticos al principio de estos males. Pero aconseja tener en cuenta que dichos medicamentos producen mejor efecto

cuando los enfermos han utilizado previamente y durante algún tiempo los digestivos. Porque como decía el venerable Hipócrates, se deben evacuar los humores cocidos, no los crudos. La novedad de Masdevall es la sencilla utilización de su remedio al principio del mal, una mixtura compuesta por cinco onzas de agua de escorzonera u otra semejante, una onza de vino emético y una dracma de crémor de tártaro. Ordena ofrecer una cucharada de esta mixtura, desleída en tres o cuatro onzas de agua común. El enfermo debe beber después de la toma un poco de esta.

—¿Eso es todo?

—No, señor. Pasada una hora, se debe ofrecer al enfermo una taza de caldo de cocimiento de pan sin gordura, al que considera muy útil. Esta alternativa de mixtura y alimento ha de mantenerse durante tres o cuatro días, advirtiéndole que, desde el segundo, sean más frecuentes las tomas de mixtura, esto es, cada dos horas.

Quedó don Leonardo en silencio, al tiempo que me dirigía la mirada con fijeza, como si buscara mi aprobación a los métodos expuestos, cuyos detalles acababan de volar de mi cabeza con rapidez. En verdad no sabía qué decir ni hacer. Porque era mucha la ciencia depositada en aquella cabeza rapada, pero no parecía gozar del don de la decisión.

—Vamos a ver si nos aclaramos, don Leonardo. No esperará que sea yo quien decida el método que se debe emplear para la curación de esa epidemia que, por cierto, todavía no se ha producido. Según deduzco de sus palabras, existen dos métodos diferentes para aplicar a los enfermos, a los que se les supone atacados por calenturas pútridas malignas. Uno el que proponen sus jóvenes cirujanos ayudantes, mientras que usted ha aplicado hasta ahora el clásico, dictado por nuestra autoridad médica. Pues bien, esa es su decisión personal, que no debe cargar sobre otros hombros en ningún momento. ¿Disponemos a bordo del conjunto de ese material que ha nombrado para fabricar todos los brebajes y mixturas?

—El agua de escorzonera es imposible de localizar a bordo de los buques. Y es una pena que no aparezca esa hierba en el listado de tales elementos que se deben embarcar. Porque una vez cocidas, su caldo supone un diurético y alimento magnífico...

—¡Por los cojones del bajá mamón, don Leonardo! Deje de derivar por términos de su especialidad, que resuenan en mis oídos como idioma hebreo, y conteste por llano a mi pregunta. ¿Pueden administrar a bordo esos dos diferentes métodos?

—Por supuesto, señor. Y hemos de agradecerlo al segundo cirujano, don José de Maya, que por su propia iniciativa embarcó una generosa cantidad de crémor tártaro y...

—Muy bien —corté de nuevo—. Pues aplique a esos cuatro hombres el remedio que estime oportuno e infórmeme diariamente del curso de la enfermedad a bordo.

Lancé mis últimas palabras en el sentido de que la conversación había llegado a su final. Porque en caso contrario, podía alcanzarnos el crepúsculo de la tarde todavía entrados en plática sobre las hierbas curativas y métodos para eliminar cualquier enfermedad. Me moví hacia la escala del alcázar para que comprendiera con claridad mis intenciones.

—Muy bien, señor comandante. Lo mantendré informado al punto y con todo detalle.

—Muchas gracias, don Leonardo. Sepa que confío plenamente en sus conocimientos.

—Se lo agradezco, señor.

Debo ser sincero y expresar que poco me preocuparon las palabras científicas del cirujano primero. Porque no era la primera vez que sufría de calenturas pútridas a bordo, incluso con alguna baja, especialmente en hombres con escasa vitalidad. Sin embargo, un par de horas después y charlando con el contramaestre sobre posibilidades futuras del viento, el viejo nostramo cambió el giro de la conversación para lanzar una sentencia de las suyas, que en esta ocasión me tomó de través.

—No tendremos problemas de gravedad con el viento y la mar durante algunos días, señor. Tan sólo debe preocuparnos la entrada en las Antillas, y que no nos tome algún farol dorado en sus aguas. No obstante y si me lo permite, señor, debo declararle una nueva mala. Me entra por la narizota que se han instalado a bordo los..., los miasmas de la bicha —al tiempo que pronunciaba su frase, lanzaba con los dedos señales hacia la mar en prevención—. Y sería muy dañina tal situación.

—¿Los miasmas de la bicha? Por todos los cristos, don Jacinto, que jamás oí tal jaculatoria a bordo de cualquier buque.

—Ahora los galenos, con toda su ciencia a la espalda —empleaba un tono despectivo—, las llaman como calenturas pútridas malignas o algo parecido, señor. Una vez sufrí epidemia de ese mal a bordo del navío Bahama y murieron bastantes hombres. Pero su nombre real es el que le he nombrado y no se debe repetir, sin ofrecer señal de socorro al dios Neptuno.

—Los miasmas de la bicha —repetí mientras observaba cómo don Jacinto empleaba el mismo sistema con sus manos—. ¿Por qué lo estima así, nostramo?

—Lo huelo, señor. —Se tocaba la nariz con el dedo índice al tiempo que adoptaba un gesto de seguridad—. No suele fallarme este método. Me alcanzó el aroma hace dos días y esta mañana, cuando bajé al pañol, no me cupo duda alguna cuando atravesé las dos cubiertas. Caerán hombres a la mar en saca fúnebre, por desgracia.

Quedé en silencio, mientras dirigía la vista hacia la mar. Si las palabras del cirujano no me habían preocupado, la sentencia del contramaestre, en apoyo de tan nefasta circunstancia, me hizo pensar en nuevas posibilidades de colores inciertos. En primer lugar, el aroma de la muerte y tragedia añadida. Pero también, desde un punto de vista personal, no debía olvidar la escasa dotación de la que disponía para marinar el navío, así como el elevado número de hombres en situación de transporte. Para bien o para mal, no quedaba más opción que esperar y verlas venir, una vez que los cirujanos se hallaban al tanto del problema y decididos a utilizar todos los métodos posibles al alcance de la mano. Pensé que lo notificaría solamente al segundo comandante y al coronel del regimiento. Por otro lado, eran muchas las millas que nos restaban hasta alcanzar nuestro destino, y deberíamos lidiar aquel toro de cuernos alzados en percha dentro del propio corral. Por si acaso y de forma automática, elevé un rezo a la Patrona, al tiempo que sentía un ligero escalofrío.

12. Epidemia a bordo

Aunque esperaba que la situación sanitaria se desarrollara dentro de los límites y el progreso habitual, con las discusiones acostumbradas entre los diferentes cirujanos, a favor y en contra sobre los síntomas de los enfermos, la cometa de fuego se alzó en vuelo contra el atribulado navío *Asia* con desatada furia e inesperada rapidez. Tan sólo tres días después de mi conversación con don Leonardo de Navas, aumentaban hasta veintisiete los hombres afectados por el mal general. No cabía duda de que la epidemia de calenturas pútridas se nos mostraba servida en sobresalto y a la cara, con el desastroso añadido de su malignidad sin discusión posible. Tan sólo el cirujano de Paula opinaba que la misma constante y jamás interrumpida observación ha enseñado a los médicos que los males epidémicos de larga duración, aun cuando en sus principios hayan sido benignos, por lo común degeneran hacia la malignidad, se hacen contagiosos y disponen a los cuerpos a la disolución, la corrupción y la muerte misma. Y no me alegraba una mota escuchar aquella triste disertación.

Pero les ampara razón sobrada a quienes han opinado a lo largo de mi vida sobre el auxilio casi permanente de la buena estrella, aunque algunas situaciones padecidas en carnes propias pudieran desmentirlo. Porque una vez sufrido el mal a bordo, la suerte me había ofrecido la mejor de las caras. Me refiero a que se trataba de una inesperada garantía disponer en el navío *Asia* de tres cirujanos con extraordinario cerebro, grandes conocimientos y reconocido prestigio. Y aunque en las opiniones profesionales no corrieran todos por la misma vertiente, se comprobaba de lejos su sabiduría y dedicación casi absoluta a la ciencia médica.

De acuerdo con el parecer de los cirujanos, decidimos establecer a los enfermos en cama corrida a proa de la cubierta de entrepuentes, con su escotillón o portería abierta, dado que las condiciones de viento y mar lo permitían. De esta forma, quedaban los hombres emplazados como si se

tratara de una extensión básica de la enfermería y a mano de los elementos de curación. Y en tal zona se aumentaban los sahumeros, baldeos y medidas higiénicas necesarias. Tan sólo a doña Mercedes de Gavilán, que también había enfermado con los mismos síntomas para extrañeza de los galenos, por su cualidad de mujer se la instalaba en una ampliación de lonas, que la aislaba de sus otras dos compañeras de viaje.

Mientras los cirujanos preparaban noche y día las mixturas, pócimas y ungüentos necesarios, sin disminuir en sus apreciaciones y discusiones, en la quinta jornada de la epidemia se producía la primera de las muertes en nuestro buque. Y se trataba de un detalle que mucha alarma causó a bordo, al comprobar la rapidez con la que había cursado la temible enfermedad. No obstante, nos alivió en grado la opinión elevada por el segundo cirujano don José de Maya, al explicar que se trataba de un soldado de infantería, esclavo moro redimido y cristianado, quien sufría del mal desde muchos días atrás, sin que hubiera decidido acudir al socorro profesional. El joven galeno argumentaba asimismo, que en tales personas actuaba de forma muy negativa su extraño modo de vivir. De forma especial aludía a su alimentación a base de arroz, alcuzcuz^[65] y carnes, con ingredientes transportados en bolsas sucias y con posibles gérmenes malignos adosados, todo ello preparado con independencia. Sin olvidar el importante detalle de la ausencia total en su dieta de vino, un producto que tan magnífico efecto emético produce. En conjunto, todo ello aumentaba las posibilidades de enfermar, al tiempo que disminuían sus escasas defensas naturales para luchar contra el mal.

Cuando se produjo a bordo el lanzamiento del primer cuerpo hacia las aguas, el temor comenzó a generalizarse entre nuestros hombres, los del Ejército y el pasaje. Y aunque intentáramos llevar a cabo la sencilla ceremonia con rapidez y casi a escondidas, corrió la noticia por las cubiertas como reguero de pólvora. Se trataba de un notable contratiempo. Porque si ya era difícil que los afectados concurrieran en la enfermería con los primeros síntomas, medida de todo punto necesario para evitar la directa transmisión, el miedo a ser enviado a los reinos de Neptuno aumentaba sin control. Por tal razón y reunido con mis oficiales en su cámara, invité a los mandos del Ejército. Y no entré en rebajas de manga estrecha, sino exponiendo la verdad desde el primer momento.

—Señores, les supongo al día de la gravedad de la situación que atravesamos. La elevada malignidad de las fiebres se ha demostrado con cierta claridad. Hablando con absoluta sinceridad, podemos afirmar que sufrimos una epidemia de calenturas pútridas de la peor especie. Los

cirujanos han tomado todas las medidas pertinentes en cuanto al aumento de víveres de salud que se aportan en las raciones diarias, necesaria higiene de alojamientos y personal embarcado, así como todo lo que la experiencia médica recomienda para estos casos. Pero consideramos de la máxima importancia que todos aquellos aquejados por el mal con los síntomas expuestos por el primer cirujano acudan a la enfermería sin esperar a una curación espontánea o por miedo a empeorar su situación al recibir el tratamiento. En caso contrario, la epidemia se propagaría en mayor medida, lo que debemos intentar impedir. Si mantienen alguna incertidumbre, no duden en formularla. El cirujano primero o yo mismo intentaremos aclararlas.

No esperó un segundo el coronel del regimiento de infantería de Talavera, don Rafael Maroto, para elevar la pregunta que todos guardaban en sus corazones.

—Aunque ya hemos hablado del tema con cierta profundidad, señor comandante, me gustaría saber las posibilidades de curación, una vez cualquier hombre haya enfermado.

Realicé una ligera seña al cirujano para que tomara la palabra. Y me agradó comprobar que hablaba con decisión y gran seguridad en sus aseveraciones.

—Su pregunta es muy difícil de responder en concreto y con cierta exactitud, señor coronel. Todo cuerpo humano atacado por las fiebres pútridas malignas, bien sea a bordo de cualquier buque o en tierra, puede desembocar en la muerte. Tal posibilidad dependerá de muchos factores, como el momento en el que se le impongan los primeros remedios curativos, su propia resistencia física a la enfermedad, la oposición que sus humores pueden presentar en determinadas partes del cuerpo y una alargada relación de términos parecidos. En los buques las epidemias cobran una mayor importancia y severidad por la imposibilidad del total aislamiento del personal expuesto. De todas formas, estimamos que una vez estabilizada la epidemia y con el personal enfermo bajo control, no deberá elevarse de forma excesiva el porcentaje de óbitos.

—Supongo que a bordo de este navío —continuó el coronel—, los remedios de los que se dispone serán bastante limitados. Vamos, que se haría necesario dirigirse con la mayor rapidez a un puerto, donde se puedan tomar otras medidas más efectivas.

Decidí que debía tomar la voz para aclarar un punto de gran importancia, que parecía quedar en duda.

—Mire, coronel, en estos momentos nos encontramos en una latitud cercana a nuestro puerto de destino. En cuanto a la longitud, en pocas jornadas cruzaremos el meridiano de los 40 grados, mientras que las primeras islas antillanas abren boca por los 70. Esto quiere decir que la posición actual del navío *Asia* podemos situarla, prácticamente, en un punto medio del mar del Norte^[66]. Ni siquiera merecería la pena aproar a las islas Azores por la elevada distancia que nos separa de ellas y el problema que supondría en cuanto a víveres. Queramos o no, deberemos sufrir y vencer esta maligna epidemia a bordo y con nuestros propios medios. Lo que debemos hacer es colaborar al máximo con las instrucciones de los galenos y que caigan enfermos el menor número de hombres. Y dentro de ese cupo, que el mayor número superen la enfermedad. En cuanto a los remedios posibles, creo que nos encontramos en la mejor disposición, ¿no es así, don Leonardo?

—Al señor comandante le ampara toda la razón en sus palabras. El tratamiento que reciben los enfermos en estos momentos no se diferenciaría prácticamente nada del que les sería ofrecido en cualquier hospital. Se trata de una enfermedad bastante conocida en las ciudades españolas cálidas y en los buques de la Real Armada. Le repito que el problema a bordo es la facilidad de contagio y la imposibilidad de aislamiento, por lo que es fundamental que se sigan nuestras instrucciones. En cuanto al soldado muerto, y las informaciones ofrecidas por sus compañeros más cercanos nos hacen pensar que posiblemente engendrara los miasmas con anterioridad a su embarque. Ha sido determinante en forma negativa que asistiese a la enfermería cuando cursaba los síntomas finales de la enfermedad. Y es probable que haya contagiado a bastantes compañeros.

—¿Cuándo se puede dar la epidemia por controlada o finalizada? — preguntó el alférez de Dragones de Lima don José Calatayud.

—Cuando la curva de afectados disminuya en parecido grado al de su inicio. Es lógico pensar que serán los más débiles quienes se vean afectados con mayor facilidad y con mayores posibilidades de entrar en trance de extrema gravedad.

Levantamos la sesión con rapidez, porque tampoco deseaba extenderla con temas demasiado específicos. Lo importante se cifraba en que recomendaran a sus hombres la necesidad del rápido auxilio, y lo habíamos repetido de forma suficiente. No obstante, pude comprobar cómo se reflejaba en los oficiales del Ejército la preocupación por el mal epidémico. Y no quiero decir que los míos ofrecieran mayor robustez mental, sino que a bordo de los buques de la Armada se trataba de situación padecida por la mayoría,

bien fueran las fiebres pútridas, el escorbuto u otras enfermedades tan habituales en la mar, con las especiales condiciones de vida que la gran señora impone.

Aunque les pueda parecer extraño y morboso, llegué a estimar que los tres cirujanos disfrutaban con la situación. Desde luego, desde un punto de vista puramente profesional, al poder experimentar los diferentes sistemas curativos entre grupos heterogéneos y anotar de forma concienzuda todas las observaciones. Porque llevaban una relación diaria de síntomas, remedios, reacciones y todo lo que pudiera ayudar a esclarecer el mejor de los remedios para el futuro. Y ya de entrada puedo destacar la especial inteligencia y sensibilidad del cirujano segundo don José de Maya, al que sus propios compañeros le estimaban un gran futuro en su carrera.

Para dar ejemplo y rebajar los temores, visité la enfermería, acompañado por mis oficiales de guerra, mayores y de mar en diversas ocasiones. El mismo remedio recomendé al coronel Maroto sobre sus hombres. Y en verdad que la calificación endosada a la enfermedad, ese adjetivo de pútrida, expresaba la más viva de las realidades. Porque el hedor extendido en la cubierta de entrepuentes, eso que el contramaestre llamaba como los miasmas de la bicha, se hacía insoportable para cualquier ser humano. Se debe tener en cuenta que, a pesar de las diarias limpiezas, baldeos y sahumeros, todas las deposiciones de los enfermos, por cualquiera de las vías corporales posibles, tanto de vientre como regurgitaciones u orina, elevaban en su conjunto un olor nauseabundo, muy cercano a lo que entendemos como esencia propia de la muerte.

Por fortuna, el viento y la mar se ceñían a favor del navío y sus hombres. Porque el soplo no elevaba cresta por encima de frescachón y se mantenía del primer cuadrante en beneficio de la derrota que debíamos seguir, lo que permitía mantener el escotillón abierto en su mitad. Aumentados los manguerotes de ventilación al máximo y con muchos voluntarios del Ejército apiñados en las brigadas de limpieza, se alivió de forma notable la situación. No obstante, diez días después del comienzo de la fase epidémica, ascendían a 196 los afectados por el mal, aunque algunos se encontraran en franca mejoría y cercanos a recibir el alta. Y aunque entrara en egoísmo puro y duro, eran pocos los marineros y grumetes que caían enfermos, posiblemente por su diario ajetreo en superficie. No se trataba de ambición propia, bien lo sabe Dios, sino que pensaba en la necesidad de marinar el buque hasta nuestro destino. Entre otros ejemplos, mucho sufrió el contramaestre al comprobar

que Canillero, uno de los mejores gavieros, quedaba emplazado en la cubierta de enfermos, aunque remontara el vuelo con rapidez.

También llegaron las muertes en el triste reguero y a cuentagotas de dolor. Y si al principio decidimos llevar a cabo la ceremonia de funeral marítimo a mediodía y con cierta deferencia, por recomendación de los cirujanos y con el consentimiento del capellán don Luis González Romero, hombre sano, fuerte y con panza cardenalicia, todo muerto era lanzado a las aguas con extrema rapidez y breve ceremonia, para evitar el contagio que su podredumbre podía ofrecer. Y entre aquellos cuerpos rendidos a las aguas, entro en el cupo doña Mercedes de Gavilán, mujer treintañera y guapetona de rostro, pero muy floja de carnes y piel con tintes de escasa salud.

Pero todavía debía caer sobre mis hombros la más negra de las nubes, una rumazón de rosca capaz de esquilmar mi alma. Este triste episodio comenzó una mañana en la que regresaba a mi cámara, tras conversar con los cirujanos, como siempre reunidos en comité. Por fin habían decidido prescribir a todos los enfermos el sistema expuesto por el doctor Masevall en su obra, porque sin duda alguna mejoraban con mayor rapidez y, más importante, con menos riesgo para sus vidas. Tomé asiento para recibir el almuerzo, que la vista de la podredumbre aviva el apetito por alto. Cuando Okumé me servía un caldo espeso de gorullo, comprobé su rostro perlado de gruesas gotas de sudor. Como nos movíamos con elevado calor, no me llamó la atención en un principio, aunque el duende comenzara a ronronear en suave.

—Mucho sudas, africano. Nunca te ha afectado en tal medida las altas temperaturas.

En lugar de contestarme con su habitual confianza, esquivó la respuesta con la excusa de su necesidad de acudir a la cocina para incorporar el siguiente plato. Quedé pensativo, al tiempo que recordaba sus ojos demasiado saltones, parecidos al que se ofrece bajo estado febril, aunque bien es cierto que los africanos parecen sacar los ojos de sus órbitas, condicionante de su propia raza. Y cuando regresó de nuevo a la cámara, me aumentaron las dudas al punto de entrarle por derecho.

—¿Te encuentras bien, Okumé?

—¿Por qué lo pregunta, señor? —contestó de forma evasiva.

—Vamos, amigo mío, no me vengas con rodeos absurdos. Sudas en exceso y presentas aspecto febril.

—Se trata de un simple enfriamiento, señor. Y ya lo voy tratando con mis propias hierbas.

—¿Te duele la cabeza? ¿Sientes como un peso anormal en el estómago? ¿Sufres sed, escalofríos y sofocos? —preguntaba con rapidez y cierto nerviosismo, que galopaba en aumento.

—¿Acaso estima el señor que padezco esa enfermedad epidémica?

—No has contestado a mis preguntas.

—Esos síntomas que menciona son los habituales en los procesos de enfriamiento, señor.

—Cojones, Okumé, deja de buscarme las vueltas en doble. Sabes que mucho te aprecio, como a un hermano, y no podría perderte. Por tal razón quiero que te cures si llegas a enfermar.

—Ya tomo de mis hierbas medicinales al punto, señor. Puede estar seguro de que son un remedio superior a esas mixturas asquerosas que preparan los galenos. Curaré en pocos días.

—He creído siempre en esas recetas, que te traspasara el sabio Setum en su momento. Pero en esta ocasión no estoy de acuerdo. Los tres cirujanos son unos excelentes profesionales. Con su extenuante trabajo, reducen de forma drástica el número de muertes. Ese nuevo tratamiento es positivo sin posible duda.

—¿Positivo? Pues ya hemos lanzado más de treinta cuerpos al agua, señor.

—Y no quiero que te sumes a esa lista de ninguna forma. Es fundamental que se ataque la enfermedad en sus inicios. A ver, enséñame la lengua.

—¿La lengua? ¿Por qué?

—Muéstreme tu lengua o te la saco con un chuzo de abordaje, africano.

Accedió por fin Okumé a mi petición, momento en el que me sentí desfallecer. Porque aparecía el apéndice con una costra blanca y espesa, como la mayor parte de los enfermos afectados por el mal. Los peores pensamientos pasaron por mi cabeza en torbellino, al convencerme de que ese viejo amigo, quien me había salvado la vida en tantas ocasiones, se encontraba preñado de las calenturas pútridas.

—¿Dónde se encuentra Barbate?

—Se encontrará en su antecámara, señor. ¿Desea que ocupe mi puesto?

—No digas más tonterías y avísalo inmediatamente de que acuda a mi presencia.

Cuando llegó el rapaz con su pata de palo y la sonrisa eterna en la boca, le ordené sin esperar un minuto.

—Barbate, corre a la enfermería y dile al primer cirujano, don Leonardo, que acuda a mi cámara con extrema urgencia, sin perder un segundo.

—Voy a la carrera, señor.

—No pienso ponerme en manos de... —comenzó a decir Okumé con decisión.

—No seas borrico o te arrojaré a los tiburones. Este tema no es para tomarlo a broma porque te juegas la vida, querido amigo. En cuanto aparezca el cirujano, te examinará de forma concienzuda y harás exactamente todo lo que te diga —ahora era yo quien elevaba la voz en tono autoritario—. Y te juro por mis antepasados que seguirás sus instrucciones al dedillo, aunque tenga que amarrarte con una maroma al cuello.

No se demoró don Leonardo en aparecer en la cámara. Tras exponerle mis dudas, comenzaba a explorar el cuerpo de Okumé, al tiempo que le efectuaba un buen número de preguntas sobre el estado de su cuerpo. El africano había cambiado por completo, hasta convertirse en una persona sumisa, una condición nada habitual en él, con su desprecio habitual hacia los galenos. Pero debía de ser la propia enfermedad la que lo forzaba a tal postura. Por su parte, don Leonardo se giró hacia mí, una vez finalizado su trabajo.

—Sin posible duda, señor, presenta todos los síntomas de las calenturas pútridas. Por fortuna se trata de un hombre fuerte, aunque debía haber acudido a la enfermería unos días atrás. Debe ser tratado de forma inmediata y recluido en la...

—No quiero que se le instale con el resto de los enfermos. Si es necesario, le ofrezco mi jergón. Ya sabe que para mí este hombre es mucho más que un amigo porque lo considero como un hermano de sangre. Por Dios bendito y la santa Patrona, don Leonardo, debe curarlo. No puedo perderlo de ninguna forma.

—Esperemos y confiemos en que sea así, señor. Haremos todo lo que se encuentre en nuestras manos y me ocuparé personalmente de él. Pero debe ser instalado con los demás en la cubierta de entrepuentes, donde le buscaré el sitio más oreado y limpio. Sería muy peligroso para vos que se mantuviera en tan estrecho contacto, si no le ha transmitido ya el mal.

—El cirujano tiene razón, señor —dijo Okumé en voz baja, como si elevara una petición—. Deje que marche con él y me cuiden con el resto de los enfermos. No había pensado en la peligrosa posibilidad de contagiarlo. Y ahora me duele mucho no haber acudido antes a la enfermería. No me perdonaría que por mi culpa...

—Deja los perdones en la popa. Sanarás y seguirás a mi lado durante muchos años. Toma todo lo que te recete don Leonardo sin evitar gota alguna y ya verás cómo respondes a esas mixturas en pocos días.

Marchó Okumé con el cirujano. Nunca olvidaré el triste e inolvidable cuadro al observarlo con la cabeza baja, como si hubiera envejecido de repente un buen número de años. Y cuando se cerró la puerta de la cámara, me sentí invadido por una profunda tristeza, como si hubiera perdido el alma a tirones de espuela. Quienes me habían prendido con la suerte de mi buena estrella debían de encontrarse en otros menesteres. Porque en las últimas semanas, tras el desastroso encuentro con Cristina y ahora el problema de mi inseparable africano, veía muy difícil poder remontar el vuelo, si es que tal situación era posible. Escuché las palabras de Barbate a mi lado, pronunciadas en sordina y gran esfuerzo.

—No debe preocuparse el señor en exceso. Okumé y los de su raza son hombres muy fuertes y resistentes a casi todos los males conocidos. Si muchos con aspecto de alfeñiques y escasa salud han superado por largo esas malditas calenturas, más fácil le será a él, con ese cuerpo tan parecido a un toro de lidia. Y tampoco se inquiete por su servicio personal, que mucho he aprendido de Okumé y lo cuidaré con todo esmero. Como puede comprobar, ya me acostumbé al uso de la pata de palo sin necesidad de muleta, y corro a más velocidad que algunos grumetes por la cubierta.

Observé el rostro compungido del fiel rapaz, cercano al llanto. Porque Okumé era para él como un dios y un padre al mismo tiempo, su única familia y referencia en la vida, que así lo consideraba. Y como también yo notaba un nudo de fuerza en la garganta, tan sólo pude pasarle la mano por el hombro y apretarlo con afecto. Le pedí que retirara la mesa, que yo no podía tomar ni un pequeño sorbo de agua. Porque la simple visión de Okumé tendido en la cubierta de enfermos, rodeado de aquella insoportable podredumbre y el nauseabundo olor me atacaba como si me clavaran una daga al rojo en el pecho.

* * *

La enfermedad de Okumé se alargó durante doce jornadas, unos días que siempre recordaré en mi alma como la peor de las experiencias sufridas. Asistía tres y cuatro veces al día a visitarlo. Y aunque el buen africano intentaba sonreír en mi presencia, comprendía que su vida se iba perdiendo poco a poco. Discutía con los cirujanos, a veces con la voz en alto y sin medir rigores, para que encontraran una solución. Y cuando ya la situación parecía del todo irreversible, don Leonardo me habló con extrema sinceridad.

—Debe tener en cuenta, señor, que todavía el cuerpo humano y el desarrollo de los humores malignos que le atacan se nos escapan de las manos con mucha facilidad, demasiada diría yo. Es cierto que conocemos en profundidad la anatomía del cuerpo, pero andamos como niños en cuanto a su interrelación por venas y nervios. Esta mixtura recomendada por el doctor Masevall, por ejemplo, actúa de forma correcta en un elevado porcentaje de afectados. Normalmente las bajas deben producirse en enfermos mal constituidos, débiles de constitución o malnutridos. Asimismo, en aquellos que, por diferentes procesos, acaban llenos de obstrucciones en las entrañas, un grupo en el que, de acuerdo a los estudios del famoso galeno, deben fallecer en la cantidad de un tercio. Sin embargo, en su criado Okumé, un hombre de extrema fortaleza y robusta salud, nutrido en abundancia y corrección, parece obrar a la contra. Tanto así que hemos acabado por aplicarle el sistema tradicional aunque, por desgracia, no reaccione tampoco y sus defensas disminuyan día a día. Y precisamente ahora que, según parece, hemos superado el listón de la epidemia, vamos a fracasar con quien..., con quien tanto nos importa.

—¿Quiere decir...?

—Sería absurdo escapar a la realidad, señor. Debe prepararse para lo peor, y mucho siento tener que pronunciar estas palabras. Las evacuaciones de Okumé son biliosas al límite y apenas prueba bocado, ni con fuerza de aparejo. Le administramos los remedios como a pajarito recién nacido. En nuestra opinión —miró a sus ayudantes—, solamente un milagro podría salvarlo.

—¡Malditas sean las ánimas negras y sus putorronas crías! ¡Satanás en persona ha debido preparar esta amenaza! ¡No es posible! ¡Okumé no puede morir!

Los tres cirujanos quedaron en silencio. Y en verdad que nada quedaba por decir. De esta forma, me retiré cubiertas arriba para deambular por la toldilla como alma en pena. Y todos me concedían la necesaria soledad, al observar mi estado de postración.

Me olvidé de los vientos, de la mar y de sus corrientes. Poco o nada me importaba la derrota a seguir. Escuchaba las recomendaciones del segundo comandante y del piloto en ausencia de espíritu, asintiendo a todo como si nada me importaran. Y cuando hablé por última vez con mi fiel amigo, creí que moriría a su lado. Porque fue una experiencia terrible escuchar sus palabras, que llegaban a mis oídos como un lejano y suave silbido, al tiempo

que observaba su cuerpo enflaquecido y arruinado por el mal hasta el último de sus poros.

—No debe preocuparse por mí, señor. Tan sólo siento que, a partir de ahora, no pueda estar a su lado y protegerlo, como ha sucedido durante tantos años. Pero no queda solo. Barbate es un rapaz leal sin fisuras, de extrema bondad y plena dedicación a su servicio. Además, sería capaz de entregar su vida por vos. Sin olvidar que le he enseñado muy bien en su oficio. —Ofreció una desvaída sonrisa, una mueca que entendí más propia de mortaja—. No obstante, debe tomar otro criado para que lo ayude. Cuando me encuentre entre los santos, rogaré para que se solucione su problema con la niña Cristina. Porque el señor no merece una vida así, sino encontrar otra mujer que lo haga vibrar y con ella comenzar una nueva y feliz vida.

—Por favor, Okumé —también yo debía realizar un poderoso esfuerzo para emitir mis palabras—, no hables así. Ya verás como acabas por curarte. ¿Cómo voy a entrar en combate o superar un temporal de barbas blancas sin tenerte a mi lado? Dice el cirujano...

—No se deje engañar, señor. Los dos somos conscientes de que me encuentro cerca de entrar en las aguas para siempre. Después de todo, soy un hombre de mar o así me siento. Bien sabe Dios y Nuestra Señora del Rosario, la excelsa Patrona, que me gustaría descansar en la ermita de Santa Rosalía junto a Setum y todos aquellos a los que consideré como míos, sin merecerlo. Tan sólo le pido que junto a la tumba de Setum coloque una pequeña e insignificante lápida en la que pueda leerse: «Aunque su cuerpo repose en los fondos de la mar, el espíritu de Okumé...».

Fueron sus últimas palabras porque entró en un nuevo sueño del que, en esta ocasión, no volvió a despertar. Poco después, recogido en mi cámara, lloré cual niño desvalido. Mis lágrimas cayeron a chorro de manguerote espeso como jamás me había sucedido. Y necesité de fuerzas superiores para poder presidir la ceremonia de su lanzamiento a la mar, pronunciar unas sentidas palabras y comprobar cómo su cuerpo enlonado se sumergía hacia las profundidades. Una experiencia terrible porque en mi cerebro podía ver con exactitud que el bulto lastrado descendía poco a poco. Y creí entrever en su rostro negro una triste sonrisa, esa que exhibía en sus habituales despedidas.

Era consciente de que ya mi vida a bordo de los buques de la Armada nunca sería igual sin la presencia de Okumé a mi lado. Y no me refiero a sus cuidados o condimentos tan especiales, sino a esa segunda voz que siempre había necesitado. De tal forma me agarré a sus últimos consejos que dejé de pensar en Cristina, su recado y todo lo que pudiera envolver en su conjunto.

Creo que la muerte de Okumé me hizo madurar o envejecer en escasos segundos, como si debiera afrontar un nuevo peligro sin el necesario apoyo.

También Barbate lloró a manga ancha. Pero también aquel joven gaviero, que perdiera una pierna en el combate contra las fragatas francesas, se hizo un hombre de repente o así creí entenderlo. Pasó a ser mi único criado, compromiso que tomó sobre sus hombros con inigualable profesionalidad. Creo que, al igual que yo, intentaba olvidar la presencia de Okumé, un intento imposible porque en nuestras conversaciones hacíamos referencia a él en mil ocasiones.

Para colmar la taza de la desgracia, porque así lo sentí, Okumé fue el último hombre a bordo en perder la vida. Un triste remate a la plaga sufrida, una de esas condiciones inexplicables de nuestra existencia. Pero el conjunto de la epidemia dejaba muescas de sangre a bordo en macabra abundancia. En total habían sufrido la enfermedad 416 hombres y una mujer. Y 47 de ellos debieron ser arrojados a la mar en triste ceremonia. Por fortuna para el navío *Asia*, la mayor parte de las pérdidas correspondían a soldados del Ejército. En cuanto a marineros y grumetes, 8 bajas solamente. También era de anotar la pérdida de un maestro velero aprendiz, un cabo de cañón y un teniente del regimiento de Talavera. Sangre entregada a la gran señora en tributo por surcar sus caminos particulares. Pero así es la vida en la mar, que se cobra sus réditos aunque no se haya entrado en combate, si es que no se puede denominar de tal forma la lucha contra las olas o contra los cañones enemigos. Los 47 cuerpos que se habían abocado desde la borda hacia las aguas emplazarían su cementerio particular en terrenos del dios Neptuno, unas tumbas de mar que, como dice la canción marinera, no necesitarían flores para marcar su recuerdo.

13. San Cristóbal de La Habana

Tal y como habíamos decidido al planificar la derrota y gracias a los vientos, favorables en un gran porcentaje salvo las penosas encalmadas, que se volvieron a repetir para martirio de los enfermos recuperados, entramos en el glorioso mar de las Antillas por el paso de los Caicos, a pulso cierto en los 22 grados de latitud. Y añado el adjetivo de glorioso porque todo guardiamarina que inicia sus embarques en unidades de la Real Armada sueña con ese mar de aguas azules y transparentes, sus islas y el aroma que, según algunos, se percibe en sus costas y arenosas playas. Sin embargo, cuando aparece alguno de sus periódicos huracanes, que levantan los navíos al pulso, el agua se oscurece a plomo y se añora la bahía gaditana con toda el alma.

Aunque en los derroteros se marcaban algunos de los puntos en el paso de los Caicos como peligrosos para la navegación, debido a su escasa sonda y cayos dispersos, la confianza del piloto, con notas propias sobre la zona, me animó a alejar las dudas. Además, consideraba bueno para aumentar los conocimientos generales de mis oficiales la navegación por costas poco habituales, incluso aquellas sinuosas y con angosturas de palmo, que necesitan cierta precisión y ocho ojos atentos a las bandas, condición que aumenta su formación.

Se trataba de mi segunda experiencia personal por aquellas aguas. No obstante, en la ocasión anterior al mando del bergantín Penèlope, debí atravesar ese mar tan español a pecho descubierto por los 16 grados de latitud, obligado por el maldito huracán que nos desplumó de masteleros y casi nos arranca el alma. Por tal razón debimos tomar la isla de Cuba desde el sur, entre la isla de Jamaica y La Española.

Y si entonces hicimos la necesaria aguada en el puerto sureño de Santiago, antigua capital cubana, ahora nos sería necesario barajar la costa septentrional de la isla para alcanzar la ciudad que todos apelaban como nuestra perla antillana.

Cuando nos aprestábamos a tomar el famoso paso, convoqué a mis oficiales de guerra en el alcázar para que aprendieran, como era su obligación, los puntos más conocidos de aquellas aguas. Al mismo tiempo comencé a lanzar alguna pregunta a los jóvenes, que incitara el conocimiento histórico de las islas principales, tan unidas a la propia de España. Se trataba de una costumbre habitual en mi comportamiento, tan aficionado a la lectura de los descubrimientos y propia historia de las islas y tierras por las que navegaba. En principio me dirigí al guardiamarina don Juan Mendoza, un jovencito barbilampiño y rubiales, más cerca de la teta materna que de los combates con sangre corrida. Y debo aquí aclarar que ninguno de los dos caballeros^[67] había enfermado en el curso de la epidemia. Según viejas tradiciones, tal condición de salud se debía a esa antigua costumbre, que se asigna a dichos oficiales, de que, al comer ratas a bordo, quedaban inmunizados de todo mal. Debo aquí recordar que, si era cierto dicho hábito en los caballeros guardiamarinas embarcados en los navíos muchos años atrás, en la actualidad no necesitaban de ese sustento supletorio en su dieta.

—Caballero Mendoza, ¿cómo es conocido el mar en que vamos a entrar, una vez atravesado el paso de Caicos que acometeremos en pocas horas?

El joven me miró con asombro, como si se encontrara ante el capitán de su compañía en pleno examen de compromiso. Dudaba en responder a mi pregunta, temeroso de entrar en falta. Consideré que debía animarlo para distender el ambiente.

—No se preocupe, caballero, que no le exijo obligación de mantenerse al corriente de tales conocimientos. Deben tomar esta conversación como una enseñanza divertida, como de hecho debe ser para todo hombre de mar observar accidentes geográficos por primera vez y conocer su historia propia.

—Pues, la verdad, señor comandante, estimo que deberemos entrar en el mar Caribe. Eso supongo, al menos —largaba sus palabras en lenta agonía, mientras corría el sudor por su rostro.

—Muy bien, caballero, también es conocido con dicha denominación, aunque su apelación principal sea la de mar de las Antillas. Y también reciben ese nombre el conjunto de islas que forman un arco desde la península del Yucatán, cuyas costas deberemos transitar en un próximo futuro, hasta la desembocadura del río Orinoco. Dichas islas separan este mar Caribe del mar del Norte. El conjunto de islas se encuadran en dos conjuntos principales, las Grandes Antillas y las Pequeñas Antillas o islas de Barlovento. ¿Cuáles son las Grandes Antillas, caballero Morales?

El segundo de los guardiamarinas, más hecho y cercano a recibir la charretera^[68], quiso demostrar su sabiduría con cierto orgullo.

—Las islas de Cuba, Puerto Rico y La Española, señor comandante.

—Bien, pero le falta una muy importante que no debe olvidar, la Jamaica. Se trata de una isla preciosa, que perdimos a manos inglesas por el nefasto Tratado de Madrid de 1670. Y era propiedad de la casa de Veragua^[69], donde ejercía mayorazgo. Las pequeñas Antillas, también llamadas como islas de Barlovento, comprenden desde las islas Vírgenes, justo a levante de Puerto Rico, hasta la isla Trinidad, bien pegada a Tierra Firme, una maravillosa isla que nos fue arrebatada hace escasos años, en 1802, a causa del nefasto cambalache a que nos sometió el maldito corso Bonaparte en la Paz de Amiens. Solamente resta nombrar a las islas de Sotavento, que se abren desde la Trinidad citada hasta la de Oruba y todas las situadas a lo largo de la costa de Tierra Firme. En su conjunto, las Antillas, con las islas Bahamas o Lucayas que dejaremos por el norte, se denominan islas Occidentales. Pero apuesto la mejor de mis pañoletas a que ninguno de todos ustedes conoce la razón por la que se da el nombre de Antillas a este conjunto de islas.

Se hizo el mayor silencio. Incluso el segundo comandante dirigía la mirada en otra dirección, como si no entrara en el cupo nombrado.

—La razón hay que buscarla en el mágico conjunto islario que aparece en la Edad Media, en el que se nombraban islas como Satanaxio, Brazil, Royllo, San Brandán, Tammar, Mayda, Stocafixa y tantas otras que solamente existían en las perdidas cabezas de los antiguos navegantes. De ellas, San Brandán era bastante famosa porque, según aseguraban, navegaba permanentemente a la deriva, huyendo de los marinos que a ella intentaban acercarse, hasta forzarlos a la más perdida locura. Pero regresando a nuestro tema, una de esas islas fabulosas era la de Antiglia o Antillia, que desde 1307 venía figurando en los principales mapas, muy dados a la imaginación, que mostraban el mundo desde Lisboa hasta Cipango. En el primer viaje de don Cristóbal Colón, Pedro Mártir fue el primero en denominar con el nombre de Antillas a las islas descubiertas por el gran almirante, y así quedaron para la eternidad. Ya ven que es bueno conocer la historia y las leyendas de todo lo que se ve con los ojos o lo que imaginaban nuestros antiguos predecesores, que navegaban por la mar sin derrotero alguno y jugándose el pellejo en cada restinga.

Dejé pasar un par de minutos antes de continuar con lo que consideraba como lecciones de Geografía e Historia, unas sesiones con las que mucho disfrutaba en mis mandos de mar. Y durante unos segundos, me sentí

invadido por la tristeza, al recordar al pobre Okumé, que tanto gustaba de escucharlas.

—En pocos minutos atravesaremos el paso de los Caicos, así llamado porque se abre entre las islas Caicos, pertenecientes al grupo de las Bahamas y las cierran por su extremo oriental, y la isla Mariguana. El nombre de Caicos proviene, como es lógico pensar, por el significado de esa palabra, caico, que indica bajos que velan en la bajamar o asoman escasa monta de continuo. Por fortuna no es el caso de esta isla, que ya pueden apreciar por nuestra amura de babor. Y aunque en algún derrotero se anuncian los Caicos como un conjunto de islas que forman un bando sumamente peligroso, con numerosos cayos e islotes, ya se tienen suficientes conocimientos hidrográficos para atravesarlos en franquía sin mayores problemas, siempre que la mar no arbole. Apenas se encuentran habitados por un puñado de pescadores y algunos bucaneros que, en sus ensenadas, buscan cobijo.

—Podían intentar atacarnos y así conseguiríamos alguna presa —dijo el alférez de fragata Garnica, un mocetón pelirrojo que parecía deseoso de entrar en acción de guerra.

—Poco me importaría, aunque no creo que se atrevan contra un navío de dos puentes —contesté sonriendo—. Bien es cierto que si supieran la realidad de nuestro escaso armamento, alguna fragata pirata podría intentarlo.

—No podría con nosotros, señor —apuntó el más joven de los guardiamarinas.

—Bien, remataremos la enseñanza. Cuando salgamos del paso Caicos y libremos a estribor el arrecife Hogsty, nos encontraremos a pocas millas de la costa norte cubana, casi en su extremo oriental. Y creo que por hoy es suficiente lección. Más adelante, cuando apreciemos a la vista el maravilloso puerto de La Habana, continuaremos estas amenas charlas de instrucción histórica y geográfica. Porque ahora debemos mantener los ojos bien abiertos para atravesar el paso sin problemas.

Atravesamos los Caicos por el paso mencionado a los oficiales. Y a pesar de mi confianza, debimos alistar dos anclas para su fondeo cuando el viento, mantenido del nordeste, cuajó en rápido role al sudeste, bien sea por rebufos entre islas o por la pecadora mano del dios Eolo. La verdad es que sufrimos para rematar el paso, con el navío *Asia* ciñendo al tocho y las brazas^[70] en danza de fuego. Pero una vez libres del arrecife Hogsty y como el viento en su putaño de luces regresara al nordeste, nos dejamos caer hasta avistar en la isla de Cuba el cabo Lucrecia, y comenzar a costanearla por libre. Aunque el piloto recomendaba barajar por corto y avistar hermosas visiones de la costa

cubana, concedí un margen superior de distancia. No es que fiara poco de los derroteros y cualidades del piloto, pero las aguas azules a la mano y en revuelto poco suelen agrandar al comandante de todo buque, si no es por necesidad.

Los vientos nos favorecieron en la ocasión muy por alto. Porque de las quinientas millas que, a ojo largo de mar, nos restaban por navegar hasta el puerto de La Habana, cuando comenzábamos a embocar el canal Viejo de las Bahamas, se recostó el soplo hacia el levante, mantenido en fresco de fuerza, lo que hizo la navegación más placentera. Y en verdad que, en conjunto, poco nos podíamos quejar del viento y la mar. Porque no habíamos sufrido ventarrón alguno ni mares alzadas desde la salida de Cádiz, una travesía completa del mar del Norte más propia de donas y con faldas sueltas.

Continuamos la navegación al placer de señoras, barajando sin contratiempos dignos de mención toda la costa septentrional de la isla de Cuba, la más grande y hermosa de ese mar antillano en el que se basó la conquista y colonización del nuevo mundo por parte de España. A pesar de su importancia económica y militar, se trataba de voz corrida que nuestros diferentes gobiernos nunca le habían otorgado la merecida importancia. Por desgracia, incluso en momentos como los actuales de conflicto serio en tantos virreinos americanos, persistía esa penosa costumbre de enviar allende los mares lo peor de cada casa, incluido el personal para la administración, que debía representar con honradez y dignidad a Su Majestad Católica. Pero ese fue el camino escogido por la Metrópoli para el triste devenir de sus provincias americanas, donde la presencia de la Real Armada se mantuvo escasa en una proporción escandalosa. En su conjunto, unos pocos oficiales de guerra y pilotos que dieron de sí todo lo que de ellos era posible esperar y mucho más.

Desde un punto de vista estratégico, como decían algunos sabios generales de la Armada y del Ejército, Cuba representaba el centro neurálgico de las Indias, abierta al golfo de México entre los espolones de las penínsulas de la Florida y el Yucatán, así como a las Bahamas y el resto de las grandes Antillas. Y en cuanto a la Armada en particular, en La Habana se encontraba uno de los cuatro grandes arsenales nacionales, donde se fabricaban a mejor precio y con olorosas maderas las unidades de mayor porte. Y se trataba de un punto importante el tipo de maderas que utilizar, por su especial resistencia a los moluscos marítimos que las horadan hasta arruinarlas. Precisamente de sus gradas había salido, entre otros, el navío Santísima Trinidad, coloso de los mares perdido con sus 140 cañones de porte en el combate de Trafalgar.

Navegando por el llamado Canal Viejo de Bahama y continuando con rumbos cercanos al poniente, recorrimos las quinientas millas de la costa norte, salpicadas en toda su extensión con una gran profusión de islotes y cayos^[71] que aconsejaban mantener prudente distancia. Cansados los dioses de ofrecernos sufrimientos como los vividos durante la epidemia, disfrutamos unos días de sesteo marinero y placer, con un viento encastrado por fin del levante, que se aplicaba más al sudeste conforme cortábamos meridianos hacia el poniente. En cuanto a la fuerza, aunque se alzara a frescachón en algunos momentos, bajó enteros con la corrida, incluso ofreciendo alguna encalmada de escasas horas.

Aunque las penas, no pocas en la ocasión, son difíciles de olvidar, regresé a mi costumbre pedagógica cuando en la tarde del 16 de diciembre, con las luces cayendo a plomo, charlaba con mis oficiales, mientras facheábamos para reconocer la entrada al puerto de La Habana el día siguiente.

—Mañana entraremos en uno de los parajes más bellos de la geografía española, según comentan nuestros compañeros que de estas tierras han escrito —lancé con orgullo ante mis hombres.

—En efecto, señor. Fue la primera isla de las Grandes Antillas que descubrió don Cristóbal Colón —apuntó el alférez de navío Butrón que, según supimos, era muy amante de los hechos principales de nuestra historia, detalle desconocido por mí hasta entonces—. Dicho descubrimiento tuvo lugar el 27 de octubre de 1492, dos semanas después del descubrimiento del nuevo mundo. La observó de tan gran tamaño que, en principio, la creyó tierra firme de Cipango. Y corriendo por esta misma costa septentrional que hemos barajado, llamó a los grupos de cayos como Jardines del Rey.

—Muy bien dicho, Butrón. Un hermoso nombre el elegido por el gran almirante, si señor —afirmé en sinceros—. Y, según tengo entendido, en el segundo viaje exploró la costa meridional. ¿Conoce algún detalle de La Habana?

—Sí, señor. —El alférez de navío agradeció con el gesto de su cara que otorgara la importancia debida a sus conocimientos—. Se cree que la ciudad fue fundada por Diego Velázquez en 1515, conquistador y primer gobernador de Cuba. La bautizó con el nombre oficial de San Cristóbal de La Habana, porque los nativos llamaban como Abana a esta zona de la isla. Fue saqueada por piratas y bucaneros en diversas ocasiones, hasta que, por fin, en 1552 se trasladó a esta ciudad la sede del gobierno colonial, que, hasta entonces, se encontraba en la ciudad sureña de Santiago. Pero como seguía siendo pasto de saqueos sin freno, el gobierno se decidió a fortificarla de forma adecuada,

comenzando por el castillo de la Fuerza, el más antiguo, a media canal de entrada, siguiendo con los del Morro, antes llamado de los Tres Reyes, y el de San Salvador de la Punta, que mañana por la mañana podremos observar al embocar el canal de acceso a la bahía. También colaboran en su defensa los castillos del Príncipe, que coronan una colina al oeste de la ciudad, el fuerte de San Diego y el castillo de Atarés. Pero fueron los ingleses los que en siglos posteriores intentaron poseerla de firme. Y ya saben que en 1762 capturaron la ciudad con escaso esfuerzo y menor resistencia, para permanecer en ella durante un año. Una de las páginas poco honrosas de nuestra historia que, no obstante, debemos recordar para no caer en similares yerros.

—Una observación a la que me uno sin dudarla. Esa es una de las razones por la que ofrezco tanta importancia al conocimiento de nuestra historia.

—Siempre entendí como muy difícil de creer que fuera capturada por los britanos con todas esas defensas a disposición —afirmó el teniente de fragata Monte mayor en voz baja.

—Desde luego que es difícil de creer —continuó Butrón con cierta autoridad—. Porque respecto a la defensa contra las fuerzas que puedan entrar desde la mar, a los castillos del Morro y de la Punta, en ambas bandas al comenzar la canal de entrada, hay que sumar, como les decía, los de la Fuerza y de la Cabaña, a medio camino de la barra y en su parte más angosta. Pero es bien sabido que no enviamos suficiente guarnición a las plazas americanas y los mandos fueron escasos.

Nos mantuvimos fondeados toda la noche entre la ensenada de Chivos y la punta del Morro. Autorizamos paseo nocturno a la dotación tras la segunda comida, en la que doblamos la ración de vino, que bien lo merecían todos tras los padecimientos sufridos. Pero nada más comenzar la amanecida, levamos las anclas para dejarnos acariciar por un escaso y tontón viento del nordeste en dirección al próximo y necesario destino. Por fin, cuando ya el sol cobraba suficiente altura en la mañana del día 17 y con excelente visibilidad, nos acercamos en pequeños bordos hasta quedar a la vista del rompeolas, tras el que la ciudad aparece como una estampa mágica emergida en suspenso sobre la mar. Divisamos con facilidad los castillos del Morro y de la Punta, momento en el que el caprichoso dios Eolo decidía un alargado descanso. Porque el viento caía a cero y nos dejaba sin posibilidad de avanzar una sola yarda. Me vi obligado a echar las embarcaciones al agua, para que nos ofrecieran el necesario remolque, con el que atacamos el canal de entrada. Y no era pieza de gusto por el trabajo añadido y de lomos duros al que se obligaba a nuestros hombres.

Atravesamos la angostura primera, entre el Morro y la Punta, arrumbando hacia la segunda, un millar de yardas eternas a ritmo de tortugón y sin exigir esfuerzos innecesarios a los hombres alistados al remo, porque la calma era de estrago. A la altura del castillo de la Fuerza, en el punto de estrechamiento más pronunciado, comenzamos a avistar esa mágica bahía, de grandes proporciones, donde podrían caber todas las escuadras del mundo conocido. Una vez dentro, mientras admirábamos la ciudad que se nos abría a poniente, descubrí el arsenal sin mayor inconveniente, aproando hacia él para quedar, poco después, fondeado con dos anclas frente a los diques. Culminábamos por fin una travesía del mar del Norte con mar excelente y vientos propicios en línea general, pero con la muesca imborrable de los que habían perdido la vida en ella. Y en aquel momento de nuevo recordé el rostro de Okumé, que parecía sonreírme con felicidad desde los cielos. Llegué al convencimiento de que mucho tiempo necesitaría para que se difuminara aquel rostro negro de mis pensamientos.

—¿Se presentará esta misma mañana al capitán general y al comandante general del arsenal, señor? —preguntó el segundo, interrumpiendo mis pensamientos.

—Desde luego. Cuanto antes rindamos las obligaciones, mejor para el cuerpo.

—¿Desea que le acompañe algún oficial?

—Un alférez de fragata para soporte de ayudantía. Juan Garnica, por ejemplo, que exhibe buena planta. Que se prepare con su mejor uniforme.

—Así se lo diré ahora mismo.

—Por cierto, segundo, ¿quiénes se encuentran al mando en esta plaza?

—El gobernador, si no ha variado desde la anterior comisión, es el teniente general de la Armada don Juan Ruiz de Apodaca. Al mismo tiempo desempeña los cargos de capitán general de la isla de Cuba y de las dos Floridas, presidente de la Audiencia y comandante general de las fuerzas navales en estas aguas, así como en las de Costa Firme y Nueva España.

—Me alegro de cruzar derrota una vez más con este general, al que mucho aprecio. ¿Y en el arsenal, que más nos interesa?

—En cuanto al comandante general del arsenal, en la última ocasión se encontraba en calidad de interino un brigadier de armas tomar. La verdad es que no cuajó a buenas redes con nuestro comandante, condición habitual en su persona. No sé si se habrá presentado el jefe de escuadra que esperaban.

Dispuesto a tomar el toro por los cuernos, como era mi norma habitual, y sin perder un minuto, vestí el uniforme grande con ayuda de Barbate, una

novedad que de nuevo me hizo padecer tripas adentro. También el rapaz parecía sufrir de los mismos sentimientos, porque le temblaba la mano cuando me anudaba la pañoleta, mientras mostraba una mirada con los ojos vidriosos por la emoción.

—No te preocupes, Barbate, que lo haces muy bien. Tuviste el mejor de los maestros.

—Muchas gracias, señor. Pero es que no puedo olvidar..., no puedo...

—Eso nos sucede a los dos por igual. Pero la vida sigue adelante y no es bueno dirigir la mirada hacia popa en demasía.

—Tiene razón, señor.

Tomé la lancha al salto, empavesada en luces para la ocasión. Sin dudarlo, el alférez de fragata Garnica, embutido en su mejor uniforme grande y con espadín al cinto, ordenaba aproar a lo que se divisaba en la distancia, a poniente, como escala real del arsenal. Y de nuevo la tristeza se amadrinó a mi alma, al comprobar que el patrón de la embarcación tomaba la caña en su mano, un cometido que, desde muchos años atrás, llevaba a cabo Okumé sin permitir que nadie ocupara aquel sitio de honor. Eran tantos los detalles que se ceñían a su vida y su persona que muchas ocasiones a lo largo del día me obligaban a recordar su estampa. Lina vez en tierra, como no recordaba con exactitud los detalles del establecimiento después de tantos años, debió preguntar Garnica por la Comandancia General, siendo auxiliado con extrema cortesía por un piloto primero que paseaba al sol sin mayor cometido. Y después de una amplia caminata, llegué al destino final con sudores rascando la piel y gotas cayendo a plomo por mi espalda.

La Comandancia General del Arsenal habanero asemejaba a modesto palacete de planta cuadrada y dos superficies, edificado en piedra dura, oscurecida con el paso de los años y los posos de la humedad. La entrada principal ofrecía una marquesina de lámina muy al estilo colonial. Tras preguntar en el cuerpo de guardia, fuimos dirigidos hasta la oficina de uno de los ayudantes, en la ocasión un capitán de navío magro de carnes y elevada estatura. Al comprobar mi presencia, abandonó el asiento para llegar con rapidez ante mí.

—Quedo a las órdenes del señor brigadier. Capitán de navío Márquez, ayudante primero de la comandancia. Os supongo comandante del navío *Asia*.

—¿Ha reconocido mi buque en la distancia?

—Así es, señor —sonreía de buen humor, como si mi llegada le hubiese alegrado un día de rutina—. Recuerdo muy bien el detalle de su bauprés, con

el botalón un tanto alzado en comparación con otros navíos. Y como se encuentra en la lista de posibles entradas desde Cádiz, no lo he dudado.

—Desearía presentar mis respetos al comandante general.

—Ahora mismo lo aviso, señor. ¿Desea tomar asiento en la sala de recibo?

—No es necesario. Pero, antes, ¿podría indicarme quién ocupa el sillón?

—Pues continuamos con un comandante interino del arsenal. Como esperamos al recién nombrado desde hace varios meses, estimé que llegaría a su bordo.

—Nada sé de ese detalle.

—Se ve que no tienen mucha prisa en la Dirección General de la Armada, un detalle bastante habitual. En ese caso, puedo comunicarle que continúa como comandante general interino en funciones el brigadier don Ramiro Lezcano Ruibambra.

—¿Muy antiguo?

—Así es, señor. Suspira por la faja desde hace algunos años. Incluso tiene la esperanza de ascender y ocupar el destino en propiedad.

—Muy bien. Hágale saber de mi llegada.

—Ahora mismo, señor.

Marchó con ligereza el simpático oficial mientras me dedicaba a pasear por el despacho de ayudantes, donde dos oficiales jóvenes se mantenían en pie ante mi presencia. El capitán de navío regresaba pocos segundos después, casi a la carrera.

—Puede acompañarme, señor. El comandante le espera.

Sin pronunciar palabra, seguí la estela de Márquez por un alargado pasillo, con giros a derecha e izquierda, hasta alcanzar una puerta con cristales emplomados que bien recordaba, en la que se podía leer en grueso letrero de bronce: «Comandante General». El ayudante golpeó el cristal con suavidad, antes de abrir el picaporte y anunciar mi nombre.

—El brigadier Santiago de Leñanza, comandante del navío *Asia*, señor.

Aunque la recordaba de años atrás, de nuevo me sorprendió la sala de trabajo de quien mandaba sobre cuerpos y almas de la Real Armada en el arsenal. Porque se trataba de una estancia pequeña, con un solo ventanal y modesta de mobiliario. Pero al fondo y parapetado tras una mesa de gigantescas proporciones, se encontraba un hombre de baja estatura, cincuentón largo, cabello con ribetes blancos y cejas negras elevadas como botalón de bauprés. Pero por encima de cualquier otro detalle, resaltaba la inmensa fortaleza de su cuerpo, como galeote en faena. Sin embargo, no me

entró a las claras desde el primer momento, posiblemente por el rictus de su boca, que amparaba superioridad manifiesta. Y como debía de ser unos veinte años mayor que yo, aunque mostrara las mismas vueltas^[72], me dirigí a él con el necesario respeto.

—Buenos días, señor comandante general. Brigadier Santiago de Leñanza, conde de Tarfí, comandante del navío *Asia*, a vuestras órdenes y servicio.

Como siempre que me enfrentaba a persona altiva o considerada como opaca en una primera mirada, adosé el condado para establecer distancias.

—¿Conde de Tarfí? Debo de haber escuchado ese título con anterioridad, pero no recuerdo dónde. Bien, de nuevo tenemos al navío *Asia* por estas aguas. Por favor, tome asiento, comandante. ¿Qué órdenes le han sido dictadas en esta nueva ocasión?

—Pues algunas poco concretas, señor. En primer lugar, además de los habituales oficiales y señoras en situación de transporte por diferentes órdenes y razones, embarcamos el regimiento de infantería de Talavera con una brigada de artillería. Un total que supera, bueno, superaba los trescientos hombres.

—¿Superaba?

—Hemos sufrido una terrible epidemia de calenturas pútridas biliosas malignas que nos azotó sin misericordia durante más de tres semanas. Más de cuatrocientos hombres fueron contaminados y se perdieron en total 46 y una mujer, esposa de un capitán de artillería con destino en esta plaza, al que deberé dar la triste noticia. El pobre ni siquiera podrá velar su cadáver. La mayor parte de los caídos pertenecían a los diferentes cuadros del Ejército. De la dotación del *Asia*, solamente murieron un maestro velero aprendiz, un cabo de cañón, tres marineros y cinco grumetes. Todavía se recuperan más de cincuenta, aunque no se teme por sus vidas. Y con la escasa dotación que padecemos a bordo, como puede suponer, deberemos reemplazar las pérdidas.

—Una tarea de difícil solución con la escasez de personal que se abre de norte a sur, ya sea en arsenales o en iglesias.

—Lo comprendo, señor. Pero no puede navegar un navío de dos puentes con soldados de infantería en las brazas. Y gracias a los cielos que disponíamos a bordo de tres cirujanos magníficos y muy al día sobre los nuevos remedios que se deben emplear contra tan terrible enfermedad.

—Con tanta muerte padecida en su navío, no parece a primera vista que hayan efectuado los galenos su trabajo a pleno rendimiento.

No me gustó el tono de sus palabras ni el gesto de su cara, en evidente descrédito de mis argumentos. Pero no estaba dispuesto a ceder una sola pulgada en cuanto a menosprecio o falso enjuiciamiento de oficiales bajo mi mando.

—Es posible, señor, que para su propio beneficio, a lo largo de su carrera no haya sufrido a bordo una epidemia maligna de esta clase. En tal caso comprendería mis palabras con facilidad. Porque considero el rendimiento de los cirujanos, sin posible duda, como extraordinario. Bien lo sé yo como comandante del buque, que he vivido esta terrible enfermedad día a día. Y en tal sentido lo informaré a la autoridad por conducto reglamentario. Estoy convencido de que sin el auxilio de estos profesionales, entregados a su trabajo noche y día, el número de bajas habría sido muy superior.

Tampoco parecieron entrarle de rositas mis palabras al brigadier culebrón, que así lo consideraba ya en las tripas sin posible duda. Se cerró su sonrisa a postillón, al tiempo que endurecía el gesto una cuarta más. Y era consciente de que maniobraba en peligro sobre el estay porque en mucho dependía de él. No debemos olvidar que los arsenales abren y cierran la fuente de la que debemos beber los buques día a día.

—¿Cuál es el destino de dichas fuerzas del Ejército en transporte?

—Me comunicaron que su destino final debería ser el puerto de Veracruz, hacia el que debo progresar en cuanto me sea posible, si el capitán general no dispone de alguna orden en contrario. En tal sentido, debo entregarle unos documentos del Consejo Supremo de la Regencia.

—A nuestro querido y ocurrente capitán general, don Juan Ruiz de Apodaca, al mando absoluto de todo lo que vuela desde Tierra Firme hasta las Floridas, se le pueden ocurrir una y mil alternativas diferentes en cuanto al empleo de esas fuerzas, si se le ha concedido licencia para ello —continuaba con el tono engolado y altivo, en claro menosprecio de la más alta representación española en la isla. Y mucho me molestaba por ser la citada autoridad un personaje al que dispensaba especial estima—. Pero ya lo comprobará con sus propios ojos y oídos cuando acuda ante su presencia. Continuemos con la madeja propia. ¿Presenta alguna necesidad prioritaria para su buque?

—En efecto, señor. En primer lugar, esos hombres de los que le hablaba, cuya reposición considero imprescindible. También se me informó en la Mayoría General de la Escuadra, y así pude comprobar, que debía salir a la mar con muy escasa artillería, solamente treinta piezas. Me aseguraron que en este arsenal se me dotaría de la necesaria para completar nuestro armamento,

tanto de cañones como de pólvora y balerío. Parece ser que en la zona gaditana se han entregado la mayor parte de las piezas al Ejército una vez más, en esa fantástica progresión de nuestras fuerzas hacia el norte, tal y como se pronostica. Asimismo, tengo graves deficiencias en el aparejo, especialmente en cuanto a respeto de bastantes velas. También me aseguraron que podría completar el cargo en el establecimiento bajo su mando.

—Por todos los dioses que los mandos de la Península estiman que el arsenal de La Habana es capaz de convertirse, de la noche a la mañana, en el Dorado para los buques de la escuadra. No estoy muy seguro de que podamos cuadrar su artillería y aparejo de acuerdo con sus deseos y necesidades.

De nuevo creí entender en el tono de sus palabras un deje de clara amenaza, como si deseara dejar bien claro que, a partir de aquel momento, me encontraría bajo su bota en cuanto a las posibilidades de alistamiento del *Asia*. Y por todos los jodidos negreros que le amparaba toda la razón por derecho y revés.

—La verdad, señor, desconozco en estos momentos las posibilidades de su arsenal. Me comentó el mayor general de la escuadra, brigadier Arlanza, que de los buques enviados hace más de tres años hacia este establecimiento para alejarlos de las manos francesas, se comenzaban a tomar pertrechos y armamentos para distribuir a otras unidades. Supongo que, de esa forma, deberán ser rearmados una vez finalice la guerra contra el francés.

—¿Rearmados dice? —Ahora su malgeniada sonrisa se alargaba entre puntas—. Esos vasos, que así podemos denominarlos muy por alto, acabarán por hundirse en pocos días si no recibo la orden, como espero, de que sean dados a los diques para poder sacar de ellos la madera y elementos que podamos rescatar.

—¿Incluidos los de tres puentes? Creo que el Príncipe de Asturias y el Santa Ana llegaron hasta aquí mientras navegaban hacia Mahón el San Carlos y el Fernando VII, a los que escolté a bordo de la corbeta Mosca.

—No olvide que desde que arribaron a este arsenal no se ha empleado un escudo para su necesario mantenimiento. Sin olvidar que ya llegaban en pésimas condiciones. Los navíos de tres puentes serán los primeros en caer. El Santa Ana se encuentra arruinado de maderas y ya se le ha desembarcado todo su aparejo, incluida la jarcia firme y pertrechos. En cuanto al Príncipe de Asturias, seguirá sus pasos en breve porque anda sin forro de cobre y medio podrido por la broma.

—¡Qué tristeza tan grande, por Dios bendito! Quedaremos sin navíos de mando, esos magníficos buques de 112 cañones de los que llegamos a

construir más de una docena en el siglo pasado. La Real Armada, que tanto esfuerzo y caudales costó levantar de la nada a lo largo de todo un siglo, se viene a pique sin remedio. De forma muy especial siento lo del Príncipe de Asturias, donde murió mi padre tras el combate de Trafalgar.

—¡Vaya por Dios! Por fin me viene a la memoria el apellido Leñanza y el aparejado condado de Tarfí. —Masajeó su barbilla, preocupado, como si hubiera olvidado un detalle importante—. Deberá perdonarme, comandante, pero no sabía que se trataba de su hijo. Recuerdo a su padre en el empleo de jefe de escuadra, como asesor del general Gravina a bordo del buque insignia. Estuve embarcado a sus órdenes en el navío Triunfante, donde demostró su valía sin límites. Puede estar orgulloso de él. Se trataba de un magnífico oficial y una gran persona, que se portó de forma extraordinaria conmigo en momentos muy tristes de mi vida, un apoyo que jamás podré olvidar.

Por primera vez aparecía en su rostro un signo de benevolencia y amistad. Bendije la memoria de mi padre que, una vez más, parecía allanar las dificultades interpuestas en mi camino.

—Le agradezco sus palabras como se merece, señor.

—El hijo de don Francisco Leñanza luciendo vueltas de brigadier. Con qué rapidez transcurre el tiempo, santa madre de Dios. —Parecía inmerso todavía en los recuerdos, aunque pasó con rapidez al tema que nos interesaba, ahora con un tono y disposición bien distintos—. En ese caso, sus instrucciones son las de transportar esas fuerzas del Ejército a Veracruz, supongo que para luchar en la zona de Campeche, que anda muy revuelta en estos días. Bueno, le hablo de memoria y sin suficiente información, porque nada me llega en dicho sentido desde la capitanía general. Pero ya le digo que el general Ruiz de Apodaca es muy dado a cambiar los planes de la noche a la mañana. De esta forma, esas tropas pueden restar en la isla de Cuba, acabar en las costas del Perú o más allá.

—También se me comentó esa posibilidad de transporte, señor, bien sea para estas tropas u otras que nos asignen. Parece ser que los mandos en la Península dejan las decisiones en manos de los que por estos escenarios se mueven, posiblemente porque se encontrarán más al día de las necesidades.

—Así debería ser, sin duda —el tono de su voz y el gesto de su cara habían cambiado en dieciséis cuartas, lo que también hizo transmutar mi postura con él—. Parece ser que los focos principales en estos momentos son los alrededores de Campeche y Veracruz en Nueva España, así como Tierra Firme y las costas chilenas, donde parece que se puede forzar el pulso

definitivo a nuestro favor. Pero ya le digo que esa decisión debe de estar cocida o por cocer en el cerebro del capitán general.

Para no regresar a los tonos grises, nada dije de mi opinión y concepto sobre el general Apodaca. A veces debemos callar verdades en beneficio del buque propio. Porque quedaba meridianamente claro que las relaciones entre las dos autoridades de la Real Armada en Cuba distaban de ser cordiales, al menos desde esta parte hacia arriba.

—No me importaría navegar hacia El Callao, cuyas costas casi no retengo en la memoria. Sin embargo, no guardo buenos recuerdos del cabo de Hornos.

—Ni usted ni nadie. Bien, intentaremos incorporarle esos hombres que ha perdido y alistar su buque en conveniencia. Como ya vamos tomando aparejos de los navíos de dos puentes, muy similares al suyo, espero que encontremos el trapo necesario. Y en cuanto a la artillería, nos sobran elementos. ¿Qué calibres prefiere instalar?

Abrumado ahora por la cortesía y colaboración de quien consideraba un merluzo de sangre negra pocos minutos atrás, pensé la respuesta durante unos segundos.

—Aunque en alguna época de sus vidas estos buques fueron armados con calibres de a 36 en su primera batería, como casi todos los 74, creo que para navegaciones largas sería más conveniente regresar a su armamento inicial. Piezas de a 24 en la andana baja y de a 18 en la segunda. La distribución de cañones en la cubierta del alcázar y castillo puede acomodarse a sus existencias.

—Podrá elegir lo que desee, incluso obuses de diferentes calibres si le parece adecuado, no lo dude. Tenga en cuenta que, aunque en la Península estimen que no se ofrece peligro alguno a nuestros buques en la mar, andan errados al ciento. Sin tener en cuenta que por el Río de la Plata los rebeldes han formado una escuadra aceptable y por las costas chilenas se anuncian incorporaciones, también puede encontrarse con pequeñas y medianas unidades que se arman a favor de los llamados patriotas en estas aguas. Todo ello sin olvidar la presencia de los putos corsarios, muy activos en estos días.

—¿Corsarios? ¿Se refiere al mar de las Antillas o al golfo de México?

—Ambas zonas. En las Antillas continúa la piratería clásica, difícil de sufrir por un navío, aunque esos bucaneros son peligrosos cuando atacan en grupo. Y disponen de alguna fragata, así como de un dominio de estas aguas difícil de igualar. Pero nos ha salido otra roncha en el horizonte. Esos nuevos Estados Unidos del norte americano, a los que apoyamos absurdamente en su independencia, no sólo auxilian a los independentistas que luchan en nuestra

contra en todos los focos, sino que continúan una absurda contienda con quienes fueron sus padres. Sus buques, armados al corso, atacan los convoyes ingleses que se dirigen o regresan de sus colonias en la costa norte. Pero ahora han extendido sus acciones contra los buques bátanos que se mueven entre las indias antillanas y su Metrópoli. Son calificados como buques corsarios al servicio de los nuevos Estados Americanos, con quienes mantenemos acuerdos de colaboración que no respetan. Se lo digo porque la fragata Prueba entró en fuegos hace pocas semanas con una de la misma clase, que no mostraba pabellón alguno. Pero el comandante afirma que, sin duda posible y a la vista de sus uniformes, se trataba de buque americano.

—¿Y disponen de buques de porte?

—Bueno, al corso han armado fragatas y unidades menores. Por fortuna para la fragata Prueba, se retiró el corsario al recibir la primera andanada. Y digo por fortuna porque nuestra fragata navegaba con muy poca pólvora y debía aprovisionarse en este arsenal. No habría podido mantener un combate alargado. Elevamos enérgica protesta por vía diplomática, desde luego. Sin embargo, fue contestada con una fría nota, en la que estimaban como imposible que se tratara de buque propio, respuesta que no creímos. Estimo que conocen nuestra debilidad naval y han decidido aumentar el foco de sus acciones contra la Real Armada, aunque reine una saludable paz y amistad entre las dos naciones.

—Malditos sean esos jenízaros desagradecidos. Precisamente son los que más auxilian a los rebeldes en el Río de la Plata, con buques enviados desde Boston y financiados por un banquero allí establecido.

—Sé a quién se refiere. El famoso y odiado míster William White, cuya alma pene en los infiernos más pronto que tarde. Todos piensan en recibir futuras ventajas sobre el comercio con nuestros virreinos americanos si llegáramos a perderlos.

Se hizo un extraño silencio, como si no nos quedaran argumentos que exponer. Lezcano, tras unos segundos en los que parecía pensar detenidamente sobre algún aspecto desconocido para mí, propinó una sonora palmada sobre la mesa, como si fuera a ofrecer sus últimos consejos.

—Muy bien, Leñanza. Debe quedar en paz y tranquilidad porque lo apoyaré en todo lo que me sea posible. Espero que acepte acudir a mi mesa algún día de estos. Puede considerar mi casa como la suya propia. Ahora, vaya a presentarse al capitán general y que les quiten de encima cuanto antes las tropas embarcadas, que mucho comen y beben. ¿Necesita alguna revisión del navío? ¿Algún pertrecho?

—Por fortuna, señor, el buque se mueve en cuadro. Tan sólo y tras la enfermedad, si no supone excesivo...

—Pida sin miedo, Leñanza.

—Hemos consumido casi todos los alimentos de salud y dieta disponibles a bordo. Asimismo, el vino...

—Hágame llegar un listado de sus necesidades, sin omitir ninguna. Le cubriré todo lo que sea posible encontrar en esta isla. Ha tenido suerte, Leñanza. El recuerdo de su padre es muy importante para mí.

—Ya lo he comprobado, señor. —Ahora era yo quien ofrecía una sonrisa de complicidad—. Y mucho se lo agradezco.

Abandoné la comandancia del arsenal de excelente humor, como es fácil comprender. Porque si en los primeros momentos se presentaba la faena muy de vuelta encontrada, la situación daba un vuelco inesperado y más que beneficioso para nuestro buque. Una vez más, elevé la mirada a los cielos para bendecir la memoria de mi padre, cuyo recuerdo todavía me ayudaba día a día. Por fin y sin esperar un momento más, seguido por mi ayudante, que se movía con orgullo espadín en mano, nos dirigimos hacia el palacio del capitán general, a quien debía presentar mis respetos y esperar alguna noticia que nos amparara en positivo.

14. Un programa apetecible

No llegaba a presencia del teniente general don Juan Ruiz de Apodaca con los temores y resabios en el cerebro que me hubieran podido provocar las palabras poco halagadoras del brigadier Lezcano, ni mucho menos. Conocía bien y de largo aquel hombre de mar moreno, cercano a los 60 años, de fuerte complexión, ojos vivos y mirada serena, con el arrojo y la decisión marcados en su rostro. Lo había saludado por primera vez cuando le entregaba una nota reservada y muy peligrosa para mi persona de don Antonio de Escaño en mayo de 1808, tras atravesar las líneas francesas con los nervios amarrados a la cintura y el mensaje oculto bajo el pesebrón. Por aquellos días, mi anfitrión mandaba la escuadra del mar Océano con insignia izada en el navío Príncipe de Asturias. En el recado del general Escaño se le indicaba la necesidad de atacar y rendir cuanto antes a la escuadra francesa bajo el mando del almirante Rosily, fondeada en la bahía de Cádiz.

Una vez tomados los barcos gabachos, cinco navíos y una fragata, tras varios días de combate, con Apodaca recorriendo en una falúa las fuerzas sutiles sable en mano y arengando a sus hombres, fue posible la victoria de Bailén al poder sacar de Cádiz las fuerzas que en ella tomaron parte y el poderoso armamento capturado, al tiempo que se frenaba un posible apoyo francés desde el sur. Y cuando creía que me nombrarían segundo comandante de alguno de los navíos apresados, Ruiz de Apodaca en persona me encomendaba en ruego otra misión igualmente peligrosa. Debía regresar a la Corte con urgencia y falso salvoconducto, para advertir a quienes se oponían al rey intruso y poner en manos del general Escaño un informe general de la situación en las bajas Andalucías. Me prometió futuros favores en justa recompensa, que se vieron plasmados de forma sorprendente cuando me concedieron el mando de la corbeta Mosca.

Pero la labor llevada a cabo en su conjunto por el general Apodaca había sido magnífica para la causa patriota, en nuestro intento de expulsar a los

franceses de la tierra ibérica. Tras el mando de la escuadra, había sido comisionado a Londres por la Junta Central como ministro plenipotenciario de la España libre, que clamaba por los derechos de su legítimo rey don Fernando. Una difícil encomienda que se concretó en la forma de un beneficioso tratado de paz y alianza con la Gran Bretaña, así como gestionar durante tres años el aprovisionamiento de armas y socorros a las fuerzas españolas. También había convencido a los ingleses para que apoyaran el regreso a España del ejército del marqués de la Romana, apartado y engañado en las costas danesas. Y como supe por aquellos días, una vez ascendido al empleo de teniente general, había sido nombrado capitán general de Cuba, con todos los cargos anejos que tan importante destino amparaba.

Cuando entré en el despacho del general Apodaca, la máxima autoridad española pareció no reconocermme en los primeros momentos. Sin embargo, cuando comenzaba a elevar mi presentación formal, su boca se abría en una amplia sonrisa, al tiempo que acudía hacia mí para saludarme con cierta confianza.

—¡Vaya sorpresa! ¡El joven Leñanza elevado al empleo de brigadier! Una rápida carrera que ya pronostiqué en momentos muy duros y de la que mucho me congratulo. Siento alegría por haber podido colaborar en ella, al recomendar que te concedieran el mando de aquella corbeta a punto de desguace —reía de buen humor—. Pero ya supe de tus hazañas a bordo de dicha unidad y de la fragata...

—La fragata Proserpina, señor.

—Eso es, la fragata Prosetpina. Especialmente haber conseguido capturar esa zorróna fragata portuguesa, perdida en el mar de las Indias. Aunque alejado de la Metrópoli, acabo por enterarme de todo.

—Ya lo veo, señor.

—No me equivoqué contigo una mota. Además, no puedo olvidar que llevaste a cabo un extraordinario servicio para la causa, jugándote el pellejo en tiras por aquellos caminos plagados de fuerzas francesas. He comprobado la entrada de tu buque desde la terraza esta mañana, aunque creía que todavía lo mandaba Valencia.

—Sufrió una grave enfermedad y me nombraron para el destino con extrema urgencia.

—Una desgracia para el pobre Valencia, pero una suerte para ti. Vamos, siéntate a mi lado y cuéntame las últimas noticias de España.

Intenté corresponder a su amabilidad con puntualidad. Le narré con el máximo detalle todo lo que había conocido por boca de los generales Valdés

y Ciscar, así como las noticias que corrían a diario por la capital gaditana sobre el posible regreso de don Fernando. Aunque lo suponía al tanto de la mayor parte de las informaciones, parecía seguir mis palabras con extrema atención. Una vez que rematé mi monólogo, el general realizaba un gesto de resignación, al tiempo que mesaba sus cabellos, todavía morenos con alguna hebra plateada.

—Bueno, más leña para la chimenea nacional. La división en bandos políticos, cada vez más irreconciliables, parece inevitable. Y ya nos alarmaba don Antonio de Escaño, esa privilegiada cabeza, en tal sentido. Puedo declararte que jamás quise entrar en ese juego. Gracias a los cielos, que así lo entiendo, me encuentro por fuera y suficientemente alejado de lo que puede acabar en drama. No me estime egoísta y poco afanado en la causa nacional, pero me parece un gran error jugar a esa badana de los bandos, que nada bueno aparejará a la larga. Espero continuar en esta hermosa isla, que florece como la más beneficiosa de nuestras colonias americanas. Apliqué la Constitución de 1812 ordenada y, si es cierto lo que se prevé con la llegada de don Fernando, la anularé igualmente. Porque si no yerro en mis consideraciones personales, por ahí se mueven los tiros de nuestra política. Y mucho sufrirán bastantes altos mandos de la Real Armada, que no deberíamos perder en ningún caso.

—Solamente nos falta sufrir en la Armada una situación como la que expone, señor, para capuzar a los fondos sin posible salida a superficie.

—Siento comunicarte que soy escasamente optimista en cuanto a nuestro futuro, Leñanza. No sé si la Real Armada podrá recuperar algún día el nivel de fuerza naval que pudo desplegar hace algunos años. Y mucho dependerá de cómo discurran estos movimientos revolucionarios que sufrimos en las Indias, que intentan separarse de su patria. Porque arruinados y sin caudales del exterior, poco a nada será posible. Pero, bueno, siempre tenemos a la Patrona para que nos solucione el problema.

—Aquí se encuentra en el paraíso, señor.

—Un paraíso relativo, pero no puedo negar que se trata de una misión atractiva. En esta maravillosa isla hemos extendido los cultivos de forma imparable, para mayor beneficio de nuestra patria. Debemos reconocer que la catástrofe que explotó en la isla Española favoreció mucho los intereses particulares cubanos, aunque debiéramos desterrar a los franceses, más de seis mil, cuando comenzamos a guerrear contra ellos. Pero aunque le cueste creerlo, la población en la isla sobrepasa en estos días el medio millón de habitantes. Y no hay tanto esclavo como se repite de forma machacona por

algunos interesados en esos Estados Unidos americanos, que comienzan a criticarnos de forma abierta con intereses propios a la vista. En cuanto a habitantes de color, más de cien mil son Ubres y solamente unos doscientos mil esclavos. Aunque llegará la tan manida abolición tarde o temprano, por mucho que ofenda a los terratenientes. Bueno, dejemos la política de una putañera vez, que poco agrada al espíritu. Cuénteme de su buque, así como de las tropas que debe mantener en calidad de transporte.

Expuse con detalle al general las vicisitudes acaecidas al navío *Asia* durante la navegación, con especial énfasis en la epidemia sufrida a bordo y la pérdida de tantos hombres. Asimismo, le hice entrega de los documentos del Consejo de la Regencia, que leyó en un aparte con extrema rapidez.

—En primer lugar, siento mucho que hayan sufrido a bordo una epidemia de esas malditas fiebres pútridas biliosas malignas, que tanto se padecen a bordo de nuestros buques. Ojalá que el nuevo método del que me hablaba solucione en parte ese persistente mal. Ya viví en mis carnes una situación parecida cuando mandaba la fragata *Asunción*. No es grato para un comandante sembrar de vidas humanas la generosa mar. Pero así es nuestra vida y todos hemos debido afrontar situaciones parecidas o peores a lo largo de nuestra carrera. Le desembarcaré las tropas y pertrechos del Ejército a la mayor rapidez. Transportaremos al Hospital del Rey a los que se encuentren todavía convalecientes. En cuanto a futuras operaciones y por fortuna, el general Ciscar me deja las manos libres, un acierto porque las noticias a la Península llegan a veces con demasiado retraso para poder tomar las decisiones acertadas. Pero se equivoca al estimar que ese regimiento de Talavera lo pensábamos orientar hacia Veracruz. El mayor general de la escuadra no debía de encontrarse al tanto de las últimas decisiones. De momento, esos hombres quedarán aquí en La Habana.

—¿Tienen problemas en la isla? ¿También padecen movimientos rebeldes?

—En absoluto. Bueno, alguna proclama tendenciosa sobre libertad y otras mandangas cuando se decretó la libertad de prensa, convenientemente apoyadas por nuestros amigos americanos. Pero esos ligeros movimientos han sido convenientemente aplastados con mano de hierro. Las tropas en transporte a bordo del *Asia*, de las que enfermaron tantos hombres, deben recuperarse convenientemente, antes de afrontar su verdadero destino, como me informa el general Ciscar. Por fortuna, en Cuba no faltan alimentos de salud, más bien al contrario. Lo que de verdad se necesita en el seno mexicano son transportes, unidades navales para mover tropas entre los

diferentes puntos, cuya situación varía a veces con bastante rapidez. Unas veces se desplazan tropas desde Veracruz hacia Campeche, mientras que en otras se produce a la inversa, e incluso hacia lugares perdidos como la laguna de Santa Ana.

—Debo declarar en sinceros que no conozco a fondo esa costa, señor. Tan sólo me encuentro ligeramente al día gracias a lo que he podido leer en España y a través de largas conversaciones con mi experimentado piloto. Según tengo entendido, las dos plazas fuertes más importantes en el seno mexicano son la de Veracruz, en la provincia del mismo nombre, y la de Campeche, en la de Yucatán. Y parece ser que esta última se encuentra escasamente fortificada, en comparación a la de Veracruz.

—En efecto. Veracruz, la primera ciudad española establecida en lo que después sería el virreinato de Nueva España, dispone de una recia muralla que rodea ciudad y dársena, con siete puertas, así como de tres fuertes. No debemos olvidar que se trata de un puerto de extrema importancia, en el que se recogen y desde donde se envían hacia España todos los caudales y productos, tanto del virreinato como desde las islas Filipinas, que arriban al puerto de Acapulco.

—Eso tengo entendido, señor.

—Uno de esos tres fuertes es el de San Juan de Ulúa, construido sobre el famoso castillo e isla del mismo nombre, formada sobre el arrecife de La Gallega, frente al puerto veracruzano. El castillo se considera como una fortaleza inexpugnable. Comenzó a construirse en 1528, en ese islote donde había desembarcado Juan de Grijalva diez años antes. Creo que podemos asegurar que se trata de una de las construcciones más impresionantes y costosas que se llevaron a cabo en el imperio ultramarino español a lo largo del siglo XVI. Es de destacar su poderosísima cimentación. Acuda a visitarlo si le complacen las obras antiguas.

—Lo haré sin dudar, señor. Ya veo que lo conoce muy bien.

—Debí permanecer en la ciudad de Veracruz durante nueve meses. Mucho disfruto al recorrer los monumentos principales de cada plaza y conocer de su historia. El castillo de San Juan de Ulúa dispone de fuerte, arsenal naval con dique seco, aunque no creo que se encuentre utilizable en estos días, presidio de máxima severidad, polvorines y hasta una preciosa capilla consagrada a Nuestra Señora de la Escalera. El gasto en dicha fortaleza fue tal que le puedo narrar una interesante anécdota. Se encontraba nuestro emperador Carlos V de visita en La Coruña. Mientras paseaba por la orilla del mar, dirigía la mirada con insistencia hacia poniente. Al ser

preguntado por dicho detalle, contestó que intentaba descubrir el castillo de San Juan de Ulúa. Porque le costaba suficientes caudales como para poder distinguirlo a través del mar —reía el general de buen humor, encantado de demostrar sus conocimientos—. La última vez que se modernizó la artillería del fuerte se llevó a cabo en 1771, instalándose cien cañones de bronce y cincuenta piezas de hierro. Unas baterías colosales.

—En efecto, señor.

—Por el contrario, Campeche solamente cuenta con los fuertes de San José y San Miguel, aunque no se trate de fortalezas de fuerza. Allí se encuentra en estos días el capitán general. Por tales razones, normalmente el grueso de las fuerzas se acuartela en esa plaza. Sin embargo, en esa distribución de quehaceres y esfuerzos, la Gobernación y cabildos más importantes se mantienen en Veracruz.

—Comprendo, señor.

—Al tiempo que nuestros buques transportan tropas y armamento por el seno, a veces es posible llevar a cabo apoyo artillero contra fuerzas rebeldes demasiado pegadas a la costa. Por tal razón, solemos enviar navíos y fragatas, aunque también entre en el curso alguna unidad menor, normalmente bergantines o corbetas. Mientras lleva a cabo esa misión, conseguiremos que las fuerzas transportadas desde España recuperen sus fuerzas. Sin salud y alimentos, mal puede hacerse la guerra. Coincido con el Consejo de la Regencia en que los movimientos rebeldes sufridos en Nueva España pueden ser aplacados en pocos meses con las tropas ya enviadas, más las milicias allí creadas. Además, es importante la colaboración popular en dineros para su mantenimiento. Hasta las más humildes pulperías de la capital del virreinato han colaborado en el empeño. Sin embargo, donde debemos dar el mazazo definitivo es en las costas meridionales del virreinato del Perú. También me lo comunica el general Ciscar en su información, con la que concuerdo plenamente.

Me mantenía en silencio porque veía venir hacia mí en dulce oleada una comisión nada despreciable. Si se confirmaba lo que creía deducir de las palabras del general, podría mantenerme durante meses en la mar, por fuera de los problemas embastados en la Península. Pero ya continuaba Apodaca.

—Cuando acabe su auxilio a las autoridades de Veracruz y Campeche, regresará a La Habana. Se le embarcarán esas tropas del regimiento de Talavera y otras alistadas para su inmediato traslado al puerto de El Callao. ¿Le apetece navegar por el mar del Sur?

—En efecto, señor.

—¿Cómo se encuentra su navío? ¿Casco y aparejo en orden? ¿Necesita auxilios urgentes?

También expuse con toda sinceridad el estado de vida y fuerza del *Asia*, así como la conversación mantenida con el brigadier Lezcano.

—Me alegro de que le haya entrado al brigadier en buena hora, lo que no es habitual. Es un inútil que suspira por la faja. Y no la conseguirá mientras sea yo quien deba informar sobre sus actividades profesionales. —Me extrañaba la franqueza del general—. Creí que en el siguiente buque llegaría el jefe de escuadra Rodríguez de Rozas, nombrado para el puesto de comandante general del Arsenal.

—Nada oí de esa noticia, señor.

—Es igual, algún día aparecerá. En cuanto a su buque, ya veo que se le van a suministrar los efectos necesarios. Una vez que la dirección general de la Armada decidió no mantener los buques enviados a este arsenal en depósito, por triste que sea, es mucho el armamento y pertrechos que tenemos a disposición. Que dejen su buque en dulce, especialmente en cuanto a su artillería y aparejo, y lleve a cabo esa comisión a Veracruz. No olvide tener cuidado con las autoridades civiles.

—¿Autoridades civiles?

—Eso he dicho. Cuando comenzaron las operaciones rebeldes que buscan la independencia y separación de la patria, eran tan escasas las autoridades militares y fuerzas regulares que el virrey dictó unas leyes que otorgaban enormes competencias a cabildos y diputados de la Junta de Arbitrios en todos los terrenos. Y los de esa ciudad en particular sobrepasan la raya muy a menudo, sin que el gobernador, como presidente de dicha junta, y el propio virrey tomen las riendas como se debe. Dichas disposiciones deberían ser anuladas sin mayor espera. Ya el navío *Miño* y alguna fragata debieron sufrir situaciones desagradables. Pero confío en su competencia para evitar roces, aunque no deba arriar nuestra dignidad en ningún momento.

—Por supuesto, señor.

—También deberá navegar con extrema atención noche y día. Esos putos corsarios americanos, que comenzaron a ejercer como tal con fuerzas regulares para ofender a los britanos, han extendido sus horizontes y ya enfocan su lucha particular como si se tratara de simples bucaneros, más propios de la isla Tortuga. Y disponen de excelentes fragatas con buenos profesionales. Muestran pabellón oficial aunque, a veces, lo esconden. Sin embargo, deberá responder con toda energía, llegado el momento. Aunque desde la Península se nos recomiende pastelear con esos Estados Unidos

americanos de nuevo cuño, tiene todo mi apoyo para que nuestro pabellón quede bien alto y arrasar a esa pandilla de filibusteros si llega la ocasión, siempre que sea ofendido en primer lugar.

—Ya me adelantó el brigadier Lezcano algunos detalles en tal sentido, señor. Pero debe saber que si soy atacado por dos fragatas o una bien armada con alguna unidad menor en apoyo, lo pasaré mal. Con la dotación de la que dispongo, solamente puedo cubrir la artillería de una banda y con ciertos apuros.

—Por desgracia, esa negativa situación es conocida hasta en los hielos del sur. Sin embargo, en ese aspecto no podrá recibir ayuda de mi parte. Y debe ofrecer gracias al cielo si el comandante del arsenal le cubre esas vacantes de marinería producidas por la epidemia. Ya he comunicado a la dirección general de la Armada el cambio de situación. Les he repetido una y mil veces que debemos regresar al reglamento escogido en su momento, sobre el número y categoría de los hombres en dotaciones y tripulaciones. Que se olviden de una vez de la vieja medida que recomendaba la media dotación, establecida en un momento puntual y no como plantilla permanente. ¡Porque no se dan cuenta de que hay enemigos en la mar, joder! ¡Y el primer peligro son las olas de espumas blancas! ¡No se puede luchar con medias dotaciones!

—Le apoyo al ciento en esa opinión, señor. Bien, en ese caso y para concretar, en cuanto quede listo de armamento, aparejo y víveres, saldré para Veracruz. Si le he entendido correctamente, deberé presentarme a las autoridades para llevar a cabo los transportes de tropas y armamento que me asignen por el seno mexicano. Una vez cumplida en orden esta misión, regresaré a La Habana. Me asalta una pequeña duda, señor. ¿Y si me solicitan misiones sin un final a la vista? Porque, según deduzco de sus palabras, esos traslados parecen ser continuos.

—Siempre establecemos un tiempo límite para cada unidad, que en su caso puede ser el de tres meses, a partir de su arribo a Veracruz. A no ser que aparezca otro navío en su relevo. Es posible que el Algeciras arribe en un par de meses si la información de Ciscar es correcta. Normalmente, Veracruz es la ciudad que más peligro puede correr si se ve asediada por los rebeldes, aunque no se trate de tropa organizada. Pero lo dejo a su propio criterio. Siempre he defendido que a los mandos en la mar se les deben conceder cierta libertad de decisión. Porque en determinados momentos, solamente ellos se encuentran con la información necesaria para actuar en conveniencia. Además, confío plenamente en usted, Leñanza. Si las peticiones que reciba, aunque aparezcan en el límite del tiempo marcado, se ajustan a necesidad que

pueda comprobar y no le retrasa en exceso el tornaviaje a La Habana, puede cooperar con las autoridades de Veracruz. Sin olvidar en ningún momento que su mando directo soy yo y que el transporte de tropas hacia El Callao también es una misión prioritaria.

—Quedo perfectamente enterado, señor. Además, según me comentaron en la Mayoría General de la Escuadra, deberán arribar otros buques, si no lo han hecho ya, para realizar misiones parecidas.

—En efecto. En los dos últimos meses entraron en este puerto los navíos San Pedro de Alcántara y Miño, así como la fragata Diana. También salieron para Veracruz, aunque el primero de ellos debe continuar derrota hacia Tierra Firme. En su caso, relevará al Miño, que debe llevar a cabo el tornaviaje hacia la Península. Si la fragata o cualquier otra unidad de la Armada se encuentran todavía en Veracruz, deberá tomar el mando de la división. Y ya le digo que tanto el navío Algeciras como otra fragata deberán arribar en escaso tiempo.

—Entendido, señor.

—Bien, Leñanza, descanse durante unos días, que bien se lo ha ganado. Y aliste su navío en conveniencia, que no encontrará ningún arsenal tan bien surtido como este. De todas formas, si sufre algún problema, bien sea referente al arsenal o de cualquier otro tipo, no dude en acudir a mi presencia. Espero que me comprenda.

—Perfectamente, señor.

Abandoné el palacio de Capitanía izado en nubes de gloria. Se me abría un futuro soñado en multitud de ocasiones, enganchado de nuevo a la estela de mi buena estrella. No era escasa la meta de mandar un navío por el mar del Sur y trepar desde las bajas latitudes hacia el norte. Para bien o para mal, podía disfrutar de una situación plena si no corrieran amadrinados esos malos vientos que permanecían amparados en el palacete gaditano de la calle de la Amargura. Pero en honor a Okumé y a sus siempre certeras recomendaciones, deseché esos pensamientos finales sin dudarlo. Pasé a recrear mis pensamientos solamente en el seno mexicano, el cabo de Hornos y las maravillosas costas del virreinato del Perú.

* * *

Los acontecimientos se sucedieron en norma y con escasos valores a la contra, salvo alguna sorpresa inesperada. No obstante, la vida pareció ralentizarse en demasía, como suele suceder en Indias, donde las temperaturas y otros factores ambientales parecen amoldar los cuerpos y espíritus a una

quietud y placidez que impide ese azoramiento tantas veces necesario para echar empresas adelante. Dos días después de nuestro fondeo, aparecieron unos lanchones de tortuga para transportar al personal que se encontraba todavía en recuperación, así como las tropas que debían permanecer en La Habana hasta mi regreso desde el seno mexicano. Y un día después éramos remolcados hasta el muelle de desarmo, a escasas varas de distancia del navío Príncipe de Asturias. Me encontraba en el alcázar con el segundo comandante, que exclamó mis propios pensamientos.

—Produce una gran tristeza observar la silueta de ese buque, señor, que llamaba la atención por su poderío y belleza de líneas.

—Desde luego. Se ha convertido en una completa ruina. Cómo se puede decidir una monstruosidad de tal calibre. Bueno, la verdad es que debe de estar cercano a caer a los fondos si, como supongo, sus cubiertas inferiores y obra viva se encuentran en parecido estado al de las que quedan a la vista.

—Y pocas varas más allá aparece el de su misma clase Santa Ana, también reliquia del combate de Trafalgar, donde enarbolaba su insignia el teniente general don Ignacio María de Álava, que fue herido.

—También se debió retirar herido su comandante, capitán de navío José de Gardoqui. Sin olvidar que sufrió cien muertos a bordo y casi seiscientos heridos. Desarbolado por completo, fue tomado por los britanos y represado poco después. En fin, gestas de nuestra historia que será difícil repetir. Y no lo digo por el resultado del combate, sino por el hecho de que presentáramos en la lucha un navío de cuatro puentes y dos de tres.

—Pero el Príncipe se encuentra en peores condiciones, señor, que se aprecian en detalle conforme nos acercamos. No estoy muy seguro de que podamos tomar parte de su artillería, antes de que la broma acabe por morder sus maderas. Comenzará a aumentar el nivel de agua en su sentina de forma imparable, hasta apoyar la quilla en el fondo. El Santa Ana ofrece un aspecto mejor, dentro de su innegable miseria.

—Bueno, al menos tomaremos de ellos los elementos necesarios, si es que los maestros veleros son capaces de acoplar ese trapo a los gálibos de nuestro aparejo.

Quedamos atracados de firme y a plena seguridad en el muelle de desarmo, con el peñol del botalón del bauprés del Príncipe sobre nuestro coronamiento. Y si consideraba que se trataba de buena condición para el oportuno y completo restablecimiento de nuestros hombres, marraba de cuña a raíz. Porque no se puede confiar en exceso en la buena voluntad de quienes no lo merecen. Y no decidieron esperar mucho tiempo algunos elementos

acanallados de la dotación. Porque en la tercera noche desde el definitivo amarre, fueron ocho los marineros y grumetes que saltaron a tierra durante la noche con la intención de desertar y buscar una vida delictiva por las serranías de la isla. Y tal decisión demostraba su escasa inteligencia que no se debe desertar en isla controlada, como reza el catecismo de los expertos desertores. Por fortuna, escasas horas después eran detenidos por la guardia permanente del arsenal, salvo uno de ellos que se lanzó a las aguas y allí debió de entregar su vida.

Consideré necesario dar una buena lección ante toda la dotación y no dudé un instante. En la ceremonia sabatina que ofrecimos dos días después, aquellos siete degenerados recibían cañón^[73] con elevado número de rebencazos, aplicados con fuerza de martinete por el primer guardián y mojel de escaso grosor. Tras acabar con sus lomos en sangre, pasaron a sufrir grillos y severo racionamiento, que aplacara sus delictivas intenciones.

Por el contrario, recibimos una gran alegría cuando nos enviaron desde el Hospital del Rey los miembros de la dotación que se mantenían convalecientes de la epidemia al arribar a La Habana. Y no sólo no había perecido ninguno de ellos, sino que regresaban con rostro de salud y fuerzas renovadas. El cirujano que los había acompañado nos comentó el excelente trato recibido, así como el intercambio de opiniones sobre el mal epidémico con sus compañeros de profesión.

Durante algunos días, en los que celebramos a bordo las entrañables fiestas navideñas, rebajamos la tensión para poder dedicar pensamientos de cariño en tantas direcciones. Porque es en esas fechas cuando más se añora a los seres queridos. Y mucho pensé en el joven Pecas y la pequeña María, así como en mi hermana y mi madre, que andarían a su cuidado. Por el contrario, la figura de mi prima Cristina quedaba difuminada en el cerebro sin pretenderlo. Y no crean que anidaba sentimientos de odio hacia ella en mi corazón, sino más bien conmoción de lástima y pesadumbre al contemplar el camino que había decidido tomar en su vida, un equivocado sendero que tanto afectaba a la mía. Y de esta forma entramos en el nuevo año del Señor de 1814, que tantas extrañas y penosas vicisitudes haría correr a nuestra patria.

El día en el que se celebraba la Natividad de Nuestro Señor, fui invitado a un almuerzo en el palacio de la Capitanía General, donde pude departir con la mayor parte de los oficiales destinados en el apostadero. En general disfruté con charlas y corrillos, en los que la presencia femenina destacaba por alto. Porque eran ya demasiadas las semanas sin escuchar la voz de una mujer, una condición que se siente bien dentro cuando se recupera. Tan sólo sufrí al

comprobar las escasas y tirantes conversaciones del general Apodaca con el comandante general del arsenal, que se deslizaban por curvas peligrosas.

Por fin dieron comienzo los trabajos a bordo, una condición que personalmente necesitaba. Y a petición propia, se ofreció prioridad al acoplo del trazo disponible a bordo de los dos pontones, para completar el cargo de nuestras velas de respeto. Pero no se trataba de faena sencilla acoplar algunas de ellas, en especial la mayor que necesitábamos a flor de muerte y el aparejo de capa. Y no se trataba solamente de la diferencia en sus medidas, sino en el mismo principio de su sistema para tomar el viento en bolsa de redonda o más al límite de la plana, como era el caso de nuestro buque. El trabajo se trasladó al taller de velas del arsenal, donde tanto nuestros profesionales como los del establecimiento trabajaron a fondo. Y aunque no quedábamos satisfechos al ciento del producto conforme nos era entregado y probado a bordo, más valía disponer de aquellos respetos que andar con los ojos alzados hacia los palos cada día.

En cuanto a la artillería, no sufrimos problemas mayores. Por el contrario, visité las baterías del navío Príncipe de Asturias con mis hombres para ir seleccionando las mejores piezas y, de forma especial, los pistoletes de fuego^[74] que se encontraran en mejor estado. Sin olvidar hasta el mínimo detalle del balerío y chilleras de horma. De esta forma, en escaso tiempo conseguimos dejar alistados los dos puentes^[75] a plena satisfacción. La primera batería, situada en la cubierta de entrepuentes, quedó alistada con 28 cañones de a 24, contando los 2 de guardatimón^[76], mientras la segunda batería amparaba 30 de a 18, entre los que se contaban los de mira^[77].

Por último, situamos 16 cañones de a 8 en el castillo y alcázar. En cuanto a los obuses preconizados por el gran ingeniero Rovira, a los que se les había concedido en nuestra Armada menos papel del que merecían, tan sólo encontramos 2 piezas de a 36 en perfecto estado y munición suficiente en los depósitos del arsenal. En total, 74 cañones y 2 obuses con pólvora y balerío en abundancia, con lo que el navío *Asia* quedaba perfectamente preparado para entrar en fuegos por las dos bandas si dispusiéramos de suficientes artilleros para tal empresa.

Cuando cumplimos un mes de estancia en el muelle de desarmo, con calores elevados y escaso ánimo en los cuerpos para amparar voluntades de adiestramiento, todavía esperábamos que se rematara de una putañera vez el acoplo del trazo en el taller de velas. Pero recibimos una agradable sorpresa al comprobar que un buque de la Real Armada, la corbeta Sebastiana, largaba sus ferros frente al muelle de desarmo. Y es que siempre alegra el corazón un

cambio en la vida, por pequeño que sea. La estampa cercana de la cabalgadora^[78], que mucho me recordaba a la Mosca, amparada bajo mi mano años atrás, ofrecía alegres pensamientos.

Pensaba que la corbeta llegaría desde el puerto de Cádiz y posiblemente podría albergar alguna correspondencia de la familia, lo que me temía como fuego del infierno al pensar en posibles recados de la alocada prima. Pero estaba equivocado hasta la galleta, lo que pude comprobar cuando, dos días después del fondeo, fui citado por el capitán general a consejo en Capitanía.

Cuando arribé a la sala del consejo, fui acompañado por un teniente de guardia hasta una alargada estancia en la que resaltaba una imponente mesa, más parecida a la de un comedor de gala para cincuenta asistentes. Y mucho me extrañó el escaso número de oficiales, que esperaba mayor. Porque, en presencia del general Ruiz de Apodaca, solamente tomamos asiento a su lado, en un extremo, un oficial del Ejército y el comandante de la corbeta Sebastiana. Tras serme presentados ambos, brigadier Javier Solozábal y capitán de fragata Manuel Enríquez, tomó la palabra la máxima autoridad.

—Bueno, señores, más que un consejo en regla, enfocaremos una reunión para llevar a cabo un cambio de impresiones. Ni siquiera será registrada por el obligado secretario.

Tras dirigir la mirada hacia dos cartas mantenidas en atril, en las que aparecía el seno mexicano y las tierras interiores, el general nos ofreció una ligera sonrisa. Sin embargo, pasó con rapidez al tema que debía de ser el principal. Se dirigió a mí en primer lugar.

—Como ya le adelanté en su primera visita, Leñanza, la situación militar que se vive en las provincias que se abren al seno mexicano son variables día a día aunque, personalmente, no las estime como de suficiente importancia. La corbeta Sebastiana acaba de arribar desde Veracruz y parece que ahora han cambiado las tornas una vez más. Resulta que el grueso de las fuerzas se encuentra en Campeche, más de tres mil hombres, mientras en Veracruz andan con pocos efectivos y han comenzado a observar movimientos rebeldes en dirección a la ciudad. Por tal razón, estiman como muy necesarios los refuerzos, bien de tropas llegadas desde la Península o un traslado de las destacadas en Campeche.

Pareció pensar con detenimiento algún desconocido detalle antes de continuar.

—He estado pensando en las posibilidades que se nos ofrecen, que son varias por fortuna. Mantengo la opinión de que el regimiento de Talavera debe mantenerse aquí hasta que sea trasladado a las costas del virreinato del

Perú, como sugiere con toda razón el Consejo de Regencia. En principio, las tropas establecidas en el seno mexicano deben de ser suficientes para los escasos movimientos rebeldes que se estiman en dicha zona, a no ser que hayan aumentado de forma notable, lo que mucho dudo. No obstante, no podemos arriesgar la plaza de Veracruz de ninguna forma. Por tal razón, el navío *Asia* se trasladará a la mayor brevedad posible hacia dicho destino, mientras la corbeta Sebastiana emprende tornaviaje hacia Cádiz con correo y personal de retorno. Pero para no llegar con las manos vacías, estimo que en el *Asia* se podrían trasladar algunas de las fuerzas que el brigadier Solozábal, bajo el mando del mariscal de Campo Sebastiano, enfermo en casa por lo que no ha podido asistir a esta reunión, ha ejercitado convenientemente en esta isla. Será un buen momento para que entren en acción y adquieran esa experiencia, que solamente las acciones de guerra conceden.

—Bueno, señor general, no olvide que se trata de milicias escasamente profesionales —el brigadier intentaba rebajar las tintas.

—Tan poco profesionales como la mayor parte de las fuerzas rebeldes, Solozábal —declaró el general con rapidez y firmeza—. Esas milicias cubanas pueden cumplir perfectamente su misión, si son ciertos los informes que sobre ellas me han ofrecido. Además, con ese fin hemos gastado uniformes y pólvora en su adiestramiento. Y como parece que los movimientos rebeldes en aproximación a Veracruz, que avanzan desde el sudeste, se concentran en la pequeña bahía que se ofrece desde la punta Collol hacia Medellín —Apodaca señalaba con un alargado puntero en la carta, sin necesidad de alzar el cuerpo—, el navío *Asia* puede ofrecerles algunas cargas de metralla y balas rasas que les calienten las orejas. De esa forma, los malditos podrán comprobar que no estamos dispuestos a ceder una sola vara de distancia.

—También será necesario llevar a cabo un transporte de tropas desde Campeche a Veracruz, señor —declaró Solozábal con decisión.

—Desde luego. No me olvido de ese importante detalle. Para esa misión se encuentra también preparado el navío *Asia*. Por cierto, Leñanza, ¿cuál será su calado a popa en esos días?

—Cerca de los 26 pies, señor.

—¿Qué tipo de lastre?

—Sobre los 11.500 quintales en piedra y vigas de fierro.

—Deberá tener cuidado con la aproximación a Campeche. Y si le es necesario, aligere lastre en Veracruz, aunque se trate de misión pesada y de mucho estrago para los hombres. No creo que sufra en el seno de vientos

poderosos, salvo cuando saltan esos que llaman chocolateros, normalmente en épocas de mareas altas. Y llegan a durar más de dos semanas. ¿Dispone de derroteros de confianza?

—Sí, señor. Además, el piloto primero de a bordo me asegura un profundo conocimiento de esas aguas.

—Pues le bendice la Patrona en cruces. Varios navíos han rascado con sus quillas en los alrededores de Campeche, al aproximarse para desembarcar personal. Se pasa de las cuatro brazas a una solamente en un abrir y cerrar de ojos. Intente siempre entrar desde el sur, pero sin lamer las piedras al palmo. Hable también con el comandante de la Sebastiana, por si se le ofrecen dudas.

—Muy bien, señor —dije mientras el comandante de la corbeta asentía con la cabeza.

—Tal y como le adelanté, Leñanza, deberá cuidar sus relaciones con las autoridades civiles de Veracruz, bastante apegadas a sus derechos o lo que entienden como tales. ¿No es así, Enríquez?

—En efecto, señor. Esos señores diputados de la Junta de Arbitrios, con el presidente del Cabildo a la cabeza, se creen en disposición de ordenar a los buques como si se tratara de fuerzas a su pleno y único servicio. Y el gobernador... —se detuvo como si hubiese entrado en indiscreción.

—Puede hablar con sinceridad o, mejor, lo haré yo. Mientras tanto, el gobernador se mece en la hamaca haciendo las once^[79] todos los días. Bien, Leñanza, haga ejercicio de firmeza, pero dentro de lo que marca la ley. Todo ello sin olvidar que, en caso de necesitar ser habilitado para su regreso a La Habana, es obligación impuesta al señor gobernador de Veracruz llevarla a cabo sin demora y con toda la eficacia que su mano alcance. Para tal misión dispone de un intendente bajo su mando, que ha de llevar a cabo las obras necesarias, así como el aporte de víveres u otros elementos imprescindibles para su regreso a este puerto.

—Comprendido, señor.

—Se trata de un aspecto muy importante, que ya otros buques han sufrido en sus propias carnes, sin merecerlo. Y hasta tal punto alcanzó en una ocasión que me movió a enviar urgente recado al mismísimo virrey, con copia para dicha autoridad. Espero que le quede claro, Leñanza. Ejercicio de firmeza sin mengua, que el honor de la Real Armada se encuentra muy por encima de esos politiquillos baratos del tres al cuarto.

—Quedo perfectamente enterado, señor.

—Y que no le contesten, como hicieron el pasado año con la fragata Vengativa, que tal redondeo debía realizarse en el arsenal de La Habana. —El

general parecía calentar venas, conforme progresaba la conversación—. Porque de ningún modo se encuentra la ley escrita en tal sentido. Y en último caso, si entiende que no le auxilian para proseguir con la comisión impuesta por mi autoridad, como se encontrará al mando de todos los buques que surjan en el seno, me enviaré oficio sin perder un minuto. Redáctelo en letra dura con los detalles acaecidos y copia para el virrey. Para ello utilice la goleta Mexicana, que quedará bajo su mando en Veracruz. Es de escaso porte pero muy velera, y la utilizamos como correo de forma habitual. Esta operación suele caldear las maderas en nuestro beneficio, porque el virrey me teme como a una bicha de cementerio pagano.

—Entendido, señor.

—Bien, pasemos a otro tema. ¿Quién enviará al mando de esas tropas cubanas? —el general se dirigía al brigadier Solozábal.

—Por orden de mi general, asumiré el mando el capitán de granaderos don Feliciano Soturbe, que se ha ofrecido voluntario y fue quien dirigió durante tres meses el acoplo de las fuerzas.

—Muy bien. En Veracruz deberá quedar a las órdenes del mariscal de campo don Francisco Venegas. ¿Cuándo estima que podrá salir a la mar, Leñanza?

—Calculo que, si no tuerce alguna sonda, en una semana le ofreceré el listo para salir a la mar, señor. ¿Cuántos hombres deberé embarcar?

—Unos 120 aproximadamente —contestó Solozábal con rapidez—. En tres o cuatro días quedarán preparados para tomar su navío.

—Creo que deberían hacerlo un par de días antes de nuestra salida para que se aclimaten en puerto. Deberé solicitar víveres para ellos al jefe del arsenal, a no ser que empleen racionamiento propio.

—Preferiría que se alimentaran con los miembros de su dotación, si no representa estorbo.

—En absoluto.

Se hizo el silencio por primera vez. El general movió las manos como si considerara que habíamos rematado la sesión.

—Muy bien. Pues nada más, caballeros. Las reuniones, si son rápidas, suelen cobrar mayor beneficio. Cada mochuelo a su olivo. Leñanza, cuando se encuentre listo el navío *Asia* bajo su mando para hacerse a la mar, acuda a verme para que charlemos en despedida.

—Por supuesto, señor.

Abandonó la estancia con rapidez el general Apodaca mientras quedábamos en pie los tres oficiales. El brigadier Solozábal, tras ofrecernos

su apoyo en cualquier materia, también se perdía de vista. Por último, me dirigí al comandante de la Sebastiana.

—¿Entró en Campeche alguna vez?

—En efecto, señor, y sin problemas de bujía. Claro que el calado de mi corbeta no alcanza esos veintiséis pies que ha mencionado. El navío Miño tocó en arena por arrimar demasiado el morro, pero salió a remolque de la lancha sin mayor novedad. Mi piloto, de mucha confianza y experiencia en el seno mexicano, tomó muchas notas de la entrada, llegando desde la punta Morros, al sur. Si quiere puede enviar a su piloto, para que las compare con las suyas propias.

—Se lo agradezco y así lo haré sin falta. ¿Cuándo parte hacia Cádiz?

—En cuanto me sea posible, señor, si el comandante general del arsenal a bien tiene conceder mis peticiones. Debo redondear la corbeta para salir a la mar con seguridad. También necesito víveres, que mucho escasean a bordo.

Me pareció entender en sus palabras poco aprecio por el jefe del arsenal, lo que era comprensible.

—Por una parte, el capitán general me exige regresar a la Península a la mayor brevedad, a causa del correo importante y urgente que he de trasladar, así como algunos caudales y personal. Pero no parece que se muevan las olas en sintonía con...

—No se preocupe, Enríquez, que me encuentro al tanto y con detalle de la situación que aquí se cuece. Intentaré echarle un cable en ese sentido con el comandante general del arsenal, que me dispensa especial afecto. Y si le parece bien, mañana enviaré a mi piloto para que converse con el suyo.

—Encantado y agradecido. Por cierto, señor, que el general olvidó un punto importante. Si acaso llega a sufrir epidemias u otras enfermedades malignas, es obligación del gobernador su asistencia y mantenimiento en el Hospital de Inválidos. Creo que una fragata sufrió tres muertes del vómito y no le dejaron desembarcarlos.

—Muy bien. Ya veo que los roces con las autoridades civiles son recurrentes.

—Pero si le planta cara al frente, se les suele achicar el alma.

—Muchas gracias por su información, Enríquez.

—Quedo a las órdenes del señor brigadier para todo lo que estime pertinente.

Por fin, regresé al *Asia* con buenas vibraciones en el pecho. En escaso tiempo podría salir a la mar con mi navío en redondo y sin mermas de entidad, para encarar nuevas operaciones por costas desconocidas, uno de los

mayores alicientes que alimentan al hombre de mar día a día, aunque deba tomar las debidas precauciones. Pero todavía pensaba más en el tornaviaje a La Habana para preparar la definitiva derrota hacia El Callao. Tan sólo sufría al pensar en inesperados retrasos y la posibilidad de que otro buque encarara la misión prometida a mi navío. Pero la buena estrella se mantenía tanto avante y no era de esperar un cambio brusco en su derrota.

15. Nubes negras y olas blancas

La situación se mostró favorable hasta rendir su producto en escaso tiempo. Porque en cinco días solamente quedaba pertrechado mi navío al ciento y con los problemas mayores resueltos sin novedad. Bien es cierto que el trapo a disposición no reclamaba en flores, con abiertas protestas del contra maestre y triste silencio de los maestros veleros. Pero a veces el personal exageraba por llano, que todo el material, salvo contadas excepciones, entraba a tono como posibles respetos. Y en cuanto a los víveres, debí reconocer que el brigadier Lezcano cumplía su palabra en firme, tanto por la cantidad como por la calidad recibida, con alimentos de salud en alto grado. Un gran favor debía de haberle hecho mi padre para que persona tan arisca de carácter y poco colaboradora en general se portara conmigo de aquella forma que todos declaraban como una irrepetible alteración en su conducta.

Avisado el brigadier Solozábal por mi parte, embarcaron 124 soldados de las milicias cubanas, con mandos propios y el capitán Feliciano Soturbe a la cabeza, en la mañana anterior a nuestra salida a la mar. Retrasaron en una jornada el arribo previsto por necesidades de armamento, que no llegué a conocer con detalle. El oficial, capitán de granaderos del fijo de La Habana, se presentó ante mí con extrema delicadeza. Se trataba de un personaje menudo de cuerpo y moreno de pies a cabeza, con ese bigotillo en trama que algunos cortesanos comenzaban a emplear y que, en verdad, encontraba ridículo por mi parte. No obstante, descubrí pronto que poseía una clara inteligencia, valor y decisión envidiables, al tiempo que se encontraba dispuesto a colaborar en todo aquello que se le solicitase. Como ya había trazado en ocasiones anteriores, le hablé de las muchas posibilidades de sus hombres a bordo.

—Si le parece bien, capitán, emplearíamos a sus soldados en faenas de a bordo, llegado el momento de emergencia o combate.

—¿En combate, señor? Poca experiencia mostrarán mis soldados en esa especial tarea.

—Bueno, aunque es poco probable en esta navegación que debemos acometer, salvo aparición de corsarios, llegado el caso de un combate a tocapienoles^[80], más de cien fusileros encarando sus armas contra la cubierta enemiga pueden producir estragos. Ya empleé ese sistema en tres ocasiones anteriores, con extraordinario beneficio. También pueden aparecer otras situaciones peligrosas, en las que se necesiten brazos de fuerza en abundancia. Como por desgracia navegamos con media dotación solamente, su auxilio puede ser decisivo.

—Creo que le comprendo, señor comandante. Por supuesto, puede contar con mis hombres y conmigo para lo que estime necesario.

—Se lo agradezco. Entre en contacto con el segundo comandante para establecer con detalles las posibles misiones.

Aquella misma mañana en la que los soldados cubanos, jóvenes en su mayoría y aparentemente poco curtidos en las corridas de la milicia, arranchaban sus pertenencias a bordo, celebré mi habitual reunión con el segundo y el piloto para decidir la derrota que debíamos seguir. Era cosa de mantener las buenas costumbres, aunque en esta ocasión se tratara de mariposa de fuentes y cola corrida, salvo algunos bajos que se debían tener en cuenta. Como de costumbre, cedí inicialmente la palabra al primer piloto, persona en la que ya confiaba de lleno. Expuso una carta en la que se podía apreciar en su conjunto el seno mexicano al completo, el golfo de Honduras al sur en límite, así como las islas de Cuba, La Española, Jamaica y Lucayas. Y en la zona meridional del seno, la parte más importante para nosotros, con las provincias de Veracruz, Tabasco y Yucatán a la vista.

—Espero que sea de confianza esta carta, don Francisco.

—Se trata del último levantamiento realizado, señor, con bastantes correcciones propias y otras que conseguí en la escuela de pilotos.

—Muy bien. ¿Cuántas millas hemos de navegar hasta alcanzar la plaza de Veracruz?

—A rumbo directo desde La Habana, señor, poco más de ochocientas millas. Con algunas variantes, rondaremos las mil a ojo de alcastraz. Y si persisten estos vientos del leste y sudeste, condición bastante habitual en esta época del año, pocas bordadas deberemos realizar en aumento.

—También los sudoestes aparecen con frecuencia, cargados normalmente de peores humores. Y de forma especial, son temibles las nortadas, esos chocolateros de los que me habló el general.

—Así es, señor. Pero esos chocolateros, aunque de larga duración, no suelen elevarse a la estada de temporal. Sin embargo, los que soplan dos o tres días solamente y llaman de hueso colorado, que acaecen de noviembre a marzo, aunque de escasa duración se alzan huracanados y mucho más peligrosos. Pero no sólo las nortadas, que algunos sudoestes se cuecen infames como tortolero^[81] sureño o manta negra mediterránea. Pero no son muy habituales y una vez entrados en la boca del seno, que cierra la península de la Florida por el norte y el cabo Catoche por el sur, se remiten de forma notable. En fin, que de todo aparece en la viña del Señor y a sus faldas quedamos.

—Entrando en la práctica, de momento barajaremos la costa cubana hacia poniente.

—En efecto, señor. Pero no necesitamos navegar al palmo si queremos entrar entre esos malditos Alacranes y el bajo Ifigenia.

—¿Por qué los adjetiva de malditos? Les podemos dar el margen que deseemos.

—En efecto, señor. Pero es habitual entrar por donde le he indicado y no perder demasiadas millas. El paso es franco y los Alacranes bien situados en las cartas con portulano propio. Se trata de islotes y peñascos donde destaca el Puerto del Alacrán y la isla Desertora al norte, mientras por levante aparecen las islas Chica y Pájaros. Aun así, muchos barcos se han perdido en sus piedras, normalmente bajo temporal. Una vez tanto avante con los bajos Sisales, escasa caída a babor para aproar por derecho hacia Veracruz.

—Perfecto. Una derrota sencilla, que podemos cubrir en poco más de una semana si los vientos no nos dan la espalda.

—Más o menos, señor. ¿Debemos entrar en Veracruz con alguna fecha comprometida o especial urgencia?

—En absoluto. Navegación tranquila y sin estragos. Vamos, de esas a verlas venir en sillón de plumas. Después se nos abrirá otra rosca, dependiendo de las misiones que nos asignen por las aguas del seno. Supongo que, en primer lugar, deberemos llevar a cabo un transporte de tropas desde Campeche a Veracruz.

—Ese puerto de Campeche cabalga con diferente trote. Sin embargo, no deberemos sufrir agobios si no nos exigen entrar a besar.

—¿Exigen? No le comprendo.

—Como no existe puerto, deberemos fondear en la pequeña bahía. Pero como norma habitual, las autoridades desean que trasbordemos las tropas a los lan chones a la menor distancia posible de la ciudad, para evitar las

corrientes que entran de norte a sur, a veces con cierta potencia y que exigen sufrimientos al remo. Para los buques no es problema fondear en la bahía, siempre que no se sobrepase el veril de las cuatro brazas de profundidad. Se trata de una hermosa ciudad en la distancia. Pero hay que moverse con cuatro ojos, que de las cuatro brazas se baja a cantil con extrema rapidez.

—Nada de asumir riesgos para que los lanchones trabajen con mayor comodidad. ¿Es seguro el fondeo en las cuatro brazas?

—Sí, señor, siempre que larguemos los ferros al escuchar la primera sonda de cuatro brazas. El tenedero es algo firme. Como predominaran los vientos de levante y nordeste en rebufo, quedaremos borneados proa al norte y con la popa en seguridad hacia el sur.

—Muy bien. Ya nos alcanzará el momento y perfilaremos la maniobra definitiva, dependiendo de las circunstancias. Y, según parece, estas varían con extrema rapidez de un día a otro en ese especial escenario. Entiendo, segundo, que nos encontramos listos para salir a la mar. A mediodía debo asistir al palacio de capitanía. Se me ha concedido audiencia con el capitán general. Debo exponerle que, mañana en las primeras horas, abandonaremos esta maravillosa ciudad, si así nos autoriza. Después pasará también por el despacho del brigadier Lezcano, que tan generosamente se ha portado con nosotros.

—Todo listo, señor, a la espera de que nos entreguen la correspondencia para el Reino de Nueva España. Incluso nos han embarcado más pólvora de la solicitada. Somos la envidia en este arsenal porque nada se nos niega.

—Cada uno recibe en esta vida lo que se merece, segundo —dije entre risas—. Si no se riega la tierra de forma conveniente, no pueden aparecer las flores en su completa belleza.

—Pues parece, señor, que en esta ocasión les ha largado varios toneletes de agua.

Con una sensación de felicidad conocida, esa que se respira antes de salir a la mar sin problemas adosados a bordo, me dirigí a la cámara donde ya Barbate me había alistado el mejor uniforme grande, que utilizaba en las ocasiones especiales.

—Muy bien, Barbate. Ya veo que has dispuesto todo en orden. Ahora con calma y sin aturullamiento, que no me corre la prisa.

El antiguo gaviero mostró una sonrisa nerviosa. Ya había dejado la muleta a un lado y se movía por la cubierta con su pata de palo con ligereza y seguridad, aunque lo temiera en los primeros momentos. Comprobé que intentaba esmerarse al máximo en su tarea. Solamente cuando me anudaba la

pañoleta en firme, observé un ligero temblor en sus manos y algunas gotas de sudor en el rostro. Pero quedó cuadrada en perfección de cuelgue, por lo que le animé como debía.

—Perfecta, Barbate. Te has convertido en un criado de primera clase.

—Muchas gracias, señor —en su rostro se abría una sonrisa de plena satisfacción—. ¿A qué hora deseará el almuerzo?

—En un par de horas, más o menos. ¿Hemos embarcado buenos elementos?

—Creo que sí, señor. El vino raspa un poco pero creo que hemos mejorado respecto al anterior. Y el aguardiente que tanto le agrada, larga un aroma que bendice los sentidos. Y buenas paletillas, alargadas y en punta. Como se trata del último almuerzo en puerto, le prepararé una buena pareja como hacía Okumé.

—Estoy seguro de que las comeré en la ocasión con especial regusto.

—Tan sólo me gustaría saber, señor... —sudaba el gaditano entre dudas—, solamente desearía elevarle una pregunta, si no le importuno...

—Barbate, puedes hablar conmigo a las claras. No olvides que eres mi hombre de confianza.

—Se trata de la falúa, señor. Como Okumé siempre ocupaba el puesto de patrón cuando el señor embarcaba en ella, no sé si deseará que tome la caña... Puede quedar tranquilo, que domino la faena sin problemas y...

—Te dije en su momento que pasabas a ocupar todas las funciones de Okumé, sin excepción. Por supuesto que te quiero a la caña de la falúa, siempre que embarque el comandante.

—Muchas gracias, señor. —Ahora el joven abría los ojos en baile—. ¿Cuándo desea salir?

—En escasos minutos.

—Muy bien, señor. Me encargaré de que se encuentre lista y perfectamente empavesada.

Poco después tomaba la falúa con Barbate a la caña. El rapaz debía extender su pata de palo de forma lateral para no interferir en la maniobra, condición que me temía al haberlo autorizado. Pero ya debía de haberlo practicado a bordo porque no dudó un solo momento. Largó las órdenes al personal de boga con energía y sin dudas. Además de buen hombre, era un marinero con sal en las venas, uno de los mejores gavieros que disponíamos a bordo de la fragata Proserpina, antes de que un severo astillazo obligara al cirujano a cortarle la pierna.

Nada nuevo me comunicó el general Ruiz de Apodaca, que en aquella luminosa mañana mostraba un rostro de excelente humor. Tan sólo antes de despedirme me expuso un último detalle.

—En caso de que en el puerto de Veracruz necesite caudales para víveres u otros materiales, si la Junta de Arbitrios alega su falta de fondos, recuerde a su presidente el enorme cargamento de azogues que todavía permanece en sus almacenes. Ese material fue transportado por el navío San Pedro de Alcántara hacia dicho puerto para cumplir precisamente con tal misión. Y en cuanto a la importante correspondencia que debe transportar, entregue por separado la militar al general Venegas y la del virreinato al gobernador.

—Enterado, señor.

—Pues nada más, Leñanza. Espero verle en este despacho dentro de pocos meses. Le embarcaremos el regimiento de Talavera y otro más posiblemente para su traslado al puerto de El Callao. Que Nuestra Señora del Rosario le ofrezca vientos propicios.

—Muchas gracias, señor.

Poco después agradecía al brigadier Lezcano su colaboración. Y en esta ocasión hasta me ofreció una sonrisa que estimé sincera. Me despidió con afecto y unas palabras que hicieron vibrar mis entrañas.

—No se preocupe, Leñanza. Cuando regrese del seno mexicano lo alistaremos adecuadamente para esa comisión hacia el mar del Sur. No se debe doblar el cabo de Hornos con deficiencias a bordo.

—Mucho me alegran sus palabras, señor. Y una vez más, le muestro mi más sincero agradecimiento.

—Nada que no merezca cualquier miembro de la familia Leñanza. Buen viaje al Seno y mejor retorno.

—Muchas gracias, señor.

Cuando pisé las tablas del *Asia*, la sensación de felicidad había aumentado bastantes cuartas. Y para colmar las bendiciones, las paletillas preparadas por Barbate parecían salidas de la misma mano del añorado Okumé, con su salsa espesa y abundantes especias. De esta forma, con vino raspón y excelente aguardiente entré en dulces sueños, una alargada y reconfortante siesta que necesitaba para salir a la mar con el cuerpo en perfectas condiciones.

* * *

Cuando el sol comenzaba a asomar el disco de oro por encima de la Punta, levamos las anclas para abandonar el arsenal de La Habana y la propia

ciudad. Como el viento se encontraba caído hasta la raya, de nuevo nuestros hombres debieron arrimar el hombro al remo para sacarnos fuera de la bahía. Y como pronto se dejó notar un sudeste fresquito, en perfecto acuerdo con las condiciones de los últimos días, trepamos hacia el norte para quedar desembarazados de piedras rencorosas. La primera singladura se abrió a fuerza de sol, sin una sola nube en los cielos azules y con un viento fresquito que, en escasas horas, se calzó al de todas las velas. No se podía presentar de mejor cariz la derrota hacia el Seno y cubrir aquellas mil millas que, a ojo de mar, nos separaban de Veracruz, el solar por donde el gran Hernán Cortés comenzara su fabulosa conquista del imperio azteca.

Disfrutamos a fondo de los primeros días en la nueva navegación, con rumbos bonancibles de componente leste y unas condiciones deseadas de capitán a paje sin excepción. De forma especial estimulaba a los soldados cubanos en su estreno marítimo y llegué a creer que la gran señora se mostraría siempre en tan benéficas condiciones, un error de grano gordo. Vientos y mar nos acariciaban en perfecta conjunción con la derrota prevista. Y se alargaba tanto la bonanza que probamos las velas de respeto acopiadas en el arsenal con viento y diferentes rumbos. Y no llegaron a tronar en ningún momento. Tan sólo algún trapo alto bufaba en bolina, aunque cumpliera el cometido.

Fue en la amanecida de la tercera singladura, avanteado el bajo de Sancho Pardo y unas doscientas millas navegadas desde La Habana, cuando comenzó a torcerse la badana sin remedio, aunque no de forma abrupta. Acabábamos de ajustar la proa para dejar el cabo Catoche, espigón en lanza de la península de Yucatán, dos cuartas por babor, cuando comenzó a invadirnos una rumazón espesa desde el sur sin declaraciones de enemistad todavía. Porque el viento se mantenía del sudeste y fresco de fuerza, lo que nos posibilitaba mantener todo el aparejo largado y chupar millas a ritmo de placer. Pero ya saben que los comandantes de los buques en general, suelen disponer de un especial sentido que los alerta en avance, bien sea con rumor en los vientres o pensamientos negros. Al mismo tiempo y como tampoco el rostro del conremaestre mostraba claridad, me dirigí hacia él.

—Don Jacinto, parece que nos abandonan las felices condiciones que hemos disfrutado desde la salida de la capital cubana.

—Eso pensaba en estos momentos, señor comandante. No me gustan esas nubes del sur, aunque no deberían molestarnos en exceso si el viento se mantiene desde el sudeste.

—Es cierto, pero en nada me agradan esos nubarrones en tonos negros que cabalgan hacia el norte como potranca en libertad recuperada.

—A mí tampoco, señor.

—Piloto, ¿qué distancia nos separa del cabo Catoche y que podamos tomar el socaire^[82] de la península?

—Poco más de cien millas, señor.

—Demasiadas millas. No creo que se nos respete una jornada más con estas benditas condiciones. Con ventarrón del sudeste y abatiendo hacia el noroeste, estimo que disponemos de cancha más que suficiente.

—Todo el seno mexicano hacia el norte, señor. Una vez olvidados esos malparidos cayos de la Florida, abatiendo al nortenoeste aparecerían las costas de la Luisiana a una distancia cercana a las mil millas. Si lo dice por un posible temporal en esa dirección, podríamos capear durante muchas semanas sin problemas.

—Bien, dejemos que se corra la madeja a su gusto. Suele suceder que, cuando navegas como un príncipe durante demasiado tiempo, esperas el ataque de la bola negra de un momento a otro.

—No nos podemos quejar de la mar y el viento desde que abandonamos Cádiz, señor —comentó el segundo—. Vendría bien un poco de movimiento de brazos para nuestros hombres, no se vayan a olvidar de lo que significa largar y retener un aparejo de capa.

—Más vale tomar esas medidas lo más tarde posible. Por cierto, don Jacinto. Espero que, llegado el momento, el aparejo de capa nos ofrezca garantías. Y me refiero de forma especial a esos triángulos que nos ofrecieron en el arsenal durante los últimos días.

—Pertenebió al cargo de tierra del navío Mexicano, que acabó por ser traspasado al Santa Ana. Se trata de paño con historia, señor. Pero fue convenientemente amoldado en el taller de velas y quedó sin problemas. Pero no creo que sea el caso en esta ocasión.

—Eso parece.

Aunque raras veces los buenos nostramos suelen equivocar sus vaticinios marinos al copo, en esta ocasión se columpió don Jacinto, acompañado de sus restantes compañeros, en varas largas. Pero se trataba de situación corrida en general, porque nadie a bordo sospechaba el drástico cambio de condiciones que deberíamos sufrir a lo largo del día. Y no deseo mostrarme como adivino de mares y vientos, ni mucho menos. Pero ya les decía que siempre el comandante de todo buque en la mar, a causa de su máxima y

solitaria responsabilidad, es capaz de entrever colores a distancia, aunque no se basen sus conjeturas en indicios reales.

Cuando el sol debía de haber cruzado la meridiana, la capota en gris oscuro se adueñaba de los cielos. Incluso la mar tomaba ese aspecto de suciedad deshilachada que tan escasas veces ampara beneficios. Todavía el viento se mantenía del sudeste, aunque su fuerza aumentaba de grado poco a poco, hasta centrarse en un cascarrón sucio y de filones que nos hizo tomar la primera faja a las gavias. Y como estaba convencido de que entraríamos por malas antes de que consiguiéramos tomar el socaire del Yucatán, me dirigí de nuevo al nostramo.

—¿Ha preparado la capa en plano, don Jacinto? Ojalá marre en mis presentimientos, pero estimo que antes de que se marque el crepúsculo vespertino entraremos de frente en temporal de barbas.

—También yo, señor, por extraño que parezca. —Rascaba su cabello, desazonado—. Lo considero una sorpresa poco habitual. Pensaba que el soplo acabaría por rolar al sudoeste o más arriba, pero se mantiene en pernos y con aumento. Sin embargo, puede quedar tranquilo que ya preparé la capa hace un par de horas para entrar en ella por tientos.

—Por tientos o a morros. Esta menestra parece cocerse a fuego vivo.

Las cartas se lanzaban sobre el tapete antes de lo previsto. Con el cielo en negra rumazón y picada la sexta hora de la tarde, quedábamos solamente con las dos mayores arriba y la trinqueta de fuerza, para aferrar la mayor media hora después y mantener el trinquete a los vientos, preparados para amarrarlo en calzones^[83]. Y como ya se preveía sin posible enmienda, tomamos la capa recia, dejándonos abandonar hacia el norte con alguna deriva al noroeste. Por la triste vereda, no amagaba el puto soplo a medias una sola cuarta, sino que, por el contrario, se aturbonaba en bufidos más propios del diablo, como si nos encontráramos en el mismo vórtice de un huracán. Y como es norma obligada, la mar se alzaba en montañas, con el peligro amadrinado de la corta distancia entre ellas, ese negativo detalle que apenas te deja tiempo para respirar entre trompadas. Con la escasa iluminación que nos rodeaba, observé el rostro del capitán Soturbe. Y me sorprendió la tranquilidad en su expresión, como si hubiera sufrido aquellas condiciones en ocasiones anteriores.

—Busque un perno de absoluta confianza y no suelte las manos ni por orden divina, capitán.

—No se preocupe, señor, que ya me lo han recomendado por varias vías y esta mano no soltará la barloa ni por el fuego de un dragón.

—Me alegro de que se tome el temporal con esa templanza y tranquilidad de espíritu. Debe haber corrido alguno con anterioridad.

—En absoluto, señor. Esta es la primera navegación que llevo a cabo, tras la de hace dos años en que arribé a la isla cubana en un viaje sin sobresaltos. Y por la limpieza de mi sangre que me encuentro impresionado de la fuerza que puede ejercer el viento y la mar, capaz de manejar este poderoso navío como un trozo de madera. Pero como lo que ha de venir, llegará, intento maravillarme de este espectáculo, terrorífico pero fascinante al tiempo.

—Así se debe tomar la mar y sus condiciones. Pero no olvide que este navío es capaz de aguantar todo tipo de mar, si no se le amadrinan circunstancias de a bordo en mala compañía.

—Pues que así sea, señor.

Entramos en la noche con temporal abierto, aparejo de capa alzado y el *Asia* gimiendo por sus costuras de proa a popa. Pero no suponía ninguna condición extraordinaria a las experimentadas en otras ocasiones. Y entrado en sinceros, puedo asegurar que mi única preocupación se centraba en el rollo blanco de la ola al caer sobre nosotros con una periodicidad demasiado elevada, como suelen atacar en el Mediterráneo. También se hacía sentir la falta de brazos a bordo, porque en demasiadas ocasiones se alargaban las maniobras con desesperación de los contramaestres, y no por fallo de nuestros hombres, sino por la necesidad de que algunos marineros cubrieran dos puestos al tiempo. Es en esos momentos cuando el comandante recuerda con inusitado rencor la orden de navegar con media dotación, una decisión que olvida el peligro de las olas blancas, situado muchas veces por encima de los cañones enemigos.

Amaneció un nuevo día en las mismas condiciones y entrados en penumbras. Mar negruzca con cielos oscuros y tristeza gris en el alma. Porque las nubes se mostraban en un conjunto más negro que los abismos del infierno. Y así, con rancho en frío y bebida al golpe de suerte nos mantuvimos, bien retranqueados al firme escogido y apretando las manos cuando una nueva montaña blanca nos atacaba en tromba. Me admiraba la agilidad de Barbate, que me suministraba alimentos y bebida de forma periódica. Porque el rapaz se movía entre los bandazos de muerte con su pata de madera como un equilibrista consumado. Y si en las primeras ocasiones sufrí por la integridad física del antiguo gaviero, lo pasé por alto al comprobar su maestría, aunque resonara con fuerza el golpe de su apéndice de madera contra la cubierta en algunos momentos.

Atravesamos una jornada completa con el sufrimiento añadido. Esos días en los que las veinticuatro horas parecen alargarse como maroma vieja hasta el infinito. Y por desgracia no mostraba rastros la señora de exhibir una mínima debilidad. Porque las condiciones se mantenían de muerte para arriba y con dagas afiladas. Me preocupaba el aumento de contusionados a bordo, por su significado en cuanto a rebaja en el monto total de las manos disponibles. Pero se trataba de condición insuperable y habitual en todo buque. Porque conforme nos manteníamos embutidos en el temporal, aumentaba el número de los huesos descoyuntados en la enfermería.

De esta forma, entramos en la segunda noche atemporalada, de esas que siempre dejan muescas imborrables en la piel y se cuentan años después al calor de la chimenea. Aunque parecía imposible, creí percibir un ligero aumento en las ráfagas del viento y en la altura de las olas, aunque estas se mostraran a retazos y con escasos contrastes de luz. Pero tal condición puede medirse a veces en el golpe sobre la estructura del buque, el silbido del viento al cruzarse por jarcias y vergas, el cambio en los gemidos de las tablas o en las fuertes guiñadas que te obligan a entrar a remate para salvar las prendas. Y en esa compenetración que debe existir entre comandante y conrmaestre, escuché la voz del nostramo cerca de mí, como si leyera mis pensamientos.

—No me gusta una sola onza el pastel servido, señor. Parece que no sólo aumenta la altura de las olas, sino también la fuerza del viento. Y cuando nos golpean a muerte, como esta última zorróna que hemos sufrido, temo quedar sin algún mastelero en cualquier momento.

—También yo. He sufrido muchos temporales en mis años de mar, pero este se muestra sin redondear. Como si quisiera tomarnos desprevenidos en alguno de sus envites e hincar el diente en descabello.

—Y con el viento clavado en el sudeste por fortuna, sin piedras a sotavento, señor. Porque ya hemos debido de abatir unas cien millas por lo menos.

—Esa es la única circunstancia que no me preocupa. No quiero pensar que tal situación la hubiésemos sufrido con los cayos de la Florida a la banda mala.

—Esa zona está preñada de quillas españolas.

Entramos en una nueva amanecida con luz tenebrosa en chorros opacos y la mar más sucia que jamás pude observar en mi vida. Un conjunto de aguas grises por cuya superficie corrían ríos de espuma suelta, antes de obrar en altura como milagro maldito. Aunque solamente andábamos metidos en el temporalazo dos jornadas, creía llevar media vida entre golpes de olas por

arriba y abajo, con las piernas en rumor de agarrotamiento. Por fortuna, los palos y el aparejo de capa se mantenían erguidos con orgullo, aunque alguna lona espesa gualdrapeara con estruendo. Pero ese es el glorioso momento del verdadero hombre de mar, en su lucha por vencer a las aguas en guerra propia, una pelea a muerte en la que no se puede ceder un solo respiro.

Fue entonces, recién picada la hora décima de la mañana, cuando el navío *Asia* entró en el portal oscuro y el mundo se nos vino encima sin remedio. Porque en una de las olas gigantescas que nos atacaban hasta barrer jarcias a la altura de la cofa, pudimos escuchar el chasquido más terrible que se pueda imaginar, un latigazo de maderas tronchadas capaz de desbaratar una torre y muchos corazones. Con los nervios tomados en guante, durante los primeros momentos achaqué el infernal sonido al rendimiento de un palo en redondo y por base, pero rápidamente comprobé que todos se mantenían en alto. Y comenzaba a pensar en la posibilidad de haber sufrido la peor situación que un buque puede padecer en la mar, cuando escuché el grito desahogado del contramaestre.

—¡Vía de agua a bordo! ¡Vía de agua!

—¡Inspección de la primera cubierta! —gritaba a fuerza de infierno con mi boca, sin estar convencido de mis propias palabras, dudando todavía de la triste realidad.

El mayor peligro que presenta un temporal para un buque se cifra en la posibilidad de que una ola monstruosa golpee la obra muerta^[84] con tal fuerza, que sea capaz de separar juntas y tronchar tablas. Tal condición es capaz de abrir una vía de agua de tal calibre que el buque puede caer a los fondos en escasos minutos a causa de una severa e imparable inundación. Por tal razón se intenta capear el temporal por diversos métodos, siendo el más habitual el empleo del aparejo de capa. Se pretende que el buque, sin avanzar ni retroceder, se desplace lateralmente y cree a barlovento una zona de remanso de aguas, donde no pueda romper la mar. Pero las teorías de navegación se suponen excelentes y normalmente acertadas hasta que la fuerza de la naturaleza se las salta hasta dejarlas bajo el arco de las piernas.

De esta forma, al tiempo que don Jacinto salía a la carrera cubierta abajo, acompañado por el segundo, jefe de la primera batería y carpinteros, atravesé los peores momentos que he padecido a bordo de un buque en la mar, superior si cabe a cuando la corbeta *Mosca* bajo mi mando acabó destrozándose contra las piedras de la isla Berlinga Grande. Me desplazé hacia proa con esfuerzo hasta alcanzar la altura de la cuaderna maestra. Intentaba comprobar a la vista la posibilidad de la vía de agua o maderas abiertas, misión imposible desde

cubierta por el redondeo del casco. Y aunque un comandante jamás suele abandonar su reino en el alcázar, ante tales circunstancias me dirigía hacia la escotilla de popa cuando aparecía el contramaestre primero con el rostro en color de cera lechosa. No necesité preguntarle porque ya entraba al saco.

—Una ola de ronza nos ha golpeado a unos cinco pies a proa de la cuaderna maestra, señor. Por gracia de los cielos, no ha acabado de romper tablas, aunque ofrecen fisuras de pulgada y hundimiento notable. La entrada de agua es abundante, conforme la mar golpea de nuevo.

—¿Acabarán por deshacerse?

—Los carpinteros se encuentran apuntalando de macho a hembra como pueden. Intentan disminuir la entrada de líquido al mínimo, mientras les sea posible. Pero no aguantaríamos media ola en ese punto.

—¡Maldita sea la mar gris! ¡Segundo! Todas las bombas en funcionamiento máximo.

—Ya se encuentran todas a tope, señor —contestaba el segundo comandante, recién aparecido a nuestro lado con el rostro en cruces—. Le he pedido colaboración al capitán Soturbe, que ha establecido con Vigodet la línea para llevar a cabo relevos cortos. He ordenado la máxima presión, aunque caigan los picadores al suelo en escasos minutos. Pero no sé si seremos capaces de controlar la entrada.

—Todo dependerá de que una nueva ola acabe por atacarnos en ese debilitado punto, lo que es muy probable —hablaba de memoria, al tiempo que mis pensamientos recorrían las escasas posibilidades abiertas a la mano—. No podemos continuar amurados a estribor un minuto más o el *Asia* se perderá sin remedio.

Contramaestre y segundo me miraron con los ojos abiertos en cuadro, como si observaran la presencia de un endemoniado. Entendían mis palabras como un irracional absurdo. Porque el aparejo de capa no admitía otra posibilidad de mura, desde luego, a no ser que entrara en terrenos calificados como locura sin fin. No lo dudé un segundo más, ese tiempo que podía separar nuestra vida de la muerte.

—Corrida en popa y a palo seco^[85], don Jacinto. Pero sin perder un solo segundo.

Mientras el segundo guardaba silencio, don Jacinto salía de estampida hacia proa con el pito en sinfonía sin fin. Y así se debe obrar cuando el comandante de un buque ofrece una orden de emergencia, sin dudas ni titubeos. En pocos minutos se apagaban las velas de capa, al tiempo que virábamos a babor para ofrecer la popa a la mar. Era consciente de que había

decidido una maniobra que podía ofrecer el final al navío *Asia* sin posible remisión. Porque es habitual correr un temporal a palo seco cuando la fuerza del viento es tan elevada que ninguna vela es capaz de ofrecerse al soplo sin producir heridas. En esos casos, los mismos palos y las vergas llevan a cabo la función de capa, aunque su efecto disminuya muchos enteros y no cuaje siempre al rumbo. Pero si le agregamos correrlo de empopada, presentaba nuevos peligros. Entendí que en esos términos deseaba entrar el segundo con sus palabras, largadas con extrema prudencia.

—Con esta mar elevando nuestra popa muy por alto, señor, podemos entrar en...

—Joder, segundo, si va a decirme que alguna ola nos puede meter por ojo y hacernos bajar hacia las profundidades a la velocidad de una bala, ya lo sé. Pero no podemos ofrecer esas maderas hendidas a un nuevo golpe de mar, por pequeño que sea. Supondría nuestro fin sin remedio. Corremos el peligro de que una ola monstruosa nos eleve tanto la popa que suceda lo que acabo de relatarle. A esa posibilidad también colabora la entrada de líquido, que se correrá por la sentina a proa. Pero no nos es posible atacar otra solución, aunque se trate de la última lágrima de la Patrona.

—Corriendo temporal a palo seco y entrando en empopada, si la mar lo permite, señor —gritaba don Jacinto a pocos pasos.

—Gracias, nostramo. ¿A qué altura se encuentran las tablas dañadas?

—Muy a la lumbre^[86] para nuestra desgracia, señor. Unos tres o cuatro pies aproximadamente.

—¡Vaya un jodido y malparido golpe de mar! —Pensaba con rapidez, en busca de posibles soluciones—. Segundo, debemos elevar el buque y disminuir su calado por cojones, a costa de lo que sea. Por una parte, que esponjen las grietas y toda costura aventada, aunque sea a machos de argamasa. Que los hombres se entreguen a las bombas de picar como trabajo de esclavos, aunque mueran en el intento. Y por último... —dudé escasos segundos de lo que había planeado—, por último largaremos lastre al agua.

—¿Largar lastre, señor? —preguntaba el segundo, que se mantenía en asombro permanente.

—Ha oído bien, segundo. Por todos los cristos, cuando se sufren circunstancias excepcionales, debemos emplear remedios del mismo orden. Y jamás perder las esperanzas, que eso desea la mar negra. Como es lógico, largaremos lastre solamente de las vigas de ferro. Que se desbrocen los cepos y sus cuartas a machota y sin remilgos. Una vez libres y a la vista, establecer una línea doble de hombres para subirlas hasta cubierta y que sean lanzadas a

la mar. Pero no de cualquier forma. En primer lugar, lastre de proa. Y de forma progresiva hacia popa. Es primordial que la proa bucee en escasa cantidad.

—No sé si dos hombres serán capaces de izar una de las piezas, señor — intervino de nuevo el segundo—. El peso debe elevarse...

—¡Joder, segundo! ¡Por las putas de la cueva! ¡Despierte de una vez! Me importa un carajo el peso de esas vigas. Si no es posible con dos hombres, que se sumen tres o cuatro. ¡Hay que aligerar el buque como sea!

—¿No estima más práctico lanzar los cañones al agua, señor? —ahora el segundo pronunciaba sus palabras con extremo cuidado.

—Ya lo he pensado. No sería suficiente. Además, en ese caso deberíamos regresar a La Habana, porque sería de todo punto imposible cumplir nuestra misión.

Y no deseo navegar sin artillería por estas aguas. Tenga en cuenta que el lastre produce un efecto de flotación mucho más contundente, de forma especial si se desbroza bajo las bitas. Debemos aligerar el buque, pero especialmente de proa. Intento que las olas que nos alcen la popa en peligro, encuentren más dificultad por la flotabilidad de la zona del castillo. Y después, si es necesario, correremos los cañones de proa en cada cubierta hacia popa para trincarlos a la bretona. Ya sé que exijo trabajo para ochocientos hombres, pero es lo que hay, señores, si queremos salvar el navío. Para que nos alcancen los milagros, debemos laborar en cruces.

Se impartieron las órdenes con rapidez. La salvación, de momento, nos llegó porque el grupo de los carpinteros, capitaneados por don Julián Salto, realizaron un trabajo extraordinario y casi milagroso, al conseguir que la entrada de agua se redujera a mínimos. Por tal razón, conseguimos dejar solamente dos bombas en funcionamiento, pasando el resto de los hombres a trabajar con el lastre y los cañones de proa, la más penosa y agotadora misión que se puede acometer a bordo de un buque. No debemos olvidar que el navío continuaba danzando sobre las olas como un enajenado, ahora con alzadas de la popa que me hacían entrar en ruegos de misericordia. Porque con algunas de ellas entraba el bauprés en el agua como lanzada en el pecho, y hasta que lo veía sacar cabeza sufría escalofríos de muerte. No dejaba de pensar que, si antes de recuperar nos alcanzaba una nueva montaña, podíamos dar por perdido el *Asia* y los cuerpos arracimados en su barriga. Y en medio de aquel fregado de trabajos y revolución general a bordo, me extrañó observar una sonrisa en el rostro del contra maestre.

—¿Qué le sucede, nostramo?

—Le juro, señor comandante, que creía haber vivido a bordo de los buques de la Real Armada toda situación posible. He corrido temporales a palo seco y alguna corrida en empopada por los mares del Norte y del Sur. Pero jamás con las dos condiciones a un tiempo. Y si se le añade el largado del lastre, creo que inauguramos un nuevo sistema de capa.

Me hizo gracia la salida del nostramo, así como su seguridad y profesionalidad. Y es en esos momentos de severo peligro cuando más se agradecen las palabras de sentimiento.

—Ya sé que nos jugamos los bigotes en blanco y que las posibilidades verdaderas de superar la badana son escasas. Bueno, bastante escasas y dependiendo del capricho de las olas. Pero ¿conoce otro método para superar esta putorróna situación?

—No, señor. Y no le miento al asegurar que, cuando observé las fendas abiertas en las maderas y el agua entrando a borbotón, me veía en los reinos de Neptuno.

Por gracia de los cielos, no golpeó ninguna ola de nuevo a la misma altura, mientras apuntalábamos y metíamos toda la caña. Ese es nuestro verdadero peligro, sin olvidar las elevaciones de la popa. Pero si no nos cruzamos de nuevo a la mar y...

—Si nos cruzamos, que sea a babor, aunque debamos excavar portañuelas en el costado.

—Hay esperanza, señor.

—Y si no la hay, la fabricaremos, nostramo.

De esta forma comenzamos a correr el temporal del sudeste a palo seco y en una inestable empopada que variaba al gusto de los dioses. Los hombres trabajaban sin descanso y cuando comencé a observar los pesados lingotes de ferro caer al agua, sentí la primera de las alegrías, aunque hubiéramos avanzado un escaso trecho del camino. Volví a elevar un rezo a la Patrona. Es en esos momentos cuando dirige la mirada hacia los cielos hasta el marinero más trillado y descreído. Porque cuando la mar te come y se siente la soledad absoluta de la vida y su próximo fin, se comprende que solamente desde el reino de los cielos nos puede llegar el amparo. Ya lo dice el sabio refrán marinerero:

El que no sepa rezar que
vaya por esos mares,
y verá que pronto aprende
sin enseñárselo nadie.

16. Milagro avante

No miente en una sola letra quien asegura, absolutamente convencido, que la mar es la porción de nuestro mundo donde los milagros se extienden en mayor cantidad. Y me encuadro sin dudarle en ese grupo, así como deben encontrarse alistados, en mi opinión, todos los que por esas aguas navegan noche y día. Pero regresando a la triste situación por la que atravesaba el navío *Asia* bajo mi mando, todavía durante doce horas, unas horas que sufrí minuto a minuto, continuamos con el buque a palo seco y en peligrosa empopada, a merced de la mar y el viento, sin que el temporal remitiese una mínima pulgada.

En aquellas duras horas, no solamente padecía por las olas que nos golpeaban a popa en remache, hasta alzarla hacia los cielos como si se tratara de un columpio más propio del Maligno. Porque, mientras los hombres trabajaban a concierto de penados en aligerar el lastre y trasegar cañones hacia popa con más de cincuenta quintales^[87] de peso, se mantenía el peligro latente en las tablas de estribor. Aunque los mejores timoneles se alistaran a la caña por parejas y en relevos cortos, se producían fuertes guiñadas^[88] imposibles de predecir y evitar. Como es lógico suponer, había ordenado mantener la proa ligeramente vencida un par de cuartas a babor en prevención, pero la caprichosa mar nos hacia caer a la banda contraria en ocasiones, momento en el que los sudores fríos se ampliaban en mi frente, al observar alguna montaña de espuma en dirección a la zona dañada.

En dos ocasiones fue necesario volver a apuntalar las costuras de estribor, con instantánea entrada de agua a borbotón de espuestas y suspiros en alza, que obligaba al uso desesperado de las bombas de picar. Y aunque la mayor atención se centrara en las fendas de estribor, con su inmediato peligro de enviarnos a los fondos, el coronamiento de popa también sufría los embates de las olas, de lleno y a la cara. Poco a poco, los cristales y maderas de la balconada acababan hechos añicos, debiendo ser cerrada con chapas de

madera a escotillón, las molduras restaban a cuartos y las jardineras^[89] descoyuntadas. También los males menores corrían en bandada, con tambuchos destrozados, bote con proa astillada, pasamanos desencajados, chilleras en baile de malditos y muchos otros destrozos a los que no concedíamos mayor importancia de momento.

Bien sabe Dios que poco o nada me importaba la belleza de la popa en aquellos momentos, así como la escasa cantidad de agua que por grietas se embarcaba o las maderas sueltas a remolino de ceniza en cubierta. Por el contrario, contaba las vigas de hierro que se lanzaban al agua una a una, para comprobar con entera satisfacción que, cuatro horas después, el bauprés comenzaba a hincar la proa en el agua con menor agresividad, lo que certificaba el acierto de la medida, considerada como locura por algunos. Sin embargo, la esperanza decrecía conforme el temporal mantenía sus garras y el *Asia* emitía gemidos de muerte.

Fiel a su inmutable costumbre, la primorosa señora de las aguas, golfa caprichosa de provocativos movimientos, actuó al gusto propio y sin avisos previos. Todavía éramos atacados con la furia habitual de los últimos tres días cuando, como milagro santero o respuesta a los mil rezos elevados, el sol aparecía con fuerza por el sur. Una visión capaz de aligerar el alma más dormida o acanallada. Al mismo tiempo, las bolsas negras que coronaban la cúpula continuaban su galope hacia el norte y el viento comenzaba a decaer con la misma velocidad con que nos alcanzara. Tal situación, ese escape de la mar y los vientos con extrema urgencia, para dejar una alargada marea de remanso, no es creíble más que para aquellos que por las aguas surcan, capaces de comprobar las peligrosas veleidades de ese medio fascinante y en permanente movimiento.

No puedo alegar que hubiéramos sufrido un temporal sin fin, esos que humedecen durante una semana o más el buque, hasta alcanzar la caja del cronómetro. Tres días y medio solamente, un periodo que, en tiempos de gozo, atraviesa nuestra vida cuernos arriba como un suspiro. Sin embargo, cuando se lucha a muerte contra las aguas y debemos permanecer segundo a segundo con cien ojos abiertos a mil detalles, cuando sufres de forma periódica el doloroso latigazo de entender el buque perdido y el alma anegada, nuestro cerebro acaba estragado como cabeza tajada en troncha. Por tales razones, cuando comprobé que habíamos superado el ataque de la fiera y se nos concedía una nueva oportunidad de vida, además de agradecer a la Patrona su intercesión, me dediqué a respirar a fondo y concederme pensamientos azules.

Mientras, de pie en el alcázar, remataba unos trozos de cecina y queso, al tiempo que apuraba una frasca de vino que, en aquellos momentos, me parecía el caldo más generoso del mundo, escuchaba las palabras del contramaestre.

—Vuelta pasada no muele ni un grano más, señor comandante, para gracia de las almas que en este valle de lágrimas sufren o penan.

—Y que lo diga, nostramo. Pero la vuelta se ha aparecido de cornalón. Esta muesca que nos acaban de grabar en el pecho tardará mucho tiempo en borrarse.

—Nunca se borran esas grietas con tanto dolor amadrinado, señor, aunque se transformen en historias para contar a los nietos. Y ahora con toda franqueza, todos y cada uno de los miembros de esta dotación deberíamos ofrecerle a nuestro comandante mil gracias a coro. Este sistema para pasar por encima del temporal sin padecer excesivas heridas en el costado de estribor merece un grandioso homenaje. Y como me sabe sincero, debo exponerle mis muchas dudas de que el largado del ferro obrara de tal forma en la flotabilidad de la proa.

—El lastre es el factor que más actúa sobre la estabilidad y flotabilidad del buque, nostramo. En opinión de algunos ingenieros, como don José Romero y Fernández de Landa, se calculan a veces con demasiada ligereza los quintales adecuados y su correcto emplazamiento a bordo. Por tal razón llevé a cabo un estudio sobre el tema, mostrando fórmulas y gráficos, que solemos olvidar a menudo. Por cierto, que todavía no me contestó el segundo, sobre la pregunta que le hice acerca de la cantidad total de lastre largado al agua. Debemos apuntar esos detalles y que queden plasmados en el cuaderno de bitácora con claridad para futuros mandos.

—Hemos largado sobre los mil quintales, señor —contestó Moneo, a mi espalda—. Perdone que lo haya olvidado.

—Pues ya sabemos algún dato más sobre este navío. Tan sólo debemos tener en cuenta que en la situación actual abatiremos bastante más. De esta forma, necesitaremos de dos o tres cuartas a barlovento como mínimo para fijar el rumbo. Bueno, no cantemos victoria todavía, que esa vía de agua se mantiene en porcelana.

—¿Cómo piensa conseguir nuevo lastre, señor? —preguntó el nostramo, interesado.

—Aunque poco me preocupa ese detalle en estos momentos de gloria, lo solicitaré en Veracruz. Además de llevar a cabo las reparaciones de tanto desperfecto, deberemos redondear el buque en todos sus aspectos.

—Mucho trabajo se les presenta a los carpinteros, señor. En primer lugar los efectos de la malparida vía de agua y después mil y un detalles. Por cierto, que el último golpe de mar recibido acabó por desencajar la tronera de la segunda batería que andaba sobre paños.

—Tampoco me preocupa en la presente situación. Encararemos cada problema en su momento. Ahora deben descansar los hombres, comer bien y en caliente con menestra reforzada y vino al doble. Se lo han merecido. Nadie ha ofrecido la blanda.

—Esa notable inclinación al trabajo extremo se debe al pánico que sentían por morir en las aguas, señor comandante —terciaba el teniente de navío Vigodet.

—Bien, creo que ha llegado el momento de comenzar a largar el aparejo con mimos, don Jacinto.

—Por todos los dioses de la mar profunda que soñaba con escuchar esa bendita orden, señor —contestó el nostramo con rostro de placer, al tiempo que enchufaba el pito a la boca y comenzaba la sinfonía.

La normalidad regresó a bordo, esa situación de benéfica rutina que tanto añoramos cuando las cruces nos caen en bandada. Y más en aquella ocasión, en la que tantos habían perdido las esperanzas. Aunque manteníamos vigilancia permanente en las tablas dañadas, la distancia del nivel del mar a las fendas y la mar trepando a la llana concedían una benéfica tranquilidad. Y si no ordené zafarrancho de limpieza en cubierta fue para no cargar más trabajo sobre mis hombres. No obstante, el personal de guardia debió aligerar los restos de maderas que podían ofrecer peligro, así como aferrar en seguro todo el material que pudiese ser utilizado con posterioridad.

El siguiente punto que tener en cuenta era la situación del buque. De momento, solamente manteníamos una posición muy a la estima, suponiendo un abatimiento diario hacia el nortenoeste de unas sesenta millas diarias. Por tal razón, una vez largado el aparejo, ordené aproar de momento al oestesudoeste, una proa que mucho nos beneficiaba al necesitar quedar amurados a babor, con lo que dejábamos a sotavento y en cuidado la zona del casco dañada. Y pronto pude comprobar que, en efecto, el *Asia* se deslizaba con un evidente y superior abatimiento, por lo que corregí el rumbo a estribor dos cuartas.

Sin tierra a la vista, debí esperar al crepúsculo de la tarde, con mil estrellas en el cielo, a que el piloto me ofreciera una situación de garantía. Y no fue menor la sorpresa al comprobar que el abatimiento había sido casi el doble del previsto. Cuando entrábamos en noche dulce, el *Asia* se encontraba

al norte de la punta Jungle en la península del Yucatán y unas ciento veinte millas de distancia.

—¿Es de confianza la situación, don Francisco?

—De toda confianza, señor.

—En ese caso, la distancia hasta Veracruz se alargará por encima de las quinientas millas.

—Quinientas diez exactamente, señor.

—Bueno, recemos para que no se nos ofrezca alguna otra moscarda de duelo. Necesitamos un fondeadero seguro y trabajar a bordo sin mayores complicaciones.

—Y descansar, señor. Especialmente vos. No habéis dormido una sola hora en tres días y tal condición se le refleja con claridad en el rostro.

—Ha sido tanta la tensión sufrida que todavía no siento el sueño, aunque sí un profundo cansancio, especialmente en las piernas. La verdad es que deseo con ansiedad el momento de tomar un sencillo sillón y descansar. Pero lo primero es lo primero. Comprobaremos cómo navega el *Asia* en estas condiciones, antes de dar una ligera cabezada.

No se presentaron mayores problemas. Tan sólo navegamos media jornada con mayores y gavias solamente, para que, con tranquilidad y escaso movimiento en balance, de nuevo los carpinteros dejaran el apuntalamiento de las costuras en firme. Pero cuando el cuerpo se acostumbra a sufrir de continuo y durante alargado tiempo, no es fácil descansar y evaporar los pensamientos negros del cerebro. Por tal razón, creo que hasta las cinco de la mañana del día siguiente y tras atacar un plato de sopa espesa con gurrúños de chorizo mantequero, no pude posar la cabeza en la mesa y entrar en sueños revueltos durante un par de horas. Porque se me mostraban las costuras abiertas del costado y la imagen del *Asia* cayendo hacia las profundidades.

A pesar del escaso tiempo dedicado al sueño, desperté descansado aunque con dolor en el cuello por la postura mantenida sobre la mesa. No obstante, tras refrescar la cara en la jofaina a fuerza de gotas y con repetición, hasta acabar por introducir la cabeza por completo en su taza, atacé un plato de cecina y panceta a las brasas, acompañadas por una taza de café que me ofrecieron bríos renovados. Y salía a cubierta con la segunda remesa del líquido negro en la mano cuando contemplé una explosión de luz azul en uno de los crepúsculos más hermosos que podía recordar. Ni una sola nube poblaba el cielo, el viento entablado con terquedad en el sudeste se mantenía ahora fresco de fuerza, con la mar sembrada de pequeños borregos y una marea larga en la misma dirección.

Tras ser saludado por los oficiales y recibido la pertinente novedad del que se mantenía de guardia, comprobé que la felicidad corría en ríos por el alcázar, al punto de ofrecerme pronósticos risueños y bonancibles de excelente humor. Y cuando dirigí la mirada hacia la cubierta en dirección a proa, comprobé que también se había obrado un pequeño milagro. Tras el necesario zafarrancho de limpieza y si no se detenía la vista en las cicatrices o se bajaba a la primera batería, podíamos asegurar que el *Asia* se movía en perfecto orden.

—¿Continúa el fuerte abatimiento? —pregunté al teniente de fragata Antonio del Campo, oficial de guardia.

—Dos cuartas, señor. Y porque el viento oscila de fresquito a fresco. Porque recibéndolo de través como en el momento actual, si aumentara de fuerza deberíamos enmendar una cuarta más a barlovento.

—Roguemos para que viento y mar se mantengan en cuerdas de bondad durante cuatro o cinco jornadas al menos, y consigamos arribar a Veracruz sin mayor novedad. Creo que el *Asia* ya ha demostrado todo lo que se le puede exigir a un buque sobre las aguas y un poquito más.

—Razón le sobra, señor.

Comenzamos una nueva etapa en nuestra travesía del seno mexicano, unas aguas que no podría olvidar en muchos años. Porque así son las navegaciones de un punto a otro, bien tragadas en una sola etapa o partidas por determinadas situaciones como la que acabábamos de atravesar, lo que estimamos a fondo como puertos intermedios, al menos en las suelas del alma. Pero me consolaba al pensar que no suele repetir la bola negra en escaso tiempo y confiaba en arribar a puerto sin mayor novedad. Sin saber por qué, me vino a la cabeza el cabo de Hornos, las rocas grises alzadas y los famosos temporales que en sus veredas se sufren. Pero nada podía ser peor que la situación atravesada, salvo la bajada a los fondos, por lo que imaginaba aquellos rompientes helados como si del río Aranjuez se tratara.

Tal y como esperaba, no se nos atravesó cuerva alguna en las singladuras siguientes. Navegamos con tranquilidad sobre aguas azules, que no parecían hermanas ni parientes lejanas de las grises malacatosas sufridas pocos días antes. Pero es condición habitual en mar y tierra que desde un mismo vientre salgan las crías variadas de norte a sur. Y ya restaban menos de cien millas a nuestro primer destino cuando di por ganada la lucha, que también esa condición la percibe el cuerpo. Una batalla con final en el puerto de destino. Porque así pueden percibirse las navegaciones en la mar redonda.

* * *

Largamos las anclas frente al puerto de Veracruz el último día del mes de enero, con cielos despejados, sol entrado en fuerza y una temperatura muy agradable. Pronto comprobé las razones expuestas por el piloto al estudiar la zona cercana al puerto. Porque no se trataba de entrada sencilla, con la cantidad de arrecifes que se abrían como surcos de protección a la plaza, desde el de la Caleta, al norte, hasta el de Hornos al sur. Pero ya en la distancia me impresionó el castillo de San Juan de Ulúa, con su isla anclada en el arrecife de La Gallega, a levante del puerto. Y fue durante la maniobra de fondeo cuando nos apercebimos del mal estado del ancla del ajuste, cuyo cepo se desprendió en dos trozos. Recogidas las maderas del agua, comprobamos que durante el temporal debía de haberse rajado la cruz, y se acabó por partir en el fondeo. Una merma más a reparar.

Como de costumbre y con suficiente antelación, cuando se divisaba la plaza de Veracruz en la distancia, expuse a mis oficiales los conocimientos que poseía sobre la historia de la ciudad, su fundación y avatares a lo largo de los años, así como las descripciones recibidas del general Apodaca, en las que no parecía haber exagerado una sola mota. Y en verdad que la plaza podía ser considerada como el punto donde se condensaba la historia general del virreinato de Nueva España, y gran parte de nuestras conquistas en el nuevo mundo. Mucho disfrutaba al observar el interés de mis hombres por mis palabras, aunque no fueran capaces de acometer dichos conocimientos por su cuenta, con esa desgana tan natural en España por la historia propia. Una vez en la tranquilidad que aporta el fondeo, rematé la faena.

—Pienso visitar el castillo de San Juan de Ulúa con detenimiento. Lo digo porque deberán acompañarme todos los oficiales francos de servicio, sin excepción. Se lo comentaré al mariscal de campo Venegas para que avise al comandante del fuerte y preparen algún oficial con profundo conocimiento de esas gloriosas piedras. La visión que se ofrece desde su cima debe de ser extraordinaria.

—¿Por qué recibe tan extraño nombre esa isla y su castillo, señor? — preguntaba el teniente de navío Luis Pando, interesado.

—Como les he explicado hace pocos minutos, el primer español en pisar esta tierra fue Juan de Grijalva, nueve o diez años antes de que arribara la expedición de Hernán Cortés. Al preguntar Grijalva a un indio la razón por la que se llevaban a cabo tantos sacrificios humanos, precisamente en esa isla

que aparece hacia el sur y que por tal razón recibe el nombre de isla de Sacrificios, el indígena respondió que así lo quería la población de Ulúa. Y con esa palabra, a la que añadió el santo de su propio nombre, bautizó la isla.

—Cuando se mueva por la ciudad, señor, no olvide visitar La Parroquia, —intervino el piloto—. Posiblemente se trate del principal monumento de Vera cruz. Quedó consagrado en 1734 a Nuestra Señora de la Asunción. Se construyó sobre otro templo español anterior, de los primeros años de la conquista. Son muy hermosas sus capillas. Y como puede verse desde aquí —señalaba con la mano—, la cúpula y las torres se encuentran revestidas de azulejos blancos y azules. Por cierto, que allí se refugian en las tardes los hambrientos zopilotes en gran cantidad, tras haber devorado los desperdicios que las aguas dejan en seco durante la bajamar.

—¿Zopilotes? —preguntó el alférez de fragata Manuel de Quesada.

—Unas aves de espléndida belleza, carroñeros grandes de un plumaje negro y brillante como el espejo. Es divertido contemplar en las orillas cómo aguantan la ola hasta el último momento. Cuando lo consideran imprescindible, levantan el vuelo de forma abrupta para escapar del agua, con sus plumas inclinadas al viento y la cabeza resguardada al lado, mientras lanzan agudos chillidos.

—¿Son comestibles? —ahora preguntaba el fornido Vigodet, atento siempre al tema de la manduca.

—Pues no estoy seguro, señor, pero me parece difícil. Bueno, cuando el hambre aprieta a fondo en carnes, todo entra por bueno en la puchera. Pero si necesita alimento, le recomiendo lanzar un anzuelo al agua, aunque sea sin cebo, y pescar huachinangos. Se trata de unos peces de excelente sabor y muy apreciados por la población. Mar afuera también abundan los tiburones azules, que son pescados para la alimentación.

—Ha sido una pena que se estropearan tantos víveres durante el temporal, señor —insistía el segundo como si se tratara de culpa propia—. La verdad es que no disponíamos de suficientes hombres para apartarlos y primaba la seguridad del buque.

—Desde luego. Ya le dije que no se preocupara por tal medida. Los incluiremos en la lista de necesidades que elevaré al gobernador. En estos días y con calma nos centraremos en reparar los desperfectos, comenzando por las tablas aventadas, sin duda. Pero también debemos dedicar tiempo para que se restablezcan los heridos y contusionados, arranchar en firme la artillería, reponer el lastre, reparar los desperfectos en balconada, cubierta, botes y tambuchos, ajustar un nuevo cepo al ancla del ayuste y un poco de descanso

general, que bien lo merecemos de capitán a paje de escoba. Sin olvidar buena y abundante comida, acompañada por vino en generosa cantidad. Todos deben celebrar su retorno a la vida.

—No son muy generosos en este puerto, señor —apuntó el segundo comandante—. Lo digo por el tema de los víveres, especialmente.

—Pues deberán cumplir con los preceptos quieran o no. Por cierto, don Jacinto.

—Mande, señor comandante.

—¿Será necesario el uso de una chata^[90] para descubrir el costado y trabajar con mayor comodidad en las maderas tronchadas por el golpe de mar? Es posible que dispongan de alguna en el arsenal.

—Personalmente creo que no será necesario, porque las tronchas se sitúan a suficiente distancia de la lumbre. Pero se lo consultaré al carpintero.

—Muy bien. Como pueden comprobar, señores —me dirigía de nuevo a los oficiales—, en esta ciudad el clima es benigno y agradable en esta época del año. No se mueve en las mismas cuerdas en verano, cuando el calor llega a ser insoportable, especialmente cubiertas abajo. Además, la elevación y cercanía de la muralla impide la entrada de los vientos.

—Pero que no sean fuertes del norte —indicó el segundo—. Esos malditos vientos que reciben el especial nombre de hueso colorado soplan con extrema fuerza durante dos días o poco más, aunque después queda un tiempo muy agradable. Pero se beneficia la ciudad, mientras los buques han de hacerse a la mar.

—Ya lo leí en el derrotero y comenté con el piloto. Por fortuna son poco habituales. Pero debemos mantener estrecha vigilancia y prepararnos para levar las anclas y salir mar adentro si saltan en amenaza, condición poco agradable en nuestra situación. No comprendo cómo en puerto tan importante no se ha construido uno de esos modernos rompeolas que ofrezca el necesario abrigo. Porque esa línea de piedras, que debió de alzarse en el siglo XVII, apenas protege de las olas menores.

—Si no se realizó en época de bonanza, no creo que se lleve a cabo en bastantes años —indicó el segundo—. ¿Cuándo piensa presentarse al gobernador, señor?

—Hoy me tomaré el resto del día en descanso de mente y cuerpo, que bien lo necesito. Espero que no se hayan estropeado todas mis paletillas. Mañana en las primeras horas visitaré al gobernador y al presidente del Cabildo. Debo exponer nuestras necesidades cuanto antes. No les gustará, si

esperan que lleve a cabo un transporte de tropas con cierta urgencia, lo que no podemos realizar en estas penosas condiciones.

—¿Cuándo desembarcaremos, señor? —preguntó el capitán Soturbe.

—Mañana lo hablaré con el general Venegas. Pero supongo que permanecerán pocos días más en este buque. No creo que echen de menos su vida a bordo.

—El temporal no se olvidará en años, desde luego. Sin embargo, una vez atravesada la cresta, puedo declarar que ha sido una muy interesante experiencia.

—Es posible quedar listos para salir a la mar en escaso tiempo, señor, siempre que se nos entregue el material necesario —insistía el segundo—. Bueno, dependeremos en alto grado del lastre. Esperemos que sea posible recibirlo y de buena calidad.

—Lo recibiremos, no lo dude. Y espero que no lleguemos al extremo de utilizar la piedra de cantería, que el lastre de la parte superior debe ajustarse en vigas con el necesario orden. Pero no adelantemos acontecimientos y ataquemos cada problema en su momento.

Tal y como me había anunciado el general Apodaca, comprobé la existencia de una pequeña goleta, la Mexicana, fondeada muy cerca de tierra. Aunque de escaso porte, posiblemente 4 o 6 piezas de a 4 o a 6, mostraba líneas afiladas y silueta de gozo. Esas goletas que vuelan sobre las aguas tomando la mar como delfines en juego. Pocos minutos después, acudía su comandante, un joven alférez de navío apenas superada la veintena, Mariano Grandalla, para saludarme en cortesía y quedar a mis órdenes. Y de esta forma podía considerarme como todo un jefe de una división naval, aunque se tratara de una flotilla escasa, compuesta por una goleta de arribo y un navío.

Tal y como me había propuesto, descansé cual príncipe florentino durante el resto del día. Y disfruté de un estupendo almuerzo de la mano de Barbate, con sopón de cera adornado con menudos de panceta y calandracas, paletilla asada y natillas de media luna. El aguardiente me ofreció la porta definitiva para entrar en una dulce y beneficiosa siesta, de la que desperté bien entrada la tarde. Una vez con los pajarillos rociados y en danza, comencé a pasear por la toldilla, disfrutando de una brisa suave y agradable del sudoeste.

Como el viento durante la noche rolaba hasta entablarse desde tierra, también dormí a pierna suelta con bendita tranquilidad. Debía recuperar las muchas horas perdidas, así como tranquilizar la sangre que se bate por las venas en reguero. Y se me concedió un sueño tan pesado y exento de rostros

amargos que desperté por primera vez en muchos días relajado de espíritu y con el ánimo en alza, dispuesto a acometer las funciones en tierra.

Entrada la mañana pasé con la falúa, acompañado del alférez de fragata Garnica en funciones de ayudante, hasta la escala del Virrey, como llamaban a la más noble de las dos que se ofrecían en la dársena interior. Estaba cerca de la puerta de la ciudad más enriquecida de ornamentos y se encontraba, precisamente, reservada a los virreyes. Porque a través de ella debían entrar en sus tierras por primera vez en su viaje desde España. Como la Gobernación se encontraba a escasa distancia, recorrí algunas calles de la ciudad, planeada en cuadro y con líneas paralelas, que me recordaba a la ciudad departamental ferrolana, y con sus suelos sembrados de guijarros como en las mejores plazas de la Península.

Cuando se anunció mi presencia al señor gobernador y entré en su sala de trabajo personal, quedé impresionado por la magnificencia de la estancia, amplia y lujosamente amueblada como recibidor de palacio. Pero lo que más llamó mi atención fue la extraordinaria figura del gobernador. Debo declarar con sinceridad que pocas veces en la vida he observado un cuerpo humano de un tamaño tan colosal, al punto de infundir respeto no sólo por su propia autoridad, sino por simple sumisión corporal. Su altura debía de moverse cercana a los siete pies, pero al mismo tiempo la anchura de sus hombros se ampliaba de banda a banda sin fin. Si a estas características se le suman brazos como cuaderales de onza, manos capaces de abarcar un palo macho y un rostro amplio con melena en bucles, puede comprenderse que se tratara de un gigante de la naturaleza. Un tanto cohibido presenté mis respetos.

—Se presenta con todo respeto ante vuestra excelencia, señor gobernador, el brigadier de la Real Armada Santiago de Leñanza, conde de Tarfí, comandante del navío *Asia*, fondeado ante la plaza.

—Mucho me alegro de recibiros, señor comandante. Ya nos movíamos a la espera de un poderoso navío con cierta impaciencia. —Con una sonrisa que entendí fingida, me ofreció su poderosa mano, en la que la mía quedaba desaparecida—. Son muchas y variadas las necesidades que nos urgen en estos días de tanto desorden, una situación que debemos zanjar a sangre y fuego sin conceder una sola prebenda de benevolencia a los malditos rebeldes. Espero que haya disfrutado de una agradable navegación desde La Habana.

—A decir verdad, señor, una travesía muy poco agradable. Tan sólo puedo sentirme complacido por no haber perdido el buque bajo mi mando ni un solo hombre, aunque sea elevado el número de contusionados. Siento

comunicarle que el buque bajo mi mando arriba a esta plaza con serios problemas de casco y aparejo, tras haber sufrido uno de los peores temporales que recuerdo. En esta ocasión, anduvimos muy cerca de caer a los fondos sin remisión. Si no nos hubiera auxiliado la excelsa Patrona.

—Mucho lo siento. También yo padecí un furibundo temporal en mi último viaje desde la Península, que todavía no he podido olvidar y mantengo en pesadillas. ¿Son graves esos desperfectos?

Narré al gobernador con tintes de exageración los hechos más importantes acaecidos a bordo durante el temporal del sudeste. Y si entraba con engrandecimiento y exceso, condición anormal en mi persona, se debía al rostro ofrecido por el coloso, que parecía dudar de mis palabras, o así lo entendía en mis adentros. Porque en ningún momento parecía expresar asombro o consternación, como si hubiese escuchado tales sufrimientos cada día. Una vez finalizado, tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Se confirma que las desgracias nunca aparecen solas en esta vida. Esperábamos la llegada de un navío como agua de mayo, porque necesitamos con urgencia un transporte de tropas desde Campeche. Los movimientos rebeldes han aumentado de forma notable en los alrededores de esta plaza durante los dos últimos meses. Y aunque las defensas veracruzanas son importantes, no podemos quedar mano sobre mano mientras observamos crecer al enemigo a las puertas de nuestra casa. Además, entorpecen de forma notable el movimiento de personas y efectos entre la capital del virreinato y esta ciudad. Esos hombres que embarcó en La Habana no son suficientes. ¿Cuánto tiempo necesitará para remediar esos males y hacerse a la mar?

—Pues es bastante relativo, señor gobernador. Si se nos conceden con rapidez todos los materiales necesarios, podríamos salir hacia Campeche en dos o tres semanas. Lo verdaderamente importante consiste en restañar de forma urgente las heridas producidas por aquella maldita ola, una vía de agua que compromete muy seriamente la seguridad del buque. Y no debemos olvidar que en cualquier momento puede saltar viento del norte, con fuerza que nos obligue a abandonar el fondeadero. Para ello necesitaremos diez o doce tablas de forma. Y en cuanto al lastre, vigas de ferro suficientes. En cuanto a los demás daños, disponemos a bordo de suficientes elementos, salvo los cristales necesarios para reponer la espesura de la balconada. Por último y como le he explicado, quedamos casi sin víveres y agua de calidad.

No me gustaron nada los gestos que amparaba el gobernador en su rostro, al tiempo que mesaba sus manos con extraña fruición. Por fin, las juntó como monje en oración, antes de contestar.

—Malos momentos vivimos en esta provincia, señor comandante. En Veracruz escasea de todo. Las maderas podrá encontrarlas en el arsenal de San Juan de Ulúa sin mayores problemas, uno de los pocos elementos que allí se mantienen. Pero no piense en un arsenal como el de La Habana, ni de lejos. Este establecimiento lo es más de nombre que por realidad. El dique está deshabilitado, cayó la machina podrida y nada se ha mantenido en los últimos veinte años. En cuanto a ese lastre que menciona, desconozco las posibilidades. Y por último, puede estar seguro de que no sobran víveres ni para los pobres animales. Deberá explicar estos detalles al presidente del Cabildo, el excelentísimo señor don José Mariano de Almanza.

Como no pensaba ceder una sola cuarta, y poco o nada me gustaba el tono y disposición del gigante, decidí que debía entrar con las varas en alza y exigir lo que por norma me correspondía, sin dejarme achantar una onza.

—Verá, señor gobernador. Me explicó con mucha claridad el teniente general de la Real Armada don Juan Ruiz de Apodaca, capitán general de la isla de Cuba y de las dos Floridas, presidente de la Audiencia y comandante general de las fuerzas navales en las islas, así como en las de Costa Firme y Nueva España, que por medio del navío San Pedro de Alcántara se había transportado una muy generosa cantidad de azogues, para colaborar en las necesidades de los buques de la Armada que a este puerto arriban.

—¡Ah, si, los azogues! No sé si restará alguna onza de dicho material. La Armada debe comprender que no es posible imponernos el alistamiento de todos los navíos que en este puerto surjan. Sobrepasan nuestras capacidades.

—Según las cuentas del capitán general, que las mantiene al día y con detalle, es mucho el azogue que debe de restar disponible. A no ser, desde luego, que se haya vendido como se proponía. Y en ese caso, dichos caudales deben aplicarse a las necesidades de la Armada. Pero también es cierto, señor, que las autoridades de Veracruz, con vos a la cabeza, son responsables de redondear^[91] todo buque que arribe a su puerto con prioritarias necesidades, bien por derrota establecida o por arribada forzosa. Además, aquí disponen de un arsenal naval aunque se encuentre en malas condiciones.

—¿Arsenal? —Ahora entraba en risas con un tono socarrón que poco me agradó—. Ya le he dicho que ni siquiera merece ser llamado con ese nombre. No obstante, es posible que encuentre algún material aprovechable entre sus vetustos almacenes. Le repito que debe hablar con el presidente del Cabildo, a quien corresponden estas necesidades.

—Pero entiendo, señor gobernador, que, como presidente de la Junta de Arbitrios de Veracruz, sois vos el responsable de alistar mi buque.

—En efecto, tiene razón en sus palabras. Pero debe saber que, además de los cargos oficiales nombrados entre los diputados pertenecientes a dicha institución, tales como intendente, promotor, contador, tesorero, administrador, factor y secretario, quienes en verdad manejan de firme la Junta de Arbitrios son el Cabildo y el Consulado, especialmente el primero. Y es conocido el poder que ejerce el presidente de todo Cabildo, que incluso puede exigirle determinadas funciones en orden de autoridad. Le advierto que don José Mariano de Almanza es un hombre muy poderoso.

—La verdad, señor gobernador, no creo que sea más poderoso que vos, representante del virrey de Nueva España en esta provincia.

Había lanzado mis últimas palabras con el mismo deje socarrón que empleaba el gigantón, lo que no pareció gustarle.

—Mire, comandante, bastantes problemas sufrimos en esta plaza para que se nos multipliquen por las fuerzas propias. Ahora mismo nuestra principal prioridad, que le puede ser confirmada por el mariscal de campo Venegas, es la de recibir unos mil hombres de los establecidos en Campeche y salir a batir a esos rebeldes, que no aguantan un empuje de soldados regulares. Le aconsejo una vez más que hable con don José Mariano de Almanza y el general Venegas.

Hizo un claro gesto con los brazos para indicarme con meridiana claridad que la audiencia había llegado a su fin, por lo que me despedí con toda cortesía y abandoné la estancia. Pero corrían los grillos a desmadre por mis venas. Con tristeza y rabia contenida comencé a comprender los avisos recibidos sobre las autoridades de Veracruz y sus posibles consecuencias.

Sin dudarle un solo instante, pregunté al secretario del gobernador la situación del Cabildo, y allí me dirigí a pie con Garnica marcando paso fuerte a mi izquierda. Y como nos habían explicado, al alcanzar la coqueta plaza de San Francisco, en la que se alza la iglesia del mismo nombre, pude distinguir un noble edificio frente a ella en cuya puerta podía leerse: «Cabildo de Veracruz». Entramos con decisión y solicité ser recibido por el presidente en urgencia. Y no me hizo aguardar en recibo ni un solo minuto don José Mariano de Almanza, que también debía de esperar con impaciencia el arribo de mi buque.

Una vez en su presencia, debí contener la risa con soberano esfuerzo. Porque si acababa de visitar a un ejemplar gigantesco de la raza humana, ahora me hallaba ante el más puro reverso de la moneda. El presidente del Cabildo apenas se alzaba cinco pies por encima del entarimado, a pesar de navegar sobre zapatos con tacón de generosa cuña. Además, todo era pequeño

en él, desde la cabeza hasta los pies. Para colmar el esperpento y cruzar la raya, su voz asemejaba a gorgorito de canario, aguda y fina en extremo.

Una vez presentado en rigor, sin marcar una sola nota en exceso, debí repetir la narración de los sucesos padecidos por el *Asia* durante el temporal. Expuse con entera claridad el estado actual del buque y las necesidades perentorias, así como las limitadas posibilidades. Y tampoco cuadraron en gracia mis palabras al enano, porque me repitió en corrida la serie de lamentos escuchada por boca del gobernador, aumentada si cabe. Le dejé hablar sin interrumpirlo, para entrar a manteca fuerte cuando entendí que se le había acabado el fuelle.

—En cuanto a las tablas de forma, intentaré recabarlas del arsenal. Es la primera y principal obra que debemos afrontar, porque de ella depende la seguridad del buque. Pero debo preguntarle cuándo podré recibir los víveres y el resto de los elementos necesarios para el lastrado, unos pertrechos imprescindibles para alistar el navío bajo mi mando.

Me miró sorprendido, como si pensara que no había escuchado su anterior retahíla de lamentaciones. Volvió a posar sus manos en las rodillas, como niño escolar reprendido por un severo preceptor, antes de volver a clamar como pajarito.

—La verdad, comandante, que no sé ahora mismo de dónde podremos sacar fondos para adquirir esos alimentos. En cuanto a esas vigas de hierro que me recaba para el lastre de su buque, tema que desconozco por completo, no creo que existan en toda la provincia y localidades cercanas. Hace años disponíamos de un reverbero en función en el castillo de la isla, pero se encuentra fuera de servicio. En cuanto a vigas, solamente se encuentran en el puerto una respetable cantidad de cobre, que deberá cargar alguna fragata mercante para su envío a la Península.

—En cuanto a los caudales para conseguir víveres, ya le expuse al señor gobernador, como responsable máximo, la indicación del capitán general de Cuba sobre el azogue enviado a este puerto, un material muy apreciado en Nueva España, para su trueque en dineros de mano. Pero ya que la responsabilidad ha caído sobre vos, según palabras de la mayor autoridad, deberá conseguirlos allí donde se encuentren. Supongo que no pretenderá que mis hombres mueran de hambre o que deba lanzarlos a la ciudad para que pidan limosna o entren a saco en las posadas nobles.

—No exagere la situación, señor comandante. —Aunque con voz aniñada, el mequetrefe exponía sus palabras con severa autoridad y rostro avinagrado,

una condición más que me entraba por varas negras—. Debemos ser realistas y hablar con propiedad.

—Puede estar seguro, señor presidente, de que siempre hablo con propiedad.

Y no exagero una mota en mis consideraciones. He arribado a Veracruz con graves problemas que me impiden navegar con una mínima seguridad. Deben ser solucionados para poder llevar a cabo la misión necesaria en el Seno, y regresar posteriormente a La Habana. En cuanto al lastre, creo que me ha ofrecido una solución con sus palabras. ¿Cómo se encuentra el cobre? ¿En las clásicas vigas de quinientas onzas?

—Supongo que ese debe de ser el peso aproximado —ahora contestaba con precaución, como si pensara que había cometido una indiscreción.

—Pues no debemos buscar más. Servirá como lastre perfectamente.

—Pero ese cobre debe ser enviado a la Península, donde mucho se reclama este material. —Me convencí de que aquel chiquilicuatre se arrepentía de haber mencionado la existencia del cobre en barras.

—Especialmente para nuestros arsenales navales. No se preocupe, que no se perderá una sola onza. Nada más seguro que transportar elementos jugosos en buques de la Real Armada. Cuando arribe a Cádiz, sacaremos el cobre y lo entregaré a su destinatario.

—A saber cuándo regresará su navío a la Península —ahora el tono de su meliflua voz sonaba un tanto despectivo, por lo que debí cerrar los puños a fuerza—. No debemos arriesgar ese valioso material.

—Es posible que el navío *Asia* se encuentre en el puerto gaditano antes de que aparezca una fragata mercante que pueda ser marinada en dicha dirección. Con el peligro de los corsarios que tanto abundan.

—Bien, presentaré sus necesidades ante el pleno de la Junta de Arbitrios. También comunicaré su petición de víveres.

—Perdone mis palabras, señor, pero no lo entienda como una petición sino como exigencia, de acuerdo a las normas establecidas. Estimo que nos restan víveres a bordo para un par de semanas, por lo que antes de que finalice dicho plazo deberé recibir el listado que he entregado al señor gobernador.

—Ha dicho que transporta más de cien hombres de las milicias cubanas —cambiaba el tema, como si el anterior hubiese sido zanjado—. Es insuficiente, desde luego, pero si nos apoya podríamos intentar una nueva salida.

—¿Que los apoye? ¿Una nueva salida? No le comprendo, señor.

—Hace poco más de tres semanas, el teniente de granaderos del hijo de Veracruz, don José Godínez, salió a combatir a una columna que se divisaba por el sudoeste, con doscientos hombres bajo su mando. Por desgracia, lo que se entendía como columna de escasa monta resultó ser un ejército de dos mil hombres. Pudieron refugiarse en la venta de Chalco, donde resistieron de forma extraordinaria. Hicieron muchas bajas al enemigo, que utilizaba artillería poderosa. Y con dos heridos solamente, regresaron triunfantes a Veracruz.

—¿Doscientos hombres contra dos mil y con artillería? ¿Solamente con dos heridos tras alargado combate? —el tono de mi voz mostraba una clara incredulidad—. Una verdadera hazaña de ese teniente, sin duda. Supongo que lo habrán ascendido y premiado con alguna banda de honor. Pero si esos rebeldes son tan flojos de fuerza y voluntad, no necesitan esos dos o tres mil que reclaman a Campeche.

—Nunca se sabe, comandante. Además, debemos aplastar las fuerzas rebeldes que se están atrincherando alrededor de la ciudad. Por eso le decía que con esos ciento veinte hombres en transporte y con unos ochenta de los suyos se puede llevar a cabo una ofensiva mientras repara su buque.

—¿Ochenta de los míos? No le comprendo.

—Me refiero a los hombres de su tripulación y guarnición.

—Lo siento mucho, señor, pero eso no es posible. En primer lugar, necesito a todos mis hombres para llevar a cabo las reparaciones. Además, ya sabe que dispongo de la mitad de la gente de mar necesaria y si cayeran, ¿de dónde sacaría los necesarios para el tornaviaje? ¿Me los podrían suministrar? Además, en caso de que salte viento recio, debería cobrar las anclas y salir a mar abierta en pocas horas. Como veo que no se trata de una operación de urgencia, es preferible alistar mi navío a la mayor velocidad y acudir a Campeche para efectuar el transporte exigido.

—Los hombres de mar han guerreado mucho por tierra y de esa forma han destacado de forma notable en la lucha contra los rebeldes en este virreinato.

—En efecto, señor. Especialmente en los primeros momentos de las revueltas, en zonas cercanas a los puertos donde fondeaban, las dotaciones de algunos buques con sus oficiales al frente, sacaron las castañas del fuego y se batieron con extraordinario valor. Mucho se habló del capitán de navío don Rosendo Porlier, que al mando de una columna formada por la dotación de su fragata Atocha realizó prodigios, hasta ganar la batalla de Zapotlán y otras en las que deshizo a las fuerzas de Morelos. También el caso del capitán de fragata don Ciríaco de Llanos y tantos otros. Si el caso que nos ocupa se

presentara como de urgencia y máxima necesidad para la seguridad de Veracruz, no dude que todos mis hombres con su comandante a la cabeza estarían dispuestos para luchar. Pero para esas escaramuzas de escasa monta que propone, no veo necesario poner en peligro la seguridad de mi buque. Debe saber que, por falta extrema de caudales, son muy pocos los buques de la Armada alistados y no debemos arriesgarlos. De todas formas, hablaré con el general Venegas, quien debe hacerse cargo de las tropas transportadas.

—El mariscal de campo Venegas hará lo que yo le ordene —ahora el trino intentaba entrar con autoridad y tono demasiado alzado—. No debe olvidar las prebendas que las nuevas disposiciones del virrey ofrecen a las autoridades civiles de las provincias.

—No sabía que el gobernador hubiese delegado tal competencia en el presidente del Cabildo, señor. Pero no entro en tales competencias o prebendas porque no me corresponde.

—Pero no debe olvidarlas.

—Debe saber, señor, que jamás olvido ni excuso las obligaciones a las que estoy sometido, siempre que se ajusten a las recibidas de mi mando natural —ahora empleaba sin rubor un tono tajante.

Dimos por finalizada nuestra conversación en tono tirante y sin resultados tangibles. Porque, en verdad, no quedaba claro si recibiría la ayuda solicitada. De esta forma, regresé a bordo del *Asia* con la marea mental en alza y recorrida de fuego por los higadillos. Porque una vez más encontraba en las Indias autoridades ineptas e inclinadas a sus propias necesidades, con una visión tan desenfocada de la realidad. Y para desgracia propia, la suerte del navío *Asia* dependía de ellos hasta la galleta. Sin embargo, me había mostrado con suficiente firmeza y estaba dispuesto a mantener la dignidad hasta rayar en la necesaria altura. Repararía mi buque y recibiría alimentos, a no ser que esos malparidos golillas de media libra quisieran conocer al brigadier Leñanza entrado en fuegos de aquelarre.

17. Negro absoluto

A partir de mi presentación a las autoridades civiles, los acontecimientos en la plaza de Veracruz comenzaron a oscilar de banda a banda y no siempre en la línea deseada. Pero sin demora acometimos todas las faenas que se encontraban en nuestra mano, sin olvidar la presión que yo, como comandante, debía ejercer sobre ciertas magistraturas, no siempre dignas de la púrpura depositada sobre sus hombros.

Y para comenzar debíamos obtener las tablas de madera con urgencia, un par de toneles de brea negra o seca y algunos elementos necesarios para paliar la grave situación de nuestro costado de estribor, a la que nos aplicamos con todo el esfuerzo.

Una vez avisado de que el mariscal de campo Venegas se encontraba fuera de la plaza en comisión de servicio por unos días, con las primeras horas de la siguiente mañana, visité el arsenal naval instalado en San Juan de Ulúa. Y aunque me encontraba preparado para recibir cualquier visión o condición negativa, sentí como el ánimo caía hasta los talones conforme dirigía la vista en cualquier dirección. Una vez más, pensé en lo que habíamos sido y en lo que nos habíamos convertido en tan pocos años, un colosal esfuerzo de todo un siglo arrojado por la ventana en un solo reinado. Porque si la situación de dichos establecimientos en la Península se mostraban en penuria de vergüenza alzada, aquellas instalaciones arruinadas de norte a sur no merecían siquiera el nombre de una modesta carpintería de ribera. Por gracia de los cielos, en sus almacenes desvencijados, con pertrechos arracimados sin orden ni concierto, mis hombres localizaron efectos utilizables.

Con el decidido apoyo del comandante del fuerte y el inestimable auxilio de algunos guardalmacenes, en su mayor parte ancianos que se movían con ayuda de cayado, encontramos madera abundante y de nobleza suficiente. Al menos, mis ojos vibraron de gozo al comprobar la existencia de gruesas tablas de roble, guayacán y caoba, que podían ser aplicadas en las tablas mordidas

con plena confianza. Y no dejaron contra maestros, carpinteros y calafates esquina sin reparar a fondo, o fardo sin remover. Porque incluso descubrimos, bajo unas velas podridas pertenecientes a viejas goletas de vigilancia, madejas de estopa galacha y ocho toneles de brea mascareña, de la llamada seca. Aunque esta última mostraba colores grises de ahumados involuntarios, el calafate las consideró perfectamente utilizables en mezcla con la existente a bordo.

Aunque dispusimos de escaso tiempo, tras la visita puramente profesional dedicamos un par de horas a recorrer el fuerte en gran parte y los restos del antiguo castillo, con asombro de todos mis oficiales. Podíamos asegurar sin exageración alguna que se trataba de una fortaleza realmente inexpugnable si se la dotaba del personal y pertrechos necesarios. Quedé con el comandante para una posterior y más detallada visita, en la que pudiéramos recorrer hasta el último de sus rincones y admirar una vez más las maravillosas vistas que se disfrutaban desde sus torreones.

El grupo compuesto por los maestros, bajo la dirección del segundo comandante, asesorado por el contra maestre y el carpintero primero, dio comienzo a un trabajo planificado con virtuosa precisión, como si de ingenieros del arsenal se tratara. Y no debe parecerles excepción a la regla ni mucho menos. Siempre aseguré que en un buque de la Real Armada, bien dotado de oficiales de mar y con personal de la Maestranza acorde a su dotación, se podía formar un grupo capaz de llevar a cabo las más extraordinarias reparaciones, con simples elementos de fortuna.

Como depositaba una absoluta confianza en mis hombres, pude dedicarme sin añadidas preocupaciones a otros menesteres no menos importantes. En primer lugar, una vez avisado del regreso del mariscal de campo don Francisco Venegas pocos días después, me dirigí a saludarlo en ejercicio de la necesaria cortesía. Y para bien de la salud de mi alma, se mostró como un personaje activo, inteligente, colaborador en extremo y comprensivo al máximo con los problemas del *Asia*. Me excusé por haber visitado San Juan de Ulúa sin el necesario acuerdo de su autoridad, pero había sido necesario a causa de su ausencia de la ciudad y la urgencia impuesta a los trabajos. No sólo lo comprendió, sino que se ofreció para una nueva visita desde un punto de vista puramente cultural. Desde el primer momento, nuestra compenetración fue absoluta. Y alcanzó metas doradas cuando me preguntó con rostro serio.

—Veamos, comandante. ¿Puedo hablarle con absoluta sinceridad?

—Por supuesto, señor.

—Si quiere obtener algún provecho de las autoridades de Veracruz, una pandilla de ineptos que poco piensan en el bien general de la empresa, deberá apretarles los huevos a fondo y por donde más les duele. Su mayor defecto es la falta de inteligencia y dedicación para comprender la importancia de algunas acciones, al tiempo que dedican demasiada atención a la seguridad de sus propios bienes. Sin embargo, acuden de inmediato al excusado con violentos pujos de vientre si se les nombra la palabra mágica: el virrey. Por tal razón, si se tuerce la situación a malas y debe informar de su exacta situación al detalle, no lo efectúe solamente a su mando natural, el capitán general de Cuba. Eleve también una copia para dicha máxima autoridad. Y hágales llegar el informe al gobernador y presidente del Cabildo, para que sepan por dónde se mueven los hilos. Ya verá como se le abren bastantes puertas.

—Comprendo sus palabras y se las agradezco. Precisamente, estoy rematando el parte normativo de todo lo acaecido en la navegación desde La Habana, así como las necesidades más perentorias para salir a la mar con una mínima seguridad.

—El factor más peligroso que se nos abre en esta provincia, más que los rebeldes alzados en armas, no es otro que el presidente del Cabildo. Porque ese alfeñique malparido —hablaba con inmenso desprecio de quien no parecía entrarle en gustos personales— no es tonto y mucho piensa en su particular futuro. Por desgracia, las normativas dictadas por el virrey para enfrentar esta penosa situación de alzamiento que sufrimos, han concedido demasiados poderes a las autoridades locales, incluso sobre las fuerzas militares en determinadas ocasiones. Y a veces pretenden llegar hasta sus últimas consecuencias, si no se les planta cara con garras afiladas.

—Comprendo perfectamente sus palabras, señor. Y no crea que no les hablé a esos dos personajes con todo realismo durante mi visita, porque ya me sospechaba unas circunstancias parecidas.

—Según creo entender, a pesar de mi desconocimiento del tema naval, su máxima prioridad, aparte de ese trabajo que ha comenzado, son los víveres y el lastre. Los primeros le llegarán, sin duda, aunque sea a ración de cuentagotas y protestas amadrinadas. Esas barras de cobre debe reclamarlas por escrito y con llamada al virrey. Porque tal mercancía debía haber sido enviada a la Península hace bastante tiempo y ocasión hubo para practicar tal obligación. Y como poco fío en su honradez, puede que hayan pensado en alguna alternativa más beneficiosa para sus faltriqueras por fuera de los caminos de la ley.

—No abandonaré el puerto de Veracruz, ni siquiera para la planificada operación en Campeche, dentro del seno mexicano, sin ese cobre en función de lastre.

Y como me aconseja, recalcaré la necesidad de dicho material en mi informe, así como su abundante existencia en este puerto. —Como las ideas cruzaban con rapidez por el cerebro, pasé a otro tema sin descanso—. Si me permite una pregunta, general, ¿qué sucede con esas columnas que desean formar para salir a guerrear contra los rebeldes? Según me comentó el presidente del Cabildo, urgen fuerzas para posibilitar acciones inmediatas.

—Una más de las responsabilidades asumidas que no deberían corresponder le, aunque así pueda deducirse de esas normas de las que le hablaba. La salida a la venta de Chalco fue absurda, improvisada y, para colmar el esperpento, basada en falsos informes. Por tales razones, me negué de plano a colaborar, aunque rascara el límite de mis atribuciones. Y aunque la acción se celebrara como una clamorosa victoria, perdimos demasiadas armas sin hacer una sola baja al enemigo, para regresar a la carrera y con el rabo entre las piernas. Pero ese presidente del Cabildo, que lleva al gobernador de la mano con bocado estrecho y por razones que prefiero no conjeturar, parece dispuesto a hacer la guerra por su cuenta. Me parece bien que se haya negado a entregarle sus marineros y soldados. Hasta un ciego comprendería que no puede desprenderse de un solo hombre de su dotación en la situación que padece. Cuando se encuentre listo para salir a la mar, lleve a cabo el transporte de tropas previsto desde Campeche. Pero ya le entregaré un recado para el capitán general, que en aquel puerto se acomoda. Porque dichas tropas deben quedar bajo mi única jurisdicción en esta plaza.

—¿Tanto peligro corre Veracruz?

—Exageraciones que conceden un mayor poder a don Quijote y Sancho, como el populacho apoda con escaso cariño al gobernador y al presidente del Cabildo. Es cierto que, tras la derrota que les hicimos sufrir a esos malditos independentistas junto a la Roca Pardda, en las faldas del volcán de Tuxda, han recibido algunos refuerzos y se agrupan para futuras acciones. Pero la ciudad de Veracruz se encuentra bien defendida y no peligrará por ahora. Tampoco parece aconsejable en estos momentos sacar fuerzas de la plaza para acometer acciones sin una absoluta seguridad, porque no cuadran en media vara con los planes del capitán general.

—Comprendo, señor. En ese caso, continuaré con las reparaciones que nos sea posible afrontar, al menos para poder navegar sin compromisos. Y presionaré en el sentido que me ha señalado. Le quedo muy agradecido por

sus consejos y apoyo. Como es habitual en la Armada, me gustaría corresponder a su amabilidad ofreciéndole un almuerzo a bordo del *Asia* en mi cámara, aunque nos resten escasos productos de calidad.

—Nada de eso, comandante. En primer lugar, debo ser yo quien actúe como anfitrión, sin la menor duda. El próximo domingo, le espero para un almuerzo en mi residencia. Y no admito excusa posible. Más adelante, cuando su navío recobre la debida fortaleza, planificaremos esa visita a bordo.

Quedé encantado y feliz con la conversación mantenida con el mariscal de campo Venegas. Porque tal y como me encontraba de ánimo por aquellas horas, solamente faltaba haber topado con un general del Ejército de bigote en alto y de los que poco comprenden las necesidades de las unidades de la Armada. Pero dispuesto a emprender el camino por derecho y con fuerza, elevé un escrito para el general Apodaca a través de la goleta Mexicana, única unidad capaz de moverse en correo ligero entre el Seno y Cuba. Y como la había encuadrado desde el primer momento en la división bajo mi mando, en contra de la opinión del presidente del Cabildo, partió a la semana de mi llegada con mis instrucciones particulares en la mano, sin solicitar permiso de nadie.

Como no todo se debía amparar en malas noticias, aunque entremos en una cuesta tendida sin chascar retenidas, la buena nueva me alcanzó en el primer sábado, precisamente durante la ceremonia sabatina de a bordo. Acabábamos de exponer el listado de trabajos previstos para la semana entrante y algunas normas especiales para la dotación cuando pudimos observar como se dirigía hacia nosotros una hermosa fragata, con el pabellón de la Real Armada flameando al viento. Y resultó ser la Prueba, que, pocos minutos después, largaba sus anclas a escasa distancia del *Asia*. De esta forma, la división bajo mi mando aumentaba de forma notable, así como el posible auxilio de sus hombres llegado el momento.

Tuve conocimiento por boca del comandante de la fragata, capitán de navío Arsenio Valdés, de su arribo a La Habana en la jornada siguiente a mi salida de aquella plaza. Y pronto había emprendido su derrota hacia Veracruz con cien hombres más de las milicias cubanas en transporte, así como armamento para las fuerzas del Ejército, correspondencia y utillajes de artillería. Y no andaba muy feliz por las condiciones sufridas en el arsenal cubano de mano de mi benefactor, el brigadier Lezcano, de quien, una vez entrados en confianza, largaba serpientes con cola de fuego. Para su fortuna, solamente había sufrido los coletazos del temporal, sin necesidad de amparar

luces. No necesité indicarle que quedaba bajo mis órdenes únicas y directas, porque así se lo había manifestado el capitán general.

Puse al corriente a Valdés de la situación del *Asia*, así como la generada con las autoridades, circunstancias que comprendió con rapidez por tratarse de su segunda arribada a la plaza en seis meses. Se ofreció con sinceridad para todo lo necesario, concordando con mi opinión sobre la línea que debíamos seguir. Y para dejar bien clara la situación de las fuerzas navales presentes en la zona, le comuniqué mi intención de acompañarlo en su presentación a las autoridades en la mañana del siguiente lunes.

Cumpliendo con la invitación del general Venegas, a mediodía del domingo y tras asistir al precepto dominical a bordo, me presentaba en su domicilio. Por adelantado había enviado a Barbate con un ramo de flores para la señora de la casa. Y es aquí cuando debo entrar una vez más en la fuerza que ejerce el destino sobre nuestra existencia, como temporal de borlas montañosas, al capricho de las musas voladoras y sin aviso previo. Porque en aquella jornada se abrió un surco más en mi vida, en este especial caso con roderas de marca. Y hablo del destino porque tal efecto no se habría producido si no hubiese asistido aquel día a la residencia del matrimonio Venegas.

Una vez recibido por mi anfitrión, fui presentado a su esposa y demás familiares. Entre ellos se encontraba presente una sobrina segunda, hija de un primo caído en los primeros combates acaecidos en tierras californianas. Y como la pobre niña había perdido a la madre un año antes, ante la situación de desamparo y orfandad había sido reclamada por sus únicos parientes. La joven, apenas despuntada a la vida mundana con sus 17 años, se llamaba Beatriz de Lastra y Moncada. Pero antes de entrar en su descripción, debo enterarles de la situación familiar e íntima en la que corría mi vida por aquellos días. Así será comprendida por todos aquellos que no hayan leído anteriores cuadernillos personales de esa colección trazada por los diferentes miembros de la familia Leñanza, amparados bajo el manto de la Real Armada.

Casé con Eugenia, única mujer a la que había amado con pureza y honor, de la que nació un hijo, mi alocado Pecas, como era llamado por todos en recuerdo de su tío Santiago, aquel guardiamarina íntimo amigo, compañero y cuñado de mi padre. Por desgracia, que así lo estimo sin duda, pocos años después me sentí arrastrado por una pasión irrefrenable y pecaminosa con una joven de sangre escocesa, Audrey, que conocí en el puerto de Mahón. Se trataba de una criminal ceguera que me conducía por el peor de los caminos y

con elevado riesgo. De esa deshonesta pasión nació mi hija María, que la bondadosa Eugenia había tomado como propia, al creer como yo que la mujer del cabello bermejo había muerto. Pero aquella hembra de especial belleza y maldad alocada, apareció de nuevo en mi vida, al punto de ser responsable de la muerte de mi pobre esposa, santa mujer que no merecía tan triste final. Pero Audrey también había pasado al mundo de los muertos, por efecto de mi mano directa, aunque se tratara de un accidente. De esta forma, me mantenía como señor viudo, esperanzado en que los cielos me enviaran a quien mereciese ser la madre de mis dos hijos, si es que merecía tal prebenda.

Tras un ligero enamoramiento de una inteligente señora portuguesa, mujer de ley sin posible mengua, cuando llevé a cabo la comisión al mar de las Indias a bordo de la fragata Proserpina, había sufrido las ardorosas e incomprensibles acomendas de mi prima Cristina, que esperaba poder olvidar. De tal forma, me encontraba con el ánimo en mar llana cuando fui presentado a la joven californiana. Lo que no podía imaginar ni a mil millas de distancia era que esa joven fuera hija de una mujer que tan relevante papel desempeñara en la vida de mi padre. Y puedo jurar que lo presenté antes de que se me certificara tal condición. Porque al verla por primera vez, recordé las palabras escritas por mi padre en sus cuadernillos de memoria propia, al describir a una mujer, Beatriz, conocida en la ciudad californiana de Monterrey y de la que acabó profundamente obsesionado:

Me encontré ante una joven señora, que debería rondar la veintena, en la que el negro era el factor dominante por excelencia. Cabello negro y lacio que caía con indolencia sobre sus hombros, ojos grandes del color del azabache, piel morena que indicaba un posible tinte familiar y, para rematar la faena, un traje negro, de amplio y generoso escote, donde se abría paso un collar de extraordinarias perlas grises, que, por aquellas costas, denominaban como negras. Y quedé mudo, asombrado ante una belleza que parecía anidarse en hueco por fuera de este mundo, incapaz de ser superada por la imaginación de cualquier artista. No podía apartar mis ojos de aquellos otros que se cubrían por largas pestañas negras en nervioso movimiento. Maravilloso horizonte negro entre conchas negras, un color que se hizo dueño de mis pensamientos.

Creo que esa descripción de su madre, escrita por mi padre bastantes años atrás, se acoplaba al ciento y sin una mínima variación con la visión que se me ofrecía, al ser presentado a aquella jovencita con el mismo nombre adosado. Incluso se añadía el detalle del collar de perlas grises, cuya historia particular podía imaginar con facilidad. Cuando besé su mano, el simple roce

de su piel con la mía me hizo padecer sentimientos perdidos en la distancia, al tiempo que un rumor sin control se extendía por todo mi cuerpo. Fue entonces cuando oí su voz, un susurro que silbaba en mis oídos como el bisbiseo que produce el viento terral en las noches de luna llena.

—¿Habéis dicho conde de Tarfí? —Me miró a los ojos, momento en el que debí cuadrar los pernos de mi sangre para mantener una aparente normalidad—. Les puede parecer extraño, pero creo haber oído ese título con anterioridad.

Como en la vida y con el paso de los años, con buena o mala intención, se aprende a enmascarar sentimientos y voluntades, apenas se pudo advertir en mi rostro la recorrida de los duendes venas adentro. De esta forma, pude responder a sus palabras sin mayor esfuerzo.

—Es posible. Mi padre se encontró al mando del departamento marítimo de San Blas, muy cercano a su ciudad natal de Monterrey, capital de la California. Seguro que dejó por allí buenos amigos y conocidos.

—¿Cómo habéis perdido ese ojo, señor de Leñanza? ¿En una acción de guerra? —La joven entraba en lo que podía considerarse como impertinente pregunta, al observar el parche negro que cubría mi ojo izquierdo. Y pronto saltó la tía en seria reconvención.

—Por favor, Beatriz, no seas imprudente.

—No se preocupe, señora. No sólo no considero un desdoro la pérdida de mi ojo, sino un galardón bien ganado en defensa de España. —Me giré para dirigirme ahora a Beatriz, que parecía excusarse con el gesto de su cara—. En la expedición cántabra contra los franceses, un temporal barrió los cañoneros que mandaba. Debimos regresar a pie desde las costas de Vizcaya hasta la gallega plaza de Ferrol.

Y cuando ya atisbábamos el fin de nuestro penoso esfuerzo, una bala mosquetera francesa, o la esquirla producida contra una piedra, me impactó en el ojo, con la consiguiente pérdida. Pero se trata de acción olvidada que no me molesta.

—Perdone mi pregunta, señor...

—Nada debo excusarle, Beatriz. Por el contrario, me ha ofrecido una oportunidad para alardear de guerrero ante las señoras. —Le ofrecí una sonrisa de complicidad.

La conversación se generalizó mientras nos servían un ligero refrigerio. Poco después y una vez sentados a la mesa, quedé emplazado entre la señora del anfitrión y Beatriz, situación que mucho agradecí. No obstante, el brillo de los ojos negros y su intensa mirada condicionaron cada uno de mis

movimientos a partir del primer momento. Y como es bien sabido mundo avante, solamente las mujeres pueden adelantar con sus especiales condiciones de previsión si la puchera se cuece con exceso de especias. Lo digo porque Adelaida, señora de Venegas, debió de avistar mi enmascarado interés y entró a tiro de bombardas con preguntas de cierta retranca.

—Aunque esté casada con un oficial del Ejército, siempre he admirado a los de la Real Armada, señor de Leñanza. Sin embargo y como mujer, pienso que las familias de los hombres de mar deberían recibir especial mención de mérito. Mucho deben de sufrir con las periódicas y alargadas ausencias del ser querido. Imagino a su pobre esposa, esperando siempre su regreso.

—No es mi caso, señora. Por desgracia, perdí a mi mujer demasiado pronto y quedé en esta solitaria viudedad con dos hijos de corta edad.

—Lo siento y debe perdonar mis palabras.

—No tiene de qué disculparse, señora.

—Dada esa triste situación y si no encuentra inoportuno mi interés, ¿quién se mantiene al cuidado de esos niños?

Como comprendía que Adelaida deseaba quedar al corriente de mi exacta situación familiar, condición habitual en dueñas con jóvenes casaderas a su cargo, la expuse con toda claridad y sin guardar migaja alguna en la bolsa, salvo los accidentados episodios sufridos con la prima Cristina. Y creí entrever gestos de cierto gozo en su rostro al comprobar mi desahogada posición económica y pertenencia a una de las más nobles casas españolas. También Beatriz seguía mis palabras con atención, sin desviar su mirada de mis ojos una sola pulgada.

—Nada me adelantó mi esposo. Es un honor para nosotros recibirlo en nuestra humilde casa, señor conde.

—Por favor, Adelaida, aquí todos somos amigos y compañeros, soldados que luchamos por defender el pabellón de nuestro señor don Fernando y las tierras de España.

No puedo afirmar que el almuerzo alcanzara cotas de alta cocina, aunque encontrara sabrosos los guisos propios de la zona, de los que Adelaida presumía. Sin embargo, disfruté de un vino castellano excelente, caldo rojo espeso y con fuerza, aunque no pudiera conocer el camino seguido hasta alcanzar la mesa. Pero la velada transcurrió por línea muy agradable, entrados en conversación distendida y hasta chistosa gracias a las chanzas narradas por el hermano de Adelaida, un joven golilla que exponía con evidente sabor las historias personales de las autoridades de la plaza. Tan sólo cuando

rematábamos los postres, volví a oír la voz de Beatriz. De nuevo sopló el susurro, un atractivo murmullo más propio de las sirenas del cabo Picón.

—¿Cuánto tiempo permanecerá en esta plaza, señor de Leñanza?

—Por favor, llámenme todos Santiago, como suele ser habitual entrados en amistad. Pero contestando a su pregunta, Beatriz, si le soy sincero, no lo sé. Todo depende del tiempo que necesitemos para reparar algunos desperfectos del navío *Asia* y alguna misión que debo llevar a cabo en el seno mexicano.

—¿Regresará a España directamente?

—Pues tampoco está muy claro el futuro. Una vez rematadas las obligaciones en Veracruz, debo regresar a La Habana. Posteriormente, es posible que deba llevar a cabo un transporte de tropas hacia las costas del Perú, para regresar a la Península después. Pero ya le digo que nada es seguro y menos todavía cuando nos movemos en la mar, al capricho de las olas. En caso de que los desperfectos sufridos no pudieran ser reparados por mis hombres con toda seguridad, debería pasar examen en La Habana, en cuyo arsenal todo es más sencillo.

—Le envidio por pasar a las costas del Perú —comentaba Alfredo, un primo de Adelaida que trabajaba en las oficinas del gobernador—. Dicen que la ciudad de Lima es una de las más hermosas del mundo hispano. Y sus mujeres dignas de adornar un palacio.

—Así es, sin duda —declaré, convencido—. Ya repasé las avenidas limeñas hace algunos años y mucho me apetece recorrer sus costas desde el sur. En cuanto a las mujeres, dicen los hombres de mar que las más hermosas del mundo se encuentran en la isla canaria de La Palma, en la localidad peruana de Piura y en el valle del Cauca, por Tierra Firme. Pero no creo en ello. Hay mujeres guapas en todas las ciudades del mundo. No tenemos más que comprobarlo en Veracruz.

—Muchas gracias por el cumplido en la parte que nos atañe, Santiago —entraba Adelaida con sonrisas—. Pero es bien conocido que los hombres de mar disfrutan de los favores, lícitos o no, de muchas beldades allí donde fondean.

—Ojalá fuera cierta esa sentencia que se nos adjudica, Adelaida.

—No deben olvidar que, además de gozar de tanta belleza femenina, Santiago ha de cruzar con el navío bajo su mando ese terrible cabo de Hornos, donde tantos buques se han perdido entre sus formidables tormentas —aclaró el general Venegas.

—Bueno, la mar te puede vencer en cualquier parte del mundo y dependemos de su capricho día a día. Hasta en este precioso seno mexicano, en el que cerca anduvimos de caer a los fondos.

—¡Qué horror! —exclamó Beatriz—. Debe de ser terrible navegar entre esas olas gigantescas. Me produce un miedo espantoso la simple visión de un buque.

—Pues espero que no le ataque tal espanto cuando acuda con su familia el próximo domingo a un almuerzo que deseo ofrecerles a bordo.

—No tiene por qué molestarse, Santiago —entró en falsete y con manos abiertas Adelaida—. Sabemos de sus penurias a bordo y...

—No admito excusa posible, señora mía. A bordo de los buques de la Armada se producen milagros cada día.

Abandoné la casa del general Venegas con el ánimo en vueltas. Pero como ya la vida me había baqueteado lo suficiente, la sangre corría con cierta medida y el freno necesario. No obstante, puedo asegurar que Beatriz me había impresionado a fondo desde la cofa a la quilla. Y no solamente por su esplendorosa belleza, sino por el conjunto formado por sus movimientos, mohines del rostro, tono de voz y ese conjunto que acaba por descalabrar el cerebro de cualquier hombre. No debemos olvidar que eran muchos los meses sin contacto femenino en mis carnes, salvo ese triste episodio con la prima Cristina, que, a la contra y entrado en sueños, todavía pesaba en mi espíritu.

Sin embargo, conocedor de la historia vivida por mi padre con su madre, una realidad de la que no dudaba al haber escuchado su historia familiar, también me temía que en este caso no hubiera sido parida la cría con la sangre cambiada. Porque mucho sufrió mi progenitor a causa de aquella mujer entrada en negros y de extraordinaria belleza, al punto de necesitar el auxilio de mi tío Santiago para escapar de sus garras sin escándalo añadido. Bien es cierto que esas condiciones se olvidan cuando te enfrentas a un rostro que produce estragos en el alma, detalles que se consideran superfluos mientras se escucha el susurro de la pasión.

El día siguiente a la revelación, que así la estimé sin dudarlo, acompañé al comandante de la fragata Prueba en su visita de protocolo a las autoridades. Y ya de entrada me movió a malas conocer que el capitán de navío Valdés hubiera recibido recado del presidente del Cabildo, en el sentido de que esperaba su visita a mediodía. En primer lugar, porque no es de cortesía fijar la audiencia de recibo si no se mueven hilos de emergencia. Pero también, y muy importante, porque tal exigencia debía pasar por mis manos como jefe superior.

La visita llevada a cabo ante el gobernador se movió en cuerdas de cortesía y sin entrar en temas de importancia durante los primeros momentos. En verdad, la fragata no necesitaba auxilios perentorios, ni siquiera víveres, a no ser que la comisión se alargara más de lo previsto, ya que debía hacer escala en La Habana antes de comenzar el definitivo tornaviaje a la Península. Sin embargo, se cruzaron las tornas cuando se dirigió a mí en un tono pesaroso, aunque exigente en el fondo.

—Creo, comandante Leñanza, que ha sido un poco injusto en su informe remitido al capitán general de Cuba. Y no alcanzo a comprender la razón de que elevara copia directa al señor virrey.

—Solamente cumplo las instrucciones de mi mando natural, el capitán general de Cuba, señor gobernador. Me ordenó que si me encontraba en situación comprometida, se lo informara a la mayor brevedad, con copia al virrey y conocimiento de las autoridades de esta plaza.

—Pero tal y como lo expone, parece que no deseamos auxiliarlo como es nuestra obligación.

—Porque así me lo expusieron ustedes con meridiana claridad, sin mencionar esa obligación que ahora expone, señor. Su excelencia me aseguró que sería difícil aportar los víveres necesarios para mi dotación. Y el presidente del Cabildo fue todavía más explícito en ese sentido, incluso dudando de la conveniencia de que embarcara el cobre que debe ser transportado a la Península. Estimo que no encontrará un método más seguro que utilizar un buque de la Armada para tal cometido, por lo que mucho me extrañó su reticencia. Sin olvidar que es vuestra obligación alistar mi buque para acometer las misiones establecidas. Y puede quedar convencido de que sin lastre no abandonaré este fondeadero.

—Por supuesto que podrá utilizar ese cobre, comandante Leñanza. Pero se trata de detalles nimios con los que no debemos importunar al señor virrey.

—Con todo el respeto debido, señor, no los entiendo como detalles nimios en absoluto. Al menos para el buque bajo mi mando. Debe tener en cuenta que sin lastre se dejaría de emplear uno de los pocos navíos con los que hoy en día cuenta la Armada, un detalle de la mayor importancia. Y si tan seguro se encuentra en autorizar la utilización de esas barras de cobre, no comprendo la actitud del presidente del Cabildo, que se supone bajo su autoridad.

De nuevo volvió a cortar la audiencia el gobernador con gesto de pestañas alzadas y movimiento errático en sus manos. Frases cortas y de escasa monta para rematar una conversación un tanto agitada en su final. De esta forma,

abandonamos el noble edificio para dirigirnos hacia la segunda audiencia. En el camino, el capitán de navío Valdés parecía de excelente humor.

—He disfrutado como niño en caballo de madera con la audiencia mantenida con el gobernador, señor. Y me han parecido valientes y admirables sus respuestas a tan prepotente personaje.

—Hay que entrarles a la cara y con fuego, Valdés. Si nos achantamos una mota, acabaremos recogiendo las migajas de su mesa.

—Completamente de acuerdo, señor.

La entrevista con el enano alzado en oropeles mucho se pareció a mi primera experiencia en su gabinete. Pero en esta ocasión entramos a malas desde el primer momento porque el petimetre se engalló entre sonrisas al comprobar mi presencia en compañía.

—Me alegro de volver a verle, comandante Leñanza, pero no era necesaria su presencia. Creo que solamente envié recado al comandante de la fragata Prueba.

—Así me informó de inmediato el capitán de navío don Arsenio Valdés, señor. Y mucho me extrañó tal detalle. Porque como comandante de la división naval formada por todos los buques que fondeen o se muevan por estas aguas, debía habérmelo comunicado a mí. Y es mi indeclinable obligación acompañar a los mandos bajo mi jurisdicción en sus presentaciones protocolarias.

Torció el gesto Sancho Panza. Y pareció dudar en su respuesta, aunque, tras una sonrisa forzada, entró en las palabras habituales. Por mi parte, no estaba seguro de si comentaría con detalle el informe elevado al virrey, aunque no tocó el tema. De todas formas, cuando ya enfocábamos las últimas cuestiones, empleé toda mi amabilidad para expresarme en el asunto que más me interesaba.

—Por cierto, señor presidente. Ya me ha comunicado el señor gobernador la autorización para utilizar el material de cobre en el lastrado de mi buque. Si a bien lo tiene, le ruego que sea transportado por medio de alguna gabarra o lanchón para su izado a bordo. Y cuanto antes abordemos ese importante problema, más pronto quedaré listo para salir a la mar y efectuar el transporte de tropas, que tanto se necesitan en la plaza.

Antes de contestar, su mirada se posó sobre mí como rebencazo en costillar. Pero de nuevo pareció controlarse y, tras mover las manos en masajeo severo, respondió con su voz de bujarrón encanecido.

—Siento comunicarle que todavía no lo he presentado al pleno de la Junta de Arbitrios.

—En ese caso, señor, entiendo que no me autoriza su utilización, en contra de la opinión expuesta por el señor gobernador.

—Creo que he hablado con suficiente claridad, comandante Leñanza. Lo que debe entender es que la Junta debe autorizarlo.

—Pues, con toda sinceridad, no comprendo la actitud del señor gobernador, que preside dicha Junta. Porque de sus palabras deduzco que se ha extralimitado en sus funciones al autorizarme el embarque.

—¡No especule malévolamente con mis palabras, señor comandante del navío *Asia*! —La carga de metralla había acabado por reventar. Pero si jamás había permitido que se me alzara la voz, menos lo consentiría de aquel personajillo de feria.

—¡No vuelva jamás a alzar la voz cuando se dirija a mi persona, señor presidente del Cabildo! ¿Con quién se cree que trata? —El rostro de mi cara y el tono empleado parecieron achantarle, como si temiera un latigazo de mi mano—. Le exijo que se excuse de inmediato por su falta de cortesía con un mando de la Real Armada, que nunca emplea malévolas palabras con nadie.

Quedó mudo el canijo mamón y con el rostro encerado, al tiempo que sus manos entraban en temblor sin posible freno. Valdés elevaba la mirada hacia el techo, aunque en su rostro se mostraran rastros de extremo placer. Por fin, el golilla malparido entró por cuerdas, aunque le costara un visible esfuerzo.

—Ruego que perdone el tono y contenido de mi inesperada e inadecuada respuesta. —Su rostro no podía evitar muestras de desasosiego y profunda malquerencia hacia mi persona—. Llevo un día con muchas obligaciones, aunque, desde luego, no excusan mi descortesía.

—Las acepto como corresponden. Pero le exijo que no se vuelvan a repetir. Y para rematar el tema que abordábamos, desearía saber su final decisión sobre esas barras de cobre.

—Puede utilizarlas para el lastre. Lo comunicaré a la Junta, si no lo hace el gobernador. Le enviaré el correspondiente justificante para su entrega en la Península a la Real Hacienda.

—Por cierto, señor presidente. —Me encontraba ante un perro desgredado y no debía perder la ventaja conseguida—. También le recuerdo la urgencia en el suministro de víveres. Apenas nos quedan para unos pocos días. Se trata de una necesidad apremiante.

—Mañana lo expondré en la Junta y se comenzará el suministro a la mayor brevedad posible. No se preocupe, que no sufrirán hambre sus hombres. Pero necesito un listado de necesidades.

—Como le expuse en mi anterior conversación, hace cuatro o cinco días que ese listado obra en poder de su secretario.

—De acuerdo. Y para rematar esta conversación, ahora que se encuentra al mando de tantos hombres, podría reconsiderar las necesidades que le expuse sobre una posible salida contra los rebeldes.

—Verá, señor presidente, el número de hombres que debería componer la dotación de la fragata Prueba es de 328 en situación de paz, que deben aumentarse en 44, como el número de piezas de su porte, en caso de guerra. Pero en lugar de esos 372 nombrados, solamente dispone de 202. Debe comprender que la mitad de la dotación se encuentra de guardia porque, aun en la situación de fondeo, se debe encontrar el personal permanentemente alerta. Porque si salta el viento del norte con fuerza y se hace necesario salir a la mar, con la guardia solamente no sería posible. De esta forma, le repito que en caso de emergencia real a esta plaza, acudiríamos hasta con los pajes y criados particulares, con los comandantes a la cabeza y sable en mano. Pero no es esa la situación que vivimos, ni mucho menos. La fragata acaba de transportar más de cien hombres, que sumados a los que desembarcaron del navío *Asia* hace pocos días, superan el cupo que me nombró como necesario para esa incursión contra los rebeldes.

No protestó el sacamantecas de voz aflautada. Por el contrario, pasó a temas sin mayor importancia, mientras dirigía la mirada hacia el piso en repetición. Y por fin, con los nervios amarrados a la bretona, nos despedimos como excelentes amigos, con los mejores deseos para el futuro. Una vez entre los guijarros de la calle, de nuevo clamaba Valdés a coro y entre sonrisas.

—Por todas las ánimas negras que se mueven en los camposantos, señor. Jamás llegué a soñar siquiera con que alguien le cantara las cuarenta a ese cabrón con plumas, que mucho me hizo sufrir en la anterior arribada a este puerto. De nuevo lo felicito, ahora con mayor fruición y alabanza.

—Le repito mis palabras tras la audiencia mantenida con el gobernador. Pero debemos estar alerta, que acabo de crearme un enemigo peligroso que intentará ofrecerme el zarpazo de muerte cuando menos lo espere.

—Creo que le asiste la razón, señor.

Regresé a bordo con un sentimiento de plena felicidad en el pecho. Desde la primera entrevista le tenía ganas al enano culebrón, por lo que sentí evidente placer al entrarle por barbas y achantarlo con la bota como a una moscarda. Al mismo tiempo, la imagen de Beatriz, con sus grandes ojos negros en alto, se abría en mi cerebro con claridad. Deseaba verla de nuevo y escuchar el susurro de su voz, circunstancia que se produciría en el siguiente

domingo. Por fin, disfruté de la mano de Barbate con sus guisos. Y sabedor de lo mucho que gustaba del pescado, probé una generosa cantidad de esos huachinangos de los que tanto se hablaba, comprados directamente a los pescadores en su regreso a tierra. Y los encontré de excelente sabor, rebozados en bulto y con papas negras pasadas en grasa de guarnición. Rematé el almuerzo con frutas de variados colores y excelente humor. Medio adormilado por el sopor del aguardiente, dejé recostar la cabeza sobre mi mesa, entrando en benditos sueños de nubes blancas.

18. Las perlas de las islas Nitinat

Entrados en la siguiente semana, con las primeras horas de la mañana del martes mis oficiales frotaban sus pajarillos con fuerza, porque no daban crédito a lo que sus ojos comprobaban en la distancia. Una gabarra de elevado porte, de esas que se utilizaban en puerto para transbordar mercancías a los buques del comercio y que, en aquellas aguas, denominaban como alijador, se dirigía hacia el Asia con rumbo decidido y sin enmendar la proa una sola cuarta. También se podía comprobar el agua a escasas pulgadas de la tapa de la regala, con evidente peligro para su seguridad si saltaba un poco de mar o viento, lo que indicaba su elevada carga. Y cuando se encontraba a escasas varas, comprobamos la existencia de barras de metal con un color verdoso y enmarañado que cuadraba en perfectas líneas de estiba. Pero bien sabíamos que el cobre, ese material por el que suspirábamos como maná del cielo, reluce en su inicio para tornarse sucio y andrajoso con el paso del tiempo.

Según aprecié en mis primeros pensamientos, la conversación mantenida con el chiquilicuatre cabildeño en voz alzada había rendido su tributo con extraordinaria rapidez e indudable beneficio para el navío. Y no aguardamos un solo minuto para comenzar a barquear con el auxilio de la pluma de entrepuentes y el cabrestante las gruesas barras de cobre, que pasaban directamente hacia el sollado para su correcta instalación y empernaje en lastre. Pero como no siempre cuadran las luces en altura con la araña, la imprevista operación nos dificultó continuar con la importante reparación del costado, que entraba en sus últimos momentos. Porque al establecer la línea de carga y la necesaria comprobación por contra maestre y ayudantes de su correcta estiba, debíamos utilizar casi todo el personal disponible.

Para gozo y tranquilidad del alma, en tres días quedó el *Asia* redondo de estabilidad, aunque las pruebas que lleváramos a cabo con medición de calados en vista, plomadas de ribera y niveles maestros no pudieran asegurar su máxima corrección. Pero se trataba de entradas en vértigos de ronda, que

nunca debemos buscar la perfección absoluta e inalcanzable sino lo adecuado para cada momento y condición. Podíamos agradecer que el navío bajo mi mando se mostrara de proa a popa con su mejor cara. Tan sólo nos faltaba rematar el calafateado de las tablas nuevas, así como las labores de carpintería ligera en cubierta. Y mucho me empeñé en que la balconada de mi cámara se restableciera cuanto antes en honor, pensando en el almuerzo a bordo del siguiente domingo.

Me sentí feliz al comprobar que, de nuevo, el buque se encontraba redondeado y dispuesto para encarar la mar con garantías. Porque hasta aquel momento, sufría rebencazos morales al pensar siquiera en la aparición de una nortada de orden que nos obligara a salir aguas adentro con las tablas a medio despuntar y la proa aligerada de lastre. Y para colmo de bondades, habían comenzado a aparecer víveres en lanchones de medio porte, aunque arribaran a nuestro costado con escasas cantidades y de una calidad muy mejorable. Creí entrever que el presidente del Cabildo no deseaba arriesgar un solo dedo en cuanto a lo que se especificaban como ineludibles responsabilidades de la Junta de Arbitrios para con los buques de la Armada surtos en su puerto. Lo que faltaba por remediar se podía considerar como costuras de sastresa fina y afeites de noche, sin mayor importancia. De esta forma, el sábado por la mañana relucía en oros la cubierta, tras haber llevado a cabo durante el alba un baldeo de los que arrugan manos y rodillas. Y alcanzada dicha situación, decidí acudir el siguiente lunes ante el gobernador para ofrecerle la situación de listos para salir a la mar y declararme en condiciones de realizar el transbordo de tropas que estimara oportuno.

Ninguna nueva noticia, de buen o mal cariz, recibí por aquellos días de intensa faena a bordo. Pero no crean que mi ánimo se mantenía en benéfica placidez. Por el contrario, el rostro del presidente del Cabildo avistado en la despedida no mostraba rasgos que impusieran tranquilidad, sino una clara amenaza de manejar la fusta en cuanto le concediera la primera oportunidad. Y como esos personajillos acobardados y melindrosos suelen ser de los que jamás perdonan una moneda de cobre contra la cara, decidí andar con pies emplomados y medir a la cuarta cada una de mis acciones.

No suelo errar cuando ese especial sentido, del que siempre he disfrutado por gracia de Nuestra Señora de Valdelagua, me avisa en adelanto. Por tal razón, poco me extrañó que el oficial de guardia me avisara, cuando el sol cruzaba la meridiana de aquel sábado luminoso, con escaso viento y mar en plata, de que una falúa se dirigía hacia nosotros con personal de casaca en su bordo. Vestí con rapidez mi uniforme con las platas relucientes, para

acercarme hasta el portalón. Y como la voz del duende tronaba en rumores corridos, decidí no largar una sola palabra sin haberla condimentado conveniente en mi perola mental.

Cuando la falúa se atracaba a nuestro portalón, me extrañó no conocer a ninguno de sus ocupantes. Porque tras la oreja presentía la figura del enano bujarrón con la barbilla alzada. Por el contrario, el primero en pisar la cubierta, un hombre entrado por largo en la sesentena y bastón pulido en mano, que mostraba sonrisa de cuadro, elevaba su voz con todo respeto.

—Se presenta ante vos, señor comandante del navío *Asia* de la Real Armada, una comisión de diputados de la Junta de Arbitrios de la plaza de Veracruz. La preside mi humilde persona, Juan Manuel Muñoz, vicepresidente del Cabildo veracruzano. Solicitamos permiso de su autoridad para pasar a su bordo y mantener conferencia privada, si sus ocupaciones se lo permiten. Y deberá perdonarnos el no haber solicitado la pertinente y obligada petición de recibo, pero así lo aconseja la situación de urgente necesidad que sufrimos.

Comprobé con rapidez que el conjunto de diputados se elevaba hasta las seis personas, con el vejete renqueante al frente. Una vez más me repetí que debía actuar con extrema medida y sin calzar la rápida. Porque sin la menor duda, aquella embajada debía de haber sido calculada por don José Mariano de Almanza a la pulgada, para intentar pescar la dorada con carnaza de orden. Repasé mentalmente las últimas instrucciones del virrey sobre deberes, responsabilidades y atributos concedidos a las autoridades civiles, mientras permaneciese la situación de rebelión abierta en el reino, para no caer en alguna de las celadas que, sin duda, me tenderían aquellos cavileños. Esgrimí la mejor y más amable de mis sonrisas, al tiempo que inclinaba el tronco con respeto conforme los saludaba uno a uno, mientras me eran presentados como intendente, promotor, tesorero, presidente del Consulado y secretario de la Junta de Arbitrios.

—Bienvenidos sean, señores diputados. Es un verdadero honor recibirlos a bordo del navío *Asia*, arribado a esta plaza con la única misión de colaborar con sus necesidades guerreras o comerciales. Pero, por favor, síganme hacia mi cámara, donde podremos conferenciar con mayor comodidad y suficiente discreción.

Barbate actuó con rapidez para que todos los diputados pudieran acomodarse, con el vicepresidente del Cabildo situado a mi derecha. Se les ofreció un refrigerio, que fue denegado con exquisita educación, aunque estaba convencido de que alguno de aquellos hombres, dada la rojez

emplazada en su rostro, bien habrían apetecido una copa de aguardiente. Abrí la charla como si me encontrara entre excelentes amigos y colaboradores.

—Antes de que escuche sus argumentos, señores, permítanme que les exprese mi más reconocido agradecimiento. Porque recibimos las barras de cobre para recuperar el adecuado lastrado del buque, sin el que no es posible navegar con garantías. Pueden estar seguros de que entregaré el preciado material a mi llegada a la Península, como era su intención. Creo que de esta forma hemos bajado al piso dos pájaros de una sola perdigonada.

—No podía ser de otra forma, señor comandante. Nos sentimos muy orgullosos de esa contribución impuesta —comenzó el vejete, a quien creí entrever cierto nerviosismo y escasa comodidad mental—. Ya sabe que, para desgracia de nuestro reino y la propia España, sufrimos el acoso de columnas rebeldes que poco piensan en la benéfica prosperidad de sus tierras. Ayer nos avisaron de que una nueva columna se emplazaba junto a la punta de Zempoala, en la costa, al norte y a unas seis leguas de esta plaza. Dichas fuerzas no disponen de artillería propia y, según nos hemos informado, se encuentran compuestas por soldados bisoños y recién reclutados en los campos del sur. La Junta ha estimado por unanimidad de sus miembros que sería muy oportuno salir hacia ellos y desbaratar sus intenciones, antes de que se les unan refuerzos.

Vi llegar la moscarda plumera en la distancia y con garfios entre los dientes. Pero ya había barajado tal condición en mi mollera y estaba dispuesto a tronar campanas con badajo de gamuza. Una vez más, me dirigí a ellos con la mejor de las sonrisas.

—Sin duda se trata de una buena nueva, esa de poder asestar al enemigo una bofetada de mangas en caliente, allá donde aparezca. Sin olvidar pasar por las armas sin misericordia a los que insistan en su revolucionario propósito. Y si entre los prisioneros que tomen se encuentran algunos con conocimientos u oficios de mar, les rogaría que los ingresaran en el cuaderno de embarco del *Asia*, como ya se hizo en ocasiones anteriores con otros buques de la Armada. Deben conocer nuestra penosa situación, al no disponer de suficientes marineros y grumetes para realizar una delicada maniobra. ¿De cuántos hombres se compone esa columna enemiga? Bueno, supongo que ya habrán hablado de todos estos detalles con el mariscal de campo Venegas, que se mantiene al frente de las tropas del Ejército en esta plaza.

—La columna rebelde, que la Junta de Arbitrios considera por unanimidad como peligrosa para la seguridad de esta plaza, señor comandante —tomaba ahora la voz el presidente del Consulado, don Juan José de

Irigoyen, que recalca con especial énfasis las últimas palabras, condición que no me pasaba por alto—, se estima en unos doscientos cincuenta hombres. Como le decíamos, bien armados pero soldados nuevos y sin artillería. Y en efecto, nos entrevistamos con el general Venegas para urgirle a lo que consideramos como una acción de toda necesidad. Nos responde que, teniendo en cuenta el plan establecido por la Junta para la defensa de la plaza, lo que llamamos el fijo de Veracruz que no debe abandonar las murallas, apenas quedan unos cien hombres libres para empeñarse en la acción. Y todo ello gracias a la extraordinaria colaboración de su navío y de la fragata Prueba, que han desembarcado en esta plaza más de doscientos soldados.

Ya no me restaba duda alguna sobre el propósito de aquellos jenízaros, voces transmisoras del malparido Almanza. Empleaban al detalle y letra a letra los artículos que se exponían en las ordenanzas del virrey en cuanto a las atribuciones que se delegaban en la Junta. No obstante, mantenía guardada en mis vueltas una carta, que los diputados parecían desconocer.

—Pues se debe solucionar a la mayor brevedad esa escasez de tropas y ofrecerles metralla caliente a los alzados.

Pareció tomarles por sorpresa aquellas palabras, que entendían de inmediata colaboración por mi parte, al punto de que un par de ellos no pudieran oscurecer una sonrisa de satisfacción.

—Por esa razón acudimos en urgente petición ante vos, señor comandante, incluso sin aviso previo —don Pedro José Carazo, secretario de la Junta, exponía sus palabras con decisión al tiempo que mesaba las guías de su bigote—. Confiamos en que con la marinería y tropa de ambos buques surtos en el puerto podamos componer la fuerza suficiente que garantice el éxito de la empresa.

La bombardera estaba servida sobre la mesa, tal y como esperaba. Porque si la petición del presidente del Cabildo se me había elevado a voz y de forma personal, ahora se acudía ante mi presencia con acuerdo unánime de la Junta. Y me sospechaba con escasas dudas que debían de mantener por escrito y con sellos reales dicha decisión en un cartapacio amparado en balduques rojos, que mantenía el secretario en sus manos.

—Estoy dispuesto a ello, sin duda, como es mi obligación. Nada nos alegra más a los mandos de la Armada que añadir nuestros hombres a los del Ejército para combatir en tierra cuando así se nos requiere. Pero si me permiten elevar la más sincera opinión, considero mucho más apropiado llevar a cabo el transporte de esos mil hombres desde Campeche, que se estima tan necesario. Además, así me fue indicado con claridad como misión

principal para mi buque por el capitán general de Cuba, teniente general don Juan Ruiz de Apodaca, mando superior e inmediato ante el que debo responder.

—Sin duda —entraba de nuevo el vejete del Cabildo—, esa sería la solución ideal, la que aspiramos desde hace bastantes semanas. Pero por desgracia, con el penoso estado que presenta su buque a causa del terrible temporal corrido en el seno mexicano, no es posible ese transporte que apartaría los problemas en punto final.

Sentí un inmenso placer al escuchar aquellas palabras, que me concedían completa potestad y manejo en altura. No esperaba que los diputados cayeran con tanta rapidez en la infantil celada. Quedaba meridianamente claro que su información sobre el estado del *Asia* era inexacta, al haber estimado en mi entrevista con el presidente del Cabildo una duración de las obras muy superior a la conseguida. Tomé la prenda con manos fuertes y me lancé hacia el triunfo con tremenda felicidad.

—¿Penoso estado decís? Por favor, nada más lejos de la realidad, estimados diputados. Deben tener en cuenta que en los buques de la Armada se trabaja noche y día si la unidad se encuentra en situación de peligro, como era el caso del navío *Asia*. Pero les repito que debo agradecer su apoyo en el rápido abastecimiento del cobre señalado. Precisamente el próximo lunes pensaba hacerme a la mar con la fragata Prueba para dirigirnos hacia Campeche y embarcar las tropas solicitadas. A primeras horas de la mañana ofreceré al señor gobernador el listo del navío *Asia* para salir a la mar y cumplir la misión impuesta, que consta en mis órdenes como prioritaria. Queden tranquilos, que si la mar no se opone, en escaso tiempo dispondrán de suficientes tropas como para encarar esa columna rebelde y otras más.

Tras mi declaración, quedaron aquellos buitres carroñeros sin palabras y con el rostro abatido. Tanto así que entré de nuevo, ahora para hurgar en la herida y aumentar el dolor en lo posible.

—Por favor, señores, les veo alicaídos. Supongo que será por la emoción al recibir tan grata nueva de que el buque bajo mi mando se encuentra listo para desempeñar comisión de guerra. Ya sé que esperan desde hace demasiado tiempo ese necesario y vital transporte de tropas, pero pueden confiar en que lo llevaremos a cabo con todo el aparejo alzado a los cielos y nuestro mayor empeño.

Por fin, tras ligeros titubeos, fue quien parecía mandar en el grupo quien se dirigió a mí.

—Mucho nos alegramos, señor comandante, de tan excelente noticia, que mucho nos sorprende. Teníamos entendido que las obras necesarias para alistar su buque se demorarían en semanas.

—Eso creí en un principio. Pero es cierto que los comandantes de los buques establecemos los periodos con suficiente resguardo y seguridad. Nada peor que especificar un día y que después se retrase por causas de uno u otro orden. Por fortuna, encontramos excelentes maderas y otros elementos imprescindibles en el arsenal de San Juan de Ulúa. Y debo reconocer que los profesionales de la Maestranza con sus ayudantes han trabajado a destajo y con severa perfección. Por cierto, que si necesitan algún otro transporte desde Campeche, sea lo que sea, solamente tienen que indicármelo y lo llevaremos a cabo sin dudar. También la Armada debe colaborar con los asuntos comerciales, si se ofrece la ocasión. Las tropas deberán apretarse mucho en las cubiertas bajas de este buque y de la fragata, dado su elevado número, pero como la navegación es corta, no sufrirán demasiado. —Me detuve unos segundos, como si pensara en un detalle importante—. Por cierto, señores, tan sólo debo elevarles una petición de máxima necesidad.

—Estamos para cumplir con nuestras obligaciones, señor comandante.

—Necesito víveres con urgencia, señores diputados, aunque ya se lo habrá comunicado el señor presidente del Cabildo, a quien me habría gustado saludar en su compañía. Supongo que las tropas del Ejército embarcarán con raciones propias, mientras la fragata Prueba no necesita auxilio en ese aspecto de momento. Pero ya deben conocer que, durante el temporal, perdimos casi todos los alimentos almacenados a bordo —exageraba de llano con toda intención para devolver la moneda de canto—. Mis más de trescientos hombres no disponen de suficiente alimento para navegar a Campeche y regresar. Ya saben la normativa que les afecta, de que todo buque ha de salir a la mar con víveres para tres meses. Pueden pensar que es excesivo, pero nunca se sabe en la mar a dónde acabará la embarcación. No será el caso en la ocasión, sin duda, pero debemos embarcar más galleta y carne en salazón sin remedio. En caso contrario, se retrasaría esa operación que tanto les urge porque, sencillamente, no podría salir a la mar.

—Esta misma tarde los recibirá, puede estar seguro, señor comandante —por primera vez elevaba la voz el tesorero, don José Antonio Carvajal.

Dimos por finalizada la reunión pocos minutos después, tras formular los deseos habituales de ventura y esperanza para ambas instituciones. Como es fácil suponer, vibraba mi ánimo de regodeo y benéfica delectación al comprobar que aquella remesa de corderos encabronados con cuernos altos

abandonaba el *Asia* con el rabo entre las piernas. Como remate final de guinda azucarada, cuando se disponía a desembarcar el secretario con el cartapacio en la mano, me dirigí a él cerca del portalón.

—¿Traía algunos pliegos para mí, señor secretario? Como he visto que amparaba documentos en la mano, pensé que podía haber olvidado su entrega.

Enrojeció el rostro de don Pedro José Carazo, mientras movía el cartapacio azul entre sus manos. Y necesitó de un tiempo excesivo para enhebrar sus palabras en adecuada respuesta.

—Nada de eso, señor. Se trata de documentos propios que prefería amparar bajo la mano. Le agradezco sus detalles como merece.

—Que disfrute de un agradable día con su familia, señor secretario.

Cuando ya la falúa se perdía en la distancia, reí a mandíbula batiente, como un jovencito que ha ganado el sorteo del cascarón. Expliqué a mis hombres en el alcázar la conversación mantenida y mis sospechas, por lo que también ellos entraron en exclamaciones y algún que otro insulto subido contra los malditos golillas, que tan poco parecían colaborar en la empresa común. Y en mis adentros repasaba una y otra vez la estampa que se abriría cuando aquella remesa de ganado arribara ante el señor don José Mariano de Almanza para exponerle su funesta comisión ante mi persona.

* * *

Si deseaba un domingo plácido y con buenas condiciones ambientales en la bahía, no se pudo abrir mejor la jornada desde sus primeras horas. Porque a media mañana el sol brillaba con fuerza sin una sola nube en capa, mientras el viento caía a fresquito de fuerza y la mar apenas balanceaba el casco del *Asia*, ese movimiento que tan poco agradecen las señoras. Asistí al precepto dominical a bordo en compañía de todos mis hombres. A lo largo de la ceremonia, nos sorprendió el antiguo frater dominico. Porque don Luis González Romero, nuestro primer capellán, arengaba con inesperada energía a la dotación para batir a los rebeldes, a quienes declaraba voz en alto como contrarios a las normas de Dios y de la Historia. Y empleaba para su propósito patriótico alusiones a ciertos pasajes de los Nuevos Testamentos que jamás había escuchado.

Tras felicitarlo por sus ardorosas palabras y una vez libre de obligaciones morales, me dediqué a pasear por la toldilla con los nervios en flor. Ya sé que no aparecía razón alguna por el horizonte para sufrir tal situación, por lo que intentaba engañarme con frases ambiguas. Sin embargo, apenas conseguía el

propósito acometido. Por fin, decidí declararme sin tapujos absurdos, que era la próxima presencia de Beatriz la que clamaba a desbarate de ideas, una conmoción que aumentaba conforme transcurrían las horas.

Aunque confiaba plenamente en Barbate, le recomendé que, para cubrir las exigencias de aquel día, tomara un paje despierto como ayudante. Se trataba de una idea amparada de lejos, a la que me resistía por un especial homenaje al africano perdido. Y era mi intención enlistarlo en el cuaderno de embarque como criado particular para que fuera aprendiendo su oficio. Tal y como esperaba, no necesitó el cojitranco mucho tiempo para decidir, orgulloso de mantener algún alma bajo sus órdenes, misma situación vivida por su persona con el inolvidable Okumé. El elegido fue un paje vivaracho, menudo de cuerpo y pelo moreno enmarañado. Como se decía oriundo de las islas Canarias, aunque ni él mismo supiera con exactitud su lugar y fecha de nacimiento, era apodado a bordo como Guanche o Guanchito. Bien es cierto que casi todos sus recuerdos se ceñían a las tablas de algún buque de la Armada, en las que había sido depositado desde sus primeros años de vida. Preguntado por Barbate, le concedí razón.

—Es un buen rapaz, señor. Guanchito debe de rondar los 13 años y es el más listo de la dotación. Y como es lógico suponer, prefiere moverse al servicio de los señores oficiales que aspirar al puesto de grumete. Estoy convencido de que podemos confiar en él y recibirá una gran alegría.

—Pues no se hable más. Pero no me gusta ese apodo de Guanchito, un diminutivo que ya no se acopla a su edad aparente ni a su oficio. Comprueba que se lava con cepillos de raspa desde las uñas de los pies hasta el último pelo del cabello.

Y que se le entregue nueva uniformidad.

—Por supuesto, señor. Ya lo había penado.

Barbate y Guanche arrancharon mi cámara a fondo hasta dejarla encamada en reflejos. Al mismo tiempo, el gaviero de la pata de palo revisaba el condumio que esperaba ofrecer a mis invitados. Y bien puedo asegurar que lanzamos los mejores frascos de fuego por la borda. Porque dimos cierre a las paletillas de mi despensa personal, acopiamos vino de calidad y otras galanuras en tierra de mi bolsa personal. Y allí en el fogón se instaló mi mano derecha, para adobar piernas, mezclar especias y cocer leche con mucha azúcar.

Una vez calzado con mi mejor uniforme, un exceso según pude deducir en el rostro de Barbate, comencé a moverme por la cubierta con el anteojito en las

manos. Cada dos o tres pasos lo dirigía de forma invariable hacia la escala real del puerto.

Y por fin aumentaba el rumor de mis piernas cuando, al picar la campana el mediodía, una falúa de elegante porte se despegaba de tierra para aproar en nuestra dirección. Ahora ya el manejo del largomira se movía en mis manos con mayor nerviosismo, intentando descubrir a la dama de los sueños.

Cuando la embarcación se acoderaba a nuestro portalón de oficiales, me encontraba en la meseta superior para saludarlos con la debida cortesía. En su conjunto embarcaron siete personas. El matrimonio Venegas, dos primos de Adelaida que conocí en la velada anterior con sus esposas y, como era de esperar y centraba mis pensamientos, la joven Beatriz. De nuevo apareció emplazada en un vestido negro, ese color que parecía amadrinado por costuras estrechas a las mujeres de su familia.

Por parte de mi dotación se habían incorporado al almuerzo con evidente placer el segundo comandante, un hombre de trato social irreprochable y con infinitas anécdotas en la sesera, y el teniente de navío más antiguo, Luis Pando. Este último ocupaba el puesto previsto para el comandante de la fragata Prueba. El capitán de navío Valdés se había excusado con pesar por un compromiso adquirido anteriormente con un pariente de su mujer establecido en Veracruz.

La velada se desarrolló con tintes muy agradables y conversación corrida, sin entradas de incomodidad en ningún momento. Destacaba por alto la mente ingeniosa de Arsenio, uno de los primos, en chanza casi permanente. Pero tampoco dejaba de lado la mirada de Adelaida hacia mi persona en cuanto dirigía mis ojos hacia su sobrina. No era sencillo mantenerme en deberes de correcto anfitrión, porque cada vez que repasaba el rostro de Beatriz ya se encontraba ella con sus ojos clavados en los míos. Para bien general corrieron los caldos con generosidad y entrados en los licores, tras un dulce de leche azucarada con compota añadida, la principal especialidad de Barbate, el aguardiente distendió todavía más la situación.

Debido al calor que se sufría en mi cámara, a pesar de haber alzado todos los vidrios de la balconada, las señoras pidieron visitar el alcázar, el lugar sagrado desde donde todo comandante conduce el combate o las maniobras más peligrosas. Y una vez junto a la timonera, entraron sus abanicos en juego a mayor favor, con la excepción de Beatriz, que no lo utilizaba. Como no creo en las casualidades, llegó el momento en el que me encontré a solas con la joven, mientras el resto de invitados cruzaban a la banda contraria. Entendí la maniobra como preparada y realizada por Adelaida, un movimiento que, no

obstante, agradecí. Fue entonces cuando escuché de su boca unas palabras que no esperaba.

—Le voy a ofrecer un dato inesperado y desconocido para vos, Santiago. ¿Sabía que su padre conoció a mi madre cuando se encontraba como comandante del departamento marítimo de San Blas?

Aunque no se trataba de acción sencilla responderle cuando sus ojos negros me taladraban a corta distancia, decidí sincerarme.

—Lo presumía desde el primer momento que la vi. Y al conocer su nombre, no lo dudé.

—¿Lo sabía? —Mostraba gestos de extrañeza—. ¿Cómo es posible? Por aquellos días debíais de ser un niño de pocos años.

—Ya os comenté en la velada anterior esos cuadernillos que los miembros de la familia Leñanza hemos cubierto día a día. El objetivo es que se conozcan las acciones de la Real Armada en las que hemos tomado parte. Pero también se exponen, a veces con todo detalle, las vidas propias y avatares por los que hemos atravesado. Como los he leído varias veces, recuerdo muy bien la descripción que mi padre hacía de su madre, una definición que podría aplicaros punto por punto. Debió de ser una mujer de extraordinaria belleza.

—Tiene razón. Todos aseguran que me parezco mucho a ella. Aunque quedé huérfana a los 14 años, mi madre me confiaba muchos de sus secretos. Y hablaba del conde de Tarfí con especial..., con especial dedicación.

—Hablando con claridad, mi padre se enamoró locamente de ella. Por desgracia, en aquellos días se encontraba casado con mi madre, circunstancia que conocía la suya. Y cuando enviudó, parece ser que era demasiado tarde.

Mentía sobre las verdaderas razones y la escandalosa visita de su progenitora a Madrid con sus peligrosas consecuencias. Pero no deseaba herir la sensibilidad de la joven, cuya información debía de diferenciarse en bastantes cuartas a la mía.

—Eso creo, un amor correspondido sin posibilidades. Debe de ser terrible sufrir un episodio así. En fin, parece mentira que el destino juegue de tal forma con nuestras vidas. ¿No le parece?

—Completamente de acuerdo. Es difícil de creer siquiera que se haya traslado a Veracruz y que a este puerto arribara el hijo del hombre que amó a su madre. Comprendo muy bien los sentimientos que debió de padecer mi padre. Porque he de reconocer, entrado en sinceridad, que pocas veces en mi vida he encontrado una mujer tan hermosa y atractiva como vos.

Enrojeció ligeramente Beatriz, aunque no en tonos elevados. Parecía haber esperado aquellas palabras, una condición impropia para una joven de tan escasa edad. Apenas pudo balbucir unas palabras.

—Es la segunda vez que nos vemos, Santiago. Creo que habéis corrido mucha vida y sois experto en pronunciar alabanzas como la que me ha dedicado.

—En efecto, Beatriz, he corrido mucha vida y no siempre por caminos de gloria. Pero esas experiencias no me oscurecen los sentimientos.

Sin haberlo planificado ni propuesto en ningún momento, me encontré narrando a la joven los momentos principales de mi vida. Puede parecer un absurdo porque apenas la conocía y no se adecuaba a la situación. Pero es posible que necesitara largar toda esa información sobre otros hombros, o que supiera desde el primer momento con quién trataba. Y no crean que escondí apartado alguno, ni siquiera las experiencias adúlteras sufridas con Audrey y sus efectos. Conforme avanzaba, la joven escuchaba mis palabras con mayor interés. Por último, rematé mi exposición con las aventuras corridas en el mar de las Indias y mi atracción por aquella extraordinaria mujer que era María Leonor de Almeida.

Quedé nervioso a la espera de su reacción, como si me hubiera extralimitado en mis declaraciones. No obstante, de nuevo sus palabras no se acoplaban a las que debería pronunciar una joven sin experiencia alguna, sino más propias de mujer con vida rodada.

—Mucho os honra que me hayáis expuesto vuestra vida, incluso con detalles que los hombres suelen amparar bajo la casaca. Habéis amado y sufrido demasiado. ¿Por qué lo habéis hecho?

—Pues si os soy sincero, no lo sé. Ha salido de repente y sin haberlo preparado, como una vital necesidad. Es posible que deseara que me conocierais como en verdad soy, con mis virtudes, si existe alguna, y mis muchos defectos. Además... —creo que hablaba una voz interior sin mi permiso—, además, estoy convencido de que acabaré locamente enamorado de vos.

Ahora sí que el color bermejo se extendió por su cara hasta alcanzar los picos. Apartó la mirada, al tiempo que entrelazaba sus dedos con evidente nerviosismo. Continué por derecho, que ya no era posible la ciada a fuerza de boga dura.

—Como decía mi abuelo, la sangre llama a la sangre. Debe de ser esa la razón por la que los de mi sangre acabemos enganchados a esos ojos negros.

—No sé qué...

—No digáis nada. Apenas nos conocemos y comprendo que me estiméis como un hombre alocado, incapaz de guardar los debidos caminos que las relaciones entre hombre y mujer imponen. También es cierto que los hombres de mar sabemos que entramos y salimos de los puertos con demasiada rapidez. Y por esa razón, a veces nos apresuramos demasiado en exponer nuestros sentimientos.

Como Beatriz callaba y se mantenía nerviosa, esa timidez que suele ahogar las palabras, decidí ofrecer un ligero cambio.

—Por cierto, que esas maravillosas perlas que luce proceden de las islas Nitinat.

—¿También conoce la historia de estas perlas? Apenas me quedarán secretos para usted —ahora sonreía de forma infantil.

—Ya ve que lo sé todo de usted. Esas perlas las llevó consigo mi padre de regreso desde las aguas heladas en las Altas Californias hasta San Francisco. En esa navegación perdió su mano izquierda y sufrió un severo escorbuto que casi acaba con su vida. Pero debe saber que ese collar tiene un ejemplar gemelo.

—Que poseía vuestra madre. Y ahora me muevo en simple deducción.

—Pues ha acertado. Pasó posteriormente a mi mujer, Eugenia, y ahora reposan en un joyero, esperando que un nuevo cuello sea adornado con ellas, aunque sea en doble vuelta.

Cuando lanzaba estas últimas palabras, dirigía la mirada hacia su delgado cuello, lo que forzó un nuevo azoramiento en la joven. Pero en esta ocasión fuimos salvados por la voz de Adelaida, que se acercaba con su prima Engracia hacia nosotros.

—¿Qué hace esta pareja en solitario? —Ofrecía un rostro de excelente humor—. Debo reconocerle, Santiago, que el buque bajo su mando me ha impresionado. Parece difícil comprender que se pueda manejar este mastodonte de los mares. Pero seguro que Beatriz ha recibido las mejores y más detalladas explicaciones.

—Todo tiene su oficio y aprendizaje, Adelaida. Pero puede estar segura de que este navío de dos puentes se mueve en la mar como un delfín y soporta las olas más gigantescas sin rendirse, como pudimos comprobar en la última navegación.

—Debió de ser una experiencia horrorosa verse cerca de acabar entre las aguas.

—Eso nunca se piensa. Debemos luchar para vencer las olas. Y esta vez la Patrona nos largó un buen cable de auxilio.

Regresamos con el grupo, debiendo contestar a las mil y una preguntas que los hombres de tierra adentro suelen exponer, sorprendidos por todo lo que aparece a bordo. Y aunque ahora me movía en cuerdas de concierto, no podía apartar la mirada del rostro de Beatriz. Aunque sea difícil de creer, todavía no era consciente al ciento del significado concreto de mis palabras, que encerraban una declaración de amor sin posible enmienda. Y no parecía adecuado entrar en tal estadía sin una mínima consulta a sus progenitores o, en este caso, tutores de ley. Por gracia de los cielos, debió de entenderlo con rapidez el general Venegas porque, cuando nos dirigíamos hacia el portalón para llevar a cabo la formal despedida, me tomó amigablemente por el hombro.

—Aunque los hombres no solemos cazar al vuelo determinadas cuestiones, Santiago, si es cierto lo que me comenta Adelaida, quiero declararle que sería un honor para nosotros que nos visitara en casa la tarde que le acomode. Bueno, eso si es verdad que ampara algún interés en mi sobrina. Y le hablo directamente y con sinceridad, porque no me gustan los juegos en ronda sin atacar la perdiz.

—Le agradezco su sinceridad, señor. En efecto, estoy agradecido por que me ofrezca esa posibilidad, que acepto encantado. No obstante, todo dependerá de que el señor gobernador me autorice a salir a la mar el mismo lunes hacia Campeche, o posponga la operación en algunos días. Y como también yo suelo entrar siempre por derecho, debo confirmarle que, en verdad, me siento muy interesado por su sobrina.

—Pues me hace muy feliz. Por desgracia, Adelaida y yo no pudimos tener descendencia, salvo una niña muerta en el parto, razón por la que tomamos a Beatriz como una verdadera hija y como tal la queremos. Deseo lo mejor para esa preciosa jovencita, y nada más adecuado que su persona, si las aguas acabaran por correr en su correcta dirección. Porque creo conocerle lo suficiente para estimarlo como un perfecto caballero.

—Le agradezco sus inmerecidas palabras, señor. Le informaré con detalle de mi próxima salida a la mar, por si desea algo de mi traslado a Campeche y la posibilidad de visitarles.

—Pase por mi despacho, si le acomoda. Me gustaría ofrecerle algunos datos sobre el transporte de tropas que ha de efectuar.

—Allí estaré tras hablar con el gobernador.

Me despedí de los invitados. Y una vez más, al besar la mano de Beatriz, sentí un especial placer. Deslicé mis últimas palabras sin apartar la vista de sus ojos.

—Espero poder visitarla cuanto antes, Beatriz. Pero dependerá de que salga el mismo lunes hacia Campeche, aunque se trate de una comisión rápida. Bueno, eso si no le incomoda.

—Por el contrario, Santiago. Mucho me gustaría gozar de tal posibilidad.

Quedé a bordo como estatua de sal conforme la falúa se alejaba en dirección a la ciudad. De forma inesperada, habitual en mi comportamiento, había adelantado todas las piezas sin pensarlo dos veces. Y también como en tantas otras ocasiones, comencé a pensar en los pros y contras que aquella zambullida emocional podía aparejar. Me preguntaba si no había precipitado los acontecimientos. ¿Y si la joven resultaba muy parecida a su madre en cuanto a la conducta habitual? Y para colmar el vaso en dudas de torno, también se aparecía el rostro de Crisdna y las palabras de su recado. La cabeza comenzó a girar por los cuatro vientos, con estropicio mental añadido. Sin embargo, decidí alejar aquellos pensamientos de cruces, que sólo conseguirían perturbar los sueños, aunque se tratara de empresa con demasiados obstáculos.

19. La laguna de Términos

Entrado en urgencias mentales de todo tipo, acudí a tan temprana hora al edificio de la Gobernación, que la ilustre autoridad todavía no había tenido a bien presentarse en su sala de trabajo. Y debí aguardar en nervioso paseo por pasillos más de veinte minutos antes de ser admitido a su presencia. Sin embargo, el gigante de las nieves me recibió con sonrisa abierta y excelente humor, como si se reencontrara con un excelente amigo. Por fin, me hizo sentar a su lado en un cómodo sofá.

—Puedo comprobar que en la Armada se trabajan muchas horas cada día, comandante Leñanza. Bueno, hoy me he retrasado ligeramente porque anoche sentí una ligera indisposición.

—Siempre a bordo trabajamos las horas que nos exige el servicio, señor. Pero el hecho de presentarme tan pronto es para comunicarle que el navío *Asia* y la fragata *Prueba* que forman la división bajo mi mando se encuentran listas para salir a la mar y llevar a cabo la comisión de transporte de tropas desde Campeche a esta plaza.

—¿Remató esas obras importantes en tan escaso tiempo? Mucho antes de lo esperado.

—Ya se lo comuniqué a los señores diputados de la Junta de Arbitrios que acudieron a mi bordo en comisión oficial, aunque todavía no estaba seguro. Debo aclararle que la suerte nos ha favorecido por largo. Encontramos en el arsenal material utilizable, especialmente maderas nobles. Y también ha influido la rapidez con que nos entregaron las barras de cobre almacenado. Sin olvidar que mis hombres han trabajado muy duro y con escaso descanso. De esta forma, si así les conviene podemos hacernos a la mar en un par de horas. He impartido las órdenes en tal sentido a ambas unidades.

—¿Podrán embarcar a mil hombres en los dos buques? Parece difícil de creer al avistar sus tamaños en la distancia.

—Se ha hecho con tropa expedicionaria en anteriores ocasiones, señor. Desde luego que forzaremos el arranchamiento de los soldados del Ejército en las cubiertas bajas, un detalle ineludible que disminuirá su comodidad a bordo. Pero recuerde que solamente hemos de navegar poco más de trescientas millas a rumbo directo. Si la mar y el viento no se oponen en demasía, podremos alcanzar el fondeadero de Campeche en unas tres o cuatro jornadas.

—No esperaba atacar el problema con tanta rapidez, comandante. — Mesaba sus cabellos, como si pensara en otros problemas de diferente índole —. Y debo tratar con antelación y cierto detalle algunos asuntos, que se podrían remediar con su navegación. Me refiero a la carga de algunos elementos, que deben ser transportados a Campeche cuanto antes y con la necesaria seguridad. Incluso facilitar el traslado de algunas mercancías particulares, si nada opone en contra.

—Nada sabía de esos detalles, señor. Y como los señores diputados de la Junta de Arbitrios me expusieron en su visita la necesidad de fuerzas con vital urgencia —marqué las últimas palabras con especial énfasis—, entendía que se trataba de la máxima prioridad acometer esta comisión.

—Y así es, desde luego. Pero tampoco ganaremos la guerra con movernos por el territorio como plaga de esteras. Hablaré con la Junta y, si así se acuerda, emplearemos su buque para el transporte de ciertas mercancías. De esa forma, aprovecharemos la navegación de dos unidades de la Armada.

—En caso de mercancías con fletes particulares, señor, recuerde que el quinto real podría aplicarse a mejorar los víveres de la dotación, como la ley dispone.

—Tenía entendido que les habían proporcionado víveres suficientes.

—Para cuatro semanas solamente, la tercera parte de lo ordenado. Y, con absoluta sinceridad, de una calidad poco deseable. Incluso algunas sacas de legumbres se devolvieron a los proveedores, una vez inspeccionadas en escandallo. Presentaban más peso de animalillos que del género anunciado.

—Me ocuparé de ello inmediatamente. Ya le comunicaré, en cuanto disponga de datos suficientes, cuándo ha de salir hacia Campeche y con qué carga.

—A la espera quedo de sus instrucciones, señor gobernador.

No crean que me desanimó el hecho de quedar sometido a aquella sorprendente espera. Porque, de esa forma, podría visitar a Beatriz antes de mi partida, condición que mucho deseaba. Bien es cierto que durante aquella mañana las dudas corrían a demasiada velocidad por mi cerebro. Sufría la

sensación de haberme portado como un jovenzuelo entrado en primeros amores, al haber actuado con aquella premura y hasta con un poco de precipitación. Y no dudaba una mota de mis sentimientos, aunque me reconociera como hombre enamorado de primera llamada. Pero no quería aparecer ante ojos ajenos, entre los que se contaban los del mariscal de campo Venegas, como un brigadier de la Armada en acciones más propias de oficiales recién entrados en escala. Deben tener en cuenta que, aunque distanciado en casi veinte años de edad con el mariscal de campo, lo que suponía una generación familiar, solamente nos separaba un empleo en la escala militar. Porque el mariscal de campo se equipara al jefe de escuadra, próximo escalón que alcanzaría en mi carrera, si su majestad a bien tenía concederme la faja^[92].

Es posible que algunas críticas también me achacaran urgente necesidad de encontrar esposa, una persona más o menos querida a la que endosar hijos y necesidades de la casa en mis muchas ausencias, lo que no se podía aparejar a la realidad de mi vida ni de lejos. La causa de aquel repentino enamoramiento era la figura de Beatriz, de eso no me cabía duda. Pero aunque no dudara de mis sentimientos, recelaba de que la joven sintiera la misma seguridad en cuanto a su atracción por mí. Y no entraba en flecos la diferencia de edad, solamente de doce años, condición habitual en los matrimonios de cierta altura. Pero el duende machacaba sin descanso, al punto de entrar en desazón con demasiada frecuencia.

A pesar de esos rifirrafes mentales en corrida de martirio, la bruma se evaporó como por encanto cuando aquella misma tarde del lunes y sin haber recibido todavía razón del gobernador en ningún sentido, acudía a la posada del general Venegas. Y por todos los cristos que en la mansión parecían esperar mi visita. Porque cuando la anciana doña me hizo entrar en el salón de recibo, ya aguardaba Beatriz con los velos alzados. Decía que la niebla se levantaba al instante al comprobar la sonrisa de su cara. Y la sorpresa no era menor al ver que vestía un traje de amplios vuelos en un color verde oscuro, ese que suelen denominar como de bosque umbrío.

Apenas sentí un pequeño rumor en venas al escuchar su voz, una condición que debían de conceder los años. Pero si había amparado dudas en varios sentidos, también se dispararon con rapidez. Ante la ausencia del general, marchado de madrugada en inspección por donde se aseguraba la existencia de la columna enemiga, la anfitriona calmó mis excusas con rapidez.

—Cuando esta misma mañana intenté visitar al general en su despacho, me anunciaron su ausencia. Pero no entendí que se tratara... Si hubiera sabido que salía de comisión, puede estar segura, Adelaida, que...

—Por favor, Santiago, que de nada ha de excusarse. Se le concedió autorización expresa para visitar a mi sobrina y entra en ella su presentación sin condiciones. Y como debo comprobar algunos trabajos de la casa, los dejo solos, mientras le preparan una taza de chocolate. ¿Le gusta nuestro producto nacional, Santiago?

—Lo tomaré encantado, Adelaida.

Quedamos a solas en el gran salón, que poco ayudaba a la deseada intimidad. Pero se trataba de razón superflua porque apenas desviaba la mirada de los ojos de Beatriz. Y tampoco parecía cohibida la joven, que marcó las primeras palabras con decisión.

—Poco ha tardado en concederme su prometida visita, Santiago. Parece ser que, como suponía, sois hombre de palabra.

—Esa condición me concedo sin posible mengua. Pero en honor a la verdad, se lo debe al gobernador, que ha retrasado mi salida hacia Campeche. Además, el motivo queda a la vista como un libro en blanco. Ya le expliqué las razones.

—¿Qué razones? Apenas las recuerdo. —Beatriz manejaba una sonrisa de picardía medio cerrada, que aumentaba el atractivo de su rostro.

—Ya os comenté a bordo del navío *Asia*, Beatriz, mi absoluto convencimiento de que, más pronto que tarde, acabaría locamente enamorado de vos.

—Aunque joven, siempre he sido muy realista, Santiago. Mucho temo que, cuando abandonéis Veracruz, os olvidéis de mí, con lo que no acabaréis de alcanzar esa situación a la que aludís. Aseguran voces expertas que la distancia es muy mala para los negocios del amor. Y cuando os encontréis en Cádiz, con vuestros hijos y amistades, esta pobre indiana pasará a ser un bonito recuerdo nada más, una historia más que narrar sobre las muchas conquistas amorosas de los marinos.

Me asombró la determinación y seguridad de Beatriz al expresarse. Porque no dudó un segundo al pronunciar cada una de sus palabras. Al mismo tiempo, sentí cierta aflicción y desconsuelo con sólo observar su rostro, casi entrado en súplica. Si albergaba alguna duda sobre sus sentimientos o los míos, gocé al comprobar que el camino se aliviaba de roderas al ciento. Y a partir de ahí comenzó a hablar mi sangre, sin permiso superior.

—No soy de los que olvidan sus promesas, Beatriz. Jamás he zanjado alguna de ellas a la mala. Nada más alejado de mi habitual conducta. Pero creo que me he expresado mal. Le dije que estaba convencido de que acabaría enamorado locamente de vos y no es cierto. Porque dicho de tal forma, parece que me refiero a un desenlace posterior y solamente posible. La verdad es que ya os amo, sin necesidad de mayor espera.

Si el rubor se había ceñido a su rostro al escuchar aquellas lejanas palabras a bordo, ahora por el contrario aparecía una sonrisa de satisfacción, como si hubiese roto la piñata al primer envite. Y se mantuvo en silencio, como si esperara una corroboración más de mi parte. Por el contrario, le devolví la prenda sin dudarle.

—No obstante, debo reconocer que una duda me corroe los higadillos sin pausa.

—¿Una duda? —Un ligero rastro de temor apareció en su cata—. ¿A qué se refiere, si puedo saberlo?

—No dudo una pulgada de mis sentimientos, pero nada sé de los sujetos. Es posible que me encuentre fabricando castillos en el aire, sin un gramo de argamasa ni una sola piedra en las manos.

—Creo que dispone de bastante piedra y suficiente argamasa para fabricar varios castillos, Santiago. —De nuevo aparecía la sonrisa picara que dibujaba un delicioso mohín en su boca—. Además, os creo un hombre con suficiente experiencia como para haber advertido mis verdaderos sentimientos.

—Pues debo de ser parco de entendederas, Beatriz, porque la duda se mantiene.

Entendí que con su silencio vacilaba en entrar por el camino ofrecido. Sin embargo, mientras parecía tomar un hilo suelto de su falda y bajaba la mirada, lanzó la esperada declaración.

—Como supongo que imagináis, también yo os amo, como jamás pensé que se pudiera querer a un hombre. —Por fin, se decidió a taladrar mis ojos con los suyos—. Tan sólo pienso que todo se ha desarrollado con extrema rapidez, como una tormenta veraniega de escasa duración. Pero cuando no estoy a vuestro lado, mis pensamientos se dirigen en una sola dirección y veo vuestra cara en cuanto cierro los ojos. Sin embargo, me mantengo en un permanente temor. ¿Qué será de nosotros? Más pronto que tarde abandonaréis Veracruz. Me mantendré durante muchos meses sin saber de vos. ¿Qué podremos hacer?

—Lo que haya de ser, será, y siempre por el buen camino. Pero no tema. Puede estar segura de que acabaremos juntos y sin demasiada espera. Hay

muchos procedimientos a la mano y encontraré el mejor. Como os explicaba ayer, desde aquí deberé pasar a La Habana y, con bastante probabilidad, llevar a cabo un transporte de tropas del Ejército hacia El Callao. A continuación, no sé si deberé emprender derrota directa en tornaviaje hacia Cádiz o recalar de nuevo en La Habana, como sería mi deseo. Y así puedo pedírselo al capitán general, que ha de ordenar la comisión. También podríamos contraer matrimonio por mandatario o por poder, aunque no conozco bien lo legislado sobre el particular. Y en último caso, al llegar a Cádiz, pedir licencia de algunos meses a su majestad para contraer matrimonio en Indias, o que mi prometida se traslade a España.

—Dios santo y bendito. Me da vueltas la cabeza como una noria al escuchar tal cúmulo de posibilidades. Me gustaría disfrutar de un matrimonio como siempre he soñado. Con la familia presente y esa fantástica ceremonia a la que lo asocio. Pero confío en ti, Santiago, si me permites utilizar...

—Por supuesto, querida, y mucho te lo agradezco. Se hará como tú desees. —Fue entonces cuando me lancé sin freno—. Quiero que consideres oficialmente nuestro compromiso. Me considero prometido en matrimonio contigo, lo que pienso comunicar a tus tíos como corresponde.

En aquel momento hizo su entrada Adelaida, que observó nuestras caras antes de intervenir.

—Enseguida nos traen el chocolate y unos picatostes de miel que saben a gloria. Pero me parece observar cierta seriedad en vuestro rostro y poco me gusta.

—Pues no ha de ser así, querida señora. Porque acabo de prometer matrimonio a su sobrina, si así me lo autorizan sus tutores legales. Y mucho siento comunicárselo sin que se encuentre presente su esposo, lo que puede ser considerado como una inoportuna descortesía.

—Pues no ha de sentirlo porque el mariscal de campo acaba de llegar. Aunque por mi parte lo encuentre un poco precipitado de más, puede estar seguro de nuestro consentimiento. Y deberemos celebrarlo ahora mismo como se merece.

Volví a visitar a Beatriz el martes y el miércoles, este último día con paseo incluido por la alameda de San Francisco, con el matrimonio Venegas en doble carabina a popa. Creía encontrarme prendido en una nube de felicidad recobrada, como si hubiese retrocedido en el tiempo varios años. Porque me fascinaba sentir ese inconfundible placer que rinde el enamoramiento juvenil, al punto de hacer vibrar tendones y músculos dormidos. No obstante, persistía la sensación de que navegaba demasiadas

millas en escaso tiempo. También a veces me preguntaba sobre la opinión que dictaría mi padre, si pudiera consultarle sobre mi unión con Beatriz, hija de aquella otra Beatriz por la que mucho había sufrido. Sin embargo, intentaba apartar con rapidez tales pensamientos, temeroso quizás de una negativa respuesta.

Decidí que la mar me concedería el bálsamo necesario para asentar pensamientos en la realidad, aunque ya me hubiera comprometido en honor y no fuera posible un retroceso. Pero no estimen que dudara una mota de mis sentimientos porque me encontraba loco por Beatriz, por su rostro, su figura, su voz y sus ojos. Y entrado en sinceridad sin rondas, también deseaba su cuerpo por fueros, a veces con tintes tan alzados que era difícil disimular. A su lado vivía y disfrutaba como si me encontrara acolchado en olas por el paraíso, un lugar que no deseaba abandonar.

Por fin, el gobernador me concedió permiso para salir hacia Campeche el jueves, tras embarcarme algunas mercancías de particulares y correspondencia oficial. Pero de forma inesperada, cuando remataba la reunión final ante su autoridad, me sugirió la posibilidad de pasar a corta distancia por la laguna de Términos, en el límite de la provincia de Tabasco. Se había recibido la noticia de que también allí se había establecido una columna de rebeldes, embozados en la isla del Carmen. Y si quedaban a tiro, debía azuzarles con fuegos mientras me fuese posible. Parecía difícil de creer tal posibilidad, por su proximidad a Campeche y al importante grueso de nuestras fuerzas, pero poco me costaba alargar un poco la derrota por la costa del sur.

Sentí separarme de Beatriz, de forma especial al observar su rostro sombrío y compungido, como si se encontrara en cercano trance de perder la vida. Bien conocía yo esa dolorosa sensación, que tantas veces debe superar el hombre de mar. Pero por fortuna para ella, la calmé asegurándole que se trataba de comisión ligera y de pocos días. Aunque no se la nombrara, la verdadera y amarga despedida tendría lugar más tarde, una vez finalizada mi comisión por aquellas aguas. Pero llegaría la mar a socorrerme como tantas otras veces y sobre las aguas alcanzaría la necesaria paz.

* * *

Levamos anclas en el mediodía de un jueves adornado en copa con algunas nubes blancas y escaso soplo del sudoeste, que, no obstante, calzaba espuelas avante con suficiente intensidad para abrir surco y separarnos de la costa en

seguro de tablas. Proa al nordeste libramos arrecifes y anegadas, que serpenteaban en exceso entre aguas claras. Y como a partir de la Anegada de Fuera cuadraba la sonda por encima de las veinte brazas, pronto caímos a estribor hasta alcanzar el límite de la bolina^[93]. Por su parte, la fragata Prueba seguía mis aguas sin obstáculo alguno a un cable distancia y libertad de movimientos. Había decidido con mis hombres que, como deberíamos recostarnos por la ribera meridional del Seno hasta alcanzar la laguna de Términos, podíamos barajar la costa a la vista y comprobar si aparecía algún movimiento de tropas enemigas. Tal condición conllevaba un aumento en el número de millas que navegar, pero poco o nada nos importaba tal detalle.

Como tras el temporal y las semanas dedicadas a las reparaciones nuestros hombres habían dejado de la mano los ejercicios, especialmente los de guerra, reanudamos la vida normal a bordo en ese aspecto con los dos periodos diarios, alargados cuando la faena se corría en desgana. No debíamos olvidar que, en cualquier momento, podíamos entrar en fuegos contra elementos emplazados en tierra y demostrar que nuestras baterías eran capaces de alcanzar los blancos previstos. Incluso llevamos a cabo ejercicios de fuego real contra supuestos objetivos, que se mostraban en la costa. Y por desgracia se demostró una vez más que nuestros artilleros necesitaban badana de rosca dura, especialmente en cuanto al ritmo de fuego.

En principio, aproamos por derecho hacia la punta de los Morillos, a unas setenta millas de distancia, derrota que nos aliviaba de la malparida Roca Partida, donde dejara su quilla al sol el bergantín Palmes en 1782. Desde la barra de Alvarado, una cadena montañosa se corría en dirección lesteoeste, con remate en gloriosa visión con la cima del volcán de Tuxdá, en cuyas faldas se había reñido pocos meses atrás un combate victorioso para nuestras fuerzas. De esta forma, comenzaron a caer las luces con la suavidad que ofrecen las latitudes bajas, mientras el viento se mantenía terral del sudoeste. Y una vez entrados en una noche estrellada y de benigna temperatura, abrimos la proa dos cuartas a babor, que nos concediera la necesaria seguridad.

En la amanecida reconocimos la punta de los Morillos y la de Zapotilán, con su lanza aguda abierta hacia el nordeste. Enmendé el rumbo a estribor, para aproar a la barra de la laguna de Santa Ana. Y gozamos de un magnífico día con viento bonancible, sol en cuajo de oro y mar con cabrillas sueltas, que nos hacía posible avistar la costa con facilidad, sin necesidad de atracarnos en demasía contra las piedras. Obligaba a todos mis oficiales para que repasaran una y otra vez la línea de tierra y guardaran aquellas visiones en su cerebro,

que nunca se sabe en la mar cuándo vamos a necesitar de conocimientos determinados para salvar el pellejo.

Aunque fuera responsabilidad del teniente de navío Pando, nombrado como preceptor de los guardiamarinas a bordo, dedicaba especial atención a la formación de los caballeros. De forma especial y por debilidad personal, marcaba atenciones con el pequeño don Juan Mendoza, ese barbilampiño y rubiales caballerete con rostro alegre y aniñado, que se mantenía en permanente asombro de todo lo que divisaba a su alrededor. Sus maneras recordaban al pequeño Pecas por momentos, y así me figuraba a mi hijo en sus primeros embarques. Bien es cierto que costaba imaginar aquel niño guardiamarina entrado en combate de sangre, cuando muchos imaginarían que, a tan temprana edad, debía mantenerse al abrigo de las faldas de su madre. Pero así se deben formar los hombres de mar, encarando espuma blanca desde que se hacen a la vida.

—Caballero Mendoza, ¿a qué provincia del virreinato de Nueva España pertenecen esas tierras? —Le señalaba en aquel momento la generosa barra del río Goazacoalcos, donde la escasa mar rompía con fuerza, señal de su peligrosidad en otros lances.

—Pues si hemos abandonado la de Veracruz, señor comandante, debemos de haber entrado en tierras de la provincia de Tabasco.

—Muy bien. ¿Qué le recuerdan las barras^[94] de esta provincia en nuestra historia?

—Por desgracia, señor, no llega mi saber a esa altura. Pero me alegro de sus profundos conocimientos históricos, porque estoy seguro de que podrá explicárnoslo en breves momentos.

—¡Caballero! —entraba Pando con severidad—. Cuide su lenguaje cuando se dirija al señor comandante y mantenga la debida compostura.

—Por estas tierras comenzó la conquista del imperio mexicano —continué sin conceder mayor importancia a la espontaneidad del caballero, que me forzaba a risa de vientre—. Más hacia proa, aparecerá un río llamado Tabasco, que concede nombre a esta provincia. Y allí tuvieron lugar las llamadas como batallas de Tabasco, destacando la de Centla por el número de atacantes que se debieron sufrir. Y en sus cercanías se fundó la primera villa denominada como Santa María de la Victoria, aunque fuera abandonada posteriormente. Pero es importante saber que allí le fue entregada Malintzin como especial presente al gran conquistador. Y mucho le debió don Hernán Cortes a esa sabia india que le allanó el camino en su progresión hacia la capital del imperio azteca, sirviéndose de sabias alianzas. El nombre de esta

provincia se debe al del cacique de las tierras pisadas por los primeros conquistadores, con quien Grijalba llegó a entablar una buena amistad. Y es zona muy rica y fértil con excelentes maderas, plantas de tabaco y cacao. Incluso se obtiene ese azogue del que han dependido de forma secular y que, normalmente, ha sido necesario transportar desde España. A causa de su riqueza, fue invadida por piratas en algunas ocasiones, aunque nunca dejaron huella permanente.

—Pues esta barra y la del río Tabasco son peligrosas como serpientes negras, señor —comentó el piloto—. Ni siquiera entraban los buques de don Hernando Cortés, así que ya podemos imaginar las limitaciones para nuestro navío.

—¿Cuánto nos falta para alcanzar esa laguna de Términos, piloto?

—Desde esta barra hasta la punta Jicalango, donde se inicia un buen fondeadero que marca el estero de Champán y donde se abren los caños que alimentan la laguna, unas ciento cincuenta millas a ojo de mar, señor.

—Pues si se trata de buen tenedero, allí largaremos las anclas para observar la zona con mayor atención. ¿Proliferan los buenos fondeaderos en el resto de la costa hasta Campeche?

—No, señor. Del nombrado doy fe cierta porque lo utilicé hace algunos años. Como le decía, se corre desde la punta citada hasta el final de la isla del Carmen, una generosa distancia. Presenta unas cuatro brazas en bajamar y fondo arenoso de calidad. Pero según mis notas, no encontraremos otro hasta bien pasada la laguna, en el llamado como tenedero^[95] de Champotón, frente a la desembocadura del río del mismo nombre, ochenta millas a levante y sólo a unas treinta y cinco de Campeche.

—¿Cuánto se abre la laguna de Términos de leste a oeste?

—Desde los ríos Sibajos hasta el estero de Champán, casi sesenta millas.

—Una hermosa laguna, sí señor. Bien, mañana fondearemos frente a ese estero, a ver si son ciertas las noticias de movimientos de tropas enemigas.

—Es bastante posible, señor. Entre el río Balechacá y la pequeña laguna de Chacá, se ofrece una llanura en alto desde donde es posible establecer tropas con cierta seguridad. Quien allí acampa puede avistar aproximaciones enemigas desde muchas millas de distancia. Además, parece ser que en esta laguna la pesca es abundante y con sabrosas pie2as que cobrar. Ya sabe que esos rebeldes andan siempre a la requisa de alimentos allá por donde pasan, aunque se trate de corteza de ceyba. Pero si se encuentran en la mencionada posición, no podremos ofenderlos con nuestra artillería, porque desde la isla del Carmen que cierra la laguna quedarían a demasiada distancia.

—¿No se puede entrar en la laguna?

—Existe un paso entre la isla del Carmen y la pequeña de Talón, pero sin fondo suficiente. Una verdadera pena porque en la laguna se disfrutaban de dos a dos brazas y media de profundidad.

—Bueno, al menos podremos informar de su presencia. Muy bien. Seguiremos barajando la costa al gusto. De esta forma, entraremos en Campeche por la derrota recomendada, desde el sur.

El viento no cuadró con nuestras intenciones porque, en la mañana del día siguiente, roló al sudeste, muy cercano a la proa que debíamos seguir. Al mismo tiempo aumentaba su fuerza a fresco, ese viento de todas las velas^[96] tan deseado de capitán a paje. Por tal razón, debimos entrar en bordos de necesidad para progresar hacia levante. Y aunque me recomendaban aproar al nordeste para caer posteriormente hacia el objetivo en una sola bordada larga, me mantuve cerca de la costa con viradas por avante cada dos o tres horas. Tal situación nos proporcionaba una adecuada escuela para los hombres de mar, y podíamos comprobar con mayor detalle los posibles movimientos de fuerzas en tierra. De esta forma, navegamos toda una jornada con proas de necesidad hasta alcanzar la isla del Buey Chico, en la desembocadura del río Tabasco, también llamado de Grijalba.

Por fin, en la amanecida del siguiente día reconocimos el estero de Champán, con dificultad por la bruma asentada todavía en morro. Pero cuando se disipó como el humo al alza, pudimos comprobar la inmensa laguna de Términos por nuestro levante, inmensa como un pequeño mar. Siguiendo los consejos del piloto, fondeamos en el tenedero escogido, precisamente frente al centro de la laguna, entre la isla del Carmen y la más pequeña de Talón, a unas tres millas de la gola^[97] de entrada.

Una vez arranchado el buque en situación de fondeo, tomé la falúa para entrar en la laguna. Deseaba navegar en persona por esas aguas casi cerradas y observarlas con detalle. Nos aproximamos al extremo oriental de la isla del Carmen, que se corría como lengua de tierra en dirección nordestesudoeste poco más de veinte millas.

Y por la gola entramos en la laguna, cuyas aguas en calma absoluta ofrecían un color azul blanquecino de extraordinaria belleza. Era mi intención progresar hacia el pequeño lago Chacá que me nombrara el piloto, a unas veinte millas largas, para disponer de mejor visibilidad. Sin embargo, no fue necesario alcanzarlo. Porque una vez cubiertas unas cinco millas laguna adentro, pudimos observar en la orilla del lago unas tiendas de las clásicas en

uso para tropas emplazadas. En unión del piloto y el teniente de navío Vigodet, utilizamos los anteojos para captar los necesarios detalles.

—Una columna de soldados. Y a primera vista, parecen tropas rebeldes.

—Sin duda, señor. Gran parte de ellos mantienen sus ropas campesinas —afirmó Vigodet con seguridad—. Posiblemente se trata de unos cien hombres, de esas que llaman como columnas de levantamiento. Algunos malparidos oficiales, que juraron lealtad a nuestro señor don Fernando, se dedican a reclutar por voluntad propia o a la fuerza gentes de los campos y poblados. Se instalan en asentamientos como este para ofrecerles una mínima instrucción. Con posterioridad, se unirán a las que parecen dirigirse contra la plaza de Veracruz.

—También disponen de un cercado para algunas acémilas y una docena de caballos —murmuraba el piloto.

—Una verdadera lástima que nada podamos hacer contra ellos, señor —insistía Vigodet—. Sería tarea sencilla ponerlos en fuga con pérdidas, si entraran en distancia para nuestras baterías.

—Desde luego. Pero algo debemos intentar. Poco me gusta dejar enemigos en blanco —murmuraba, mientras por mi cerebro transitaban ideas en bulto.

—¿Se refiere a desembarcar tropas, señor? Deberán recorrer en rondo bastantes millas antes de alcanzar posición de tiro. Y son muchos hombres, posiblemente bien armados, que buenos fusiles del estado vecino del norte no les faltan a los rebeldes.

—Por favor, señores. Me parece que se olvidan de gloriosas páginas de nuestra historia. Recuerden el uso de las armadillas^[98], un tipo de guerra naval en el que sentamos cátedra.

—¿Acaso pretende, señor, instalar un...? —Vigodet quedó en suspenso, como si no se atreviera a rematar la pregunta.

—Tan sólo me encuentro dando vueltas al tema en la cabeza, sin concretar. Pero, en efecto, las unidades menores armadas suponen una baza nada despreciable. A bordo lo discutiremos.

Regresamos al navío sin pérdida de tiempo, con visible esfuerzo de los marineros y grumetes emplazados al remo. Porque ya la temperatura se elevaba en grillos y el sudor corría por sus pechos. Me alegró comprobar que no avistáramos movimientos especiales entre las tropas asentadas junto al lago Chacá, al encontrarse el *Asia* cerrado en la distancia, a casi treinta millas de su campamento. Pero ni siquiera el movimiento de la falúa por la laguna, a unas quince millas, parecía haberles motivado sospecha o peligro alguno, si es

que había sido avistada. Bien es cierto que no debían de esperar ningún sobresalto desde la mar.

Una vez a bordo, reuní consejo de oficiales en su cámara, con asistencia del comandante y segundo de la fragata Prueba. En primer lugar ordené a Vigodet exponer la situación con el auxilio de un plano alzado a mano por el piloto. Una vez al detalle, les dirigí la palabra.

—Bien, señores, en un principio las órdenes del señor gobernador se ciñen a vigilar esta zona por si encontráramos presencia de tropas rebeldes y, en dicho caso, batirlos con nuestra artillería. Queda claro que no es posible tal acción por la distancia a la que se encuentra el campamento. No obstante y como comandante de un buque de la Real Armada en la mar, debo tomar la decisión más adecuada para el servicio, siempre que no navegue en contra de las directrices generales recibidas. No creo que sea importante para la guerra acabar con esas tropas, que parecen mantenerse en formación. Sin embargo, puede ser notable el efecto negativo en la moral de esos malditos.

Repasé con la vista los rostros expectantes. Y con placer reconocí el interés general que mis palabras despertaban.

—Una línea posible que seguir sería la de desembarcar nuestras tropas de Marina bajo el mando del teniente de fragata Montemayor, así como las de la fragata Prueba, para intentar aniquilarlos o ponerlos en desordenada fuga. Esta solución presenta dos graves problemas. El primero, la distancia que cubrir por dunas y pedriscos, a no ser que fueran desembarcados en la orilla del Chaca. Sería una acción peligrosa, aunque podríamos coronarla con éxito. Pero creo sinceramente que no nos encontramos en situación de perder hombres, imprescindibles a bordo. Porque estoy seguro de que no nos serían reemplazados. Sin embargo, se nos abre una posibilidad de hacerles correr tierra adentro y meterles miedo en el alma, con importantes bajas. Estos rebeldes del demonio deben comprender que no pensamos darles una sola oportunidad y que iremos por ellos allá donde se encuentren, aunque sea en el Infierno. ¿Imaginan a qué me refiero?

Se hizo el silencio, sin que ninguna voz se pronunciara con alguna respuesta adecuada. Y para sorpresa de todos, fue el niño uniformado de guardiamarina quien se alzó con gallardía para obrar de acuerdo a las normas propias de su empleo.

—Permiso para hablar, señor comandante.

Mientras el teniente de navío Pando le dirigía una mirada con fuego de lava, me hizo gracia observar la figura decidida y desafiante del mocoso.

—Permiso concedido, caballero Mendoza.

—Podemos utilizar el método empleado en los caños gaditanos contra las tropas francesas, señor. Armaríamos un cañón de a 24 en el bote o la lancha del *Asia* y otro en el de la fragata Prueba. Y que entren en la laguna hasta alcanzar las barbas de esos malditos rebeldes. A continuación, disparos de metralla a conciencia y que vuele quien de alas disponga.

—¿No estima que, durante las millas que ha de navegar laguna adentro, pueda ser observado y batido por el enemigo? —Me costaba mantener la compostura ante aquel mozalbete con sangre caliente en las venas.

—No pensaba que se llevara a cabo el combate durante el día, señor, sino al amparo de la oscuridad. Según nos han explicado, desde la gola de entrada la lancha debería de navegar poco más de veinte millas. Un gran esfuerzo para los remeros, que necesitarían unas seis o siete horas. Por tal razón, si se preparan los dos cañones durante el día y al ocaso se ataca la empresa, pueden encontrarse ante el campamento poco antes de que se hagan las luces. Y antes de que se escuche la corneta en diana de flores, fuego de metralla a los animales en primer lugar, y a continuación tiro de fusilería y más metralla a los hombres.

—Le doy mi más sincera enhorabuena, caballero Mendoza, lo que deberá ser anotado en sus informes y calificaciones personales. Porque acaba de exponer la solución que ya había trillado en mi cerebro. No obstante, me gustaría incorporar algunos detalles menores. En efecto, podemos armar con cañón, como tantas veces se ha realizado, las lanchas del *Asia* y de la Prueba durante esta tarde. Y al ocaso, que entren en la laguna. Las dos embarcaciones deberán atracarse lo más posible a poniente del lago Chacá. Y cuando se alcen las luces, fuego de metralla. Espero que el efecto sorpresa sea demoledor y les haga salir de estampida tierra adentro. Tomaremos todo el armamento que abandonen en su huida. Vamos, señores, quiero escuchar sus opiniones.

—Me parece perfecto, señor —comenzó el segundo comandante—. Pero utilizaría piezas de a 18, porque la munición de metralla para las de 24 es más escasa y de cortadillo espeso.

—De acuerdo. ¿Alguna idea más?

—La fragata Prueba necesitaría saquetes de metralla, señor, para la pieza de a 18 —era su comandante quien entraba en lance.

—Se le concederán los necesarios. Creo que en Campeche podemos solicitar del capitán general ese tipo de munición para rellenar cargos, porque es muy utilizada por los cañones del Ejército. ¿Todos de acuerdo?

La respuesta en esta ocasión fue el silencio, por lo que decidí rematar el consejo sin pérdida de tiempo, que la faena de armar las lanchas era lenta y pesada.

—Pues manos a la obra, señores, que no nos sobra el tiempo. Quiero las dos mejores piezas de a 18 y los cabos de cañón más expertos en las lanchas, que navegarán bajo el mando del capitán de navío Valdés y de mi persona. Toda la fusilería posible a bordo, buenos tiradores, sin que el número llegue a estorbar demasiado la maniobra de carga. Y no quiero héroes. El fuego puede ser repelido con fuerza, por lo que todos se han de asegurar entre tablas de forma conveniente.

Cerré el consejo de excelente humor. Mucho me agradaba tomar parte en aquella excursión marinera y ofender con metralla de muerte a los enemigos de España. Y aunque nunca se sabe de dónde puede proceder una jodida bala mosquetera, lo entendía como un juego de azar en comparación con un combate entre buques a tocapienoles.

Permanecí en el alcázar mientras se impartían las órdenes y se comenzaba la pesada faena de arriar una pieza de a 18 con su cureña hasta la lancha, así como su especial trincado a bordo. Observé al guardiamarina Mendoza pasar a mi altura, al tiempo que se destocaba como era obligación de todo caballero ante su comandante. No obstante, se detenía poco después, como si dudara en sus acciones. Creí entender que deseaba dirigirse a mí, lo que le estaba prohibido sin autorización expresa del teniente de navío Pando. Por tal razón y como lo merecía, me decidí a llamarlo.

—Caballero Mendoza.

—Mande, señor comandante. —Se acercó con rapidez, al tiempo que se destocaba de nuevo en norma de ordenanza al llegar a mi altura.

—Debe saber que ha obrado muy bien con sus comentarios y demostrado una gallardía bastante notable para su edad. Ha sido rápido de cerebro, una excelente condición para la guerra en la mar. Lo felicito de nuevo.

—Muchas gracias, señor.

A pesar de considerarlo como un rapaz despierto y decidido, condición demostrada por alto en el consejo, ahora movía las manos con nerviosismo, como si dudara de los pasos que debía seguir. Y como me olía la puchera de lejos, le ofrecí pie para continuar.

—¿Desea algo, caballero? Hable sin cortapisas y no peque de indecisión.

—Verá, señor, con el debido respeto, desearía elevarle una rendida súplica.

—Hable de una putañera vez, caballero, y deje de rodear la cima sin ascenso.

—Tiene razón y debe perdonar mis titubeos, señor comandante. Deseaba exponerle que nunca he entrado en combate. Y la verdad..., la verdad es que daría mi mano derecha por tomar parte en la acción contra los rebeldes. Podría utilizarme a bordo de la lancha en el cometido que estime como más peligroso o en el que considere más oportuno.

Las palabras del mozalbete me recordaron aquellas otras lejanas en el tiempo, elevadas por mi padre y el tío Santiago ante el general Barceló, para servir de guardiamarinas en las peligrosas lanchas cañoneras que atacaban la plaza de Gibraltar durante las noches. No dudé un segundo al responder.

—Comunique a su preceptor de mi parte que he decidido su embarque a mi lado en la lancha. Y sepa que así deberían actuar todos los oficiales de la Real Armada que como tal se precien.

—¿De verdad embarcaré a su lado para entrar en combate, señor? —La más inmensa felicidad se mostraba con claridad en su rostro, como si hubiera sido elegido para recibir el mejor de los regalos—. Muchas gracias, señor comandante, no sabe cómo le agradezco...

—Deje los agradecimientos a la banda, caballero. Ahora vaya y observe la maniobra de embarque del cañón y su correcta instalación en la lancha. No se trata de tarea fácil.

—Por supuesto, señor.

El pequeño guardiamarina salió a la carrera hacia proa, con el ánimo elevado hasta la galleta. Y sufrí al considerar la posibilidad de que aquel niño pudiera caer herido en la acción, condición siempre posible, con lo que mucho sufriría su madre. Por primera vez pensé en Beatriz, en su rostro acongojado y la posibilidad de no regresar a Veracruz con vida. Pero sonreí, agradecido de contemplar su semblante entre brumas. No le fallaría a esa jovencita de ojos profundos y piel de porcelana, estaba seguro.

20. Campeche

Comenzaban a caer las luces cuando el segundo comandante me ofrecía la esperada novedad. La lancha con el cañón armado, veinticuatro disparos de metralla con sus correspondientes saquitos de pólvora a bordo, fusileros en sus puestos y remeros pica en mano se encontraban preparados para encarar la acción. Y como si entráramos en decidida compenetración, pocos minutos después la fragata Prueba izaba la señal prevista en el mismo sentido. Sin embargo, esperé algún tiempo para que se apagaran un poco más los perfiles, que todavía el sol se encontraba a media raya. Pero llegaba el momento y no aguardé un minuto más. Embarqué en la lancha por la escala de gato, que se desatracaba con bichero del costado del *Asia* y tomaba fuerza propia en escasos segundos.

Una vez a bordo de la embarcación comprobé que, de acuerdo con mis instrucciones, el alférez de navío Martínez se emplazaba en la caña, mientras el guardia marina Mendoza, al frente de los soldados de Marina, se mantendría a mi orden para las acciones necesarias. Y no parecía el joven nervioso o perturbado por la próxima acción. Más bien al contrario, se movía con orgullo, espadín en mano, como si se tratara de acometer una acción rutinaria. Por su parte y a contera de la pieza de a 18, el cabo de cañón Mendiondo parecía repasar con un paño y especial cariño la caña negra y reluciente de la pieza, al tiempo que acomodaba a su costado un chifle^[99] de extraordinario tamaño. Cuando le pregunté por su estado, sonrió con confianza, al tiempo que destapaba la clavellina^[100] al tirón y comprobaba la limpieza del oído.

—Pieza lista para endosar metralla caliente al diablo y a vuestra orden, señor comandante. Solicité permiso al señor segundo para destrincar el pistolete y utilizar botafuego corto. Debemos asegurar el disparo por buenas o malas.

—Me parece una excelente idea.

Navegamos en dirección a la gola angosta formada entre la isla del Carmen y su hijastra, que todavía se divisaba a proa con suficiente claridad. Recordando la entrada llevada a cabo por la mañana, Martínez se acoderó por corto a la isla del Carmen, para tomar el paso con la misma seguridad. Y en pocos minutos nos encontramos metidos de boca en la laguna de Términos, conforme la noche se cerraba a trompa de bujarrón, hasta que se produjera el orto de la luna, que debía de abrirse media hora después. No obstante y tras los cálculos efectuados en la carta de marear, ordené aproar de momento al sudeste cuarta al sur. Y para conseguir la mayor exactitud en el rumbo, se había dispuesto instalar en la lancha la mejor de las agujas de bote, cuya diminuta lantía^[101] suponía la única iluminación a bordo. Naturalmente, sin contar el tarro de luz direccional en tubo instalada a popa, necesario para que la lancha de la fragata Prueba pudiera seguir nuestras aguas.

El alférez de navío Martínez marcaba el ritmo de la boga en tono de murmullo apagado, sin demandar excesivo esfuerzo a nuestros hombres, un grupo de remeros fuertes y con experiencia, escogidos para la ocasión. Por fin, comenzó a elevarse el cuajo de la luna en cuarto creciente, suficiente para iluminar las aguas encalmadas de la laguna. Tan sólo la periódica acción de los remos hacía saltar pequeños brotes de espuma blanca, que adquirirían luz propia y al capricho en algunos momentos.

Comenzaron a transcurrir las horas con excesiva monotonía, un tiempo que siempre duele dentro cuando esperas entrar en acción de sangre. Aunque no dudaba de la proa mantenida por la lancha, deseaba con fervor que apareciese alguna indicación luminosa desde el campamento enemigo. Estaba convencido de que los rebeldes se mantendrían durante la noche con entera confianza y sin sospecha alguna de un posible ataque, precisamente desde las aguas de la laguna. Por tal razón no me extrañó comprobar, cuando debíamos de haber navegado unas quince millas aguas adentro, el reflejo de unas luces titilantes dos cuartas a estribor. Sin dudarlo, ordené corregir la proa en dicho sentido, al tiempo que mandaba apagar la lantía, con un exceso de precaución.

Comenzaba a clarear la cúpula suavemente en colores rojizos por levante cuando estimé que debíamos de encontrarnos a una milla escasa de nuestro objetivo. Y como había ordenado previamente al comandante de la fragata, la luz cerrada y direccional que mostrábamos en nuestra popa para que la lancha compañera pudiera seguir nuestra estela, y que solamente desde esa posición podía observarse, fúe tapada en tres ocasiones con escaso tiempo de intervalo. Con tal señal, la lancha de la Prueba comenzó a abrirse con claridad

hacia babor, forzando la boga hasta quedar a nuestra altura. Creí llegado el momento, por lo que me dirigí al alférez de navío Martínez.

—Por favor, Martínez, rebaje el ritmo de la boga. Aunque esperamos gozar de una orilla de arena, no quiero que lleguemos a clavar la proa con demasiada fuerza. Por el contrario, en cuanto rasque la quilla, ordene ciada^[102] de fuerza y mantenimiento con los remos en posición de disparo. En cuanto se nos haga visible el campamento, deberá ajustar la proa entre su extremo derecho y el corral del ganado.

—Quedo enterado, señor.

—Mendiondo, preparado para efectuar el primer disparo. Apunte en bulto gordo contra los caballos y acémilas. Como el improvisado corral es de pequeño tamaño y los animales se encuentran en grupo cerrado, le será fácil acabar con el mayor número.

—Quede tranquilo, señor comandante, que esos malditos no podrán escapar a lomos de ningún animal. El cañón se encuentra cargado y listo para disparar en cuanto ajuste la puntería.

De acuerdo al plan establecido con el capitán de navío Valdés, la lancha bajo mi mando dispararía en primer lugar contra el corral y, de esta forma, evitar el uso de dichos animales. A continuación, pasaríamos a enfocar nuestros fuegos contra la parte occidental del campamento. Por su parte, Valdés dispararía desde el principio contra el centro y zona de levante. De todas formas, confiaba en que la sorpresa del ataque y el terrorífico factor de la metralla compusieran una sinfonía de muerte, capaz de impedirles el uso de la razón. Y pensando en su escasa formación militar, debería propiciar un desorden que les hiciera saltar en huida general.

Aunque ya entraba en corrida de nervios por la falta de visión, pocos minutos después se alivió mi sangre cuando comenzamos a avistar la orilla de la laguna y los detalles del campamento, aunque todavía se mantuvieran con perfiles difusos. No obstante, se trataba de indicaciones suficientes para enmendar nuestra proa al rumbo definitivo, por lo que debí caer una cuarta más a estribor, con la proa dirigida hacia los palos del corral. El agua de la laguna alcanzaba la playa con olas perezosas y de escasa alzada en su movimiento, mientras el viento terral caía al llano. Aunque parezca difícil de creer, comenzaba a percibir el olor a pólvora y sangre en adelante, ese don que recibimos los miembros de mi familia. Fue el momento en el que apreciamos con claridad como la quilla de la lancha comenzaba a rascar suavemente sobre la arena del fondo. Escuché la inmediata orden de Martínez, lanzada ahora en un murmullo más bajo todavía.

—¡Ciada de orden a las dos bandas! ¡Uno!

También se hizo audible el cambio de acción en los remos, aunque todavía el rascado de la quilla se mantuviera en aumento durante unos pocos segundos. Pero ya la lancha comenzaba a navegar ligeramente hacia popa, momento en el que Martínez comenzó a mantener órdenes diversas a ambas bandas de remeros para mantener la proa que estimara adecuada el cabo de cañón para su puntería.

Como la iluminación era suficiente, comprobé que también nuestra pareja se encontraba en posición de disparo. El cabo Mendiondo comenzó a solicitar ligeros movimientos de la proa, hasta declararse listo para abrir fuego. Fue el momento en el que alcé el sable hacia los cielos con la tensión mantenida en drizas, acción esperada por el capitán de navío Valdés. Y lo bajé al tiempo que gritaba con los pulmones a reventar.

—¡Fuego!

Hacía bastantes años que no embarcaba en una lancha cañonera, por lo que casi había olvidado el trueno que supone disparar un cañón de tal calibre en una pequeña embarcación. Mientras la lancha semejaba corrida de impulso hacia popa y la pieza parecía capaz de romper la braga reforzada y trincas de costado, una nube de humo negro y espeso nos cegaba la visión. Pero pronto pude avistar cómo los animales se rendían al suelo en alta proporción, al tiempo que comenzaban a lanzar sus relinchos de muerte. Mendiondo ordenaba la carga de la pieza a sus sirvientes, momento en el que comenzaban a aparecer algunas cabezas bajo las tiendas de lona enjaretadas sobre la arena. El disparo de la otra lancha había levantado una de ellas en reliquias de vuelo libre, como elevación de cometa hacia los cielos.

Con el segundo disparo, a tan escasa distancia, dimos por concluida la misión de ataque al cercado, para pasar a girar la proa hacia babor lo suficiente, de modo que nos concediera la necesaria puntería sobre el campamento. Fue el momento de agitar mi mano en dirección al caballero Mendoza, que con su voz juvenil ordenó fuego a los fusileros, que comenzaron a disparar sobre los hombres en movimiento. Y en el momento que una corneta se lanzaba a tocar a rebato de almas una especie de urgente generala, se acumulaban hombres que corrían sin rumbo cierto, aterrados por la sorpresa y ante la sangre que se producía a su alrededor. Creí entrever a un oficial, sin botas ni casaca, que intentaba ordenar una línea para que dispararan sobre nosotros, orden que era cumplida de forma parcial. Porque ya la visibilidad era suficiente para que comprobaran la inesperada presencia

de dos lanchas armadas con poderosos cañones a escasa distancia, y los demoledores efectos que producían.

Al tiempo que disparábamos el cañón sobre el grupo que intentaba formar el oficial medio desnudo, comenzaron a oírse disparos sueltos de fusilería contra nosotros. Y alguna de esas putorronas balas mosqueteras las oí desfilar con silbido bien cerca de mis orejas. La distancia era tan escasa que ordené a nuestros hombres cubrirse mientras recargaban sus armas. Pero Menciondo continuaba con su labor mientras le ordenaba disparar en una dirección determinada. De esta forma, continuábamos sembrando de muerte el campamento, aunque también aumentara el ritmo de los disparos enemigos. El guardiamarina Mendoza arengaba a sus hombres a gritos, alzado en la bancada con orgullo y sin buscar protección alguna, una estampa digna de adornar cualquier tratado de guerra. Fue el momento en el que comprobé una mancha roja en su mejilla.

—¡Se encuentra herido, caballero! ¡Que lo cure el cirujano inmediatamente!

—¡Todo en orden, señor! Un puntazo en la oreja solamente. ¡Cuando rematemos la acción con victoria, me la coserá el cirujano! —El joven apartaba la sangre con la mano de su mejilla, como si se tratara de una molesta mosca.

El nutrido fuego de fusileros se generalizaba por ambas partes, aunque la metralla escupida por nuestros cañones a un ritmo aceptable rebajaba resistencias e ilusiones en el enemigo. Intentábamos centrar nuestros disparos allí donde se arracimaban los grupos de defensa, operación sencilla, aunque conllevara un movimiento continuo de remeros para conseguir la proa apropiada. Por tal razón y con el necesario auxilio de la Patrona, comenzaron a ser bastantes los que, sin armas en la mano, corrían en dirección opuesta a las lanchas, intentando escapar de la metralla de muerte tierra adentro.

Habíamos cubierto poco más de la mitad de los disparos almacenados a bordo cuando la huida de los enemigos se hizo general, a pesar de los gritos de aquellos que se mantenían con suficiente valor en defensa del campamento. Por fin, los escasos oficiales al mando dejaron de intentar una resistencia, que ellos mismos parecieron considerar como imposible. La mayor parte de los soldados, vestidos con calzas al vuelo, corrían a la brava sin tener en cuenta el armamento o pertrechos propios, que abandonaban en el campamento. No obstante, continuamos con insistencia el bombardeo, elevando con cuñas la puntería de los cañones, conforme se alejaban de

nosotros. Nuestro objetivo era el de cebar en sangre el mayor número posible y que los restantes malditos continuasen en su carrera hasta el infierno.

Llegó el momento de cesar el fuego, lo que reclamé a grito de pulmón, de forma que pudiera ser oído por la lancha compañera. A bordo de la nuestra restaban solamente cuatro saquitos de metralla con las correspondientes cargas de pólvora. Pero como había oído lamentos de heridos a bordo, mientras los remeros se dejaban caer sobre sus picas, medio desfallecidos, me dirigí en primer lugar a Martínez, que descansaba a popa sobre el tambucho.

—¿Muchas bajas?

—Dos grumetes con rasponazos leves en brazos, sin mayor novedad.

—¿Y los soldados, Mendoza?

El joven, que todavía mantenía abundante sangre en la mejilla derecha, gritó con energía y todavía con el ardor del combate reflejado en su rostro.

—Tres soldados heridos, señor, pero ninguno de muerte. Listos para continuar el combate, si así lo ordena.

Al observar ahora con más detenimiento su cara, embadurnada en sangre por la mitad como máscara veneciana de carnaval, sentí honda preocupación, como si se tratara de mi propio hijo. Unas vendas intentaban detener el líquido rojo alrededor de su cara, como momia teñida de seda bermeja.

—Habéis sido herido de cierta gravedad, caballero. Sangráis abundantemente por la mejilla. Que os vea el cirujano de inmediato.

El segundo cirujano, don Francisco de Paula Guerra, embarcado en la lancha, se dirigió a mí con rapidez.

—Ya he curado al guardiamarina Mendoza a la rápida, señor. Una bala se ha llevado la mitad del lóbulo de su oreja, con bastante suerte para el caballero. Mucha sangre a la vista pero nada más. Le he vendado la herida de momento y se la coseré con primor a bordo.

En aquel momento, la lancha de la Prueba se acercaba hacia nosotros. Oí la generosa voz del capitán de navío Valdés.

—Sin novedad, señor. A bordo hemos sufrido tres heridos de escasa monta. Nos restan solamente tres cargas de metralla. ¿Qué ordena?

—Como veo que esos bandidos continúan corriendo hacia dentro, que descienda a tierra un grupo de cada lancha. Deberán tomar todo armamento y pertrechos que puedan sernos de alguna utilidad. Siempre es bueno aumentar lo propio y así nos creerán las autoridades cuando les narremos la acción. Y si aparece algún soldado rendido, deberán embarcarlo también.

—Muy bien, señor.

Aunque no lo tenía previsto, consideré de importancia aquella acción de expolio, que ningún peligro ofrecía. Por precaución, mantenía el cañón cargado y con las máximas cuñas emplazadas. Al mismo tiempo, con el anteojo comprobaba periódicamente que los soldados huidos no aparecían en vuelta guerrera, ni mucho menos. Así que, de esta forma, durante más de tres horas se barquearon fúsiles, munición y algunos víveres, porque todo había sido abandonado en la precipitada huida. Incluso me entregaron una pistola de hermosa manufactura, posiblemente un producto de la mejor arcabucería vasca. Y sin dudarle un segundo, la entregué como obsequio al joven guardiamarina Mendoza, un magnífico recuerdo de su primera acción de combate y sangre derramada. Como es de suponer, prohibí su anotación en el cargo de requisita. Y la recibió el rapaz con inmensa alegría, ajustándola en su fajín con fuerza, sin apartar la vista de ella.

Los cálculos que hicimos demostraban que treinta y seis hombres habían perdido la vida, mientras una veintena larga se mantenían con heridas de diversa índole. Y aunque lo pensé en un principio, nada pudimos hacer por ellos. Porque cuando ordenaba que los cirujanos bajaran a tierra e intentaran confortar a los enfermos, comprobé en la distancia movimiento de tropas. Sin dudarle un instante, mandé el inmediato embarco de mis hombres.

Abandonamos la orilla cercana al lago Chacá mientras me sentía atacado de un sentimiento de orgullo y felicidad. Habíamos ofrecido a los rebeldes una buena lección, así como bajas suficientes para que aquella columna necesitara de bastante tiempo para reponerse en orden de guerra. Y cuando ya nos encontrábamos a una milla de distancia, comprobé que llegaban hasta las ruinas del campamento algunos de los huidos. Comenzaban a inspeccionar los restos y ofrecían el necesario socorro a los numerosos heridos. Por tal razón, no disparé el arma cargada en despedida, tal y como pensaba, porque no se debe ofender a las almas de tal forma.

Regresamos a nuestros buques respectivos más tarde de lo previsto. El cansancio de los marineros y grumetes ajustados a la boga era visible, por lo que ofrecimos descanso, rancho en frío y bebida. No necesitábamos forzar la marcha y aquellos hombres se lo merecían. Y todavía sentí más aprecio por el guardiamarina Mendoza tras mi conversación con él.

—Me parece que esa oreja le quedará un tanto malparida para el futuro, caballero.

—Bueno, señor, muy orgulloso me encuentro de mi primera herida de guerra —se mostraba sonriente y feliz—, que podré mostrar como una especial condecoración.

—Le ampara toda la razón. Es mi caso con este parche que luzco sobre el ojo.

—Muchos se preguntan cómo lo perdió, señor.

—Se lo contaré solamente a usted cuando le hayan cosido bien esa oreja.

Alcanzamos nuestros buques cuando ya debíamos guiarnos por los tarros de luz instalados en los topes de los palos. Una vez más, Nuestra Señora de Valdelagua me había protegido de las balas enemigas. Porque en ningún momento del combate había bajado el tronco una mísera pulgada, acción indecorosa en un comandante. Al mismo tiempo, sufría de sed y hambre como náufrago de varias semanas. Pero allí me esperaba Barbate, preparado para ofrecerme carne y vino, un caldo que trasegué a borbotón de espuma por mi garganta. Y aunque raspón, me pareció el mejor tinto que había bebido en toda la vida.

* * *

A mediodía de la siguiente jornada y tras haber ofrecido el necesario descanso a los hombres alistados en la empresa, levamos las anclas para continuar con nuestra navegación hacia la plaza de Campeche. Como habíamos supuesto en un principio, los heridos mejoraban sin dificultad. Nos restaban solamente noventa millas avante para alcanzar nuestro destino final. Y como las flores benditas suelen aparecer en ramo, el viento fresco se recostó del sudoeste, condición que nos ofrecía la posibilidad de navegar a punto firme y sin deshechos. En ese día y como debida celebración de la acción guerrera, ahogamos los ejercicios doctrinales, para complacencia general de tirios y troyanos. Fueron sustituidos por una acción de gracias, dirigida por los dos capellanes en religiosa dupla.

Dejamos por la aleta de estribor la laguna de Términos, un escenario más donde los hombres de la Armada habían derramado su sangre. Y como pronto comenzaron a caer las luces, ordené aproar por derecho hacia la punta Seiba, cuatro millas al sur de la punta Morros, que nos daría derrota de entrada hacia el fondeadero de Campeche desde el sur. Durante la noche apenas avistamos alguna luz tierra adentro, navegando con mayores y gaviás en gloriosa empopada. El viento se mantenía entablado del sudoeste y fresco de fuerza, mientras la mar se movía en marea larga. Por tal razón elevé un ligero rezo a las alturas, para que no se alzara un puño más. Porque en tal caso nos complicaría la entrada del día siguiente.

Cuando el sol comenzaba a levantar cabeza, quedamos tanto avante con la punta Morros. La mar nos movía en exceso, por lo que atravesamos momentos de duda al cruzar frente al fuerte de Luis Lerma y al de San Miguel. Poco después pudimos divisar la población, que aparecía sembrada de flores con brillantes colores entre los edificios, como gigantescos parterres dedicados a nuestra particular visión. Volvimos a comentar una vez más sobre el punto de fondeo, de acuerdo con las condiciones de viento y mar reinantes.

—¿Por cuál cree que nos debemos decidir, piloto? ¿A barlovento o sotavento?

—Ya sabe, señor, que a barlovento deberemos alejarnos hasta las tres o cuatro millas de distancia para largar las anclas con seguridad. Por el contrario, a sotavento podremos encarar la milla escasa, condición que siempre agradecen las autoridades de la plaza. Sin embargo, en esa situación debemos quedar listos para cobrar las anclas y salir por rayos si se levanta el viento norte.

—Pues fondeemos a una milla a sotavento, que no hemos de quedar como navío chamuscado en vergüenzas. La verdad es que, desde aquí, esta ciudad se aparece con una visión muy hermosa.

—Más tarde, al pisar sus calles, decrece esa opinión con rapidez, señor — apostilló el piloto.

—Siempre se ha ofrecido especial importancia a esta plaza por la Corona, al punto de ser fortificada, tras ser saqueada en tres ocasiones por los bucaneros mandados por el infame Lorenzillo.

—No se han olvidado de ese pirata en este seno Mexicano, señor. Tanto en Campeche como en Veracruz, cuando en las casas algo se pierde, suele decirse que se lo habrá llevado Lorenzillo en su bolsa. Pero debemos tener mucho cuidado con sus aguas, que no deben beberse en ninguna ocasión por su mala calidad.

—Leí que esta ciudad —me dirigía a los oficiales— fue construida sobre un sistema de inmensas cavernas subterráneas excavadas por los primitivos indios mayas, que las usaban como catacumbas.

—¿Por quién fue fundada, señor? —preguntó el alférez de fragata Garnica.

—Fue fundada por Francisco de Montejo en 1517, precisamente en el sitio donde se centraba la antigua población maya de Kimpech. Fue declarada plaza fuerte y rodeada por una fuerte muralla de fábrica, que dispone de tres puertas. También se edificaron los castillos de defensa que podemos observar. Y no crean que fue fácil la conquista de estas tierras del Yucatán, donde las

fuerzas españolas sufrieron una dolorosa derrota en los primeros días. Más tarde, en 1540, fue nombrada como villa de San Francisco de Campeche.

Acabamos por fondear bastante cerca de la población. Sin embargo, comprendía las recomendaciones sobre los diferentes tenederos, porque no abanicaba seguridad de cuerdas el escogido. Pero ya estaba decidido y sin vuelta, por lo que me propuse aligerar al máximo la estancia. Y no tardaron mucho tiempo en responder desde tierra. Porque cuando todavía establecíamos la situación de fondeo a bordo y el refuerzo de guardia de mar para evitar problemas posteriores, se acercaba a nuestro buque una falúa desde el embarcadero de tierra. Pocos minutos después, recibía en mi cámara al coronel del Ejército Benito Arana, hombre espigado y magro de carnes como presidiario de muleta, aunque muy agradable en el trato.

—Quedo a las órdenes con todo respeto del señor comandante del navío *Asia*. Le doy la bienvenida en nombre del capitán general, teniente general don Eduardo Marset, de quien soy ayudante jefe.

—Muy agradecido, coronel, por su pronta visita. ¿Cuándo puedo presentarme a su excelencia?

—No podrá ser de momento, señor. Se encuentra en cama aquejado de las fiebres, un mal que solemos sufrir en Campeche con demasiada reiteración.

—Se comenta la escasa salubridad de la plaza.

—Con toda certeza, señor. Se sufren demasiadas enfermedades y plagas, razón por la que pocos son los voluntarios en ella, y me incorporo a ese grupo sin dudar.

—Lo comprendo. Lo mismo nos sucede en la Armada con algunos presidios. Pero entrando en el tema que más nos ocupa, creo que deberemos embarcar más de mil hombres entre las dos unidades.

—Algo menos de lo previsto, señor. Hemos sufrido mermas importantes por las enfermedades. En total serán unos ochocientos cincuenta hombres con sus respectivos mandos. Cuando lo estime oportuno, podemos transbordarlos con dos grandes lanchones de los que disponemos para tal misión.

—Pues con sinceridad, coronel, deseo mantenerme fondeado el menor tiempo posible, a no ser que enmendemos el fondeadero alejándonos a tres o cuatro millas.

—Lo comprendo, señor, y le agradecemos el esfuerzo que tanto nos facilita el embarque. Si le parece bien, con las primeras horas de mañana podemos comenzar el barqueo.

—Por mí, encantado. Pero debo hablar previamente con el comandante de la fragata *Prueba* para concretar cómo distribuimos el personal. Se lo

comunicaré esta misma tarde por medio de uno de mis oficiales. Una vez en conocimiento de la enfermedad del capitán general, ¿quién ha asumido el mando en la provincia?

—Hasta que se reponga el general Marse, ejerce dichas funciones el mariscal de campo Anselmo Yanguas.

—Mañana acudiré a saludarlo, así como al señor gobernador. Espero que sus hombres embarquen con racionamiento propio.

—En efecto, señor. Raciones para cinco días.

—Bien, esperemos que sea suficiente, si la mar no dicta órdenes a la contra.

Aquella misma tarde decidimos embarcar en el navío *Asia* a 550 hombres, mientras el resto deberían arrancar en la fragata *Prueba*. Y poco después enviaba a tierra al teniente de navío Vigodet para ofrecer dichas cuentas al coronel Arana.

Aunque poco disfrutaba de nuestra situación y el piloto se mantenía con permanente cálculo del punto por referencias a tierra, cayó el viento a tablas llanas cuando el sol se perdía en la mar. Incluso las corrientes que se predecían en el derrotero, del norte y unos tres nudos, parecían haber descansado porque apenas se apreciaban en línea. De esta forma pudimos descansar, aunque paseara por cubierta en repetidas ocasiones durante la noche. Porque a veces nos entra el latiguillo del duende sin motivo, aunque nada malo se cumpla. Pero ya el cuerpo queda batido en cuadros y no es posible reparar tal sentimiento.

Con las primeras horas del día siguiente, demasiado tempranas para algunos oficiales, comprobamos la puntualidad del embarque previsto. Mientras uno de los lanchones se dirigía a nuestro costado, el segundo de los tortugones lo hacía hacia la *Prueba*. Y dos horas después tomaba la falúa con *Barbate* a la caña, para dirigirme a tierra, acompañado por el alférez de fragata de *Quesada* en funciones de ayudante. Me presenté al mariscal de campo Anselmo Yanguas, de quien me llamó la atención su juventud, pareja a la mía. Se trataba de un joven y rubianco oficial de mofletes sonrosados, estatura regular y demasiadas carnes en rondo. Y tras las frases de rigor, le expuse la acción llevada a cabo en la laguna de *Términos* contra las fuerzas rebeldes. En esta ocasión, no me convenció el primero de sus comentarios, al elevarlo en un tono cercano a la sospecha, como si tratara de aumentar por mi parte el efecto conseguido.

—¿Desbarató ese campamento de los rebeldes?

—Acabaron por salir desesperados en vergonzosa estampida, señor — declaraba con tono firme y rostro en cierre—. No se esperaban un ataque con lanchas armadas desde la laguna. Les hicimos casi cuarenta bajas y gran cantidad de heridos.

—Ya teníamos noticias de ese campamento y pensábamos enviar fuerzas contra ellos. Ha sido una suerte que decidieran ahorrarnos el trabajo con tal facilidad y sin pérdidas.

—Como debe saber, señor, el empleo de cañoneras contra objetivos en tierra es tarea muy habitual en la Armada. Y recogimos bastante material que se encuentra a bordo del *Asia* a su disposición, especialmente fusiles americanos y bastante munición. Por supuesto, acabamos de dismantelar su campamento y no dejamos un animal con vida.

—¿Les tomaron armamento? Un magnífico detalle.

—Más que un detalle, señor, diría que cumplimos con nuestra obligación. Estoy convencido de que habríais hecho lo mismo, de encontraros en caso parecido.

Ahora me miró con cierta retranca, tras haber elevado mis últimas palabras con tono entrado en visible ironía. Cambió de tercio con rapidez, enhebrando una alargada sonrisa.

—Nos será de mucha utilidad observar su armamento y comprobar de qué armas disponen. Se comenta que lo reciben en generosa cantidad de esos nuevos Estados del Norte, vecinos obligados. Le agradezco como se merece la oportunidad que nos brinda.

—Pues si no necesitáis nada más de mis buques, señor, pasaré a presentar mis respetos al gobernador. Debo desembarcar también mercancías de las que debe responder y necesito que lo efectúen sin pérdida de tiempo, dada la peligrosa situación de fondeo que hemos tomado para facilitar su trabajo.

—Ya lo he comprobado a la vista y también es un detalle que le agradezco.

—Pues eso es todo, señor. Ofrezca al teniente general Maset mis respetos, así como los mejores deseos para una rápida recuperación.

—Así lo haré. Siento que no disponga de tiempo para ofrecerle un almuerzo, pero es comprensible. Espero que disfrute de un feliz regreso a Veracruz.

Mi visita al gobernador se giró en las mismas condiciones, rápida y sin noticias importantes. También le expuse las acciones llevadas a cabo en la laguna, así como la necesidad de un rápido desembarco de las mercancías transportadas. Y aunque intentaba ralentizarlas sin tiempo previsto, se

comprometió a llevarlas a cabo aquel mismo día, ante mi intención de enmendar el fondeadero hacia fuera en caso contrario. Comprobé que se trataba de un golilla más sin sangre en las venas y escasa motivación para resolver los serios problemas que se sufrían en su provincia.

Cuando regresé a bordo del *Asia*, todavía continuaba el embarque de la tropa. Se presentaron los oficiales, bajo el mando del coronel Anguía, a los que respondí con el habitual ofrecimiento de camaradería y hospitalidad. Pocas horas más tarde, comprobé la rapidez del gobernador ante mis amenazas. Porque antes de la meridiana se acercaba otro tortugón a nuestro costado, para embarcar las mercancías estibadas a nombre del gobernador de Veracruz.

Cuando comenzaban a caer las luces recibí la feliz novedad de que el *Asia* y la fragata *Prueba* se encontraban listos para salir a la mar. Y como no deseaba aguantar un minuto más en aquella situación porque el viento comenzaba a elevarse de fuerza, ordené levar las anclas y aproar hacia fuera sin pérdida de tiempo. Mucho agradecí tal decisión porque, unas horas después, el viento rolaba al sur y se elevaba a frescachón con rapidez, condición que nos atacaba cuando ya las luces de Campeche se perdían por nuestra popa.

Comenzaba el deseado tornaviaje hacia Veracruz. Y no sólo me acuciaba la seguridad del navío bajo mi mando, sino también la necesidad que sentía por ver de nuevo a Beatriz y comprobar su mirada sobre la mía. Al mismo tiempo, imaginaba la tristeza que se produciría más pronto que tarde cuando estimara que debía regresar a La Habana o se presentara algún otro navío en la zona, lo que forzaría una separación con imprevisto final. No obstante, dejé volar los pensamientos con dulzura. Todo hombre de mar suele vivir al día y poco fía en el futuro, una estadía que suele decidir la señora de la mar con sus caprichos y la Real Armada con sus decisiones.

21. De nuevo en Veracruz

Aunque en la primera singladura llegué a estimar que la mar acabaría por ofrecernos alguna de sus peores caras, porque las olas comenzaban a lanzar envites de cola larga, cayó el viento del sur a normas, hasta quedar entablado nuevamente del sudoeste y fresco de fuerza a lo largo de la segunda noche. Las tropas del Ejército, posiblemente más acostumbradas al transporte marítimo, no protestaban en exceso, aunque el conocido mal de la mar los atacara en un notable porcentaje, mientras ganábamos millas hacia poniente en bordada larga. Y como deseaba alcanzar cuanto antes nuestro destino, poco me agradó que el soplo redujera su fuerza a fresco flojo, mantenido desde aquella dirección que nos obligaba a continuar con proas del noroeste y alguna cuarta tendida a poniente.

En el crepúsculo vespertino de la tercera singladura, el piloto conseguía tomar el punto^[103] con suficiente confianza. Según la situación, estimé que podíamos caer francos hacia el sur, hasta aproar al límite de la bolina con proas meridionales. Mucha ceñida y poca escarcha a la jeta, como canturreaba en conocida copla el contramaestre. Sin embargo, se alegraba mi cara cuando advertía un role del viento al noroeste, que nos permitía una proa más franca hacia nuestro objetivo. Navegamos a buen ritmo con corredera en alza, sintiendo cercana la meta. Y cruzábamos la meridiana de la quinta jornada en la mar cuando avistamos con claridad en la distancia el inconfundible castillo de San Juan de Ulúa, una visión que me hizo entrar en nervios de inquietud. Porque en ese momento no albergaba ninguna duda sobre mis sentimientos y deseaba con la mayor fuerza del alma enfrentarme a Beatriz, así como expresarle una y mil veces el amor que sentía por ella.

Aquella misma tarde largábamos las anclas dentro de la poza escogida para el fondeo en la primera ocasión. Y entramos en la nueva situación tras un ligero borneo, que nos dejaba aproados hacia el norte. Aunque poco gustada de aquella dirección, si el viento aumentaba de cuerdas y nos forzaba a una

salida no deseada, se rebajaba en cruces para quedar en una ventolina en tontoneo agradable, que refrescaba las cubiertas inferiores. Y en el particular aspecto de la manduca con bastante fortuna, porque los hombres del Ejército remataban sus últimas existencias de alimentos y poco podíamos ofrecer a bordo para tanta boca ajena.

Para mi sorpresa, un par de horas después de nuestra arribada comprobamos la silueta de una falúa que navegaba firme en nuestra dirección. Y mucho me alegré al constatar la presencia de mi futuro tío, el mariscal de campo Venegas, en la embarcación que se acoderaba al portalón del *Asia* apenas arriado. El general lo tomaba al salto con tal rapidez, que apenas dispuse de tiempo para calzar la casaca y presentarme en la meseta para recibirlo con los honores debidos.

En principio y con mi habitual tendencia a la sospecha de nuevas oscuras, busqué posibles razones que justificaran la presencia a bordo de quien mandaba las fuerzas del Ejército en la plaza, un personaje que entraba en mis planes familiares por derecho. Incluso llegué a pensar en un posible accidente o enfermedad de Beatriz, cuadro mental que me encogió el estómago. Sin embargo, al observar su rostro jovial y el abrazo amistoso que me confería, se disiparon los nubarrones del cerebro. Poco después le ofrecí un refrigerio en mi cámara.

—Me ha sorprendido su visita, general. En un primer momento, llegué a sufrir por si acaso Beatriz había padecido algún percance.

—No tiene de qué preocuparse, Santiago. Y, por favor, apéeme el tratamiento de una vez —me sonreía con entera confianza—. Debe llamarme Francisco, como hacen todos en esta pequeña familia donde va a entrar. Beatriz se encuentra espléndida, como siempre, y en ansiosa espera de su retorno a esta plaza. Por otra parte, he podido comprobar el transporte de las tropas solicitadas.

—En efecto, pero en menor número de lo que me había anunciado el gobernador. Solamente embarcamos en Campeche, entre las dos unidades, 850 hombres con sus mandos y armamento propio. Según parece, han sufrido alguna plaga en la zona que les produjo bastantes bajas. Bueno, el mismísimo capitán general se encontraba rendido en cama por las fiebres.

—No me extraña una onza, aunque en el caso del general Marseet sea norma repetida y mucho dude que consiga vencerlas por completo. Debería regresar a la Península para alcanzar el necesario restablecimiento. Esa plaza se mantiene bastante insalubre durante las cuatro estaciones del año. Por tal razón se ha propuesto en diversas ocasiones la mudanza de su capitanía,

aunque estratégicamente convenga cerrar la península del Yucatán con su presencia. No obstante, aunque el gobernador y presidente del Cabildo protesten como de costumbre, en poco nos va a alterar los planes ese descenso en el número de soldados. De momento, esta plaza puede considerarse segura y bien defendida, aunque pueda ser beneficioso atacar columnas sueltas o en primera formación con fuerzas superiores.

—Pues ya les libramos de la que nos habían anunciado en las orillas de la laguna de Términos. Las batimos con saña y descalabramos su campamento hasta rematarlo en astillas.

—Nada sabía. Cuéntemelo con detalle.

Expuse al general Venegas lo acaecido en la operación nocturna, así como el resultado final y el acopio de armamento y pertrechos que, en parte, habíamos entregado en Campeche. Me golpeó el hombro con entera satisfacción y visible alegría.

—Le doy mi más sincera enhorabuena, Santiago. Una operación limpia, sin bajas y con efectos más que beneficiosos. Conviene mantenerlos a raya y que no nos tomen por fuerzas acomodadas en defensa. Espero que el gobernador, cuando tenga conocimiento, lo eleve a la superioridad como es de rigor. Le veo pronto ciñendo la faja y alcanzándome en el empleo, aunque nos separen bastantes años de edad. Beatriz se alegrará mucho con esta noticia, estoy seguro.

—Ya que se encuentra aquí y con su experiencia, me gustaría comentarle que mañana pienso presentarme solamente al gobernador. Él fue quien me ordenó la comisión de transporte y solamente a su autoridad debo aclarar mis acciones.

—Supongo que lo dice por ese culebrón de Almanza, el presidente cabildeño.

—Así es. Si el gobernador desea que los miembros de la Junta de Arbitrios se encuentren al día de las noticias, que se las comunique en la Junta.

—Me parece muy bien. En cuanto al desembarco de las tropas del Ejército y de acuerdo a mis órdenes, en pocos minutos aparecerán los lanchones de barqueo. Comprendo que mucho debe incordiar tanta alma a bordo, hombres poco acostumbrados al mar y sus condicionantes.

—La suerte nos ha favorecido con unas aguas sin ampollas, aunque la dirección del viento nos aumentara en una jornada la navegación.

—Bueno, menos habrán sufrido los soldados. Cambiando de tercio y como le supongo ansioso de ver a mi sobrina Beatriz, cuando aprecié la

silueta de su navío en la lejanía, organicé una cena en casa. Pero sin etiquetas ni oficialismo, solamente para nosotros cuatro, en familia. Y no se preocupe. Procuraré que quede en solitario con mi sobrina algún tiempo, situación que tanto agrada a los enamorados.

—Mucho se lo agradezco. La verdad es que deseo verla cuanto antes.

—Desde hace dos días se siente inquieta. Pensaba que necesitaría menos jornadas para cumplir la misión y ya elevaba rezos a todos los santos conocidos para que no pereciera entre las aguas —sonreía de buen humor—. Esta jovencita debe prepararse mentalmente para matrimoniar con un hombre de mar.

—En efecto. Aunque me encuentro muy feliz de regresar a su lado, no dejo de pensar en que será muy dura la próxima despedida, cuando deba abandonar esta plaza con dirección a La Habana. Y si se confirma mi navegación hacia el mar del Sur, todo se retrasará sin fecha conocida.

—Lo comprendo. Eso la hace sufrir en silencio, porque también piensa en ese detalle. No se les presenta el futuro muy aclarado a la vista cuando se encuentren separados por miles de millas.

—Mucho he cavilado en esos detalles, Francisco, más de lo que imagina. Por una parte, creo conocer a fondo los deseos de Beatriz sobre nuestro matrimonio. Me refiero a la ceremonia y el entorno en el que desearía que tuviera lugar. Por otra parte, puedo declararle que, como no me considero un jovenzuelo para mantener noviazgos de maroma larga, deseo entrar en nuevo matrimonio cuanto antes. Y no pienso solamente en mí, sino más en Beatriz. Intento evitar esos periodos en los que pasaríamos meses y meses sin vernos, que la harían sufrir.

—Estoy de acuerdo.

—Por tal razón, estimo que la mejor de las medidas sería que, una vez regresado a Cádiz con el auxilio de la Patrona, solicite algunos meses de licencia para contraer matrimonio en Indias, como establecen nuestros reglamentos. Tomaría el primer buque que saliera de Cádiz hacia La Habana y, posteriormente, en el mismo sentido hacia esta plaza. Así Beatriz podrá matrimoniar con la presencia de su familia y con los detalles que a ella le plazca. Se trata de una joven con muchos sueños, que no debemos apartar de su cabeza si es posible.

—De nuevo concuerdo plenamente con vos. Sois un buen hombre, Santiago, de lo que mucho me alegro. Creo que mi sobrina, a la que quiero como una verdadera hija, no ha podido encontrar mejor candidato. Además y entrado en sinceridad, ya veremos la España que os encontráis cuando

regreséis a la Península. —Oscureció el semblante al tiempo que movía sus manos con cierto nerviosismo—. Son muchos los rumores que corren sobre los movimientos y proyectos de nuestro señor don Fernando, así como el posible regreso al gobierno clásico de la monarquía.

—¿Ha abolido las Cortes o la Constitución?

—No nos ha llegado ninguna nueva en concreto, pero parece que ese es el camino escogido, aconsejado por un grupo de reaccionarios.

—No comprendo cómo puede haber elegido tales medidas. Deben de ser rumores interesados, Francisco. Por mi parte, no deseo regresar al sistema en el que nos pueda aparecer un nuevo y prepotente valido como Godoy, por ejemplo. La monarquía debe mantener esos frenos que la Constitución establece al poder real.

—Estoy de acuerdo con sus palabras, Santiago, pero mucho me temo que no sea esa la vereda que tome España —el general no parecía decidido a exponer sus verdaderas opiniones—. No soy pesimista, pero algo por dentro me lo anuncia. En fin, ya veremos cómo se corre la madeja. Confiemos en que las mentes preclaras sepan escoger.

—¿Sepan escoger? ¿A qué se refiere?

—Bueno, creo que debo sincerarme al ciento con vos, como habéis hecho conmigo. Para comenzar, os diré que me considero liberal de pies a cabeza, por razón y convencimiento, aunque no sea de los que entran en liza con banderas por alto. En ese aspecto, envidio a la Real Armada, cuyos generales, como Gabriel Ciscar o Cayetano Valdés, parecen caer a esta banda política, aunque al mismo tiempo poco guste de esa peligrosa partición de España en dos bandos. No lo he declarado jamás en público, pero estimo que don Fernando no será un buen monarca, y bien sabe Dios que desearía equivocarme. Aquí los independentistas publicaron unos panfletos vergonzosos, que, en principio, no creí. No obstante, algunas personas responsables a las que ofrezco absoluto crédito me las aseguran como ciertas. Me refiero a la conducta mostrada por don Fernando hasta ahora.

—¿A qué conducta se refiere? —Sentía un marcado interés, al tiempo que me costaba creer como ciertos sus avances.

—Mucho se ha comentado sobre la verdadera personalidad de nuestro señor. Pero basándonos únicamente en los actos públicos de los que no cabe parcial interpretación, podemos citar de entrada su espontáneo viaje a Bayona y los escándalos de la real familia, que precedieron a la vergonzosa abdicación, en la que también él tomó parte muy activa. Pero después aparecen, con copias fidedignas alzadas a mano a las que he tenido acceso,

otros argumentos que lo rebajan todavía más como persona. Me refiero a la carta enviada a Bonaparte desde su prisión en Valencey, con absurda felicitación por haber instalado a su hermano José en el Reino de España. Pero por desgracia hay más, mucho más... —el general pareció dudar de continuar en su negativo recuento.

—Continúe, por favor.

—Pues también aparecen un buen número de otras felicitaciones al emperador, «reputando feliz a la nación española, gobernada por quien había mostrado ya su instrucción práctica en el arte de reinar», así como la norabuena al prepotente corso por las victorias conseguidas contra los que, en aquellos precisos y duros momentos, se jugaban y perdían la vida en su nombre. Sin olvidar su petición de la banda de la Orden de España, creada por el rey intruso, como honra especial que deseaba poseer, una verdadera vergüenza. Y para rematar el cuadro, ahí tenemos el tratado suscrito en diciembre del pasado año, en el que Bonaparte reconoce a don Fernando como rey de España, que considero como el punto final de sus humillaciones. En dicho documento, nuestro señor ofrece conservar los bienes, derechos, honores y prerrogativas a los españoles adictos al rey José.

—Escuché alguno de esos rumores en España. Pero en general los asociaba a los liberales extremistas que desean la abolición de la monarquía y alcanzar esa república que persiguen unos pocos personajes de ideas afrancesadas. También en el Río de la Plata las pregonaban algunos independentistas a la voz y por escrito. Por tal razón, jamás les di crédito.

—Ese era mi caso también. Pero debe creerme porque se trata de documentos de dominio público a los que ciertas personas han tenido acceso, que rebajan en mucho las ideas de la necesaria dignidad de un príncipe, así como las de sufrimiento de un rey cautivo. Y si partimos de la certeza de esas premisas, puedo creer cualquier acto que se le achaque a don Fernando. Y ahora sí que, entrando en rumores de cierta fiabilidad, es posible que a su entrada en España nuestro deseado rey haya podido observar un ambiente contrario a las reformas introducidas, acusado por cierto desprestigio de las Cortes entre las clases acomodadas y, todavía más importante, por la manifiesta aversión en los mandos del Ejército. Por tal razón, se rumorea que decretará la nulidad de esa constitución de 1812 en la que tantas esperanzas depositamos, así como la de todos los actos de las Cortes. De esta forma, se restablecería el orden del Estado que se disfrutaba mal que bien en 1808. Eso significa que don Fernando recuperaría la soberanía real en la plenitud de los antiguos derechos, sin cortapisa ni freno posible alguno.

—¡Santo Dios! Si tales rumores llegaran a confirmarse, sería el peor camino que España podría tomar. Y no solamente por el regreso a una forma de reinar contra natura, sino por lo que tales hechos mostrarían de la conducta del rey. Sería de todo punto innoble machacar a los que de verdad lucharon por él.

—En efecto. Por esa razón pienso mantenerme en Indias el mayor tiempo posible —mostraba una triste sonrisa—. Y mucho me duele que Beatriz deba partir. No me entienda mal, Santiago, que mucho me alegra su futuro matrimonio con ella. Pero vivirán en un ambiente enrarecido y con un mañana incierto. Una vez que el huevo se ha partido, no hay quien lo recomponga.

—Tiene razón. Para bien o para mal, no puedo aislarme de la Península, donde se establecen todos los intereses de mi casa.

La alegría del regreso se había desmoronado a grietas en mi alma. Debí de comprenderlo el general, que entró con rapidez en sonrisas y tono alegre.

—Bueno, no es momento apropiado para estas conversaciones políticas, por mucho que nos atraigan. Al final, se acoplan a la tristeza sin límite. Además, disponemos de escaso tiempo. Le espero en casa en un par de horas.

—Allí estaré.

Despedí al general como correspondía, mientras mis pensamientos seguían anclados en la conversación mantenida. Pasé a recordar algunos generales de la Armada y otros oficiales muy comprometidos con la causa liberal. ¿Se podrían tomar represalias contra ellos? ¿En qué papel quedarían ciertas autoridades, como el Consejo Supremo de la Regencia, que había gobernado la nación, precisamente, en nombre de don Fernando? Y todas estas dudas se presentaban en mi cerebro porque acababan de mostrarme un rostro de nuestro señor que poco alentaba las lealtades que la Corona debe fomentar entre sus súbditos.

Alejí aquellos pensamientos con rapidez y sin mayor esfuerzo, condición sencilla cuando te encuentras a tanta distancia de los verdaderos problemas. Y más en mi situación personal, con visiones en furiosa cabalgada hacia el rostro de Beatriz, que podría observar a mi lado en escaso tiempo.

La cena ofrecida en la posada del matrimonio Venegas se desarrolló con toda cordialidad y sin que atacáramos en ningún momento ciertos temas que pudieran oscurecer la felicidad reinante. Porque si los tíos de Beatriz se mostraban encantados al comprobar nuestra sincera y amorosa relación, mucho gocé al comprobar la felicidad en el rostro de mi prometida, como si mi ausencia se hubiera alargado durante meses en lugar de unos pocos días. No obstante y al mismo tiempo, este pensamiento me lanzaba olas de dolor a

la cara. Porque si Beatriz había sufrido aquella separación de unas pocas singladuras, podía suponer con claridad su martirio con la que debería alcanzarnos en pocas semanas.

Tal y como me prometiera Francisco, Beatriz y yo gozamos de esa soledad tan deseada por quienes andan en cables de amor, momentos en los que podíamos expresar nuestros verdaderos sentimientos sin frases de doble vuelta y a las claras. Incluso me excitaba tomar sus manos y acariciar su mejilla, unos sencillos roces que, sin embargo, hacían tremolar mi sangre como si me encontrara en lance apasionado de alcoba. Y no era cuestión sencilla de comprender, aquel notable deslinde de mi comportamiento con la mujer amada. Porque si en ciertos momentos aparentaba ser hombre que se conforma con cubrir etapas amorosas de sencilla factura, también recordaba aquel otro que, como me sucedió con la joven de sangre escocesa, solamente buscaba desde el primer momento un contacto corporal sin límite. Tal detalle me confirmó una vez más nuestro convencido y puro enamoramiento, una estadía que se producía por segunda vez en mi vida.

* * *

Las siguientes semanas transcurrieron a velocidad del rayo y no puedo objetar ninguna razón que ensombreciera unos momentos de plena felicidad. Mis contactos con el gobernador se desarrollaron con absoluta cordialidad, recibiendo muestras de sinceras norabuenas por las acciones llevadas a cabo en la comisión de mar hacia Campeche y asalto al campamento rebelde. Por el contrario, en escasas ocasiones crucé palabra con el malparido presidente del Cabildo, aunque en una recepción ofrecida por el Consulado en nuestro honor, le coceara el cerebro con extrema cordialidad, al ser felicitado con escaso fervor por mis acciones en la laguna de Términos.

—Le agradecemos mucho, comandante Leñanza, que desmantelara aquel campamento rebelde —expuso con rostro serio y escaso convencimiento.

—Habría podido comprobar, señor presidente —por mi parte mantenía la extrema cordialidad, aunque el tono de mi voz sonara a flauta de ironía—, que en la Real Armada no dudamos un solo segundo cuando nos es posible entrar en acción, con los comandantes de los buques al frente de sus hombres.

—Desde luego. Tan sólo me ha extrañado que se decidiera por tal acción. Porque, en contra de su criterio, debió poner en riesgo a unos hombres tan imprescindibles para el manejo de su buque, y de los que no dispone reemplazo.

La retranca estaba servida y el rostro del cabrón emplumado a la vista y sin velos. Porque ni siquiera había ofrecido una sonrisa que enmascarara sus verdaderos sentimientos. Sin embargo, no pensaba dejar pasar lo que consideraba como una imperdonable afrenta sin la debida respuesta.

—Creo, señor presidente del Cabildo, que debo exponerle alguna información complementaria para que pueda expresar sus opiniones con una mayor documentación —el tono de mi voz y el gesto de mi rostro no dejaban lugar a duda alguna—. Como norma general a lo largo de los siglos, su majestad el rey ha nombrado a los comandantes de los buques de la Real Armada, según unas ordenanzas que les conceden a dichos mandos una tremenda libertad de acción. Quien gobierna en la mar puede decidir en cualquier momento lo que considere más apropiado y oportuno para el bien del servicio. Estas regalías, que conllevan una enorme responsabilidad, no se conceden por mero placer. Quien tal privilegio otorga es consciente de la preparación del oficial de guerra para mandar un buque y que tome sus decisiones basándose en una formación recibida, su enorme experiencia de bastantes años en la mar y el buen hacer que suele acompañarlo. De esta forma, cuando toma una decisión que conlleva un riesgo cierto de vidas y pertrechos, no le viene impuesta por quienes disponen de escaso conocimiento en las artes de la guerra.

Tomé un rápido y ligero descanso, sin mover un músculo de mi rostro. Y mientras se arrugaba el gesto del putón romano, continué con la descarga.

—En el caso puntual de la acción que afrontamos en la laguna de Términos, la llevé a cabo consciente de que las posibilidades de éxito eran muy elevadas y compensaba el escaso riesgo que asumíamos, con el objetivo que conseguir. Y así resultó. Con media docena de heridos leves, que ya se han repuesto, acabamos con todo un campamento rebelde, le infligimos elevadas pérdidas y tomamos gran parte de su armamento, pertrechos y víveres. Ese es el problema básico, señor. Para planificar una acción de guerra y asumir riesgos, quien la decide debe amparar suficientes conocimientos y experiencia. Como un ejemplo más, es posible que vos, llegado a la misma situación que viví con el navío *Asia*, desembarcara las fuerzas en la ribera para atacar el campamento por tierra, con lo que habría sufrido elevado número de bajas. La razón es que desconoce el uso de una lancha con cañón incorporado desde el buque y las ventajas tácticas que dicha acción incorpora. Pero como le digo, no es más que un problema de conocimientos sobre la guerra y suficiente experiencia, que no se adquieren de la noche a la mañana,

aunque se encuentre facultado en normas para ello. Como dice sabiamente el refrán español, zapatero a tus zapatos.

No sólo no gustaron mis palabras a aquella cría de bufón de Corte y zorrón de puerto, sino que, sin contestar una sola palabra y con vinagre en el rostro, se giró para alejarse del grupo que había escuchado mis palabras con especial atención. Y como pude observar alguna sonrisa tapada, deduje que el prepotente mandilero no gozaba de la simpatía general, ni mucho menos. Pero también quedaba expuesto con claridad que no podría considerarlo como amigo ni esperar alguna dádiva de su mano. Por el contrario, quien hasta entonces me entraba en carnes propias con picas de fuego intentaría ofenderme de alguna forma en el futuro, si a mano le llegaba la oportunidad, que esos petimetres engolados soportan mal los encastes de ley. Así me lo comentó Francisco poco después.

—Debes andar con pies de plomo y vigilando la retaguardia noche y día, Santiago. Me parece que el presidente del Cabildo te la tiene guardada y se trata de muy mal enemigo. No sólo es autoridad de rango, sino persona muy poderosa, a la que todos en esta plaza temen como a los rayos del infierno, incluido el señor gobernador. Lo digo por experiencia.

—Me encuentro al corriente, Francisco. Fui convenientemente informado de otras ocasiones anteriores en las que rumbó a diferentes comandantes de la Armada. En tal sentido me avisó el capitán general en La Habana. Pero no podía soportar de ninguna forma que me afrentara en público. La dignidad y el honor es lo último que podemos perder. Por mí y por lo que represento.

—Estoy de acuerdo. Pero en estos momentos de vueltas y revueltas que vivimos, algunas autoridades juegan con el viento a favor. Aunque todos los que vestimos uniforme lo encontremos absurdo, ya te comenté que, desde el comienzo de la sublevación, el virrey ha concedido a las autoridades civiles unos privilegios extraordinarios, incluso sobre determinados aspectos de la guerra. En su momento podía estimarse como comprensible abordar tales medidas, porque solamente alguna de dichas autoridades podía enfrentar el mal alzado. Pero en otras solamente se consigue complicar el buen funcionamiento. Debes tener en cuenta que, como le sucedió a un compañero tuyo, comandante de un navío cuyo nombre no recuerdo, incluso pueden impedir la salida a la mar de tu buque.

—Volveré a repasar dichas normas palabra a palabra, para no caer en alguna celada, propia de golillas melindreros como ese mamarrón. Pero ya sé que es bastante fuerte su posición. Por fortuna, creo que al gobernador lo tengo de mi parte.

—Es posible porque se trata de un buen hombre, aunque con escasas luces. Sin embargo, debe de mantener algunos asuntos oscuros con el cabildeño, que parece tenerlo bien atrapado por sus calzas interiores.

No concedí mayor importancia al incidente porque, a continuación y sin pausa, regresaba a la conversación con Beatriz, una situación de bienestar que hacía evaporar las nubes negras con extrema rapidez. Para bien de mi alma, en aquella velada ningún incidente más se produjo, más bien al contrario. Porque tanto el comandante de la fragata Prueba como yo seguimos recibiendo norabuenas y parabienes por las acciones acometidas.

Las tres primeras semanas de mi nueva estancia en Veracruz me mantuve fondeado, mano sobre mano, sin misión alguna por empeñar. La rutina a bordo solamente se cortaba por los preceptivos ejercicios de mar y guerra, que se realizaban sin excusa y, a veces, con tiempos redoblados y mano de hierro. También salí a la mar en dos ocasiones para avivar corazas y levantar ánimos, así como mantener el adiestramiento general, con regreso al fondeadero en el mismo día. No me podía quejar de mis hombres en su conjunto, aunque algunos grumetes y artilleros necesitaran de tiempo extra para cumplir su trabajo con mediana efectividad.

En las salidas a la mar repasamos una vez más y a fondo los desperfectos reparados por nuestros hombres, para comprobar que las tablas de estribor se mantenían perfectas y sin merma alguna a la vista. En cuanto a la disposición del lastre y tras la navegación efectuada a Campeche, llegué a la conclusión de que debíamos de haber variado alguna condición de forma involuntaria. El buque navegaba en orden y sin ningún detalle que propiciara malos pensamientos, aunque sus movimientos no se asemejaban al ciento en comparación con la etapa anterior al temido temporal. Pero se debe comprender que no es tarea sencilla, sino casi imposible, lastrar un buque en la forma exacta, utilizando distinto material y sin dique para comprobar niveles a la décima de pulgada.

En el comienzo de la cuarta semana, fui llamado por el gobernador para que asistiese, en compañía del general Venegas, a una reunión donde se discutiría un asunto de la mayor importancia. Me extrañó aquella novedosa circunstancia que, no obstante y como me explicó Francisco, se trataba de cuota normal cuando se pensaba en alguna posible acción de guerra.

Para mi sorpresa, cuando acudí con uniforme grande a la reunión de la Junta de Arbitrios, presidida por el señor gobernador, pude comprobar que, de sus quince miembros, solamente seis se encontraban presentes. Me pareció una demostración de escasa preocupación por parte de ciertas autoridades,

aunque no faltaran a la cita el culebrón de Almanza y el presidente del Consulado, Manuel Antonio de Isasi, que también amparaba entre cuernos ideas peregrinas y escaso afecto por los mandos militares. Tomé asiento junto al general Venegas, que mantenía su habitual sonrisa irónica y aspecto desenfadado, como si lo que se tratara en la sala no tuviera mucho que ver con él.

Tomó la palabra el señor gobernador, no sin carraspear de forma repetida antes de entrar en lo que parecía ser el meollo del asunto.

—Bien, señores, en principio debo aceptar la inasistencia de algunos miembros de la Junta por motivos personales o causas sobrevenidas sin posible enmienda. El tema principal que nos ha de ocupar en esta mañana es la evaluación de una noticia recibida por agentes propios de confianza, así como la posible reacción que debemos afrontar en consecuencia.

Giró la vista para encarar con lentitud a los asistentes sin que se escuchara una mínima respuesta o movimientos de cabeza en ningún sentido. No obstante, comprobé que se detenía más tiempo del normal con el presidente del Cabildo, como si buscara de antemano su conformidad. Continuó con el mismo tono de voz, cansino y presuntuoso.

—Se nos ha informado que los rebeldes se han organizado en fuerte número por las faldas occidentales de la sierra de Palmas, en su parte más septentrional, aproximadamente por los Dos Hermanos. Según parece, se ha producido la conjunción de todas las fuerzas que convergían desde el sur, a las que se les han unido varias compañías del ejército del general Curiáñez, derrotado en la provincia de Santander. En total parece que superan los mil hombres, con escasa artillería pero con tropas curtidas en anteriores combates. En primer lugar, me gustaría escuchar la opinión del mariscal de campo Venegas y del brigadier Leñanza, como expertos en el tema, sobre posibles medidas que tomar.

No cesaba de observar el rostro de Almanza, sentado a la derecha del gobernador y casi frente a mí. Creí entrever en su gesto cierto regodeo y felicidad, lo que nada bueno significaba para mi persona. Francisco entró al trapo con rapidez y seguridad.

—Para enfrentar a unas fuerzas de tal envergadura con posibilidades de victoria, deberíamos empeñar en la acción a la totalidad de nuestras fuerzas. Creo que no sería una acción acertada porque disponemos de escasa información y puede tratarse de una celada en toda regla, para atacar la plaza de Veracruz desmantelada de soldados.

—Bueno, general —entraba Almanza con autoridad—, la plaza de Veracruz se encuentra bien defendida, incluso con escasas fuerzas.

—No olvide, señor, que precisamente por petición de esta Junta, establecimos el fijo de Veracruz, que no debería abandonar las murallas de la plaza.

—En mi opinión, no debemos permitir que los rebeldes se muevan por la provincia bajo nuestra responsabilidad a su antojo. En tal caso les concedemos la posibilidad de levantar y esquilmar pueblos, así como formar poderosos ejércitos —Almanza elevaba su voz como capitán general con mando y sobrada experiencia de guerra—. Puede ser importante darles un inesperado golpe, al encontrarse a menos de veinticinco leguas de distancia.

—Lo de inesperado, señor presidente, es difícil de conseguir si hemos de movernos esa distancia, nada despreciable, con artillería. Por el contrario, los rebeldes conocerían nuestros movimientos con exactitud mientras nos mantenemos, repito, con escasa o nula información sobre ellos. Sería conveniente recibir noticias exactas de sus fuerzas, disposición, tren de artillería y cuantos detalles sean posibles.

—Bueno, la verdad es que no me decantaba en llevar a cabo un transporte por tierra, general. Ya que disponemos de dos importantes unidades de la Real Armada, pensaba en un transporte marítimo y desembarcar las fuerzas en la costa a la altura de la posición expuesta por el gobernador. Seguro que en una de esas cartas de marear que utilizan los buques podríamos comprobarlo al detalle, pero parece que el brigadier Leñanza no ha pensado en acompañarse de tal material.

Remataba la frase dirigiéndome la vista con sonrisa abierta. Entré al tajo con normalidad y respetuoso tono.

—Con todo el debido respeto, señor presidente del Cabildo, debo comunicarle que se encuentra en un manifiesto error. En la sala de ayudantes y secretarios se encuentra el alférez de fragata Garnica, mi ayudante, con la información necesaria en cuanto a cartas náuticas y derroteros. Aunque no se me comunicó el motivo de esta reunión, lo que habría simplificado el trabajo, me hice acompañar con suficiente información, nada menos que la de todo el seno mexicano. Pero como he memorizado con bastante detalle esta costa, puedo adelantarles que esa posición a la que se ha aludido se encuentra al norte de punta Delgada, entre la punta de Piedras y la desembocadura del río Nauda. Como sabe, deberíamos encontrar una playa de arena no muy lejana, condición nada sencilla en esa ribera, donde varar las lanchas con la tropa embarcada. En conjunto la estimo como operación factible aunque

complicada en caso de tantos hombres que desembarcar entre mareas, lo que haría necesario un tiempo bastante elevado. Y todo ello sin olvidar el estado de la mar y el viento, que pueden impedir la función.

—Siempre los marinos con sus especiales particularidades y condicionamientos —comentó Almanza con una sonrisa ligera cargada de bilis.

—Por favor, señor presidente del Cabildo —ahora era yo quien empleaba una sonrisa en parecidos tintes y tono chancero—, esas particularidades y condicionamientos a los que alude no los imponemos nosotros, sino la señora de los mares. Si encontramos una zona con suficiente gradiente y buenas condiciones de varada, una mar que eleve las olas un par de varas en la playa impediría el arribo de las lanchas a tierra sin que acabaran destrozadas. No obstante, tanto el navío *Asia* como la fragata *Prueba* se encuentran listas para salir a la mar en cuanto se decida y embarcar las tropas que sean necesarias. Y si les parece bien —ahora mi sonrisa se alargaba por tientos—, tanto el presidente del Cabildo como cualquier otra personalidad de esta Junta pueden embarcar a mi bordo para comprobar a la vista esas peculiaridades de los desembarcos que deben desconocer. No obstante, seré yo como comandante de la división naval quien decida si el estado de la mar, viento y corrientes permiten la varada de nuestras lanchas.

—Bueno, señor comandante, eso será así en caso de que la Junta no se decida a ordenarle algo en contra de su opinión.

El anzuelo se encontraba lanzado por Almanza con demasiada ingenuidad y precipitación. Ni un descerebrado lo habría mordido.

—Por supuesto que acataré toda indicación de la Junta, de acuerdo con la delegación de funciones impuesta por el señor virrey, sin faltar a ella en un solo segundo. No lo duden en ningún momento. Pero deben recordar que las condiciones de mar, viento y corrientes en el punto escogido serán las que determinen la posibilidad real del desembarco. Y deberá decidir quien disponga de los elementos de juicio necesarios, presente en el escenario. A no ser que la Junta de Arbitrios embarque a bordo del *Asia* y, una vez llegados a la zona, celebre sesión para decidir lo que estime oportuno. Siempre, claro, que no ponga en peligro los buques bajo mi mando, una responsabilidad impuesta en las Reales Ordenanzas, de la que no renunciaría ni ante los ojos de su majestad.

—Bien, señores, creo que nos apartamos por momentos del tema central —el gobernador parecía querer retomar las riendas del asunto con tono amistoso—. Me gustaría escuchar opiniones sobre realidades.

—Si les parece bien, señores —insistí con rapidez—, puedo destacar a la goleta Mexicana, que acaba de regresar de su navegación a La Habana. Como se trata de buque muy velero y escaso calado, podría explorar con detalle los puntos de posible desembarco de las fuerzas en esa escogida zona de la costa y regresar en poco tiempo.

—Aun en el caso de que se encuentre un punto adecuado para el desembarco y cercano a los rebeldes, cuya posición exacta todavía desconocemos —entraba Francisco—, creo que olvidan un detalle importante. Una vez en tierra, deberíamos atravesar toda la sierra de Palmas. La verdad, señores, prefiero marchar por tierra esas veinticinco leguas que embarcar mis hombres para rematar una navegación más o menos confortable al otro lado de la sierra. No sería tarea fácil el transporte de las piezas gruesas, a no ser que concediéramos un generoso rodeo hacia el sur, hasta alcanzar el río de Santa Ana y virar de nuevo cara al norte. Y aprovecho la ocasión para remachar una vez más mi solicitud de acémilas para el transporte de la artillería, un número demasiado escaso en la actualidad. Ya he expuesto mi opinión sobre el peligro que supone la acción propuesta, hasta disponer de suficiente información. Y si ese ejército se mueve hacia el sur como suponen, sería el momento de empeñar la acción con muchas más posibilidades de éxito. No obstante, quedo a la disposición de la Junta.

Se continuó rodeando la perdiz, sin entrarle en ningún momento con perdigonadas de orden. Entendí que, en realidad, se trataba de una absurda maniobra amparada al gusto del caballero Almanza para comprobar si me deslizaba por senderos peligrosos. Porque en su conjunto y según una información de persona poco acreditada, era de lo más absurdo pensar en llevar a cabo un movimiento de tropas de tal magnitud, incluidos dos buques de porte. No obstante, se decidió que la goleta Mexicana bajo mi mando navegara hacia la punta de Piedras y explorara las playas de posible desembarco.

Tal y como suponía, la urgente reunión y lo que parecía malsana obsesión de Almanza quedó en barrunto de aguas sucias, sin mayor impacto en nuestra rutina. La goleta regresó con la información requerida y escasas soluciones para la varada de las lanchas, mientras la Junta no volvía a discutir siquiera sobre el tema. Y para mayor descalabro de ideas, se demostró posteriormente que se trataba de una errónea información, proporcionada por unos agentes a los que la Junta otorgaba demasiada e injustificada credibilidad.

Continué con vida regalada y visitas diarias a la posada de la familia Venegas. Cada día me sentía más atraído por Beatriz, si tal condición era

posible. Descubría muchos detalles que cooperaban a su perfección como mujer, por lo que deseaba con impaciencia la llegada del momento definitivo de unir nuestras vidas, aunque comprendiera que el tiempo podría alargarse sin medida. Y había ocultado a mi prometida un dato interesante, que poco la agradaría. Porque al regresar la goleta desde La Habana, me entregaba recado de orden de la capitanía general, en el sentido de que debería regresar a dicho puerto cuando arribara el navío Algeciras en mi relevo. Por su parte, la fragata Prueba permanecería en Veracruz hasta que fuese relevada por otra de su clase.

El tiempo transcurría a tranco largo y nada sucedía que pudiera quebrar ese día a día sin oficio ni beneficio en cuestión del servicio. La provincia de Veracruz, así como las limítrofes de Santander, Tabasco y Yucatán se mantenían en bendita tranquilidad, mientras llegaban noticias de victorias de las fuerzas realistas sobre los rebeldes. De esta forma, nos movíamos con gozosas esperanzas de asistir a un próximo fin de la resistencia. Tan sólo cuando cubríamos más de un mes desde el retorno de Campeche y por estimarse de necesidad contar con más pólvora para las tropas de Veracruz, envié la fragata Prueba para cumplir el cometido. Porque era absurdo emplear dos buques para un sencillo transporte de material.

Sin embargo, todo acaba por alumbrar en esta vida cambiante que disfrutamos o sufrimos. La rutina se rompió como espejo al suelo cuando una mañana me comunicaron el avistamiento de una vela por el horizonte, que parecía dirigirse hacia Veracruz. Y como me temía, poco después comprobábamos como el navío Algeciras largaba las anclas a escasa distancia de nosotros. El significado de tal presencia quedaba abierto con meridiana claridad. Debía regresar a La Habana y, si era posible, tras un adecuado alistamiento emprender derrota hacia el cabo de Hornos. Aunque Beatriz sufriría por tal detalle, que podía demorar en varios meses nuestro matrimonio, sentía una inmensa alegría al pensar siquiera en las costas del Perú. Todo hombre de mar suspira por navegar en el maravilloso mar del Sur, aquel infinito lago español que, por desgracia, quedara abierto a las demás naciones en los primeros años del reinado de don Carlos IV. Debía pensar en una pronta despedida, único detalle que me torcía la sangre a contracorriente. Pero así era nuestra vida y nadie podía cambiarla.

22. Último envite

Había decidido la fecha de la definitiva partida, con la preceptiva comunicación por escrito a las diferentes autoridades de la plaza, y se comenzaba a arrancar el buque para nuestra salida a la mar en la tarde del día siguiente cuando recibí un nuevo y urgente recado del gobernador. En la nota y de forma escueta, se me informaba que debía acudir a visitarlo a la mayor brevedad posible. Me alegré del aviso porque mantenía una severa preocupación. La solicitud de los víveres necesarios, efectuada de forma reiterada y con extrema urgencia en las dos últimas semanas, no habían obrado el inexcusable y apetecido efecto. Apenas restaban existencias a bordo de los elementos fundamentales. Y aunque el navío Algeciras y la fragata Prueba nos auxiliaran con sus escasas posibilidades, me molestaba sobremanera el proceder de la Junta de Arbitrios en irresponsable omisión de sus indeclinables deberes. Si se consideraba obligatorio salir a la mar con víveres para tres meses, en aquellos momentos apenas cubríamos las necesidades de una semana y con mermas muy importantes en elementos tan fundamentales como la galleta, carne en salazón y el vinagre. De esta forma, en caso de una navegación hacia La Habana en la que sufriéramos cualquier contratiempo menor con retraso aparejado, quedaría el buque en un estado de máxima necesidad e ineludible racionamiento.

Me extrañó la urgente llamada de la máxima autoridad cuando, precisamente, pensaba llevar a cabo mi formal despedida en la mañana del día siguiente. No le concedí mayor importancia al requerimiento. Decidí aprovechar la ocasión para protestar una vez más y de forma definitiva por la escasez de víveres, así como realizar mi última visita a un personaje tan poco estimado. Aunque en un principio no barruntara la aparición de problema alguno, en el último momento el duende de la experiencia me hizo ordenar al alférez de fragata Garnica que amparara en mi carpeta personal ciertos documentos oficiales, por si los consideraba necesarios.

Una vez en el edificio de la Gobernación, me dirigí sin dudarle hacia la sala de trabajo de la autoridad. Como de costumbre, la espera de recibo se alargó escasos minutos. Sin embargo, cuando penetraba en la acomodada estancia y observaba la imponente y quijotesca figura, me extrañó comprobar la presencia del presidente del Cabildo a su lado en cuchicheo de hermanos. Mientras comenzaban a correr rumores de duda y recelo por mis tripas, como si no hubiese observado la figura del pequeño mequetrefe ensalzado, me puse a las órdenes del gobernador. Y sin necesidad de esperar un segundo, recibí la primera perdigonada a la cara.

—Me alegro de verle y la presteza en su presentación, comandante Leñanza —el gobernador entraba en masajes de protocolo con extrema cortesía y amabilidad, como si se reencontrara con un querido amigo al que no veía en muchos meses—. Estoy al tanto de que tiene previsto su definitiva partida hacia La Habana para mañana por la tarde. Pero resulta que ha aparecido un factor de la máxima importancia que podría afectar a su regreso.

Antes de contestar pude observar el rostro de Almanza, con su aviesa mirada en ristre y un movimiento en la boca que demostraba una vez más el profundo odio que sentía hacia mi persona. También exhibía cierto regodeo tras haber escuchado el argumento del gobernador. Decidí actuar como si no hubiese escuchado las últimas palabras y entrar en mis propios requerimientos.

—Me alegro de su llamada, señor gobernador. Deseaba exponerle, ahora de forma oral, la extrema y penosa situación que vivimos a bordo, con víveres para unos pocos días solamente. En caso de que deba proceder a un severo racionamiento a bordo, y de acuerdo a la normativa en vigor, no tendré más remedio que responsabilizarle ante el capitán general de La Habana de las consecuencias que, para la salud de mi dotación, se puedan producir. Más que un territorio rico como la capital de la provincia de Veracruz, parece que me encuentro dispuesto a abandonar un puerto enemigo y hostil.

—¿No se le han servido todavía los víveres solicitados? —El gobernador dirigía de inmediato la mirada hacia el presidente del Cabildo, como si no comprendiera mis palabras. A continuación, tomaba la palabra con dudas y cierto carraspeo en su voz—. Bueno, se remediará tan penosa situación cuanto antes, comandante, no lo dude.

—Con todo respeto, señor, no me sirve de nada esa imprecisa solución. Debo recibir los víveres esta misma tarde o mañana por la mañana a más tardar. Porque pienso salir a la mar de todas formas, aunque deba adquirir alimentos en algún puerto intermedio. Le repito que, en las tres últimas

semanas, he reiterado en cuatro ocasiones la urgente solicitud de víveres, como habrá comprobado en los escritos dirigidos a su autoridad. No creo que puedan comprender tamaña falta de colaboración en contra de las normas, tanto al señor virrey que las promulgó como mi mando natural, el teniente general Ruiz de Apodaca.

—Creo que a veces olvida, comandante Leñanza, que se encuentra bajo la autoridad del gobernador y, en algunos aspectos determinados, directamente de la Junta de Arbitrios.

Por fin aparecía la voz ejecutiva, altiva y un tanto despótica de Mariano de Almanza, que no podía evitar sus verdaderos sentimientos ni demostrar quién mandaba en realidad en la provincia. Sin mudar una mota el gesto de la cara, continué sin mirar de forma directa al potrillo castrado.

—Siento tener que hablaros así, señor gobernador, pero no admito que me dirijan la palabra en un autoritario e insultante tono, como lo ha hecho el presidente del Cabildo, precisamente en presencia de su autoridad. Debería llamarle la atención de inmediato. El señor don Mariano de Almanza debe de haber olvidado que se encuentra ante un brigadier de la Real Armada. En caso de que se repita lo que considero como una ofensa a mi persona y a la institución que represento, abandonaré esta sala de inmediato. Y no dude de que tomaré las acciones que estime pertinentes.

—Bueno, comandante Leñanza, no exagere, por favor. La causa de que se encuentre aquí el presidente del Cabildo se debe a que hemos de exponerle una nueva e importante situación que ha aparecido.

El gobernador manejaba sus manos con evidente nerviosismo y voz titubeante. Me mantuve en silencio con el gesto cerrado a cantos mientras apretaba la cabeza del león de mi sable con fuerza. Un poco más calmado, continuó con sus argumentos.

—Verá, comandante, resulta que ahora sí hemos confirmado sin posible duda la presencia de importantes fuerzas enemigas en la misma desembocadura del río González. Al parecer, preparan una inminente e importante acción sobre la ciudad de Tampico. La Junta, tras detenida discusión en plenario, ha decidido por unanimidad que se lleve a cabo un bombardeo desde los buques de la Armada contra dichos asentamientos, al encontrarse el campamento tan cerca de la línea de costa.

—Me parece una acción correcta y apropiada, señor gobernador, siempre que se confirme tal noticia por personas calificadas, una necesaria condición que no ha tenido lugar en diferentes ocasiones hasta ahora. Estimo que para proceder a una acción de guerra debe comprobarse de forma exhaustiva la

información recibida. Sin embargo, les hablo solamente en tono de consejo profesional, porque lo que decidan sobre esa acción en nada me afecta. Creo que os deberíais dirigir al brigadier Martínez de Berlanga, comandante del navío Algeciras, que queda al mando de la división naval presente en estas aguas.

—Desde luego, llevaremos a cabo una reunión con todos los comandantes y miembros de la Junta. Pero dada la premura de su partida, he decidido convocarle para que ajuste sus planes en acuerdo. Hemos pensado que si empleamos en la acción de bombardeo los dos navíos, *Asia* y *Algeciras*, la fragata *Prueba* y el apoyo de la goleta *Mexicana*, el golpe contra el enemigo puede ser muy superior.

De nuevo se encontraba lanzado el anzuelo y, con toda seguridad, por arte y gracia del enano mamarrón que se mantenía al socaire en silencio. Pero ahora creía disponer de suficientes triunfos en la mano, por lo que me alegré de haber tomado la carpeta de documentos, que había depositado sobre un velador cercano. Con esa lasitud que siempre me ha atacado en momentos comprometidos, desgrané mis palabras con lentitud.

—Creo, señor gobernador, que debo explicarle la exacta dependencia de las fuerzas navales que aparecen en el seno mexicano y pasan a colaborar de forma temporal con su autoridad. La comisión naval es ordenada por el teniente general de la Armada don Juan Ruiz de Apodaca, capitán general de la isla de Cuba y de las dos Floridas, presidente de la Audiencia y comandante general de las fuerzas navales que operan en el mar de las Antillas, así como en las aguas de Costa Firme y Nueva España. En mi caso particular, que suele ser el habitual de otras unidades, el general Apodaca me expuso en persona que la comisión debería disfrutar de un periodo máximo de tres meses. También finalizaría con anterioridad de forma automática si aparecía un navío en relevo. Daba por válida la primera de las dos posibilidades que se produjera. Hace cuatro días, cuando mi estancia en estas aguas había sobrepasado los tres meses, apareció el navío *Algeciras*. De esa forma, se cumplían las dos condiciones impuestas. Pero, además, el comandante del navío *Algeciras* me hacía entrega de una orden firmada de la mano por el capitán general, mando naval del que dependo, en la que se me conminaba a regresar a La Habana en un plazo máximo de cinco días tras el arribo del navío *Algeciras*, plazo que mañana se cumple. Esa es la orden que le comuniqué de forma verbal cuando acompañé al comandante del *Algeciras* ante vuestra autoridad.

Me moví hacia el velador y extraje la orden mencionada del capitán general.

—Aquí puede comprobar la orden del teniente general Ruiz de Apodaca, por si no es suficiente mi comentario, aunque espero que no llegue a dudar de mis palabras.

—Por favor, comandante Leñanza, en ningún momento he dudado de vuestra sinceridad.

—Pues en ese caso, no le comprendo, señor gobernador. Porque tras escuchar sus palabras sobre los planes de acción que han previsto, me encuentro en una extraña e incómoda situación. Porque recibo de forma simultánea dos órdenes contradictorias. Por una parte, la Junta de Arbitrios, de la que dependo para algunas cuestiones muy determinadas y por tiempo limitado, me ordena una acción conjunta con la división naval a la que ya no pertenezco. Y por otra parte, el capitán general de La Habana, mi mando natural, me ordena regresar a Cuba con fecha de cumplimiento. Me considero, como todo hombre de armas, disciplinado y fiel cumplidor de las órdenes recibidas sin posible enmienda. Y ante la situación creada, como comprenderá, la decisión es fácil de tomar por mi parte. No desobedeceré en ningún momento a mi mando natural, que se encuentra muy por encima de las demás autoridades. Y como especial colofón debo exponerle que no les será posible acaparar en estas aguas la mayor parte de los navíos de la Armada para sus fines, por muy necesarios y loables que sean, unos buques tan escasos en número. El *Asia* debe pasar a La Habana para salir sin pérdida de tiempo con tropas de transporte hacia El Callao, una misión que, personalmente, considero mucho más importante que mantenernos mano sobre mano frente a esta plaza...

—Se olvida de un detalle muy importante, comandante Leñanza. En estos momentos todavía se encuentra bajo nuestra dependencia —entraba Almanza, puesto en pie aunque poco se percibiera, nuevamente con tono desabrido y rayando en la más pura descortesía—. Y en ese caso...

—¡Calle la boca y no interrumpa a un brigadier de la Real Armada cuando habla con la superior autoridad! Parece que no escuchó mis palabras cuando declaraba que no le admitiría una descortesía más de su parte, señor presidente del Cabildo. Le conmino a disculparse de inmediato. En caso contrario, elevaré parte rogatorio de sus actos al señor virrey y a mi mando natural para que sea reprendido como merece. Considero su conducta como villana y grosera. Y si encuentra más a mano resolver el asunto como caballeros, estoy a su disposición.

—¿Acaso habláis de duelo, señor comandante? Parece mentira que un oficial de alta graduación de la Real Armada como vos haya olvidado un detalle de la mayor importancia. Tal actividad se encuentra prohibida y severamente penada en nuestras leyes. ¿Quizás pensaba en un duelo a la primera sangre? ¿O lo prefería a muerte? —Ahora sonreía el baboso malandrín, como si hubiera ganado la más importante de las batallas.

—¿Duelo? ¿Quién ha mencionado tal actividad que, como asegura, se encuentra prohibida en las leyes generales y particulares de la Real Armada? Me refería a resolver el asunto de su permanente grosería como caballeros, cuestión imposible en el caso que nos ocupa al comprobar sus modos y costumbres.

—Por favor, comandante Leñanza, creo que se extralimita claramente en sus...

Entraba el gobernador con nervios abiertos e intentando imposibles componendas, aunque no le permití rematar sus palabras. Era consciente de que lanzaba un órdago de altura, pero no habría sido digno ni honorable moverse hacia popa en aquellos momentos.

—Nada de eso, señor gobernador. Quien se ha extralimitado en su comportamiento más de mil leguas entrando en impertinencia y descompostura de todo punto inexcusable es el presidente del Cabildo. Y lo más grave es que lo ha hecho, precisamente, ante la autoridad de vuecelencia —el tono de mi voz se alzaba en cruces por la sala—. Todavía no alcanzo a comprender cómo no habéis cumplido con vuestra obligación y lo reprendéis en el nivel merecido. Porque en tal caso, os consideraría cómplice en esta flagrante descortesía con un brigadier de la Real Armada. Y, sin dudarlo, me vería obligado a elevar representación privada en petición personal ante su majestad el rey don Fernando VII, tal y como nos facultan las Reales Ordenanzas a los oficiales de guerra de la Real Armada.

Mis palabras y la extrema decisión con que eran lanzadas contra su cara, debieron de afectar en alto grado al gobernador. El despreciable culebrón se achantaba como perro de gemidos por momentos, al punto de que todas sus extremidades parecían haber tomado vida propia. Con evidente nerviosismo, mesaba sus cabellos con fuerza antes de contestar con un tono de voz de tan escasa intensidad que era difícil de oír.

—Puede retirarse, comandante Leñanza. Salga mañana a la mar y diríjase a La Habana como le ha ordenado el capitán general de Cuba.

—Muy bien, señor. No tengo más remedio que recordarle por última vez su responsabilidad personal e indeclinable para que el navío *Asia* abandone

este puerto con víveres para tres meses, tal y como ordenan las normas del señor virrey en vigor. Le repito que a vos os reclamará la Real Armada, como presidente de la Junta de Arbitrios, si uno solo de mis hombres sufre cualquier mal por desnutrición. Y en cuanto a vos, señor de Almanza —recalqué en retintín de desdoro la palabra señor, al tiempo que le dirigía una mirada capaz de derretir el acero—, no dudéis un solo segundo de que recibiréis noticias mías en su justa medida y por conducto reglamentario.

Sin elevar una sola palabra más y tras ofrecer una ligera inclinación hacia el señor gobernador, me giré para abandonar la sala con decisión y rapidez. Pude comprobar que, mientras la mayor autoridad de Veracruz parecía derrotado y apoyaba los brazos sobre su mesa, el revirado Almanza, a quien ni siquiera dirigí una simple mirada de despedida, se movía en el sillón como alfeñique entrado en nervios de aquelarre. Abandoné el edificio con alegría y orgullo, como si hubiera ganado una batalla contra fuerzas muy superiores. Porque, aunque la peonza todavía se mantenía en movimiento, creía haber derrotado al miserable cobardón de Almanza en toda la frente. Como dice el refrán, la dignidad y el honor, se mantienen sin temor.

Sin excesiva sorpresa por mi parte, aquella misma tarde comenzamos a recibir los víveres a bordo. Comenté con el comandante del Algeciras todo lo sucedido en la visita de despedida, aunque ya lo había puesto al corriente de cómo se movían las piezas en la plaza y los personajes de mayor peligro. Pero todavía restaba un punto amargo por desbrozar, y en ese caso sí que me fallaban las fuerzas. Tanto así que hubiera deseado rendir cabeza, metido en saco negrero.

Mucho sufrí al despedirme de Beatriz aquella misma tarde. A lo largo de mi vida, siempre intenté esquivar esa penosa tarea de decir adiós al ser querido, una experiencia más que repetida que se atravesaba en la garganta a tronco de fanal sin remedio. Pero jamás la había padecido en tal alta medida como debí cubrir en aquella ocasión. Beatriz, entrada en lágrimas como huérfana sin posible consuelo, acabó por echarse en mis brazos para ocultar sus ojos, angustiada, ante la triste mirada de sus tíos. Y como siempre fui bastante torpe en tales lances, incapaz de encontrar palabras adecuadas para intentar remediar el triste momento, me mantenía en silencio con la daga clavada en el corazón.

Entre frases amorosas sinceras y promesas lanzadas al vuelo sin razones de peso que las soportaran, al tiempo que el matrimonio Venegas se retiraba con prudencia y nos dejaba en soledad, apreté a Beatriz contra mí. Por primera vez la besé con decisión, acción a la que la joven respondió sin

dudarlo. Se trataba de un maravilloso sentimiento, esas roderas de pasión y amor que se amadrinan en perfecta conjunción, momento en el que las palabras brotan con entera libertad.

—Santiago, amor mío, no podré soportar tantos meses tu ausencia. No sabría vivir sin ti. ¿Y si sucede alguna desgracia? ¿Te cuidarás lo suficiente? Debes regresar a mi lado o moriré sin posible remedio.

—Regresaré a ti en cuanto me sea posible, querida, no lo dudes. Ni mil cabos de Hornos conseguirían impedirlo. Todavía no se ha fundido la bala que pueda interponerse en nuestro camino. Por desgracia, es inevitable esta dolorosa separación que debemos padecer. Te escribiré en cuanto pueda y, antes de lo que imaginas, apareceré en esta plaza para hacerte mi mujer.

—Dios te escuche. Desearía cerrar los ojos y despertar cuando me anuncien tu regreso.

—Piensa solamente en los muchos años que viviremos juntos.

Abandoné el edificio de la calle Santa María con intenso dolor y el alma entrada en reliquias. Sentía un verdadero y triste desasosiego, al tiempo que me reconfortaba la soledad, alejado de la angustiada visión del rostro de Beatriz partido entre lágrimas. Y una vez a bordo del *Asia*, bebí aguardiente con verdadero placer, intentando borrar las escenas de dolor. Abandonaba Veracruz prometido a una mujer de excepcional belleza y maravilloso corazón, aunque no sabía, ni de forma aproximada, cuándo volvería a tenerla entre mis brazos. Esperaba que, como tantas otras veces a lo largo de mi vida, la visión de la mar infinita me concediera el bálsamo necesario. Intentaría centrar y abarcar mis pensamientos con las aguas en permanente movimiento, un sentimiento egoísta pero necesario.

* * *

Dos horas después de la meridiana, cobramos las anclas para abandonar el fondeadero de Veracruz. Se llevó a cabo la maniobra con rapidez y profesionalidad, sin perder un solo minuto, como si todos mis hombres desearan abandonar definitivamente aquel escenario. Como por arte de magia, habíamos recibido el listado de víveres solicitados sin mengua en ninguno de sus apartados. Incluso incorporaban abundantes alimentos de salud que tanto escasean en los puertos, especialmente los limoncillos verderones de escaso tamaño y excelente jugo, arma más poderosa contra la peste de la mar^[104], según las últimas teorías de los galenos. Tal condición me hizo sonreír de satisfacción, al tiempo que comprobaba los rostros de incredulidad en mis

oficiales. Y sin poder contenerlo, imaginé el rostro avinagrado y acedo del presidente del Cabildo, macho cabrío con cuernos de orza, mientras largaba fuegos de rabia por sus ojos. Sentía no haber cruzado pasos en privado con aquel mequetrefe faltón y entrarle de cara para que repitiera alguna de sus palabras, aunque, después de todo, las alimañas no merezcan nunca comer en el cuenco de los perros de raza.

Nos despedíamos a la vista y con agitación repetida de brazos de las dotaciones de los buques que allí quedaban, una situación que en nada les envidiaba, salvo en el particular apartado de las querencias personales. Incluso llegué a pensar que si Veracruz se mostraba al viento como una maravillosa y acogedora ciudad, alcanzaría cotas de increíble esplendor sin la presencia de aquellos personajillos egoístas, faltos de fuste, coraje y valor. Y no concuerdo con quienes aseguran en cátedra que cada pueblo recibe los dones merecidos. Porque en muchas ocasiones, se les imponen cuerdas de castigo de forma arbitraria e inmerecida.

Aunque el viento se mantenía en una suave ventolina que no acababa por entablarse en varas, conseguimos apartarnos lo suficiente de la costa con mayores, foques y el auxilio de la lancha para tomar la proa necesaria. En su conjunto, un ritmo más propio de tortuga preñada. Y en tal situación, con el castillo de San Juan de Ulúa por nuestro través de babor y unas dos millas de distancia, debimos soportar poco más de tres horas, hasta que el sudoeste, viento que se mantenía persistente en aquellos últimos días, elevara su cresta lo suficiente. Por fin, pudimos aproar en ligera empopada al nordeste y cobrar millas avante con todo el aparejo largado, aunque el trapo gualdrapeara en solfa de norte a sur.

Navegamos en las mismas condiciones, sin que el viento llegara a alcanzar la deseada y mínima estadía, hasta el crepúsculo del día siguiente, que se abrió de excelente cariz con cielos despejados, marejadilla suelta y viento en cruce hacia el sur, fresco de fuerza con lamentos. Continuamos toda la jornada a un largo hasta cruzar el meridiano de los 87 grados^[105], momento en el que el dios Eolo pareció tomar vigor suficiente, de forma que la corredera llegara a marcar los seis nudos de velocidad en alguna guardia. Manteníamos la proa para librar con garantía la llamada como Sonda de Campeche, esa zona de bajos fondos, islas y piedras que se mantienen hasta las ciento veinte millas de la costa septentrional de la península de Yucatán.

En la cuarta singladura, a mediodía y por encontrarnos cerrados de nubes espesas al copo, marcamos el punto a la estima pero con cierta confianza. Me acerqué a la carta para comprobar que, cercanos en latitud al Trópico de

Cáncer, atravesábamos el meridiano que cruza entre el cabo Catoche y la isla del Contoy, extremos orientales de la Península que se abre al canal de Yucatán y separa las tierras de Nueva España del cabo de San Antonio, cabeza occidental de la isla de Cuba. Ordené enmendar la proa tres cuartas a estribor, hasta quedar prácticamente a rumbo leste^[106], que nos llevaría a barajar la costa septentrional de la isla cubana. Nos encontrábamos a una distancia de nuestro destino, el puerto de La Habana, pocas millas por encima de las cuatrocientas.

La vida a bordo se mantenía sin sobresaltos ni cuentas negras. La dotación, en general, parecía alegre y contenta de regresar a La Habana. Pocos amores debían de haberse rendido en Veracruz, condición anormal tras los casi cuatro meses de estancia. Bueno, sin contar con el comandante del navío, que había arribado libre de compromisos y salía prometido en firme para matrimonio. Reanudamos los ejercicios de mar y guerra, aunque faltaran bastantes manos para ambas labores, especialmente para cubrir la artillería con suficiente rendimiento. Decidí limitar el adiestramiento de tal facultad a una sola banda, de forma que, al menos, pudiéramos cumplir con cierto rigor con una batería. De forma especial, era el escaso número de cabos de cañón con experiencia la condición que más se dejaba notar.

A pesar de los bienes generales mencionados, un detalle comenzaba a alzarse a bordo con cierta preocupación conforme ganábamos millas hacia levante. Una vez más, el equilibrado del lastre no acababa de entrar al gusto. Y por más que comprobamos la estabilidad y falta de corrimiento de las barras de cobre, especialmente de empopada el buque hociaba con extraños e inesperados balances. Así volvimos a comentarlo en una mañana con cielos parcialmente cubiertos y viento fresco escaso cuando nos encontrábamos a la altura de la zona media del estrecho de Yucatán, tras un ligero bandazo a babor y su inmediata recuperación.

—Nos movemos a veces de forma muy extraña, señor. Al menos, no como se espera. —El segundo comandante mostraba rostro de escepticismo.

—Estoy de acuerdo con su valoración, segundo. El trabajo con el lastre fue meritorio, desde luego, pero creo que no lo cuadramos con perfección.

—No es fácil dicha tarea, señor —entraba el teniente de navío más antiguo, Luis Pando—. Debería ser comprobado en el arsenal de La Habana por algún ingeniero y con las necesarias medidas.

—Ya lo he pensado, no crean. Tan sólo me preocupa que la comisión hacia El Callao deba llevarse a cabo con urgencia y podamos perder la piñata de luces. Como se dice en la Armada, cuando un ingeniero entra a bordo de

cualquier buque, nunca se sabe cuándo lo abandonará. ¿No desean navegar por las aguas del mar del Sur?

—Por supuesto, señor —afirmaba el segundo con rapidez y sonrisa abierta—. Pero también pienso lo que supondría sufrir un temporal de lanas en este incierto estado. Porque tras equilibrar el lastrado, no hemos tomado ninguna ola en ampollas que nos demuestre en verdad el equilibrio. Y para alcanzar las maravillosas aguas sureñas en las costas del Perú, deberemos cruzar por el cabo de Hornos, que no se emplea con miramientos y saca las vergüenzas de muchos buques a la vista.

—Tiene razón. Lo comentaré con nuestros mandos en La Habana, especialmente con el comandante general del arsenal.

—Debe aprovechar esa feliz e inesperada coyuntura con el brigadier Lezcano, que en tanta estima lo ampara —comentaba Luis Pando en media chanza—. Pocos comandantes de buques llegados a ese arsenal opinarían en el mismo sentido.

—Debo reconocer que me sonrió la suerte por largo en ese importante aspecto. Bueno, debo agradecerlo a la memoria de mi padre.

—Si me permite, señor —comentaba el piloto—, es posible que esas barras de cobre no sean las apropiadas para la faena, aunque hayan cumplido su cometido en sistema de fortuna. Sería mejor desembarcar dicho material y que se repusiera el lastre en su condición habitual, con elementos de mayor tamaño. Mucho le agradecerá el arsenal esas vigas de cobre, un material que tanto necesitan.

—Pero la orden de embarque y flete la he firmado con destino al arsenal de Cádiz.

—Bueno, señor —sonreía el segundo—, toda carga se encuentra sujeta a la necesaria seguridad del buque. Quién sabe dónde habrían acabado esas barras si no las llegamos a exigir. Me parece que mucho faltriquero desaprensivo deambula por la plaza de Veracruz. Y si en el arsenal cubano estiman que es un peligro mantener dicho material como lastre, no quedará otro remedio a la mano que su sustitución.

Tampoco creo que el transporte de esas tropas a las costas peruanas se estime como de urgente necesidad. En tal caso, ya habrían salido en dicha dirección.

—Dios le oiga. La verdad es que solamente en una ocasión he navegado desde El Callao hasta el Río de la Plata cruzando el cabo maldito hacia levante. Pero lo hicimos con tiempo cerrado y a demasiada distancia de las costas chilenas. Y mucho sufrimos al atravesar Hornos, perdiendo parte del

aparejo. En cambio, en esta ocasión se supone algún traslado de tropas desde Lima hacia las costas patagónicas, zona de difícil navegación pero de especial belleza. El único problema para nuestra dotación sería el frío reinante, aunque espero conseguir en La Habana ropa de desagüe. En fin, lo que haya de abrirse por la proa se abrirá, queramos o no.

—La suerte nos acompaña, señor.

—No lo dirá por la vía de agua que nos abrió aquella ola de bastos.

—Pero libramos la liebre con prendas a favor. Y en Veracruz, señor, todo se nos abrió en camino de rosas —volvía a sonreír Moneo.

—No cruce ese camino, segundo —lo reprendía en media chanza—, a no ser que desee recibir cañón el próximo sábado en el alcázar.

Sabía que todos a bordo se encontraban al corriente de mi noviazgo con Beatriz, lo que, estaba seguro, motivaría comentarios de corrillo. Y a esa suerte se debía de referir el segundo. Pero en aquel momento cerramos la conversación por fuerza mayor.

—¡Una vela, dos cuartas a babor! ¡Tres palos!

Esa voz, aunque normalmente en situación de guerra abierta marque surcos en la piel de muchos hombres de mar y haga desaparecer la rutina de a bordo al vuelo, no era el caso actual. No nos encontrábamos en situación de conflicto más que con las fuerzas rebeldes de nuestras provincias americanas. Y las de aquella zona no disponían de unidades de porte ni solían emplearse a distancia de sus costas. Sin embargo, las normas debían mantenerse en todo tiempo, que la mar así lo obliga.

—En efecto —empleaba mi anteojo en la dirección marcada—, una vela. Segundo, apunte al vigiador para su amonestación y necesaria reprensión. Si la podemos avistar desde el alcázar, debía haber sido cantado con bastante antelación desde la cofa.

—Quedo enterado, señor comandante.

De inmediato, el teniente de navío Pando daba la orden de rigor.

—¡Guardiamarina Morales, a la cofa!

Trepó el caballero como mono por árbol con el anteojo encastrado en su faja.

Y poco después oíamos su potente voz.

—¡Tres palos! ¡Aparejo de fragata! ¡Posiblemente con proa al sudeste!

No podía apreciar desde mi posición detalle alguno, salvo vela de tamaño que se ajustaba a la información del guardiamarina.

—¿Será una fragata de guerra? Puede ser británica porque no estimo que una española navegue desde esa posición hacia el sur.

—También puede ser francesa en correo y apoyo por sus islas, señor — comentaba el segundo—. La paz con Francia se encuentra firmada, al menos por parte española.

—También puede pertenecer a la Marina de los Estados Americanos del Norte, esos cabrones desagradecidos, que parece crecer poco a poco —expuse mientras manejaba el anteojo en virada—. Y como la sangre es pareja a la britana, suelen armar sus buques al corso.

—Porque todavía mantienen el pulso de límites con los britanos, señor.

—No sólo atacan a sus primos los britanos, Pando, lo que sería comprensible. También entraron en fuegos sin mostrar pabellón contra alguna unidad española, como la fragata Prueba y un par de mercantes. Me comentó el capitán general de Cuba que efectuaron las oportunas protestas diplomáticas. Sin embargo, las autoridades americanas, con las que mantenemos acuerdos de colaboración y amistad, no admitieron que se tratara de buques propios. Una imperdonable patraña. Precisamente en estos últimos días lo hablé con el comandante de la Prueba. Me dijo que conocía bien los uniformes y buques americanos, y que no le cabía duda de que se trataba de una fragata de dicha nacionalidad armada al corso y sin pabellón la que se retiró al dispararle la primera andanada a distancia.

—Bueno, señor, incluso en ese caso, no creo que intentaran acción alguna contra un navío de dos puentes —afirmó el segundo con seguridad.

—En la mar todo está por descubrir, segundo. Esperemos más detalles del caballero Morales.

—¿Desea enmendar el rumbo, señor?

—En absoluto. Con ambas proas cerramos distancias.

Continuamos navegando a un largo con todo el aparejo alzado y tranquilidad a bordo. No obstante, es una irrefutable verdad que el cerebro del comandante a bordo se mueve siempre con más vigor y en adelante. Porque en tripas me avisaban de una posible acción, aunque las probabilidades fueran mínimas. Me mantuve en el alcázar con el anteojo en la mano y entrado en cuerdas. Aunque, hasta el momento, el olfato no me revelaba el característico olor a pólvora quemada y sangre en cubierta, ese sexto sentido del que siempre disfruté con generosidad, mi duende particular, continuaba en recorrido incierto.

23. Amigos americanos

La vela avistada decidía abrir el rumbo alguna cuarta a babor, por lo que su silueta comenzó a descubrirse con mayor detalle desde la cofa del palo mayor. Mis hombres parecían disfrutar del acontecimiento que rompía la monotonía de una navegación galana, aunque en mis tripas continuaran los rumores del duende en repique de tambor con sordina de duelo. Pero es bien conocido que nunca se cuece la perola del comandante con las mismas especias que las del resto del personal a bordo. El guardiamarina Morales comenzó a ofrecer más datos del avistamiento.

—¡Fragata de primera clase^[107]! ¡Portas cerradas! ¡Continúa sin mostrar pabellón! ¡Ha caído ligeramente a rumbo lestesudeste!

—Con estos rumbos nos cortará la proa, señor, a unas dos millas más o menos.

—Si acaba por ser unidad de nación amiga, debería evitar tal descortesía. También es posible que caiga más a babor para cortarnos con suficiente franquía. ¿Qué nacionalidad le estiman, señores?

—Pues no podría afirmarlo, señor —contestaba el segundo sin apartar el anteojo—. Parece de líneas inglesas, desde luego. Mucho trapo pero con escasa arboladura. También el bauprés ensamblado en pico de loro parece apuntar en tal sentido. Pero todavía se encuentra demasiado lejos.

—¡Caballero Mendoza!

—Mande, señor comandante.

—Tome la columna de guardia bajo su mando e ize el pabellón de la Real Armada en el pico de la cangreja. Utilice bandera de tamaño grande.

—Quedo enterado, señor comandante.

El guardiamarina Mendoza salía de estampida hacia popa para cumplir la orden. Y en el momento que pensaba ordenar la bajada del guardiamarina Morales a cubierta, por comenzar a vislumbrar con suficiente detalle la fragata, el caballero volvía a ofrecer un nuevo dato.

—¡Una segunda vela, dos cuartas a babor de la fragata! ¡Todavía no le aprecio detalles!

Si mantenía ciertas reticencias con la aparición de la fragata, menos me agradó este segundo avistamiento. Porque todo comandante en la mar debe estimar siempre como enemigo cualquier buque sin pabellón a la vista, corramos situación de guerra o paz. Me pregunté en silencio si se trataría de dos unidades en formación. En tal caso, me decantaría hacia la presencia de buques britanos. Pero todo se encontraba en el aire de momento, mientras cerrábamos distancias con el primer avistamiento, aunque el viento continuara flojo y el tiempo se alargara en demasía.

—Dos buques, señores. No creo que los corsarios antillanos se dediquen en estos días a navegar en división de calavera.

—No es su estilo de los últimos años, señor —comentaba el segundo—. Además, nos encontramos alejados de sus aguas de operaciones, que parecen haberlas centrado en la isla Trinidad y pueblos de la Costa Firme. Deben de ser britanos con toda probabilidad.

—Bueno, al menos disponemos del barlovento^[108], que no es poca ventaja.

—¿Acaso piensa que se trate de enemigos, señor? —El rostro del teniente de navío Pando mostraba seriedad y extrañeza.

—No pienso nada en concreto. Tan sólo evalúo posibilidades, como es nuestra obligación.

—¡La segunda vela apareja dos palos, posiblemente un bergantín!

—Fragata y bergantín en conjunto —murmuraba en tono bajo—. Una adecuada pareja para entrar a desbarate. Bueno, cuando se aprecie mejor puede tratarse de otro tipo de buque, que son muchos los que alistan dos palos. Los britanos utilizan bastante los paquebotes para el servicio de correo entre sus islas, al igual que nosotros.

—Pronto lo distinguiré Morales, señor —insistía Pando—. Al menos, nuestros paquebotes son poco finos y con vela redonda en los dos palos.

—Ya lo sé. También los paquebotes britanos emplean dicho aparejo, aunque mucho gusten de las cangrejas. Los franceses, por el contrario, emplean sistema diferente para cada palo y aparecen más panzudos.

—¡La fragata reduce trapo, para quedar con mayores y gaviás! ¡Parece que espera a la segunda vela, un bergantín de dieciocho cañones aproximadamente, que navega al mismo rumbo y por el través de babor de la fragata! ¡Ninguno muestra pabellón!

—Un par de barcos en división sin mostrar pabellón ante un navío español. No parece una actuación muy adecuada. Pando, que preparen señal de banderas y un cañón para hacer fuego. A ver si se identifican de acuerdo al sistema universal.

—Quedo enterado, señor.

—Segundo, que la corneta y el tambor alerten a zafarrancho^[109] y prevención para el combate.

—Quedo enterado, señor.

Tanto el segundo como los oficiales presentes mostraban rastros de incredulidad en sus semblantes, como si se tratara de profundo desatino la orden escuchada de mis labios.

—No se extrañen, señores. Adoptar la situación de combate siempre es positivo, aunque sea solamente como un ejercicio más. Y no olviden que si esos buques, todavía sin mostrar pabellón ni intenciones, albergan alguna mínima duda sobre nuestra real disposición, se les disipará con esta medida.

No parecían muy de acuerdo los oficiales con mis palabras, aunque nadie mostrara un solo gesto a la contra. Porque en el fondo, todos son conscientes a bordo de que el comandante suele tener la razón por diablo y por viejo. Y para colmar el vaso a la medida, el caballero Morales volvía a cantar en trino gordo.

—¡Una tercera vela a popa del bergantín! ¡Unidad menor! ¡Posiblemente una goleta de diez o doce cañones! ¡Todos parecen navegar al mismo rumbo y sin mostrar pabellón!

—¡Por los huevos del sultán bujarrón! —exclamé de forma espontánea—. Parece que nos llega de frente una escuadra de orden. A ver si continúa el caballero Morales cantando más buques y nos aparece la Royal Navy en toda su plenitud.

—Una división de tres buques. Deben de ser ingleses sin duda, señor —aseguraban algunas voces.

—Concuerdo en que se trata de la condición más probable, señores —afirmé poco convencido—. Además, los navegantes de las islas británicas siempre se mostraron reacios a mostrar el pabellón propio hasta el momento de abrir fuego.

—No creará capaces a los britanos de...

—En absoluto. Esa antigua costumbre la llevaban a cabo en periodos cercanos a la declaración de guerra o, precisamente, llegado el momento de propiciarla con pólvora. Pero no corremos en estos días por tales veredas

cuando nuestra Armada ha caído a niveles mínimos y no les suponemos oposición.

Poco o nada me gustaban las maniobras que ya se apreciaban con claridad en las tres unidades con director de vara cuando nos separaban de la fragata apenas cinco millas. Al tiempo que la gacela^[110] adoptaba un rumbo paralelo al nuestro, con lo que dejamos de acortar distancias, el bergantín parecía destacarse ligeramente hacia su proa, mientras la goleta caía con claridad a estribor, hasta casi quedar por nuestro costado.

—¿Qué pretenden estos jenízaros aderezados con taco al pie^[111]? No me gusta nada su maldito juego. ¡Segundo! ¡Señal de identificación!

Al tiempo que dos cañones disparaban de forma casi simultánea sin bala, se izaba en la driza de babor del mesana la señal de banderas correspondiente. Todo buque en la mar sabría que se le indicaba la necesidad de mostrar su pabellón. Ajustamos los anteojos de nuevo para intentar avistar una contestación que, pasados los minutos, no se producía. En dicho momento, recibía la novedad del segundo comandante.

—Todos los hombres se encuentran en sus puestos de combate, señor. ¿Se va a dirigir a la dotación? ¿Aviso al capellán más antiguo?

—Por Dios, segundo, tal medida significaría dar por hecho la entrada en definitivo combate. Y todavía confío en que no sea el caso.

—No se atreverán contra un navío de 74 cañones, señor —afirmaba el alferez de navío Montemayor con excesivo orgullo.

—En caso de ser enemigos, sería una cuestión de estudio y comparación las posibilidades de cada uno. Ser atacados por tres unidades a un tiempo es difícil y complicado. No olviden que la batería principal de esa fragata puede ir armada con piezas de a 24, como las de nuestra andana baja.

—Si es inglesa, lo será sin duda.

—Les recuerdo, señores oficiales, que también las nuestras de primera clase utilizan ese calibre, como casi todas las de ese porte que por el mundo navegan. El bergantín puede emplear 8 o 10 cañones de a 18. Y la goleta, aunque sus piezas sean solamente de a 8, con su movilidad y facilidad de maniobra puede convertirse en una mosca cojonera, que reduzca nuestras posibilidades de movimiento.

—Todo ello, señor —intervenía Vigodet, un oficial al que estimaba con aguda inteligencia—, sin contar con el número de hombres a disposición. En esa comparación es muy probable que nos dejen malparados.

—Muy bien dicho, Vigodet. —Lo señalé con visible aprobación—. Esperaba que alguien comentara ese fundamental aspecto en la comparación

de fuerzas. Vamos a efectuar un cálculo de la mayor importancia. ¿Qué dotación le estiman a esa fragata, bien sea inglesa o americana?

—Bueno —comenzó el segundo—, si se confirmara su procedencia inglesa, señor, la dotación rondaría los 350 hombres por lo menos.

—Unos 30 o 40 menos que nuestra tripulación y guarnición en su conjunto, aunque sea vergonzoso comentarlo a la voz.

—En efecto, señor —insistía el teniente de navío Vigodet—. Y en caso de pertenencia a los Estados Americanos, posiblemente unos veinte hombres más. Se comenta que sus buques navegan con dotaciones sobredimensionadas desde que comenzaron a luchar contra los ingleses. Es habitual en unidades que se sienten inferiores en capacidad de combate. Y todos sabemos que se trata de una errónea medida, como demostramos en Trafalgar.

—Concuerdo al tope con su opinión. Embarcar más hombres de los necesarios, con lo que se evidencia una menor capacidad de maniobra y combate, solamente añade peso y aumenta las necesidades de aguada y víveres, con lo que se resta algún nudo en su andar. Ahora pasemos al bergantín. Pando, ¿qué dotación le estima?

—¿Un bergantín de 18 cañones? Unos 120 hombres más o menos.

—De acuerdo. Posiblemente alguna docena más. Y por último, creo que a la goleta le podemos asignar unos 80 hombres. En total suman 550 almas. Nos superan en 170 hombres. Sin olvidar el importante factor de que podrán utilizar las dos bandas de fuego y su fusilería será superior a la nuestra en su conjunto. Y en cuanto a la artillería, deben de superar ligeramente los 70 cañones, al igual que el *Asia*. Pueden comprobar que no sería desatinado por parte del comandante de esa división llevar a cabo un ataque si, además, tienen en cuenta la movilidad que supone emplear tres unidades a un tiempo.

Mis oficiales quedaron en silencio, como si hubieran recibido una nefasta revelación. Por mi parte, continué con la evaluación general poco después.

—Tan sólo dos condiciones se aparecen como fundamentales a nuestro favor. En primer lugar, que desconozcan nuestra debilidad en cuanto al personal y estimen una dotación cercana a los 600 hombres a bordo del navío. La segunda es lo que supone a una fragata o un bergantín recibir una andanada completa de un 74 a la cara, que puede desarbolarlos. Porque si decidieran atacarnos, no podrían emplearse a larga distancia, una situación artillera ventajosa para nosotros, sino que deberían realizar un ataque a escasas varas.

—Nuestra debilidad en cuanto a hombres disponibles es conocida desde el polo norte hasta el cabo de Hornos, señor —indicó el piloto con seguridad—.

Cuando de joven piloto me mantenía a bordo del navío Príncipe de Asturias, coincidí con una fragata americana en el puerto de La Habana. Me refiero a cuando debimos apartar navíos de Cádiz con apoyo británico y dejamos aquella joya de tres puentes en el arsenal habanero para que se pudriera, como pudimos comprobar hace pocos meses. Todavía vivíamos momentos de reconocimiento por parte de los americanos por haberles ayudado de forma notable a conseguir su independencia y se trataba de una visita de protocolo. Alguno de sus oficiales, con los que departimos, se extrañaban de nuestro angustioso problema de personal y preguntaban repetidamente cómo se podía marinar un navío con tan escasos hombres. De esa forma, si se tratara de buques americanos y entrados con malos pensamientos, estoy seguro de que se encontrarán al día de nuestra penuria. Pero no creo que llegaran a intentar un ataque contra un navío. Llamaría demasiado la atención. Una cosa es atacar un mercante y otra muy distinta entrar en fuegos contra un 74.

—Son muchos los caminos en la mar para embadurnar de legalidad unas acciones más propias de piratería bucanera. No tienen más que comprobar las acciones británicas durante siglos. En esos casos y llegado el momento de las protestas formales, se trata de palabra contra palabra. Pueden aducir en su defensa que respondieron a un ataque de nuestra parte o mil marañas más de ese tipo, más propias de oficiales sin honor. Les recuerdo una vez más que estos hombres de mar son bisnietos de piratas tan famosos como Drake, Lewis Scot, Edward Mansveldt o el sanguinario Henry de los bigotes alzados^[112].

—Pero la acción de apresar un navío no es fácil de ocultar, señor. Especialmente si es de guerra y de la Real Armada —indicaba el alférez de fragata Garnica—. Y ese sería el único botín porque no transportamos cargamentos valiosos.

—Nada de eso. No se olviden de la posible venta y en una más que respetable cantidad. Son muchos los dispuestos a pagar su precio. Como me comentó el general Apodaca, hace meses los americanos apresaron una corbeta holandesa, que fue vendida rápidamente a los rebeldes del Río de la Plata. Es posible que en ese negocio entrara el banquero de Boston, que hace de intermediario bajero con los independentistas.

—Parece que el bergantín se mueve hacia nuestra popa con claridad, señor —indicaba el teniente de fragata del Campo, al tiempo que lo señalaba con la mano.

—Bien, señores, ha llegado el momento de entrar a por brevas y aclarar de una vez esta situación, que poco abanica al blanco los sentidos. —Palmeé con

las manos, como si me aprestara a lanzar las cartas sobre la mesa—. ¡Caña de fuerza a babor! Quiero un rumbo con claridad hacia la proa de esa jodida fragata, que no contesta en orden de ley a nuestros avisos.

Caímos francos a babor hasta quedar aproados en la dirección deseada, un par de cuartas por la proa de la fragata. El viento, aunque persistente desde el sudoeste, tontoneaba en demasía con su fuerza entre fresco y ronda baja, lo que nos permitió navegar a un largo, amurados a babor y con suficiente estela. Y si albergaba escasas dudas en el fondo de mi alma, se despejaron con rapidez. Porque una vez comprobada nuestra maniobra desde la fragata, también esta arribaba en fuste hasta quedar a rumbo paralelo y mantener distancias. Por su parte, el bergantín continuaba desfilando hacia nuestra popa, alejado casi tres millas, con la goleta en danza propia.

—Bueno, señores oficiales, queda meridianamente claro que quien manda esta división de nacionalidad desconocida, además de ser un impenitente bujarrón de huevos podridos, no ampara pensamientos de buena voluntad en su cerebro contra este navío. Se niega a mostrar el pabellón y mantiene posiciones respecto a nosotros con desconocidas intenciones, al tiempo que las dos unidades menores ralean en maniobras de posible apoyo. Por tal razón, mantendremos la situación de prevención para el combate de momento. Pero no le ofrezcan caldo de fuego^[113] a nuestros hombres todavía, que debemos economizarlo. Y ahora retomemos nuestra proa en dirección a La Habana, como si no nos preocuparan esos rabizones. ¡Rumbo nordeste cuarta al leste! Cuanto más cerca de aguas hispanas nos encontremos, peor para esos mulatos desabridos.

Comenzaron a transcurrir las horas con cierta lentitud, mientras todos los oficiales en el alcázar se mantenían sin apartar la vista de las tres unidades. Cuando se ofreció a la dotación el rancho de mediodía, la fragata se mantenía a tres millas de distancia por nuestro costado de babor. Pero el bergantín, tras diversas maniobras de ida y regreso, acababa por pasar a nuestra aleta de estribor, seguido por la goleta a medio cable. En uno de esos movimientos, la unidad de dieciocho cañones llegaba a acercarse hasta la milla de distancia escasa. Creí entender que intentaba descubrir detalles de nuestro buque, porque poco después elevaba señal de banderas, lógicamente en dirección a su jefe de división. Debía de intentar comprobar los movimientos y bulto de nuestra dotación. Fue el momento en el que el piloto lanzó una de sus sentencias.

—Ese bergantín pertenece a la Marina de los Estados Americanos, señor.

—¿Seguro? ¿En qué basa esa apreciación?

—Aunque no emplean casacas, posiblemente para ocultar su nacionalidad, acaba de aparecer en la timonera un fusilero con casaca blanca y cuero cruzado. Ha sido expulsado, posiblemente a causa de su error, porque salió a la carrera hacia la escotilla. Ya le digo que visité una de sus unidades hace algunos años. Ese hombre pertenece a la Marina americana sin duda. Y estoy convencido de que la fragata también pertenece a dicha nacionalidad, aunque sea por eliminación. Porque no es inglesa, francesa ni holandesa.

—Ya les adelanté que poco podemos confiar en esos bucaneros de Satanás.

—Pero mantienen las troneras cerradas, señor —apuntaba el alférez de navío Butrón.

—No tienen prisa y esperan su momento. Poseen la estimable ventaja de la velocidad y pueden mantener esta situación el tiempo que estimen oportuno.

—Nuestro navío, señor, con tan escasa dotación y sin tropa embarcada, no debería perder mucha distancia en reto de milla con la fragata.

—Pero nunca alcanzaríamos a una gacela bien marinada, puede estar seguro. Siento comunicarles que no me resta duda alguna en la mollera. Ese cabrón con muescas en la frente aguarda su momento.

—¿Su momento? ¿A qué momento se refiere, señor? —preguntó el segundo con interés.

—Pues si no me equivoco, señores, será por la noche. Estoy convencido de que intentarán el trébol. Apostaría una buena cantidad en ese sentido.

—¿El trébol? —preguntaron a un mismo tiempo tres o cuatro oficiales, como si hubiera pronunciado una frase en idioma desconocido.

—Ahora comprenderán mi obsesión para que los oficiales se encuentren al tanto y con detalle de nuestra historia naval. Las situaciones en la mar se repiten con el paso de los años, por mucho que se adelanten los ingenios de la guerra. El trébol ya era utilizado por los piratas ingleses en los siglos XVI y XVII contra los galeones españoles, que provenían de Indias cargados de ricos tesoros. Para llevar a cabo el trébol se necesitaban tres unidades. La dos de mayor porte se situaban a banda y banda de la posible presa, mientras la más ligera lo hacía a popa para intentar disparar contra el timón y dejar sin gobierno al buque. Nos encontramos en una situación muy parecida. Y como hace dos siglos, lo único que temían los piratas era una andanada completa del galeón. Por tal razón, solían esperar a la noche, unas horas que les podían ofrecer la iniciativa. ¡Piloto!

—Mande, señor comandante.

—A qué hora se producirá el orto de la luna esta noche.

—Un par de horas tras la puesta de sol y en cuarto creciente, señor. Pero es igual porque la rumazón se extiende poco a poco y es posible que entremos en noche cerrada.

—Pues necesitaremos algo de luz, aunque sea solamente de las estrellas. Me juego la salud de mi alma a que tres o cuatro horas después del ocaso esos tres malparidos culebrones ocuparán los puestos del trébol, más o menos. Necesito pensar un poco más, aunque ya llevo alguna hora barruntando la respuesta que podemos ofrecer. Dentro de una hora mantendremos consejo en la cámara de oficiales. ¡Segundo! Retire la situación de combate y adopten guardia normal. Que el oficial de guardia me avise a mi cámara de cualquier cambio que se produzca en la situación.

—Quedo enterado, señor.

Me retiré a la cámara, donde ya Barbate y Guanche me habían preparado un almuerzo más cuantioso de lo habitual. No me extrañó porque el criado de la pata de palo, más listo que las ratas del puerto de Nápoles, no había olvidado ningún detalle de los habituales en Okumé. Como mostraba sonrisa de cuadro, le entré en halagos.

—A qué se debe este extraordinario almuerzo. Más que condumio de cámara de comandante, asemeja comedor de duque en ejercicio.

—Parece que podemos entrar en combate, señor. —Barbate parecía sentirse orgulloso—. En esos casos, siempre aseguraba Okumé que debía amparar buenas viandas y suficientes caldos para que no desfalleciera en el esfuerzo.

—Muy bien. Ya veo que continúas siendo un muy digno alumno del sabio profesor que nos dejó. ¿Y tú, Guanche? ¿Te gusta la nueva vida que has tomado?

—Muchísimo, señor. —La sincera espontaneidad era uno de los mejores adornos del rapaz—. Y si a bien lo tiene, desearía seguir a su lado toda la vida.

—Pues si cumples con lealtad, pasarás a la familia Leñanza como uno más. Nadie que entra a mi servicio queda alejado.

—Mucho se lo agradezco, señor. Puede estar seguro de que daré mi vida por el señor, si así lo impone la necesidad.

Comí de buen humor y con esa agradable tensión que nos recorre el cuerpo cuando estimamos cercana la acción de guerra a bordo. Porque ahora ya no dudaba una mota de nuestro próximo futuro. Por fin, el olor a pólvora quemada y sangre en cubierta había arribado a mis fosas nasales, con lo que la

menestra estaba servida sin remedio. Y no se trataba de moscarda de alas cortas, bien lo sabe Dios, encarar a tres unidades a un tiempo, aunque ninguna fuera comparable a un navío de dos puentes. En aquellos momentos pensaba con tristeza lo maravilloso que habría sido entrar en una situación como la que debía encarar con quinientos profesionales, tanto de mar como de guerra, la normal dotación de un navío de dos puentes. Pero también es posible que en tal caso no se arriesgaran esos americanos, bucaneros mamarrones y desagradecidos. Pero la idea embastada se abrió por troneras en mi cerebro y la seguiría hasta el último peón del tablero.

Me permití una ligera dormida, de forma que cuando ya el sol comenzaba a descender a trazo largo, aparecía en el alcázar con los pajarillos sueltos. Todos los oficiales se encontraban en permanente ejercicio de avistamiento y discusión. El oficial de guardia me recibió con la pertinente novedad.

—La situación se mantiene en las mismas condiciones, señor comandante.

—Gracias, Montemayor.

—¿Desea que nos reunamos en nuestra cámara, señor? Se encuentra preparada —informaba el segundo.

—Pues en ese caso, vamos allá.

Habían montado el consejo como en anteriores ocasiones. De esta forma, sentado en la cabecera con los brazos sobre el tapete de color granate y las ordenanzas a la mano, dirigí mis palabras a los oficiales de guerra y mayores. Y como era mi norma habitual, criticada por algunos desventurados, con el contramaestre primero en presencia.

—Bien, señores, para bien o para mal se han confirmado mis peores sospechas. Dudo que me equivoque una mota al asegurarles que en la noche entraremos en combate contra esas tres unidades estimadas como americanas. Ya sé que pensarán en nuestra situación de paz y otras mandangas de barra, pero así se muestra la puchera. Don Francisco —me dirigía al primer piloto—, ¿cuántas millas hemos de navegar para alcanzar la posición de tanto avance con el cabo de San Antonio?

—Unas cincuenta millas, señor.

—En ese caso, me ratifico más todavía. Solamente disponen de esta noche para llevar a cabo su plan de ataque. Por favor, señores, pueden elevar opiniones en cualquier momento.

—Es bastante difícil de creer, señor, que unos buques de esa nacionalidad entren en ataque contra un navío de una nación con la que mantienen suscritos tratados de amistad y colaboración —comentaba el teniente de fragata del Campo.

—Eso no debe preocuparnos ahora. Que entrarán a fuegos contra el *Asia* esta misma noche no me cabe duda. Y poco importa que se trate de ángeles blancos o demonios procedentes del mismísimo Infierno. Y si me equivoco y no se produce, pues bendito sea Dios. Porque podríamos perder bastantes hombres en la acción, sin obtener provecho alguno. El único objetivo deseable sería tomarles algún prisionero que demostrara su nacionalidad y que cesen en sus delictivas actividades, armándose al corso contra unidades de la Armada. Siempre en el caso de que salgamos victoriosos de una acción que estimo bastante aparejada en posibilidades y con veredicto en el aire. Pero ahora entremos en el detalle de la acción que preveo y nuestra posible reacción.

Giré la vista en derredor para comprobar que en la cámara podía escucharse el vuelo de una mosca y todos mostraban rostros de expectante interés.

—Voy a basarme, desde luego, en que esos truhanes lleven a cabo la maniobra que he previsto en mi cabeza, ese viejo sistema que ha dado tan buenos resultados a lo largo de la Historia. En caso de que lleven a cabo una modalidad distinta, la preparación que preveo podría sernos de utilidad igualmente. Para cuajar el trébol en beneficio propio, deberían atacarnos las unidades de menor a mayor porte y con escaso tiempo entre sus acciones. De esta forma, comenzaría la goleta para intentar dañar nuestro timón y dejarnos sin gobierno. Y cuando comenzáramos la defensa a popa, entraría el bergantín, seguido poco después por la fragata, cuya andanada completa puede hacer mucho daño. Como ya les dije, nada de largas distancias sino fuegos a tocapanoles, que les faculte el posterior abordaje. ¿Me explico con claridad?

Tan sólo observé cabezas en lento asentimiento, por lo que continué.

—Nuestra principal merma se abre a mil ojos. Solamente podemos cubrir a un tiempo con eficacia las dos andanas fuertes y la batería de alcázar y castillo de una banda. Lo haremos con la de babor por donde, con mayor número de posibilidades, atacará la fragata. Esa gacela no dispone ya de tiempo suficiente para mudar a la banda contraria. De esta forma, a partir del ocaso todos los cañones emplazados en las tres cubiertas de babor se encontrarán cargados con doble bala y entrados en batería^[114], listos para efectuar el primer disparo. Los de la banda de estribor se alistarán en la misma situación, aunque solamente con dos sirvientes, máxima disposición a la que podemos aspirar. Si los corsarios han decidido, como supongo, una acción de las tres unidades en rápida secuencia, intentarán que tanto la fragata

como el bergantín, posteriormente les hablaré de la goleta en particular, disparen su primera andanada con un par de minutos de desfase, dentro de lo que les sea posible sincronizar sus acciones. ¿Continuamos sin dudas de grano por ahora?

De nuevo el silencio más absoluto fue la respuesta a mi pregunta, aunque algún rostro se mostrara excesivamente pensativo. No obstante, continué con mi exposición.

—Sería deseable en alto grado o incluso imprescindible poder divisar el momento en el que fragata y bergantín, que entrarán en corrida paralela desde nuestra popa, se encuentren cerca de alcanzar nuestra altura. Si el viento se mantiene en dirección y fuerza, casi de empopada, podremos variar el rumbo a babor y estribor con facilidad. Si el bergantín nos entra con suficiente antelación, mi intención sería la de llevar a cabo una ligera guiñada a estribor, para abrir arco de fuego, y dispararle las andanas de estribor contra la jeta cuando su proa se acerque a nuestra popa. A continuación y con extrema rapidez, ordenaré toda la caña a babor para cruzar la proa a escasa distancia de la fragata y dispararle una andanada completa en enfilada^[115]. Si no es posible esta conjunción por aparecer la fragata poco retrasada o incluso adelantada al bergantín, nos olvidaremos de este último y llevaremos a cabo la maniobra de caer a babor y efectuar el fuego de enfilada contra la fragata solamente. Se trata de una maniobra peligrosa, lo admito, porque su bauprés nos rascará el costado de babor. Como pueden comprender, dependeremos al máximo de la visibilidad, aunque es muy difícil que no seamos capaces de divisar el bulto de una fragata a escasas varas, aunque se trate de noche cerrada a boca de lobo.

—Y si, a pesar de todo, no conseguimos observar su silueta y disparan la primera andanada, señor —preguntaba el alférez de fragata de Quesada.

—Pues solamente nos quedará disparar la nuestra por ambas bandas casi al tiempo. Los cabos de cañón se pasarán de una banda a otra con extrema rapidez para disparar los pistoletes^[116]. Y al tiempo que las baterías de babor se recargan con rapidez, las de estribor quedarán pendientes del auxilio de los que queden libres en la banda contraria. Baterías de babor al máximo ritmo de fuego contra la fragata y la de estribor al que Dios nos conceda. Pero no creo que el bergantín aguante más de una andanada a corta distancia.

—Si se le alcanza bien, quedará desmantelado —aseguraba Montemayor con alegría.

—Estos huevones americanos deben de estimar que los buques de la Real Armada son novicias recién desvirgadas y que los navíos disponen de escasa

posibilidad de maniobra, como los antiguos galeones. Les falta el poso de experiencia necesaria. No saben que en nuestras tablas se encierran siglos de Historia y hemos corrido por los siete mares, guerreando con medio mundo. Bueno, regresemos a nuestro tema. No se olviden de lo que hemos recomendado una y mil veces en los ejercicios. Si en algún cañón falla el pistolete de fuego, patada al perno y botafuego^[117] a la mano. No quiero un puto fallo de fuego, no podemos permitirnoslo esta noche.

—¿Cuáles son sus disposiciones en cuanto a la goleta, señor? —preguntaba el teniente de fragata Montemayor.

—Bien, la goleta será la primera en atacar por nuestra popa, sin duda, y a la menor distancia posible, jugándose los bigotes. Es mi intención que en los dos cañones de guardatimón^[118] se empleen buenas cuadrillas de artilleros y un cabo de cañón experimentado. Una de las piezas será cargada con doble bala, mientras la segunda lo hace con metralla de cortadillo. En ese negocio sí que debemos adelantarnos como sea posible. Por la popa será más fácil distinguir una embarcación por la fosforescencia de nuestra estela. También pienso largar la lancha al agua con un cañón de a 18, tal y como hicimos en la laguna de Términos, que será remolcada con escaso cable, el mínimo para que no levante mucho su proa. Deberá abrir caña a estribor porque la goleta le llegará por la banda contraria y así quedará por fuera del alcance de nuestras dos piezas de popa. Embarcarán en la lancha una docena de cargas de metralla. Si la divisan antes de que se haga desde a bordo, dispararán su cañón contra ella a la menor distancia. En caso contrario, lo deberán hacer cuando comprueben los fuegos de la goleta o del navío. También se jugarán los bigotes aquellos que embarquen en la lancha, por lo que deseo voluntarios y el menor personal posible. En fin, no sé si el sistema es demasiado complicado para una dotación tan escasa, pero hemos de intentarlo. Deben tener en cuenta que confío plenamente en todos ustedes y es muy posible que deban tomar decisiones por su cuenta llegado el momento, especialmente los jefes de batería.

—¿Qué punterías ordena, señor? —preguntaba Pando, el responsable del fuego de las baterías, bajo cuyas órdenes quedaban los cinco oficiales jefes de las andanas.

—En cuanto a los disparos contra la fragata, la andana baja, la alta y piezas de alcázar y castillo apuntarán a la altura de su cubierta. Quiero matar el mayor número posible de hombres y, si es posible, desarbolar. Contra el bergantín, la andana baja disparará hacia la lumbre, mientras las dos altas al igual que contra la fragata. Y por último, los cañones de guardatimón a la

vista y al bulto. No quiero ningún soldado de Marina en las jarcias. No debemos exponer nuestros hombres sin ganancia segura. Disparos de fusil contra la cubierta y granadas de mano preparadas, pero bien resguardados nuestros hombres en los parapetos.

—Aunque se encuentren en desuso hoy en día, señor —apuntaba el alférez de navío Antonio Martínez, un joven que habría sido catalogado en Indias como perfecto ejemplo de morocho—, ya que la fragata desfilara a muy escasa distancia, podíamos preparar los frascos de fuego^[119] para su utilización.

—Y las camisas de fuego^[120] —cerraba Pando.

—No es mala idea, señores —quedé pensativo unos segundos—. ¿De cuántos disponemos?

—Treinta frascos y dos camisas. Esperemos que todavía prendan porque deben de haber pertenecido a varios buques con anterioridad.

—Bien, que se mantengan los frascos de fuego preparados en mano de los soldados. Pero que solamente se utilicen en caso de que, con seguridad, alcancen a la fragata o el bergantín. Pero dejaremos media docena para la dotación de la lancha, para que sean lanzadas contra la goleta. Solamente en caso de que llegáramos a un indeseado abordaje, utilizaríamos las camisas de fuego. Gracias por recordarme ese detalle, Martínez. Es cierto que hace tiempo que no pensamos en utilizar esa arma, que tan buenos resultados ofreció hace años.

—Por esa razón se embarcan en tan escaso número, señor —insistía Pando—. Deben de ser sobrantes existentes en los arsenales.

—Como apuntaba, esperemos que se encuentren en buen uso. Y como marca la antigua norma, no lanzarlos hasta que se sienta fuego en el pulgar.

—¿Y sobre la maniobra, señor?

—La caída inicial a estribor, que les repito no es segura, lo suficiente para que las piezas de estribor puedan disparar contra un blanco situado a popa del través. Con unas seis cuartas debe ser posible. A continuación, o desde un principio según se corra la madeja, virada poderosa a babor con toda la pala. Ahí se encuentra el meollo principal de la acción y donde nos jugamos un elevado porcentaje del éxito de la empresa. Don Jacinto —ahora me dirigía al contramaestre, callado hasta el momento—, quiero la máxima rapidez en cobrar drizas, brazas y escotas, sin perder una onza de viento. Cuando le cortemos la proa y hayamos disparado la andanada completa, lo que ocurriría a muy escasa distancia y con cierto peligro, no intente alcanzar la virada por avante. Por el contrario, en cuanto el viento comience a faltar por cálamos,

caña a la banda contraria hasta quedar a la misma proa que antes de comenzar la maniobra. Bueno, en esos momentos es posible que la situación nos obligue a otras medidas, que tomaré sobre la marcha.

—No se preocupe, señor. Daremos el alma en esas maniobras.

Nueva mirada en círculo, sin reacciones negras. Por el contrario, creía advertir en mis hombres ese nerviosismo necesario para entrar en combate.

—Bien, señores, acabo de exponerles mis intenciones generales para la acción. Y, desde luego, con muchos condicionantes. El primero y principal, que se produzca el esperado ataque. Y que lo lleven a cabo en las condiciones que he supuesto. Por todos los cristos que deberemos dar hasta la última tripa y un poco más. —Golpeé la mesa con el puño y a fuerza de martinete—. Como de costumbre, a quien recule y muestre la espalda, disparo a la barriga. De capitán a paje deberemos mantenernos atentos y en tensión permanente, pendientes de todos los detalles. Especial atención a las vocineras, voz de baterías y tantos otros movimientos que pueden llegar a desempeñar un papel determinante en el combate.

—Entiendo, señor, que la oscuridad a bordo deberá ser absoluta —entraba el segundo comandante—. Supongo que eliminaremos voces de guardia y demás instrucciones generales.

—Desde luego. Hagan comprender a nuestros hombres lo que nos jugamos en la empresa. Ni un putaño tarro de luz ni mecha al rojo a la vista. Y silencio absoluto, sin piques de campana, novedades, ampolletas, gritos ni murmullos por alto. En la mar el viento traslada el ruido con extrema facilidad y a enorme distancia. Por el contrario, muy atentos a cualquier sonido que podamos oír.

Volvió a reinar el silencio en la cámara, mientras todos parecían aparejar pensamientos propios. La piedra se encontraba lanzada y aunque estaba seguro de que, horas después, me alcanzarían muchas preguntas de tono menor, la línea de acción había sido alistada con suficiente detalle. Tan sólo restaba insuflar un poco de ánimo y fuego a los corazones.

—Bien, señores, es mucho el trabajo que nos espera por la proa. Y en primer lugar, instalar la pieza de a 18 en la lancha. Hablen con sus hombres en grupo y con algunos actores principales mano a mano. La Real Armada anda en estos días con muy escaso crédito en el mundo, aunque en nada puedan culparnos a los miembros de nuestra querida institución, masacrada por golillas y políticos de escasa mira. Será necesario echar los huevos por delante y apretar el alma hasta que se asfixie el corazón si es necesario. Todo depende de nosotros, con el auxilio de nuestra Patrona, la Santa Virgen del

Rosario, que no ha de desampararnos en la ocasión. Esto es todo, señores. Cada mochuelo a su olivo y sin perder tiempo.

Pronto quedé a solas, que ese es el permanente destino del comandante a bordo en la mar, especialmente en situaciones de lance. Era consciente de que arriesgaba mucho en una acción donde la sangre podría correr hasta los imbornales y todo supuesto en una idea que no se apartaba de mi cabeza. Pero las cartas estaban largadas sobre el tapete y no era posible enmienda alguna. Elevé un nuevo rezo hacia Nuestra Señora de Valdelagua, imagen a la que tanta devoción entregaran los miembros de mi familia desde que el primer Leñanza se hiciera a la mar. No podíamos fallar en la empresa por nuestro honor, por la Real Armada y por España.

24. Corazones de fuego

Cuando las luces comenzaban a apagarse lentamente, marcamos en firme por última vez las posiciones de las tres unidades, que se acoplaban al punto con las suposiciones establecidas en mi cerebro. Porque la fragata se mantenía por nuestra aleta de babor hacia popa, a unas dos millas de distancia, mientras el bergantín cuadraba en la aleta contraria un poco más alejado. La goleta, por su parte, tontoneaba de banda a banda, como si dudara en sus intenciones. En su conjunto, parecían conceder una escolta de fuste a mi navío, como si mostrara en el tope del palo mayor el pendón real. Sonreí para mis adentros, seguro de que aquel comandante de la fragata se encontraría convencido de llevar a cabo con sus unidades una maniobra decisiva, perfecta y casi desconocida. No obstante, me molestaba que ese americano, prepotente guarrero sin una onza de cerebro, se mantuviera persuadido de que los estúpidos españoles se dejarían caer en la nasa sin oler siquiera el evidente peligro. Porque su maniobra se mostraba con luces sin recato alguno, al punto de mostrar sus cartas demasiado pronto.

A pesar de mis resabios personales contra quien se mediría conmigo en duelo de muerte pocas horas después, o así lo esperaba, no se le podía negar al americano el valor y atrevimiento que sus acciones comportaban. Y mucho decían en su favor. Porque no debemos olvidar que se enfrentaba a todo un navío de dos puentes y 74 cañones, aunque la cantidad y calidad de su dotación rebajara en mucho sus reales posibilidades. Y cualquier hombre de mar conoce bien lo que significa una andanada de casi cuarenta piezas contra los ojos y los efectos que puede producir en tablas y cuerpos propios.

Una vez entrados en noche cerrada, adopté el rumbo más apropiado para llevar a cabo las maniobras previstas en mi cabeza, que se repetían en perfecta visión una y otra vez, con las mil variantes que podrían aparecer en cualquier momento. De esta forma y como entendía como factor más importante, incluso decisivo, la virada franca hacia la fragata, ordené una proa en la que el

viento nos entrara casi de popa. Por fin comprobamos como ideal el rumbo nordeste con dos cuartas a babor, ese que me agilizara la caída a la banda deseada en el menor tiempo posible.

Aunque a muchos les cueste creerlo, me movía en aquellas horas con extrema tranquilidad, tenso y expectante, aunque debiera aferrar los pernos con garfios entre las venas. Una vez ocupados los puestos de combate en silencio absoluto y alistado el navío al ciento para la acción, recorrí el buque para arengar a mis hombres, especialmente a los de las baterías bajas y fusileros. En aquellos momentos sentí no haber adiestrado a los soldados de Marina en el uso de los frascos de fuego, aunque se tratara de cuestión sencilla siempre que el arrojó se encastrara a ritmo y poco probable su utilización. Al observar de cerca sus caras, comprendí que muchos de ellos podrían caer sobre la cubierta bañados en rojo minutos después, sin exacto conocimiento de lo que sucedía a su alrededor. Pero así se manejaba nuestra profesión y a ella debíamos acoplarnos con el necesario valor y absoluta entrega.

Como un elevado porcentaje de los componentes de nuestra dotación jamás había entrado en combate de sangre corrida, ordené redoblar de aguardiente el cacillo que se comenzó a repartir por los pajes, con regusto de cuajo en las bocas.

Y mucho me alegraba que el combate se produjera durante la noche, cuando las visiones de muerte y dolor quedan amparadas en la oscuridad y restringen esa tendencia natural de salir corriendo cubierta abajo.

Una vez en el alcázar y dispuesto a esperar con parada de sangre el momento definitivo, me llegó Barbate, seguido por Guanche como una sombra, con el sable y la pistola. Tras ajustar el biricú, repasé con las manos las formas del arma antes de ajustarla en el fajín, aquella maravillosa pieza que recibiera en regalo de los Almeida a la altura del cabo de Buena Esperanza. Eché de menos el viejo pistolón, regalado por el gran general Barceló a mi padre, utilizado por los Leñanza en tantos combates, reventando ojos en sangre en más de una ocasión. Sin embargo, a todo ser, animado o no, le alcanza el fin de su vida y la pistola de dos cañones alargados no ofrecía ya las suficientes garantías.

De repente, decidí moverme hacia popa, atravesando la toldilla hasta alcanzar el coronamiento. Se trataba de la zona vital en aquella noche, allí donde se emplazaban los mejores vigiadores, cuyas observaciones deberían desencadenar el infernal aquelarre. Los animé a continuar en su permanente alerta.

—¡Animo y alerta con cien ojos, muchachos! No podéis fallar en esta ocasión. De vosotros depende en alto grado el éxito de este combate.

—No se preocupe, señor comandante, que descubriremos a esos barcos con suficiente tiempo. Ya se nos han habituado los ojos a esta oscuridad de cueva negra.

—Os prometo una frasca de aguardiente si los avistáis con tiempo para realizar la maniobra.

—Por una frasca, señor, soy capaz de avistar un buque en vuelo hacia la luna.

Dirigí la mirada a popa, hacia la mar negra que debía de moverse en aquel conjunto lúgubre y un tanto fantasmagórico. El caballero Mendoza, nombrado como oficial de órdenes, apenas se despegaba una vara de mi persona. Una vez apoyado en la borda, agucé la vista para intentar localizar nuestra lancha. Y para regusto propio, apenas la reconocí. Uno de los vigiadores debió indicármela de forma repetida y, en efecto, allí se encontraba, abierta unas dos cuartas a estribor como se le había ordenado. Y si conseguí avistarla con la ayuda de la mano de un marinero, fue gracias a los pequeños reflejos de las gotas de agua levantadas por su roda^[121] en la navegación.

Supuse que el patrón de la lancha debería de encontrarse apalancado con fuerza a la banda, para mantener la caña permanentemente metida a la contra y que, de esa forma, el remolque no la llevara hacia la popa del *Asia*. Me agradó comprobar la situación porque estimaba difícil que la goleta, si acababa por cumplir mis suposiciones y entraba desde esa dirección, la avistara antes de que le lanzaran una granada de a 24 a besar sus morros. Era una más de las acciones que quedaban por fuera de mi decisión y al amparo de la profesionalidad de cada uno. En este caso particular, del alférez de fragata Francisco Garnica, elegido entre todos los oficiales, presentados como voluntarios para tan arriesgada misión sin una sola excepción. Pero no podía apartar a los jefes de las baterías con alguna experiencia de sus puestos habituales.

Regresé al alcázar, donde se encontraban algunos de mis hombres, que subían a ofrecer diversas novedades o intercambiar impresiones con el segundo. Como calculaba que todavía habrían de transcurrir un par de horas para la acción, ya que la fragata debería ganar unas dos millas hacia proa, les permití cierta independencia de movimientos hasta que estimara llegado el momento. Me dirigí al guardiamarina Mendoza en un susurro, a quien suponía cercano a mí.

—Mendoza.

—Mande, señor comandante. —En efecto, su voz sonaba a mi derecha de forma apagada.

—Necesitaríamos un poco de luz porque la negrura es absoluta. La luna ya ha salido pero el cielo se encuentra cubierto a cerrazón.

—Ya lo he pensado, señor. Sin embargo, como ha podido comprobar, se encuentran a popa los mejores vigiadores de la dotación, alistados con ojos de lince. Deben descubrir los bultos de la fragata y del bergantín a suficiente distancia.

—Dios le oiga. Sería nefasto recibir dos andanadas, una por cada banda, sin haber descubierto su presencia.

—Eso no puede suceder, señor.

—¿Cómo se encuentra, caballero? ¿Listo para entrar en combate por primera vez?

—El primer combate lo sufrí a bordo de la lancha en la laguna de Términos, señor. —Aunque no veía su rostro, estaba convencido de que mostraba esa sonrisa orgullosa habitual en él—. Pero sí que será mi estreno de fuegos a bordo de una unidad de porte. Me encuentro preparado para machacar al enemigo, aunque deba entregar mi oreja derecha en la empresa.

De nuevo me hizo gracia el desparpajo del joven, sin timidez alguna en su comportamiento.

—Con una oreja perdida por la patria es más que suficiente, caballero. Siento haberle negado el mando de la lancha. Se lo merecía, pero necesito alguien de su valor a mi lado.

—No se preocupe, señor. —Ahora sí que debía de alargar su sonrisa de satisfacción—. Defenderé este puesto hasta la última gota de mi sangre si es necesario, puede estar seguro.

—Lo estoy, caballero, no le quepa duda.

Entraban a mi cerebro imágenes en rondo y con daño aparejado. No sé por qué, desde el primer momento había asociado la figura del guardiamarina Mendoza a la de mi hijo Pecas. Imaginaba que así obraría el pequeño Leñanza cuando, pocos años después, se encontrara de guardiamarina a bordo de un buque de la Armada. Y por todos los dioses, que tales pensamientos me hacían sufrir. Dolía pensar que un rapaz recién entrado en la vida la abandonara sin haber cumplido sus mínimas ilusiones. Y por desgracia, aquel caballere te que se movía a mi lado estaba dispuesto a entregar su alma por un ideal, una acción que muchos de sus compatriotas no comprenderían.

En aquellos momentos y como una revelación, recordé haber leído en un ignominioso panfleto gaditano meses atrás que mientras se guerreaba contra

el francés en el monte, los oficiales de la Real Armada disfrutaban de vida regalada a bordo de sus buques. Habría entregado una de mis manos con gusto por observar el rostro del mierdoso bujarrón que había escrito aquellas palabras a bordo del *Asia* en aquella noche. Comprobaría sin duda cómo hacía sus necesidades líquidas y menos líquidas sobre la cubierta, si se encontrara donde lo hacía aquel niño valiente.

Los minutos corrían con extrema lentitud, como granos de arena húmeda deslizándose por el cuello de la ampolleta. De forma casi continua me acercaba a la borda para dirigir el antejo hacia popa, un instrumento que en la oscuridad produce elevados beneficios, aunque muchos lo desconozcan. Tanto así que había entregado dos de ellos a los vigiadores instalados a popa. El ruido producido por el gualdrapazo de una vela me hizo reaccionar.

—Nostramo.

—Aquí estoy, señor.

—Suenan las relingas. Espero que no role el viento una sola cuarta en dos o tres horas.

—No, señor. Si lo dice por el gualdrapeo de alguna vela, es a causa de guiñada^[122] menor, a pesar de encontrarse en la caña los mejores timoneles, o sesteo del viento en ocasiones. El soplo se mantiene del sudoeste y fresco de fuerza, aunque se excuse a veces a la baja.

—Por los clavos de Cristo, que no nos falte una onza cuando debamos salir en virada al tope de la pala.

—No lo creo, señor. Para mí que debe continuar soplando de esa dirección y, si acaso, subir algún nudo en su velocidad.

Quedé tranquilo porque concedía el máximo crédito a las opiniones de don Jacinto, como siempre hice con los contramaestres de raza. Volví a preguntar al piloto por la hora, para comprobar que habían transcurrido sesenta largos minutos desde el momento de instalarse la plena oscuridad. Tal condición significaba que se acercaba el momento de la verdad, lo que deseaba fervientemente, aunque pudiera perder la vida en escasos minutos. Elevé un último rezo a los cielos y no solamente por que me ampararan la vida, sino por vencer al enemigo, que era el objetivo primero y fundamental, por encima de cuerpos y almas. El segundo comandante, que corría de continuo de proa a popa, regresaba una vez más al alcázar.

—Sin novedad de momento, señor.

—No deben andar lejos esos dos baupreses^[123] del demonio que desean ofrecernos candela fina a diestra y siniestra^[124].

—Ya veo que utiliza con gusto la antigua parla marinera, señor.

—En efecto, vieja parla marinera y de nuestro querido Mediterráneo. Muchos hombres de mar la desconocen por completo. Si leyeran El Quijote, lo comprobarían. Bueno, segundo, ¿cree que tardarán mucho esos americanitos en entrar a por bastos contra estos españoles, a los que estiman como infelices capullitos en flor?

—Tiene toda la razón en su ironía, señor. Nos deben de creer como recién destetados en las cosas de la mar. Olvidan que cuando sus tatarabuelos todavía corrían a caballo con plumas en la cabeza, nosotros dominábamos los cinco mares desde siglos atrás. Pero en cuanto a su pregunta, la verdad, señor, que no estoy seguro de nada en estos momentos. De tanto mirar hacia las aguas negras, en algunos momentos creo ver sombras y palos donde no los hay. Pero entiendo que ha aumentado ligeramente la visión. Es posible que se muestre un poco la luna a través de las nubes.

—Ofrecería diez luises en peregrinación si tal condición aconteciera. No quiero mucha, solamente un poco de contraste y sin avaricia.

Continué con los pensamientos en rondo y algunos nervios difíciles de sofocar. Por fortuna y como me movía en la oscuridad, no debía esforzar el gesto de la cara en ningún sentido. Entrados en la nueva hora, estimada como posible arranque de la acción, todos los hombres se ajustaron a sus puestos sin posible enmienda. Y a partir de ahí podría escuchar el disparo de la metralla desde la lancha en cualquier momento si, como preveía, comenzaba la función con ella. Pero también podía ser que el comandante americano intentara sincronizar los fuegos de las tres unidades a un mismo tiempo. Se trataba de pensamientos en desfile de las mil y una variantes que se podrían presentar en pocos minutos.

Incapaz de mantenerme en el alcázar, volví a subir la escala de la toldilla, para acercarme hacia popa. Tropecé con un vigiador, que blasfemó en voz queda hasta comprobar mi presencia.

—Perdone, señor comandante.

—Olvidalo. Parece que nada se avista.

—Todavía no, señor comandante. Pero ha aumentado ligeramente la visión. Se lo digo porque ahora aprecio la forma de la lancha mucho mejor.

Una vez más dirigí la mirada hacia popa, por donde estimaba que debería de progresar la fragata. Y aunque solamente la oscuridad aparecía en el visor del largomira, concedí la razón al vigiador porque, en efecto, los perfiles de la lancha se apreciaban con mayor claridad. Algún rayo del cuajo de la luna debía de atravesar las nubes en benéfica concesión. Y comenzaba a

retranquear mis movimientos hacia proa cuando escuché la primera voz de alarma, precisamente del marinero con quien acababa de hablar.

—Creo observar un bulto —se dirigía hacia el cabo de mar Laínez, a cargo y control de los vigiadores.

Como poseídos por el demonio, también el guardiamarina Mendoza y yo dirigimos los anteojos en la dirección señalada. Y nada podía descifrar entre los vapores negros con mi único ojo. Por el contrario, Mendoza susurraba con nerviosismo.

—Un bulto, señor. Por la aleta de babor, abierto una cuarta escasa.

—Debe de ser la fragata. ¿Y el bergantín?

—Nada observo por la banda contraria ni por la popa, señor.

—¡Laínez!

—Mande, señor.

—Regreso al alcázar. Se mantiene el plan previsto con exactitud. Cuando la fragata o el bulto de babor se encuentre a la altura del coronamiento, necesito un aviso rápido. Y si el bergantín apareciera antes, siga la misma indicación preparada de antemano.

—No se preocupe, señor. También distingo el bulto de babor, que progresa muy lentamente. Debe de ser la fragata por el tamaño. Y juraría que le aprecio el bauprés.

—¡Otro bulto a la banda contraria! —dictaba en susurro otro vigiador.

—También lo veo —aseguraba el pequeño Mendoza, que parecía dotado de visión nocturna como algunas aves rapaces.

—Caballero, un detalle importante. ¿Cuál de los dos avistamientos estima que nos alcanzará la popa con anterioridad? —pregunté con rapidez.

—Posiblemente a un mismo tiempo, señor. Si acaso, minutos antes la fragata.

—En ese caso, nos olvidaremos del bergantín. ¿No aparece nada a popa?

—No, señor. La goleta puede confundirse con mayor facilidad en la oscuridad, dadas sus líneas.

Regresé al alcázar con rapidez. Mendoza avisaba sin pérdida de tiempo a los que debían pasar la voz de fuego a grito y por medio de las vocineras. De nuevo me entraba la tranquilidad a torrentera, como si hubiera rematado el combate con éxito. No obstante, me situé bajo la escala de la toldilla, por donde debería llegarme la voz del cabo Laínez. Me dirigí al segundo y al contramaestre.

—Preparados para caer a babor con toda la caña, caza de muerte y abrir fuego de inmediato. Nos olvidaremos del bergantín porque no se adelantó a la

fragata, como había previsto, aunque intentará atacarnos por estribor. No le concederemos esa oportunidad. Como, una vez virados, quedaremos a la otra banda de la fragata, no podrá abrir fuego contra nosotros sin poner en peligro a sus compañeros.

—Quedo enterado, señor comandante —contestaron ambos a coro.

No debí esperar más de dos o tres minutos, que, sin embargo, se alargaron como horas de sol en mi pecho. Sonaron con claridad los pasos a la carrera, pocos segundos antes de escuchar la voz del cabo de mar.

—¡El bauprés de la fragata a punto de besar el coronamiento, señor! El bergantín se mantiene un poco atrasado.

Parecía que a los americanos les había fallado la conjunción de esfuerzos, si es que la pretendían. Pero entrado en vereda de cuernos altos, desenvainé el sable, al tiempo que elevaba un último rezo. Y encomendando mi alma a los vientos, grité la primera de las órdenes.

—¡Toda la caña a babor! ¡A romper mil brazos! Preparados para abrir fuego por la banda de babor en tiro de enfilada.

En el mismo momento en el que oía cómo los dos timoneles batían con fuerza la rueda del timón, se escuchaba un cañonazo que, por imprevisto, nos alarmó. Pensé que, con seguridad, habría sido la lancha contra la goleta porque, a continuación, también se dejaba oír con claridad fuego de fusilería. Pero ya la proa del *Asia* ganaba cuartas en orzada de látigo, por lo que, cuando estimé haber caído unas ocho o nueve cuartas, lancé la orden definitiva, al tiempo que elevaba el sable hacia los cielos.

—¡Batería de babor! ¡Fuego!

Tal y como habíamos planificado con minucioso detalle, si los cabos de cañón distinguían las líneas de la fragata, dispararían sus piezas al encontrarse en enfilada pura o por amuras. Y así debió de suceder porque los primeros estampidos debían de pertenecer a cuatro o cinco piezas solamente, que eran seguidas por las demás de su banda sin interrupción. El retumbo del infierno se impregnó de ese característico olor a pólvora quemada, que abre los poros de la piel a bocadas. Pero alistado con medio cuerpo fuera de la borda en la banda de babor, observé el perfil de la fragata con suficiente claridad, que desfilaba lentamente hacia nuestra posición, como si deseara abrimos la barriga con su palo de proa. Asemejaba maniobra de unicornio gigante que deseara clavarnos su apéndice en los costillares. Llegué a temer que no nos diera tiempo para cortarle la proa y fuésemos asaeteados por el bauprés americano, aunque debía de ser efecto óptico porque la maniobra estaba bien

calculada. Por fin, la percha de la fragata se ajustaba a la toldilla cuando le restaban escasas varas para raspar el coronamiento.

Es difícil exponer la cantidad de observaciones y reacciones que se sucedían con tremenda rapidez. Y todas deben ser sopesadas para su inmediata reacción. La primera alegría la recibimos al oír los efectos de nuestra andanada, con los clásicos sonidos de maderas desgajadas. Y más importante todavía, cuando ya ordenaba caer a la banda contraria con toda la caña para quedar al mismo rumbo inicial y paralelo a la fragata, el inconfundible sonido de un árbol^[125] en rendida. Así lo corroboré con el grito del nostramo.

—¡Le hemos tronchado un palo, posiblemente el trinquete!

No dispuse de tiempo suficiente para celebrar el afortunado disparo de nuestros artilleros. Porque para nuestra desgracia, también era el momento en el que la fragata disparaba su batería de a 24 contra el *Asia* a muy corta distancia. Pero no utilizaba la prevista de estribor, donde habría alistado a sus mejores hombres, sino la contraria, forzados por nuestra repentina maniobra de cortarles la proa y pasar a su banda de babor. Sin embargo, una ola de elevado calor nos invadió, como si hubiésemos entrado en el hueco de una gigantesca chimenea. En aquel momento sentí un golpe de dolor en el muslo derecho, un posible trozo de metralla o pequeño astillazo al que no concedí mayor importancia. Palpé la zona para encontrar húmedas las calzas, posiblemente de sangre. Pero no era el momento apropiado para perder un solo segundo en tales detalles.

La descoordinación de los movimientos enemigos fue crucial en nuestro auxilio. Porque tras las dos bruscas maniobras llevadas a cabo por el *Asia*, volvíamos a quedar paralelos a la fragata y casi a su altura, al tiempo que el bergantín se mantenía a estribor de su jefe y sin poder abrir fuego. Y esa era, precisamente, la idea primigenia barajada en mi cabeza. Ahora se distinguía muy bien la silueta de la fragata entre los fogonazos. Y le largamos una segunda andanada a la cara y escasa distancia, cargada con bala sencilla y metralla, tal y como habíamos previsto, al tiempo que los fusileros graneaban fuego a conciencia. Pero no eran malos los artilleros americanos, porque la segunda andanada de la fragata nos entró de lleno contra los bigotes. También a bordo se oía el crujido de maderas tronchadas y, lo que más temía, gemidos y lamentos de los heridos que solicitaban un auxilio difícil de conceder en la noche.

Con la luz centelleante producida por los fogonazos de los disparos, confirmamos que le habíamos rendido el palo trinquete a la fragata, lo peor

que puede suceder a un buque en la mar porque dicho palo arrastra toda la maniobra de proa en su caída. Sentí una gran felicidad al imaginar el batiburrillo de cabuyería y maderas en su cubierta. Al mismo tiempo, comprobé que la unidad enemiga perdía velocidad y la avanteábamos con claridad, lo que nos dejaría en descubierto contra el bergantín en pocos segundos. Fue el momento en el que me llegó una información desde popa por medio del cabo Laínez.

—La lancha no se mantiene amarrada al cabo de remolque, señor.

—¿Cómo es eso? ¿Ha roto el cable?

—No, señor. Hemos cobrado hasta el chicote^[126] sin novedad. No sé, parece como si lo hubieran largado voluntariamente.

Se trataba de una mala noticia, que me entró en el pecho por varas negras. Además y por desgracia, no disponía de tiempo para ocuparme de ella, incapaz de reaccionar en dicho sentido. Por el contrario, apreciamos la silueta del bergantín, que cerraba distancias sobre nosotros. Lo entendí como una inesperada osadía de su parte. Porque allí lo esperábamos con todas las baterías de estribor preparadas. Es posible que su comandante llegara a dudar de si el bulto que se le aproximaba por su banda de babor era el *Asia* o la fragata compañera, pero esperó demasiado tiempo para hacer fuego con sus nueve cañones de esa banda. Por el contrario, los casi cuarenta del *Asia* emplazados en babor tronaron como si Satanás hubiera vencido a los ángeles blancos desde el infierno. Y con el mismo reflejo de nuestros fuegos, pudimos observar como se balanceaba a estribor el bergantín, hasta casi sacar una traca del agua. No obstante, llegó a disparar su andanada, con astillazos en vuelo por nuestra cubierta.

De nuevo preocupado por la lancha, pensaba ordenar virar a babor para regresar al meollo cuando el segundo me entró con cartas negras.

—La maniobra de proa se encuentra bajo alfileres, señor. Hemos recibido impactos en el bauprés, que se mantiene al baile.

—¡Por la bicha negra! ¿No podemos cargar presión en las velas de proa?

—Parece que no, señor. Y don Jacinto recomienda no tocar una sola vela del trinquete hasta que podamos observar los daños realmente.

—¡Maldita sea mi estampa! ¿Algún tiro afortunado del bergantín? ¿Con una bala de a 18?

—No, señor. Tuvo lugar con la última andanada de la fragata. Más de una bala debió de impactar en esa zona. Pero lo que le digo se encuentra envuelto en gasas porque la visibilidad es muy escasa. Si pudiéramos alejarnos de la

acción, nos sería posible intentar observar mejor los daños con el uso de tarros de luz.

—Me preocupa la lancha.

—Como la fragata quedó muy dañada y el bergantín, tras nuestra andanada, se abrió a estribor y habrá sufrido lo suyo, podemos caer a babor e intentar regresar donde la lancha largó el remolque. Pero solamente con el aparejo del mayor y mesana por si acaso. Y no será fácil localizarlos en la noche.

—Tiene razón. No serviría de nada regresar en estos momentos. Solamente nos expondríamos inútilmente y sin aparejo en proa podría ser un suicidio. Sin embargo, caeremos a babor para alejarnos de la acción como habíamos previsto, un plan que conoce al detalle el alférez de fragata Garnica. Y en esa dirección debemos suponer que progresará tras su duelo particular, si no han sufrido una debacle. Por otra parte, no creo que la fragata o el bergantín se dediquen a buscar goleta o lancha en la oscuridad, sino a intentar reparar sus dañadas maniobras, aunque entremos en suposiciones.

—En contra de lo previsto, señor, la goleta fue la última en aparecer por la popa.

—No lo comprendo. Normalmente, debía haber sido la primera que entrara en acción, con el objetivo de ocupar manos y pensamientos en esa dirección. ¿Llegaron a disparar los cañones de guardatimón? Con tanto estruendo no me he enterado.

—Tres andanadas, señor. Y según el cabo Pajares, le atinaron de lleno a la goleta. Pero ya sabe las habituales opiniones de los artilleros.

—No recuerdo que ningún cabo de cañón llegue a asegurar haber marrado un tiro en toda su vida. Esperemos que Dios lo escuche. Bien, segundo, proa al norte, como habíamos planeado para el fin de las acciones. Nada más podemos hacer hasta que nos sea posible comprobar con suficiente luz nuestra situación de maniobra en el castillo. ¿Han caído muchos hombres?

—Todavía no me han informado con detalle de las bolas negras, señor, pero han sido muchos los lamentos oídos. Se bajaron algunos hombres a la enfermería. Las dos andanadas de la fragata a tocapiñoles fueron duras, la segunda con metralla.

Fue en aquel momento cuando sentí la bota encharcada de líquido, al tiempo que sufría un ligero mareo, tanto así que debí tomar el cuerpo del segundo para no caer.

—¿Se encuentra herido, señor?

—Pues no lo sé, segundo. Tras la primera andanada de la fragata sentí un corte en el muslo, pero sin mayor importancia ni excesivo dolor. Pero ahora siento la bota encharcada, no sé si de agua o sangre. Debe de ser la segunda solución porque me noto la pierna mojada...

Un nuevo y dulce mareo me atacó con fuerza. De pronto, me sentí flotando entre nubes blancas, cuyas madejas me envolvían por completo. Se trataba de una sensación muy agradable, como cuando se ha bebido un buen aguardiente en abundancia y se dejan volar en libertad los pensamientos. Pero de pronto se cerró el cuadro por completo con telón negro, como si me hubieran dejado caer de nuevo en las tinieblas.

25. De nuevo la luz

Desperté en la cámara tendido sobre mi cama, todavía con la visión borrosa y sin saber dónde me encontraba ni lo que había sucedido. Aunque intentaba enfocar los conocidos perfiles con detalle, una nube vaporosa se mantenía en caprichoso movimiento a mi alrededor, al tiempo que el vértigo dulce se remansaba poco a poco, como las olas en su permanente arribada a la playa. Por fin, pude observar algunas figuras cerca de mí que efectuaban ligeros movimientos. La primera que se aclaraba con nitidez pertenecía al cirujano, que movía sus manos en mi muslo derecho, observándolo con detenimiento. Comprobé que algunas vendas depositadas sobre mi carne se encontraban embadurnadas en un color rojo oscuro, un detalle que me hizo regresar a la realidad con rapidez, como si hubieran disparado con mosquete junto a mis oídos. El mareo persistía pero todavía apacible y de forma agradable, aunque me permitiera reconocer los rostros con absoluta claridad. Barbate se encontraba en mi cabecera y a él me aferré.

—Barbate.

—Mande, señor.

—Dame un vaso de aguardiente. Debo despejarme y regresar al alcázar.

—No creo que el aguardiente le sirva de mucho, señor, más bien al contrario. Y nada de abandonar el lecho. No deberá moverse cuando haya acabado de hacerle esta primera cura —comentaba el cirujano primero, tras elevar su cabeza hacia mí.

—Eso ya lo veremos, amigo mío. Acabe la cura con rapidez y deje las recomendaciones a la banda.

Barbate me alcanzaba un generoso vaso de aguardiente, que bebía a tragos con rapidez, como náufrago contra esponja húmeda. Y si todavía movía pensamientos a media luz, aquel caldo me devolvió a la vida con rapidez. Todas las vivencias acaecidas en los últimos días se abrieron en mi cerebro al golpe. Me dirigí al cirujano de nuevo.

—¿Qué me ha sucedido en la pierna, galeno? ¿Alguna herida de gravedad?

—Poca cosa, señor. Un cortadillo de metralla le ha entrado en la parte baja del muslo. Pero penetró hasta el hueso matriz y se lo tuve que extraer. Fue necesario entrarle bien dentro con las pinzas y sajar tanto avante. Por fortuna, puedo asegurarle que no ha quedado ningún cuerpo extraño en el interior. Pero ha perdido mucha sangre. Cuando lo trajeron sin sentido, su bota rebosaba de líquido rojo hasta el mismo borde. Debía haber avisado antes, señor.

—No era el momento apropiado. ¿Cuánto tiempo me he mantenido sin sentido? —De repente, como si me pasaran unas ilustraciones a gran velocidad, recordaba el combate con todo detalle. Me sentí nervioso y hasta avergonzado, como si hubiera fallado de forma lamentable en el cumplimiento de mi deber.

—Unas seis horas, señor. Tuve que aplicarle un poco de láudano cuando comencé a hundir el bisturí a fondo. Se movía mucho y recitaba órdenes para el combate difíciles de comprender. La herida se encontraba demasiado cerca de los vasos femorales, con los que no se deben gastar bromas, por lo que no podía permitir esos bruscos movimientos. Ahora he venido a efectuarle la primera cura. Todo se encuentra en orden, señor. Su fortaleza personal es digna de elogio. Sin embargo, no debería moverse en algunos días o la herida sangrará de nuevo, condición que debemos evitar.

—He de regresar al alcázar.

Cuando intentaba incorporarme, al mismo tiempo que el mareo volvía a aparecer, entraba en mi cámara el segundo, avisado por Barbate.

—Sin novedad, señor comandante.

Recibí la primera alegría al comprobar la amplia sonrisa de quien había tomado el mando en mi ausencia. Pero el nerviosismo intenso no se apagaba de mi sangre, más bien al contrario.

—Por favor, segundo, infórmeme con rapidez. ¿Por dónde navegamos? ¿Cómo nos encontramos de maniobra? ¿Podemos utilizar el trinquete? ¿Y las unidades enemigas? ¿Ha aparecido nuestra lancha y sus hombres? ¿Hemos sufrido muchas bajas? ¿Hacia dónde nos dirigimos? Por todas las barraganas con lunares negros en los pechos, que debo salir al alcázar cuanto antes.

El segundo movió sus manos hacia mí, como si solicitara permiso para hablar.

—En primer lugar, señor, no debe moverse, según prescribe el primer cirujano don Leonardo de Navas, muy competente en su facultad. Además,

nada le será necesario decidir en estos momentos porque la situación se encuentra aclarada y en calma absoluta. —Volvió a elevar sus manos en súplica para apaciguar mis palabras—. Le contestaré a todas sus preguntas, señor, si me ofrece unos pocos minutos.

—Vamos, segundo, desembuche la paloma de una vez y no dé más vueltas sobre los morros.

—De acuerdo con sus últimas órdenes, nos separamos con rumbo norte hasta que pudiéramos reconocer la maniobra de proa y las limitaciones que nos producía. Debimos de sufrir un par de impactos en la zona del bauprés, que nos ha quedado rendido por estribor entre las columnas y la trinca de dentro, sobre la cabeza de la capuchina. También partió el botalón del foque, la verga de la cebadera, el pescante de dicha amura, el tajamar por las gruesas de los barbiquejos, la pieza del espaldar, las dos batayolas, las gambotas de proa y medio león^[127], en este caso sin posible reposición porque debieron de quedar sus fauces millas a popa. Durante la noche solamente se trincaron a buena ronda los elementos que peligraban más y ajustamos aparejos. Y ya con las primeras luces, las cuadrillas necesarias han comenzado a trabajar a fondo.

—¿Es posible reparar las averías en la mar?

—Podemos dejarlo en aparejo de fortuna, de modo que nos sea posible utilizar las velas del trinquete con cierta precaución. Si nos encontráramos en medio del mar del Sur, llevaríamos a cabo una reparación distinta y más definitiva, que nos llevaría bastante tiempo. Pero con el arsenal de La Habana tan cercano, he ordenado que se haga lo mínimo sin revocar piezas firmes y concediéndonos el mayor andar posible. Espero que se muestre de acuerdo con tales disposiciones, señor. En estos momentos, mientras navegamos proa a La Habana con los dos palos de popa, se desguaza el mallete de las columnas para conseguir formar al bauprés, que está rendido a tronco con una rueca con troza de jimelgas^[128] con cuatro reatas. También es necesario colocarle otra rueca sobre esta con el trozo del botalón que nos quedó a bordo. Es posible que esta misma tarde podamos largar trinquete y velacho, aunque en mi opinión, señor, no sería necesario exponer una mota. Nos restan poco menos de doscientas millas hasta La Habana.

—¿Y si nos atacan de nuevo? ¿En qué posición se encuentran las unidades enemigas?

—Si me lo permite, señor, le expondré paso a paso y con todo detalle lo sucedido desde que se desmayó —el segundo hablaba con extrema paciencia, temiendo que saltara de la cama en cualquier momento—. Como le decía, aproamos hacia el norte, de acuerdo al plan previsto. Como con los tarros de

luz poco se aclaraba la situación en proa, ordené esperar a que aparecieran las primeras luces y poder comprobar el aparejo. Tan sólo permití llevar a cabo pequeñas reparaciones de cabuyería en corte y operaciones parecidas, sin riesgo alguno, así como auxiliar a los heridos.

—¡Joder, segundo! Me interesa más saber de los buques enemigos y su situación. Deje la puta literatura bajo el jergón.

—Ahora entro, señor. Cuando se alzaron las luces del crepúsculo, la fragata y el bergantín navegaban con proa a poniente en franca retirada. La primera con trinquete y bauprés rendidos. Era fácil comprender el verdadero maremágnum que debían de sufrir en el castillo, porque todavía se dedicaban a aclarar maniobras. Recibía auxilio del bergantín que, por su parte, mostraba heridas de calado grueso en toda su banda de babor, aunque por milagro no perdiera arboladura alguna. Es muy posible que hubiéramos podido rendir a la fragata, persiguiéndola durante horas en dirección opuesta a nuestro destino. Pero con sinceridad, señor, habría sido tarea complicada y peligrosa. No merecía la pena exponernos en nuestra delicada situación. Esa fue mi única duda, pero creo que en dicha coyuntura habríais hecho lo mismo.

Por los cojones de Neptuno, pensé mientras movía mis manos de forma nerviosa. Pero ya la moscarda había volado y debía conocer más detalles que me preocupaban.

—Buen, pasemos a otro tema. ¿Y nuestra lancha? ¿Y la goleta americana?

—Esa fue la mejor de las noticias, señor, cuando se abrió el sol. —El segundo parecía gozar ahora con la narración—. Para nuestra sorpresa, la lancha navegaba al remo sin daños aparentes hacia el norte, a unas cinco millas de nosotros, de acuerdo con las previsiones establecidas para después del combate. Los hemos recogido hace una hora solamente. La historia que nos ha narrado el alférez de fragata Garnica es digna de alabanza —quedó en suspenso su narración, como si deseara crear cierto ambiente de cábala.

—Vamos, entre al puerto de una vez.

—A bordo de la lancha comprobaron la presencia de la goleta, cuando se encontraba a pocas varas de distancia. Le dispararon el cañón con metralla desde su amura, lo que debió de barrer su cubierta en sangre, al tiempo que los fusileros hacían su trabajo. Como nuestra brusca maniobra los separaba del objetivo, Garnica decidió largar el remolque, una acción que le honra. Consiguieron abarloarse a la goleta mientras le largaban dos disparos más morro con morro. Por parte de los americanos solamente contestaron con escaso fuego de fusilería, posiblemente sorprendidos ante la nefasta aparición y con muchas bajas. Una vez a besar maderas, Garnica ordenó lanzarles los

cinco frascos de fuego disponibles, que prendieron con rapidez. Ese debía de ser el incendio que se apreciaba a popa y que estimé podía sufrir la misma lancha.

—No recuerdo fuego alguno.

—Ya habíais perdido el sentido, señor, y trasladado a su cámara. La goleta se perdió con rapidez entre las llamas. Por parte de la lancha, aunque intentaron recoger alguno de sus hombres, que se lanzaban al agua entre los restos, no consiguieron más que rescatar cuatro cadáveres y dos heridos de gravedad, que murieron poco después a su bordo. Esos corsarios cabrones han perdido una hermosa goleta en combate desigual contra una sencilla lancha cañonera.

—Parece que este joven Garnica mantiene los huevos bien alzados y fuego en la sangre.

—Puede estar seguro, señor.

—¿No recogieron ningún material o documento de la goleta? Habría sido muy importante para demostrar la nacionalidad de esos bastardos.

—Lo buscaron con intensidad, señor. Por desgracia, era noche cerrada y con el incendio nada se pudo rescatar.

El segundo parecía haber rematado la información, pero no me cuadraba de lleno tal postura.

—¿Hemos perdido muchos hombres? ¿Sufrimos algún daño más a bordo?

—En nuestro navío aparecieron los clásicos desperfectos de maderas y cabuyería cortada sin mayor importancia. Asimismo, dos cañones destrincados en la batería alta de babor, así como tres troneras en cuelgue. Todos ellos, males de sencilla reparación que ya se han acometido. En cuanto al personal —el segundo bajaba el tono de su voz—, nueve hombres han perdido la vida, señor. Tres marineros, un grumete, dos soldados de Marina, dos de Artillería y un paje. También sufrimos dieciséis heridos y algunos contusionados.

—Pero ningún herido de máxima gravedad, señor —intervino el cirujano, apartando la vista de mi herida—. Sanarán si no aparecen humores malignos.

—¿Y a bordo de la lancha? ¿No han perdido ningún hombre?

—Parece un milagro santero, señor, pero ni un solo rasguño en su dotación. Garnica debe de haber sido parido con una buena estrella.

—Es importante la suerte entre quienes mandan durante la guerra, bien lo sabe Dios. ¿Ningún herido entre nuestros oficiales?

—Solamente el guardiamarina Mendoza, que sufrió un pequeño corte en el brazo, un pequeño astillazo. Doloroso y con pérdida de sangre, pero sin

mayor riesgo.

—¿El caballero Mendoza otra vez? Por la bicha de Estambul, que ese mozalbete no para de regar las aguas con su sangre. Pero, no lo comprendo, ¿cómo pudo ser herido si se encontraba pegado a mí?

—El caballero nada dijo hasta que se tranquilizó la faena del combate, cuando la sangre le resbalaba por los dedos de la mano. Muestra orgulloso el vendaje en su brazo. También es un jabato este joven. Bien que se merece la charretera.

—Y la obtendrá, aunque no se recomiende para los guardiamarinas sin cursos superiores. Menuda estupidez. Cuando se entra con ese valor en combate, se ha de promocionar al héroe, tenga conocimientos de astronomía o no. Ya los aprenderá. Con ese sistema, el teniente general Barceló habría quedado de marinero toda su vida. Bueno, segundo, bien hecho. Lo felicito.

—Nada hice, señor. Cuando lo tomé para que no cayera al suelo, ya habíamos concluido la acción. La verdad es que el combate se desarrolló en escasos minutos. Ahora navegamos con viento todavía del sudoeste y fresco por alto, lo que nos permite un más que aceptable andar. En un par de jornadas asomaremos pico en La Habana, si no se tuerce la vara.

—Muy bien. Esta misma tarde llevaremos a cabo el ceremonial mortuorio de mar. Así que ya sabe, cirujano, apriete bien esas vendas porque he de salir al alcázar en escasos minutos.

—Debe reposar, señor. En caso contrario...

—Mucho le agradezco sus cuidados, galeno, pero calle de una vez su boca sobre lo que he de hacer. Acuda a cuidar a los heridos, que ya me muevo yo sin problemas.

—Al menos debería comer, señor —entraba Barbate, metido de lleno en su nuevo papel.

—Eso sí que lo acepto. Comida y bebida en abundancia. Vino rojo espeso para renovar la sangre perdida. ¿No se recomendaba así, cirujano?

—Se trata de una teoría antigua, señor, sin base científica alguna. El vino no tiene por qué...

—No delire, cirujano. Creo que me fío más de los viejos galenos en ese particular caso. El vino rojo y espeso renueva la sangre perdida, lo digan sus modernos tratados o no.

—Es posible que tenga razón, señor —aceptó el cirujano con la mirada baja.

—Puede estar seguro.

Tras comer con apetito voraz y beber más de una frasca de vino rojo, me sentí renacer. Bien es cierto que la pierna dolía, especialmente cuando efectuaba cualquier movimiento, pero se trataba de un dolor soportable. Salí a cubierta para comprobar a la luz del día los efectos del combate. Y en una primera visión no aprecié daños mayores, aunque era consciente de que ya se había llevado a cabo el desenmarañado general que se produce en cubierta. Pero continué hacia proa, donde se arremolinaban las cuadrillas de carpinteros y contraмаestres. Ahí sí que se podían observar con detalle los efectos de las andanadas, porque desde el tajamar hacia proa casi todo andaba en remiendos de orden. El contraмаestre primero se acercó hacia mí con rostro de preocupación.

—¿Cómo se encuentra su pierna, señor? Entendí al segundo comandante que debería reposar algunos días.

—Todo se encuentra bajo control, nostramo. Ya me explicó el segundo los daños con detalle. No necesitamos prisas ni tomar riesgos. Navegaremos hasta La Habana con mayor y mesana solamente.

—Me parece muy bien, señor. Aunque restablezcamos la maniobra de proa en fortuna, necesitaremos un arsenal para que el bauprés quede en solfa de seguridad.

—Siento que hayamos perdido cuatro de sus hombres. Esperemos que nos cubran esos tres marineros y el grumete en el arsenal.

—Será difícil de reemplazar al gaviero Lumbres, señor, uno de nuestros mejores hombres.

—No sabía que era uno de los caídos. A ver si la suerte nos favorece. ¿Cuánto tiempo calcula que necesitaremos para rematar las obras en el arsenal? ¿Tres o cuatro semanas?

—Por lo menos, señor. Si son buenos y disponen de suficiente personal, más nuestras cuadrillas, estimo que podrá alargarse la faena hasta las seis semanas.

—Mal nos llega ese pedrisco, nostramo. El capitán general había previsto el embarque de tropas en nuestro navío, para su inmediato traslado a El Callao. Y me temo que aparezca otro navío y se lleve el cesto de huevos bajo el brazo.

—También yo deseo navegar una vez más por el mar del Sur, señor. Creo que lo merecemos.

—Larguemos rezos a las aguas para conseguirlo.

Aquella misma tarde llevamos a cabo el ceremonial mortuorio marítimo. Lanzamos los cuerpos de los fallecidos a la mar, un triste espectáculo al que

asistía en el navío bajo mi mando por segunda vez. Y no me podía quejar de la suerte. Porque en el combate contra tres unidades y a corta distancia, el número de lonas lanzadas al agua con bala rasa podía haberse elevado de forma notable. Una vez finalizado, me sentí agotado y con mucho dolor en la pierna maltratada, por lo que decidí retirarme a la cámara. No obstante, antes hablé con el segundo y piloto para establecer el resto de la derrota hacia la costa septentrional cubana.

—¿Dónde nos encontramos, piloto?

—Aquí, señor, con buen punto de estima. —Señalaba con su mano sobre la carta náutica—. Calculo que, si se mantiene esta fuerza y dirección del viento, mañana por la mañana nos encontraremos tanto avante con el bajo de Sancho Pardo y el placer de las Cinco Brazas, a unas ciento setenta millas de La Habana.

—No deseo riesgos en nuestra situación. Nada de costanear por cayos y jardines.

—Por supuesto, señor. Tomaremos resguardo suficiente para acabar entrando a La Habana con rumbo sudeste.

—Muy bien.

—Debería descansar, señor —entró el segundo—. De nuevo se le enrojecen las calzas por la pérdida de sangre y se le nota fatigado.

—Tiene razón. Me retiraré a dormir y descansar. Avíseme, sin dudar, si aparece algún problema.

—Quede tranquilo, señor.

Aunque dudaba de que pudiera entrar en sueños con rapidez, apenas me atacaron las visiones de la noche cerrada, entrado en fuegos contra los corsarios americanos. Tras haber trasegado media frasca de aguardiente, el mejor remedio para aplacar los dolores, quedé profundamente dormido. Ni siquiera el rostro de Beatriz acudió en socorro de sueños dulces.

* * *

En la tercera amanecida tras el combate nocturno, avistamos con facilidad los castillos del Morro y de la Punta, con un sol radiante y sin una sola nube en los cielos, acariciados por un soplo suave de poniente. En los dos días pasados, todos los heridos habían mejorado de forma visible y sin complicaciones, a excepción de un soldado de Marina cuyas heridas en el pecho mostraban colores de preocupación. No obstante, los cirujanos eran todavía optimistas en cuanto a su futuro. Para mi fortuna personal, también la

pierna había dejado de sangrar y en las dolorosas curas a las que me sometía el primer cirujano, no se avistaban en los bordes de la herida riesgos futuros. El caballero Mendoza todavía mostraba la venda sobre su brazo con rostro de orgullo, aunque en pocos días podría desterrar tan honorable condecoración.

Cuando me disponía a atacar la canal de entrada, el viento comenzó a tontonear en suspiros de tristeza y a la contra, por lo que me vi obligado, al igual que en la ocasión anterior, a echar las embarcaciones al agua para que nos ofrecieran el necesario remolque. Y poco me satisfizo tal medida porque no lo merecían mis hombres, de los que, en líneas generales, me encontraba muy satisfecho. Y no sólo por las peripecias sufridas desde la salida de Cádiz sino, de forma especial, durante el combate con los americanos, en el que ni una sola pieza de la dotación había ofrecido la blanda.

Por fin atravesamos la primera angostura, abierta entre el Morro y la Punta, momento en el que caímos para aproar hacia la segunda. Atravesamos media milla larga que se debió hacer eterna a los hombres alistados al remo, aunque no exigiéramos esfuerzos innecesarios en ningún momento. A la altura del castillo de la Fuerza, en el punto de estrechamiento más pronunciado, comenzamos a avistar esa mágica e incomparable bahía, que ningún hombre de mar es capaz de olvidar cuando ha gozado de ella. Una vez dentro, mientras admirábamos una vez más la preciosa ciudad que se nos abría a poniente, aproamos hacia el arsenal sin mayor inconveniente, donde pocos minutos después fondeaba con dos anclas frente a los diques.

Todavía el sol aumentaba en altura y fuerza, cuando tomé la lancha para dirigirme a la Comandancia General del Arsenal. Se me presentaban tres asuntos de importancia, que debía manejar con eficacia. En primer lugar y sin dudar, conseguir las necesarias reparaciones que se debían abordar en el navío para que pudiera navegar con la necesaria seguridad. Y en este importante asunto, rogaba a los cielos para que el malquerido brigadier Lezcano se mantuviera en su puesto, sin que hubiese aparecido su relevo, por mucho que lo desearan de capitán a paje en el arsenal. Pero también era importante ofrecer al capitán general la novedad de todo lo sucedido durante los últimos meses en el seno mexicano, para rematar con el combate entablado pocos días antes. Y para cerrar el lazo, intentar que se me mantuviesen asignada la anhelada comisión hacia las aguas del sur.

Amparado en mi buena estrella, recibí la primera alegría al comprobar que el arsenal se mantenía bajo las mismas manos. Y fui recibido con sonrisas por ese hombre tan agradecido a la memoria de mi padre. Le expuse a trazos largos los cuatro meses de sufrimiento con las autoridades civiles de

Veracruz, para rematar con los detalles del combate y problemas en la maniobra de proa. Aunque dudara algunos instantes, creí ver el azul del cielo cuando el comandante general entraba por derecho en el asunto.

—Lo felicito con calor, Leñanza, por sus meritorias actuaciones. Sois digno hijo de vuestro padre. Esta misma tarde hablaré por derecho con el ingeniero jefe del arsenal. No se presentan en estos días problemas de calado en nuestro establecimiento en cuanto a reparaciones. Durante las últimas semanas tan sólo hemos trabajado a fondo con la corbeta Sebastiana, que llegaba desde España con algunos problemas de escasa monta en el mesana. Y pensaba que a su bordo aparecería mi relevo, aunque no se produjera tal condición. Es posible que me otorguen por fin la faja, y se me conceda permanecer en este puesto con la necesaria propiedad —Esgrimía una sonrisa de satisfacción adelantada.

—Bien que lo merecería, señor —entré en lisonja pelotera sin rubor alguno.

—En cuanto a su navío, además de ese bauprés rendido, nos ocuparemos de comprobar las reparaciones llevadas a cabo en las tablas de estribor. Mucha suerte le alcanzó con esa vía de agua, que suele enviar a los fondos a cualquier buque. Y por último, comprobaremos el lastre. Coincido en que se trata de un asunto de la mayor importancia. Por cierto, que ese cobre nos llega como maná caído del cielo. Mucho escasea y no seríamos capaces de enmendar el forrado de la obra viva de una pequeña balandra con las existencias actuales.

—Ya sabe, señor, que firmé la carga en firme con destino al puerto de...

—Esos malparidos sinvergüenzas de Veracruz quieren siempre ganar el doble con forro. No se preocupe, Leñanza, que le firmaré todos los documentos necesarios en pila bautismal. En ellos aseguraré que se toma dicho material por máxima e imperiosa necesidad del arsenal y sus buques. Las protestas alcanzarán esta plaza años después, cuando ninguno de los dos nos encontremos por estas vías.

—Me parece muy bien, señor. Y una vez más, le agradezco que me brinde su apoyo con tal rapidez. No quiero perder la onda de la posible comisión a las aguas del mar del Sur.

—Ahí me parece que la bicha le comerá la cara a rampojos. No intento más que ofrecerle la debida sinceridad. El envío de esas tropas hacia El Callao se hace urgente, conforme transcurren los días. Calculo que el navío bajo su mando deberá de encontrarse en situación de inmovilización por obras durante un periodo cercano a los dos meses. Y como se anuncia el pronto

arribo del navío San Pedro de Alcántara, si asoma su proa en esta bahía antes de que se rematen las obras del *Asia*, será el encargado de salir hacia el cabo de Hornos sin pérdida de tiempo. Pero ya sabe que esa decisión se escapa de mis manos y queda en las de la superior autoridad.

—Lo comprendo, señor.

Con el ánimo a la baja, abandoné el arsenal para dirigirme hacia el edificio de la Capitanía General, donde debería abordar una audiencia de más calado y con informes más detallados sobre la comisión rendida al seno mexicano. Pero las palabras del brigadier Lezcano sobre el posible arribo de un nuevo navío me quemaron las crestas del orgullo. Tanto así, que comencé a implorar por el retraso del San Pedro de Alcántara o que un pequeño incidente le impidiera llegar a tiempo. Me recriminé tales pensamientos, pero ya se sabe el egoísmo de todo comandante de buque en cuanto a las posibles misiones que puede encarar con su unidad.

No se mostraba el teniente general Ruiz de Apodaca con humor elevado a las nubes en aquella mañana. Menos mal que me concedía cierta confianza y aprecio. De esta forma, en los primeros momentos fui yo quien debió escuchar sus lamentos sobre la situación general de la insurrección y la particular de la Armada aunque, como colofón, me asegurara su convencimiento de que los alzamientos en nuestras provincias americanas acabarían por ser reducidos en escasos meses. Tan sólo se necesitaban fuerzas en la costa chilena para cerrar aquel escenario, al que se concedía especial importancia. Fue el momento en el que sufrí la decepción.

—El navío San Pedro de Alcántara arribó hace dos semanas a San Juan de Puerto Rico, donde se le había ordenado desembarcar diferentes autoridades en transporte, correspondencia y alguna sección de infantería. De esta forma, debe de encontrarse a punto de encarar esta bahía. Siento de verdad que necesite esas importantes obras en su buque, Leñanza, que le impedirán salir hacia el sur. Pero no podemos esperar y son dos los regimientos que se han de transportar hacia El Callao sin pérdida de tiempo. Cuando quede su buque en cuerdas, lo emplearemos para que transporte a la Península bastante personal que debe disfrutar descanso o que retornan a casa, tras alargado periodo de servicio en estas tierras, así como diversos caudales y mercancías de valor. Pero no se entristezca, que ya le llegará la ocasión en la próxima comisión.

—Por supuesto, señor. Lo siento pero comprendo la necesidad del transporte.

—Bueno, ahora cuénteme con detalle todo lo sucedido en estos últimos meses. Ya comprobé con el oficio que me remitió a bordo de la goleta

Mexicana, que andaban en alza las picas con esos capullazos embravecidos de Veracruz. Y no sólo le concedí razón, sino que elevé los partes en copia al señor virrey, así como mis propias opiniones al respecto y la necesidad de que se rebajen las particulares competencias concedidas. Ya no presentan sentido alguno y solamente consiguen entorpecer el servicio de las armas. Vamos, éntrele al meollo del ajo con detalle y semana a semana.

Narré punto por punto todo lo acaecido al navío *Asia* desde su salida de La Habana meses atrás. Sin perder una sola letra, expuse el terrible temporal sufrido y sus funestas consecuencias, las reparaciones llevadas a cabo por nuestro personal y el apoyo del arsenal de San Juan de Ulúa, la comisión de transporte a Campeche con el especial acaecimiento en la laguna de Términos y, por último, los problemas surgidos con las autoridades veracruzanas. Incidí de forma especial en la actitud de quien parecía mandar en la plaza, don Mariano de Almanza, remiso a entregarnos los víveres necesarios y empeñado en reducir la dotación del *Asia* para sus propios fines. Y para rematar el cuadro, expuse el combate con los americanos, que mucho sorprendió al general.

—Le felicito por la audacia y valor mostrados en ese combate, así como en el de la laguna de Términos, lo que informaré a la Comandancia General de la Escuadra de la forma conveniente. Pero me interesa mucho un aspecto determinado. ¿Está seguro de que entró en fuegos con buques del Estado americano? No podemos elevar picas sin seguridad porque esos buhoneros lo negarán en redondo. Y no es prenda barata atacar a todo un navío de la Real Armada. En ese caso, deberíamos suponer que han elevado de forma notable el nivel de su atrevimiento, hasta alcanzar cotas por ahora insospechadas.

—Sin duda, señor.

—Lástima que no le apresaran alguna unidad, aunque hubiera sido la goleta, para poder demostrar nuestra denuncia. Ya le digo que esos malparidos de sangre británica lo negarán todo con la misma desfachatez con que lo hacían sus abuelos en el siglo XVI. ¿Esos naufragos que recogieron no portaban documento alguno?

—Nada, señor. El único dato interesante es que la goleta amparaba en el coronamiento de popa el nombre de *Seagull*^[129]. Se puede comprobar fácilmente si una goleta con tal apelativo aparece en la lista de buques de la Marina americana.

—Pues vaya con la jodida gaviota. Podemos intentarlo aunque también lo negarán. Desde luego, avisaré al director del Consulado americano y elevaré una protesta con cejas elevadas en fuego. Y daré por hecho que la goleta

Seagull formaba parte de la división en el ataque y que le tomamos algunos documentos que lo acreditan. Ya que ellos mentirán sin emborronar su cara en rojo, me adelantaré en el pecado. Malditos sean esos hijos del gran putón romano, a los que ayudamos para que consiguieran su independencia. Bueno, eso sí que fue una estupidez por nuestra parte, en el vergonzoso seguimiento de la política francesa que tan poco nos benefició durante gran parte del pasado siglo. Pero, bueno, respetemos la memoria de don Carlos III, que tanto benefició a la Real Armada.

Quedamos en silencio, mientras el general parecía rumiar sus propios pensamientos sobre el combate sufrido. Meneaba la cabeza hacia ambos lados, como si deseara tomar al cónsul americano entre las manos y apretar a muerte su gaznate.

—En cuanto a la vía de agua sufrida en pleno temporal de borlas, la suerte le favoreció a raudales, Leñanza. Obró con mucha sabiduría y esa suerte que nos ha de acompañar siempre en la mar. Lina medida muy audaz la de correrlo de empopada y a palo seco para aliviar a continuación el lastre. Se jugó los bigotes a la brasa. Aunque no ocurra con frecuencia, en esta ocasión aplaudo la medida del brigadier Lezcano en cuanto al cobre utilizado en el lastre. Aquí quedará tan importante material^[130] para el uso del arsenal.

—Así lo haré, señor. De todas formas, es necesario desembarcarlo para conseguir un lastre adecuado.

—Desde luego. Aunque mucho he navegado y mandado gran cantidad de buques, jamás tuve problemas con el lastre. Bien es cierto que, por gracia de los cielos, tampoco sufrí una vía de agua. No sé si será necesaria su entrada en dique, aunque para tal cometido se encuentran los ingenieros. También deberían revisarle la reparación de las tablas de estribor. Todo ello sin contar con el bauprés tronchado, reparación que más tiempo necesitará.

—Eso me temo, señor.

Nuevo detenimiento y silencio, como si el general mantuviera otros pensamientos en su cabeza de mayor importancia. Por fin, tras alargados segundos, regresó al presente.

—Bueno, Leñanza, descanse y restablezca esa pierna maltrecha. Bien que lo merece. Tengo el placer de comunicarle que, por el conjunto de sus extraordinarias actuaciones al mando del navío *Asia*, elevaré propuesta para que se le conceda la faja^[131]. Pero como no deseo mentirle ni cebar falsas esperanzas en su pecho, con las condiciones actuales que se viven en España y la poca atención que se nos concede a la Armada, no creo que se la otorguen. Poco o nada contamos por estos días, en los que se escuchan

comentarios aberrantes sobre nosotros. En fin, esperemos que el nuevo gobierno de don Fernando pueda restablecer la situación normal.

Es fácil imaginar la caída de mi ánimo tras las noticias recibidas. Y si el navío San Pedro de Alcántara había salido desde Puerto Rico hacia La Habana, no tardaría muchos días en aparecer a mi lado. Pero así es nuestra vida de cambiante y caprichosa, capaz de ofrecernos caricias o bofetadas sin mudar una mota el gesto de su cara. Una vez a bordo del *Asia*, expuse la situación a mis oficiales. De forma general, también mostraron rasgos de pesadumbre y desencanto, especialmente los jóvenes que todavía no habían cobrado la muesca de doblar el cabo de Hornos hacia poniente.

Aquella tarde me refugié en el único pensamiento que podía aligerar pesadillas. Recreaba la visión en el rostro de Beatriz, con sus lágrimas en incontenible caída y la posibilidad de regresar cuanto antes a ella. La nueva situación me beneficiaba en ese único aspecto, porque se acortaría el tiempo para poder correr a su lado, bien fuera a bordo del *Asia* o volando sobre las nubes. Incluso llegué a pensar que, si regresaba a la Península e iniciaba una nueva comisión a La Habana y seno mexicano, podría solicitar permiso al general Apodaca para que me permitiera contraer matrimonio en Veracruz. También elevaría súplica para transportar posteriormente a mi esposa hacia la Península a bordo del *Asia*, como hacían otros oficiales aposentados en Indias con sus cónyuges.

Fue al siguiente día cuando comenzaron a volar cuervos de azabache sobre mi cabeza sin descanso. En primer lugar, durante la mañana mostraba su flamante silueta en el arsenal el navío San Pedro de Alcántara. Y como no aparecía ningún rasguño a la vista por su estructura, podía decir adiós de forma definitiva a las aguas del mar del Sur. Pero no acababan en ese punto los males. Porque por la tarde, el oficial de guardia recibía una pequeña saca con correspondencia para el navío *Asia*, transportada desde Cádiz por quien nos apeaba de la comisión sureña. No le concedí mucha importancia porque en su mayor parte suelen aparecer documentos oficiales y normativas de la Dirección General de la Armada en cambio, aunque también se añadieran de forma habitual algunos escritos y esquelas personales de las que llamaban triángulos^[132]. Sin embargo, poco después golpeaban la puerta en petición de permiso. Y a continuación aparecía en mi cámara el teniente de fragata Montemayor, oficial de guardia.

—Ha llegado correspondencia personal para vos a bordo del navío San Pedro de Alcántara, señor.

—¿Para mí? —pregunté extrañado porque, en verdad, no solía ser norma habitual en mi familia. Rechazábamos dicho mecanismo porque, las más de las veces, quedaban tales escritos a medio camino y se recibían una vez de regreso en casa—. Una inesperada y agradable sorpresa. Muchas gracias, Montemayor.

Cuando tomé el recado entre las manos y comprobé su abultado tamaño, lo que indicaba el uso de varios folios doblados a cuartos, sentí un ramalazo de dolor en recorrida por venas y tripas. Ni siquiera había observado el sello con detenimiento y ya creía conocer que aquellas páginas acaparaban mensajes en negro. Tan sólo la posibilidad de que se tratara de más frases amorosas de mi locada prima, a las que no concedería mayor razón, rebajaban la tensión en mi pecho. Sin embargo, cuando comprobé el sello personal de María Antonia sobre el cierre de lacre, se me borraron los cuadros. Porque algo muy importante debía de haber sucedido para que quien consideraba como madre me dirigiera aquellas letras.

Sopesé el papel en las manos sin atreverme a abrirlo. Pensé en posibles razones que hubieran obligado a María Antonia a tan extraño proceder. ¿Le habría sucedido algún mal a mis hijos o sobrinos? ¿Habría enfermado mi hermana o la prima Cristina de gravedad? Aunque mucho cavilaba sobre las posibilidades que se abrían ante mí, no podía suponer siquiera lo que aquel recado podría afectar a mi vida de inmediato y sin necesidad de esperar un solo segundo. Por fin, me decidí a destapar el tarro de las esencias, aunque no se deban asociar agradables perfumes a las noticias recibidas.

26. María Antonia

Necesité bastantes segundos para hacer saltar el lacre con el pequeño descalzador^[133] de plata, inolvidable recuerdo de mi mando del bergantín Penélope, que tan lejano se mostraba en los recuerdos. Y no porque presentara la tarea especial dificultad sino, posiblemente, por un oscuro deseo de retrasar lo que consideraba como catástrofe inevitable. No crean que intente presumir de santero adivinador, pero esos vientos de avanzada solían atacarme con asiduidad y en elevada razón. Por fin, no sin esfuerzo, desdoblé los folios, para reconocer sin posible error la letra corrida en pico de persona tan querida. Dirigí la mirada hacia la balconada, como si en las aguas pudiera aparecer el soplo salvador que eliminara de un plumazo el forzoso temporal. Me decidí a tomar la empresa por su camino, al tiempo que elevaba silenciosos rezos a la Patrona por la salud de mis hijos y demás familiares. No obstante, una lejana voz en rumor bajo me anunciaba que no corría la derrota por esas latitudes.

Una vez con los folios sobre la mesa, intenté buscar en mirada corrida el nombre de Pecas o María, que, por gracia de los cielos, no aparecían en un primer repaso. Y ya entrado en la llaga, comencé a leer con detenimiento las palabras de María Antonia, unas letras que repetí una y mil veces durante las siguientes semanas, sin poder borrarlas del cerebro.

Mi muy querido hijo del alma. Sé que sufrirás mucho al leer estas notas que dicto con un ligero temblor en mis manos, pero debes tener en cuenta que más me duele escribirlas y hacerte llegar unas nuevas tan espantosas que, por supuesto, no mereces. Bueno, debo entrar de frente y evitar los falsos almíbares, que tanta pena añaden al verdadero dolor.

A las cinco o seis semanas de tu partida, llegó hasta mí Cristina para comunicarme sin reparo alguno y a la cara, en

impropia y descarada actitud, que se encontraba embarazada de ti. Como puedes suponer, gracias a mi fortaleza espiritual no caí rendida al suelo. Pero te conozco mejor que a mí misma y sé de tus bondades y virtudes, por lo que me negué a creer tal noticia en redondo desde el primer momento. Fíjate que dudaba de mi propia hija, al saberte incapaz de una obra así. No obstante, por más que intenté sonsacarle la verdad por suave y fuerte, esta desgraciada se reafirmaba una y otra vez en su sinfonía. Aseguraba, sin que un mínimo pudor o señal de arrepentimiento apareciera en su rostro, que había yacido contigo tras el sarao ofrecido en casa y la habías hecho mujer. Insistía, alborozada, en que os amabais con locura, una consideración falsa porque conozco de tu boca los verdaderos sentimientos, solamente de cariño familiar, que profesas hacia ella. Por mucho que le negara por derecho y revés tal posibilidad, exponiéndole nuestras conversaciones al respecto, más se aferraba Cristina en su increíble locura.

Tras prohibirle con energía y severas amenazas que comentara la situación con nadie, ni siquiera con tu hermana Rosalía, decidí que debía tomar cartas en el asunto y conocer la verdad a cualquier precio, aunque me costara perder para siempre a esa alocada sangre de mi sangre. Porque en esta vida jamás deben pagar justos por pecadores, y tú no podías ser culpable de la felonía que te adjudicaban. Aunque sentía una profunda vergüenza, interrogué al servido de la casa que consideraba podía encontrarse relacionado con el asunto, un ejercicio tan bochornoso como jamás sufrí en mi vida. Pero fui recompensada con rapidez. Encontré una cierta debilidad en las palabras de Juana, la que apodan en casa como la Flaca, esa doncella pizpireta y malencarada de la máxima confianza de Cristina. Ya en la primera pregunta comprobé su extremo nerviosismo, así que, apretando los resortes, acabó por cantar de llano. Tuve conocimiento del taimado asunto amañado con esas hierbas que llaman rinde amores, que vende Josefa la Herbolaria en su quisco de la plazuela de Santiago.

Puedes imaginar mis sentimientos al conocer la verdad, una vez desenredada la madeja hasta el hilo fino. No sólo sentí vergüenza sin límite y un profundo desprecio por mi propia

hija, algo que mucho duele en el corazón, sino que comprobé su insensatez al hacerte tomar aquel bebedizo. Porque en compañía de caldos generosos, dicho brebaje apareja efectos que dejan la voluntad perdida e incluso pueden producir daños permanentes de irreparable demencia, según palabras del cirujano Méndez Siempre be considerado a Cristina como una joven alocada, caprichosa y egoísta, capaz de cualquier esfuerzo por conseguir sus más peregrinos deseos. Pero todo presenta una frontera de honra en la vida, y en esta ocasión ha transgredido cualquier límite moral o personal. Y lo que más me duele es que seas tú, precisamente, el más perjudicado en este asunto que marcará mi alma en desvergüenza interior mientras viva.

Como decía tu padre, es necesario sacar pecho avante con los errores, sin enterrarlos a escondidas. Una vez expuesto el problema, debemos entrar en soluciones, por difíciles y dolorosas que sean. A pesar de mostrar una conducta tan monstruosa, del vientre de Cristina nacerá un hijo tuyo, un nieto de mi alma porque no se puede dejar de querer a una nueva vida por la conducta de su progenitora. Ese niño, llegado al mundo como parte de nuestra carne, no merece atravesar la existencia con la marca roja de la bastardía. Comprendo que para ti debe de suponer un horror el hecho de unir tu vida a la de una mujer como Cristina, cuando no lo deseas y has sido objeto de semejante traición, que así entiendo sus actos. Nunca el amor por una persona, por desmedido que sea, puede forzar a tal conducta.

Lo primero que debemos conseguir para evitar la bastardía del niño es tu matrimonio con Cristina, aunque posteriormente la desprecies como merece. Porque te juro ante los libros sagrados que, de haber tenido conocimiento de tan execrables hechos sin fruto del pecado, esta jovencita habría entrado en religión por caminos severos y sin necesaria espera. Tu unión con ella debería llevarse a cabo, desde luego, antes del nacimiento del niño. Llegados a este punto, el mayor problema es nuestro desconocimiento de la fecha de tu regreso a España, que puede ser posterior al alumbramiento. Por tal razón, moviendo la bolsa con generosidad y acudiendo a golillas

capaces de todo por una buena cantidad de monedas de oro, he preparado tu casamiento por mandatario consentido y poderes regios en la ciudad de La Habana, con capitulaciones matrimoniales en presente de los contrayentes y firma ante licenciado en leyes, veedor y registrador de la Corona en dicha plaza, tres personajes que se ofrecen voluntariamente a transgredir las leyes en beneficio propio. También he conseguido la necesaria dispensa episcopal por vuestro parentesco de segundo grado, una sencilla gestión.

Todo lo tengo bien atado con balduques de hierro, lo que mucho me ha costado, y no me refiero solamente al costo material, por muy elevado que haya sido, sino al moral que nos envilece. Pero el objetivo final, el nacimiento de ese niño en puridad familiar y de sangre, lo hace necesario. Posteriormente sólo nos restará llevar a cabo una privada y recogida ceremonia religiosa en la capilla de la hacienda de Santa Rosalía, con la fecha en pliego del matrimonio que mejor nos acomode, detalle fácil de conseguir con donativo añadido de casa pudiente.

En las capitulaciones matrimoniales, elevadas por acto de ley ante escritura real, he establecido que serás el dueño y señor de todos los bienes, títulos, propiedades y dignidades de la casa de Montefrío, sin que Cristina pueda hacer uso de prerrogativa legal alguna sobre ellos. Por fortuna, el testamento de su padre así me lo facilita. Ya sé que poco o nada te importarán tales pormenores, pero creo necesario que cuentes con todos los detalles. Además, será una forma ineludible de poder contra Cristina.

Sé muy bien, hijo mío, que te sentirás tan horrorizado como yo. También soy consciente de que te pido un enorme sacrificio, capaz de conformar una amargura permanente en tu vida. Puedes estar seguro de que tal condición me duele más que cualquier otra en este perverso asunto. Pero creo que la dignidad de ese niño que va a nacer y de nuestra casa, labrada con enorme esfuerzo a través de los siglos, así nos obligan.

El único aspecto positivo, si es que puede llamarse así, es la unión definitiva de esas dos familias que se sienten una sola desde el primer día. Que las casas de Montefrío y Tarfí, así

como los apellidos de Leñanza y Cisneros vuelvan a unirse, ahora de forma definitiva en una sola rama. Pero no me dejes cegar por este hecho. Son tantas las vejaciones aparejadas que, al menos tú y yo, no disfrutaremos de ninguna prebenda moral o física. Tan sólo el niño que ha de nacer, ignorante de la desidia materna, puede hacernos olvidar poco a poco la marca de la vergüenza, aunque por mi parte y a mi edad no creo que llegue a disfrutar de esa condición.

Piénsalo con detenimiento. Aunque te lo pido con el corazón y por la honorabilidad de la familia, te encuentras en derecho de negarte y lo comprendería. Por tal razón, desearía conocer tu final decisión. Y ruego a los cielos para que te alcance esta nota en situación de poder realizar lo planificado. Es mi intención, en cuanto comience a aflorar ligeramente el fruto en el vientre de Cristina, marchar con ella y personal de confianza a la hacienda de Santa Rosalía que tan bien conoces, donde pueda alumbrar a su hijo sin escándalo añadido. Así que si has de enviarme notificación o regresas a España, ya sabes dónde me puedes encontrar.

Por último, querido hijo mío, perdóname si estimas que no tengo derecho siquiera a elevar esta petición. Ya sabes que te querré siempre con locura, aunque decidas tomar otro camino. Que Nuestra Señora del Rosario ilumine tus pasos. Tu madre que te adora.

Conforme había desgranado con deliberada lentitud las palabras de María Antonia, sentía como mi alma se hundía en las más negras tinieblas poco a poco. Y estimo que alcanzó profundidades como jamás habría supuesto que se podían rebasar. Aunque haya gozado de privilegios por familia y nacimiento, no he atravesado hasta ahora una vida de rosas, bien lo sabe Nuestra Señora. Pero tras la lectura de aquel inolvidable recado, las cotas de dolor se elevaban por momentos. He sufrido muertes muy dolorosas como las de padre, hermano, esposa y un alargado rosario de espinas. Sin embargo, ahora entraba en una nueva estada de dolor, porque atacaba al corazón y al honor. No podía deshonorar a la familia, ni fallarle a una mujer como María Antonia, que habría ofrecido con gusto su vida por la mía. Pero en la misma bolsa aparecía el rostro compungido de Beatriz y mi amor profundo por ella, al tiempo que se abría el segundo reguero del honor, embastado por palabra en firme con el mariscal de campo Venegas. Lo que más me hacía sufrir era el

pensamiento de que cualquier derrota que tomara, bien fuera hacia el norte o el sur, me deshonraría como caballero y destrozaría los sentimientos de una de las dos mujeres más queridas.

Decidí que era mejor no pensar de momento o las picas se clavarían más adentro del alma, hasta entrar en peligro. Debía concederme un descanso mental, si tal condición era posible, antes de sopesar los diferentes factores que me condujeran a una de las dos deshonrosas e indignas decisiones que podía embridar.

* * *

Aunque martirizara el cerebro en comparaciones y posibilidades sin posible remate feliz, creo que era consciente desde el primer momento de la decisión que debía tomar, aunque intentara enmascararla con falsos análisis y predicamentos. Podía describirla como la derrota del infierno sin exageración alguna. Al tiempo que un grupo de trabajo del arsenal, bajo la dirección del ingeniero jefe, don Matías Tornel, comenzaba a efectuar sus inspecciones y medidas de nivel a bordo, emprendí el camino que estimé como necesario en aquella bifurcación, cuyas dos veredas conducían hacia el mismo escenario maléfico. Por una parte podía fallar a la mujer amada, la más dolorosa condición, y entrar en deshonor al faltar a palabra dada en ley con un general del Ejército. Por la otra, además de mi inquebrantable lealtad y querencia por María Antonia, aparecía ese nuevo ser engendrado por mí y su posible bastardía, al tiempo que comprometía el honor de las casas de Montefrío y Tarfí. Me dije a mí mismo con mayor o menor hipocresía e intenso dolor aparejado que en la saca pesaba más la segunda opción. De esta forma, me decidí a seguir las instrucciones de María Antonia sobre ese matrimonio entrado en veredas indignas, aunque tales condiciones se mantuvieran de por vida a puerta cerrada.

Tras cuatro días de eternas reuniones en la sala de trabajo del arsenal, se decidió que no era necesaria la entrada en dique del navío *Asia*, para regusto de muchos. Mientras se comenzaba a desalojar el cobre del lastre y se inspeccionaban al milímetro las tablas de estribor reparadas en Veracruz, dos cuadrillas del arsenal atacaban, bajo la dirección de un joven ingeniero y el segundo comandante, las obras en la maniobra de proa, que parecían más complicadas todavía de lo previsto en un primer momento. Al menos, una vez tomadas las principales decisiones, tras alargadas juntas en las que me

mantenía casi ausente, quedé en libertad para acometer esa varada mental que me preocupaba mucho más que cualquier obra a bordo.

Dos eran las acciones que emprender sin posible espera. Por una parte, ponerme en contacto con el licenciado en leyes, don Norberto Da Casa, que debía dirigir el contubernio legal de mis esponsales por mandatario consentido y falsa presencia de cónyuges. Y en segundo lugar, aunque intentara alejarla de mi mente a miles de leguas, informar de la forma más correcta, si es que existía alguna, al mariscal de campo Venegas sobre el cambio de situación establecido. Todo ello sin contar con la necesaria explicación a Beatriz, una obligación que apretaba mi corazón en vueltas de dolor e intentaba alejar de la cabeza con extrema rapidez.

Con gran sorpresa por mi parte, el licenciado en leyes, anciano experto en todo tipo de triquiñuelas legales, lo tenía todo preparado al punto y raya. Había recibido las instrucciones de Cádiz al mismo tiempo que llegaba a mis manos el recado de María Antonia y había obrado con rapidez y profesionalidad. Tras escuchar la rápida lectura de documentos legales y franquicias interpuestas por el regidor, huecas palabras que apenas escuchaba, me indicó dónde debía firmar. Y fue el único momento en el que comprendí al ciento aquella vergonzosa farándula en la que participaba. Con toda naturalidad, pregunté al despabilado golilla.

—¿Dónde debo firmar, señor licenciado?

—A la derecha de donde acaba de hacerlo doña Cristina de Cisneros, su esposa. —El vejete gesticulaba con una naturalidad difícil de creer.

—¿Acaba de hacerlo? —Me sonrojé ligeramente, como niño inexperto que entra en la vida de cara, mientras la seriedad de mi oponente no se mudaba una perla—. Perdona, olvidaba...

Firmé con rapidez y sin elevar más preguntas para rematar aquel penoso entuerto, momento en el que podía considerarme entrado en matrimonio legal con mi prima Cristina. Después de todo, comencé a pensar, no debía escandalizarme de aquellas irregularidades, tan habituales para los que disponen de suficiente capital. Al igual que mi abuelo había sentado plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, tras presentar un expediente de limpieza de sangre tan perfecto como falso, ahora se acreditaba por honestos y acreditados hombres de leyes, así como la más alta representación de la Corona, que mi nueva esposa y yo mismo habíamos firmado los esponsales en presente ante justicia. Se demostraba una vez más que aquellos que juraron servir a la Corona con lealtad y honradez en sus diferentes vertientes legales

firmaban en suma falsedad con tal de que suficientes monedas de oro entraran en sus indignas faltriqueras.

Cuando me encontré de nuevo en la calle, caminando con lentitud hacia el arsenal, comprendí con meridiana claridad que mi vida había tocado fondo en la más rastrera cloaca. Dejaba abandonada a su suerte a la mujer que de verdad amaba y a la que había prometido devoción eterna. Ese era el verdadero significado de la cuestión, por encima de falsos honores, dignidades, prerrogativas, reputaciones, respetos y orgullos de sangre mal entendidos. Se mantendría sin mancha el exterior de mi cascarón personal, mientras la verdadera hombría quedaba diluida en caldos avinagrados sin posible enmienda.

Me sometí a diaria tortura a partir de aquel momento y no por necesaria expiación de los pecados, sino como martirio protagonizado por la dormida conciencia. Aunque intentara interesarme por las obras que se llevaban a cabo a bordo, se trataba de misión imposible dejar de pensar en las imágenes que se abrían noche y día por mi cerebro. Y la que más atacaba de frente, con añadido dolor, era el rostro de Beatriz, entrada en profundos lamentos y con lágrimas a chorro por sus suaves mejillas. Pero al mismo tiempo, también aparecía el rostro de María Antonia, el de mi hermana Rosalía e incluso los de mis hijos, que podrían recriminarme haber causado su deshonor. La decisión estaba tomada, desde luego, pero el duende de la conciencia negra se paseaba sin careta, clavando puñal donde sabía que más podía ofender.

Aunque intentara retrasarlo, llegaba el momento definitivo. Porque tras rematar el primer mes de trabajos a bordo, en los que se apreciaba con claridad la mano a favor del brigadier Lezcano, podía comprobar que se avistaba en un cercano futuro el comienzo del definitivo tornaviaje hacia la Península. Y todavía no había escrito la necesaria nota aclaratoria para el mariscal de campo Venegas, aunque la comenzara en una veintena de ocasiones, unos pliegos que de forma repetida acababan desgarrados con furia incontenible. Pero no se podía retrasar más la onda que, sin duda, acabaría por alcanzar la arena de la playa. El deshonor estaba cumplido, pero no podía aumentarlo hasta alcanzar la cumbre de la más alta montaña.

Aunque lo pensara una y mil veces, me decidí por la sinceridad. Era consciente del peligro que corría, que de esa forma podía destruir de un plumazo todo el falso castillo enhebrado con tremendo esfuerzo por María Antonia. Pero se trataba del único camino que podía mostrarme unas onzas de dignidad personal. Además, confiaba de lleno en Francisco Venegas, que me había demostrado con creces su hombría y caballerosidad. De esta forma,

comencé a escribir a ritmo de bombardeo para exponer en una buena cantidad de pliegos todo lo acaecido a mi persona desde que fuera forzado, que así lo consideraba, por mi prima Cristina. Y remataba la larga historia con los asuntos manejados en La Habana, que me habían hecho entrar en la estada de hombre casado. También le insistía en mi verdadero amor por su sobrina, una mujer a la que jamás podría olvidar. Y si temía al principio los posibles resultados de la sinceridad, quedé muy contento con la epístola en la que, al menos, mostraba algo de lo que entendía como honradez personal.

Pero todavía faltaba el trago más amargo. Con las palabras escritas al mariscal de campo Venegas, dejaba en sus manos ofrecer la triste noticia a Beatriz. No podía consentirlo de ninguna forma. Sin embargo y aunque me doliese, con la mujer que tanto quería no podía entrar en sinceridades ni otros escandalosos pormenores, lo que me cerraba toda línea de escape. Por tal razón y cuando solamente restaban dos o tres días para nuestra definitiva partida desde La Habana, le escribí una escueta nota en la que decía.

Aunque no puedas comprenderlo, debes saber que te querré siempre. Todo se ha confabulado en nuestra contra y nada es posible hacer para remediarlo. Pero mi amor no ha decrecido una onza, sino aumentado si cabe.

Una vez entregados los dos recados en la sala de correspondencia del arsenal, quedé algo aliviado de espíritu. Sin embargo, ahora la imagen de Beatriz se presentaba noche y día con ese pliego en sus manos, momento en el que rompía a llorar sin consuelo. Y debían de mostrarse con extrema claridad en mi rostro los avatares emocionales sufridos, porque cuando decidíamos la fecha para abandonar La Habana me comentó el segundo comandante con lealtad y sinceridad.

—¿Le sucede algo grave, señor comandante? La verdad es que nos encontramos preocupados a bordo al comprobar su tristeza.

—Le agradezco la preocupación, segundo. En efecto, he atravesado momentos muy duros en las últimas semanas. Se trata de asuntos estrictamente personales, provocados desde que recibí severas noticias de España.

—Espero que no haya sufrido la pérdida de algún ser querido. Bueno, señor, deberá perdonarme si interpreta mis palabras como poco adecuadas...

—No ha de excusarse una mota, segundo. Al contrario, le agradezco como merece su interés y el del resto de los oficiales. Por fortuna, no he perdido a ningún ser querido. Pero han tenido lugar algunos acontecimientos familiares que me causaron una profunda tristeza. Es todo lo que puedo decirle. Pero no se preocupen, que la mar aclarará mis pensamientos.

—Eso deseamos, señor.

Me despedí del general Apodaca y del brigadier Lezcano sin exponerles razón alguna de mi situación, aunque también barruntaran por bajo que debía de haber sufrido malas nuevas de la familia. Después de todo, se trataba de una condición bastante habitual en los hombres de mar. Por medio de pliegos lacrados recibían nuevas de gloria o de sangre en aquellos puertos en los que recalaban durante sus navegaciones. Y las más de las veces con muchos meses o años de retraso. No obstante, les mostré mi agradecimiento, de forma especial al comandante general del arsenal por los muchos favores concedidos a mi persona. Y como ya se encontraba entablado el viento en mi cabeza, abandonamos la maravillosa ciudad de La Habana con las primeras luces del postrero día del mes de mayo. No nos podíamos quejar por el azul de los cielos ni las condiciones de mar y viento, aunque bien sabe Dios que se trataba de factores en paso libre a través de mi cerebro.

De esta forma, comenzamos el tornaviaje hacia la Península, una experiencia que normalmente eleva el espíritu de quienes desean reencontrarse con sus familias, esa etapa dorada en la vida del hombre de mar. Sin embargo, con el único condicionante de navegar hacia levante, ofrecí carta blanca al segundo comandante y al piloto para escoger la derrota más conveniente. Y aunque tendiera mis esperanzas en que la húmeda brisa de la mar pudiera abanicar mi cara con una mínima galanura, mantuve las cejas en cierre permanente sin remedio. Pero no crean que no lo intenté. Porque lo utilicé todo, desde el aguardiente hasta los paseos nocturnos por la toldilla, aquellos momentos en los que la figura de Beatriz, entrada en lamentos, más daño podía realizar. Intentaba dejar la mente en blanco, vaciar recuerdos y pensamientos, una hazaña digna de mayor crédito.

Como habría dicho el pobre Okumé, cuyas recomendaciones tanto añoraba, la línea negra trazada en mi vida debía de encontrarse escrita en el libro del destino. Para mi desgracia, en esta ocasión parecían haberse labrado las letras con fuego y sangre.

27. Noticias negras

A mediodía del 12 de julio del año del Señor de 1814, con un sol de justicia en cresta y temperatura de grillos al rojo, embocábamos la entrada de la bahía de Cádiz. Esas benditas aguas, de incomparable belleza, solían aparejar tristes y bellos recuerdos a mi alma, una norma repetida en el tiempo. En algunas ocasiones por efecto de las partidas y separaciones familiares, teñidas en orlas de añoranza, mientras en otras se elevaba el ánimo hasta el infinito por regresar junto a los míos tras una alargada ausencia. En este particular caso, sin embargo, nada amparaba luces de color a mi espíritu, ni siquiera la visión de una rápida reunión con mis hijos. Por el contrario, incluso aquellos dedos mágicos de agua cuadrados a la vista, que movieran el pensamiento en tintes de belleza tantas veces, se oscurecían al tope porque mis ojos se mantenían cerrados al cuadro.

La navegación desde La Habana hasta las costas de la Península compone, sin posible duda, uno de los pasajes más amargos y dolorosos de toda mi vida marinera. Porque es muy difícil navegar desde Ultramar a España sin disfrutar de la mar un solo día, como pude experimentar en este penoso caso. Aunque sea considerado como dejación de mis obligaciones o negligencia en el mando, me aislé de todo y de todos durante semanas, bien reconcentrado en mi negra e indeseable existencia, que así consideraba los días por venir hasta que pasara a otra vida. Cualquier imagen que se mostrara en el cerebro suponía un rebencazo moral de mayor o menor intensidad. El rostro de Beatriz entrado en sollozos, el nacimiento de mi hijo con Cristina, los ruegos de María Antonia, la imagen del general mientras leía mi recado en vergonzoso deshonor, todo se mecía en galopadas de calvario y angustia.

Aunque habíamos trepado en latitud buscando vientos propicios, sufrimos la necesidad de bordadas en larga estepa de forma casi permanente. El soplo se empecinaba del primer y segundo cuadrante con escasas variaciones, lo que poco colaboraba a la empresa. Y a pesar de no navegar por zonas de

calmas, sufrimos la caída del viento hasta las tablas con demasiada frecuencia. Por tal razón y el estado particular de mi ánimo, dicha navegación se alargó como vía crucis invernal de pies descalzos.

Una vez fondeado junto al caño de Las Astillas, tomé la lancha para acercarme al arsenal. Pocos minutos después me presentaba ante la Mayoría General de la Escuadra con el informe puntual de todo lo acaecido a bordo del *Asia* desde mi salida de Cádiz, más de ocho meses atrás, hasta aquel mismo día de regreso. Y si esperaba encontrar al brigadier Benigno Arlanza al frente de la mayoría, mucho me sorprendió descubrir la presencia del capitán de navío Esteban Mistrano sentado en su sillón. Supuso una gran alegría porque se trataba de un buen amigo y compañero, con quien había coincidido a bordo de la fragata Mahonesa en el empleo de guardia marina y, posteriormente, a bordo de la Fama en aquella funesta navegación que rematamos en el puerto británico de Gosport.

—¡El brigadier Leñanza en persona! Cómo me alegro de verle, señor, tras muchos años.

Mientras se levantaba con cierto respeto, lo golpeaba con el hombro antes de fundirnos en un abrazo.

—Vamos, Esteban, deja los tratamientos a la banda. Recuerda que pasamos hambre y cocinamos ratas en mutua compañía durante nuestro embarque en la Mahonesa.

—Bien que lo recuerdo. Buenos tiempos fueron aquellos, Gigante. Y no lo digo por cortesía sino como una afirmación irrefutable. Por aquellos años disponíamos de una Armada temida y de la que enorgullecerse. Por el contrario, mira a dónde hemos llegado.

—Ya lo sufro en mis carnes, no creas.

—Al menos, mandas un 74, condición que debe reconfortar el alma bastantes enteros. Y no son muchos los disponibles.

—¿Y el comandante general de la escuadra? ¿Continúa al mando el jefe de escuadra Juan José Martínez de Espinosa y Carrillo?

—Sí, pero en el empleo de teniente general al que fue ascendido hace tres meses. De todas formas, tal y como andan los negocios del reino, será relevado en poco tiempo. Vivimos momentos duros y de permanente mudanza.

—¿Ha sucedido algo importante en los últimos ocho meses? Ya sabes que las noticias llegan a Indias con demasiado retraso, aunque oí algunos comentarios preocupantes sobre la posible conducta de nuestro señor don Fernando.

Mistrano miró hacia la puerta con recelo al escuchar mis palabras. Comprobó que se encontraba cerrada antes de contestar a mi pregunta.

—No me creas demasiado desconfiado, pero hay quien escucha con mucho interés cualquier conversación. Porque debes saber que todo anda patas arriba, de forma especial para la Armada, precisamente desde que don Fernando entró en España de regreso.

—¿Cómo es eso? Vamos, cuenta de una vez.

—Ya veo que no sabes nada de nada. Has vivido en las nubes, lo que es una suerte en estos días. Si por mí fuera, marcharía a Indias mañana mismo, para alejarme de esta vergonzosa jaula de grillos. Puedo adelantarte que todas las esperanzas, y no eran pocas, depositadas en nuestro señor —Esteban bajaba el tono de su voz— se han derribado como un castillo de naipes.

—Entiendo que se han confirmado los rumores que me comunicaron en Veracruz. Y mucho me costaba creerlos.

—No sé lo que oíste, Gigante, pero serían ciertas si las calificabas de increíbles. Desde el momento de su paso por la frontera, don Fernando se encontró cercado por una corriente general de ambiente contrario a las reformas políticas llevadas a cabo. Pero también de claro desprestigio de las Cortes. De forma especial, contribuían a tal estado las personalidades mejor acomodadas y la aversión manifiesta en gran parte del Ejército, lo que ha pasado a denominarse como representación de los Persas. Por tal razón, ya desde Valencia, el 4 de mayo pasado, nuestro señor decretó la nulidad de la Constitución elaborada en el 12, así como la de todos los actos de las «llamadas Cortes, como si no hubieran pasado jamás y se quitasen del medio del tiempo». Y cito las palabras del decreto. De esta forma, restableció las cosas del gobierno en el ser y estado que presentaban en 1808, y la soberanía real en la plenitud de sus antiguos derechos sin límite o control posible por cualquier institución.

—¡Santo Dios! ¡Cómo es posible que alguien pueda defender tal postura con un mínimo de inteligencia! ¿Regresamos al estado de don Carlos IV y la privanza de don Manuel Godoy? Supongo que muchas personalidades habrán opinado a la contra.

—Al decreto que te mencionaba, han seguido medidas y providencias de extremo rigor. Vamos, una caza de brujas en su límite más terrorífico, con persecuciones y represiones difíciles de creer. Los regentes, ministros, y diputados más significados han sido encarcelados y sometidos a la formación de severos procesos, que en poco se ajustan a la ley. Algunos ya han sido desterrados a los presidios de África o retenidos en castillos y monasterios por

el delito de lesa majestad, cometido al votar o reconocer tan sólo la soberanía de la nación. Y pena capital para los que no se presentaran a sus procesos.

—No puedo creerlo. —Mesaba mis cabellos con evidente desesperación.

—Pues son muchas más las bolas negras en aparición. A pesar de lo firmado con Bonaparte en el Tratado de Valencey, se ha ordenado la proscripción general de los afrancesados. También se han creado comisiones militares para fallar sumariamente las causas de infidencia. Pero no acaba ahí la ignominiosa lista. Se ha prohibido la publicación de periódicos, con excepción de la Gaceta de Madrid, el órgano oficial. Y como muy llamativo, se ha dispuesto hace pocos días la formación de expedientes de purificación, una especie de residencia individual en la que todo funcionario público, civil o militar, ha de justificar los actos llevados a cabo, de oficio o privados, en los seis últimos años.

—¡Qué horror! Parece la implantación de una inquisición civil. Tienes razón al decir que más nos valdría salir para Indias. Pero qué ha sido de grandes hombres como don Cayetano Valdés...

—Todos los regentes fueron encarcelados y posteriormente desterrados, o se mantienen en causa abierta. El general Valdés, que confiaba en la idea de un país que restañara las heridas de paz y necesaria convivencia, ha sido confinado en el castillo de Alicante. Y debes tener en cuenta que han abogado por él figuras de tal relieve como su tío, el bailío Valdés, y otros cargos muy influyentes. Como especial deferencia, se le indicó que si deseaba regresar a la gracia de su majestad, debía pedir público perdón por los actos cometidos en el citado periodo de seis años. Como era de esperar, conociendo al personaje, don Cayetano se negó en redondo. Declaró bien en alto que su única dedicación en esos años fue la de luchar por tierra y mar para defender los derechos de su señor. Su encarcelamiento ha levantado ampollas en nuestra institución. Parece más propio de herejía que el héroe de San Vicente y Trafalgar, destacado en la guerra contra los franceses por mar y tierra, haya acabado en tan vergonzosa situación.

—En ese caso, ¿continúa apresado?

—Desde luego, en el castillo que te mencionaba.

—Viajaré hasta allí para presentarle mi apoyo.

—Debes andar con pies de plomo. En cuanto levantes la más mínima sospecha, acabarás en las mismas condiciones.

—Pero con la conciencia tranquila. ¿Y don Gabriel de Ciscar? Supongo que habrá seguido sus pasos.

—Tengo entendido que el general Ciscar continúa sometido a proceso. Según los rumores en danza, será desterrado a su ciudad natal, Oliva.

—¿Y el general Escaño? Por Dios santo, Esteban, sería espantoso que a su edad...

—Sé lo que querías al viejo general, Gigante. Por desgracia murió ayer, lo que no ha supuesto sorpresa porque andaba muy mal en las últimas semanas. Es posible que Nuestra Señora del Rosario haya intentado evitarle el conocimiento de hechos tan lamentables. Siento ofrecerte tan negativas noticias.

—¿Muerto don Antonio?

Recibí la noticia como una bala rasa contra los ojos. Porque deben saber quienes no hayan leído anteriores cuadernillos de la familia Leñanza, que ese buen amigo de mi padre, desde que mi progenitor entregara la vida tras el combate de Trafalgar, se había convertido en un segundo padre para mí. Lo había acompañado en su mando de la escuadra, del departamento gaditano, en el almirantazgo, cuando fuera nombrado ministro de Marina por la Junta Suprema Central y, por último, como regente de España. Y bien podía declarar que su mano me había guiado con gran favor por los diferentes escalones de la Armada. Mucho le debía y, como decía mi compañero, mucho lo quería.

—No puedo creer que haya muerto. Lo apreciaba como a un padre. ¿Cómo sucedió?

—Parece ser que, tras la lectura matinal y el diario paseo por muralla y puerto, regresó a su domicilio...

—En la calle Cuartel de la Marina y garita de la escalerilla número 6, muy cercana a la plazuela de las Cuatro Torres. Bien la conocía.

—En efecto. Lina vez regresado a su posada, pidió a su criado...

—El querido y fiel Bernardino, que ofició de criado y confidente a su lado durante muchos años.

—No lo conozco. Según parece, le pidió que le sirviera el almuerzo. Sin embargo, cuando acudió a su lado lo encontró tendido en el suelo junto a la mesa. Este criado avisó con premura a su gran amigo y extraordinario médico don Juan Manuel de Aréjuela. Según dicen, a pesar de encontrarse retirado, permanecía como figura clínica más completa del Cuerpo y equiparable a la autoridad de un Salvat.

—Se trataba de un magnífico profesional. Era un excelente amigo del general, y de él recibió socorro en muchas ocasiones para sobrevivir a la miseria.

—Pues este galeno comprobó que nada era posible hacer. Comentó a su criado que había sufrido una renovación máxima de su afección nerviosa^[134]. Por desgracia y para doblar la tragedia en un solo acto, el doctor Aréjuela, a causa de la impresión recibida al observar la muerte de su gran amigo, cayó también al suelo, rendido por fulminante ataque.

—Válgame los cielos. También conocía al cirujano Aréjuela, una extraordinaria persona. ¿Cuándo tendrá lugar el entierro del general?

—Mañana por la tarde. Lo estamos preparando como merece quien detentó los principales cargos de la Armada y del reino. Espero que no nos llegue alguna indicación a la contra de su majestad o de alguno de sus muchos corifeos. También el general Escaño pregonaba el necesario control del poder real.

—Y con fuerza. Recuerda que hasta elevó una representación a su majestad en tal sentido. Pero los muertos no ofrecen peligro en política. No creo que obstruyan su merecido enterramiento en acuerdo con nuestro ceremonial.

Se hizo el silencio, ambos concentrados en nuestros propios pensamientos. Si ya llegaba a tierra con el ánimo entrado en bajos de plomo, las últimas noticias no colaboraban a elevar el pulso una sola décima.

—¿Y el comandante general de la escuadra?

—En su cámara. Pero no esperes una alargada conversación con él ni preguntas sobre los problemas que hayas encontrado en tu comisión a Indias. Te dirá que me lo comuniqués todo a mí, después de desearte un feliz periodo de descanso.

—¿Descanso?

—A todos los oficiales de guerra, mayores y de mar de las unidades que regresan de Indias en periodo superior a los seis meses, se les conceden dos meses de licencia de forma obligatoria. Pero no te hagas ilusiones, porque cuando regreses al *Asia* te habrán desbaratado la dotación, incluido algún oficial de mar que nunca desearías perder.

—¿Me desembarcan la dotación?

—Oficialmente, no. Pero como las unidades que parten de nuevo hacia La Habana o El Callao necesitan manos con urgencia, se va tirando de lo que hay y se pica demasiado en dotaciones ya hechas a los buques. Un inexplicable absurdo sin solución. De esta forma, cuando regreses al *Asia*, deberás comenzar casi de cero y recibir muchos hombres recién alistados a la faena, gran parte de ellos a la fuerza.

—Como dices, un desastroso sistema.

—Todos coincidimos en esa definición. Pero la Marina no cuenta para nada en estos días, aunque se la necesite con urgencia si deseamos mantener el imperio ultramarino. En fin —Mistrano desgranaba sus palabras con evidente tristeza—, se trata de canción repetida que a nadie parece interesarle. No se construyen buques, no se mantienen más que cinco o seis y el personal no cobra pagas en los últimos dos años. Y debemos andar atentos con cien ojos y látigo en mano, porque en cuanto desvías la vista los arsenales son saqueados por aquellos que nada tienen para comer. En fin, un desastre absoluto.

—Bien, presentaré mis respetos al comandante general, si solicitas la audiencia con rapidez. Pero te adelanto que me viene bien ese periodo de descanso. Debo atacar un problema familiar importante allá por tierras murcianas y deseo partir cuanto antes.

—Pues podrás hacerlo en cuanto entregues el *Asia* al comandante general del arsenal. Y ahora vayamos a ver cómo respira hoy el gran jefe.

La audiencia con el comandante general de la escuadra fue un tanto penosa. Quizás recordaba las mantenidas con el general Valdés, que tanto aprecio personal me dispensaba. Por el contrario, el general Martínez de Espinosa no pareció muy interesado en los problemas sufridos con las autoridades veracruzanas, los daños del temporal, ni siquiera con el escandaloso ataque de los corsarios americanos. Llegó al punto de devolverme el parte informativo para su entrega al mayor general, a quien debía exponer con detalle los pormenores sufridos. Y como no mantenía el ánimo para espueñas negras, me despedí de él con rapidez.

De nuevo con Mistrano, le narré a trazo largo los momentos más importantes de la comisión de ocho meses, aunque todo podría leerlo con detalle en el parte elevado que quedaba en sus manos. Sin mayor necesidad y como movido por una extraña urgencia, abandoné el arsenal para tomar la lancha hacia el *Asia*, aunque le elevara una pregunta de despedida.

—¿Se sabe algo del queche Hiena? Te lo pregunto porque lo manda mi cuñado.

—Ya sabía que Beto se mantiene de comandante. Corren muy malos vientos en el Río de la Plata. No tienen de nada y se mueven en situación de bloqueo. Y si se pierde Montevideo, no tendrán puerto al que acudir. También es posible que tenga lugar un combate definitivo contra los rebeldes bonaerenses, que se han nutrido con nuevas unidades. Pero nada sé en concreto.

—Bueno, Esteban, gracias por todo. Me alegro de haberte encontrado después de tantos años y poder charlar. Pasaré a verte en cuanto regrese de tierras murcianas. Intentaré impedir que me desmanteléis el *Asia*.

—Que te vaya bien, aunque nada puedo prometer sobre tu dotación.

Una vez a bordo, expuse a mis oficiales la nueva situación, que alguno de ellos esperaba. Como ya había pedido el concurso de un tortugón, esperamos su presencia para pasar en remolque hasta uno de los muelles de desarmos del arsenal, que así se nos comunicó. Visité al comandante general para llevar a cabo la oficial entrega del navío *Asia*, con el estado de fuerza perteneciente al día y algunas observaciones particulares. Posteriormente encargué al segundo comandante para que informara con detalle al jefe de armamentos. Y tras despedirme de mis hombres, como urgido por prisa demoníaca, salí de estampida hacia la ciudad de Cádiz en uno de los carruajes de servicio.

Aunque sabía que tanto María Antonia como Cristina deberían encontrarse en la hacienda de Santa Rosalía, sentí los nervios en corrida cuando el carruaje se detenía ante la puerta del palacete de la calle de la Amargura. Al menos, poco después me inundaba la alegría al estrechar entre los brazos a mis hijos, sobrinos y mi angustiada hermana Rosalía, que comenzó a llorar al fundirse contra mi pecho en un abrazo interminable. Tanto así que debí esperar bastantes minutos para que pudiéramos hablar con cierta tranquilidad.

—¿No sabes nada más de Beto? Por favor, Santiago, dime la verdad aunque duela. —Su rostro mostraba una congoja que me dolía en el alma—. Ya lleva dos años en el Plata. Y ando sin noticias de él desde hace siete meses.

—Parece que se solucionará la situación en aquellas aguas con rapidez —mentí sin mover una ceja en alto—. No debe de tardar mucho en aparecer por la bahía. Ya sabes que las misiones en Indias son de larga duración.

A continuación, Rosalía quedaba en silencio, mientras movía sus manos con nerviosismo. Sabía por dónde circulaban sus pensamientos, por lo que entré al cuajo por derecho.

—Supongo que María Antonia y..., y Cristina se encontrarán en Santa Rosalía, como me decía nuestra madre en su recado.

—Marcharon para allá hace cuatro meses porque ya se le..., ya se le notaba a Cristina...

—Háblame con claridad, hermana. Puedes imaginar mi estado cuando tuve noticias de la situación a la que esta niña nos ha llevado.

—No tiene perdón su conducta y merecería ser ingresada en un convento de clausura. Siempre fui consciente de cómo se movían sus pensamientos, pero jamás supuse que pudiera llegar a tal extremo. Cuando nuestra madre me lo explicó, estuve llorando varios días. Lloraba por ti, hermano. No mereces lo que te han hecho.

—Ya lo sé. Y peor todavía si supieras la situación en que me encontraba.

—¿De qué situación hablas?

Con la necesaria reserva, expuse a mi hermana la historia de Beatriz, mi compromiso y la solución adoptada. Volvía a llorar, como si se tratara de la situación normal en su persona.

—No tienes por qué pagar los platos rotos de esta egoísta jovencita. Es tu vida y la vas a entregar a quien no lo merece.

—Ya contraí matrimonio en La Habana, de acuerdo a las indicaciones de nuestra madre. Una comedia aderezada con buenas monedas de oro. Pero nada debemos recriminarle porque sólo intenta lo mejor para la casa y reparar una situación sin solución. También ella debe de haber sufrido un calvario.

—No sabes cómo. Creo que se le agotaron las lágrimas, como a mí.

A pesar de su última afirmación, Rosalía volvía a llorar, un ejercicio al que debía de estar acostumbrada en los últimos meses.

—Por favor, Rosalía, no llores más. En esta vida hay que apechugar con los vientos que se presenten, y por desgracia me ha caído en suerte una tramontana de incomparable fuste. Espero que el tiempo me haga olvidar. Pienso partir en cuanto me sea posible hacia la hacienda de Santa Rosalía.

—Lo comprendo. Y no te envidio, hermano.

—Esperaré un día para asistir al entierro de don Antonio de Escaño. Y pasado mañana partiré hacia mi destino, por penoso que sea.

Rosalía se abrazó de nuevo a mí. Mucho debía de haber sufrido en soledad, sin su esposo ni la familia a la que se aferraba con fuerza. Y en mi pecho largó todas sus penas, acumuladas largo tiempo. Por fortuna, aparecieron los niños, especialmente el pequeño Pecas, capaz de revolucionar a un regimiento de Dragones. Y aunque jugamos con ellos, la tristeza se había apoderado de nuestra casa sin posible remedio.

Cuando abordaba la entrada de la posada del general Escaño, el criado Bernardino acudía hacia mí con ligereza hasta embutirse entre mis brazos, sin poder evitar dolorosos sollozos. No fueron necesarias palabras para que nos expresáramos mutuamente la inmensa pena que sentíamos. Y por todos los santos, que sufrí una dura prueba cuando observé el rostro macilento y purpúreo de don Antonio en su ataúd, momentos antes de que fuera sellado de

forma definitiva. Se encontraba amortajado en uniforme grande exento^[135] de teniente general de la Armada, de acuerdo a sus propias instrucciones. Y cuando doblaban los cierres de la tapa, sentí como se añadía a mi alma perdida un clavo más y de profundo calado.

Aquel gran hombre pasaba a otra vida a los 61 años de edad, con 47 de servicio en la Real Armada, una institución a la que entregara su existencia, condición que no siempre se le reconoció con el debido merecimiento. Como supe meses más tarde, dos días después de su muerte, firmaba el Director General de la Armada en nombre de su majestad, desconociéndose en la Corte tan triste suceso, su nombramiento como capitán general del Departamento Marítimo de Cartagena, ciudad natal a la que podía haber regresado como máxima autoridad. Se trataba de un último reconocimiento que, una vez más en su vida, llegaba demasiado tarde.

Murió don Antonio de Escaño y García de Cáceres como había vivido. Una compañía de marinería y artilleros amparó el cortejo fúnebre y alumbró con fanales su féretro, hasta ser depositado bajo tierra el día 13 en el cementerio de San José, extramuros de la fortificada plaza, mientras una banda del Cuerpo de Batallones marcaba música enlutada. Del ataúd, portado por seis granaderos, volaban cintas asidas por caballeros de la Orden de Santiago. La numerosa asistencia de autoridades civiles, así como generales de mar y tierra, parecía un intento de compensar el ostracismo al que había sido sometido quien no lo merecía. Nunca fue de los que adulaban al cortesano ni buscaba aceleraciones de su carrera hacia proa como tantos otros, razón de la tardanza en sus promociones, aunque fuera considerado entre compañeros y jefes como la mente más instruida y lúcida de nuestra Marina. Y sin duda es opinión generalizada que con don José de Mazarredo formaba el tándem de los dos oficiales de la Real Armada más brillantes de su tiempo. Para desdicha de la institución a la que tanto amaban, ninguno de ellos mandó escuadra en importante combate. Y se trata de razón difícil de comprender en unos momentos en los que no nos sobraban figuras de tal categoría en el arte de la guerra naval.

En la ceremonia de enterramiento, quien dirigía el oficio religioso habló con emoción del natural desprendimiento de don Antonio de Escaño. No se trataba de palabras lanzadas al aire por un amigo en respetuosa obligación, ni mucho menos. A partir del alzamiento nacional contra el francés, había cedido al gobierno de la nación la renta de la Encomienda de la Orden de Santiago, para ser aplicada a los gastos de la guerra. Como ministro y, después, regente, no admitió ascenso, condecoración ni prebenda alguna.

Siendo ministro, socorrió de su bolsillo a muchos oficiales de Marina necesitados, que no eran pocos, así como a familias marineras de Vigo con mil pesos, a las que se les adeudaban más de cuarenta pagas. También envió diez mil reales a la Junta de Aragón para ayuda al armamento de las tropas allí alistadas. Donó cantidades importantes a los hospitales de la Isla de León y Cartagena, así como seis mil reales para mejorar la instrucción de los aprendices del arsenal de La Carraca, y que pudiesen suplir a los ingenieros llegado el momento. Nombrado regente renunció a cobrar la mesada de dieciséis mil reales, aceptando tan sólo lo necesario para su subsistencia y vida austera. Al cesar como regente, donó sus caballos y carruaje al Parque de Artillería. Cuando por fin la Tesorería lo sacó de la indigencia y quiso pagarle atrasos en un monto de trescientos mil reales, aceptó solamente cien mil, que consideró suficientes para pagar las deudas contraídas.

Todos estos pensamientos rondaban por mi cabeza. Podía recordar la figura del general con tanto detalle como la mía propia. Con él se perdía una magnífica generación, la que había hecho posible que la Real Armada fuera respetada y temida en todo el orbe. Por desgracia y como tópico que se podía divisar en aquellos tristes días, de nada servían los servicios prestados con infinito patriotismo para el nuevo señor, llegado a España con añadida desgracia para la nación.

Eran muchos los corrillos que circulaban entre los grupos del personal asistente al entierro. Y allí mismo se podía comprobar la división de España en los dos grupos que parecían antagónicos, irreconciliables y separados por un océano de miles de millas. Pero no acepté entrar en tales cabildeos. Me encontraba allí para rendir un último homenaje a uno de los hombres que con mayor honradez y clarividencia había servido a la Real Armada y a España, y por la salvación de su alma elevé mis oraciones.

La figura de don Antonio de Escaño debería ser reconocida en su justa medida por las generaciones siguientes. Me dolía muy hondo pensar que su persona quedara en el olvido, como tantas otras que pasaron ofreciendo su vida por España. Por tal razón, mucho me congratulé saber, meses después, que el gran historiador Vargas Ponce, uno de sus grandes admiradores, escribía un elogio sobre él. En dicho trabajo, el capitán de navío rendía admiración por uno de los generales de mar con más absoluta dedicación al servicio y honradez profesional, al dempo que ajeno a las prebendas y honores que tanto interesaban a la mayor parte de sus compañeros.

Y para rematar este trabajo, exponía con entera sinceridad las siguientes palabras, que mucho me emocionaron: «Dichoso él, que en tiempos tan

difíciles terminó su carrera sin mancilla y sin la menor tacha ni la más leve sombra en su reputación y pundonor».

Al día siguiente, acompañado por Barbate y Guanche, abandoné la calle de la Amargura en dirección a las costas del levante. Volvió a llorar Rosalía en la despedida y más me costó despegar a Pecas, que insistía en acompañarme. De esta forma, con la tristeza marcada de norte a sur, me dejé recostar en el asiento. Después de todo, pensaba, el viaje en sí se mostraría como disfrute absoluto, en comparación con lo que me esperaba al final del trayecto, una escena que intentaba apartar del cerebro. La suerte estaba echada y parecía que me hubiesen lanzado las cartas preñadas de lastre negro contra la cara.

28. Santa Rosalía

Conseguí evitar los pensamientos y escenas que más dolor podían producir en el alma durante gran parte del camino. Un inesperado y maravilloso beneficio que no estimara posible. Por gracia de alguno de esos dioses ocultos de la mar, entré en ligera modorra de ida y regreso, pero con interminable repetición. Esa extraña y casi persistente soñarrera me hizo soportar de forma ligera las dos jornadas de un viaje sin descanso, en el que el calor se hacía asfixiante por momentos. Y puedo asegurar que no lo conseguí gracias al aguardiente ni la ingesta de otros caldos generosos. Posiblemente, mi atribulado cerebro se encontraba tan trillado en muescas de martirio que había colmado su capacidad de sufrimiento.

A quienes hayan leído alguno de los cuadernillos trazados con mayor o menor fortuna por los miembros de la familia Leñanza, les parecerá difícil comprender que la hacienda de Santa Rosalía, precisamente, pudiera ofrecerme un cuadro de tintes tan oscuros. En dicho predio se habían conocido mi madre y mi padre, incluso había sido el hogar de mi nacimiento, y hasta el último puñado de aquella tierra nos hacía entrar a todos en maravillosos recuerdos. Heredad de mi madre por deferencia del tío Santiago, con posterioridad se la había adjudicado a mi hermana Rosalía como dote de su matrimonio, al ser tan querida por ella. Y allí había disfrutado de los primeros días de su nueva vida en común con mi compañero Beto, unas jornadas que siempre recordaba con especial fervor.

Nos mantuvimos de forma permanente en la vereda real que se traza desde las Andalucías hacia el reino de Murcia, destrozadas de lindes y arenas desde la guerra al francés, hasta que debimos embocar el camino de ruedas que se abría hacia la villa de Cehegín. Fue en aquel momento cuando Barbate, mantenido en respetuoso silencio hasta entonces, elevó una pregunta por primera vez.

—Debemos de haber entrado en el camino que conduce a la hacienda. ¿No es así, señor?

—Por este camino llegaríamos a la villa de Cehegín. Pero antes de alcanzar dicha localidad, deberemos torcer hacia nuestro desuno.

—¿Se trata de villa importante esa que menciona, señor? —De pronto pareció avergonzado por mantener la conversación, aunque lo hubiera alentado en tal sentido una y mil veces—. Bueno, señor, perdone si le molesto con mis preguntas, que...

—Vamos, Barbate, deja las disculpas de lado. —Golpeé su hombro con entera confianza—. Puedes preguntarme todo lo que quieras y cuando lo desees. Si lo considerara como momento inapropiado, ya te lo haría saber. Pero ahora me viene bien un poco de conversación, que ya los nervios se agarran a las tripas como arpeos clavados en borda enemiga. Contestando a tu pregunta, la villa de Cehegín, a una legua de distancia desde Santa Rosalía, es noble y antigua, con mucha historia corrida a sus espaldas. La verdad es que no solemos visitarla muy a menudo, salvo por motivo de alguna celebración especial en la iglesia parroquial de Santa María Magdalena, como los Santos Oficios de la Semana de Pasión. De acuerdo con lo que un día nos comentó el alcalde, y según han conjeturado los eruditos en la materia, esta noble e histórica villa es la que aparece en las tablas de Ptolomeo con el nombre de Segisa, entre las ciudades bastitanas.

Barbate me miró como si hubiera escuchado una letanía en arameo u otro idioma antiguo.

—La verdad, señor, que poco o nada comprendo de lo que me dice. No obstante, deduzco de sus palabras que debe de tratarse de localidad muy importante.

—Bueno, tampoco debemos exagerar.

—Supongo, señor, que la hacienda toma el nombre de Santa Rosalía en honor de su señora hermana.

—Nada de eso. Según parece, se debe solamente a un capricho de mi abuelo. En realidad, la hacienda se llamaba El Castillo de la Ribera cuando pertenecía a la Orden de Jesús, a la que le fueron expropiados sus bienes. Y ya comprobarás lo ajustado del nombre a la realidad, en cuanto la veas con tus ojos. Pero como Rosalía era el nombre de mi abuela, que le tomó un gran cariño al nuevo predio y se ocupó personalmente de su restauración y decoración, se creyó oportuno cambiar la denominación anterior. Mi abuelo la santificó con ese nombre de Santa Rosalía, y así fue bendecida por cardenales y obispos en singular ceremonia. A la señora Rosalía la bautizaron con tal

nombre por expreso deseo de mi madre, que deseaba honrar de esa forma el de la suya, muerta a temprana edad.

—Ahora comprendo, señor. La verdad es que se ofrece a la vista un hermoso paisaje desde aquí.

En efecto, desde la altura del montículo que atravesábamos, se divisaba un largo y hermoso valle que serpenteaba al capricho, dibujado por un río escaso en aguas durante aquella época del año. El camino parecía haberse deteriorado, por lo que los movimientos se hicieron más bruscos y periódicos. Pero tal y como había adelantado a Barbate, media hora después tomamos un pequeño carril hacia la derecha, que dejaba la villa de Cehegín a la vista en la lejanía.

—Una legua es mucha distancia para acercarse cada día a efectuar las compras necesarias, señor.

—No es imprescindible. En Santa Rosalía nos consideramos casi suficientes de alimentos para mantenernos, aunque nos provean desde la villa de Cehegín de algunos artículos necesarios. Y recuerda la fama especial de su aguardiente, fuerte y magnífico, que fabrican en cantidad. Siempre se encuentra presente en las casas de nuestra familia. Dicen que ninguno en España ofrece un perfume igual, y apuesto por la veracidad de dicha afirmación.

No debí esperar mucho tiempo para observar la esperada entrada. Habríamos recorrido unos cinco minutos por el estrecho camino, cuando este se encajonaba entre dos enormes columnas de fábrica, que asemejaban antiguos mojones del reino. Quedaban tachonadas en su parte alta por un enrejado de forja, donde podía leerse claramente: «Santa Rosalía». Sin embargo, en esta ocasión la sonrisa que esbozaba al explicar los detalles a Barbate cayó a un pozo sin fondo cuando encaramos los primeros metros de la vereda que daba paso a la hacienda familiar. Los dos picachos que franqueaban la entrada al predio con suntuosa nobleza lucían amplios crespones negros, collarines de enlutado tafetán en lazo de singular tamaño, símbolo inequívoco de muerte y desolación en la casa. Mientras un rumor apagado recorría mi cuerpo, era Barbate el primero en exclamar con grito desgarrado, al tiempo que intentaba cubrir sus ojos con la mano, como si deseara alejar la visión.

—¡Dios bendito Nuestro Señor y la Santa Virgen del Rosario nos amparen, señor! ¡Crespones de luto en vuelo! ¡Alguna muerte ha debido de sufrirse en la hacienda!

Un sentimiento de absoluta desolación se hizo dueño de mis entrañas en escasos segundos. Por mucho que el cerebro entrara en recorrida de látigo, no atisbaba explicación posible a los sucesos que marcaban el pendón de la desgracia. Y si otras veces en la vida se me había abierto la clarividencia de algún triste suceso con anticipación, ahora me encontraba en marejada mental sin respuesta a la mano. Las posibilidades que se abrían eran de intenso dolor en todas sus vertientes. Oí mis propias palabras como si las pronunciara un duende en la distancia.

—Santa Virgen del Rosario, no permitas que haya muerto María Antonia o Cristina.

—En la hacienda trabajarán muchas personas, señor. No tiene por qué centrar sus temores...

Barbate calló al observar mi rostro. Porque era consciente de que sus palabras entraban en el más puro absurdo. Los crespones indicaban pena de dolor para la familia Leñanza y Cisneros sin ninguna duda. Pero prefería ahora mantenerme en silencio y no centrar ningún pensamiento en concreto. Recordaba que la misma situación se había vivido en la hacienda con la muerte de mi madre, una dolorosa etapa que recordaba en la nebulosa del tiempo.

Tras las negras impresiones iniciales, se impuso un silencio de tumba abierta, con las gargantas secas y la mirada perdida hacia proa, conforme cubríamos el trayecto hasta El Castillo, edificio central de la hacienda. Esos metros abiertos en tablas de cereal, viñedos y profusos olivares, que tantas veces había recorrido con la alegre esperanza de encontrar a las personas queridas en pocos segundos, se deslizaban ahora por nuestros costados como pesada losa. Posiblemente deseaba su alargamiento hasta el infinito, vano intento de retrasar los golpes que la vida nos ofrece a su capricho. Y aunque dirigía la mirada con ansiedad hacia ambas bandas, ningún trabajador de la casa aparecía a tiro de pregunta. De tal forma, alcanzamos la fachada principal, donde diferentes parterres de flores formaban caprichosos dibujos, que en esta ocasión quedaban difuminados en gris, un color que cobraba nueva fuerza en mi vida por momentos.

Entre la tensión creada y como jugarreta inesperada del destino, se apareció en mi atormentado cerebro la dulce visión de los juegos infantiles, tantos años atrás, cuando bajaba y subía por las escaleras laterales que daban acceso a la entrada. Sin embargo, no casaba el sueño con la realidad que ahora se mecía a la vista. Pronto pude observar la figura de María Antonia, enmagrecida de cuerpo y alma, con sus ojos cerrados en círculos rojos.

Ofrecía un rostro triste y demacrado, indicador de alargada vigilia. Para disipar las dudas al ras, vestía traje de falda entablada en negro riguroso, mientras se apoyaba al desmayo bajo el arco de la puerta, actitud que ratificaba mis más desgraciados pensamientos.

Una vez apeados del carruaje, dudaba en acercarme a ella, como si con tal movimiento desencadenara la furia de los dioses. Pero no llegué a ofrecer un solo paso porque ya María Antonia cerraba con presteza las últimas varas que nos separaban y se dirigía hacia mí sin dudarlo. Al llegar a nuestra altura y sin necesidad de pronunciar una sola palabra, se abrazaba a mí para romper en alargados sollozos. De forma machacona se repetía la escena vivida con mi hermana días atrás. Parecía que los llantos y abrazos desesperados se habían impuesto como norma habitual en la familia. Por mi parte, la apreté contra el pecho con el cariño que en verdad le profesaba, sin poder emitir una mera observación. Por fin, entre gemidos entrecortados, pude oír sus primeras palabras.

—Nos persigue la desgracia sin medida, hijo mío. De forma especial a la rama que parte de mi vientre, maldita por algún ojo buscón.

De nuevo el llanto le impedía continuar, mientras sus lágrimas regaban con fluidez mi casaca. Pero pronto retomaba las palabras de intenso dolor.

—La pobre Cristina entró en alumbramiento dos o tres semanas antes de la fecha prevista. Pero no se trataba de parto normal, como nos avisara la partera que me había traído desde Cádiz. Con los primeros dolores, comenzó a sangrar de forma abundante e inesperada. Hice llamar al galeno de Cehegín, don Melquíades, que acudió con rapidez. Pero nada fue posible hacer. El sangrado se reproducía a su placer, sin que los emplastos atemperantes y esas famosas tisanas de Coral Rubio y Piedra Ematitis lo mitigaran una onza cuando entraba a caudal. Sobrevivió dos jornadas completas aunque, por gracia de los cielos, sin sufrimiento. Murió hace cinco días. Ordené enterrarla con el resto de la familia en la pequeña ermita de la hacienda. Unas escenas de aterradora soledad para mí.

De nuevo el desgarrado silencio, preñado de lastimera aflicción y lágrimas en corrida. Sin embargo, una pregunta bullía en mi cerebro, aumentando de tono conforme transcurrían los segundos.

—¿Y...? —costaba largar las palabras desde la garganta seca—. ¿Y el niño?

—Se trataba de una niña preciosa, con el mismo rostro redondeado de su madre, que murió al poco de abrirse a la vida. Nació con su carita azulada y entrecortada respiración. Y justo en el momento que comenzaba la

hemorragia de Cristina, expiraba la pobre. Estoy segura de que ha sido un castigo de Dios en un ejercicio de justicia divina. Ha decidido no perdonar los pecados superlativos, de esos que caminan contra toda norma de piedad y necesaria moral. Pero la pobre niña no era culpable. Santa Virgen María, la niñita no había pecado.

No es tarea fácil explicar mis sentimientos de congoja en aquellos momentos. Estoy seguro de que muchos pensarían que, con aquel corrido sangriento, se habían alzado los problemas impuestos a mi persona, sin merecerlo. Pero no bailaba mi corazón a ese ritmo, pueden creerlo, ni mucho menos. En primer lugar aparecía el rostro imaginario de la niña, sangre de mi sangre, una hija que acababa de perder. Pero también se encontraba la estampa de María Antonia, atenazada todavía por el intenso sufrimiento de las pérdidas. Y aunque les parezca difícil de creer, también aparecía en mi cerebro con especial dulzura el rostro de Cristina en su niñez, cuando le había prometido velar por ella y defenderla durante toda la vida. Allá en el olvido quedaban sus errores, que ya no sumaban ni restaban. Dolor profundo y quebranto del corazón, uno más que escanciar en la bolsa negra que todos arrastramos en esta vida de claroscuros.

Atravesé varias jornadas de las que marcan el alma con roderas. Mi primera preocupación se centraba en elevar el ánimo de quien consideraba como madre. Comprobaba con dolor su abatimiento, al punto de preocuparme seriamente por su salud. Aunque había sido una mujer fuerte, la vida le había coceado con demasiada energía y ya comenzaba a mostrar erráticos movimientos en sus manos. La acompañé en su diaria asistencia a la ermita de la hacienda, donde se encontraban los restos de las familias Cisneros y Leñanza, así como la del inolvidable Setum. Y junto a él en secreta confidencia habría sido enterrado Okumé si no hubiese fallecido en la mar, aunque ordené la pequeña lápida en su homenaje y de acuerdo a sus deseos finales. Rezamos por todos ellos, aunque eleváramos preces especiales en favor de Cristina y de la inocente niña que, en urgencia, había sido bautizada con el nombre de Rosalía, deseo declarado por la madre en los últimos meses.

María Antonia no expresaba ninguna decisión sobre el futuro. Tan sólo se mantenía en su ejercicio de repetir en voz queda las escenas de mayor sufrimiento. Incluso se recreaba una y otra vez en repasar el rostro de la niña. Pero debía tomar aquel toro por los cuernos y al quinto día me decidí a encarar el asunto.

—Madre, debemos regresar a Cádiz.

María Antonia me dirigió su triste mirada, aunque no parecía distinguir mi presencia, con la atención prendida en el más allá. Por fortuna, regresó a la realidad pocos segundos después.

—¿A Cádiz? ¿Para qué voy a regresar?

—Tu hija Rosaba se encuentra sola y desesperada, sin noticias de su esposo ni de nuestra parte. También están los niños, tus nietos. Somos tu familia y todos te quieren. No debes desampararlos ahora.

—Moriré pronto, hijo mío. No merece la pena efectuar mayores esfuerzos. La vida me ha dado muchas bofetadas y siempre levanté cabeza. Pero ahora fallan las fuerzas y no me será posible regresar al camino.

—Regresarás porque todavía te necesitamos, madre. —Tomé sus manos entre las mías—. Por favor, no nos abandones.

Volvió a dirigirme la mirada, ahora reflejando el cariño que sentía por mí. Bajó de nuevo el tono de su voz al elevar las siguientes palabras.

—Creo que Dios es justo, Santiago. Después de todo, ha hecho justicia. Tú no debías pagar los pecados...

—No digas eso, madre —le impuse el silencio con energía—. Cada uno paga lo que Dios le envía. Mucho me ha dolido la muerte de mi hija, pero tanto o más la de su madre, a la que quería desde su nacimiento. Por favor, ni siquiera pienses en justicias ni nada parecido. Debes regresar conmigo.

—Quiero rezar en las tumbas de las dos Cristinas algunos días más. Lo necesito.

—De acuerdo. —Sobre la marcha, encontré la solución que podía emprender—. Como debo llevar a cabo una visita en la ciudad de Alicante, marcharé mañana mismo y regresaré tres o cuatro jornadas después. Será el momento de que tomemos el camino de Cádiz. Por favor, madre, dime que sí.

—De acuerdo, Santiago. Haremos lo que tú quieras.

Aunque lo había dicho sin pensarlo con suficiente detenimiento, me pareció perfecta la idea que había saltado en mi cerebro de repente. Deseaba visitar a don Cayetano Valdés en su castillo prisión, porque se lo debía y lo consideraba una obligación de ley moral. Y puedo jurar que, en aquellos momentos, poco o nada me importaban los peligros reales o imaginarios que, según algunos, acechaban a quienes se dejaban ver con los considerados como alejados de la real gracia.

* * *

Fue en el trayecto desde Santa Rosalía hacia la plaza de Alicante cuando el rostro de Beatriz regresó a mi cerebro con claridad. Y aunque me doliera entrar en posibilidades a causa de las muertes acaecidas, era indudable que se abría un nuevo horizonte a mi persona. Intentaba evitar que me alegrara aquella circunstancia, basada en la sangre propia derramada, pero no podía alejar dicho pensamiento de la cabeza. Volvía a ser un hombre libre, viudo por segunda vez, y podía amparar de nuevo los sueños interrumpidos en La Habana, al recibir los pliegos negros de María Antonia.

Ante estos rifirrafes mentales, aparecían en maldita conjunción las palabras escritas de mi mano al general Venegas. Las palabras del deshonor, que consideraba como un portón infranqueable a mi felicidad. No sabía con certeza lo que le habrían explicado a Beatriz, pero podía abarcar suficiente material como para que no deseara verme jamás. En aquellos momentos habría pagado mi fortuna para que se hubiera extraviado el maldito recado. Podía haberse perdido el buque que lo amparaba y que jamás arribara a Veracruz. Al mismo tiempo, intentaba consolarme al pensar que todo se puede explicar en esta vida si se entra con la necesaria sinceridad. Pero también saltaba la pregunta de oro. ¿Cuándo podría explicar lo acaecido? ¿Y si me enviaban de comisión con el navío *Asia* directamente hacia el mar del Sur? Este torbellino de pensamientos me hizo entrar en nervioso delirio conforme ganábamos leguas hacia mi destino.

La experiencia que viví en la visita al teniente general don Cayetano Valdés también puede considerarse como dolorosa en extremo, una circunstancia que parecía haberse amadrinado a mi persona en las últimas semanas. No obstante, lo encontré animado en su forzoso retiro y dispuesto a seguir luchando por que resplandeciera la verdad. No cesaba de escribir sobre su conducta en los seis años de guerra contra el francés, entrando en detalles del día a día. Solicitaba explicaciones de lo que se había considerado como pecado de lesa majestad o infidelidad para con su rey, unas conductas que no encontraba en su persona. Y de acuerdo con su forma de ser, pronto apartó la triste vida para preguntar por mis andanzas, la situación que se vivía en las Indias y los movimientos revolucionarios. Sin embargo, cambió el tono de su voz a extrema seriedad cuando me lanzó las siguientes palabras.

—Debes moverte en alerta y con cien ojos a las bandas, Santiago. Todo aquel que me visita queda anotado en una denigrante lista que se pasa a los esbirros policiales de su majestad. Es doloroso declararlo con tales palabras, pero la cuestión no presenta enmienda. Si consideran que te encuentras cercano a mis pensamientos o a los del general Ciscar, sea cierto o no,

acabarás desterrado. No es broma lo que te digo sino la penosa realidad. Debes buscar una buena mujer y entrar en matrimonio, sin hacer vida pública hasta que se tranquilicen los ánimos políticos.

—La encontré, pero todo se rompió en mil pedazos.

—¿Cómo es eso? Nada se rompa de forma definitiva en esta vida.

Como impelido por una fuerza extraña, narré al general los acontecimientos vividos con Cristina y Beatriz, con ruego de la necesaria discreción. Movi6 la cabeza hacia ambos lados, antes de contestar.

—Voy a ofrecerte un consejo que deberás tener presente, amigo mío. Solicita licencia para matrimoniarse en Indias, que puede concederte por delegación el comandante general de la escuadra, y marcha cuanto antes al lado de esa mujer. Estoy seguro de que, con tu habitual sinceridad, te comprenderá. Porque nada ha de perdonarte al no haber cometido pecado alguno.

—Ya lo había pensado, señor. Pero me encuentro al mando del *Asia*, el sueño de toda mi vida. La Armada está por encima de todo.

—Es verdad. Lo había olvidado. En ese caso, saldrás de comisión una vez más en escasas semanas. No creo que te ordenen una derrota directa hacia el cabo de Hornos, sin paso previo por La Habana, una plaza que se ha convertido en el centro regulador de tropas y pertrechos. De todas formas, ya sabes que duran poco dichos mandos y los comandantes son relevados con demasiada frecuencia. De momento, despacha un recado a la dama y a su tío, exponiendo la realidad. Lo comprenderán.

—Eso había pensado hacer, señor. La enviaré por medio de alguna goleta del comercio, hasta comprobar por dónde se abre mi camino.

Don Cayetano pareció caer de nuevo en la tristeza. Masajeaba sus manos con lentitud, como si intentara insuflarse fuerzas añadidas. Y en tal sentido sonaron sus palabras.

—Para nuestra desgracia y escarnio, Santiago, podemos afirmar que hoy en día no existe la Armada. Y no parece que nuestro señor don Fernando haya encaminado sus pasos en el sentido de su necesaria restauración. Por el contrario, se comenta que en la Corte se ha hecho muy popular una frase, que achacan a su majestad. Aunque no sea suya, mucho ríen al comentarla en su presencia. Se repite para nuestra vergüenza, «la Marina poca y mal pagada». Y si a don Fernando le hace gracia esa frase, mal andamos. En cuanto te sea posible, marcha a Veracruz y toma a esa mujer por esposa. Debes separarte de esta desastrosa escena política por ahora hasta que se aclaren los horizontes. Todos saben de mi aprecio hacia ti y eso es un peligro notable. Nadie puede

poner en duda tu entrega a la Armada. Y son muchos los que suspiran por un mando que los saque de la miseria en que viven casi todos nuestros compañeros.

—Esperemos que todo regrese a la normalidad, señor. Deseo que pronto se reincorpore a la actividad.

—Lo veo difícil, pero que Nuestra Señora del Rosario escuche tus palabras.

Don Cayetano me ofreció un fuerte abrazo en la despedida, mientras todavía me animaba de cara al futuro. Y mucho sufrí al observar su noble figura por última vez. Porque era difícil creer que una persona de su categoría, valor y patriotismo se encontrara aislado del mundo por haber ofendido a su rey, él, precisamente, que tanto había luchado por su regreso.

No sólo quedé pensativo tras la conversación mantenida con persona a la que tanto admiraba, sino que no pude arrancarla del cerebro en el camino de regreso a Santa Rosalía. Me atacaba un sentimiento de profunda incapacidad y tristeza, tanto por la situación del general Valdés como por la Armada y por España. Al mismo tiempo, aparecía la figura de Beatriz entrada en sonrisas, como si deseara asegurarme de que todo era posible, una tenue luz en un largo túnel, del que no se avistaba la salida.

Tan sólo dormí una noche más en Santa Rosalía, antes de iniciar la partida hacia Cádiz. María Antonia me acompañaba en el primer carruaje, mientras Barbate y Guanche quedaban al mando del carretón con los baúles de la señora. Y ambos asemejaban grupo de corsarios preparados para el abordaje. Porque lucían armas hasta en las comisuras de los labios, preparados para repeler algún ataque de bandoleros, que tanto abundaban por los caminos de las Andalucías.

El viaje de regreso se hizo más largo todavía, con mucha tristeza a bordo, escasa conversación y algunas entradas de María Antonia en lamentos, sin posible consuelo por mi parte. Porque en verdad que ya no encontraba palabras para remediar aquellas llagas, que se le habían clavado en el alma. Más que un trayecto de cien leguas, entendí que abordaba una navegación de cinco mil millas por aguas tormentosas y con escaso aparejo a disposición.

Como todo en esta vida acaba por rematarse en la meta, en una tarde calurosa y con fuerte viento de levante, arribamos al palacete de la calle de la Amargura. Se trataba de un cambio necesario, sin duda. Porque tanto Rosalía como los niños comenzaron a abrazar a María Antonia, al tiempo que besaban su arrugado rostro con extraordinarias demostraciones de cariño. Creo que la

vi sonreír por primera vez desde que arribara a Santa Rosalía, un ejercicio que mucho necesitaba.

Una vez entrados en lo que se podría titular como la normalidad de la casa, aunque los cerebros libran su propia batalla a oscuras, decidí emprender mi propio camino y aclarar en lo posible el incierto futuro que me rodeaba. Tomé el carruaje, acompañado por Barbate, en dirección al arsenal de La Carraca. Y si los pensamientos andaban un tanto rendidos a la sentina, se elevaron con rapidez al observar en el muelle de desarmos la silueta del navío *Asia*. A propósito había ordenado a Sebastián dar un pequeño rodeo para intentar elevar los pajaritos del alma antes de tomar camino hacia el navío insignia de la escuadra.

Con el ánimo un tanto mejorado, acudí al camarote del mayor general, esperando escuchar buenas noticias de boca de mi buen amigo el capitán de navío Esteban Mistrano. Por desgracia, el primer ayudante de la Mayoría me comentó que el mayor general se encontraba despachando con el comandante general, por lo que decidí esperarlo en su propio despacho.

Transcurrió media hora larga, una espera que no me desagradó en demasía. Porque tras las nefastas experiencias vividas en tierra, ahora me encontraba de nuevo en mi medio natural. El simple olor a maderas, brea y aparejos conseguía hacerme regresar al mundo de los vivos, o así lo entendía entonces. Por fin, pude observar la figura de Esteban, con una enorme cantidad de legajos bajo el brazo y rostro de profundo cansancio.

—Dicen que no disponemos de Armada, pero el mayor general de la escuadra se mantiene con papeles hasta los ojos.

Antes de que respondiera una sola palabra, la simple observación del gesto de su cara al comprobar mi presencia me adelantó que no guardaba buenas noticias en su bolsa. Alargó Esteban el silencio, mientras se tomaba un tiempo excesivo en colocar los legajos uno a uno sobre su mesa de trabajo. Aunque no me encontrara nervioso, lo atacé sin pérdida de tiempo.

—Me parece que amparas malas nuevas. ¿Acaso me han desmantelado el *Asia* en mi corta ausencia?

—Le han tomado más de cincuenta hombres, algunos buenos, y un cable. Pero no es esa la peor de las noticias. —Nueva pausa y una mirada de compasión me hizo pensar en graves daños.

—Vamos, Esteban, suelta la prenda de una vez, por amarga que sea.

—Siento mucho, Gigante, que sea yo precisamente quien deba ofrecerte tan malas noticias. Has sido relevado en el mando del navío *Asia*. Precisamente pensaba dedicarme esta mañana a buscar tu dirección y pasarte

la noticia. Dispones solamente de una jornada para tomar tus pertenencias, porque pasado mañana se hará cargo del buque el capitán de navío Gomendio. Y deberá trabajar con rapidez, porque ha de salir en un par de semanas con un batallón de infantería hacia El Callao.

Extraños sentimientos cruzaron por mi cabeza. Por una parte, me dolía muy dentro que aquel querido navío acabara en otras manos con tanta rapidez, sin tiempo para aclimatarme a dicha idea. Pero algo dentro de la sesera me anunciaba en voz queda que no restaban ahí las nuevas que Esteban mantenía sobre mi persona. Como de costumbre en momentos similares, una extraña calma se apoderó de mí, por lo que pude ofrecer una sonrisa.

—¿A qué se debe esa repentina decisión?

—Podría contestarte que ha sido costumbre habitual en nuestra Armada que los mandos sean de muy escasa duración, lo que siempre se tradujo en malos rendimientos para el servicio. Pero en este caso, y te ruego la máxima discreción en cuanto a mis palabras, creo que las razones han llegado de más arriba.

—¿De más arriba? No te comprendo.

—Sí que me comprendes, Gigante. —Esteban ofrecía una sonrisa de amistad al tiempo que golpeaba mi hombro con afecto—. Sabes muy bien cómo se cuece en estos días eso que denominan como procedimientos de investigación. Se analizan con lupa de joyero las conductas de los miembros de la Armada, tanto actuales como de los años pasados. Creo que debes de estar en alguna de esas listas negras que corren por los pasillos de los golillas peloteros con el sistema impuesto.

—Visité al general don Cayetano Valdés en su prisión de Alicante.

—Peligrosa conducta en estos días que, no obstante, te honra.

Quedamos en silencio, mientras mis pensamientos navegaban a gran velocidad. Debía decidir mis pasos futuros con extrema rapidez si deseaba disponer de alguna posibilidad.

—Necesito que me eches una mano, Esteban.

—Haré lo que pueda, Gigante, puedes estar seguro.

—Quiero solicitar licencia para matrimoniar en Indias. Según tengo entendido, se encuentra entre las delegaciones que la Dirección General de la Armada traspasó al comandante general de la escuadra.

—Así sucedía hasta ahora. Una vez autorizado por el comandante general, tan sólo era necesario pasar nota informativa a su majestad, exponiendo el nombre de la prometida y sus antecedentes familiares. Pero en el caso actual...

—¿Te refieres al mío personal?

—Desde luego. Te juro que no sé en qué situación te encuentras realmente porque, en estos días, todo se mueve en un secretismo que atenta contra toda honorabilidad. Algunos nombres figuran en listas de escasa importancia. Solamente se evita ofrecerles puestos de mando. Estimo que ahí debes de encontrarte. Pero si has visitado al general Valdés, debes tener en cuenta que todo va sumando en la bolsa. Sería una buena solución, en tu caso, que marcharas a Indias para casarte con una bella criolla. Nada sabía de tales amores.

—Tuvieron lugar en la última comisión. Pero entrando en badana dura, ¿crees que el comandante general me concederá la licencia?

—Pues respondiendo con sinceridad, no lo sé, aunque te parezca extraño. Con entera confianza, y que quede entre nosotros, este general apenas abre la boca y no mantiene la habitual confianza de un jefe para con su mayor general. Me encuentro a sus órdenes más de tres meses y todavía no lo conozco lo suficiente. Deberás pasar a verle y elevar rezos a la Patrona.

Me mantuve en silencio. Sin poder evitar la penosa visión, me vi encerrado en prisión por deslealtad con su majestad u otra de esas estúpidas acusaciones que se firmaban cada día. Y no crean que me aterrara dicha situación, aunque pudiera obrar en contra de mis más firmes propósitos de futuro. ¿Qué pensaría Beatriz? ¿Cuándo volvería a verla si me arrastraban al aislamiento? Una vez más, debía tomar el toro por los cuernos, y esta vez con los apéndices del animal embolados en fuego.

—Por favor, Esteban, avisa al general de que deseo ser recibido por su autoridad.

—Espero que no te niegue la audiencia. Ya te digo que todo es posible en su persona.

—En ese caso, deberás exponerle que se trata de mi desembarco y por motivo de urgente necesidad.

—De acuerdo. Que Dios reparta suerte y te alcance en la necesaria medida.

Cuando me encontré frente al teniente general Martínez de Espinosa, un reguero de malestar recorrió mis higadillos. Porque no amparaba en su rostro rastros de bondad o comprensión, sino un gesto de autoridad que parecía desdeñar cualquier posible concordia. Pero la suerte estaba largada y no quedaba más remedio que jugar con las cartas abiertas en la mano.

—Con el debido respeto, señor general, deseo expresarle que ha sido para mí un honor mandar el navío *Asia* hasta ahora. Y como expone el general

Ruiz de Apodaca en sus informes, espero que mis actuaciones hayan sido del agrado de su majestad.

—Así es, brigadier Leñanza. Y como es de ley, he trasladado a la Dirección General de la Armada su solicitud de ascenso. Claro que hoy en día...

Dejó en suspenso sus palabras, mientras parecía pensar el camino que debía seguir. Por fin, me miró a los ojos antes de continuar.

—Por la razón expuesta, no crea que se le ha ordenado entregar el mando por merma en sus deberes profesionales, ni mucho menos. Ya sabe que es habitual la rotación continua en dichos destinos, especialmente hoy en día, cuando se dispone de tan pocas unidades. Le aseguro que puede estar muy orgulloso de los informes remitidos sobre su conducta y valor demostrados en combate.

—Comprendo las circunstancias, señor, y le agradezco sus palabras. Ahora desearía elevarle una petición de la máxima prioridad para mi vida personal. Durante la estancia que disfruté en Veracruz, quedé prometido con una dama, sobrina bajo tutoría legal del mariscal de campo don Francisco Venegas. Es mi intención solicitar licencia para contraer matrimonio en la plaza de Veracruz con la citada dama a la mayor brevedad posible. Pensaba celebrar el enlace en mi próxima comisión si el navío *Asia* tocaba puerto del virreinato de Nueva España. Pero tras haber dejado el mando y pasar a la situación de cuartel, entiendo que es el momento oportuno.

No contestó de inmediato el general. Además, entendí que no le agradaba mi petición en ninguna manera. Pareció dudar de firme antes de responder.

—Bueno, esa es una delegación de funciones que, en mi opinión, tuvo lugar a causa de las especiales condiciones que se vivían durante la guerra al francés. Pero deberían retornar al sistema habitual.

—Pero dichas delegaciones se mantienen en vigor según tengo entendido, señor.

—En efecto. Bueno, hágame llegar su especial instancia y la elevaré por conducto reglamentario.

La sangre comenzaba a elevar su temperatura en mis venas, aunque intenté mantener la calma.

—En ese caso, señor, entiendo que no piensa concederme la licencia, como hasta ahora ha sido efectuado por los comandantes generales de la escuadra, sin esperar aceptación superior. ¿Acaso he cometido algún pecado especial para que se obre conmigo por fuera de la normalidad?

De nuevo entró en dudas el comandante general, como si se encontrara entre la espada y el muro de piedra sin posible salida. Como me encontraba lanzado y creía entender que con una muy pequeña ventaja, decidí entrar por derecho y a las claras.

—Verá, señor. Jamás me he identificado con ningún movimiento político, aunque tenga mis propias convicciones como todo ser humano. La semana pasada visité al teniente general don Cayetano Valdés en el castillo de Alicante. Ya sé que tal acción no sería recomendada por mis superiores. Debí viajar al reino de Murcia por fallecimiento familiar y aproveché la cercanía. Pero no acudí a su presencia por defensa de ideario ni nada parecido. Le debo al general Valdés agradecimiento y lealtad, motivo que me decidió a preocuparme por su estado. No sé si tal hecho u otros informes que desconozco han podido influir en la consideración que de mí se tiene. Le hablaré con toda sinceridad, señor, una conducta que mantengo como norma habitual desde que senté plaza en la Real Compañía. Deseo pasar con urgencia a Indias para matrimoniar con doña Beatriz de Lastra y Moneada, al tiempo que evito situaciones desagradables e injustas para con mi persona. Creo que, a lo largo de mi carrera, he prestado numerosos servicios que merecerían tal consideración. En estos momentos, se encuentra en sus manos concederme la petición elevada, con sus consecuencias añadidas, y le ruego que lo piense antes de tomar la decisión definitiva.

Aunque esperaba nuevas dudas y retraso en la contestación, el general pasó a responder con rapidez.

—También yo le seré sincero, Leñanza. —El general elevaba el cuerpo hasta apoyar los puños sobre la mesa—. Personalmente, no comulgo con las ideas del general Valdés, aunque estimo que sus extraordinarios servicios prestados a la Corona no merecen en ningún caso la indigna situación que sufre. Un destierro a su propia localidad habría sido más que suficiente, aunque inmerecido de la misma forma. También creo en sus palabras. Su trayectoria profesional, de la que me he interesado a fondo, así lo corrobora. Aunque no debería comunicárselo, en efecto se encuentra en una lista de posibles liberales, a los que se debe apartar de puestos con especial relevancia. Es muy probable que, cuando se le añada su visita al general Valdés, puedan tomar alguna medida como el destierro, porque así se mueven hoy en día los asuntos del Estado, en contra de mi personal opinión. En verdad, solamente he recibido la orden de relevarle del mando, lo que ya he efectuado. En cuanto a su petición de matrimoniar en Indias, la firmaré sin dudarle al tiempo que le deseo la mejor de las suertes. Con tal acción no

incumplo precepto alguno, lo que no haría de ninguna forma. Además, y ahora como consejo personal, le sugiero que embarque sin pérdida de tiempo en la fragata Venganza, que debe levar sus anclas mañana por la mañana con rumbo a La Habana.

Me tomó tan de sorpresa la actitud cambiante del general Martínez Espinosa, que llegué a dudar de que hubiese escuchado sus palabras en el real sentido. Al tiempo que un sentimiento de inmensa alegría encharcaba mis pulmones, intenté elevar el mínimo y necesario agradecimiento.

—No sabe cómo le agradezco sus...

—No son necesarios los agradecimientos, Leñanza. Soy consciente de que se me achaca falta de comunicación con mis subordinados y compañeros, una situación que he debido sufrir a lo largo de mi carrera. Pero también intento ser razonable y equitativo. Creo que se comete una infame injusticia con usted, que puede aumentar de grado en pocos días. La mejor solución es que pase a Indias, donde todo se diluye entre nubes como por encanto. Lo he dudado porque tal decisión puede conllevar algún aspecto negativo para mi persona. Pero es de ley. Además, recuerdo bien a su padre, uno de los mejores hombres que he conocido, de quien tuve el honor de ser subordinado. Creo que su recuerdo merece esta acción, que, estoy seguro, no gustará en la Dirección General de la Armada, aunque nada puedan reprocharme. Que el mayor general me haga llegar en unos minutos su petición para que la firme de inmediato. Y que le expida el permiso de embarque, en situación de transporte, a bordo de la fragata Venganza. Eso es todo. Puede retirarse.

Sin el manejo de una sencilla sonrisa, el general volvía a sentarse, al tiempo que dedicaba su atención a unos pliegos que mantenía en la mesa. Sorprendido por lo que entendía como un cambio repentino e inesperado, así como agradecido hasta alcanzar extremos sin límite, me retiré de su cámara, aunque largué unas últimas palabras de obligada despedida.

—Puede estar seguro, señor, de que también yo recordaré siempre el beneficio que me otorga. Quedo a las órdenes del señor general.

Entrado ahora en urgencias de tirón intenso, pasé a la Mayoría General para, sin dilación, transcribir mi petición de licencia, que firmaba el general pocos minutos después. Me despedí de mi buen amigo y compañero Esteban, que todavía no comprendía bien lo sucedido, con un fuerte abrazo. Poco después, con el pliego de autorización para matrimoniar en Indias y la orden de embarco en la fragata Venganza bajo el brazo, tomé el carruaje para pasar al navío Asía.

Una vez a bordo de mi querido navío, debí encarar una nueva prueba al comprender que abandonaba para siempre aquellas tablas que había considerado como propias. Y aunque ya se corría la voz a bordo sobre el próximo relevo del comandante, comprobé el desánimo que la noticia de mis labios les deparaba. También fue triste la despedida de los oficiales presentes y recordarles que siempre me encontrarían a su favor, allá donde me encontrara.

Tras encargar a Barbate para que desembarcara mis pertenencias, tomé el carruaje en dirección a Cádiz. Aunque la tristeza se mantenía al comprender que el navío *Asia* pasaba a componer un recuerdo más en mi carrera, eran tantos los pensamientos de gloria, que el conjunto me hacía sentir una plena felicidad, una grata sensación que no recordaba haber tenido en muchos meses. Por segunda vez en escaso tiempo, la memoria de mi padre había sido decisiva al encarar un grave problema, lo que me hizo elevar una oración por la paz de su alma con infinito agradecimiento. Sentía haber sufrido la parquedad del general, al no indicarme cómo o cuándo se había encontrado bajo las órdenes de mi progenitor, lo que siempre gusta recordar. Pero los vientos soplaban a favor y todo se convertía en caminos de oro, por donde debería pisar en los próximos días.

Epílogo

Gracias a la urgencia impuesta por la salida a la mar, mi despedida en el palacete de la calle de la Amargura debió ser rápida, una condición deseada en el alma. Sufrí a fondo al abrazar a mis hijos y a María Antonia, pero de forma especial y más sentida al observar las lágrimas de Rosalía, para quien mucho representaba mi presencia a su lado. Por desgracia, ninguno de los dos sabíamos en aquellos momentos que pocas semanas después aparecería su esposo al mando del queche Hiena en la bahía gaditana, de regreso de su experiencia tan poco esperanzadora en las aguas del Río de la Plata.

Conforme comenzaba a clarear la mañana del siguiente día, primero del mes de agosto, embarcaba a bordo de la fragata Venganza, una de aquellas inolvidables Mahonesas^[136], gemela de la *Proserpina* que había mandado pocos años antes. Barbate se había encargado de trasladar mis baúles y pertenencias en la tarde anterior. Una vez recibido con toda deferencia por su comandante, capitán de navío Dionisio Urresti, y saludar a los oficiales, me sentí henchido de esperanza. Es cierto que poco agradaba andar con mi nombre en listados más propios de traidores, rufianes o delincuentes. Pero podía elevar mil gracias a la Patrona por haber salido tan bien librado del oscuro callejón en el que me encontraba.

Durante bastante tiempo manejé en la cabeza la sorprendente actitud del comandante general de la escuadra. Porque si pensaba actuar conmigo en especial aprecio, no tenía por qué haber esperado al último minuto, cuando creía lanzarle un órdago de muerte. Pero así son algunas personas, que nunca suelen ofrecer el verdadero rostro. Creo que, en el fondo, se trataba de una excelente persona, aunque su introversión y extraño carácter lo alejaran de sus compañeros. Y como demostración de aquella odiosa división que se había extendido por toda España, se trataba de un convencido absolutista, defensor a ultranza de las antiguas tradiciones de la monarquía.

Había explicado con detalle a María Antonia y Rosalía los acaecimientos sufridos y la necesidad de abandonar la Península. Pero también les hablé de mis planes y las esperanzas depositadas en el futuro. Se alegraron por mí, al tiempo que esperaban conocer pronto al nuevo miembro de la familia. De acuerdo a su generosa y habitual conducta, quien obraba como amantísima madre me entregaba un especial detalle para entregar a Beatriz en señal de aprecio. Y me sorprendió comprobar que se trataba del collar de perlas grises, aquellas famosas y extraordinarias piezas de las islas Nitinat, que completaban la vieja colección. Nunca sabemos cómo se pueden desarrollar los acontecimientos en esta vida, tan pareja a los caprichos de la mar. Por extraños e inesperados caminos, aquellas perlas volvían a unirse en el cuello de una misma mujer.

Comenzaban a caer las luces cuando divisaba la bahía de Cádiz a popa en la distancia. De nuevo abandonaba aquellas aguas tan queridas, y ahora con desconocimiento absoluto de cuándo volvería a surcarlas. Pero no sentía pena sino esperanza. Confiaba en que España recuperara su pulso, así como la Real Armada. Esa gloriosa institución a la que pertenecía con orgullo, había atravesado momentos de miseria y esplendor a lo largo de los siglos. Pero siempre se levantaba con orgullo para continuar con su labor, en defensa de los intereses de la patria. Con estos pensamientos y el rostro de Beatriz bien clavado en el cerebro, entré en sueños aquella noche. Era consciente de que abordaba una nueva etapa de mi vida y a ella me aprestaba con toda ilusión.

Luis Delgado Bañón
Cartagena, 25 de enero de 2010

Notas

[1] Andorinha se traduce al español como «golondrina» o «andorina». <<

[2] Anclas. <<

[3] Lo que, hoy en día, denominaríamos Estado Mayor. <<

[4] Por aquellos años, se conocía al océano Atlántico como mar del Norte y al Pacífico como mar del Sur. <<

[5] La faja era distintivo de los generales. En la Real Armada correspondía a los empleos de jefe de escuadra, teniente general y capitán general. <<

[6] Navío de dos puentes y 74 cañones, comúnmente denominado un 74. <<

[7] Oficial del Cuerpo General de la Armada. <<

[8] Se refiere al capitán general de la Armada don Antonio Valdés y Fernández Bazán, antiguo y prestigioso secretario de Marina e Indias. En los primeros días del alzamiento contra el francés, presidía la Junta de León y Castilla, con sede en Ponferrada. <<

[9] Navío de tres puentes y 114 cañones, por entonces buque insignia de la escuadra de Cartagena. Posteriormente fue rebautizado como Fernando VII.
<<

[10] Océano Índico. <<

[11] Jefe de Estado Mayor. <<

[12] Meseta colocada horizontalmente en lo alto de los palos. <<

[13] La escala de los vientos en esos años corría, de menor a mayor fuerza, por calma muerta o chicha, vagajillo, ventolina o fresquito, fresco (de todas las velas), frescachón (sin juanetes), cascarrón (rizos a las gavias), ventarrón (sólo mayor y trinquete) y temporal (trinquete y capa). <<

[14] Se denominaba combate a tocapenoles, cuando los buques se encontraban a tan corta distancia que se los extremos de las vergas (penóles) podían tocarse entre sí. <<

[15] Al ser plata, se refiere a los galones de brigadier. <<

[16] Se entiende por guinda la altura o dimensión de la arboladura de un buque en general, o de uno de los palos en particular. <<

[17] Ataque de perlesía en el que se producía una privación o disminución del movimiento en algunas partes del cuerpo. <<

[18] Molusco que horada y penetra en las maderas sumergidas en el agua, hasta inutilizar los fondos de los buques. <<

[19] Expresión marinera para indicar el aburrimiento. <<

[20] Se entendía a bordo como marearse el vino cuando se avinagraba con el paso del tiempo y, especialmente, por el movimiento del buque. <<

[21] Se refiere a la Torre Vigía de Cádiz, conocida hoy en día como Torre Tavira. <<

[22] Recuerda, España, que tú registe el imperio de los mares. <<

[23] Remos. <<

[24] En periodos de guerra, las dotaciones de los navíos y fragatas se aumentaban en un número igual al de los cañones de sus baterías principales, divididos en su mitad por tropa de infantería y grumetes. <<

[25] Vela de extensión de la cangreja. <<

[26] Se dice que un buque navega a palo seco cuando no lleva largada ninguna vela. <<

[27] Puertecilla que se abre entre las portas de artillería para el empleo de los remos en las embarcaciones menores que los usan como alternativa. <<

[28] Oficiales del Cuerpo General de la Armada. <<

[29] Tratamiento antiguo que recibían los contramaestres a bordo de los buques de la Armada. <<

[30] Nombre que se aplicaba a una clase de contra maestres, inferior a la de primeros y segundos, la cual se subdividía del mismo modo. Acabaron por ser refundidos y asimilados como terceros contra maestres, dentro de los oficiales de mar. <<

[31] Se entendía en la época por cable a las maromas o cabos de cáñamo muy gruesos que, asidos al ancla por su arganeo, se utilizaban para amarrar el buque en un fondeadero. De su fortaleza y buen estado de conservación dependía la seguridad de los buques al ancla. <<

[32] Tratamiento que se daba a bordo a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se encuentra en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros alumnos. <<

[33] Joven que embarcaba en los bajeles de guerra como aspirante o meritorio, para optar al primer grado en el servicio de la Armada. No gozaba de sueldo ni uniforme, pero sí de alguna gratificación para la mesa. Debía alternar con los guardiamarinas. También ocupaban tales puestos algunos oficiales con negativo comportamiento o escaso valor demostrado ante el enemigo, a los que se destinaba a servir como aventureros por un periodo más o menos largo, hasta que su valerosa conducta en la vida exigente de patrulla y combate los redimiera de sus penas. <<

[34] Se entiende como hacer cabrillas o cabrillar cuando en la mar se forman ondas con pequeñas crestas blanquecinas, producto normalmente del viento fresco. <<

[35] La galleta o bizcocho de mar se elaboraba con harina más o menos blanca, amasada con agua y un poco de levadura. Una vez cocida se retiraba del fuego y se enfriaba poco a poco, dándole calor a tientos hasta que quedara seca, sin miga, dura y frágil. Pesaba unas 18 onzas y tenía forma de bollo semiesférico. Su duración era extraordinaria: llegaba a sobrepasar los dos años a bordo. <<

[36] Máquina de armazón fuerte y sólida madera, cilíndrica y cónica, que gira sobre un eje vertical por medio de barras o palancas. Envolviendo en su cuerpo maromas o cables, se utiliza para llevar a cabo grandes esfuerzos, como levar las anclas, izar pesos, cobrar de estachas, etc. <<

[37] Deshacer las vueltas dadas con los mojeles al virador y al cable del ancla en los puntos que van llegando al cabestrante, así como volver a darlas en los que van entrando en el escobén. <<

[38] *Arriba y clara*, voz que se da desde proa al observar el ancla salir a superficie sin impedimentos añadidos. <<

[39] Se llamaba paje de escoba al muchacho de ocho a catorce años, que embarcaba en los buques de la Armada para aprender el oficio de marinero y acceder al puesto de grumete pasados los años. En principio, se ejercitaba en barrer cubiertas. <<

[40] Los contraмаestres emplean un pito de plata con hechura particular, que recuerda en su forma el cuerno de pólvora, llamado chifle, con el que los artilleros cebaban los cañones. Por tal razón, antiguamente los pitos recibían también dicho nombre. Han sido y son todavía utilizados a bordo de los buques de la Armada en las maniobras y honores de ordenanza. <<

[41] Marineros escogidos para dirigir desde las cofas y en lo alto de los palos las maniobras que se reclaman. <<

[42] Antigua forma de la palabra bergantín. <<

[43] Viento fresco, llamado de todas las velas o de juanetes por ser el idóneo para largar todo el trapo. <<

[44] Meter el timón para que el buque caiga hacia sotavento (parte opuesta a la que recibe el viento). También se denominaba dar andar o descargar. La acción contraria, caer hacia barlovento, se define como orzar. <<

[45] La escala de los vientos en esos años corría de menos a más por calmería, calma muerta o chicha, vagajillo, ventolina, fresco (de todas las velas), frescachón (se cargan los juanetes), cascarrón (se deben tomar rizos a las gavias), ventarrón (sólo mayor y trinquete) y temporal (trinquete y capa). <<

[46] Se denomina capa, capear, en capa o a la capa cuando se dispone el aparejo de forma que el buque ande poco o retroceda lo inevitable. Si es por causa de temporal, se utilizan velas recias o apropiadas en altura y situación.
<<

[47] Se refiere a tomar la segunda fila o faja de rizos para disminuir la superficie vélica y la presión del viento sobre los palos. <<

[48] El viento del sudoeste es conocido en el Mediterráneo, donde predomina, como lebeche. También en voz antigua se denominaba sudueste. <<

[49] Ventarrón del sur. <<

[50] Se entiende por calmería, calma chicha, calmado, calmaría, calmía, jarío y calma muerta a la ausencia absoluta de viento y plena tranquilidad de la mar.
<<

[51] Aparejo de pescar muy utilizado en las costas del Mediterráneo y de Andalucía, con anzuelo sencillo o múltiple y buque en marcha moderada. También se conoce como *flucha* o *pescar a la cacea*. <<

[52] Escorbuto. <<

[53] Aunque en la actualidad se entiende como sollado los diferentes alojamientos de la marinería, en los buques de vela se trataba de la primera cubierta bajo la línea de flotación. <<

[54] Cualquiera de los compartimentos o divisiones que se hacen a proa y popa en la bodega y sollado de un buque para resguardo de los pertrechos y provisiones. <<

[55] Zoquetes de madera revestidos de estopa, encastrados a golpe de maza en los agujeros que hacen las balas en los costados. <<

[56] Agregar o clavar tablonos sobre el forro de un buque por la parte inferior de su cinta principal, a fin de aumentar su manga y concederle mayor estabilidad. <<

[57] Se entiende por bandola la nueva armazón de arboladura y aparejo provisional, que se forma por recurso con mastelero u otra pieza equivalente, cuando se ha desarbolado de alguno de los palos principales. Esta maniobra se denomina armar bandolas y navegar en bandolas a llevarlo a cabo en esta disposición. <<

[58] Maromas o cabos de cáñamo muy gruesos que, asidos al ancla, sirven para amarrar el buque en un fondeadero. <<

[59] Se entiende por razón, el ancla pequeña de cuatro uñas y sin cepo, utilizada normalmente por las embarcaciones menores. <<

[60] Tercera embarcación menor de reglamento para el servicio de un navío.
Es menor que el bote y mayor que el chinchorro. <<

[61] Dimensión en altura. <<

[62] Referencia al enterramiento marítimo, en el que los cuerpos eran embozados al propio coy, cosido en saco y con una bala rasa dentro para su fondeo en el agua. <<

[63] Referencia a la enfermería, pintada de rojo toda ella para que no resaltara la sangre que, en combate, suele correr en cantidad. <<

[64] Se entendía por hacer cámara al hecho de defecar. <<

[65] Cuscús. <<

[66] Así como el océano Pacífico era conocido como mar del Sur, el Atlántico lo era como mar del Norte, explicación que se puede comprobar al observar un mapa general. <<

[67] Tratamiento que se daba en la Armada a los guardiamarinas y aventureros. Todavía se mantiene en vigor en la Escuela Naval Militar para los caballeros guardiamarinas. <<

[68] Cuando los guardiamarinas ascendían al empleo de alférez de fragata, comenzaban a utilizar las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo, mientras que los alféreces de navío lo hacían en el derecho. <<

[69] El ducado de Veragua lo mantienen en la actualidad los descendientes del gran almirante don Cristóbal Colón, familia entroncada en la Armada durante siglos. <<

[70] Cabos de labor que, firmes a los penóles de las vergas, se utilizan para bracear, es decir, situar dichas vergas en el plano o dirección conveniente, según el ángulo que hayan de formar con el viento. <<

[71] Islas rasas, arenosas, frecuentemente anegadizas y cubiertas en gran parte de mangle, muy comunes en el mar de las Antillas y en el golfo mexicano. <<

[72] Galones. <<

[73] Se entendía a bordo como dar cañón a la pena de azotes, porque normalmente éstos, atizados con rebenque o mojel del menor grosor, se endosaban al penado de bruces, bien amarrado a una pieza artillera. <<

[74] Sistema para dar fuego al cañón por medio de chispa de pedernal en lugar del clásico botafuego de caña con mecha. <<

[75] Andanas o baterías. <<

[76] A las piezas que asomaban sus bocas por las portas abiertas en el espejo de popa se las denominaba cañones de guardatimón. <<

[77] Se denominaban cañones de mira o cañones de punto de mira las dos piezas que se instalaban sobre el castillo, a cada lado del bauprés, para hacer fuego en las cazas. También podían establecerse en las propias baterías, en las posiciones de proa. A veces recibían el nombre de caladores. <<

[78] Las corbetas recibían tal apelación porque sus movimientos al tomar las olas asemejaban los de los caballos, al efectuar en exhibición los saltos con sus patas traseras, llamados corbetas. <<

[79] Costumbre muy extendida en las Indias de tomar un refrigerio o una copa de aguardiente desde las once a las doce de la mañana. <<

[80] Se denomina combate a tocapenoles aquel que tiene lugar a tan escasa distancia, que los extremos de las vergas (penóles) podrían llegar a tocarse. También es un término utilizado para exponer en general un combate a muy corta distancia. <<

[81] Expresión utilizada en el mar del Sur, especialmente en las costas del departamento marítimo de San Blas, para indicar un levantamiento repentino del viento, muy peligroso para cualquier embarcación y que acaba por obligar a la capa. <<

[82] Abrigo o resguardo. <<

[83] Aferrado de la vela trinquete solamente por su centro. <<

[84] Parte del casco de un buque que se encuentra por encima de la línea de flotación. A la parte sumergida se la conoce como obra viva. <<

[85] Un buque se encuentra a palo seco cuando ha aferrado todas sus velas. <<

[86] Se debe entender a la lumbre como línea de flotación. <<

[87] Por aquellos años, el quintal equivalía a 100 libras, unos 46 kilos aproximadamente. <<

[88] Desvío de la proa del buque hacia un lado u otro del rumbo, producido por descuido del timonel o efecto de la mar y el viento. <<

[89] Se entiende por jardinera o jardín a la obra exterior y volada que se practica a popa en cada costado en forma de garita con puertas de comunicación a las cámaras, y conductos hasta el agua, para ser utilizada como retrete del comandante y oficiales del buque. Todavía hoy se denomina jardines a los aseos en los buques. La marinería y tropa evacuaban en los beques de proa, madero taladrado longitudinalmente por su centro y colocado a uno y otro lado del tajamar. <<

[90] Embarcación o batea de fondo llano y poco calado que se utilizaba para transportar mercancías en los arsenales o, incluso, dar la quilla los buques en su superficie plana. Para ello, se cobraba de un aparejo firme a un peñol, cofa o galleta de los palos y a la propia batea. <<

[91] Se entendía por redondear un buque dejarlo listo en cuanto a su aparejo, casco, cabuyería, pertrechos y todo lo necesario para navegar con la necesaria fiabilidad. <<

[92] Se refiere a la faja o fajín de general, que se comenzaba a utilizar en el empleo de jefe de escuadra, siguiente al de brigadier. <<

[93] Límite de la ceñida, el rumbo más a barlovento que el buque podía tomar.

<<

[94] Se entiende por barra a los bancos de arena, a veces intercalados con bajos de piedra, que se extienden en las entradas de los ríos, haciéndolas difíciles y peligrosas para la navegación. <<

[95] Paraje del mar donde se encuentra fondo a propósito para anclar y aguantar con seguridad las embarcaciones. Acabó por tenerse como sinónimo de fondeadero. <<

[96] Al viento fresco también se le conoce como viento de todas las velas, porque permite largar todo el aparejo y que todo él beba el viento sin gualdrapeo de las velas. <<

[97] Canal de entrada a puertos, lagos o barras fluviales. <<

[98] Se entendía por armadillas o fuerzas sutiles las compuestas por lanchas, botes, falúas, místicos, tartanas, balandras y toda unidad menor capaz de montar un cañón como mínimo. Formadas en divisiones habían sido utilizadas con éxito en los ataques nocturnos contra la plaza de Gibraltar durante el Gran Sitio (1779 a 1783), en la defensa de la bahía gaditana, así como en el ataque para rendir la escuadra del almirante Rosily el 14 de junio de 1808. Posteriormente, durante la guerra de la Independencia fueron decisivas para mantener libre de los franceses la ciudad de Cádiz. <<

[99] En este caso y aunque se emplee la misma palabra, no se refiere al pito del contramaestre, sino al cuerno relleno de pólvora con el que los artilleros cebaban el oído de los cañones. <<

[100] Tapón de estopa que se encajaba en el oído de los cañones para evitar la entrada de polvo o humedad. <<

[101] Pequeña bujía acoplada en cofre que ilumina la aguja de marear. <<

[102] Se entiende por ciar, remar en sentido inverso para que la embarcación navegue hacia popa. <<

[103] Se denominaba tomar el punto a calcular la posición del buque en la mar. Cuando esta operación se deducía de la observación de astros, se llamaba punto de observación. Cuando se hacía según los rumbos y distancias recorridas, corregidas por vientos y corrientes, se nombraba como punto de estima o de fantasía. <<

[104] Escorbuto. <<

[105] Debe tenerse en cuenta que en las cartas náuticas, por aquellos años, la referencia para la cuenta de los meridianos variaba (isla de Hierro, Cádiz, Cartagena, etc.), para acabar normalizándose con el meridiano de San Fernando. <<

[106] Este. <<

[107] En el reglamento general de 1803, se denominaban fragatas de primera clase las de una artillería de 42 piezas o superior, y con calibres entre a 24 y a 8, así como obuses de a 24. <<

[108] Un buque a barlovento puede decidir cuándo y cómo entrar en combate, o retirarse. <<

[109] La palabra zafarrancho, proveniente de Zafar rancho, se aplicaba a la acción de desembarazar las cubiertas y baterías, al tiempo que se colocaban los petates de la tropa y marinería en las redes de los pasamanos y parapetos o empalletados. También se formaban a base de salchichones de trozos de jarcia vieja. Todas las mañanas, a bordo, se ordenaba zafarrancho de limpieza. Cuando se alistaba el buque para la acción de guerra, se ordenaba zafarrancho de combate o zafarrancho y prevención para el combate. En este último caso, además de llevar a cabo las acciones descritas, todos los hombres acudían a su puesto de generala, se calaban las redes de combate, largado de cabos, línea de municionamiento, al tiempo que se realizaban todas las acciones propias y necesarias en el buque antes de combatir. <<

[110] Apelativo que solía aplicarse a las fragatas veleras. <<

[111] El castigo para los forzados moros atrapados en ejercicio del pecado nefando (sodomía) era el de amarrarles al tobillo un trozo de madera muy pesada, que debían arrastrar en todo momento. El roce acaba por abrirles profundas llagas que, habitualmente, les producía una dolorosa muerte. A este castigo se le denominaba taco o niño. <<

[112] Así era conocido Henry Morgan, uno de los más famosos y sanguinarios piratas caribeños, aunque acabara por ser nombrado gobernador de la isla Jamaica por su graciosa majestad británica. <<

[113] Momentos antes de entrar en combate, se ofrecía un cacillo de vino reforzado con aguardiente o alguna mezcla parecida a los miembros de la dotación para elevar su moral guerrera. <<

[114] Un cañón se dice entrado en batería cuando se encuentra cargado y ha sacado su boca por la tronera correspondiente, con los aparejos de trinca ajustados en posición. Tras el disparo, sale de batería para poder ser cargado de nuevo. <<

[115] Se entiende por tiro de enfilada cuando toda la batería de un costado abre fuego contra otra unidad que se presenta perpendicular a ella, sin poder hacer uso más que con los cañones de mira o guardatimón. <<

[116] Pistoletes de fuego de chispa con los que se hacía fuego. En caso de fallo en su utilización, se pasaba al sistema tradicional de botafuego con mechas.
<<

[117] Garrotín de madera o caña en cuyo extremo se emplazaba la mecha encendida para dar fuego, desde cierta distancia, a las piezas de artillería. <<

[118] Los dos cañones que asomaban sus bocas por las portas abiertas en el espejo de popa, a banda y banda de la pala del timón, bajo la cubierta principal. <<

[119] Recipientes de vidrio rellenos de pólvora, a los que se amarraba en su parte central y más estrecha una larga mecha que debía prenderse momentos antes de lanzarse. Al impactar contra la cubierta, derramaban la pólvora que se inflamaba, ocasionando fuego sobre el enemigo, cubierta, aparejos o municiones. <<

[120] Las camisas de fuego, también llamadas camisas alquitranadas o embreadas, se formaban por un cuadrilongo rectangular de lona embreada o alquitranada, con mixtos y pólvora, utilizadas para incendiar las unidades enemigas. <<

[121] Madero curvo que con el pie de roda forma la proa de una embarcación. También se denominaba roa. <<

[122] Desvío de la proa del buque hacia una u otra banda del rumbo producido por descuido del timonel o efecto de la mar y el viento. <<

[123] Además de los tres palos verticales, trinquete, mayor y mesana, aparecía en proa otro palo con acusada inclinación en forma de lanza, denominado bauprés. <<

[124] Antes de denominarse los costados derecho e izquierdo de los buques estribor y babor, en el Mediterráneo se conocían como diestro y siniestro. También se empleaba a la diestra para determinar algún objeto por dicha banda. <<

[125] Palo de un buque. <<

[126] Extremo de un cabo, estacha o maroma. <<

[127] A diferencia de otras marinas, en la Real Armada, salvo excepciones mínimas, la escultura instalada a proa bajo el bauprés presentaba la figura de un león rampante, como representación de las armas de su majestad. Solamente en el caso de que no figurara el león, dicha pieza recibía el nombre de mascarón, mascarón de proa o figurón. <<

[128] En todos los escritos de mar aparecía como gimelga. <<

[129] En inglés, «gaviota». <<

[130] El cobre se utilizaba en grandes cantidades para forrar la obra viva de los buques (costados en contacto con la mar). De esa forma, sobre la madera anidaban en menos cantidad algas y moluscos tan dañinos como la broma, se retrasaban las carenas y el barco no perdía mucha velocidad. También se empleaba dicho material en determinado clavazón, pernos y otros elementos.
<<

[131] Ascenso al empleo de jefe de escuadra. <<

[132] En aquellos años, las esquelas se cerraban de pico a pico para formar un triángulo. Especie de punzón utilizado por los calafates a bordo de los buques para sacar las estopas viejas de las costuras y reponerlas. También se denominaba mabujo, magujo o maujo. Los de escaso tamaño eran utilizados normalmente para destapar botones de lacre en documentos. <<

[133] Especie de punzón utilizado por los calafates a bordo de los buques para sacar las estopas viejas de las costuras y reponerlas. También se denominaba mabujo, magujo o maujo. Los de escaso tamaño eran utilizados normalmente para destapar botones de lacre en documentos. <<

[134] Lo que hoy en día se denominaría apoplejía. <<

[135] Sin bandas, dignidades ni condecoraciones. <<

[136] En los últimos años del siglo XVIII, se ordenó construir seis fragatas de 34 cañones en el Arsenal de Mahón. La primera fue bautizada como Mahonesa, razón de que se conocieran las seis en su conjunto, como es norma habitual en nuestra Armada, como las mahonesas. Además de la nombrada, se trataba de las fragatas Esmeralda, Diana, Venganza, Ninfa y, por último, en 1797, la *Proserpina*. <<